FRANCISCO ORTEGA

EL CÁLIZ SECRETO

Planeta

FRANCISCO ORTEGA

El cáliz secreto

Planeta

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

© 2019, Francisco Ortega

Derechos exclusivos de edición
© 2019, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso, Providencia, Santiago de Chile

Diseño: Ian Campbell
Ilustración de portada: Carlos Eulefi

1ª edición: marzo de 2019

ISBN Edición impresa: 978-956-360-566-2
ISBN Edición digital: 978-956-360-567-9

Diagramación digital: ebooks Patagonia
www.ebookspatagonia.com
info@ebookspatagonia.com

ÍNDICE

PARTE I
PARTE II
PARTE III

ENCUÉNTRANOS EN...
OTROS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

A la memoria de Jorge Inostrosa,
por Leonora

El comunicado secreto venía con una cifra traducida que reveló un nombre: Leonora Latorre. Allí estaba otra vez la agente secreta, exponiendo la vida en su nuevo puesto de combate…

JORGE INOSTROSA

El Cáliz de los Jesuitas fue fundido antes de 1740 en una piedra negra que la leyenda asegura cayó del cielo trayendo un mensaje de Dios. El orfebre dejó en él su genio en las escenas referentes a la Pasión de Cristo. La tradición cuenta que el autor de esta singular maravilla, un jesuita bávaro, quedó ciego, porque trabajaba en su obra solamente de doce a una, con el total resplandor del sol. Cada escena de este cáliz está cincelada con perfección suma. Cada rostro expresa cabalmente el estado de ánimo.
Este Cáliz de los Jesuitas es la cosa más bella que pueden encontrarse en la Catedral de Santiago de Chile…

ORESTE PLATH

IMPORTANTE

Las instituciones y hechos históricos referenciados en este libro son reales, lo demás es ficción. Algunos nombres han sido cambiados tanto en función del relato como para proteger a las fuentes. La organización católica Pro Deo existe, al igual que la sociedad secreta de ultraderecha mexicana El Yunque. El robo del llamado «Grial de Haimbhausen» sucedió en 1982, en la Catedral de Santiago de Chile, y a casi cuarenta años del hurto todavía se desconoce el paradero de la reliquia y la identidad de los responsables. El ingeniero de origen belga, Gustavo Verniory, efectivamente realizó obras ferroviarias en el sur de Chile entre 1889 y 1899 y fue encarcelado durante la Guerra Civil de 1891 por su simpatía con el bando balmacedista. La logia Royal Alpha lleva más de doscientos años controlando el gobierno del Reino Unido bajo la idea de mantener el imperio, y sus vínculos con el Club Bilderberg están bien documentados. Durante el siglo XVI los jesuitas ciertamente se dedicaron a rastrear meteoritos en Chile y Argentina, creyendo hallar en ellos el lenguaje de Dios. El proyecto Metatrón es real, también lo de «el nombre secreto de Santiago de Chile». Leonora Latorre fue creada en 1955 por Jorge Inostroza para ser protagonista de su serie de novelas y radioteatros *Adiós al séptimo de línea.* Fue la primera espía mujer en la historia de la ficción contemporánea, pionera en un género que en la época era dominado por personajes masculinos. Esta novela es un homenaje tanto a ella como a su creador.

I
PATRIA MADRE

The graph on the wall
Tells the story of it all
Picture it now
See just how the lies and deceit
Gained a little more power
Confidence taken in by a sun
tan and a grin…

DEPECHE MODE

PARÍS,
FRANCIA

MARTES 15 DE ENERO, 1889

1

El sabor y el olor de la sangre. Gustave no recordaba lo que se sentía al recibir un puñetazo en la boca del estómago. La última vez que lo habían golpeado en esa parte del cuerpo tenía nueve años y estaba en tercer grado, en una escuela pública de Bruselas. Por supuesto el puño y la fuerza de aquel compañero de salón llamado Jacques, no se comparaban al del hombrón que tenía enfrente. No alcanzó a levantar la cabeza cuando otra trompada, esta vez directo al mentón, le rompió el labio y lo hizo escupir la mitad de una muela, la segunda del lado superior izquierdo.

—*Monsieur Koechlin envoie ses remerciements*… —pronunció despacio el fulano que Gustave tenía encima como un plantígrado con sobrepeso. El belga intentó olvidar el dolor y el malestar y cruzó sus brazos sobre el rostro para evitar otro golpe.

El sujeto parecía una mala caricatura de un matón de segunda. Más ancho que alto, su porte recordaba al de un gorila, pero no a uno de verdad sino a la manera como los naturalistas imaginaban a los grandes simios en las ilustraciones de los libros de vida salvaje que estaban tan de moda en esos años.

—*Attends*… —Gustave alzó las manos para detenerlo. Pero el matón, que llevaba un chaquetón negro de cuello en alto y sombrero de ala redonda del mismo color, lo levantó de las muñecas y de un solo movimiento lo arrojó contra una de las paredes de piedra de las viejas casonas desocupadas que daban forma a un triángulo sobre el cruce de Rue Bernard Palissy con Rue du Sabot.

El impacto contra el hombro izquierdo de Gustave fue doloroso y un ligero sonido se hizo sentir en los huesos del delgado ingeniero. Apenas consiguió reaccionar movió rápido el brazo. A pesar del daño

sus músculos y piezas óseas respondieron. Nada se había quebrado.

El primate contratado por Koechlin avanzó amenazante hacia Gustave, mientras este usaba la congelada pared contra la cual lo habían empujado, para levantarse y tratar de ponerse en guardia. Hacía una semana que no caía nieve, pero el agua y el frío se habían hecho sentir esa noche. La capital francesa estaba resbalosa y eso era especialmente complicado cuando te molían a golpes en callejuelas oscuras donde el efecto desfiladero convertía el viento parisino en un azote de hojas de hielo cortante.

—*Attends, écoute moi*… —se esforzó Gustave por hacerse escuchar.

El bravucón metió su mano derecha en el interior del bolsillo del grueso saco que llevaba encima. Un largo y afilado estoque brilló bajo la luz de los faroles de gas y aceite que iluminaban la esquina triangular.

—*Ils ne m'ont pas payé pour écouter* —contestó el matón allegando el estilete al cuello de Gustave.

No era esa la idea que el ingeniero tenía de cómo morir. Cada vez que alguien se lo había preguntado, respondía siempre lo mismo: rodeado de hijos y contemplando las pirámides de Egipto. Aún no existían los hijos, ni mucho menos había tenido la oportunidad de viajar al país de los faraones, cuyas obras le habían impactado desde pequeño.

Jamás había sido un hombre valiente y toda su vida escapó de los problemas. Pero ahora el error lo tenía asumido. Cerró los ojos y simplemente esperó.

Entonces escuchó el disparo seco y fuerte. Rebotando contra las heladas paredes que lo rodeaban, saltando hacía un eco eterno por cada uno de los callejones que conformaban ese laberinto llamado París. Luego vino el peso del macizo cayéndole encima y la sensación cálida de la sangre que le manchaba la camisa blanca con la que salió esa mañana; misma que a primeras horas de ese día había celebrado el hombre que envió a matarlo. Luego escuchó la voz:

—Es fácil perderse en esta ciudad, señor Verniory —habló una mujer joven y de acento arrastrado, que marcaba con exageración el sonido de la letra erre. El cabello tan negro como largo y unos luminosos ojos verdes enmarcaban y resaltaban un rostro pálido y pecoso, subrayado por unos labios gruesos pintados de rojo brillante. De estatura mediana y muy delgada. Una mujer hermosa, de las más bellas que Gustave Verniory hubiese visto en la vida.

—¿Perdón? —dijo el ingeniero intentando comprender.

—Ya hablaremos —manifestó la mujer, mientras guardaba en su cartera un pequeño revolver—. Ahora póngase de pie y salgamos rápido de aquí. Los disparos se escuchan más fuerte de noche y la policía parisina no tardará en llegar. Y de los aquí presentes, soy la

única con inmunidad diplomática.

Mientras la escuchaba, Gustave pensó que no solo era hermosa, sino también que hablaba mucho.

—Toma mi mano y empújate con ella —interrumpió la voz de un hombre que apareció tras la señora y a quien Gustave conocía de casi toda la vida.

—¿Jules?

—¿Esperabas a otra persona? —su colega Jules Schaefer arrugó el ceño con simpatía y complicidad—, me pediste ayuda. No sé si es lo que imaginaste, pero te conseguí algo.

—Por favor, señores —continuó la dama— ¿podemos apurarnos?

—Necesito cambiarme de ropa, tengo sangre por todos lados —comentó asqueado Gustave, ya de pie, junto al cadáver del gigante.

—Cúbrase con su chaqueta y ciérrela hasta el cuello, nadie se dará cuenta. Además tengo hambre y conozco un buen lugar por acá cerca.

—Perdón —se acercó Gustave a la señora—, ¿usted quién es?

—Leonora Latorre, del consulado chileno, para servirle, ingeniero Verniory.

2

«Beba esto. Le va a hacer bien», le ofreció Leonora Latorre a Gustave Verniory, mientras le servía una copa de vino tinto. Terminada la atención, la mujer de ojos verdes regresó a su plato, cortó un pedazo de carne de res y lo masticó con energía, ante los sorprendidos ojos del belga y su amigo Jules Schaefer.

—Les Deux Magots —Gustave pronunció en voz alta el nombre del restaurante donde la dama los había llevado. Uno de los pocos que abría las noches de invierno y que quedaba a paso rápido del lugar en que le habían dado la paliza y donde imaginaba aún permanecía el cuerpo del enorme sujeto contratado por un marido demasiado celoso y demasiado poderoso.

—Un buen sitio —comentó Jules, sin despegar la mirada en la forma como Leonora Latorre devoraba la carne, quemada por encima, roja y sangrante por dentro; cocción que había pedido detalladamente apenas entraron por la puerta principal del tugurio.

—Imagino que a dos caballeros belgas como ustedes les sorprende que una dama como yo coma de esta manera —era rápida e intuitiva, pensó Gustave.

—¡Oh, yo no! —se disculpó Jules, mientras untaba un trozo de pan en el paté de ganso dispuesto en un cuenco en mitad de la mesa.

—No se excuse, señor Schaefer. Usted no ha estado en una guerra, no sabe lo que es pasar hambre. Eso no lo olvida nadie —aseveró Latorre.

—Perdone —habló Gustave—, pero cuando Jules dijo que podía ayudarme, no imaginé…

—Nunca lo imaginan —le cortó con coquetería la mujer—. Entonces, señor Verniory —lo miró fijo—, espero que la señora Emma Rosier haya valido la pena… casi lo matan por ella.

Gustave miró a Jules, este levantó los hombros.

—No, mi estimado amigo. Su compañero acá no me ha dicho nada. Trabajo en inteligencia, sé hacer preguntas, tengo ojos por todas partes, desde Londres a Cabo de Hornos —habló con la boca llena—. Quien lo mandó a matar fue Maurice Koechlin, ingeniero suizo y socio de su patrón, don Gustave Eiffel. Usted cometió el error de involucrarse con la esposa de un jefe, pasa bastante... —marcó los puntos suspensivos con un silencio—. Y Emma se enamoró de usted. ¿Dígame, Gustave —alzó la mirada hacia el ingeniero—, se enamoró usted de ella?

Verniory no respondió.

—Lo imaginaba. La juventud y sus ventajas.

—Usted también es joven.

—Soy la mujer de treinta y cuatro años más anciana del mundo, no se equivoque conmigo —resopló, en tanto Gustave y Jules pensaban que se veía bastante más joven. En una primera impresión le habían echado a lo más veinticinco años—. Como sea —siguió hablando la chilena—, ¿continúan sus planes de mudarse a Argentina?

—¿Perdón? —sorprendido por la pregunta.

—A la hacienda del señor Fary, un conocido de su tío Nicolas Cousin. Infiero que tomó la decisión de cruzar el Atlántico tras la muerte de su padre en agosto pasado. Mi más sentido pésame —bajó la vista, exagerando—. Según concluyo, todo este lío de faldas ha de haber acelerado sus planes. Imagino que quiere salir de París lo antes posible, tomando en cuenta el poder y la influencia del señor Koechlin, a quien por supuesto no podemos eliminar como a su fanfarrón de cuarta.

Otra vez Gustave miró a Jules.

—Tenía un contacto en el consulado de Chile… ¡Estoy tan sorprendido como usted! —respondió el amigo.

—Señores, por favor, las cosas no son tan complicadas como parecen. Gustave —Leonora le clavó sus ojos verdes—, tengo entendido que usted se graduó con honores de la Escuela Politécnica de Bruselas como ingeniero…

—Especializado en obras ferroviarias —precisó Verniory, acompañando sus palabras con un trago de vino.

—Supe que trabajó en el ferrocarril Gran Central, primero en Walcourt y luego en Lodelinsart, donde conoció al señor Schaefer aquí presente…

—Ahí lo conocí…

—Luego juntos se vinieron a París, donde fueron contratados en los talleres de Eiffel. ¿Trabajó en ese adefesio de trescientos metros? —miró hacia la puerta, como si trazara una línea imaginaria entre su puesto y el emplazamiento de la resistida torre de acero en los Campos de Marte, junto al Sena.

—Si, aunque de adefesio no le encuentro nada, señora. Y si me permite, podría pasar horas defendiendo la torre…

—Ya lo creo que la defendería, lo que es yo —tomó aire—, solo espero que pase luego esta euforia de la exposición mundial para que el municipio de París recapacite y la eche abajo.

—No estamos acá para hablar de la torre —A pesar de su natural tranquilidad, Gustave Verniory solía perder la paciencia cuando los rodeos de las conversaciones lo llevaban demasiado lejos.

—No —asintió Leonora, curvando sus labios con simpatía. Tanto Gustave como Jules pensaron que la mujer tenía la sonrisa más arrebatadora que hubiesen visto. Ni en sus mejores sueños imaginaron que las chilenas podían ser tan hermosas, prejuicios del viejo mundo —. ¿No le gustaría volver a trabajar en trenes? —siguió la mujer.

—La escucho…

—¿Cómo va su español?

—He estado preparándome para Argentina —respondió Gustave, ahora en castellano. Su trastabillo al hablar delataba que aún traducía mentalmente antes de emitir cada palabra.

—Bien —asintió ella—. Entonces tal vez debería olvidar lo de la hacienda del señor Fary en Argentina. Tengo algo más interesante y mejor pagado —Gustave Verniory llenó su copa y dio un nuevo sorbo, mientras Jules Schaefer volvía a untar un trozo de pan en el paté, sin despegar su atención de las hermosas facciones de la anfitriona—. El Gobierno de Chile —siguió Latorre—, requiere de un ingeniero con experiencia en ferrocarriles para extender las vías férreas a la zona sur, la llamada frontera con la Araucanía. Es un cargo de extrema confianza que depende directamente del presidente y de… —hizo una mueca adorable, casi infantil—, de algunos de sus más cercanos colaboradores.

—Interesante.

—Imaginé que así le parecería.

—¿De cuánto estaríamos hablando?

—Quince mil francos al mes para comenzar, comida y casa asegurada, más bonos cada tres meses y la posibilidad de hacerse cargo de su propio equipo y usar sus contactos para la construcción de

las estructuras metálicas que requiera.

—¿Aunque necesite llevarlas desde Europa?

—Tenemos buenos barcos y mejores asociados.

Gustave miró a Jules.

—¿Le parece una buena oferta? —cuestionó Leonora.

—Generosa —respondió el ingeniero.

—Deduzco, entonces, que acepta.

—Tendría que acelerar mis planes… —titubeó Gustave.

—Ingeniero, si sigue otro día más en París no vivirá para contarlo —aunque exageraba, había verdad en las palabras de la chilena.

Hubo un segundo en que Gustave miró a quienes le acompañaban y al restaurante en que estaban sentados. Luego de eso respondió:

—Acepto su oferta.

—Perfecto, no se hable más —reaccionó Leonora—. El 26 de enero zarpa el *Potosí,* su barco a Chile, una nave de bandera británica. Me mantendré en contacto hasta que esté a bordo del vapor —resopló—. Dígame una cosa más, ¿cómo se lleva con los ingleses?

—¿Lo dice por el barco?

—Ya sabrá por qué se lo digo —sonrió con coquetería—, pero contésteme.

—Soy belga, trabajo en Francia. Creo que eso responde a su pregunta.

Leonora le devolvió un guiño de aprobación. Luego añadió:

—Otra cosa, señor Verniory.

—La escucho.

—¿Cree usted en Dios?

—Yo… —tartamudeó el belga, mirando a su amigo, algo desencajado por la pregunta—. Tengo educación católica, provengo de una familia religiosa, supongo que sí creo en Dios.

—Supone… —torció Leonora—, interesante respuesta. Quizás vuelva a creer en Dios después de Chile…

—¿Sí? —dudó el belga.

—Mi país tiene esa virtud, nos acerca a Ella.

—¿A Ella? —el ingeniero pensó que había escuchado mal.

—Sí, a Ella —aseveró la funcionaria chilena—. ¿O cree que Dios es hombre? —ni Shaefer ni Verniory tuvieron tiempo para responderle—. Como sea, ya entenderá… —respiró—. A su tiempo ambos lo harán —los miró—. Señores —Leonora Latorre se puso de pie—, fue un gusto hacer negocios con ustedes… Y salvarle la vida, señor Verniory. Ese pequeño detalle lo mantiene en deuda conmigo, espero lo recuerde. Y no se preocupen por pagar, todo está saldado. Dinero chileno, dinero del bueno —afirmó, marcando una seña hacia el posadero. En seguida se levantó de la silla y tras envolverse en su chaqueta y bufanda caminó en dirección a la puerta. La mirada de Gustave, Jules y de

diecinueve de los otros veinte hombres que estaban en el lugar la siguieron hasta que desapareció en el invierno parisiense.

—Interesante mujer —comentó Gustave a su amigo—. ¿Cómo la conociste?

—Hablé con alguien en el consulado de Chile, Fernando García de la Huerta, creo que lo conoces —Verniory asintió—. Quedamos de vernos en Saint Sulpice y llegó ella —arqueó sus cejas—. El resto, bueno… —respiró—. El resto ya lo viviste.

—Lo vivimos —Gustave Verniory precisó—. Una heroína que salvó mi vida y después me dio un buen trabajo. Una noche extraña —levantó su copa.

—No voy a rebatir eso —Jules Schaefer respondió el brindis de su amigo.

El ingeniero Verniory hizo un gesto moviendo en círculos su mano derecha y pidió otra botella de vino. Se estaba despidiendo de París e iniciando una nueva vida. Nuevamente volteó hacia la puerta, pensó en la mirada felina de la chilena y se preguntó cuándo volvería a verla.

BERLÍN,
ALEMANIA

MARTES 6 DE AGOSTO, PRESENTE

3

El guardia es hombre. Tanto mejor así. Los hombres son más fáciles de derribar. No es una cuestión de peso, habilidad o agilidad, sino de movimientos y detalles. Los hombres son más brutos, se concentran solo en lo general y en lo obvio, como un portazo, un golpe o una sombra. El sigilo los descoloca, asimismo la sutileza y lo inesperado. Ni siquiera lo toman en cuenta. Lo dejan pasar, no les importa. Lo ignoran y en esa ignorancia aparece uno de mis dones: ser invisible. No es un superpoder, es solo aprender a manejar los detalles. Y soy buena con los detalles. La mejor. Por eso cobro lo que cobro. Por eso me pagan lo que me pagan.

Museum für Naturkunde, el Museo de Historia Natural de Berlín. Desde que vivo en esta ciudad, hace cinco años, es uno de mis sitios favoritos. Vengo al menos dos veces al mes. Me lo conozco de memoria. Domino cada uno de sus rincones. La ubicación de sus tesoros y las mejores esquinas y pasadizos para mantener la furtividad. Por supuesto no se lo revelé a Casempere. Mientras menos supiera mejor para mí. Además, a pesar de su generosa oferta, aún no confío en esa mujer. Hay algo en ella. Algo que no me funciona. No negoció demasiado, no discutió ni trató de bajar el precio. Y su manera de hablar, sin abusar de los adjetivos y afirmativos. Esconde cosas, lo sé. Yo también escondo cosas. Si Casempere es tramposa, yo lo soy mucho más.

A las cinco de la tarde salí de la estación de U-Bahn que lleva el nombre del museo y caminé tranquila por Invalidenstraße hasta lo que sería mi lugar de trabajo. Usé el viejo carné universitario de Kenya para colarme gratis. El portero ni siquiera se molestó en verificar que la foto de la identificación no se parecía en nada a su

portadora. Kenya y yo no podemos ser más distintas, quizás por eso llevo cuatro años viviendo con ella. Es primera vez que convivo con alguien, que me rindo a soportar una compañía constante casi las veinticuatro horas de los siete días que tiene la semana. Me cuesta la opción funcional, pero puedo. O me hago cargo, que no es lo mismo.

Tras revisar cada rincón del museo, y corroborar que el tercer piso continuaba cerrado, salí del edificio y me senté en las escalinatas de acceso, flanqueadas por dos columnas que, hacia el frisol del segundo piso, se dividían en ocho más pequeñas con el objeto de sostener el frontón rectangular que servía de terraza a la enorme construcción que se extendía por la manzana completa. Dos pendones con la cabeza de Tristan, —el anunciado Tiranosaurio Rex mejor conservado del mundo y que desde 2017 está en exhibición en los salones del museo —, caían a mi espalda.

Me conecté los auriculares del teléfono y aproveché de escuchar el archivo de audio que Kenya me envió al mediodía. *Hemorrhage* estaba indicado junto a la palabra demo, más la extensión WAV tras el primer punto. Hice correr las pistas de la maqueta. *Hemorrhage* era el primer disco de Kenya. Mezclas suyas y bases hechas con un viejo teclado análogo que compramos juntas en una feria en Neukölln. Seis cortes, en cuatro de ellos yo hablaba encima. Repetía frases que ella me había escrito, también versos de Oscar Wilde y de una poeta rusa cuyo nombre ya olvidé. Un chiste. Nada más que un chiste, por eso el nombre que le sugerí y que jamás pensé que usaría: hemorragia. El EP se escuchaba bien, aunque detesto como suenan los bajos. Después escuché un adelanto de lo que Kenya iba a tocar esta noche en Berghain. Nuevamente el problema de los bajos saturados, quizás sea su firma autoral, yo qué puedo saber de eso.

Usé el ritmo de la música para estudiar el movimiento de los guardias y del personal del museo, de los dependientes de la tienda y de la cafetería; y sobre todo de los estudiantes y profesores que entraban y salían de la Facultad de Ciencias de la Vida de la Universidad Humboldt, cuyos ductos de ventilación comunes pretendía utilizar para entrar, salir y robar lo que me estaban encargando.

Cuando el sol comenzó a bajar, caminé hasta el bar del vecino hotel Mercure y allí gasté las horas, tomando agua y dibujando en una de mis libretas de tapa negra. Bosquejé cada uno de los pasos que debía seguir en las próximas horas, también apunté lo que había hecho durante el día, anotando arriba hora y fecha.

Apenas el reloj de uno de mis celulares marcó las ocho con treinta y cinco de la tarde, pagué la cuenta y salí rápido hacia la calle para confundirme entre un grupo de estudiantes que ingresaba a la universidad. Sabía que las últimas cátedras iniciaban a las nueve,

también que por mi apariencia juvenil no iba a tener problemas.

Ingresé a una clase de paleontología en la que hablaban de mamíferos gigantes, parientes lejanos de los elefantes. No puse atención, solo dibujé en mi libreta al monstruo que me pareció más interesante de todos, el Dinotherium, un proboscídeo más grande que los mamut y que ostentaba dos colmillos curvados hacia abajo, como un par de dagas. Tras gastar veinte minutos escuchando a la profesora, una doctora llamada Helga Schinkel, escapé de la cátedra y me dirigí al baño más próximo. Me quité la polera, la falda, las medias y me cambié por un entero de neopreno negro con cuello alto. Llamativo, ridículo y fetichista a pesar de su origen para buceo aficionado, muy útil cuando se quiere agilidad para eludir sistemas de seguridad convencionales. Me tomé el cabello, guardé la ropa en mi bolso, apagué el teléfono, calcé los guantes y aproveché el cambio de guardia para correr en dirección a las dependencias ulteriores de la universidad. Utilicé la soledad de la facultad para deslizarme hacia una cocina desde donde trepé a los ductos de ventilación.

Inhalar y exhalar despacio; cuidar la energía y mantener la calma: no apresurarse, ser una sombra. Durante cuarenta y tres minutos repté por un laberinto de tubos en dirección al *hall* principal del museo. A las diez de la noche, tras un total de noventa y siete minutos escondida en las cañerías del aire acondicionado, abrí una rejilla y me dejé caer sobre la punta de mis pies, tal como me enseñaron en las clases de ballet clásico que tuve de niña, cuando comenzó mi preparación. Porque a mí me prepararon, no me entrenaron.

Vigilé que el guardia no anduviera cerca y usando una de las columnas del vestíbulo, como el tronco de un árbol, trepé hasta el sistema de registro de las cámaras de seguridad y lo desconecté. Me colgué de las rodillas y, en posición invertida, enlacé el puerto USB del video a uno de mis teléfonos. Al más viejo y desechable de todos. Dejé corriendo cortos que había estado filmando en el lugar desde hace quince días. Por algo le advertí a Casempere que necesitaba dos semanas para concretar el trabajo. Los registros eran diurnos, pero conociendo el modo de los vigilantes de museos de historia natural, muy distintos a los de pinacotecas de arte, ni siquiera iban a notarlo. Amarré el bolso a mi hombro derecho y esperé suspendida a que el guardia regresara al *hall* central. Cuando sentí sus movimientos y su respiración, giré y me dejé caer sobre las baldosas del piso.

A horcajadas de cada sombra y de cada destello que venía del exterior, me deslicé rumbo al salón principal, donde hacía su guardia el hombre: estatura mediana, hombros bajos, caminar pausado que delataba una cojera de juventud y rostro marcado por rosácea o algún tipo de alergia. Usé sus propias espaldas para proteger mi sigilo y luego, antes de que él se percatara de mi aliento, brinqué rápido sobre

su cuello. Las palmas como cuchillos a ambos lados de la nuca y con las rodillas un golpe detrás de la suyas. Tardó un segundo en perder el conocimiento y otro en desplomarse. Lo dejé tranquilo en el suelo, luego apreté con fuerza su sien por ambos costados de sus ojos. Iba a dormir al menos cuarenta minutos y, cuando despertara, el dolor de cabeza lo iba a mantener fuera de combate al menos por dos días. Jamás iba a saber lo que le pasó y, por mucho médico al que acudiera, no lograría erradicar la jaqueca.

Fue sencillo. Con los hombres siempre lo es.

¿Un solo vigía para un museo del tamaño de un portaaviones ruso de propulsión nuclear? Es lo bueno de Berlín, la supuesta capital más segura de Europa si descontamos a los turcos, neonazis y la mafia rusa. También para trabajar en verano, con la ciudad semivacía y la certeza de que a nadie le interesa robar huesos de dinosaurios. Como los del esqueleto de doce metros de alto del Giraffatitan, que ocupa la totalidad del salón principal y que es el mayor registro óseo del mundo. Cosas que una aprende en la clase de la profesora Helga Schinkel: hasta el 2005 se suponía que el dinosaurio era un Brachiosaurio y así aún lo recuerdan los souvenires magnéticos del museo. Pero ese año se le desmontó, se le examinó y se le volvió a clasificar como un Giraffatitan, cambiándosele la postura para erguirlo aún más alto. La primera foto que nos sacamos con Kenya como pareja, fue bajo ese esqueleto.

Crucé rápido el *hall*, donde el Giraffatitan era flanqueado por dos parientes suyos. Asalté por bajo las arcadas del pasillo interior hasta el salón de los mamíferos, desde donde superé la sala de exhibición del Tiranosaurio Rex bautizado como Tristan. A un costado de lo de Tristan, junto a una maqueta audiovisual del Sistema Solar, las escalinatas que conducían al ala oeste del tercer nivel, donde yo necesitaba ir. Miré el reloj. Tenía media hora para terminar el trabajo, lo iba a hacer en quince minutos.

Como siempre, el juego de doble destornillador es lo mejor para abrir una puerta antigua. Utilizar pinzas o artilugios eléctricos dentro de la cerradura hubiese resultado tan inútil como demoroso. Mejor quitar la tapa del cerrojo y desenredar los cables hasta que la chapa salte: simple gravedad. Luego poner todo en su lugar, siempre hay que dejar todo en orden. Si se van a dar cuenta de que pasó algo, es preferible que lo hagan más tarde que temprano.

Avancé con la espalda contra la pared por la sala, enorme y repleta de vitrinas de cristal que conformaban estrechos pasadizos de vidrio y madera de al menos tres metros de alto. El arrastrarme por el muro fue para seguir el cableado de la alarma hasta encontrar el punto de enlace con la sala continua, el más fácil de cortar, el que nunca detona, el que evita escándalos. Hasta que llegué a la vitrina en

cuestión. SK-87124 estaba rayado en el vidrio. Por el quinto pasillo al fondo, en la sección de meteoritos. Ya sabía donde estaba, ya conocía su tamaño, no mayor que la palma de mi mano izquierda, que es un poco más grande que mi derecha. No haría mucho espacio en mi bolso. El problema era otro, el peso. Detalle que podía demorar no solo mi escape, sino todo el plan.

Acerqué una escalera de riel hasta la vitrina y subí con un lápiz punta de diamante apretado en los dientes. Lo tomé de un vidriero cerca de casa que aún trabaja a la antigua, mañana se lo devuelvo. Usar un cortador láser hubiese sido un gasto de energía. Me apoyé con cuidado en el cristal. Ahí dentro se mantenía, tranquilo y frío, el pequeño meteorito negro en forma de pera, con caras marcadas y rectas que formaban triángulos casi perfectos por sus cinco lados. Desde 1987 que estaba en el museo, lo trajeron desde un lugar no especificado de Sudamérica, continente donde, de acuerdo a la ficha pegada en lo alto del exhibidor, había caído a mediados del siglo XV.

Dibujé un círculo de treinta centímetros de diámetro con la punta de diamante y cuando escuché el quejido del vidrio al cortarse, lo empujé cuidadosamente con mis dedos enguantados hacia el interior de la vitrina. Aguanté la respiración esperando que no saltaran las sirenas. Sabía que no lo iban a hacer, pero es saludable considerar los imprevistos.

Tomé rápido el meteorito y brinqué los dos metros y medio que me separaban del piso. El peso de la piedra negra casi me hace resbalar al llegar a suelo, pero abrí las piernas para soportar el impacto, cambiando la postura de ballet por una de gimnasia deportiva.

Guardé el encargo de Casempere, el lápiz de diamante y me colgué el bolso de ambos hombros a modo de mochila. Luego empujé la escalera de rieles hacia su lugar y salí lo más rápido que pude. Usé la red de ventilación sobre la zona de exhibición de Tristan para escabullirme hacia el pasaje Habersaathstraße, una calle sin salida que daba a la avenida homónima y que remataba en una pequeña rotonda con seis árboles en el centro: dos robles y cuatro abedules, que escondían los patios traseros tanto del museo como de la Universidad Humboldt. Aproveché la soledad de la plazoleta y la protección de los matorrales para cambiarme de ropa. No era la idea pasearme por Berlín, una noche de verano, vestida como caricatura de agente secreto de un mal cómic. La primera parte del trabajo estaba hecha, ahora venía lo complicado.

Adolescentes, algunos muy jóvenes, bebían vino y cerveza directamente de las botellas, mientras rodaban por los prados del Invalidenpark escuchando un punk melódico muy malo. Caminé entre ellos. Un muchacho muy rubio y casi verde de pálido, me ofreció una pitada de marihuana pero ni siquiera le respondí. No insistió. Es lo bueno de los alemanes, jamás insisten. Me apoyé contra uno de los pocos escaños desocupados. Saqué otro de mis *burner phones*, conecté un chip seguro, busqué el VNP de una red pública cercana que estuviera abierta y me colgué a Telegram, donde tenía a Casempere bajo el perfil de la foto de una ardilla. Ni idea la razón. Pero desde que empezó a hablar conmigo, la imaginé como una ardilla. Y una ardilla mentirosa. Eso de «recolectora de objetos para un millonario francés que prefería el anonimato» no se lo creía nadie. Boba. Debieron advertirle que estoy muy lejos de ser una principiante.

«Lo tengo», fui escueta.

«Perfecto», me escribió de regreso, tras premeditados treinta segundos de espera. «Coordinemos la entrega».

«¿Mañana?».

«No, esta misma noche».

«Primero el 75% de la paga», le respondí de inmediato.

«¿Euros o BitCoins?», ahora tardaba menos de quince segundos en cada respuesta.

«El 75% es en euros, ya tiene mi cuenta. El resto en Monero, tal como pactamos al inicio».

Minuto y medio después, tenía el aviso en la pantalla de un depósito hecho desde una cuenta segura y sin identificación. Revisé el total. No faltaba un centavo. «Ni un reclamo», me repetí respirando hondo.

«¿Dónde será la entrega?», escribí de vuelta a la fotografía de la ardilla.

«Estación Nöldnerplatz, S-Bahn líneas S5, S7 y S75», escribió de vuelta la ardilla. «Salida derecha. Camine bajo el paso de nivel de la línea ICE hasta Türrschmidtstraße. Vereda izquierda, junto a un café hay una pequeña plaza. Pocos árboles», adjuntó un enlace de Google Maps.

«La conozco», era cierto.

«¿23:15?».

«23:50», repliqué.

«A las 23:50 la estaré esperando».

«Será un gusto conocerla en persona, señora Casempere», no era cierto, pero Kenya me ha enseñado a ser amable con los años. Y he aprendido. Ayuda. Más de lo que jamás imaginé.

Reemplacé el chip del teléfono y tras reiniciarlo llamé al primer número de mi agenda. Kenya contestó de inmediato. Al fondo se

escuchaba la línea rítmica de una canción que no logré identificar.

—¿Ya terminaste? —me preguntó sin saludar.

—Sí.

—¿No tuviste problemas?

—Te dije que iba a ser fácil.

—Para ti siempre es fácil, soy yo la que no puede respirar tranquila.

—Lo sé.

—Te amo.

—Lo sé —volví a responder.

—¿Qué quieres que haga? —cambió de tema.

—Alexanderplatz —le indiqué—. ¿En cuánto puedes llegar?

—Media hora…

—Te espero en el andén de la línea Regio —resoplé—. Una cosa más, Kenya.

—¿Qué cosa más?

—Lleva la llave.

Corté sin despedirme. Miré la hora. Había tiempo, no iba a necesitar un taxi. Caminé hacia la estación más próxima de U-Bahn; detrás de mí el grupo de adolescentes continuaba bebiendo como si mañana se acabara el mundo.

5

Había estado antes en el lugar. No recordaba exactamente cuándo, pero fue durante mis primeros meses en Berlín. Previo a Kenya, previo a demasiadas cosas. Era un pequeño parque al ingreso del barrio Victoriastadt en Lichtenberg. No mayor a una plaza de esquina, emplazado a un costado del café Nadia + Kosta, que es famoso por vender los mejores sándwich de mortadela de la ciudad, algo que podría corroborar si mi dieta me permitiera comer pan y mortadela. Justo enfrente del número 34 de Türrschmidtstraße, una encantadora vía de la ex RDA, rodeada de bloques de departamentos que formaban un perfecto ángulo recto hacia el cruce con Stadthausestraße, pasaje que trazaba una «u» al pasar bajo las vías de la línea principal del S-Bahn, el tradicional sistema de tren urbano de superficie de la capital alemana. Lo primero que hice al llegar fue pasar caminando por la vereda del frente. Me siguió un gato blanco muy flaco y muy amistoso que debía ser de alguno de los residentes del lugar, barato y perfecto para estudiantes y artistas. El gato me acompañó hasta el 34 y ahí se quedó, esperando que alguien le abriera desde dentro. Yo continué

hasta rebasar el pequeño museo Lichtenberg y aproveché otra plaza cercana, anunciada como Tuchollaplatz en mi teléfono, para salvar hacia el punto de encuentro. Anoté en mi memoria las bicicletas amarradas en el lugar, las con cadenas más débiles por si acaso debía salir escapando rápido. También los lugares donde esconderse y memoricé cada cuánto pasaban los trenes por las vías emplazadas atrás de la plaza, que a esas horas de la noche tardaban entre cinco y siete minutos de un convoy a otro, dependiendo si era el S5, S7 o el S75.

Retorné a la plaza y me senté en la cuneta. Faltaban diez minutos para la hora pactada, no pretendía llegar justo ni atrasada, además estaba segura de que me estaban vigilando, quizás desde uno de los edificios cercanos, tal vez de uno de los tres apartamentos que tenían sus luces apagadas. Tomé el teléfono, quité el chip y lo reemplacé por otro. Bajé con cuidado mi brazo derecho hasta mi bota izquierda y revisé que todo siguiera donde tenía que seguir. Me amarré el cabello y aguardé.

El lugar estaba en silencio y salvo por el continuo paso de los ferrocarriles urbanos la calma habría sido absoluta. Es lo que me gusta de Berlín en agosto, la mitad de la gente está afuera, buscando playas y lugares donde disfrutar el sol. Yo odio el verano y a los veraneantes y amo esta ciudad cuando se vacía de ellos. Todo eso cambia el primer lunes de septiembre, día que opto por no salir de casa. Porque no puedo, porque hay demasiada gente afuera. Demasiado ruido, demasiados estímulos y demasiadas vidas que no me interesan. Y falta exactamente un mes para que ese caos llegue nuevamente a mi existencia. Es lo único que me quita el orden, que me descoloca y que realmente me pone de mal genio.

Exactamente a las once con cuarenta y ocho, la quietud del lugar y la situación fue rota por las luces de un auto. El vehículo, un taxi Mercedes Benz E350, avanzó los cincuenta metros que separaban al cruce de la plaza y se estacionó en el número 35 de la calle, junto a un bar que estaba cerrado.

Una mujer estaba sentada en el asiento trasero del carro. La vi pagar con tarjeta, luego bajó por el lado derecho del station *wagon*. El auto volvió a encender sus luces y partió en dirección norte, hacia el centro de Lichtenberg. La señora se quedó de pie un rato al frente y en seguida atravesó hacia el parque. Era alta, delgada, de piel ligeramente quemada por el sol y usaba el cabello muy corto, recortado a lo pixie, como Mía Farrow en *El bebé de Rosemary*. Me recordó a alguien que prefiero no rememorar pero en versión caucásica. Llevaba un vestido *beige*, cruzado sobre el cuerpo y amarrado con un cinturón grueso, anteojos de sol grandes sobre los ojos y daba cada paso sobre un par de tacones altos que sabía usar

bien. Calculé que debía de andar por los cuarenta años. Cuerpo trabajado en el gimnasio, al menos tres veces a la semana, y el rostro estirado con alguna cirugía ligera o un químico muy costoso. Caminó hasta mi lado y se detuvo a unos cuatro metros, sin sonreír.

—*Zessin, nehme ich an* —pronunció en un alemán que no dominaba bien, mencionando la identidad que uso para estos trabajos.

—Supone bien —le devolví—. ¿Casempere?

—Un gusto.

—Siempre es bueno ponerle rostro a las personas con las que se trabaja.

—Yo conocía su rostro.

—Ventajas de clientes con recursos —repliqué.

—¿No me investigó, entonces?

—Nunca lo hago —mentira—, salvo rastrear las cuentas —cierto —. Para saber si me van a pagar —muy cierto.

—Deberé agradecer a quien la recomendó, entonces. ¿Lo trajo?

Abrí mi bolso y saqué del interior otra bolsa, transparente y plástica, con la piedra negra que ahora más que una pera parecía una manzana. La levanté y se la enseñé.

—Su jefe va a estar contento. SK-87124, un lindo meteorito para un coleccionista de meteoritos.

—Mi jefe no solo colecciona meteoritos.

—No es mi tema.

—Tiene razón, Zessin, no es su tema. ¿Entonces?

—Tenemos un 25% pendiente —fui directa.

—Hay un cambio en las condiciones —el tono de su voz se hizo más duro. Lo sabía, en el fondo lo venía sabiendo desde la cuarta negociación.

—¿Qué clase de cambio?

—Lo que se le debe se le cancelará en BitCoin —no era eso, solo estaba ganando tiempo.

—Monero, ese era el trato —yo también sabía ganar tiempo.

—50% BitCoin, 50% Monero. Para mi superior es más seguro.

—Ok —moví mi pieza—. ¿Cuándo se hará el depósito? —provoqué.

—Tras comprobar la autenticidad de la piedra —respuesta esperada.

—¿Cómo puedo fiarme yo de que no me engañen con lo de la comprobación de autenticidad? —no la iba a soltar.

—No puede, salvo confiar en nosotros.

—Podría no aceptar el cambio de las condiciones —algunos incendios deben apagarse con bencina.

—No me gustaría estar en sus zapatos, Zessin.

Por supuesto Casempere no estaba sola y, por supuesto, quien la

acompañaba era alguien tan bueno como yo. Alguien que manejaba el arte de la invisibilidad y el silencio con similar maestría. Y no estaba en ninguno de los departamentos de enfrente, había permanecido todo el rato tirada en el suelo, tras los arbustos del fondo de la plaza, apegada al muro que separaba el pequeño parque Türrschmidtstraße de las líneas férreas del S-Bahn.

Se levantó como una aparición, distinguí a una mujer vestida entera de negro y con la cabeza cubierta por una capucha. Siempre piensas que es un hombre, cuando las mujeres son mejores en esto. Algo puntiagudo y punzante brilló en su mano izquierda (era zurda). Avizoré rápido los alrededores, los ángulos, las esquinas, los árboles, los cables, las ventanas con luz, las ventanas apagadas.

—El meteorito —volvió a hablar Casempere, quien supo aprovechar mi momentánea distracción para desenfundar una pequeña pistola que reconocí como una Beretta BU de 9 milímetros. No demasiado potente a distancia, aunque en mi actual posición podía atravesarme de un tiro directo. Cada vez que me enfrento a un revólver o a una pistola, cavilo por tres o cuatro segundos en que debería reconsiderar esa opción personal de no volver a usar armas de fuego. Me concentré en los pasos de la sombra, ligeros y largos. Usaba botas de tacones. Conté sus movimientos, calculé cada milímetro que nos separaba. Si me movía rápido hacia la derecha, el disparo de Casempere le daría a ella, que probablemente llevaba un chaleco de protección, de los mismos que yo jamás uso, a pesar de los ruegos de Kenya. Si lo hacía a la izquierda, las posibilidades de que me rozara un costado o el brazo eran altas, pero me daría tiempo para diseñar un buen plan de escape. La mayoría de las bicicletas estaban amarradas al frente de la calle, la de cadena más débil junto al bar del número 35. Aun herida no sería difícil alcanzarla.

Y estaba la tercera opción.

—Ahí tiene —arrojé la bolsa en dirección a Casempere.

Opté por la tercera vía.

Sentí cómo la sombra a mi espalda se detenía. Respiró lento y con pausa, esto recién estaba comenzando.

Sin dejar de apuntarme con el arma, Casempere se agachó y recogió la bolsa con el meteorito.

—Entonces espero el resto del depósito mañana —respondí extendiendo los brazos, para que se sintiera segura.

Casempere sonrió.

—Pensé que iba a ser más complicado. Su fama es un poco exagerada —pésimo adjetivo—, después de todo lo que cuentan le hizo a la Hermandad hace unos años —primera sorpresa—, Valiant —segunda sorpresa, esta realmente me pegó fuerte—. ¿O prefiere que la llamen Princess?

—Prefiero Ygraine Zessin —contesté a secas.

—Por supuesto —siguió Casempere mientras buscaba dónde guardar la bolsa con la piedra negra. No era una mujer de acción aunque no dudaba en tomarla cuando era necesario. Carecía entonces de formación y entrenamiento, la experiencia requerida para no distraer los músculos que sujetaban un arma mientras se realiza otra acción de manera paralela, en este caso guardar un meteorito más pesado de lo que ella creía.

Miré los dedos de la mujer. Dejaron de tensarse, concentrándose los nervios hacia el otro brazo, el más débil. Los ojos se apartaron de mí, una arruga en la frente, un ligero temblor en la punta del índice y el meñique de la mano derecha, el caño del arma que se movió dos centímetros hacia el costado izquierdo, contrario a donde me encontraba yo. Una curva en los labios, las fosas nasales se cerraron; conté uno, dos, tres, cuatro e hice el primer movimiento, mi pierna derecha trazando un arco contra la pierna izquierda de Casempere. Apenas la toqué: solo un roce para que cayera. La mano al suelo, apretó el gatillo y el disparo rompió seco contra la soledad y el silencio de la noche. Una tras otra las luces de las ventanas de los edificios que nos rodeaban comenzaron a prenderse. Las sirenas policiales no iban a tardar. Eso quería, aprovechar la rapidez de la seguridad berlinesa.

Mientras Casempere intentaba recomponerse, giré sobre mi cuerpo y aproveché el impulso para patear el arma lo más lejos del parque y ponerme en guardia contra la otra atacante de la noche, que ágil como un gato ya había saltado contra mí con su estoque largo apretado en la mano izquierda. Esa manera de moverse, con ataques directos, usando el peso entero del cuerpo como una lanza, sin sutileza ni elegancia. Nada de ballet y demasiado cuerpo a cuerpo, más con hombres que con mujeres.

—¡Mierda! —exclamó en español, cuando la evadí.

Brinqué hacia lo alto de un árbol y levantando mi pierna izquierda desenvainé mi bayoneta corta que había conseguido con unos turcos de Kaulsdorf y que personalmente había mejorado con una piedra y un afilador de rayo láser.

La matona contratada por Casempere volvió a ponerse en guardia. Pero antes y a propósito se quitó la capucha y tras guiñarme un ojo me tiró un beso, apretando sus labios anchos y gruesos. Esa piel morena y curtida, la nariz ancha y firme, los pómulos salidos y la mirada severa marcada por dos ojos negros tan fríos como grandes. El cabello largo y negro, con tintura azul oscura en las puntas, tomado y amarrado en dos trenzas largas.

—No recuerdo cuando fue la última vez, Valiant —me dijo—. Te has vuelto lenta con los años.

—Meztli —pronuncié su nombre, recordándola como una de las mejores agentes de campo de El Yunque, esa sociedad secreta vinculada a la iglesia católica mexicana y cuyos servicios eran muy caros. O el real patrón de Casempere era de alguna casa real europea, quizás relacionada con un jeque árabe, o se sentaba muy arriba en uno de los tronos más altos del Vaticano.

—Aún no te perdonan lo de la morenita de Tepeyac —mencionó, saltando contra el árbol sobre el cual me había trepado. Era más fuerte y grande que yo y sabía moverse. Un solo golpe con su tacón izquierdo y la rama se vino abajo. Maldita zurda.

—Fue mi hermano…

—Asuntos de familia —siguió hablando ella, mientras trazaba un estoque con su cuchillo que se había extendido hasta formar una pequeña lanza. Esa mala costumbre que tienen los asesinos latinoamericanos de hablar cuando actúan, como si fueran villanos de malas películas, como las que ve Kenya.

Kenya, pensé, mientras veía cómo Casempere buscaba el arma entre los matorrales.

Mientras analizaba mis posibles vías de escape, evadí una nueva estocada de Meztli. No podía continuar en ese sitio, debía encontrar una manera inmediata de librarme de la situación, antes que Casempere descubriera que no solo ella era la tramposa. Pero tenía a la verdugo mexica encima, como un escorpión lanzando ataques en los que se mezclaban estilos de pelea orientales, brasileños y del norte de su propio país. Cero armonía, la violencia del desorden. Podía contrarrestarlo, era mejor que ella, pero no debía alardear.

Levanté la bayoneta y la crucé contra su sable hechizo, que aunque más largo y fácil de mover, carecía de la resistencia del acero alemán que se extendía de mi brazo derecho. No pretendía matarla, solo aprovechar sus embistes para retroceder hacia el fondo del parque, hacia el muro que separaba el verde de los fierros y los cables del ferrocarril. Saqué cuentas y conté minutos. Estaba en la cuenta cuatro, solo requería aguantar cincuenta segundos más. Casempere aún buscaba el arma entre el prado y los matorrales. No la iba a encontrar, menos con el aullar de las sirenas policiales que empezaron a escucharse desde la cercana comisaría de Abschnitt.

—¡Meztli! —gritó Casempere, apartándose del parque—. ¡Termina este juego rápido!

La mexicana se detuvo y me quedó mirando fijo. Noté algo inusual bajo el antebrazo de su mano derecha. De un rápido movimiento, una pistola hechiza asomó entre sus dedos. El cañón era ancho y corto. Si disparaba a esa distancia podía hacerme volar, pero el arma era grande, tanto como la resistencia y la inapropiada posición del cuerpo de mi adversaria. Las ganas de acabar conmigo también le jugaban en

contra. Dispara ahora, pensé, como si le ordenara. Percibí el movimiento de las falanges de su índice. Estaba oscuro. El tiro la iba a confundir, la situación perfecta si es que lograba ser más rápida que una bala. Y yo podía ser más veloz que una bala.

Primero fue el disparo y luego el culatazo. Brillo y oscuridad, mi oportunidad para saltar al borde del muro de ladrillo que marcaba la frontera geográfica entre la pequeña plaza y la línea de trenes urbanos. La oscuridad como seguridad y, luego, contar.

«Cuarenta y ocho, cuarenta y nueve, cincuenta». Otra pirueta. «Con más gracia y fuerza». La herencia del ballet. Impulsar el cuerpo hacia arriba y luego a un costado a la derecha, hasta caer segura sobre el segundo vagón de un automotor de la línea S5 del S-Bahn que hacía diez segundos acababa de salir de la cercana estación de Nöldernplatz. Me tendí sobre el carro, sujetándome con brazos y piernas. Cuando me sentí firme, guardé la bayoneta en mi bota izquierda. Volteé la cabeza hacia atrás, la cerca del parque ya se había convertido en una homogénea continuidad de edificios de cuatro pisos que cruzaban veloces a ambos lados de las vías. Las luces de los autos policiales iluminaban hacia la pequeña plaza, mientras desde el cielo descendía el foco ruidoso de un helicóptero de la Polizei. Pensé en Casempere y en Meztli. A esas alturas ya deberían estar ocultas en algun sitio del laberinto urbano de Lichtenberg. La mexicana era buena, habría encontrado la manera de entrar a alguno de los departamentos. Lo sentí por sus moradores. Pensé en la piedra negra del meteorito, en Kenya. Esto recién estaba comenzando.

6

Con dos tragos largos acabé una botella de agua sin gas; la segunda de la noche tras mi encuentro con Casempere y Meztli. Aproveché la detención del S-Bahn en Ostkreuz para saltar del techo del segundo carro del tren. Cuatro personas me vieron, las cuatro estaban demasiado drogadas y bebidas así que solo atinaron a reírse como hienas de dibujos animados.

Tras comprar otra botella en una expendedora, corrí hacia la salida de la estación y abordé el primer taxi libre. Le apunté que me llevara hasta Am Wriezener Bahnhof, lo más cerca de «La Catedral».

Eran casi las dos de la mañana y la fila para entrar a Berghain resultaba tan larga como la fama del club. Jamás me quedé afuera, ni siquiera cuando recién me establecí en la ciudad, no era la novia de una de las DJ residentes ni hacía negocios con el guardia de la puerta.

El que te dejen o no te dejen ingresar a un lugar con fama de exclusivo es solo cuestión de actitud. Si te vistes mal no vas a cruzar el umbral, si te vistes bien tampoco, solo hay que mirar al frente, guardar silencio y no llamar la atención.

—Zessin —me reconoció Sven, el portero, que parecía sacado de esa serie de televisión de vikingos. No porque se asemejase un vikingo, sino porque es idéntico a como la gente que no lee se imagina a los vikingos. Me cae bien Sven. No solo porque hacemos buenos tratos, también por sus fotos y artesanías. Creo que es de los mejores fotógrafos y artesanos de todo Berlín.

—¿Kenya? —le pregunté, mientras él me abría la puerta ante el reclamo de una pareja de gays que de seguro llevaban más de hora y media esperando su turno y que no iban a entrar ni hoy, ni mañana, ni nunca.

—En el sótano... ¿Trajiste lo mío?

—Siempre traigo lo tuyo.

—Te busco en unos minutos.

Caminé a la barra del primer piso. *I've got a secret, i've been hiding under my skin, my heart is human, my blood is boiling, my brain IBM, so if you see me acting strangely, don't be surprised, i'm just a man who needed someone, and somewhere to hide…* cantaban entre brincos los allí reunidos, siguiendo la letra de esa horrorosa canción de los ochenta que, sin explicación lógica, se puso de moda en la comunidad homosexual berlinesa hasta transformarse en un inesperado himno LGBTI+. Levanté mi mano derecha y pedí al barman una botella de agua sin gas, la tercera de mi noche. Luego abandoné a Mr. Roboto. Apuré el paso por el corredor hacia la planta baja en dirección a la pista de baile del sótano. Lo usual, estaba repleta. Un sujeto pálido y largo, encerrado en una esquina, me sonrió mientras masturbaba su pene pequeño y flaco, lacio y feo. Qué feos son los penes feos. Gentes de todos los colores y sabores bailaban sin seguir una cadencia única, haciendo del desorden una coreografía matemática al son de los pulsos que Kenya disparaba desde la parte alta del salón.

Antes de ir con mi novia busqué a Egon entre los que hacían arder la pista. Siempre viene de martes a miércoles y de jueves a viernes. Evita los otros días, «demasiado desagradables», declara. Si no fuera por la mujer con la que duermo, yo no vendría nunca. Salvo por Egon, Sven y Kenya, este antro está cada noche demasiado lleno. Durante un segundo tuve la idea de que Meztli podía aparecerse, pero no. Al menos no ahora, ni aquí. Volví a ver a Kenya y la encontré bonita, más que antes, más que en la mañana.

Egon bailaba con un hombre alto, vestido de traje y corbata estrecha, como esas que se usaban en 1985 o 1986. Su chaqueta incluso tenía hombreras rectas, tal cual si hubiese bajado de una

máquina del tiempo. Egon lucía perfecta en su modo Marianne, jamás viene en una forma que no sea ella. Di un trago al agua y caminé entre parejas y bailarines solitarios que cabalgaban sobre los *loops* que disparaba mi mujer. «Mi mujer», qué raro suena eso. Jamás me voy a acostumbrar, no quiero acostumbrarme.

—Valiant —me saludó Egon, al verme llegar a su lado. Su pareja, escapada de la era del muro, estaba muy lejos.

—Egon —le respondí, sabiendo que odia su nombre, tanto como yo que revele mi verdadera identidad, que le he pedido resguardar.

—Zessin —reaccionó, bajando el volumen.

—Marianne —fui amable. La identidad la robó de su canción favorita de Leonard Cohen. Me gusta Leonard Cohen.

—No viniste a saludarme —siguió Egon. Llevaba medias de encaje, botas con tacones y una falda corta, roja, muy furiosa. La cabeza completamente rapada y ojos y labios delineados de negro, con las mejillas manchadas con dos rayas rojas. Un collar de cuero con una estampa de la Virgen de Lourdes le servía para tapar su manzana de Adán.

—¿Mañana en la tarde vas a estar en *Mighty Orbot*?

—Depende…

—Tarde, muy tarde, casi noche.

—Entonces sí.

—Necesito que me busques algo. Antes del mediodía te enviaré los datos.

—Eres tan buena como yo rastreando, ¿para qué me necesitas?

—Necesito ojos extras, además… —dudé.

—¿Además qué…? —recogió mi duda.

—Tú eres más seguro.

—No lo creas.

—No lo creo, lo sé.

Dejé a Egon con su inusual pareja y partí hasta la escalinata que ascendía al balcón desde el cual Kenya hacía bailar al sótano. Por los poros del edificio llegaban los compases de los otros salones de Berghain, incluso de la terraza.

Delgada y sin curvas, casi un niño de trece años visto desde atrás, Kenya estaba concentrada pinchando la aguja de un disco a otro. Jamás usa computador. Lo suyo es manual, a la antigua, con vinilo y plumilla. Que la música cambie de una noche a otra aunque sea el mismo set que repite cada quince días. Llevaba zapatillas blancas, pantalones de vinil negro con tachas, muy ajustados, y una camiseta también negra, con tirantes y agujeros bajo la axila. Como siempre, sin sostén. Se había amarrado su cabello crespo y corto en una bola desordenada por encima de la cabeza. La piel oscura de su cuello, los lunares marcando el negro sobre el negro; la cicatriz en forma de

cabeza de elefante, marca indeleble de esa herencia machista que tanto desprecia; el rostro triangular, curtido y azabache, retrato genético de sus antepasados venidos del corazón de África. Jamás he estado en África, me gustaría ir pero Kenya no quiere volver. Salió de ahí a los once años jurando nunca más pisar la tierra de sus padres.

Me acerqué, la abracé por la cintura y le rocé su cuello con mi nariz. Antes no lo hubiese hecho. La edad me ha descubierto cariñosa y en algunas ocasiones, como esta, me gusta serlo.

—Princess —estiró ella jadeando y moviendo su pequeño culo contra mi entrepierna. Luego volteó, dejó los discos unos segundos y me dio un beso corto que respondí con los ojos abiertos para leer su mirada.

—Estás en Eme —le reproché.

—Estoy en misa —me contestó, sumando un beso más breve que el primero. Sabe que odio que consuma MDMA.

Me quitó la botella de agua y dio un sorbo. Tiene claro que detesto compartir mi agua, tanto o más que comer delante de alguien, incluso delante suyo.

—¿Todo salió bien?

—Bien —le mentí—, ¿tienes nuestro seguro?

—Pesa una tonelada.

Mientras cambiaba un single de 45, me apuntó a la segunda caja con discos que había bajo sus piernas. Me agaché a tomarla y al hacerlo le rocé las rodillas.

—Podrías subir —me propuso.

—Nunca en público.

—Eres tan aburrida…

Abrí la caja y saqué la bolsa traslúcida que había bajo los discos. La piedra negra; el verdadero meteorito SK-87124 que había hurtado a las diez de la noche desde el Museo de Historia Natural. Pensé en cuando Meztli y Casempere se dieran cuenta del engaño; quizás sería bueno salir de Berlín algunos días.

—Kenya —hablé, mientras guardaba el meteorito en mi bolso.

—Dime —siguió ella, moviendo sus piernas flacas en mi dirección.

—Lo otro que te pedí…

Tras bajar la aguja en un surco, metió su mano izquierda al bolsillo de ese lado del pantalón y me pasó una pequeña llave de seguridad con el logo de la Deutsche Bahn marcado sobre el ojo del mango.

—¿Vas a ir al banco?

—Tal vez.

Se agachó y esta vez me besó largo, sin despegarse de mis labios mientras me ayudaba a ponerme de pie. Su mano izquierda en mi cintura, la derecha se metió rápido bajo mi polera y se deslizó levantándome el sostén para abrirse a modo de copa sobre mi pecho

derecho. Con la punta de la uña dibujó un circulo alrededor de mi pezón hasta ponerlo duro.

—Eres tan deliciosa —me susurró al oído. Le contesté con una sonrisa mecánica, mientras pensaba que algún día los robots también sabrían poner música y Kenya se quedaría desempleada, al menos en los clubes del primer mundo. No me gusta que me trate de deliciosa, cuando se lo comenté, me respondió que le parecía una definición apropiada para mí, ya que «no era linda dentro de los parámetros tradicionales de la belleza aceptada en occidente». Acepté el piropo solo porque me gustó su justificación.

Le respondí con un beso ínfimo. Kenya apartó su mano de mi pecho y luego me soltó para seguir con las tornamesas.

—¿Escuchaste *Hemorrhage?* —me preguntó, mientras dejaba un disco sonando en *loop*— ¿Te gustó cómo quedó?

—Sí… —dudé—. Es un buen chiste, bonito incluso —traté de no parecer tan entusiasta.

—Tú no haces chistes… Tampoco usas la palabra bonita —era cierto—. Me encanta —realmente utilizó ese sinónimo—como se oye tu voz al cantar.

—No canté, solo recité —Kenya me quitó la tarjeta, la acercó a su boca y la lamió. Luego exageró:

—Puede ser un *hit*.

—Fue un chiste —repetí.

—No —marcó ella—, es demasiado bueno para ser un chiste. Y reconozco lo bueno cuando lo escucho, por muy cerca que uno esté de ese algo bueno —me miró fijo a los ojos—. Tengo ganas de mostrárselo a alguien —siguió.

—¿A quién?

—Da lo mismo, conozco a la gente adecuada para mostrárselo —eso era cierto. Volvió a cambiar de disco y tras soltar la plumilla me besó otra vez en los labios.

—Zessin —nos interrumpió la voz de Sven apareciendo detrás del balcón de la consola de Kenya—, ¿puedes ahora?

Miré a Kenya.

—Vete…

Colgué el bolso en mi hombro izquierdo y seguí al jefe de los guardias de Berghain fuera del sótano. Me propuso ir a la terraza. Había menos ruido y se podía conversar. Le dije que iba por agua y lo alcanzaba.

La noche seguía cálida y Sven me aguardaba en el borde del balcón que daba hacia el oriente de Berlín, justo en dirección a donde me había encontrado con Casempere y Meztli. Los conos de luz de dos helicópteros se movían por los alrededores.

—Problemas en Lichtenberg —comentó Sven apuntando a los

helicópteros—. O robaron o mataron a alguien —concluyó.

—O ambas.

Abrí mi bolso, busqué uno de los bolsillos internos y saqué dos chips con extensión *blockchain* de intercambio seguro. Se los pasé a Sven.

—¿Intel SGX? —los miró.

—Sí —subrayé y él hizo una mueca de aceptación.

—¿Dos? —me gustaba lo honesto de Sven.

—El segundo es un regalo por la discreción. Hay un archivo encriptado con tu nombre completo más tu número de seguridad, ahí están las claves para depositar y mover.

—Siempre es un placer negociar contigo.

—Tu amigo hizo un buen trabajo.

—Lo mejor que se pudo. Ayudó que tomaras tantas fotos de la piedra y que tuviésemos tiempo para conseguir un buen trozo de obsidiana para el exterior. Fue buen plan aumentar el peso con acero de riel de ferrocarril. Aún queda obsidiana y la mayor parte del riel, por si necesitas otra copia…

—No, quédatelas, como recuerdo.

—¿En qué estás metida, Zessin?

—Estafando a coleccionistas de meteoritos que no tienen idea de meteoritos.

—Mientras no me involucres…

—No estás involucrado. Yo solo te compré una piedra de obsidiana tallada como un viejo meteorito de la colección del Museo de Historia Natural de Berlín —fui específica, antes de tomar un trago de la cuarta botella de agua de la noche.

Sven repitió que seguía siendo un gusto hacer negocios conmigo y que ojalá todos pagaran a tiempo como yo. Volvió a mirar los chips SGX y los guardó en un bolsillo. Luego comentó que debía de volver a la puerta y sin despedirse abandonó la terraza de Berghain. Me quedé un rato tomando aire. Hacia Lichtenberg, los conos de los helicópteros seguían buscando. La policía debería tener claro que esa no era la manera de cazar hombres lobo. Menos mujeres lobo.

MIÉRCOLES 7 DE AGOSTO

7

Intenté relajarme. Abrí las piernas para que la lengua de Kenya se metiera despacio a través de mis muslos. Ella me ha enseñado a dejarme tocar y a entender que dedos, labios y piel pueden sacarme un rato de mi mundo racional y cómodamente funcional. Pero esta no era la noche, a pesar de los esfuerzos de la mujer con la que comparto mi vida; de sus movimientos de reptil negro sobre mi piel; de su forma de amarme con cada milímetro de su cuerpo en ese deseo exploratorio que es tan de ella, tan su firma a la hora de estar juntas. Pero nada. Demasiadas imágenes en mi cabeza, sumadas a la certeza de que ella seguía en Eme.

Abrí los ojos y los dirigí hacia la ventana abierta y con las cortinas corridas. Los primeros claros del miércoles se colaban entre los edificios. Había nubes altas y era probable que en la tarde estallara una tormenta. Ojalá no. La noche de hoy es especial para Kenya, esperó medio año por ella. Me quedé fija un segundo, congelada en las torres gemelas de Frankfurter Tor a solo dos manzanas de casa. Fafner, el gato angora negro de Kenya, estaba echado en el marco, durmiendo profundo pero con las orejas atentas ante el mínimo sonido que saliera de la cama de sus dueñas.

Recordé los disparos de hacía nueve horas, el meteorito y los conos de luz de los helicópteros buscando a tres personas envueltas en una pelea en el pequeño parque Türrschmidtstraße. La suma era demasiado concreta y pesada, mucho más que la lengua ligeramente áspera de Kenya golpeando en círculos la punta de mi clítoris, tal como le he hecho creer que me gusta.

—¿Qué pasa ahora? —reaccionó levantando su cabeza de mi entrepierna. Sus labios estaban hinchados, imaginé que saturados con mi sabor.

—Ideas, pensamientos. No me gusta cuando estás en Eme —no iba

a guardarme ese detalle.

—Quizás deberías probarlo —fastidiada, se sentó en la cama. Recogió del piso una camiseta de tirantes con el rostro de Marcel Dettmann impreso por delante y un calendario con fechas en la parte posterior, y se la puso encima. Luego se levantó y caminó a la cocina. Había recortado el vello de su pubis dibujando un triángulo irregular. Era agradable de ver. Fafner arqueó su cuerpo y corrió tras Kenya.

Mi novia regresó de la cocina con una copa de vino.

—Tú no bebes —fue dura.

Me senté en la cama y busqué mi polera. Nunca me ha gustado estar tanto tiempo en tetas.

—Pene otra vez —Kenya estaba realmente enojada. Siempre que lo está se va directo a esa palabra: pene. A veces creo que piensa más en el pene de lo que se atrevería a confesar.

—No.

—¿Qué no? —cuando se desciende del de Eme con un trago de vino tinto, la cabeza de una persona suele confundir mundos—. Sé que extrañas el pene —subrayó con energía—, que quieres un hombre.

—No necesito ni quiero a un hombre —era cierto.

—Pene —acentuó—, es lo mismo —fue majadera.

—No es lo mismo. Estudias teoría de género, deberías tenerlo claro —la provoqué—. Desde la década de 1960, la exosexualidad ha demostrado que el hombre no es necesario para el coito y el placer femenino. La existencia de penes artificiales y consoladores está ahí como prueba de ello.

—¿Mejoraría nuestra relación si compro un dildo, entonces? —sus ojos estaban inyectados, rabiosos—. ¿O una correa con vibrador que pueda ponerme a la cintura? Si quieres que te penetre, te penetro…

—Solo es sexo —traté de bajarla, un esfuerzo inútil.

—No —recalcó enfurecida—. La penetración es el acto de dominación más degradante contra el cuerpo femenino. No es sexo, es una acción política.

—Todo es una acción política, Kenya, desde respirar y optar por algo tan antinatural como la monogamia, a los zapatos que escoges por la mañana. Tu lectura reduce lo sexual a parámetros machistas y binarios bastante básicos.

—Como tú —caminó hasta la ventana, marcando su enojo en la vena de su frente.

—Yo no cuento, no soy como el promedio.

—Lo olvido —apretó los dientes—, eres mejor que el resto.

—Lo soy, no es mi culpa. Nací así, distinta, excéntrica —recalqué —. Sabías en lo que te metías al estar conmigo, siempre he sido transparente contigo. Veo lo que otros no ven.

—A veces eres tan fascista.

—No, pero conozco el fascismo desde dentro. Me infiltré en la ultraderecha religiosa y con ese conocimiento y experiencia observo que tu retórica es moral heteropatriarcal fundamentalista. Y no lo digo por tu reciente discurso acerca del pene, también por la manera en la que tú y tus compañeras de estudio tratan a Egon… —aproveché de traer una situación que hace rato me molestaba.

—Egon ni siquiera es trans —aleteó—, es un *crossdresser* de club electrónico, no tiene idea lo que significa y se siente haber nacido mujer.

—Insisto —subrayé—, no veo diferencia entre el comportamiento de tu grupo de estudio de género y la derecha evangélica norteamericana a la que jodí por años.

—Tenemos derecho a estar enojadas, nos matan todos los días.

—Todo el derecho del universo, yo también lo estoy. Y mucho —marqué—. Pero en la balanza de las cosas, prefiero optar por la inteligencia y la astucia al enojo. El enojo —recalqué— solo conduce a errores…

—Tú no eres feminista, no deberías…

—No, Kenya —la detuve—, no puedo ser feminista, que es distinto — bajé el volumen—, y tú sabes la razón.

—Es una guerra...

—Claro que lo es —disparé con furia—. Pero yo, al contrario que tú o tus hermanas —definí con sorna—, sí he estado en esa guerra —subrayé—. Me han herido con balas y cuchillos —a propósito puse mi palma derecha sobre la cicatriz que cruzaba mi bajovientre—. Conozco de muy cerca lo que es pelear contra hombres que matan mujeres —mantuve el suspenso porque sé que odia el final de la frase, tanto como sabe que es cierta— y mujeres que matan mujeres. En el mundo real, ese que existe más allá de las universidades, librerías y clubes de clase acomodada de Berlín, las reglas son bastante más despiadadas.

Fafner reapareció desde la cocina y saltó sobre la cama. Kenya me miró con los ojos vidriosos de impotencia y dio un trago a su vino.

—Solo uno de cada mil crímenes contra mujeres son cometidos por otra mujer —intentó rebatirme.

—Y que fuera uno de cada diez mil o cien mil —exageré—. Eso no es lo relevante. Lo importante es que nos matamos entre congéneres, entre pares y hermanas, a veces nada más que por el placer de hacerlo —la desafié.

—Es tu caso —fue hiriente—, tú eres de esas —sus ojos estaban hinchados, a punto de reventar—. Has matado a muchas hermanas —no sigas Kenya— obedeciendo a machos violadores y asesinos. Estás manchada, muy manchada —siguió. Sentí su rabia, su indignación, sus ganas de golpearme incluso. No iba a hacerlo. —Perdón, yo… —se

apagó de golpe.

—¿Entiendes ahora por qué no me gusta que tomes Eme? —decidí bajar a fondo las revoluciones del diálogo.

—A ti no te gusta que tome Eme —Fafner caminó sobre las sábanas y se enrolló junto a ella—, pues a mí no me gusta que estés en otro planeta cuando te lamo el coño.

—Tampoco te gusta mi pasado.

Las relaciones de pareja jamás son equilibradas, siempre hay uno que quiere más y sufre y otro que se aburre, pensé. Kenya lo ignora, pero jamás ha logrado correrme. Nadie lo ha logrado, solo mis dedos. Pero no es su tema ni su responsabilidad. Mis orgasmos son míos, solo míos.

—Eres una estúpida sin empatía —Kenya volvió a ponerse de pie, tan alterada como al inicio de la conversación—. Y yo una estúpida que siempre he sabido con quién y dónde estoy metida —comenzó a llorar. Faltaban cuatro minutos para las siete de la mañana.

—Anoche intentaron matarme —decidí contarle la verdad, no solo porque la verdad es mi trato con ella, sino porque era la mejor manera de sacarla de la cueva donde se había metido—. Lo del robo del meteorito fue una trampa. Conocen mi verdadero nombre, saben que soy Princess Valiant.

Las tres frases tuvieron resultado. Kenya volvió a la cama y puso con cariño su mano derecha sobre mi hombro. Es cómodo que te quieran con tanta incondicionalidad, aunque uno sea incapaz de devolver lo mismo. Es cómodo y útil estar con alguien tan fácil de manipular.

—¿Cómo fue? —se limpió las lágrimas. Ya no había llanto.

Tardé un cuarto de hora en detallarle todo lo que había sucedido.

—¿Y qué sabías de Casempere antes de la entrega? —dijo Kenya con la voz pausada.

—Ivonne Casempere. Agente de negocios española, nacida en Portugal —resumí—. Trabaja para conglomerados y familias importantes, consiguiendo obras de arte y objetos para coleccionistas con suficientes recursos como para usar el mercado negro para concretar sus deseos. Supuestamente, el
SK-87124 era para un obseso de la geología y los meteoritos raros. Ella no iba a decirme la identidad del comprador. Sus cuentas eran seguras y no buceé más profundo porque no me pareció necesario —no era cierto—. Todo eso cambió con la aparición de Meztli. Para contratar sus servicios hay que ser más que un magnate, el apoyo detrás ha de ser grande y muy poderoso.

—Un país.

—O una iglesia…

—Necesito otra copa de vino.

Fafner alzó la cabeza y en esta ocasión no corrió tras su dueña. Dio dos pasos sobre el cubrecamas y se allegó a mi pierna derecha, recostándose para continuar durmiendo. Puse mi palma izquierda sobre su lomo y sentí su ronroneo. Me gusta aquello de que jamás lograremos saber cómo y por qué un gato ronronea. Fafner tiene nueve años. Kenya lo encontró perdido y llorando en las ramas de un árbol cuando no tenía más de tres meses. Kenya entonces llevaba un par de años en Berlín, estudiando y trabajando de modelo antes de descubrir su veta como DJ. Había ido con su novia de entonces al mercado de Mauerpark a buscar vestidos y muebles y luego se tiraron en los prados a beber cerveza y quemar algo de marihuana. Entonces sintió los maullidos y fue amor a primera vista. En palabras de mi novia, Fafner es el ser vivo con el que más ha compartido en su vida. Me tranquiliza que exista. Sé que hay alguien más importante en su vida y que no va a caerse en pedazos el día en que la deje, que será cuando me aburra de Berlín o cuando me obliguen a aburrirme de Berlín, que es parecido pero no lo mismo. Le puso Fafner por el dragón de Sigfrido, el que mata el héroe al inicio de *El anillo de los Nibelungos*.

Kenya vino de la cocina con una copa en una mano y la botella entera en la otra.

—¿Meztli es peligrosa…? —dudó—. ¿Peligrosa como tú lo eras?

—Peor, no tiene método, no sigue patrones. No es mejor que yo —verdad—, pero su lado impredecible la hace más amenazante.

—¿De dónde salió?

—La entrenó el Yunque.

—¿Quién es el Yunque?

—¿Qué es el Yunque? —la corregí.

Kenya llenó su copa y comenzó a beber, mientras Fafner se estiraba sobre la cama para acomodarse entre sus piernas como un ovillo de pelos oscuros.

—La Organización Nacional del Yunque —enuncié. Kenya hizo un gesto de que no perdiera tiempo. Yo solo intentaba hablar reproduciendo en simple lo que cualquiera podría encontrar en Wikipedia—. Es una sociedad secreta mexicana vinculada a la extrema derecha y cuyo propósito es defender la religión católica y luchar contra las fuerzas de Satanás para instaurar el reino de Dios en la Tierra. Desde la década de 1950 se han infiltrado con éxito en las esferas más altas del poder político y económico no solo de México sino de buena parte de América Latina y del mundo hispano de Estados Unidos. Además de España. Buscan instaurar nuevamente la idea de Latinoamérica como una Nueva España, erradicando a los indígenas y a otras religiones y sectas de todo el continente, regresando a un modelo político, económico, religioso y social similar

al de la época de la colonia española.

—Como tus amigos de la Hermandad —buena analogía.

—Pero católicos. La Hermandad fue por años el gran rival del Yunque.

—Hasta que tú y ese escritor chileno —torció una mueca—, se encargaron de ellos.

—Fue solo un golpe, la Hermandad sigue ahí, firme, creciendo día a día. Cuestión de mirar las noticias e interpretar cada movimiento de la Casa Blanca. O la dictadura evangélica de Brasil —acoté—. En esta guerra personal, el Yunque no perdona la vinculación directa de la Hermandad con la destrucción de la tilma de la Virgen de Guadalupe…

—Deberían agradecerte que mataras a tu hermano…

—No les basta con eso. El Yunque es una organización ultra católica, anticomunista, antisemita, antiliberal y simpatizante del fascismo. Se originó en Puebla, a partir del ala más poderosa y radical del Frente Universitario Anticomunista. Meztli es parte de un grupo de individuos que fueron entrenados desde niños para ser el brazo armado del Yunque: los Asesinos de la Veracruz.

—Mal nombre —dio otro trago—. ¿La respuesta a los Jueces de la Hermandad? —a veces me pregunto si fue conveniente ser tan honesta con Kenya.

—Podría decirse que sí.

—Mierda —dijo.

—Quien quiera que sea que esté detrás de Casempere no solo tiene los recursos, sino la influencia para tener a un agente del Yunque a su servicio —aspiré—. Pensé que después de seis años de invisibilidad, mis líos con logias religiosas habían terminado.

—Te criaron en una, esto tal vez no termine nunca —no le discutí —. Al menos esta vez no son protestantes —prosiguió—. No soporto la hipocrecía protestante.

—No es chistoso.

—No quise serlo, tampoco fui empática —fue una buena jugada, se la reconocí—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Esperar. El próximo movimiento lo tienen que hacer ellas.

—Cuando descubran que el meteorito es falso…

—Kenya —la miré a los ojos y acerqué mi cara a la suya, forzando una épica romántica que no me resultaba—. Casempere
y Meztli son peligrosas, están bien conectadas, tienen medios y saben quién soy. De seguro ya averiguaron dónde vivo y conocen hasta la edad de Fafner —puse mi mano sobre el animal, que me miró con cara de pregunta—. Esto no es un juego, quizás sea bueno que salgas por un tiempo de Berlín y te lleves al gato, lo que necesites. Vete, averigua si puedes conseguir una residencia en algún club lejos de Alemania, al

menos por un tiempo…

Ella me tomó las manos.

—Estás temblando —era cierto—. Nunca te había visto así, ¿tienes miedo?

—No es miedo. Tú no sabes cómo se pone el mundo cuando mi mundo, mi verdadero mundo, despierta.

—Quizás sea hora de que lo descubra.

—No… Mientras más lejos estés, mejor.

—Te amo, Princess. No tengo miedo y no te voy a dejar sola. Esto lo vamos a superar juntas, aunque tengas que enseñarme a usar una espada—, luego apartó el gato y se abalanzó sobre mí para besarme con todo su cuerpo. Traté de cerrar los ojos pero no pude. Nunca puedo.

BORSIPPA,
IRAK

8

Cuatro vehículos todoterreno Hummer, los dos del frente con colores de las Naciones Unidas y el par de atrás con camuflaje de desierto y escudos de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos pintados en las puertas, escoltaban a la camioneta Chevrolet Suburban color blanco que transportaba a Audra Viani. La caravana tardó una hora y quince minutos en recorrer los ciento treinta kilómetros que separaban el centro de Bagdad de las ruinas de Borsippa, a orillas del río Éufrates, corazón de lo que el mundo entero apunta como la cuna de la civilización. Viani se sentía cómoda con en esa definición, sobre todo si lo de «civilización» se igualaba a lenguaje. Borsippa podía ser precisamente ese sitio, donde se habían originado los idiomas, tras la muerte del dialecto de Dios que entonces hablaban todos los hombres.

En absoluta tranquilidad, con la vía casi desierta, a no ser por un par de buses y cuatro o cinco camiones frigoríficos, el convoy accedió a la autopista a la altura de Rasheed desde donde continuó en línea recta hasta Hilla, empalme que los llevó a la Universidad de Babylon y luego a Borsippa. O como antes se conocía, las ruinas de Birs Nimrud. En la mente de Audra Viani, simplemente los restos de la torre de Babel.

—No podemos traspasar la barrera —le indicó el conductor de la Suburban, un hombre de origen norteamericano que, aunque vestía de civil, era oficial de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos.

—Continúo sola, no se preocupe —respondió la única pasajera, mirando los vestigios colosales que se alzaban contra el horizonte, a no demasiada distancia de donde se había estacionado el vehículo y su escolta armada.

Audra Viani se quitó las botas de taco y las reemplazó por un par

de zapatillas deportivas de caña baja y planta alta, ideales para trotar, aunque no del todo aconsejables para el desierto. Luego cubrió su cabello, rubio, muy corto, con un velo blanco que enrolló alrededor de su cuello y ocultó sus ojos con gafas oscuras para protegerse del inclemente sol que a pocas horas del mediodía sabía dejarse caer en el sur de Irak.

—Dos Ranger irán con usted.

—Estamos en zona protegida por la UNESCO. Tengo cuatro drones artillados sobrevolando la zona y personal civil de la Universidad de Babylon, no va a pasarme nada.

—Son órdenes, señora.

—«Órdenes» —repitió la italiana de treinta y siete años, con estudios en derecho y teología, antes de abrir la puerta trasera derecha del transporte, mitad SUV mitad limusina de seguridad.

Dio dos pasos lejos del vehículo y se unió al par de militares que la acompañarían los exactos sesenta y tres metros que la separaban de la falsa montaña que coronaba el horizonte de Borsippa. A pesar del paso de tres milenios y medio, de terremotos, erosión, golpes climáticos e incluso recientes ataques de rebeldes islámicos, el coloso de arcilla permanecía incólume. Una columna de barro, ladrillos y adobe que se levantaba cuarenta y siete metros por encima de la planicie del desierto y que, a la distancia parecía el lomo arqueado de un monstruo marino, sobre cuya giba se alzaba un pináculo derruido de quince metros de alto, la mitad de un cilindro y una escalera en espiral que alguna vez, cuando la tierra era joven, quiso alcanzar el cielo, atrevimiento que los hijos del diluvio pagaron caro.

Con la vista en alto, fija en la punta de la torre, Audra Viani avanzó segura hasta la base del zigurat, donde había sido abierta una puerta que conducía a los corredores internos del gigante dormido y sobre la cual se leía en arábico, inglés e italiano la advertencia de no pasar, a excepción del personal autorizado. Un guardia privado, contratado por la universidad de Babylon, custodiaba el ingreso a los intestinos del mastodonte de arcilla. Viani se arrimó al hombre y le mostró su credencial. Luego volteó hacia los Ranger.

—Ahora continúo sola.

Los uniformados no respondieron. Previo a ingresar, la abogada y teóloga observó hacia lo alto. Un dron con forma de araña, sustentado en ocho rotores, la observaba con su único ojo, muy redondo y muy rojo.

—¿Mistral? —preguntó Viani al vigilante.

—En la cámara principal. La está esperando.

Las vísceras de la torre de Babel estaban iluminadas por luces LED que colgaban de un cordón que serpenteaba longitudinalmente a través del corredor principal del viejo templo, bifurcándose hacia

afluentes que se extendían por los niveles inferiores. Viani conocía con detalle el interior de las ruinas, había viajado con Mistral el mismo día que el gobierno iraquí, con la mediación de la UNESCO, autorizó a Pro Deo a documentar los escritos marcados en los pasillos profundos del zigurat. Dentro de la pirámide escalonada, el personal de Mistral, en su mayoría hombres, estaba arrodillado o tirado en el piso, limpiando piedras y registrando en papel y tabletas digitales todo lo que pareciera interesante.

Bajo dos líneas de LED que formaban una cruz, Elena Mistral leía lo que había registrado en su iPad una joven de unos veinticuatro años, que llevaba el cabello recortado de la misma manera que Audra Viani. De la misma manera que todas las pocas mujeres que trabajaban en las ruinas, incluida la propia Elena Mistral. Audra se quitó el velo que cubría su cabeza y aguardó a un paso de la puerta de la cámara.

—Viani —habló Elena Mistral, girando hacia ella—. Rafaella —se dirigió a la muchacha del iPad—, si nos permite.

—Claro, hermana —la joven inclinó su cabeza y, tomando su tableta, salió de la cámara repitiendo el mismo gesto de respeto para saludar a Audra Viani.

—¡Rafaella! —volvió a interrumpirla Mistral—. Por favor, que nadie nos interrumpa. La muchacha asintió con un movimiento de cabeza y luego desapareció en dirección al exterior del monumento.

Audra se adentró a lo que había sido el salón principal del también llamado templo de Birs Nimrud y caminó hasta su superiora. Elena Mistral se veía más joven que sus setenta años de edad. Por supuesto, el cabello cano, las arrugas en la piel y las bolsas que entristecían su mirada azul revelaban la avanzada edad de la mujer. Y aunque la gimnasia diaria y las vitaminas que se inyectaba cada martes antes de desayunar mantenían en forma su metro setenta y dos de estatura, una ligera y cada vez más pronunciada curvatura en el cuello, a la altura de la nuca, anunciaban años venideros tan pesados como encorvados. Elena Mistral había formado a Audra Viani desde que ingresó al convento a los diecisiete años y para la italiana era más madre que su propia progenitora; además, no pocos la apuntaban como la sucesora de la vieja arqueóloga y lingüista madrileña en las filas femeninas de Pro Deo.

—Hubiese sido más rápido por teléfono —sonrió Viani.

—Sabe que no es lo mismo —respondió Mistral, extendiendo su mano derecha, en que el anillo de plata de Pro Deo relucía bajo la luz de los LED. Viani la tomó con cuidado y le dio un delicado beso a la joya.

—Bienaventurada sea entre todas las mujeres —pronunció con respeto.

—Y bendito sea el fruto del vientre… —contestó incompleto Elena Mistral.

—Me escoltó la milicia. Creo que nunca me había sentido tan protegida.

—Desde que Pro Deo firmó el pacto Novis Order hemos de acatar órdenes a veces incómodas por un fin mayor.

—Como el nuestro, señora…

—El nuestro es el más grande de todos los fines, Audra.

—¿Han encontrado algo?

—Pistas al azar, nada concreto que conecte este lugar con Haimbhausen…

—Hay otras torres de Babel: Ur, Babilonia… —enumeró la italiana.

—Dejaremos que el resto excave ahí. Para mí solo hay una torre de Babel.

—Esta —Audra miró al techo de la bóveda excavada bajo Borsippa, en el seco sistema circulatorio del zigurat de Birs Nimrud.

—Yo no veo otra… —dejó en potencial la superiora, formada en la orden Agustina, al igual que su discípula—. Pero eso puede esperar, tenemos asuntos más relevantes que torres que buscaron llegar al cielo —torció una sonrisa tan arrugada como cínica—. ¿Trae noticias de Berlín, hermana?

—Valiant engañó a Casempere. Consiguió robar el meteorito encargado, pero entregó a Ivonne una réplica tallada en obsidiana…

—Realmente es buena —la anciana alargó su mueca—. ¿Meztli?

—Valiant la burló. Imaginará que es complicado mantener a una asesina del Yunque humillada. Casempere pregunta si tiene luz verde para recuperar el meteorito.

—Me interesa más Princess Valiant que el meteorito…

—¿Entonces?

—Entonces nada —recalcó Elena Mistral bajando el tono de su voz, acaso previniendo ser escuchada por alguno de los tantos oídos humanos y artificiales que daban vueltas alrededor—, a partir de ahora, yo me encargo de este asunto.

—Señora, ella… —insistió Viani, sabiendo que el asunto en cuestión tenía nombre y apellido.

—Lo tengo claro, Audra. Esto nos puede costar caro. Muy caro —recalcó.

Viani inclinó la mirada, luego regresó con su superiora.

—¿Quiere que vaya a Berlín? Yo podría…

—No —la detuvo Mistral—. Usted tome el primer vuelo que encuentre a Madrid. Espéreme en la Natividad, allí aguardaremos por «la princesa».

BERLÍN,
ALEMANIA

9

La universitaria abordó el vagón en la estación Kottbusser Tor de la línea 1 de U-Bahn en dirección a Uhlandstraße. Deduje que era estudiante por la agenda con el logo de la Freie Universitat que revisaba a medida que el tren avanzaba. Como no alcanzó un lugar vacío se afirmó en una de las puertas contrarias a los andenes de la dirección de avance. Me acerqué para estudiarla. Me vio y me sonrió con amabilidad. No era alemana, eso ya era un punto a su favor. De ser local me habría mirado con cara de nada, dándome la misma importancia que al material del cual estaban hechos los asientos de los extremos del tren. Era bonita de acuerdo a «los cánones de belleza occidental» y me gustó cómo se vestía, mezclando colores como si le diera lo mismo algún tipo de orden. Además usaba zapatillas deportivas blancas, indicador de que le gustaba moverse sin demoras. Llevaba una mochila de cuyo cierre asomaba la punta de un computador portátil; también una bolsa que colgaba de su hombro derecho a modo de cartera. Cabello muy largo recortado en flequillo, ojos verdes y grandes bajo una expresión triste; nariz aguileña grande pero fina, algunas pecas en las mejillas. Del tipo de Kenya, pensé mientras la examinaba. La vi abrir una cartuchera externa de su bolsa. Sacó una billetera y ordenó unas tarjetas de pago. Enseguida guardó la billetera, ahora en la mochila (tanto mejor para mí). Aprovechó de coger su teléfono. Movió sus dedos sobre la pantalla, con las uñas pintadas de rosa, y sonrió. Alguien que le importaba le escribía desde algún lugar del mundo. Si efectivamente era alumna de alguno de los cursos de verano de la Freie Universitat debería hacer combinación en Bahnhof Witterberplatz, el centro de la vieja parte occidental de la capital alemana. Bajaría mucha gente y multitud era lo que yo

necesitaba. Levanté la vista hacia el monitor de informaciones del vagón. Nos aproximábamos a Gleisfreieck, tenía tres estaciones para improvisar un movimiento rápido y actuar. Ella acercó el teléfono a su boca y grabó un mensaje de audio a través de WhatsApp. Hablaba en español, con un acento que reconocí de inmediato ¿Cómo puede haber tantos chilenos en esta ciudad? Berlín está llena de chilenos. Me acordé de Elías Miele. A veces me acuerdo de él. En ocasiones más de lo que me gustaría. La chilena de flequillo y ojos verdes le sonrió a su teléfono y cortó. Examiné rápido el carro. Muchos pasajeros se levantaron y caminaron hacia la puerta a medida que nos acercábamos a Witterberplatz. Me las ingenié para obligar a un adolescente que llevaba una bicicleta para que usara la puerta inmediata a la universitaria para descender. Mirada fija, acento neutro y tono duro. Mi aspecto de muñeca descoloca a los hombres menores de dieciocho, es una ventaja y un arma.

—Bahnhof Witterberplatz —anunció la voz en *off* que controlaba la ruta y el movimiento del tren, mientras este bajaba su velocidad acercándose a la estación emplazada bajo una plaza redonda rodeada de tiendas de departamentos y en la que hay un restaurante mexicano que Kenya ama tanto como yo aborrezco.

El convoy subterráneo se detuvo. Los pasajeros se amontonaron en las puertas y, apretándose unos contra otros, bajaron despacio al andén. Yo me ubiqué cerca de la corredera, junto a la fila que iba a tomar la chilena. Primero llevé la mirada hacia el suelo. Después fui rápida. Y para el cierre de las puertas del tren ya tenía la mochila de la chica en mi poder. Lástima. Lo iba a pasar mal, pero en este juego es campo común eso de que el fin justifica los medios. De reojo vi como levantaba las manos sin comprender qué había pasado.

Tenía el tren prácticamente solo para mí. Busqué un lugar junto a la ventana y me senté. Medio kilómetro más en la ruta y el U-Bahn asomaría a la superficie para seguir por un viaducto en dirección a la terminal de la vía.

Abrí la mochila y saqué la billetera. Una tarjeta de débito que al mismo tiempo era credencial universitaria, el pase estudiantil de la DB que le servía para usar los trenes sin pagar. La foto de un tipo de color que vestía la camiseta de fútbol de Argelia. Un par de billetes de veinte Euros. Otra foto, ahora de un gato blanco llamado Enga. ¿En serio alguien pensó que ese era un buen nombre para un gato? Revisé los datos de la estudiante. Efectivamente era chilena, había nacido en Concepción en 1993 y seguía un doctorado en sociología y antropología cultural en la Freie. Se llamaba Amelia. Regresé todo a la mochila y esperé. Como fuera, sin la tarjeta de la DB, ella no iba a llegar a la universidad antes de que yo hiciera todo lo que tenía que hacer con sus datos.

Bajé del metro en Uhlandstraße y detuve el primer taxi que se me cruzó en la calle. Conducía un marroquí con aspecto de lechuza morena que me miró con cara de pregunta sin respuestas cuando le indiqué que me llevara a la Freie. Pensé en decirle que tenía claro que me iba a salir más caro que un vuelo *low cost* de Berlín a Londres, pero me arrepentí. No le doy explicaciones a Kenya y me iba a detener a conversar con alguien que me importaba menos que el material de la cubierta del asiento trasero del taxi Volkswagen Passat 132TSI en el cual me trasladé en dirección al suroeste de Berlín.

Usé la credencial de Amelia para ingresar a la biblioteca del campus central. Un agradable lugar muy espacioso y con instalaciones diseñadas como para no tener a alguien encima. Además, en agosto son pocos los alumnos y profesores en la institución, por lo que pude elegir dónde instalarme: un cubículo cerca de la puerta. Saqué de la mochila robada el computador de mi víctima, una laptop vieja pero que me iba a servir de terminal si usaba mi teléfono para conectarme a la red. El anonimato de la universidad no me iba a dar mucho tiempo, pero era preferible a enlazarme desde un café o usando la VPN de una red pública en alguno de los centros de la ciudad, sitios donde Casempere o Meztli pudieran dar rápido conmigo. Yo podía cuidarme, Kenya no y la tonta no quiso salir de Berlín. Odio cuando hace eso, odio a la gente enamorada que pierde sentido de la lógica, de prioridades y de seguridad de su propia vida. Kenya dice que lo hizo por mí. Mentira, lo hizo porque no tiene idea qué hacer. Me gusta su compañía, pero tengo claro que ya no es una persona significativa para mi futuro. En mi aquí y ahora funciona, en mi mañana no.

Conecté el computador a mi teléfono. Quité el chip y lo reemplacé por dos de alta seguridad, uno de ellos con protocolo de encriptación ZRTP. A pesar de lo insufrible que es la rutina de tirar y cambiar las tarjetas, prefiero eso a utilizar *burner phones* y la correspondiente demora de reconfigurar y cambiar sistemas operativos cada ocho horas. El protocolo ZRTP es especialmente útil ya que funciona enviando y recibiendo la señal a través de varios nodos, lo que confunde a posibles espías digitales que estuvieran siguiendo los movimientos de mis números. Si Casempere y la mexicana sabían que yo era Princess Valiant, de seguro tenían información acerca de todo el resto del universo que me rodeaba, en lo real y lo virtual. Dado que el laptop de la tal Amelia era de inicios de los dos mil se demoró en encender, tiempo que aproveché para ir por una botella de agua sin gas, sacar uno de mis cuadernos, anotar rápido lo que había ocurrido durante la primera mitad del día y dibujar la cara de un tipo calvo, con una cadena que unía su nariz con su oído derecho, que estaba recostado sobre un sitial leyendo una versión en alemán de *El cantar de Mio Cid.*

Tenía un WhatsApp de Kenya. Le he repetido hasta el cansancio que conmigo use Telegram, pero es tan sorda. Escribía para recordarme el compromiso de la noche. Preguntaba si nos juntábamos en casa o en la estación S-Bahn de Olympiastadion. Le contesté que en Olympiastadion. Me devolvió que tratara de llegar a las ocho y treinta en punto. Le devolví que si no alcanzaba a esa hora entrara al concierto, que se ubicara en la parte de atrás del estadio, donde siempre. Sumé que estaba en algo importante, que tenía que ver con lo que había sucedido anoche y que mi prioridad era descubrir ese misterio. Kenya me devolvió una cara de rabia seguida de un corazón y dos labios besando. Quizás debería dejarla. Es lo mejor para ambas. Mas, después de lo de Casempere y Meztli.

El portátil de Amelia me pidió una clave. No fue difícil. La pantalla estaba llena de imágenes del gato blanco, flaco y huesudo. Fui por la billetera y busqué la foto con el nombre del animal. Escribí Enga y presioné *Enter*. Personas simples, soluciones inmediatas.

Dispuse mi teléfono como *hub* acelerador a la velocidad de conexión, colgándome del servidor y la red gratuita de la universidad y descargué una versión liviana de TOR para poder colgarme a la *deep web*. Egon me retaría, pero no había otra alternativa. Soy ansiosa. Pero de una clase de ansiedad distinta a la obvia de Kenya. Accedí a la cuenta que Egon me mantenía abierta y usé uno de sus rompehielos para indagar las cuentas bancarias a nombre de Ivonne Casempere y de Meztli. Con la mexicana era complicado. Meztli no era su verdadero nombre, pero tenía una lista de pagadores de El Yunque que podían servirme. Debía de haber algo que vinculara a los Asesinos de Veracruz. Miré la hora. Putos servidores. Se iban a dar cuenta en la universidad, el tonelaje de bajada que estaba ocupando era casi diez veces más pesado que el resto de las terminales en activo a esa hora en la Freie. Uno de los rompehielos de Egon dio con un archivo de pago registrado como Veracruz. Estaba a nombre de una tal Flor Canché. Nadie podía llamarse Flor Canché. Pero tenía sentido. Había muchos movimientos hacia esa cuenta y de acuerdo al rastreo de sus extracciones de dinero, las últimas transacciones provenían de Europa. Un segundo espía para ver la ciudad del último cajero usado o del *hub* de BitCoin a su servicio. Todo era tan lento. El computador robado hervía a punto de estallar. Mierda… De reojo vi a unos guardias mirándome. Alarma en el ZRTP de mi teléfono y aún no lograba descargar toda la base de datos encriptada de los pagos. Mierda de nuevo. La guardia digital de la Freie me había descubierto. Desconecté rápido el teléfono, rompí el chip y antes de huir rápido del lugar me disculpé con la universitaria chilena a la cual había robado: entré en su cuenta bancaría y le dejé mil euros. Suficiente por el mal rato, además iba a seguir pasándola mal. No solo por el robo, sino porque la

universidad la iba a responsabilizar a ella del tráfico de datos. Ojalá no la expulsaran; con los germanos nunca se sabe. Le escribí una nota que dejé en la pantalla de su laptop. Apagué el laptop, lo cerré, dispuse la billetera encima del portátil y la mochila colgada del asiento. Nadie la iba a robar. Salí rápido de la biblioteca, el tipo de la cadena que unía la nariz con su oreja me miró un segundo y luego volvió al *Cantar de Mio Cid*.

BAGDAD,
IRAK

10

Elena Mistral se amarró la bata y caminó hasta los ventanales que cubrían de muro a muro la pared norte de la *suite* que desde hacía un mes habitaba en el piso ocho del hotel Babylon Bagdad, el más lujoso y grande de la capital iraquí. Tocó el grueso cristal que la protegía del exterior, lo suficientemente ancho como para resistir el impacto de una ráfaga de ametralladora o aislar el sol y el insoportable calor de agosto. Fue por sus anteojos y los calzó encima de su nariz; tras acomodarlos miró hacia la urbe. La anterior ocasión que había estado en Bagdad, la ciudad era el lugar más peligroso del mundo. Explosiones, muerte, gritos; la noche convertida en un ballet de fuegos artificiales que parecían la versión macabra de una celebración de año nuevo. Fuegos de artificio que hacían caer aviones, que destruían lo que tocaban. Ahora era distinto. Mientras la noche calmaba el Medio Oriente, la urbe que de niña había conocido a través de las páginas de *Las mil y una noches,* parecía precisamente eso. Una tranquila postal de un lugar exótico muy distinto de occidente.

A pocos metros del hotel, la amplia curva del río Tigris se dividía en dos, marcando la frontera natural entre el área comercial y el sector político. Exactamente al frente de la torre del Babylon Bagdad, la rivera que había contemplado el amanecer de la humanidad surgía como una fortaleza controlada por soldados y armas, tras las cuales se divisaban las elevadas formas del palacio presidencial, cuyos minaretes eclipsaban las ramas de los quercus más altos del aledaño parque Al Zawra.

«Quedan pocos días en Bagdad», pensó Elena Mistral con los ojos fijos en las luces de cola de un avión comercial que descendía en dirección al aeropuerto. Las respuestas no estaban en la torre de

Babel. Por supuesto, ella sabía que lo de Borsippa era solo una distracción para ganar tiempo. La verdad aún estaba al otro lado del mundo y el modo de acceder a esa verdad respiraba en Berlín. Miró su reloj de pulsera. Las llamadas solían ser puntuales. Se había retrasado diez minutos.

El avión no alcanzó a desaparecer del horizonte cuando el teléfono móvil, que permanecía conectado a una batería externa sobre el velador derecho, comenzó a vibrar. Elena caminó despacio y se sentó en el borde de la cama. En la pantalla del móvil aparecían dos palabras: número desconocido. Desconectó el cable alimentador y respondió.

—Estaba esperando. Aguarde… —dejó tomada la llamada y presionó el ícono de una aplicación indicada con la figura del escudo del Vaticano—. Ahora sí, estamos en un canal seguro. Sí, estoy bien, gracias por preguntar… Reconozco que fue buena su idea de no advertir a Casempere respecto de todas las habilidades de Princess… Imagino que la mexicana quiere una revancha, de eso precisamente quiero hablarle… Ordénele a Meztli que proceda… Sí, esta misma noche, cuanto antes mejor —la agustina miró hacia la ventana y exhaló nerviosa—. Hay que golpear a Princess Valiant donde más le duela… Primero usted la daña, luego yo la quebraré… Tengo muy claro que estoy desatando una fuerza de la naturaleza, me hago cargo de ello, soy la única responsable… Ella vendrá a mí, he sabido dejar un rastro para que me encuentre… No, no me matará porque no podrá negarse a la oferta que le haré… No, no es un trato económico, a ella le interesan otro tipo de intercambios… Hay algo que Princess Valiant quiere y que solo yo puedo darle… Una respuesta… Viani no sabe nada, mejor así…

Elena Mistral miró la hora en la pantalla del teléfono y luego agregó:

—La marea ya se ha desatado y no hay forma de pararla. Ahora lo importante es que cada personaje se mueva sobre el escenario siguiendo el libreto tal como lo hemos escrito… Un gusto también para mí —pronunció el nombre de la persona al otro lado de la señal —. Que tenga una buena noche.

La hermana perteneciente a la orden de las agustinas, integrante de la elite de Pro Deo, cortó la llamada y volvió a conectar el teléfono a la batería externa. Luego cogió el control remoto de la pantalla plana que tenía enfrente de la cama y encendió el televisor. Noticias locales hablaban del nuevo *boom* turístico en Irak, destacando el desarrollo del *rafting* en el lago Dukan, que cada día atraía a más visitantes occidentales. «El mundo está cambiando», pensó Elena Mistral.

BERLÍN, ALEMANIA

11

Cuarenta mil almas bramaron al unísono sobre el Olympiastadion cuando Dave Gahan, segundos antes de comenzar la tercera canción de la noche, levantó el micrófono y saludó a la ciudad donde jugaba de local.

—¡¡¡*Guten abend, Berlin*!!!

Kenya Biyik no se unió al grito y solo miró hacia atrás buscando alguna señal de Princess Valiant. Nada. Arriba del escenario, la guitarra de Martin Gore y los teclados de Peter Gordeno y Andrew Fletcher comenzaron a disparar los primeros acordes de *Barrel of a gun,* para Kenya uno de sus cortes preferidos de *Ultra,* su disco absoluto de la banda de su vida.

Do you mean this horny creep, set upon weary feet, in need of sleep that doesn't come?, cantaba Dave Gahan apoyado por la voz más delicada de Martin Gore, mientras Kenya se apartaba en dirección al sector posterior de la cancha, lejos de las torres de audio y del grito de las masas. De reojo vio en la pantalla las animaciones y *screenfilms* que acompañaban la canción. En su cabeza quería matar a Princess. No solo por perder la atención de su canción, sino por no llegar, por no haber cumplido y dejarla sola en el día que le había anunciado y repetido era el más importante de su año.

Agarró su celular y a pesar del ruido y la música decidió telefonearla. Sabía que Princess detestaba los llamados y prefería los mensajes de texto, pero aquí y ahora, odiaba a Princess tanto como amaba a la banda inglesa que tocaba allá adelante, bajo un telón de luces y pantallas LED.

—¿Dónde estás? —le preguntó apenas escuchó la voz de su novia.

—Lo siento —Kenya sabía que no era cierto que lo sentía.

—Obvio que me ibas a hacer esto.

—No te escucho —era verdad. Los gritos del público, la línea de la batería, los acordes y acoples no solo hacían imposible oír un llamado, además cargaban de estática las señales de telefonía móvil.

—No vas a llegar, ¿cierto?

—Esto es más importante que Depeche Mode.

—Me da lo mismo que sea más importante —una lágrima bajó por la mejilla izquierda de la DJ—. Es mi grupo favorito de la vida, mi banda sonora de cada día. Sabías lo importante que era para mí venir contigo. Prometiste que bailaríamos… Apuesto que no te acuerdas de la canción.

—*Home* —repitió mecánica Princess. Kenya sabía que no porque lo recordara desde la emoción, sino por esa puta memoria suya. Un robot, eso era Princess Valiant y el precio de estar con un robot se hacía cada vez más pesado.

—No quiero ser un personaje de *Blade Runner* —respondió Kenya, segura de que Princess sería incapaz de interpretar la metáfora.

—¿Qué quieres decir?

—Da lo mismo… Voy a disfrutar del concierto. Tú cuídate.

—Intentaré llegar…

—Inténtalo —agregó Kenya Biyik antes de cortar el llamado.

En el escenario, Dave Gahan volvía a levantar el micrófono mientras todo el estadio olímpico de Berlín, el mismo que Hitler mandó a construir en 1936 y donde sus ideas de supremacía aria fueron humilladas por Jesse Owens, rugía como si el mundo se fuera acabar.

Precious and fragile things, need special handling, my God what have we done to you?, we always try to share, the tenderest of care. Now look what we have put you through, comenzó a cantar el barítono eléctrico en el que ya era el cuarto tema de la noche. Kenya dio un paso hacia atrás y al hacerlo perdió el equilibrio, soltando su iPhone que fue directo al protector plástico que cubría la superficie del recinto deportivo.

—Lo tengo —pronunció una voz en español que alcanzó a tomar el móvil antes de que el dispositivo estrellara su pantalla contra el piso.

—Gracias —respondió también en español, Kenya— ¿Latina? —adivinó al ver la piel morena, tan oscura como el cabello que la joven llevaba amarrado en dos trenzas, cuyas puntas lucían teñidas de azul. Delgada y atlética, jeans ajustados bajo una polera blanca, demasiado grande para su talla menuda, con la rosa del disco *Violator* pintada encima.

—Mexicana —sonrió la muchacha.

—¿Vacaciones?

—De paso. Pero tocaba Depeche Mode y por ellos doy la vida. Y

pagué la vida por la reventa —se rió y Kenya se unió a su contagiosa carcajada.

—Hace un año que tengo el ticket —le contó a la mexicana, pensando en que debió haber respondido en plural.

Things get damaged, things get broken, I thought we'd manage, but words left unspoken, left us so brittle, there was so little left to give.

—Martin Gore es el único hombre con el que tendría sexo —habló la turista, volviendo a hacer reír a Kenya.

—Yo con Dave —volteó hacia ella y le ofreció su mano derecha—. Kenya Biyik, bienvenida a Berlín.

—¡Kenya Biyik! —exageró la mexicana—. La DJ residente de Berghain.

—La misma —se ruborizó la compañera de Princess.

—Te escuché anoche, en el sótano. Amé como mezclaste a Dettmann con Kalkbrenner. Y luego a Ellen Allien —respondió el saludo—. Flor Canché, para servirte.

Allá adelante, tras otra explosión de gritos, los cinco integrantes de Depeche Mode seteaban los acordes iniciales de *World in my eyes,* precisamente el tema que abría el disco que Flor Canché llevaba grabado en la polera que vestía.

12

«¿Se enojó?», me preguntó Egon mientras se desplazaba, arrastrando su silla con ruedas, entre el desorden de aparatos electrónicos que se apilaban en la tienda ubicada en el *heartland* hipster del lado RDA de Berlín. *Mighty Orbot,* su cubil donde revisaba computadores, prestaba servicios web y vendía *vintage techno*, que iba desde sintetizadores análogos y microcomputadores de la década de los ochenta, hasta juguetes de latón de la era soviética. Era también donde Egon cubría el lado diurno de su doble vida, uno alejado de las botas con taco aguja, los corsé, el cuero y el maquillaje de Marianne. Solía decir que de día parecía más muerto en vida que de noche. Era cierto.

—Kenya es rencorosa —pensó en voz alta.

—¿La odias?

—A Kenya no, solo no comparto su ingenuidad y la agenda de esas universitarias imbéciles con las que se junta. Camarilla de *TERF* nazis, hembristas de ultraderecha. En fin —tosió—, no quiero hablar de eso, me hace mal. En todo caso —me miró—, no creo que tu novia supere rápido ese rencor —aleteó con los dedos de su mano derecha—. Es Depeche Mode.

—Depeche Mode es solo una banda. Vienen todos los años.

—No es solo una banda.

—Pensé que ibas a ir —lo ataqué de vuelta.

—Iba a ir, pero regalé la entrada.

Recorrí la tienda, toqué la cabeza de un robot de latón en forma de araña y moví las perillas de un viejo teclado Moog montado en un atril de madera.

—¡Cuidado! —me ladró Egon—. Es lo más valioso que tengo en la tienda. Lo usó Tangerine Dream en vivo en 1972. Me están ofreciendo medio millón de euros por eBay.

—¿Quién paga medio millón de euros por esto?

—Jonny Greenwood de Radiohead.

No era cierto. Quizás sí. Daba lo mismo.

—¿Qué usaste para bajar el encriptado? —me preguntó mientras yo continuaba registrando los cachureos de *Mighty Orbot*.

—TOR; entré mediante la carpeta a la que me diste acceso en tu nube.

—¿*Deep web*? ¿Para qué? No estamos en 2018, Princess —se burló, mientras usaba tres *burner phones* en línea para conectarse sin que lo rastrearan.

—Usé la conexión pública de la Freie, era más seguro.

—La *deep web* es más insegura que la red abierta. Y Google es más útil que cualquiera de esas aplicaciones «oscuras» —hizo el gesto de comillas con las manos— para desencriptar la cuenta bancaria más privada del mundo.

—Odio Google.

—Todos odiamos Google, pero nos guste o no, es el arma más poderosa del mundo.

No alcanzó a terminar cuando sonaron las campanas tubulares que tenía colgando de la puerta de la tienda. Egon era fanático de Mike Oldfield y de esa música progresiva de los setenta, aunque lo mantenía en secreto.

—Son las diez de la noche —le reproché.

—Esto es Friedrichshain, a esta hora aparecen los clientes. Quédate frente a la pantalla mientras descarga, yo voy a… —no terminó su línea de diálogo.

Se levantó y fue al mesón de la tienda, donde se había instalado una pareja integrada por un tipo flaco, barbón, con el pelo largo amarrado en cola de caballo, junto a una chica de rasgos orientales muy baja, que apenas le llegaba a la cintura a su compañero, si es que acaso eran compañeros. Aún faltaba el 40% de la descarga, así que busqué mi libreta y mientras Egon los atendía, yo los dibujé. Un garabato rápido, ambos con cara de gatos. ¡Maldición! Olvidé comprar alimento y arena para Fafner. Entre eso y lo de Depeche Mode quizás

lo más sano sea buscar otro lugar donde vivir. Creo que Egon tiene desocupado un cuarto arriba, en el segundo piso de la tienda.

La pareja buscaba un Macintosh Plus sin disco duro, de la serie introducida en enero de 1986. No eran coleccionistas. Estaban rodando un mediometraje ambientado en el Berlín previo a la caída del muro y por el acento venían de Francia. Egon no tenía un Plus pero les dijo que en una semana les podía conseguir uno. Les pasó una tarjeta de *Mighty Orbot* y les indicó que lo llamaran el próximo miércoles. Cuando se fueron, cerró la puerta por dentro y colgó el cartel de que ya no se atendía. También descolgó las campanas tubulares.

—¿El cuarto de arriba, el con baño propio? —le pregunté.

—¿Qué pasa con él?

—¿Aún lo rentas?

—No —dijo mientras me pedía que le diera su lugar.

—Falta un 30%…

—Con eso es suficiente, has perdido práctica.

—Nunca la necesité. Con lo básico para *crackear* me basta. Además, conseguir *hackers* jamás ha sido complicado...

—¡*Hackers*! ¿Quién ha hablado de *hackers*? Eso es tan de mala película de suspenso, tan de Netflix —enumeró—, tan de 1999…

—Este sitio es tan de 1999 —miré el lugar, iba a agregar que parecía locación de serie barata, pero me guardé.

—Sí, pero yo no soy un *hacker*. Solo sé buscar en los lugares apropiados. Uso Google… Un niño de cinco años lo haría mejor que yo. O que tú.

—Quizás debiera pagarle a un niño de cinco años.

—Quizás debieras… —respiró, girándose hacia la pantalla—. Ahora veamos qué tenemos —dijo usando el control táctil de uno de los teléfonos para moverse en la ventana de la laptop que usaba de terminal.

—El rompehielos…

—Estoy corriendo uno brasileño, es más rápido que los rusos.

—¿Rompehielos brasileños?

—Insisto, princesita, estás pasando de moda. Brasil es la nueva Rusia… Desde que los evangélicos conservadores se tomaron el poder político —sabía muy bien a lo que se refería—, Río y São Paulo se poblaron de guerrilleros digitales anarquistas tan certeros como generosos —subrayó—. Qué tenemos por acá… —abrió un cajón del escritorio y sacó un par de anteojos ópticos; se veía ridículo con ellos, nunca antes lo había visto usarlos, y pronunció mirando a la pantalla — «Pro Deo».

—¿Qué dijiste? —repetí, aunque lo había escuchado.

—Pro Deo. ¿Sabes qué es eso? —giró hacia mí con los ojos

levantados por encima del marco plástico de los lentes.

—La cúpula más alta del Servicio Secreto del Vaticano. La elite. No le responden al Papa, ni siquiera a Dios… Son la fachada para todo lo que se mueve en el gobierno invisible romano, desde la conspiración de la logia P2 hasta los asesinatos de Juan Pablo I y Benedicto XVI.

—Benedicto XVI no fue asesinado…

—¿No?

—¡*Scheiße*! —exclamó, pálido casi como un papel—. Como Catedral —apuntó en seguida.

—Catedral es Pro Deo. Es el nombre que usan para moverse y ostentar su poder. Las banderas, las tropas…

—Y los aviones —me interrumpió Egon. Él, como muchos, estaba familiarizado con esa historia. Grandes aviones, todos pintados de blanco, convertidos en sedes volantes del Vaticano, para mantener a las altas autoridades de la iglesia siempre en movimiento, seguros en el cielo. La conspiración era cierta. Oficialmente existen cuatro naves, todas llamadas Catedral, más un número de identificación. Tres de ellos son Airbus A-380 y el cuarto un Boeing 747-800. Me consta que no hay nada más lujoso y ostentoso volando allá arriba.

—¿Qué pasa con Pro Deo? —regresé a lo importante.

—Todas las transacciones monetarias que, a través de El Yunque pagan a Flor Canché y a Ivone Casempere, vienen desde Pro Deo, enviadas a través de siete servidores bancarios distintos, con moneda dura y… ¡Mierda! —saltó.

—¿Qué sucede?

—Sucede que nos encontraron…

—¡Sal del servidor!

—¡Con eso no basta! —gritó—. ¡Mierda! ¡Princess, detrás de ese mueble. Abre la caja y baja el *switch*! ¡Rápido!

Salté a través de los juguetes y cachureos y, usando una moneda de un euro, abrí el *box* de electricidad de la tienda. Había siete interruptores negros más uno rojo, indicado como el maestro.

—¿Cuál de los ocho?

—¡Los ocho!

Así lo hice. De golpe todo quedó a oscuras. Un grito sordo se escuchó desde el bar del lado.

—Comparto la red con los vecinos… —Egon respiró aliviado, mientras alumbraba *Mighty Orbot* con la linterna de uno de los teléfonos.

—¿Cuánto esperamos? —le pregunté.

—¿Cuánto? Esos amigos tuyos tenían un *dreadnought*, una nave de ataque moviéndose por la red, llena de drones virtuales cazando a quien se atreviera entrar a sus servidores. Si no tienen todos nuestros datos es porque Alá existe y está de nuestro lado —exhaló y luego me

miró fijo—. Princess —marcó mi nombre—, ellos sabían perfectamente lo que intentábamos hacer. Están en todas partes, no es metáfora. Yo que tú me esfumo de Berlín por un tiempo.

Miré la hora, las diez y media de la noche.

—¡Mierda! —exclamé con el peor de los presentimientos nadando en mi cabeza.

—¡Kenya! —Egon leyó mi mente.

13

See the stars, they're shining bright, everything's alright tonight cantaba Martin Gore, cerrando *Never let me down again,* última canción de la noche. Detrás del rubio guitarrista, Dave Gahan se agitaba con los brazos abiertos y el torso descubierto, mientras en la pantalla un astronauta flotaba en medio de un universo de colores sicodélicos. Pensé en lo que me decía Kenya cuando oíamos Depeche Mode, que Dave Gahan era el único hombre que le gustaba.

—*We'll see you next time* —prometió Gahan con su vozarrón de *crooner* futurista, mientras hacía pasar al resto de la banda para abrazarlos en primera fila y despedirse de las cuarenta mil almas que aún gritaban por una canción más. Nunca entiendo eso. Eres fan de una banda, vas a un concierto, sabes de antemano la lista de canciones de la gira y siempre pides más cuando terminan la composición de cierre. «¡Se acabó!», debieran ordenar los músicos. «Despejen esto y vuelvan a sus casas».

Las luces del Olympiastadion se encendieron y a través del sistema de amplificación comenzó a sonar *Space Oddity* de David Bowie, como banda sonora para que los presentes se encaminaran tranquilos hacia la salida de la arena. Es lo bueno de los alemanes, son ordenados hasta en el desorden. Esa dependencia geométrica y aritmética de las cosas fue lo que a la larga me hizo escoger esta ciudad.

Comencé a buscar a Kenya entre la multitud. Sabía que estaba en cancha. Los tickets que compró eran en esa ubicación, para bailar y saltar, para ser parte del ritual. Cogí el teléfono y nuevamente revisé el video que me había enviado cuarenta minutos antes por WhatsApp.

Martin Gore interpretaba *Home* desde una plataforma que se extendía hasta las primeras filas del público. «Gracias por romperme el corazón», decía el mensaje adjunto al registro.

Seguí rastreando a Kenya y nada. El estadio se estaba despejando. Mierda. Conseguir un taxi a esta hora iba a ser imposible y la suma de combinaciones entre S-Bahn y U-Bahn demoraría más los trámites.

Jóvenes, adultos y viejos caminaban alrededor mío, la mayoría en silencio y con la cabeza baja, los menos hablando acerca del concierto que acababan de vivir. Volví a escuchar el mensaje de Kenya. Me puse audífonos para oír los ruidos de fondo. La gente, el sonido del aire, del eco, de cómo rebotaba el audio de la canción para saber en qué punto exacto del estadio estaba. Otra vez. Alguien respiraba cerca de Kenya. Al lado. Junto a ella. Una respiración nerviosa y corta. Una mujer. Una mujer que estaba ahí con un propósito. Cortejarla. Intentar cortejarla. Se aproximaba. La manera de exhalar e inhalar, cada tres segundos. No era una persona cualquiera. Ella sabía respirar.

Me quité los audífonos y llamé a Kenya. Quinta vez desde que llegué al estadio. Nuevamente teléfono fuera de cobertura. El rebote en mensajes de WhatsApp y Telegram. Un chico con una camiseta de Joy Division me trató de «hermana bella» y me ofreció media tableta de Eme. Lo atravesé con la mirada para que me dejara tranquila. El retumbar de un helicóptero de la Polizei me hizo alzar la vista. El cielo estaba lleno de estrellas, pero esas estrellas no eran bolas de gas incandescente flotando a cientos de miles y millones de años luz de este planeta, sino pequeñas máquinas con luces y ojos rastreando y fotografiando a todos los que estábamos en el lugar; pequeños cíclopes sustentados con ventiladores y rotores contrarrotatorios. Fijé la mirada en uno de los drones, su mirada estaba en estática en mi rostro, reconociendo mi cabello, mi flequillo, la manera en que caen mis ojos; mi mirada azul verde casi transparente, el tatuaje en forma de espiral que baja por mi cuello.

—Sí, hija de puta —le dije en voz alta, sabiendo que solo esa máquina me escuchaba—, soy yo.

14

Robé una bicicleta que estaba amarrada a la salida de la estación Frankfurter Tor del U-Bahn, bajo la torre poniente que se abría hacia avenida Karl Marx. Esquivando el tráfico de taxis y motoristas, pedaleé rápido hasta la plazoleta del salón de eventos Kosmos, una reliquia de los tiempos soviéticos. Equilibrada sobre los pedales y sin sentarme en el sillín cargué con fuerza para no tardar, desplazándome entre los senderos de tierra y piedra que daban la vuelta por detrás de donde vivíamos con Kenya. Una, dos cuadras que se hicieron eternas, hasta el edificio de seis pisos del número 25, entre el café Paul & Paula y el cine Tilsiter Lichtspiele.

Frené brusco fuera del 25 y dejé la bicicleta sujeta contra un árbol.

Miré hacia la ventana de nuestro departamento en el sexto piso. La luz estaba apagada. Busqué la llave y entré al edificio. Corrí hacia las escaleras y trepé a brincos hasta el seis. La puerta del Richard Sorge 25 West estaba cerrada. Sentí un golpe en el pecho. Hubiese preferido lo contrario, Kenya jamás la cerraba cuando estaba sola. Volví a sacar la llave y la metí en la cerradura. Odio cuando mi mano tiembla, no aguanto estar nerviosa, perder el control. Empujé la puerta con mi rodilla derecha y me mantuve congelada bajo el umbral. La luz estaba apagada y la sombra negra de Fafner no se asomó a darme la bienvenida. Sin encender el foco del pasillo entré a casa y cerré la puerta detrás de mí. Todo quedó en penumbras. Apreté los ojos y pestañé rápido cinco veces para acostumbrar mi mirada a la oscuridad. Luego di un primer paso. Pensé en pronunciar el nombre de Kenya. Pero no. Dentro de mi pecho, el corazón me vibraba como si se tratara del motor de un avión de la Segunda Guerra Mundial.

Caminé hasta el dormitorio. Las cortinas de la habitación se mantenían corridas y la ventana abierta en su mitad superior para dejar entrar la brisa cálida de las noches de agosto. Sobre la cama descubrí una sombra tirada. Kenya estaba en casa.

Y no había nadie más.

Prendí la luz.

Kenya estaba sobre la cama.

Kenya estaba muerta.

Kenya estaba completamente desnuda encima del lugar que habíamos compartido por cuatro años. Marcas de golpes en las costillas y la cara. Sangre en la nariz y un ojo en tinta. El cuello amarrado con una cuerda y un dildo enorme y con incrustaciones de metal dentro de la vagina. Mas sangre, demasiada sangre.

Fui al baño y busqué en la cajita de emergencias un par de guantes de goma. Las manos me temblaban y todo caía entre mis dedos como si fueran de papel. Regresé a la habitación. Sangre en las sábanas, sangre en el suelo, sangre en las paredes. Levanté sus caderas con cuidado, las heridas escalaban desde el ano y por la espalda hasta los hombros. Más cortes, en los muslos, el vientre y los pechos. El tabique junto al colchón había sido rayado con un garabato, dos palabras y un símbolo: «NO + PRINCESA». Así, en español, con letras desordenadas, trazadas por alguien zurdo. Una zurda. Meztli quería que supiera que había sido ella. El desorden ordenado del Yunque.

Sentí mis piernas quebrarse y no pude evitar desvanecerme y caer sobre mis rodillas; con ganas de llorar, a punto de hacerme explotar pero contenidas por mi yo maldito, mi yo autónomo; mi yo que está tan lejos de ser como Kenya o como los vecinos o como la dueña del café de abajo.

Alcé la mirada y me concentré en el cuerpo de la mujer que me

había amado. Depeche Mode. Mierda, si solo la hubiese acompañado. La mexicana debió haberla seguido hasta el estadio. La observó. Buscó el instante en que le pareció más vulnerable. Tal vez cuando me llamó o me envió el mensaje. Kenya, como yo, no creía en la monogamia y teníamos un acuerdo de relación abierta. Varias veces se trajo chicas a casa. Meztli era del tipo que más le gustaba. Morena, de rasgos casi indígenas, delgada y bien formada, con músculos tonificados y curvas casi inexistentes; belleza andrógina. Debieron haber conversado. Meztli de seguro le habló en español, la engañó con alguna historia acerca de ser una turista fanática de Depeche Mode. No es difícil. Todo el mundo es fanático de Depeche Mode. Depeche Mode no es una banda, es un lugar común.

Kenya estaba frágil, dañada, defraudada, desilusionada. La conversación llevó al coqueteo y el coqueteo a todo lo que vino después. Comencé a buscar por la cama, entre la ropa y la sangre, entre el plástico y la silicona de los restos de una laptop echa añicos, quizás usada para romperle la cabeza a ella. Los dedos moviéndose rápido bajo los guantes. Por supuesto, MDMA. ¿Por qué siempre fuiste tan idiota, Kenya? ¿Ir a bailar o a tener sexo en un parque? Por supuesto que no. Querías desquitarte. La trajiste a casa. O Meztli te convenció, estando en MDMA, de venirte a casa con ella. De seguro en el camino le hablaste de las teorías de género, de tu guerra personal contra el pene, de tus amigas que Egon odia. Ella te siguió la corriente, campos comunes, falsa complicidad. Y acá te lamió, te chupó, te dio todo lo que querías. En un principio estaba bien. Luego vinieron los golpes. No entendías nada. Quisiste defenderte pero no pudiste. Primero las costillas, luego la cara. Te descolocó, te partió la mandíbula con el portátil; volví a mirar los restos del computador. Después te amarró el cuello y te penetró con el dildo, entonces fue por una navaja. Y eso sólo fue el comienzo.

¿Fafner?

Otro golpe en el estómago.

Respiré profundo y abandoné la habitación en dirección a la cocina.

Ahora sí fui incapaz de aguantar el vómito.

El cuerpo del gato estaba colgando de una cuerda que usábamos para secar la ropa. Dos garfios tomados de las orejas del felino al cual le había abierto la panza desde el cuello hasta la entrepierna, desparramando su tripa con orina y mierda en el piso. Las paredes estaban manchadas de rojo y negro, Fafner estaba vivo mientras lo desollaban. Puta maldita. Traté de ordenar mis pensamientos, pero no pude. El olor a sangre, vísceras, orina, a ultraje, bajaba de cada pared, de cada juntura del departamento. La firma de Meztli, de Casempere. Me habían declarado la guerra y yo no iba a tener piedad con ellas.

Voy a cazar a la mexicana. Por Kenya. Por el gato. Por mí.

Volví a la habitación y me asomé a la ventana. Luces chillonas y de colores se acercaban desde la avenida Karl Marx. Era una trampa. Mi compañera humana y mi socio animal el cebo. Un faro en forma de cono descendió desde el cielo. Tal atención se entendía en una ciudad donde nadie mataba a nadie, donde el mito aseguraba que era el lugar más seguro de toda Europa. ¡Tonta estúpida, Kenya! ¡¿Por qué no saliste de Berlín y te llevaste al gato cuando te lo dije?! ¡¿Por qué tenías que ser tan, tan sentimental?! Yo no te necesitaba conmigo… Y ahora. ¡Y ahora estás muerta, tonta idiota!

Asco. Tengo tanto asco.

Las luces estaban demasiado cerca. Busqué un bolso, ropa, cables, teléfonos, lo necesario para sobrevivir y ser invisible. Fui al baño, agarré mi caja con vitaminas, la dosis de Depo Provera para el resto del año, toallas de papel, tampones, una escobilla de dientes y la caja con lentes de contacto de colores que Kenya usaba para distintas fiestas. Aproveché de mojarme la cara con agua helada. Regresé al dormitorio y revisé rápido las cajoneras de los veladores, encontré algo de efectivo. Miré el cadáver de mi amante y me despedí de ella con un adiós mudo. En las ventanas del edificio de enfrente ya se reflejaban los focos de la policía. Apagar las luces y bajar rápido las escaleras, deslizándome por la baranda.

Alcancé a tomar la bicicleta y a perderme en dirección a Auerstraße. Los agentes del orden cercaban desde el lado contrario y a oscuras una bicicleta era indetectable, más que un avión invisible. Empujé la reja del cementerio Georgen Parrochial Friedhoff, que se extendía a lo largo de la avenida a unos doscientos metros de casa y busqué una tumba grande para esconderme. Requería pensar. Meditar dónde demonios iba a pasar la noche. Estaba agotada, cansada y, aunque no pudiera, me iba a obligar a dormir.

Vi las lápidas, vi los fantasmas de Kenya y de Fafner mirándome y grité. Solté un chillido como no había podido hacerlo en el departamento, como no lo hacía en demasiado tiempo. Uno, dos, tres gritos y otra vez de rodillas, ahora sobre el pasto y la tierra de las tumbas, encima del polvo y los gusanos muertos. Un tercer grito y la imposibilidad de seguir contenida. Hacía demasiados años que no lloraba. No me gusta llorar. No soporto llorar. No soy de las que lloran. No quiero serlo. Temblé entera. Ordené ideas. Necesitaba agua, algo que comer y un escondite más seguro. El más seguro de todo Berlín.

PUNTA ARENAS, CHILE

MIÉRCOLES 27 DE FEBRERO, 1889

15

Diario de Gustave Verniory.
Esta mañana desperté con un ruido inesperado: el ladrido de un perro. El vapor estaba anclado frente a Punta Arenas, la ciudad más meridional del globo. Sin embargo, no nos permitían aún bajar a tierra y debimos conformarnos con mirar desde la borda del *Potosí* la pequeña localidad que realmente no parecía de gran interés. Salvo por su excepcional ubicación geográfica.

Desde lejos, Punta Arenas se nos descubría como un conjunto de casas de madera de un piso, distribuidas como en un tablero de ajedrez sobre una lengua de arena. La ciudad semejaba estar amurallada por colinas bajas, todas cubiertas de vegetación achaparrada y amarillenta. El capitán del vapor me informó que era el único puerto libre de Chile. También que existía en los alrededores una mina de carbón o más bien de lignita, además de muchos ranchos de criadores de ovejas, a los que acá los llaman guanacos blancos.

Mas con ventaja. Lo más interesante de la experiencia han sido los indios fueguinos. En sus canoas fabricadas con corteza rodearon al *Potosí*, ofreciendo en venta pieles de guanaco, plumas de avestruz y mariscos. Eran hombres más bien grandes, de color café claro, con largos cabellos revueltos y una fisonomía bestial marcada en sus rostros. Cubrían su porte con una especie de capa hecha de cuero de guanaco, o de algún animal parecido, la que caía de sus hombros. Bajo esta iban completamente desnudos, a pesar del congelante frío. Los marineros les arrojaron latas de conservas vacías y bidones de petróleo, que ellos recogieron con entusiasmo.

Zarpamos a las diez de la mañana. Hacia el mediodía, se nos mostró el sitio de Puerto de Hambre. El lugar debía su triste nombre a

una trágica historia. A fines del siglo XVI, los españoles fundaron allí una colonia. Cuatro años más tarde, un corsario inglés recogió a quince hombres y tres mujeres. Era todo lo que quedaba de los cuatrocientos colonos, los otros habían muerto de hambre. Los rescatados estaban en tal estado de agotamiento que de ellos sobrevivió solo uno.

Después doblamos en cabo Forward, que es la punta más meridional del continente americano. Su cima tenía la forma de una cuña redondeada y emergía casi verticalmente del mar. Más allá se levantaban elevados picos cubiertos de nieve. Al frente, la costa de Tierra del Fuego resultaba todavía más accidentada. En la lejanía conseguían distinguirse las cimas nevadas de los volcanes Sarmiento y Darwin.

La temperatura era cada hora más baja. Desde el puente, envueltos en cobertores y mantas, admiramos las dos riberas formadas por rocas a pico. En ocasiones tan cercanas una de otra que nos parecía estar navegando dentro de un canal, similar a los de la costa este de Escocia. De tiempo en tiempo los bordes se separaban y nos encontrábamos en un vasto lago en el que jugaban peces gigantescos. Reconocí solamente al narval por su largo cuerno y a las inevitables marsopas. Confieso mi ignorancia ante la presencia de narvales, mamíferos marinos que entendía solo habitaban en los mares del hemisferio norte. Sobre la costa también se divisaban focas.

Hacia al cabo Forward terminaba Tierra del Fuego. Apreciábamos ahora a la izquierda una sucesión de grandes islas salvajes y desoladas. Una de ellas presentaba el característico nombre de isla Desolación.

Durante la noche dejamos el estrecho e ingresamos al océano Pacífico, que no merece verdaderamente ese nombre. El *Potosí* se balanceó y cabeceó en extremo. Tras un par de horas de vómitos y jaquecas, remontamos hacia el norte. En el trayecto divisamos dos ballenas, un encuentro muy frecuente en estas regiones.

La calma duró poco y durante los tres días siguientes experimentamos una zarabanda infernal. Solamente la última noche se calmó un poco el océano. Superando el cabo Lavapié y la gran isla Santa María entramos en la inmensa bahía de Arauco.

En la tarde desembarcamos en Coronel y pisamos finalmente suelo chileno. La primera cosa que llamó mi atención fue un mendigo a caballo. No es algo que se vea en Europa, donde un pordiosero jamás tendría los recursos para comprar y alimentar a una bestia; quizás sea cierto que esta tierra es la del porvenir; y mi mundo, una lugar viejo en extinción. El sujeto lucía enormes espuelas en los pies, estaba envuelto en su gran poncho deshilachado y fumaba un cigarrillo muy hediondo.

La ciudad de Coronel tiene cierta importancia para el Estado chileno. Nos contaron de la existencia de importantes minas de carbón en los alrededores, las más grandes de toda Suramérica. Como todas las localidades del país, Coronel mantenía la forma de tablero de ajedrez, con largas calles rectas y paralelas cortadas por otras perpendiculares. Las casas eran de un piso, construidas con ladrillos y cubiertas de tejas o de planchas onduladas.

Una banda militar ofreció un concierto en la Plaza de Armas. Los pasajeros del *Potosí* pensamos que esta iba a ser la ocasión de oír sonidos exóticos y originales. Por desgracia, se nos ofreció un popurrí de *La Mascota* y *Volviendo de la revista,* la última novedad en Europa.

BERLÍN,
ALEMANIA

JUEVES 8 DE AGOSTO, PRESENTE

16

Abrí los ojos a las siete con cincuenta y dos minutos. Hora y media más tarde de lo que generalmente lo hago. Estaba agotada. Tirada. Confundida. Física y emocionalmente. Tragué una bocanada de aire. Busqué una de las botellas de agua que me quedaban y la bebí entera. Antes me metí dos vitaminas a la boca, ambas con iguales dosis de B, D y E, además de potasio; debería inyectarme Neurobionta, la última vez fue hace setenta días. También la dosis semestral de Depo Provera. Luego me senté en lo que había improvisado como cama y levanté la mirada. *US AIR FORCE* estaba pintado en el techo curvo sobre mi cabeza, fila veintidós derecha de un viejo Douglas C-54 Skymaster abandonado sobre la loza principal de Tempelhofer, como único recuerdo del puente aéreo de 1948. El aeropuerto, que alguna vez fue la terminal más grande y lujosa del mundo, es hoy un parque urbano para ciclistas, corredores y paseadores de perros; también un amplio espacio para las carpas de los refugiados sirios que cada día llegan a la capital germana atraídos por la buena publicidad de esta ciudad. Publicidad que solo es un disfraz bonito porque por debajo hay tanta mierda como en cualquier otra gran urbe del mundo.

¡Kenya! No lograba dejar de pensar de ella.

Para olvidarla me concentré en el polvo que se colaba por cada juntura del fuselaje de la nave. Otro detalle que he aprendido a odiar de Berlín es el polvo y su relación con los berlineses. Les gusta, pueden vivir con él, no hacen nada por erradicarlo. Las casas y departamentos por lo general están insoportablemente ordenados, con todo en su lugar, pero nada limpio. Polvo y tierra en el aire por todas partes, como si no lo vieran. Quizás no lo ven. O no les importa. Se escudan en aquello de Berlín pobre pero sexi que inventó un alcalde

en 2003 para justificar todo, sobre todo la tierra en suspensión. Kenya decía que no le importaba, pero Kenya en esos detalles era insoportablemente simple y nada le importaba de manera significativa.

Abrí mi bolso y saqué uno de los plátanos que robé a las cuatro de la mañana de un Kiez Shop atendido por un pakistaní pasado a mala marihuana a quien solo pagué las botellas de agua, aprovechando que su atención estaba en un lugar muy lejano del universo conocido. Los plátanos son de lo poco que puedo comer sin intoxicarme y sin necesidad de cocinar o preparar con mediana elaboración. Mientras masticaba la fruta, busqué mi teléfono, cambié el chip por uno más seguro e intenté conectarme a la red. No había señal. Igual que durante la madrugada, cuando tras abandonar la bicicleta en la reja externa de Tempelhofer, corrí hasta el C-54 y trepé a bordo. El aluminio antiguo, la forma tubular de la nave, las viejas antenas de la cercana terminal; quizás algún *hacker* sirio dentro de las carpas, a medio camino entre un circo y un campamento gitano, que se extendían más allá de la loza, creaban un área sorda y muda para la telefonía móvil.

Necesitaba saber del mundo, contactar a Egon, a alguien que pudiera ser mis ojos mientras me mantenía oculta y planeaba mi siguiente movimiento; lo único que importaba: cazar a Meztli y a Casempere. Ese par de hijas de puta iban a conocer lo peor de mí. Mi lado medieval. Lo que aprendí estudiando a la inquisición española en mis años formativos en Jueces. Ramera mexicana, con ella iba a ser especialmente detallista. Mentalmente volví al apartamento del 25 de Richard Sorge Straße y entré a la habitación. Vi a Kenya tendida en la cama, las marcas y cicatrices, la sangre alrededor del cuerpo; después a Fafner colgando del cordel de ropa mojada de la cocina. Miré hacia el exterior del avión. El edificio principal de Tempelhofer estaba vacío, como siempre; y los grandes ventanales, junto a la terminal original de Lufthansa, continuaban rotos. Lo suficiente para permitir el paso de una persona de mi tamaño. Miré hacia los pisos superiores, esa terraza abierta, sin estructuras que pudiesen bloquear ondas y señales, era lo que necesitaba. Lo imperioso de comunicarse con el mundo, contradictorio para mí, que odio al mundo.

Crucé mi bolso, até las correas de mis botas de charol y me dirigí hasta la cabina de pilotaje del C-54. En el piso de la carlinga, entre los asientos cubiertos de polvo de los pilotos, estaba dispuesta la puerta tipo escotilla por donde subí a la nave. Llevaba a un túnel de cables y luego a la bodega del tren de aterrizaje frontal, que al estar desplegado se abría hacia la loza del aeropuerto. Me agarré del árbol de la rueda y bajé con cuidado, pisando la parte superior del neumático, que se hundió un poco al posarme en él, no por mi peso,

sino por el desinflado del tiempo sin uso. Brinqué sobre la Tempelhofer y como pude me sacudí del polvo del avión. No lo soportaba. Giré en dirección a las pistas de la exterminal, convertidas en parque. A lo lejos vi a una pareja trotando. La bicicleta que robé anoche seguía apoyada junto a la reja.

Corrí hasta los ventanales rotos y arrojé dentro mi bolso. Luego me encaramé por la estructura de soporte de los vidrios y con cuidado me deslicé al interior. Una punta de vidrio rasgó mi pierna izquierda, rompió la media que llevaba sobre mis botas y abrió una pequeña herida, nada que no fuera a cerrar en los próximos treinta minutos. Me dejé caer sobre el piso del *hall* central de la vieja terminal y tras abrir una nueva botella de agua, de la cual di un primer sorbo, proseguí en dirección a las escalinatas que conducían a los niveles superiores del edificio, que en la década de 1930 fue el más grande del mundo.

Tempelhofer Feld comenzó a construirse en 1927, pero recién en 1934, cuando Albert Speer levantó el edificio principal en forma de medialuna, se convirtió en lo que los arquitectos llamaron «la madre de todos los aeropuertos». Todas las terminales aéreas del mundo se han basado en las formas y conceptos, como túneles y pasarelas, puestas en práctica en este lugar. Durante la Segunda Guerra Mundial, Tempelhofer fue conocido como el aeropuerto de Hitler, ya que desde aquí operaban las grandes naves de transporte destinadas a llevar al *Führer* donde él quisiera. Tras la caída del Tercer Reich fue la base del puente aéreo a la ciudad, en manos soviéticas, realizada por los norteamericanos en el proceso que terminó con la construcción del muro. Hacia el final de la Guerra Fría y la unificación de Alemania, el aeropuerto fue perdiendo su calidad de gran centro aéreo de Berlín, ya que al estar demasiado cerca del corazón de la ciudad, sus pistas no pudieron ser agrandadas para recibir aviones de fuselaje ancho como el 747. Para el 2008 su uso fue abandonado y en 2010 fue finalmente convertido en el mayor parque de la ciudad. Era otro de los favoritos berlineses de Kenya. A mí siempre me gustó más el edificio que el exterior. Jamás entendí por qué no lo abrían al público. Para mi actual situación, mejor que nunca lo hicieran.

Tras ascender a los niveles superiores del edificio principal cogí la ruta a la torre más alta de la estructura, perteneciente a la antigua sede de Lufthansa. Desde ahí continué hasta el último piso, donde busqué alguna vía de servicio para asomarme al techo. Todo lo hice rápido. Corriendo sin mirar atrás, escapando del polvo y la tierra en suspensión de miles de metros cuadrados de oficinas y despachos que llevaban décadas desocupados y que permanecían como anclados en el tiempo, cual fantasmas conceptuales de otra era; de un mundo y una ciudad dividida en dos.

Tuve que empujar con fuerza la puerta de metal que comunicaba con la terraza. La cerradura, oxidada con el paso de los años y el poco uso, se había trabado usando como cuña el propio peso de la entrada. Di otro trago de agua y marché hasta el borde del techo. Desde ahí miré el horizonte. Las pistas, la loza, el C-54 donde había pasado la noche y más allá, en dirección contraria, el centro de la ciudad; con la aguja de la Fermsehturn como firma absoluta de la línea urbana.

El cielo estaba oscuro y con nubes amenazantes. Agosto era lluvioso y hacía días que el clima no se sentía así. Revisé un lugar donde sentarme. Tomé otro plátano y mientras lo comía examiné la caja con lentes de contacto de Kenya. Demasiados colores. Solo necesitaba un par de ojos normales, que no llamaran la atención. Levanté mi teléfono y me conecté al mundo. Esta vez lo logré. Como presentía, lo que encontré no me gustó. El dibujo de mi cara, bajo el nombre de Ygraine Zessin, estaba en casi todas las redes oficiales de la ciudad, responsabilizándome de la violación y asesinato de la DJ Kenya Biyik, una de las artistas residentes de Berghain. No solo eso. La Interpol había puesto precio a mi cabeza y en la página de más buscados me descubrí no solo con el nombre que he usado en los últimos años, sino también como Deborah, Maiden Bravery (jodido Elías Miele) y Princess Valiant.

Cerré las páginas de la Interpol y otras policías, incluido el FBI, y fui a mis registros financieros. Todo bloqueado, así te hacen salir. Ygraine Zessin no existía en dos bancos privados y mi cuenta de emergencia, en una institución estatal, estaba en cero. De no ser por mi plan de respaldo estaría en la más absoluta ruina. Ese par de putas quería quebrarme. No les iba a salir fácil. Abrí el teléfono y tiré la tarjeta. Busqué otra y la reemplacé. Usando una conexión tan remota como segura llamé a Egon a través del sistema de voz de Telegram.

—Sí, soy yo —le dije—. ¿Puedes ayudarme? —aceptó hacerlo—. No, no ahora, pero te voy a contactar pronto.

17

El secreto de la invisibilidad está en la lluvia. La frase no es mía. Previo a mudarme a Berlín estudié todo acerca de la historia de la ciudad. Si vas a reiniciar tu vida en un nuevo lugar has de conocerlo de antemano. Me detuve especialmente en la época de la Guerra Fría, cuando la capital alemana estaba dividida en dos y poblada de espías que trataban de pasar de un lado a otro, aunque estos eran los menos, ya que la mayoría cobraba por estar todo el día tecleando informes

que nadie iba a leer. O conversando con contactos de uno o del otro lado en cafés y bares cerca de la gran pared. No eran historias tan buenas, pero la mayoría coincidía en la utilidad de la lluvia. Bajo una capa transparente con capucha y con la cabeza inclinada hacia el suelo, eres absolutamente anónimo. Todos iguales, como personajes de dibujos animados.

Aproveché el corredor techado del puente Oberbaumbrücke para sentarme a comer algo, registrar las últimas veinticuatro horas en mi libreta y revisar los diarios del día. Todos llevaban en crónica roja la noticia del asesinato de la DJ Kenya Biyik, «una de las más reconocidas de la escena electrónica local», según el mediocre campo común de los periodistas y redactores. Detallaban dónde la habían encontrado y los más sensacionalistas subrayaban que el cuerpo presentaban rastros de agresión sexual. Acerca del culpable, solo apuntaban a que se sospechaba de la pareja de la artista, «desaparecida desde anoche». Cada nota era acompañada de una foto de Kenya, en todas tocando en Berghain. En uno de los periódicos adjuntaron el dibujo de mi cara, el mismo que estaba en la red. Solo el retrato, nada de mi nombre. Por supuesto, eso iba a cambiar a medida que pasaran los días. Es el modo de actuar de la policía alemana, con sigilo al inicio hasta que se cabrean y dejan caer la caballería.

Revisé el clima para los próximos días. Mucho calor y nada de lluvia. Con esa combinación me iba a resultar complicado mantener el anonimato, más si pretendía cazar a Casempere y a Meztli. No podía cometer errores y la prisa podía costarme caro. Envié un mensaje a Egon con otra petición, ojalá me leyera pronto. Volví a los diarios e imaginé el infierno en que se iba a convertir Berghain esta noche. El club pasaría a ser el centro de operaciones de la Polizei hasta que se resolviera lo de Kenya. Sven me iba a odiar. Es probable que ya me odiara. Si existe alguien en este planeta que amaba a Kenya como ella quería ser amada, ese era Sven. No como pareja, sino como un hermano mayor, como debe amar la gente grande, sin esa desagradable e infantil tensión sexual de por medio.

Abrí mi bolso y saqué otro plátano. Mientras lo masticaba volteé hacia el yonqui que estaba tirado a mi lado pidiendo euros. Tenía los ojos caídos y el pelo bonito. Muy bonito y muy rubio. Me toqué el cabello. No había que ser especialmente lúcido para entender que si necesitaba cambiar debía empezar por ahí. Alcé la mirada y comencé a escoger una fachada. Alguien que me resultara fácil de suplantar usando los lentes de contacto de Kenya más la tintura capilar que había robado de una farmacia en Neukolln. Hasta que encontré una fachada perfecta: caminaba por la vereda de enfrente del puente, bajo un paraguas de *Hello Kitty*. Tenía mi estatura, mi contextura, usaba el cabello corto y platinado y, por la velocidad con la que avanzaba,

debía de ser del sector. Me puse de pie, me cubrí con la capucha de la capa de agua y la seguí a paso rápido por la acera contraria, sin quitarle la vista de encima. Portaba una mochila militar colgando de su hombro derecho y de uno de los bolsillos externos se asomaba el cable blanco de un iPhone.

Mi fachada abordó un tren en Schlesisches Tor y permaneció en el subterráneo hasta Görlitzer. Salió de la estación y empalmó por Wiener Straße hacia Lausitzer, justo enfrente de Cutie Pie, un café al que alguna vez vine con Kenya. Aunque, en rigor, debiera decir donde hicimos hora con Kenya para una fiesta de cumpleaños de un amigo suyo que vivía en Kreuzberg. No estuve mucho rato en ese cumpleaños. La dejé coqueteando con una chica japonesa muy delgada que llevaba la cabeza completamente calva y, apenas tuve oportunidad, me escabullí del lugar para volver a casa. Demasiada gente, demasiado MDMA y Ketamina; demasiado polvo, demasiado mundo de Kenya. Ese planeta tan simple que detestaba más de lo que alguna vez se lo confesé. Aquella mañana, cuando ella finalmente llegó a casa, me dijo que estaba muy enojaba conmigo. A pesar de que me justifiqué explicándole que era mejor para nuestra relación no obligarnos a estar en lugares que nos resultaran hostiles y desagradables, ella insistió en que le era importante sentirme cerca, saber que la acompañaba. Su enfado se tradujo en un día sin hablarme. He intentado no pensar mucho en ella, pero me cuesta sacar su imagen de mi cabeza.

La delgada fachada de la mochila de *Hello Kitty* se detuvo en la puerta de entrada del 11 de Lausitzer, un edificio de cinco pisos pintado de azul claro, idéntico a todos los edificios de Kreuzberg, esa esquizofrénica arquitectura de Berlín occidental que, al encontrarse justo en la frontera de la ex RDA, trataba de apropiarse del estilo ordenado y uniforme del otro lado. Lo conveniente de este tipo de urbanización seriada es que todo funciona idéntico de un edificio a otro. Si conoces uno, los conoces todos. La chica abrió la puerta y revisó el buzón de correspondencia ubicado a la izquierda de la fila tercera de abajo hacia arriba. Dos apartamentos por piso. Conclusión: ella vivía en el tercer nivel. Esperé unos minutos, de pie junto a las mesas de afuera del Cutie Pie, todas mojadas por la lluvia, y crucé hacia el edificio. Examiné el citófono. Uno de los departamentos del tercer piso de Lausitzer 11 estaba indicado como Hammil, el otro como Campania. Pasé con cuidado la yema de mi índice derecho por el citófono. El número de Campania tenía marcas de pintura para uñas en el botón de llamados, el otro no.

Revisé el aparato de llamados. Había dos apartamentos sin identificación, eso significaba que estaban desocupados. Uno en el quinto, otro en el segundo. Llamé a Hammil primero, luego a

Campania; en ambos dije lo mismo.

—Hola, mi nombre es Zessin y soy tu nueva vecina del quinto. Estoy mudándome y mi compañera dejó las llaves dentro. Si me pudieras abrir… —todo imitando el tono verbal de Kenya, como ella me enseñó. De acuerdo a sus propias palabras, para que mi comportamiento resultara más normal.

Funcionó. En las ciudades europeas funciona, no hay desconfianza en la primera impresión. Es con la segunda donde afloran los problemas. Campania, como indicaba su apellido, hablaba con acento italiano.

Esperé diecisiete minutos sentada en la escalera entre el cuarto y el quinto piso y luego bajé al tercero. Me planté en la puerta del departamento de la joven italiana, ensayé varias sonrisas mirándome en el reflejo de la pantalla del teléfono y cuando me sentí cómoda, llamé a la puerta.

—¡*Einen moment, bitte*! —gritaron desde el interior.

Corrieron cerrojos y abrieron la puerta manteniéndola sujeta con una cadena de color dorado. Los ojos enormes y cafés de la italiana aparecieron en el espacio formado por la puerta y la cadena, también una sonrisa mucho menos falsa que la mía.

—*Hallo* —saludé.

—¿Zessin? —preguntó ella.

—Sí —arrugué mis mejillas—, la nueva del quinto. ¿Me preguntaba si tenías un destornillador que pudieses prestarme? —improvisé, pensando que todo el mundo tiene uno de esos en casa—, o unas tijeras grandes —enumeré.

—Sí, claro… Pasa —quitó la cadena y me abrió la puerta. Luego se presentó—. Alicia Campania.

—Ygraine Zessin —me presenté—. ¿Italiana?

—Sí, del norte, cerca de Milano —exageró lo cantado de su acento —. Tú tampoco eres de acá —siguió, mientras iba al interior del departamento de un ambiente que compartía con plantas de variados colores y tamaños y afiches de películas clásicas francesas en las paredes. La cama era pequeña.

—Padres alemanes, pero me crie al sur de Londres.

—Se nota tu acento —hizo un gesto con la mano izquierda sobre sus labios, que no entendí—. Por acá tengo un destornillador y tijeras.

—¿Vives sola? —continué sacando información, colgada de su confianza.

—Sí, me cansé de compartir —la fachada era perfecta, aunque ya odiaba su corte de cabello—. ¿Me hablaste de una compañera? —también ella sacó información, imaginé que con un propósito muy distinto.

—Estoy con una amiga, pero solo por un mes. Luego el piso quinto

de este lado será solo para mí —ella se rio—. Truffaut,
Chabrol, Godard —comenté, apuntando con la vista hacia los afiches, siguiendo el manual de instrucciones heredado de Kenya.

—Estudio cine —siguió ella, mientras abría una cajonera.

—¿Semestre de verano?

—Aproveché para un diplomado de guion y trabajar. ¿Tú qué haces?

—Amazon, investigación de clientes —dije recordando el empleo que tenía Egon cuando lo conocí.

—Suena siniestro.

—Es siniestro —acompañé con una tonta sonrisa.

—Aquí está… y bienvenida a esta comunidad —Alicia desbordaba amabilidad, sujetando un destornillador de mango amarillo en su mano izquierda. Zurda, pensé y recordé a Meztli. Recordarla me hacía fácil lo que tenía que hacer—, las tijeras creo están en el baño, voy por ellas.

El resto fue sencillo. Antes de que pudiera entender qué pasó, Alicia Campania estaba inconsciente, tirada en el piso del departamento, completamente fuera de este mundo. Así iba a permanecer al menos dos o tres horas. Le iba a costar despertar. Se sentiría mareada y atontada un rato, luego le dolería mucho la cabeza y perdería la confianza en las chicas amables de Berlín.

La tomé con cuidado y la recosté sobre la cama. Lo primero era lo primero. Abrí mi bolso y saqué la botella con tintura rubia y las hojas de afeitar. Aproveché además para cargar mis teléfonos y las tres baterías externas que siempre llevo. Revisé el pulso de Alicia, medí el largo de su escaso cabello y recorté una mecha para usar de referencia. Fui hasta el mueble de cocina y busqué hasta encontrar un rollo grande de bolsas de basura; después me encerré en el baño. Junto al calefactor crecía un enorme ficus que se encorvaba como un monstruo jorobado contra el techo. A un costado del lavabo tenía todo lo que necesitaba para las restantes dos horas de mi vida. Tijeras, una rasuradora eléctrica, mucho papel y toallas viejas.

Agarré las tijeras y tomé el mechón más largo de mi cabello. Y por primera vez en casi diez años lo corté y seguí cortando, para luego emparejar los mechones que quedaban con la rasuradora eléctrica de Alicia. Estuve tentada de raparme por completo pero me contuve, no necesitaba verme tan distinta de mi fachada italiana si iba a jugar a ser ella. Mi pelo liso, largo y negro, con las puntas teñidas de rojo, ahora era solo raíces oscuras, como de niño de pocos meses.

Me vi al espejo y no me gusté. Eso quería. No gustarme. Cogí la afeitadora de hojas y la puse bajo el chorro de agua caliente para templar el acero. Eché jabón líquido en mis dedos y froté hasta formar una espuma que deslicé sobre mis cejas. Luego pase con cuidado la

doble hoja para convertirme en una máscara. Me limpié y me sequé. Sin cejas, con mi piel blanca casi transparente y los dientes amarillentos, chuecos y separados, parecía una muerta. Tal vez debiera buscar otra identidad. Salvo el corte de pelo y el color de los ojos no era tan parecida a Alicia.

Aguardé a que la tintura se preparara y eché todos los restos de mi vida anterior en una bolsa de basura. La estudiante de cine dormía inconsciente sobre la cama. Revisé su clóset y me probé toda su ropa, con especial énfasis en la que no me gustaba. Escogí seis cambios. Tomé su billetera, su documento de identificación y su credencial universitaria. En una salía con el cabello azul, en el otro verde; me iba a servir para mi nuevo aspecto. Prometí devolverle todo. Siempre lo hago. Metí mi ropa a la bolsa de basura y dejé el cambio de Alicia escogido para mi regreso a la calle ordenado sobre la cama, junto a mi durmiente amiga. Completamente desnuda retorné al baño a terminar la transformación. Me miré al espejo.

Abrí la tapa del inodoro y me senté hasta relajarme. Oriné mucho y por lago rato, como no había meado en días. Ojalá hubiese cagado, pero desde niña me ha resultado difícil, consecuencia de mis alergias y mis dietas obligadas. A propósito, necesitaba otro plátano. O una manzana, para variar. Debía revisar qué frutas tenía Alicia en el refrigerador.

Abrí el tarro con la tintura caliente, metí la espátula y revolví un poco. El resto fue fácil. En cuarenta y siete minutos mi ahora poco cabello era rubio brillante. Más incluso que el de Campania. La firma final fue tomar un delineador y reemplazar con él mis cejas, un perfecto efecto antifaz. No era yo. Tampoco me parecía a Alicia Campania, pero serviría para engañar a un guardia o a un policía no demasiado detallista. Sé que no es suficiente. Pero por ahora resultaba un buen cambio. Hacia el final, la caja de lentes de contacto de Kenya con el único par que dejé tras tirar el resto en un basurero de East Gallery. La mirada verde casi transparente con la que me describió alguna vez un escritor y amante tan cursi como buena persona, era ahora café oscuro sin reflejo, sin personalidad ni alma. Tampoco es que crea en el alma.

Regresé a la habitación principal. Ya era tarde y en la calle seguía lloviendo. Cogí la ropa de Alicia y me vestí. Luego me senté en la mesa, junto al ventanal. Tomé mis cuadernos, un lápiz de tinta azul y anoté en uno de ellos mi historia con la chica que estaba tirada en la cama. También dibujé el interior del departamento de Alicia Campania con ella durmiendo sobre la cama.

Antes de dejar la casa de la joven italiana fanática del cine de Rohmer y la *nouvelle vague* francesa, reemplacé mi viejo bolso deportivo por su mochila militar. No era cómoda, tampoco tenía

suficientes bolsillos, pero por ahora iba a funcionar. Regresé a mirarme al espejo. Otra vez no me gustó lo que vi. Eso era bueno. Apunté mi teléfono, me saqué cuatro planos retrato y se los envié a Egon, junto a las credenciales de Alicia escaneadas. Ojalá le sirvieran. Agregué un nombre, él iba a entender.

18

Los dos agentes civiles de la Polizei abordaron el tren en Hackescher Markt y comenzaron a recorrer los vagones haciéndose pasar por inspectores de la Deutsche Bahn, los mismos que suben de sorpresa a hacerle la vida imposible a los extranjeros, especialmente a los latinoamericanos, que aún creen que es factible engañar a los alemanes viajando gratis en sus sistemas ferroviarios urbanos. La diferencia es que los funcionarios de la DB son, por lo general, expresidiarios o delincuentes forzados a trabajos comunitarios y eso se les nota en su manera de moverse y de preguntar por los boletos, sin mirar a los ojos. Por el contrario, la pareja que recorría el convoy, altos y con cuerpos bien trabajados, veían de frente, directo, tratando de fotografiar el pasado y el presente del pasajero a quien interrogaban sin interrogar.

Abrí Spotify en mi teléfono y puse en aleatorio la primera lista que encontré, una de malas canciones pop de los noventa, perfecta para hacerme pasar por Alicia Campania si es que era necesario. En absoluto, desconocía si ese era el gusto musical de la chica que a esta hora debía de estar despertando en la sala de su departamento, sin entender mucho qué había ocurrido. Imaginé que tras recuperarse del mareo inicial iba a pedir ayuda o quizás atreverse a subir al quinto piso solo para descubrir que el apartamento continuaba vacío. Pero eso ya no importaba, estaba hecho, ahora había que continuar el juego. Ya no llovía, pero unas nubes altas, pesadas y en forma de hongo, anunciaban tormenta eléctrica para cuando cayera la noche. Alemania y su particular forma de verano tropical.

—Ticket —me habló la agente civil de la policía, disfrazada de inspectora de la DB.

La miré a los ojos, me quité los audífonos y busqué en la mochila la billetera y la credencial de estudiante.

—Alicia Campania —repitió ella en voz alta, algo que los guardias de transporte nunca hacen. Miró la identificación por ambos lados y luego se quedó en la foto. Se detuvo en mí y agregó—: el cabello.

—Cambios —imité el tono en que hablaba Kenya—. Son

necesarios.

Me devolvió la tarjeta y regresó a su compañero. Este hablaba con tres turistas vestidos con camisetas con banderas de Estados Unidos y Canadá. Los turistas fingían no entenderle mientras buscaban una excusa para explicar que ignoraban que se pagaba tarifa especial al llevar bicicletas. Si los civiles de la Polizei hacían un buen trabajo, les iban a cobrar una multa de sesenta euros por la falta. No lo hicieron.

Al escuchar que el tren se acercaba a Ostbanhoff me puse de pie y caminé hasta la puerta más cercana. La oficial no me quitaba la mirada de encima; esa mujer había captado algo. Un leve desorden en el orden, algo que le molestó y la hizo detenerse en mí.

—¿Qué pasa? —escuché preguntar a su compañero.

—Nada —respondió ella. Si acaso añadió algo después, ya era demasiado tarde. En esos segundos de duda ya me había perdido entre las masas humanas que convertían a Ostbanhoff en un infierno a las ocho de la noche. La luz del atardecer, que se colaba entre las nubes, provocaba efectos especiales hermosos contra la cúpula de acero de la estación, la segunda más grande de la red de conexión ferroviaria de Berlín.

Usando de cubierta a un grupo de españoles que reclamaban por la hostilidad germana, me deslicé a los niveles inferiores de la terminal, acelerando por encima de las escaleras automáticas hasta el subsuelo. Hacia el costado del ingreso a un supermercado de la cadena Rossman se ordenaba el pasillo de los casilleros de custodia de equipaje. Ocupo uno desde hace seis años, pagando cada tres días el importe necesario para mantenerlo. Mi guarda valijas era de los más grandes y seguros, lo suficiente para esconder dos mochilas y un bolso. Busqué la llave, la misma que Kenya me había pasado la noche en que comenzó todo y fui hasta el locker 0925, al fondo del corredor. Pasé junto a una pareja de japoneses que discutían acerca de si dejar o no sus maletas toda la noche en el casillero, conversación que los tenía lo suficientemente ocupados para que no pusieran atención en lo que yo iba a hacer. Metí la llave de tarjeta, la giré y saqué el bolso, grande y fiable, de superficie rígida, que compré en España al día siguiente de despedirme de alguien a quien no debería recordar tanto, pero que se me aparece tanto como Kenya en los pasadizos de mi memoria.

Tiré el bolso al suelo, marqué la clave del seguro y saqué del interior lo que necesitaba para mis próximos días. Tarjetas de almacenamiento, otros cuatro *smartphones* con chips, una batería externa y dinero en efectivo, todo ahora repartido entre los bolsillos de la mochila militar de la estudiante de cine. Antes de regresar la maleta al casillero tomé fotos de los dos objetos más valiosos que guardaba en el lugar: la espada que alguna vez fue conocida como Excálibur, y que mantenía conmigo desde aquel incidente en la

Patagonia, y la piedra negra del meteorito SK-87124 que hacía tres noches había robado desde el Museo de Historia Natural de Berlín.

Al regresar el meteorito al bolso, las yemas de mis dedos sintieron unas marcas regulares hacia uno de los bordes. Vigilé que nadie estuviera mirando y levanté la piedra negra para ponerla a la luz. Allí había algo, algo casi imperceptible y que se me había ido. Si hay un detalle que aprendí de niña es que existen dos cosas que no se dan en la naturaleza: líneas rectas y patrones regulares, ni siquiera en la naturaleza de otro mundo. Observé lo más cerca que pude. Dos pequeñas líneas daban vuelta por las caras del meteorito cerca de uno de sus bordes. Cada una de estas rectas, de no más de un centímetro de alto, era seguida por marcas repetitivas y agrupadas en conjuntos que pasaban de una o dos grafías a más de diez, todas separadas por espacios. No se necesitaba ser antropólogo o lingüista para adivinar que se trataba de algún tipo de escritura y que, en una primera impresión, tenía cierta referencia con registros cuneiformes. La alarma de uno de mis teléfonos me advirtió que era hora de irme, mal momento para hacer un descubrimiento. Acerqué la cámara de otro de los teléfonos y registré en foto y video lo que acababa de encontrar. No había que ser un genio para entender que aquello era lo que buscaba Casempere y sus socios, el verdadero secreto de SK-87124. Solo me hubiese gustado haberme dado cuenta antes. Aseguré la piedra negra y la regresé al interior del casillero.

Mientras los japoneses continuaban discutiendo por lo de sus valijas y un hombre alto, vestido de traje azul oscuro, guardaba su laptop en otro de los *lockers* de Ostbanhoff, yo aproveché de cerrar el *box*. Un lugar tan público y simple que al final resultaba más seguro que la caja fuerte de un banco.

19

Cuando llamé a la puerta, estaba terminando un trabajo. «¿Liebner?», le pregunté apenas lo vi. Un acto reflejo porque ya lo había reconocido por fotos en la red.

—Alicia Campania —me respondió él, mirándome de la cabeza a los pies—. Llegaste antes.

—Me desocupé antes.

—Termino un trabajo y vengo por ti… —otra vez me miró de la cabeza a los pies.

—¿Sucede algo? —lo enfrenté.

—No… nada, solo que te imaginaba de otra manera.

—¿De qué manera me imaginabas?

—Da lo mismo —no supo qué responderme y para dar por finalizada la conversación me ofreció una cerveza.

—No —contesté mientras sacaba de la mochila un plátano y una botella de agua.

Me senté y esperé comiendo y bebiendo. Tenía un mensaje en Telegram de parte de Egon. Había conseguido todos mis encargos. Las fotos que le envié le resultaron útiles, eso también estaba solucionado. Era escueto en sus líneas y le respondí en el mismo tono. Le propuse una hora y un lugar de encuentro para mañana. Aceptó el lugar pero retrasó en dos horas la cita.

Una muchacha apareció desde el interior del departamento con su brazo derecho enguantado y rastros de haber llorado mucho. Agradeció a Liebner, quien fue poco cariñoso para despedirse. Esperó a que la joven se alejara y luego clausuró por dentro, poniendo el letrero de cerrado en la puerta transparente que daba al pasillo del edificio. Volteó hacia mí y se sentó en frente.

—¿Está bueno… el plátano?

—Es un plátano, ¿qué tan bueno podría estar?

—¿Estás segura de lo que quieres hacer? —fue inquisitivo.

—¿Estás seguro de que sabes hacerlo?

—Va a doler —aseguró.

—Lo sé.

—Nivel gritos de dolor —su tono no era de exagerar las palabras.

—Eso espero.

—Quizás te desmayes.

—El precio incluye la opción de pasar la noche aquí…

—Ok, vamos. Ven por acá —me invitó a seguirlo a su taller, que era también su casa.

Liebner tenía razón. Dolió mucho. Grité de dolor. También me desmayé y pasé la noche en su hogar que también era su lugar de trabajo. Me cuidó bien. El pago incluía esos cuidados.

VIERNES 9 DE AGOSTO

20

«No lo entiendo, ¿por qué te hiciste eso?». Egon me miraba como si estuviese viendo a un extraterrestre. Una expresión de asombro que no había cambiado en nada desde que nos reencontramos, tras dos días sin vernos, cerca de las ruinas del antes llamado Spreepark, ahora parte de la ruta para ciclistas y trotadores del parque Treptower. Delante nuestro las aguas quietas del Spree; detrás, superando unas rejas con el indicativo de no trepar, los restos de un tiranosaurio de metal y resina, único monstruo que quedaba del que alguna vez fuera el mayor lugar de entretención para niños de la desaparecida zona oriental. Dinosaurios. La vida tiene más vueltas que una oreja y mi historia en Berlín estaba acabando en un paréntesis protagonizado por dinosaurios. Esqueletos de unos al interior de un museo; réplicas de otros en los restos de juegos infantiles. La extinción y la extensión.

—Cambios, señales —fui escueta.

—Cambio es que ahora no te vistas como un personaje de animé —apuntó a mi actual indumentaria: pantalones de licra con una camiseta deportiva con capucha, dos tallas más grande, encima. Todo robado del impersonal armario de Alicia Campania—. Lo que te hiciste ahí —aleteó su índice derecho hacia mi cara— es para siempre.

—Lo que no es para siempre no vale.

—Dolió y te desmayaste… —repitió lo que ya sabía, fue lo primero que me había preguntado.

—Me cuidaron —también ya sabía eso.

Una cicatriz. Una firma. Eso era lo que necesitaba. Y Liebner era el mejor para el trabajo. Una marca en forma de lágrima hecha con bisturí quirúrgico al rojo desde el borde de mi ojo izquierdo hasta la comisura de mi labio en el mismo lado. El calor cauterizó rápido la herida, que además se fijó con clavos de titanio permanentes, que parecen diamantes injertos en la piel.

Y sí, dolió.

Aún duele.

—No imaginé que Kenya te importara tanto.

—No lo hice por Kenya.

—Un corte en la cara.

—No —negué antes de precisar—: un corte voluntario en la cara, que es distinto.

Egon había llegado en bicicleta, con una mochila enorme colgando de la espalda, sudado entero bajo una camiseta con pabilos y pantalones ajustados muy cortos. Las piernas pálidas y flacas sin vellos y el pelo desordenado, con una pisca de maquillaje en los párpados y el delineado justo alrededor de la boca. Los dientes grises y mal cepillados como siempre.

—No tengo tanta tolerancia al dolor —hizo una mueca de asco.

—Tú juegas.

—Jugar es una cosa, marcarse el rostro de un navajazo por gusto es otro.

—No fue con una navaja.

—Pero sí fue por gusto.

—Al menos las cejas van a volver a crecer… —movió su índice hacia mi frente—. Porque cejas delineadas, eso es muy Pamela Anderson.

—¿Quién es Pamela Anderson?

—Alguien muy 1996.

Egon se acostó sobre la hierba que se extendía a un costado de la ruta de *trekking* entre el bosque y la orilla del río que dividía en dos a Berlín. Justo al frente, en la otra rivera, se alcanzaban a ver los edificios a medio terminar de la Funkhaus, con sus antiguos salones y auditorios aún en funcionamiento. Cuando comencé a salir con Kenya me invitó a Funkhaus a escuchar unas orquestas estudiantiles que interpretaban piezas clásicas de Schumann y Mendelssohn. El director de las orquestas era un individuo bajo y de espaldas anchas que parecía no tener cuello. Kenya dijo que no era un hombre, sino un ratón disfrazado de humano. Lo llamó el ratoncillo. Recuerdo que me dio risa.

—Tu nueva identificación de la Comunidad Europea, hice lo que pude con la foto que me enviaste —subrayó Egon, mientras me alcanzaba una tarjeta blanca con los códigos de barra del continente, un número de serie de nueve dígitos, logos de los países participantes del pacto y mi rostro imitando al de Alicia Campania.

—Está bien, mientras los códigos sean los correctos.

—Lo son —era cierto, Ygraine Zessin había sobrevivido seis años en Berlín gracias a dos credenciales falsas que Egon me había hecho. Así fue como lo conocí. A través de la red y contactos con conocidos,

pocos meses antes de que Kenya se cruzara en mi vida. En todos estos años nuestra relación de trabajo ha sido buena. Me sirve, yo le pago bien y mediante Kenya tuvo las puertas abiertas a todos los clubs de la ciudad—. Natalia Naudón —mencionó en voz alta mi nueva identidad —. Nombre de superhéroe.

—¿Qué tiene de superhéroe?

—Primer nombre y apellido con la misma inicial, como Lex Luthor o Lois Lane…

—Luthor es un supervillano.

Egon volvió a meter la mano en su mochila y sacó del interior una fuente de plástico pequeña, sellada, envuelta dentro de papel transparente.

—Tu almuerzo…

Menos mal, estaba aburrida de comer plátanos.

—¿Lo pediste como te enseñé?

—Sangriento y crudo por el medio, quemado y duro por encima, con mucha grasa… «Una manera peculiar de un corte a la inglesa», comentó el cocinero. Revísalo si quieres.

—No necesito revisarlo —miré la fuente con apetito, con ganas de comer. Era un buen trozo de carne, suficiente para los dos o tres días que pretendía permanecer en Berlín.

—Sé que no comes delante de otras personas, pero deberías revisar si el chef siguió tus instrucciones —su majadería era a propósito.

—Insisto, confío en que fuiste claro al dar mis instrucciones.

—Es tan extraño —nuevamente se echó hacia atrás sobre el pasto, mirando fijo y recto hacia el cielo, que de a poco comenzaba a nublarse.

—¿Qué es lo extraño?

—Que con todas tus alergias alimenticias, te guste comer carne casi cruda, es como de vampiro.

—Los vampiros beben sangre.

—¿Y acaso tú no?

No le objeté.

—Anoche estuve en Berghain —Egon exageró el cambio de tono de su voz, añadiendo un drama innecesario que se sentía prefabricado—. Sven quiere asesinarte. Dijo que si te encontraba te iba a ahorcar con sus propias manos.

—Creen que fui yo.

—No es que crean, la policía allanó el lugar buscándote. Están seguros de que eres la asesina. Berghain no se va a recuperar del golpe. Está copado de agentes, a cada hora. Anoche por primera vez en veinte años no hubo fila de acceso… Y adentro… —punteó el silencio—. Adentro éramos tres o cuatro parejas bailando en el sótano. En el resto, nada, ni siquiera en la terraza.

—Anoche hubo tormenta.

—Y arrasó con Berghain, amiga.

Detesto que me llame amiga. No soy su amiga. No soy amiga de nadie. No más vínculos. Nunca más. Última vez que cometo ese error. Egon es un mueble que habla, igual al resto de los que pasan corriendo o montados en bicicleta por la ruta ribereña del parque.

—Encontré una ruta entre los pagos de Pro Deo al Yunque —Egon cambió de tema y de tono—, la pista me la diste cuando me hablaste de Pro Deo y su relación con el Vaticano…

Le hice un gesto de que continuara, no pensaba interrumpirlo.

—Audra Viani —siguió él—, una monja agustina. No he averiguado mucho sobre ella, pero sé dónde estaba esta mañana —tomó su teléfono y revisó la pantalla— y aún está…

—Roma —a veces mi ímpetu me traiciona.

—No, Madrid, en un convento de la Orden Benedictina —tomó su móvil y abrió una aplicación—. Monasterio de la Natividad de nuestro Señor Jesucristo Benedictino… —leyó en voz alta—. La dirección y el código postal te lo acabo de enviar por Telegram —presionó la pantalla—. Imagino que pretendes ir.

No le contesté.

—Lo suponía —infirió mi respuesta—. ¿Cuántos teléfonos llevas contigo?

—Cinco… Tenía siete pero tiré los más viejos. Estos cinco me bastan para usarlos de *burner phones*.

—Quita las tarjetas de memoria y el respaldo de todos ellos y entrégamelos.

—¿Para qué los quieres?

—Solo hazlo. Quiero darte algo. ¡Me pagas bien! —exclamó—. Y además… te he agarrado cariño, tomando en cuenta que creo que estás loca…

—¿Qué es estar loco?

—A eso me refiero —marcó otro silencio y luego reiteró—: tus teléfonos.

Abrí la mochila militar de Alicia y saqué del interior los cinco móviles que llevaba conmigo. Egon los miró, revisó y me devolvió uno de ellos, además de los chips del resto, que él mismo se encargó de extraer.

—Guarda esto —me indicó—, es bueno para respaldo—.Luego tomó los otros teléfonos, dos en cada mano, se puso de pie y los arrojó hacia la calma superficie del Spree.

—¡¿Qué haces?! —levanté la voz, mientras veía los teléfonos desaparecer en cuatro idénticas columnas de agua.

—Usa esto —sacó de un bolsillo un iPhone XS Max.

—No uso Apple…

—Parece Apple pero no lo es. Digamos que por el exterior no hay ninguna diferencia con cualquier modelo salido de Apple, pero es solo el disfraz. Esto —levantó el dispositivo— es un clon chino hecho en Shanghai. Mejorado para piratas y más parecido al teléfono de Google que a un iPhone —tocó uno de los bordes y de este asomaron tres ranuras—. Permite operar con varias tarjetas al mismo tiempo, sin necesidad de ir cambiándolas tras usarlas. Y el chip principal tiene una gracia que te va a gustar.

—¿Qué gracia?

—Borra tu huella digital cada dos segundos de manera automática. No te pueden rastrear a menos que tengan rompehielos que viajen más rápido y eso, que yo sepa, solo lo tienen los aliens.

—Los aliens no existen —mientras lo decía recordaba las marcas parecidas a jeroglíficos que había descubierto en el meteorito que robé.

—Yo no afirmaría eso —se rio, luego me pasó el iPhone chino—: Presiona la pantalla…

Le obedecí.

—Identifica tu huella primero, pero luego cambia a reconocimiento facial, así que no te marques otra cicatriz.

—No quiero marcarme otra cicatriz.

—Por Alá, Princess, no seas tan literal.

—Me gusta ser literal.

—Como digas… El reconocimiento facial está predeterminado para dos intentos…

—¿No eran tres?

—En los teléfonos de serie. Esto es distinto, mucho más seguro. Segundo intento y se borra todo lo que tiene… Queda con el sistema operativo predeterminado. Si te lo roban estás salvada.

—No me lo van a robar.

—No digas nunca.

—No lo he dicho.

Me miró y cambió de tema.

—No te preocupes por respaldar cada dos o tres días, se autorespalda cada treinta segundos… Y no en una nube, sino como código encriptado en web.archives.org.

—¿Cómo recupero el respaldo en caso de ser necesario?

—No te preocupes por eso, yo manejo todo a distancia —no me gustó esa parte, pero era su cancha—. ¿Ves la primera aplicación instalada?

—Coolmuster Transfer Mobile —leí bajo el ícono en forma de letra «m» con una llama en uno de sus ángulos—. ¿Qué tiene de particular? Es un software para clonar teléfonos, hace rato que lo uso en otros celulares…

—Está crackeado por el chino que me consiguió el móvil, mejorado usando una aplicación de espionaje militar…

—¿China?

—Supongo —me miró con reprobación, no entendí por qué—. Te permite clonar cualquier teléfono que esté cerca tuyo en un área no mayor a tres metros.

—¿En cuánto tiempo?

—Dos a cuatro minutos… —miré la aplicación, luego el resto de la pantalla de inicio del falso iPhone—. Ahora entra a Instagram y a Spotify —me pidió Egon—. ¿Qué notas en Instagram, debajo de la ventana que te parezca inusual? —repasé la aplicación.

—Hay un segundo lente de cámara —comenté.

—Presiona y dime lo que ves…

Lo hice.

—Nada, todo está en negro.

—Bien, ahora Spotify. Revisa la lista de reproducciones, los *playlist* desplegados —seguí su instrucción—. ¿Qué ves?

—Una lista predeterminada, pero no tiene nada. Está vacía…

—Oídos y ojos.

—¿Oídos y ojos para qué?

—Son versiones militares de Instagram y Spotify, clonadas sólo para este teléfono, hechas para controlar algo que te voy a prestar —levanté la mirada hacia él—. Un ojo —subrayó—. Y lo quiero de regreso conmigo a más tardar en un mes. ¿Trato?

—Trato.

Egon fue a su mochila y de su interior sacó una caja negra ligeramente más grande que el iPhone XS Max chino. La puso sobre su mano izquierda y con la derecha fue desplegándola con cuidado. Primero una cámara con tres lentes montados en una esfera que se estiró al frente; luego cuatro patas articuladas y encima de esto un pequeño rotor doble con sistema de giro contrario y árbol carenado. Hacia atrás extendió un aguijón terminado en un segundo rotor, más pequeño, para controlar la torsión. Esta hélice posterior se sujetaba del extremo superior de la aleta en forma de «V» que conformaba la cola del pequeño helicóptero.

—Un dron.

—No cualquier dron, querida. Es un Prox Dynamics PD-110 Black Hornet 3, el espía más pequeño disponible en el mercado. Incluso le puedes montar un arma en lugar del tercer lente —tocó la cabeza de la nave—. No mortal, pero sí para disparar dardos tranquilizantes. Es la versión civil —describió—, del Hornet 2 que usa el FBI y la Interpol. Y lo mejor —volvió a plegarlo al modo caja negra—: los escáneres de los aeropuertos lo ven como un disco duro externo.

—Puede servirme —fui categórica, mientras tomaba el pequeño

artilugio de inteligencia artificial y lo revisaba para ver cómo se expandían sus partes. Era fácil. Solo se necesitaba presionar abajo y el resto se hacía solo.

—Entonces se controla mediante Instagram y Spotify —repetí.

—Para que nadie sepa qué estás haciendo.

—Suena bien.

—Suena muy bien.

Regresé el dron en su modo de transporte y fui a uno de los bolsillos de la mochila militar de Alicia Campania. Saqué del interior un chip Intel SGX y un pendrive genérico.

—Lo que acordamos, doscientos cincuenta mil, la mitad en BitCoin la otra en Monero. Las claves para entrar y transferir están en el pendrive.

Egon tomó su pago y lo miró.

—Preferiría pago directo —me acercó el pulgar de su mano izquierda, donde asomaba la punta del implante subcutáneo xNT de Dangerous Things que usaba para transacciones automáticas en criptomonedas—, pero sé que no te gusta el intercambio por protocolos NFC.

—El respaldo físico me es más conveniente.

—Te estás quedando vieja, Princess.

—Nací vieja —respondí mientras veía cómo sobre nosotros pasaba un viejo 737 de *Ryanair* en dirección al aeropuerto de Schönefeld.

Egon miró el avión y de pronto giró hacia mí, como si hubiese recordado algo.

—¿Sabes qué es Metatrón?

—Un arcángel presente en libros apócrifos de la Biblia y la cábala judía. El mito sostiene que es la voz de Dios, de Yahvé. Se supone que la voz de Dios es tan potente que no puede ser oída por los hombres, así que Metatrón es el intermediario. Todas las ocasiones escritas en la Biblia, y sus equivalente islámicos y judaicos, en que Dios habló con algún patriarca: Noé, Abraham, Moisés o Elías, lo hizo realmente Metatrón… —respiré—. ¿Por qué lo preguntas?

—Esta monja agustina…

—Audra Viani —corté, su nombre me había quedado grabado.

—Algunas de las transacciones que hizo de Pro Deo hacia el Yunque estaban justificadas con algo llamado Proyecto Metatrón.

—Mmmm… —murmuré.

—¿Vas a decir solo eso, mmm? —un bote con remeros pasó frente a nosotros agitando la plácida calma del Spree.

—No tengo mucho más que decir… —tomé aire—. Necesito que en mi ausencia te ocupes de dos cosas más.

—¿Cuánto? —miró hacia el Bote.

—Cien…

—Ciento cincuenta.

—Ciento veinte.

—Hecho —regresó conmigo—. Te escucho.

—Avísame si Casempere o Meztli salen de Berlín…

—Eso es sencillo.

—Lo otro lo es aún más —volví a la mochila y saqué mi billetera. Tomé las credenciales de Alicia Campania y se las pasé a Egon.

—Tu fachada —mirando las identificaciones.

—Quizás tenga problemas y no quiero que ella tenga problemas…

—En el fondo tienes un gran corazón, Princess Valiant.

—Mi corazón es de tamaño normal, ni más grande ni más chico que el tuyo.

—Como un puño —apretó su mano izquierda y la levantó—. ¿No te decían eso de niña, que el corazón era del tamaño de tu puño?

—Es imposible que un corazón humano sea del tamaño de un puño.

—¿Fuiste niña alguna vez? —y se respondió de inmediato—. No, nunca lo fuiste.

Saqué un fajo de euros de la mochila.

—En la credencial están sus datos. Busca su ID bancaria y deposítale esto.

—¿Escribo en el detalle del depósito algo así como «Por las molestias causadas, Princess Valiant»? —curvó una sonrisa cínica.

—Inventa una beca relacionada con cine.

—Era un sarcasmo, una ironía, un mal chiste, compañera.

—No comprendo ni el sarcasmo, ni la ironía, ni los malos chistes y no soy tu compañera, solo trabajas para mí.

Cerré la mochila y me puse de pie.

—Vas a volar a Madrid, entonces.

—Antes debo comprar un bolso mejor que este —levanté la mochila de Alicia Campania—. Y además tengo hambre —recordé el recipiente plástico con el trozo de carne que me había traído Egon y solo pensar en su cubierta quemada, la grasa por los bordes y el interior sangrante me hizo agua la boca. Comer solo plátanos me estaba volviendo loca y le moleste a quien le moleste soy carnívora. Los seres humanos lo somos. Intentar otra dieta es matar las capacidades que todos tenemos. El vegetarianismo y el veganismo son un invento de los poderosos para debilitar a la gente común y corriente aprovechándose del amor por los animales y esas superficialidades sin sustento. Me gustan los animales, sobre todos los gatos, pero no los puedo amar.

—Respecto a Alicia Campania —le señalé las credencial que él aún tenía en la mano—. Es probable que deba pasar unos días en el hospital, si pudieras…

—Tranquila, yo me encargo— luego me dijo que se iba a quedar un rato en el parque, que la tarde estaba cálida y tranquila así que aprovecharía de dormir un rato sobre el pasto. Pensé en la humedad del césped tras la lluvia de ayer y el sol de hoy. Las posibilidades de que se resfriara eran altas. Colgué la mochila de la estudiante de cine italiana en mi hombro derecho y caminé hacia el sendero del parque que continuaba la orilla del río, para luego atravesar Treptower en dirección a Puschkinallee. Quizás no era mala idea almorzar cerca del tributo al soldado soviético, lejos de los ojos de turistas y deportistas. Hacía tiempo que no iba, estaba cerca y tenía hambre.

SANTIAGO DE CHILE

JUEVES 7 DE MARZO, 1889

21

Seis y media en punto y el carruaje que debía pasar por Gustave Verniory ya estaba instalado afuera del Hotel del Comercio. El ingeniero se acomodó la chaqueta, la corbata y salió rápido del edificio. Odiaba llegar atrasado a los compromisos, pero después de una mañana copada de reuniones, el cansancio lo había tumbado sobre la cama durante toda la tarde. El mismo dueño del hotel debió subir a despertarlo; ventajas de trabajar para el Gobierno.

Solamente una cosa el belga detestaba más que retrasarse: el calor seco. Y la temperatura que a esa hora se dejaba sentir sobre la veraniega capital de Chile le resultaba tan agotadora como molesta, más aún ante el deber de vestir con trajes y camisas pesadas, que en nada ayudaban a disimular el sudor que se acumulaba en su frente en la forma de gruesas gotas blancas casi transparentes. Veinticinco minutos después, tras cruzar el centro de la ciudad, la calesa se detuvo ante el barroco pórtico de la propiedad de la familia Robinson Vaina, emplazada en el corazón del tradicional barrio de calle Ejército.

—Lo están esperando —le indicó el cochero en un francés forzado que parecía haber sido aprendido hacía pocas horas. A Gustave le sorprendía lo mucho que se hablaba su idioma en Santiago de Chile. Cuando se lo preguntó al presidente Balmaceda, en la reunión de la mañana, el mandatario le había referido que la clase educada santiaguina pensaba que el francés daba distinción.

Verniory revisó la carta que le habían entregado en Bruselas, días antes de cruzar el Atlántico. Miró el sobre por ambas caras y lo regresó al bolsillo interior del chaquetón. Seguro de su contenido, apresuró el paso en dirección al vestíbulo de la mansión. Bien le habían informado que sus anfitriones pertenecían a una de las familias

más acomodadas de la ciudad.

Lo recibió una muchacha vestida con un uniforme azul oscuro. La piel morena de la joven le recordó a las personas que había conocido en Coronel, mientras recorría la plaza de esa ciudad junto al resto de los pasajeros del *Potosí*. Tuvo la idea de preguntarle a la criada si provenía de esa zona, pero la idea se esfumó apenas se detuvo bajo el umbral de la puerta que daba al salón. Entonces Gustave Verniory se enfrentó a la vista de una decena de comensales e invitados, entre amigos de la familia, personeros de gobierno y sus esposas.

—Su saco —le pidió la criada.

—Oh, claro, por supuesto —respondió Gustave en castellano, mientras se quitaba la chaqueta—. ¡Oh, aguarde! —la detuvo y antes de que la joven se llevara la prenda, cogió la carta que le habían encargado.

Don Francisco Robinson, el dueño de casa, se acercó al invitado y lo saludó con amabilidad.

—Lo estábamos esperando, señor Verniory, pensamos que nos había olvidado.

—Lamento mi atraso —se ruborizó el belga—. De pronto se me hizo tarde y… —no sabía mentir.

—Descuide, amigo mío, sea bienvenido a Chile —luego, volteando hacia el resto de los invitados—. Damas y caballeros, el motivo de esta celebración, nuestro ilustre invitado, el ingeniero Gustave Verniory, de los talleres de su tocayo Gustave Eiffel en París… —giró hacia el recién llegado, sonriéndole con gala—. El hombre que extenderá el ferrocarril a través y más allá de las selvas araucanas.

Un exagerado aplauso siguió a las elogiosas palabras del dueño de la mansión.

—Venga conmigo, Gustave… ¿Puedo llamarlo así?

—Por supuesto, llámeme como usted estime.

—Hay mucha gente que quiere conocerlo.

—Espere —se detuvo—. He de entregarle esto. Su hijo Ernesto me la hizo llegar a Bruselas, poco antes de que zarpáramos —le extendió el sobre.

—Ernesto, qué será de ese bandido —sonrió don Francisco, tomando la misiva—. ¿Lo vio usted?

—No… pero hasta donde entiendo continúa sus estudios en Lovaina. Un amigo en común me encargó esta carta.

—El señor Schaefer, Ernesto me ha hablado mucho de él. Gracias —miró el remitente—, ya habrá tiempo de leerla.

—Así que finalmente el ingeniero del que tanto me has hablado, Francisco —los interrumpió una voz grave, proveniente desde la espalda de Verniory. El belga se volteó hacia quien hablaba. Un hombre alto, de contextura gruesa, cuya vestimenta no solo revelaba

elegancia, sino un estilo más moderno, más europeo que el resto de los presentes—. Alberto Edmunds MacFaill, para servirle —se presentó el extraño, estirando su mano derecha hacia el recién llegado.

—Gustave Verniory, un placer —aceptó el saludo. Edmunds era completamente calvo y, a diferencia de la mayoría de los caballeros allí reunidos, no poseía un solo vello sobre su rostro, rasurado con extremo cuidado. Las cejas abundantes, ligeramente rojizas, revelaban un origen muy lejano a estas tierras. Debía de tener unos cuarenta y cinco años, quizás menos.

—Alberto, no pudiste aguantar la espera —bromeó el dueño de casa.

—Soy periodista, la paciencia no es una de mis virtudes.

—Gustave —Francisco Robinson, continuó la presentación—. Alberto Edmunds —lo indicó con un ademán—, no solo es periodista. El caballero aquí presente es fundador y editor de *El Correo,* el más importante de los periódicos no solo de Chile, sino de toda América Latina.

—Vaya —respondió el belga, sorprendido.

—Además de un reconocido empresario naviero y benefactor social —siguió don Francisco.

—Amigo, por favor —lo detuvo Edmunds con falsa modestia.

—Edmunds MacFaill —insistió Gustave—. ¿Escocés?

—De Aberdeen —continuó el propietario de *El Correo*—. Pero a los diez años llegué con mi padre a Chile y mi Albert original se convirtió en Alberto. Lo único de escocés que me queda son estos pelos rojos en mis cejas —se burló de sí mismo—. Luego, cambiando tema— Supe que esta mañana estuvo con Balmaceda.

—Alberto, no estamos acá para trabajar —intervino el señor Robinson.

—No, está bien —Gustave era amable—. Sí, temprano —miró a Edmunds MacFaill—. Fue mi bienvenida oficial, creo.

—Y dígame, Gustave, ¿qué impresión le dejó el presidente?

—Solo hablamos de trabajo —Verniory sabía que en estos temas era mejor irse con cuidado—. Pero me pareció un hombre sensato y preocupado por el progreso de este país.

—Y, por supuesto, como dicen los franceses, progreso es igual a ferrocarriles —sonrió Francisco Robinson. Y aunque Verniory sabía que el dicho era inglés, prefirió no corregir a su anfitrión.

—Estoy de acuerdo con ese dicho —respondió el ingeniero, buscando los rincones más cómodos dentro del diálogo.

—Balmaceda es un hombre de principios y, como subraya usted, alguien muy obsesionado con el progreso de la nación —volvió a hablar Alberto Edmunds—. Pero esa obsesión suya convoca cambios con los cuales no todos están de acuerdo, usted entiende —Verniory

asintió con un ademán—. Y este es un país joven, mucho más que su Bélgica y Francia natal. Acelerar cambios puede despertar el caos y el malestar… Y uno escucha rumores, sabe…

Verniory no tuvo tiempo de responder, menos Edmunds de continuar el diálogo.

—Con tu permiso, Alberto. No aburramos a nuestro invitado.

—Es todo tuyo —respondió el propietario de *El Correo—,* ya nos volveremos a encontrar, señor Verniory.

Don Francisco Robinson agarró a Gustave de un brazo y lo sumergió en una alberca llena de hombres y mujeres ansiosos por saludarlo y conocer detalles de sus planes. El joven constructor de vías ferroviarias no tenía mucho que decir, salvo regresar los efusivos cariños y referirse a que aún no le daban las referencias de su trabajo, ni tenía fecha exacta para su traslado al sur. Entremedio, risas y comentarios acerca de la situación actual en Europa, que revelaban la devoción religiosa hacia Francia de parte de la aristocracia criolla y el odio absoluto que la torre, levantada por su exjefe en el corazón de París, despertaba en aquel variopinto y conservador grupo, especialmente entre las mujeres allí reunidas.

Un par de jóvenes, de apenas uno o dos años más que Gustave, bebían copas de brandy de pie al lado de un espejo de marco dorado que decoraba una de las paredes de la tan lujosa como sobrecargada estancia.

—Don Luis Altamirano y don Carlos García de la Huerta —los introdujo Francisco Robinson—, funcionarios ambos del Ministerio de Justicia.

—Y amigos en común de Jules Schaefer —sumó Altamirano, acompañado de un apretón de manos al ingeniero.

—Los dejo para que se pongan al día, estará a salvo con estos señores. Llegando los últimos invitados pasamos a la mesa —se despidió Robinson.

—¿Más invitados?

—Es que usted es la última novedad para la clase alta santiaguina —agregó con sorna, Carlos García de la Huerta.

—Así que amigos de Jules. ¿Es que Jules conoce a todo el mundo?

—Usted lo acaba de decir, amigo Gustave —siguió Carlos—, Jules es un ciudadano del mundo.

—Que nos hizo un especial encargo para con usted —continuó Altamirano.

—¿Qué sería ese encargo?

—Mostrarle esta ciudad, su noche y sus bellezas —subrayó la última palabra con picardía.

—Luis y Carlos —apuntó Verniory, mientras tomaba una copa de brandy de la bandeja que portaba uno de los empleados de la casa

Robinson—. Salud por ustedes entonces.

—Salud por nosotros —respondieron al unísono Altamirano y García de la Huerta mientras hacían chocar sus cristales.

—Su nombre —Verniory se dirigió a Carlos—. Conocí a un García de la Huerta en el consulado de Chile en París —recordó el incidente de faldas que casi le costó la vida.

—Mi hermano Fernando…

Dos sacerdotes con hábitos jesuitas aparecieron en el salón y lo atravesaron en dirección a los dueños de casa. Tras estrechar las manos de Francisco Robinson lo abrazaron con cariño. Ambos eran jóvenes y fornidos, aunque uno de ellos resultaba visiblemente más alto que su compañero. Pasaron junto a Verniory y el más bajo saludó a Carlos García de la Huerta.

—José Miguel —devolvió el saludo el nuevo cercano del belga—. José Miguel Bórquez —lo identificó luego, cuando los curas se adentraron hacia el comedor—. Sobrino del dueño de casa y un gran amigo mío.

—Al menos lo era hasta antes de colgar la vida civil y aceptar los hábitos —completó Altamirano—. Conozco a su compañero, Joaquín Almagro, estuvimos juntos en la Escuela Militar —el belga escuchaba con atención—. Con lo mujeriego que era me resultó extraño, por decir lo menos —bajó la voz—, cuando me enteré de que había ingresado a la Compañía de Jesús. Muchas señoritas santiaguinas lloraron mucho cuando lo supieron. ¡Como sé de sus andanzas, ni siquiera me miró para saludarme! —se rio, acompañado de García de la Huerta en la burla.

—Que sea jesuita no significa que dejara sus buenas costumbres —acentuó Carlos—. Todos sabemos que el celibato dentro de la Compañía de Jesús es —murmuró— solo de la boca hacia fuera, ¿o no, amigo Verniory?

—Yo… —pero el joven ingeniero no alcanzó a terminar. El timbre de llamado de la puerta hizo que todos los presentes voltearan hacia el vestíbulo. La misma muchacha que había recibido a Verniory apareció en el corredor y se perdió en dirección al recibidor de la mansión.

—La impuntualidad del chileno —comentó Luis Altamirano—, ya se acostumbrará, Gustave.

—Y ojo que las malas costumbres se pegan —bromeó Carlos García de la Huerta.

Pero las mofas del ingeniero y los abogados fueron rotas por la hermosa mujer que apareció bajo el umbral de la puerta del salón de la casona. Delgada, estatura mediana, completamente vestida de negro, con un traje decididamente más masculino que femenino, la piel pálida, los labios rojo carmesí, ojos verdes y grandes y su abundante cabello negro amarrado por encima de la nuca. Una belleza

que Gustave Verniory conocía y no olvidaba.

—No pensé que don Francisco la fuera a invitar —comentó en voz baja Carlos.

—Obligaciones protocolares —respondió en un murmullo su camarada del Ministerio de Justicia.

—La señora Latorre —habló Gustave, mientras observaba cómo el dueño de casa le daba la bienvenida y la llevaba con el resto de los presentes.

—¿La conoce, Gustave? —interrogó Altamirano.

—Sí, en París. Fue ella la que me recomendó para este puesto.

—Las vueltas de la vida…

Verniory se fijó en cómo recibían a Leonora Latorre en la mansión. Los hombres con un entusiasmo distante, las mujeres con patente rechazo.

—¿Y qué opina de la señora Latorre? —prosiguió Carlos—. Más allá de lo evidente.

—Extraño personaje —pensó en voz alta Gustave—. Las damas —agregó— la saludan como si padeciera algún tipo de peste.

—Para estas viejas así es. Y la más contagiosa de las pestes —se burló Altamirano—. Latorre tiene treinta y cinco años, es soltera y no se le conoce pretendiente. Eso es un pecado para una mujer de sociedad…

—No solo por eso —agregó Carlos.

—¿Hay algo más? —interrogó curioso Gustave, sin despegar su mirada de Leonora, que se había apartado para conversar con don Francisco y un uniformado que llevaba los colores de la Armada.

—Realmente no sabe nada de ella —comentó Carlos con un dejo de sarcasmo en su voz.

—Sé que es funcionaria de inteligencia, eso me informó en París. Me pareció novedoso que Chile contratara mujeres para este tipo de servicio.

—Hasta donde sabemos es la única —Carlos marcó el punto seguido, y luego dijo—: una espía, amigo mío. Ella es una espía, y de las mejores...

—Se dice que fue Leonora Latorre quien acabó con la guerra de 1879 —prosiguió Luis—. ¿Ha escuchado de esa guerra?

—Estoy enterado, sin demasiados detalles.

—Pues esta dama fue el arma secreta que le dio la victoria a Chile…

—¿Cómo así? —sonrió Gustave.

Luis y Carlos se miraron. Este último apartó a Gustave y en voz baja comenzó su relato.

—En 1879, Leonora Latorre era como cualquier otra muchacha de alta sociedad santiaguina. Dieciséis años y llena de vida,

comprometida para casarse con el señor Alberto Cobo, quien, como usted ingeniero, trabajaba para una salitrera en Antofagasta. Cuando estalló la guerra, Cobo se enlistó en el ejército y se perdió en la pampa. Desesperada por su amor, Leonora decidió partir en secreto al norte a buscarlo…

—¿A los dieciséis años? —Gustave parecía dudar de cada una de las palabras de su reciente amigo.

—Como escucha amigo mío… Esa mujer tiene más cojones que todos los señores aquí presentes, por eso es mejor mantener distancia de ella.

—¿Y encontró a su novio?

—Eso nunca se ha sabido —siguió Carlos.

—Aunque Cobo regresó años más tarde a Santiago. Solo y sin ganas de hablar del asunto. Al tiempo se casó con otra mujer y se radicaron en el sur, en Concepción, creo —explicó Altamirano.

—¿Y Leonora?

—Sucede que buscando a Cobo llegó al puerto de Iquique, entonces peruano, donde fue vista por el general Buendía, jefe militar de las fuerzas de tierra peruanas en la zona de Tarapacá, quien se enamoró perdidamente de ella. Oportunidad que aprovechó el servicio de espionaje para reclutarla y sacarle provecho militar a la belleza de la señora Latorre… Durante dos años, Leonora manipuló a Buendía y a través de él se introdujo al interior del alto mando peruano, informando a las fuerzas chilenas de todo cuanto ocurría en el norte. Se contaban muchas cosas de ella. Que se acostó con generales y almirantes, que se convirtió en una mujer despiadada, asesina profesional. Que formó parte de la toma de Lima e incluso que su cabeza tuvo precio. Decían que las damas limeñas se organizaron para darle caza, también que ella mató a varias de ellas. Por supuesto no hay certeza de esos hechos, pero como decimos en Chile, si el río suena es porque piedras trae.

—Vaya… —Gustave estaba anonadado.

—¿Ve el prendedor que lleva en el pecho, a la altura del corazón? —indicó Altamirano. Gustave asintió— Es el escudo de la Logia Lautaro.

—¿Qué es la Logia Lautaro?

—Imagino que sabe lo que es la masonería —Verniory hizo un ademán—. Pues la Logia Lautaro es la más antigua de nuestras «sociedades secretas» —Luis destacó las dos últimas palabras—, vinculada solo con los que mandan en este país. Leonora Latorre es la única mujer en sus filas…

Altamirano no pudo seguir su exposición.

—Imagino que estas alcahuetas del Ministerio de Justicia lo están poniendo al día, señor Verniory —interrumpió Leonora Latorre,

apareciendo ante el grupo, como si además de todo lo contado, tuviera los poderes de un fantasma. Más cerca, Gustave vio en detalle el prendedor que lucía la mujer. Un compás y una escuadra encima de un triángulo con un ojo al medio, mismo símbolo que había visto en los grupos Iluminatis tan de moda en Francia y Bélgica cuando él era niño.

—Señora Latorre —saludó Gustave.

—Leonora, llámeme Leonora —insistió la mujer, acompañando cada palabra con una sonrisa tan amable como hermosa. Luego volteó hacia los abogados— Señores Altamirano y García de la Huerta, un gusto saludarlos.

—Leonora —pronunciaron ambos al mismo tiempo.

—Supe de su reunión con el presidente y que su viaje fue placentero —siguió Leonora, nuevamente dirigiéndose hacia Gustave. Los dos abogados se retiraron en dirección al comedor.

—Mucho. He de agradecerle sus gestiones.

—Ya sabrá cómo agradecerme —Leonora oteó hacia el interior del salón, donde los invitados ya comenzaban a instalarse. Verniory notó que la mujer hizo una venia amable hacia los jóvenes jesuitas amigos de sus amigos—. Imagino que ya se lo presentaron —comentó luego en voz alta, mirando hacia el extremo más alejado de la mesa.

—¿A quién? —preguntó el ingeniero, siguiendo la vista de Latorre.

—Alberto Edmunds MacFaill.

—El dueño de *El Correo*…

—Ojalá solo fuera dueño de un periódico —murmuró Leonora, como si pensara en voz alta.

—Me pareció un caballero agradable.

—Lo es, todos lo son —Latorre guiñó un ojo—. Por eso pretendo sentarme junto a él en esta velada. En fin —rezongó—, ya habrá tiempo para lo importante. Imagino que sus nuevos amigos ya le ofrecieron sus servicios…

—Oh, sí, muy amables Luis y Carlos —respondió el ingeniero, recordando cada una de las palabras que ellos habían pronunciado acerca de la mujer que tenía enfrente.

—Amables e inofensivos, como todos —repitió Leonora.

—¡Gustave, señora Latorre! —los interrumpió don Francisco Robinson—. Por favor, pasemos al comedor.

—Por supuesto, lo acompañamos —respondió el ingeniero belga, siguiendo a su anfitrión. Pero antes de que diera un primer paso, Leonora Latorre lo detuvo.

—Mañana —le dijo— necesito que me acompañe. A primera hora paso por usted. Está en el Hotel del Comercio, ¿verdad?

VIERNES 8 DE MARZO, 1889

22

«¿Qué es lo que quiere preguntarme?», habló Leonora Latorre sin mirar a Gustave Verniory, en tanto lo guiaba por las calles del centro de Santiago. Pasó por el ingeniero poco después de las ocho de la mañana y tras un cómodo interrogatorio acerca de la ciudad, que el belga contestó con monosílabos, la charla se había reducido a un cada vez más pesado silencio.

—Yo… —dudó Verniory.

—Le ayudo si quiere —Leonora era directa—. Quiere saber si todo lo que le contaron sus nuevos amigos del Ministerio de Justicia es verdad.

—No… —tartamudeó el belga.

—Altamirano y García de la Huerta son buenas personas, pero demasiado preocupados de lo que hace, dice o piensa el resto. Ya entenderá usted, una costumbre tan desagradable y muy chilena. De seguro le hablaron de mis aventuras en la guerra del '79…

—De su trabajo para el servicio de inteligencia… —disimuló el ingeniero.

—Y de mi historia de amor con Alberto Cobo y posterior prostitución con el general Buendía —el belga se sintió incómodo con la última parte de la frase—. Pues si le tranquiliza, todo lo que le relataron no es ni la mitad de lo que realmente sucedió —confesó Leonora mientras le indicaba a Gustave que doblaran por Ahumada en dirección al norte.

La instalación de los rieles para la nueva red de tranvías y carros de sangre tenía convertido el centro de Santiago en una pila de escombros, piedras de adoquines, maquinarias, ruido y desorden, que hacían especialmente complicado avanzar a través de las calles. En la intersección con Huérfanos tropezaron con dos señores muy elegantes que discutían acaloradamente con uno de los capataces de la obra

acerca del atraso de estas y cómo ello afectaba sus negocios. Uno de ellos culpaba de todo a Balmaceda, sosteniendo que el presidente estaba llevando al país a la ruina y que era el peor gobierno que se recordara.

—Vientos de revolución —comentó Leonora en voz baja.

—¿Cómo así?

—Lo que se escucha en la calle, un creciente malestar contra Balmaceda, alimentado por las mentiras de los conservadores y el ejército. Esto no va a durar mucho…

—¿El presidente?

—El país —marcó el alto—. Le haría bien hablar con su nuevo amigo Edmunds MacFaill.

—Anoche los vi hablar mucho —Gustave pensó que parecía un novio celoso con ese comentario.

—Hablamos mucho del estado de las cosas. Y de cómo *El Correo* ha activado esas cosas. Imagino que al señor Edmunds no le vinieron a bien mis comentarios. Pero así es la política cuando habitamos en un estado de guerra no declarada.

—¿Guerra?

—Sí, Gustave, guerra.

—¿Entre usted y el señor Edmunds?

—Que es lo mismo que decir entre dos facciones de un mismo país.

—Si le sirve mi opinión —miró alrededor—, Chile me parece una nación muy calmada, mucho más que cualquier país de Europa…

—No se engañe, la agitación va por debajo. Hay que excavar para verla.

El ingeniero Verniory guardó silencio, palabras similares había escuchado de niño, cuando los maestros de la escuela le hablaban de los procesos políticos que convirtieron a Europa en el continente de las nuevas y buenas ideas, de la convivencia pacífica y las revoluciones industriales. Por supuesto, Europa tenía una ventaja sobre Chile y Latinoamérica: quinientos años más de historia.

—Imagino que ese par de cotorras también le hablaron de la Logia Lautaro —Latorre lo trajo de regreso a la calle, sus adoquines y el desorden.

—A usted no se le puede engañar.

—La verdad es que no —la mujer giró hacia el belga y le clavó sus inquisidores ojos verdes en perfecta simetría con esa boca bien delineada en labial rojo sangre.

Esta vez no eludió a la mujer que lo había traído a Chile.

—Su prendedor —apuntó al pecho de la dama—. Me explicaron que se trataba de una logia masónica vinculada al gobierno y que usted era la única mujer.

Leonora Latorre rezongó.

—No hay tanto secreto en eso y sí demasiados mitos. La Logia Lautaro no es una sociedad masónica. No está aceptada por ellos —explicó—. Es solo un grupo dentro de la inteligencia nacional que se reúne periódicamente para discutir asuntos de prioridad a nivel continental y mundial. Vemos más lejos que el resto —le guiñó el ojo izquierdo—. Además, hay sacerdotes y hombres de fe al interior del grupo, por lo que no podemos ser masones—. Aprovechó el punto para invitar al ingeniero a cruzar la calle Compañía para alcanzar la agradable Plaza de Armas de Santiago de Chile, ordenada y verde, construida de acuerdo a una certera geometría de piletas de agua y especies autóctonas de la flora del sur —. La Logia Lautaro —prosiguió Leonora— fue inicialmente fundada en Londres en 1797 por el venezolano Francisco de Miranda y agrupó a jóvenes latinoamericanos que se encontraban estudiando en la academia militar de Richmond. Todos ellos fueron imbuidos en ideales humanistas, ilustrados e independentistas, más cerca de grupos iluminados que masónicos…

—Iluminati —reaccionó el ingeniero.

—Exactamente —subrayó la mujer—. Estos jóvenes caudillos, al regresar a sus respectivos países, iniciaron los diversos procesos revolucionarios en el continente. La mecha se prendió en 1810 y estalló para 1817, aproximadamente. Con el paso de años las logias Lautarinas de Santiago, Lima, Mendoza y Buenos Aires se hicieron cada vez más corruptas, convirtiéndose en una camaradería siniestra para eliminar a adversarios políticos. Hacia finales de la década del veinte fueron desarticuladas y reemplazadas por la masonería regular. La actual Logia Lautaro toma prestado el nombre y de alguna manera la misión de los primeros hermanos —le costó usar esa palabra—, por supuesto con fines bastante menos relevantes que la libertad de los pueblos; además ahora permite la participación de mujeres, aunque ahora yo sea la única —arrugó el ceño—. Acerca del nombre de Lautaro, usted va a vivir en la Araucanía, allá le van a contar quién fue. No le será fácil concluir acerca del por qué del nombre que usamos.

—Vaya… —respondió Verniory, concentrado en la belleza de la Plaza de Armas de la capital chilena.

—En fin, amigo mío, es mejor dejar tanta plática y apurar el paso, que nos están esperando.

—Aún no me dice dónde vamos.

—Véalo usted mismo —Leonora Latorre apuntó con su brazo derecho al enorme edificio que tenían enfrente: la Catedral Metropolitana de Santiago de Chile.

«¿Puedo… puedo tocarlo?», tartamudeó Gustave Verniory incapaz de despegar los ojos del objeto que le habían puesto enfrente. Leonora giró hacia el padre Agustín Ugarte, quien acompañado de un amable ademán le respondió al ingeniero.

—Por supuesto, adelante.

El belga abrió con cuidado la vitrina y llevó su mano derecha al fuste del cáliz, levantándolo con cuidado.

—¡Es pesado! —exclamó sorprendido al sentir la carga de la copa, tanto que debió abrir su palma izquierda bajo la base, para alivianar y evitar botarla—. Mucho —agregó.

—Se justifica que sea un objeto en exhibición y no en uso —contestó el jesuita, sacerdote que había recibido a Leonora Latorre y a Gustave Verniory hacía poco más de veinte minutos en la puerta principal de la Catedral de Santiago, que desde tempranas horas estaba abierta para los fieles más madrugadores. Tras los saludos y presentaciones de protocolo, el presbítero los había conducido a las oficinas de la arquidiócesis, donde trabajaba como secretario e historiador. Datos todos que proporcionó al belga mientras lo guiaba por entre los pasillos que se extendían a un costado de la nave central del templo, todavía en construcción. Como buen ingeniero, Verniory se detuvo unos momentos ante unos planos y dibujos en exhibición, que mostraban cómo iba a ser la Catedral, cuando las obras finales quedaran terminadas. Hizo un comentario acerca de la belleza arquitectónica de las dos torres que pronto serían alzadas sobre la fachada.

—Me recuerdan a las de la Catedral de Santiago de Compostela.

—Nuestra ciudad hermana —explicó Ugarte—, por supuesto en una escala más reducida.

—Solo un poco.

—Un poco —insistió el cura con complicidad.

El ingeniero belga sujetó el cáliz con fuerza. No era un hombre fornido, así que el peso de la copa le hizo temblar los músculos de su delgado brazo derecho. Disimulando la debilidad y el miedo a que aquello que tenía agarrado se desplomara al piso, lo depositó con cuidado sobre la mesa de un escritorio inmediato a la vitrina.

—Es más fácil examinarlo aquí encima —comentó nervioso.

—Lo llamamos el Cáliz de Calera de Tango —le contó Leonora, luego con complicidad hacia Ugarte—, también el Grial de Haimbhausen, por su constructor.

—Grial, como la copa del rey Arturo, la de los caballeros Templarios—, respondió Verniory, sin dejar de revisar la copa.

—Como la copa de Cristo —corrigió el padre Ugarte—. Por supuesto lo de Grial es solo un guiño para compararlo con ese otro objeto mítico. Este es bastante más terrenal.

—De partida es real, existe —comentó Verniory, tocando la limpia superficie del cáliz, compuesta de un baño de plata por encima de un metal negro y reluciente, similar pero más duro que la obsidiana—. ¿De qué está hecho? —miró a sus anfitriones.

—Por eso lo traje, señor Verniory —se adelantó Leonora—. Usted es el experto en metales y rocas…

—Soy ingeniero, no geólogo.

—Uno de los mejores ingenieros en manipulación de metales, según entiendo. Vamos —insistió—, díganos de qué está hecha esta copa.

Gustave miró a su anfitriona y luego volteó hacia el jesuita.

—El exterior y los detalles son de plata, pero el interior… —fue exponiendo con seguridad—. El peso, el tacto, la composición. Parece ser acero, pero eso es imposible.

—¿Por qué imposible? —interrogó el sacerdote.

—De partida, porque el acero negro no existe.

—¿Está seguro de que no existe?

Verniory eludió la respuesta con otra pregunta.

—¿Cuándo y dónde dice que esto fue labrado?

—Entre 1748 y 1767, aproximadamente, en las afueras de Santiago.

—¿Ve? ¡Eso es imposible!

—¿Qué es lo imposible?

—La fecha y lugar de fabricación.

—Olvida usted que para el siglo XVIII la Compañía de Jesús tenía el monopolio de la fabricación de metales para armas y objetos decorativos —acotó Ugarte.

—Conozco esa historia. Espadas y lanzas, acero toledano, los jesuitas lo aprendieron de los caballeros de la Orden de Cristo de Portugal que a su vez lo tomaron de los Templarios. En la universidad nos contaron esa historia —Verniory no ocultó la sorna en su tono.

—Si conoce ese relato, ¿por qué duda entonces de que este cáliz fuera fabricado en acero, aquí en Chile y a mediados de 1700?

—No es que lo dude…

—Dijo imposible, en dos ocasiones —el presbítero marcó la frase levantando dos dedos de su mano derecha.

—Bueno, me excuso —titubeó el futuro constructor de puentes—. Es difícil de creer que en esos años y en una colonia tan meridional y alejada de la metrópoli se pudiese haber fundido y labrado esta… —miró el cáliz—, esta obra maestra. Además, dígame, ¿de dónde obtuvieron el fierro para producir el acero? ¿O el fósforo necesario

para su conservación por casi doscientos años? ¡Dios, padre —exaltó —, esta cosa parece nueva, como hecha ayer!

—Lo de Grial de Haimbhausen es en honor al conde Karl Von Haimbhausen —fue hilvanando Ugarte—, un compañero de la orden venido de Alemania en la década de 1740.

—Quien labró el cáliz —el belga miró a sus interlocutores.

—Y tardó veinte años en conseguir el acero, trabajarlo y labrarlo. La mitad de su vida la invirtió en esta obra, además de su vista. La tradición dice que Haimbhausen solo trabajaba en la copa al mediodía, con el sol en alto, para ver mejor. El reflejo solar sobre el metal terminó dejándolo ciego.

—Me cuesta creerlo…

Verniory acercó su mano al borde superior de la copa, en que el abrazo de la plata se abría para dejar libre la superficie negra y brillante que reflejaba el exterior donde se deformaba el rostro del propio ingeniero, hasta convertirlo en algo parecido a un horripilante monstruo marino. Gustave acercó las yemas de los dedos de su mano derecha y las deslizó sobre el anillo superior del Grial de Haimbhausen, donde una serie de pequeños sobre relieves parecían formas, inscripciones o marcas símiles a las de los jeroglíficos encontrados en Egipto.

—¿Qué es esto? —el belga volteó hacia el cura y la mujer.

—No lo sabemos —Ugarte levantó los hombros—. Fue un, ¿cómo decirlo? —el cura se tomó su tiempo—, detalle de Haimbhausen. Según él, quiso mostrar cómo sería el lenguaje de Dios. Supuestamente copió formas e ideogramas del arameo y del hebreo antiguo…

—¿Supuestamente?

—Jamás reveló sus fuentes, de dónde tomó esos caracteres o su significado.

—Si es que acaso significan algo.

Ugarte no respondió.

—Así que además de lograr un acero negro y desconocido —continuó el belga—, este sacerdote alemán…

—Haimbhausen —recordó Ugarte.

—Haimbhausen —repitió Gustave—, encontró la manera de escribir sobre el acero…

—Como quien labra una espada —las continuas interrupciones de Ugarte solo daban luz a lo obvio. El sacerdote no estaba revelando todo lo que sabía respecto del origen del cáliz y su fabricación.

—Gustave —esta vez fue Leonora la que entró a la conversación, interrumpiendo el diálogo entre los caballeros—, imagino que sabe lo que es un meteorito.

—Claro que lo sé —se detuvo en seco y miró la copa—. Un momento, me está diciendo que…

—Usted lo dijo hace un rato —la mujer hizo una mueca—. No existe el acerco negro, al menos no en nuestro mundo.

—¡Esto fue hecho con un meteorito! Eso, eso es imposible…

—Que no lo haya visto antes no significa que sea imposible — Leonora lanzó una mirada al jesuita.

—Un meteorito de hierro —suspiró el belga.

—Negro como la noche, caído en tiempos prehispánicos en el sur de Santiago… Recuperado por la Compañía de Jesús a fines del siglo XVIII —sumó el padre Ugarte.

Gustave Verniory corrió una de las sillas del escritorio del despacho y se sentó, sintiendo sobre sus hombros el peso de una de las mayores sorpresas que hasta ahora había experimentado.

—Amigo mío —Leonora Latorre se allegó a Gustave. El ingeniero se ruborizó ante la proximidad de la bella mujer—: no creerá que lo traje a Chile solo para construir vías férreas.

—Puentes —murmuró él, sintiendo el aliento dulzón e intenso de la espía.

—Exacto, Gustave… Puentes, porque usted sabe que hay muchos tipos de puentes. Algunos para asegurar el paso de asuntos mucho más grandes y trascendentales que un montón de vagones de ferrocarril.

MADRID, ESPAÑA

LUNES 12 DE AGOSTO, PRESENTE

24

Primero cambié la batería, luego limpié con un pañuelo de papel los ojos del dron, extendiendo manualmente el cuello para que la vista y oído de la máquina no fuesen interrumpidos. Después me acosté de panza sobre el prado del parque de calle Peonías y, usando el control remoto a través de Instagram, lo eché a volar de nuevo. Como un silencioso insecto de metal y plástico, el pequeño robot ascendió por encima de la copa de los almez, chumberas y otros árboles cercanos y sobrevoló las geométricas cuadras del barrio de Barajas en dirección a la mole del Monasterio de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo Benedictino.

Cuatro de la tarde y quinto reconocimiento del día. Si encima de mi cabeza el sol no calentara a treinta y siete grados de calor, todo podría ser más agradable. Pero la insoportable temperatura del verano madrileño tenía sus ventajas. Una ciudad fantasma entre mediodía y seis de la tarde, sin gente en las calles, tiendas cerradas y mínimo contingente policial molestando. Escenario perfecto para maniobrar un dron por encima de un sector tradicional sin que a nadie le importara. España es así. Basta un alza en el termómetro para que nada importe demasiado.

A pesar del molesto sudor que brotaba de mis hombros, no pensaba quitarme la chaqueta de cuero con tachas que compré apenas aterricé en la capital española. Entre eso y tener que nadar bajo un océano de protector solar, prefiero el calor. El sol y yo jamás nos hemos llevado bien. Las grandes civilizaciones nacieron en invierno. Una vez lo comenté en una conversación con amigos de Kenya. Había un tipo con cara alargada y ojos saltones que me quedó mirando y me respondió que Mesopotamia y Egipto contradecían mi opinión. La

gente promedio es de lugares comunes. Les dicen Egipto y piensan en desierto y calor, pero los sitios donde emergió el imperio egipcio se ubicaban alrededor del delta del Nilo, que es templado y frío y sin arena, ni desierto, ni calor. Lo mismo que Mesopotamia, en el área demarcada por los ríos Éufrates y Tigris en la actual Irak, valles donde cae nieve en invierno, hay montañas con glaciares y el paisaje poco y nada tiene que ver con las ideas preconcebidas que se tienen del medio oriente, muy distinto de Arabia Saudita, donde no surgió nada civilizado hasta mucho tiempo después. Civilización que de hecho vino de otra parte. Porque les guste o no a los fanáticos del verano, nada bueno brota del calor, salvo enfermedades, sudor y pestes.

El pequeño helicóptero abandonó la protección de los árboles del borde este del parque de las Peonías y cruzó en diagonal la calle Begonias, sobrevolando por encima de los bloques de cuatro pisos que daban forma a la pequeña manzana que se extendía entre esa vía y su paralela calle del Sándalo, la que continuó hasta Eduardo Mazón desde donde tomó la recta de calle Guadalajara que llevaba directo al monasterio.

A través de la ventana de Instagram fui guiando el vuelo del insecto, controlando su altura y velocidad, tratando de que no llamara demasiado la atención mientras se dirigía al enorme edificio que se levantaba al fondo de la calle, ocupando una cuadra entera. Arquitectura católica española clásica, sin torres ni cúpulas, un sobrio estilo barroco para el templo principal, rodeado de rejas altas y jardines, tras los cuales, a ambos lados de la nave principal, se extendían construcciones más modernas.

Lo mantuve en vuelo estático sobre el techo de una farmacia y desde ahí vigilé la intersección de las calles Guadalajara y Conde las Posadas, cruce donde se encontraba la entrada principal al edificio eclesiástico. El mismo punto en que he mantenido mi ojo en el cielo en cada uno de sus vuelos. Volví a recordar a Fafner. Y a Kenya. Apreté el puño de mi mano derecha. Necesito tranquilizarme. Regresé a donde tenía que estar y presioné el punto rojo en la pantalla para dejar grabando lo que el dron veía. Requería cada detalle del lugar, cada punto para cuando tuviese que entrar. No me sobraba el tiempo, pero tampoco quería acelerarme.

Una hora después y con el 50% de la batería gastada continuaba en el mismo sitio. Tendida en el prado del parque, ahora protegida por la sombra de un plátano oriental, mientras el helicóptero de Egon se mantenía fijo, en la misma esquina, con sus sentidos artificiales concentrados en una casa de Dios. Un mensaje de advertencia había aparecido en la pantalla de mi teléfono, advirtiendo que la temperatura externa en el casco del robot estaba alcanzando niveles peligrosos. ¿Por qué el verano no podía ser en todas partes con

temperaturas como en Berlín?

Dicen que Dios, o quien sea que esté allá arriba, es guionista. Justo cuando me preparaba a regresar el dron, el visor izquierdo del sensor de movimiento viró en dirección al pesado portalón mecánico del templo, que se abrió hacia el interior para permitir la entrada de un vehículo. Pocos segundos después un taxi privado ingresó al jardín interior del claustro. Moví mi dedo sobre la pantalla e hice que el dron volara rápido hasta el jardín de los benedictinos, usando el follaje de una de las numerosas palmas para esconderse.

Una mujer joven bajó del vehículo. Cabello rubio, muy corto; alta y de movimientos elegantes. Vestía sobrio pero sin hábitos religiosos. Al verla de costado reconocí la nariz aguileña de Viani. Tres días mirando fotos suyas, memorizando sus rasgos, el largo de sus brazos, la estatura, lo huesudo de su rostro. A pesar de que no tenía visión directa desde mi punto de observación, supe que era ella. Llevaba un bolso de mano y caminaba en dirección al edificio residencial que se ubicaba al fondo del templo. Volé siguiendo una de las aguas del techo de la iglesia, para tratar de ver con precisión dónde ingresaba. Cruzó una puerta y se perdió hacia el interior. Llevé con cuidado el dron hasta un punto que daba a los corredores del hospedaje, pasillos con vista al exterior y que podían ser espiados desde afuera con un ojo preciso, como el que yo mantenía volando a treinta metros, por encima de la cruz más alta del pórtico del monasterio. Audra Viani asomó en el corredor del segundo piso. Caminó hasta la tercera de las ocho puertas que allí se divisaban. La abrió usando una llave que sacó de su bolsillo y entró. Te tengo, monja maldita. Se dónde estás y sé cómo llegar ahí. Me giré sobre el pasto y levanté la vista al cielo. Nuevamente la alerta de temperatura en el casco del mini helicóptero. Indiferencia. Ya volaba de regreso conmigo. Ahora necesitaba comer algo. Esta noche iba a gastar energía.

25

Diez y media de la noche. La ciudad estaba lo suficientemente vacía como para no llamar la atención de terceros, menos en un barrio residencial con la mitad de las casas desocupadas y nada de curiosos en las aceras cercanas. Hacia calle Luis de la Mata se situaba una escuela anunciada mediante un llamativo cartel como «Centro Privado de Educación Especial María Corredentora». El establecimiento daba al muro posterior del Monasterio y no era demasiado alto como para treparlo. Ostentaba además un par de robles de gran alzada que se

apoyaban contra el paredón. El problema, que no era menor, estaba en el sistema de alarmas que colgaba por encima de la tapia del convento, compuesto de una enredadera de tres cables que se iban entrecruzando a manera de trenza y que hacían literalmente imposible saltar por ahí. Un mínimo contacto y adiós Madrid. La manera más sencilla de entrar era trepando al techo de la escuela María Corredentora y desde ahí correr hasta el extremo norte del edificio, donde tendría que brincar hacia uno de los robles que asomaban del muro de los Benedictinos, ocupando sus ramas más gruesas para acceder al interior; nada que me fuera a tomar más de siete minutos.

Ocupé el techo plano de la escuela para tomar impulso y brincar hacia el mayor de los árboles del monasterio. Rechacé usando el borde del edificio del centro educacional y me impulsé con toda la fuerza de mis rodillas. El resto lo hicieron mis brazos y la manera de arquear mi espalda, aprovechando la aerodinámica del movimiento para literalmente volar hasta las ramas. Con apenas un leve rasguño en el antebrazo izquierdo, ya estaba en el interior del recinto. Sigilosamente, de ahí en adelante, dispuse de cada sombra, de cada rincón del claustro para deslizarme hasta la puerta de entrada del edificio donde estaba Viani.

No habían cerrado por dentro, lo que me hubiese parecido sospechoso a no ser por la costumbre española de jamás trancar una puerta en verano. Tienen tanta confianza en eso de que «con las altas temperaturas hasta los ladrones están en casa», que todo vale a la hora de conseguir corrientes de aire. Se entiende. Faltaba poco para las once de la noche y sobre Madrid pesaban unos molestos veintiocho grados. Si alguien estaba durmiendo a esa hora esos eran curas o monjas, precisamente las dos clases de humanos que habitaban el lugar que acababa de invadir.

Usando la punta de los pies y un borde de la escalera, salté al corredor del segundo nivel. Sin prender la luz y moviéndome de acuerdo a las penumbras que proyectaban hacia el interior tanto los árboles como la nave central del templo vecino, me desplacé por el pasillo buscando la tercera puerta a la izquierda.

Puse mi mano derecha sobre el pomo y lo moví con sigilo, procurando hacer el mínimo ruido. Estaba clausurada por dentro. Revisé el tipo de cerradura. Traba de presión interior, igual que la mayoría de las puertas usadas en este continente. Hice saltar la clave mediante dos destornilladores de presición. Despacio, la puerta se abrió hacia adentro.

—La estábamos esperando, Princess —pronunció la voz de una mujer de edad madura, mientras Audra Viani encendía la luz.

Audra Viani no estaba sola. Sentada alrededor de una mesa redonda, en una pequeña sala improvisada en la esquina del cuarto, se encontraba una mujer de unos setenta años de edad. Llevaba el cabello canoso y tomado de igual manera que su compañera. Ambas vestían idéntico.

—¿Le parece cerrar la puerta? —habló la mayor—. Y descuide, no vamos a llamar a nadie.

Guardé silencio.

—Su rostro —continuó ella—. ¿Un tatuaje?

—Una cicatriz.

—Debió doler.

—Aún duele.

—También hizo algo en su cabello. Imagino que las circunstancias… —la vieja no quería quedarse callada.

Audra miró a su superiora y bajó la cabeza. Estaba inquieta, asustada quizás; con la situación, conmigo.

—No estoy aquí para hablar de mi cicatriz ni de mi corte de cabello —les dije, sabiendo que la monja de más edad y jerarquía iba a continuar guiando la conversación.

—Claro, imagino que vino a matar a Audra —miró a su compañera —, porque cree que mi asistente está directamente involucrada en el asesinato de su pareja, Kenya Biyik…

Respondí con silencio.

—Pues no fue ella, Princess —su voz era firme—. De hecho, si hay alguien en esta habitación a la cual responsabilizar por ese lamentable crimen, esa persona soy yo. Aunque a mi favor debo agregar que esa responsabilidad es indirecta —continué clavada en ella—. Por supuesto, imagino que de nada le sirven mis excusas —dijo mirándome fijo—. Como sea, antes de continuar con esta conversación…

—¿Qué le hace pensar que vine a conversar?

—Evidentemente no vino a conversar —consintió—, pero algo me hace pensar que quizás quiera escucharme. Mi nombre es Elena Mistral, tal vez ha escuchado de mí…

Era cierto, la identidad me resultaba familiar. Su presencia se repetía en todas mis recientes investigaciones sobre Pro Deo. Elena Mistral era una de las pocas mujeres que no requerían vestirse de negro y ocultar su rostro bajo un velo para estar frente al Papa.

—¿Usted pagó a Casempere? —fui directa.

—Lo hice, pero no para que matara a Kenya Biyik —era franca para contestar. Una religiosa en su posición tenía esa ventaja. Sumada

a la certeza de que si me estaba esperando, tenía a un buen contingente de seguridad vaticana alrededor del monasterio. Quizás en la habitación contigua había un batallón dispuesto a saltarme encima ante el mínimo movimiento contra una de las dos mujeres que tenía enfrente.

—El problema es que la asesinaron.

Las miré a ambas. Audra Viani cambió la posición de sus piernas.

—Casempere y Meztli tenían otra agenda —Mistral era clara—. Se les pagó solo por conseguir un meteorito y negociar con usted…

—Mataron a la mujer que me amaba —ahora yo no pestañeé.

—Que por supuesto no es lo mismo que decir «a mujer que usted amaba» —subrayó la palabra «usted». Buena jugada. La agustina bajó los ojos por un segundo, movió la cabeza fingiendo sentirse contrariada y en seguida soltó una propuesta—. Pero ya que está aquí, me gustaría ofrecerle un trato.

—¿Qué clase de trato?

—Asiento, por favor, donde usted quiera —indicó con su brazo derecho las sillas, sofás y sitiales repartidos por la habitación.

Sin apartar mi vista de las monjas, escogí una de las sillas y la puse frente a la puerta. Me senté en ella, marcando mi posición. Pasara lo que pasara no iban a poder salir de la habitación sin que yo se los permitiera. En absoluto, a menos que quisieran lanzarse por una de las ventanas del dormitorio.

—Su acento —miré a Mistral—, ¿Burgos?

—Burgos —ratificó ella—, tiene un buen oído. He de confesarle que hasta ahora todo lo que me han contado de usted ha sido cierto.

—¿Y qué le han contado de mí?

Mistral miró a Viani.

—Que es la mejor en lo que hace —respondió la italiana, abriendo por primera vez la boca.

—¿Quién se lo contó?

—Entenderá que tenemos fuentes y contactos.

—Hasta donde entiendo Pro Deo y la Hermandad no se hablan.

—Se equivoca —volvió a tomar la palabra Mistral—. Siempre hemos hablado mucho, a pesar de nuestras manifiestas diferencias. Además, en todos estos años en que usted ha estado invisible, algunas cosas cambiaron para ambas organizaciones. Por supuesto, ellos aún están muy dañados tras lo que usted y sus socios les causaron. Toda esa locura de la Cuarta Carabela de Colón, el Hermano Anciano y la Catedral Antártica, no hay para qué recordarlo. Que su amigo convirtiera aquellos incidentes en libros de gran éxito comercial tampoco ayudó mucho.

—¿Podemos terminar con los rodeos? —levanté la voz. Audra cambió por segunda vez la posición de sus piernas.

—Usted empezó con los rodeos cuando me preguntó si mi acento era de Burgos.

—Me habló de un trato —insistí.

—Mi parte —exhaló la anciana—. Puedo empezar devolviéndole su vida con una sola llamada y luego, si le parece —subrayó—, tengo la autorización y la facultad de entregarle a Casempere y a Meztli sin que nadie reclame por ellas, usted entiende…

Miré a la más joven de las monjas.

—¿Y cuál sería mi parte en todo esto? —cuestioné.

—La está haciendo, no nos ha matado.

—No me joda —la vieja soltó una carcajada.

—Usted aún tiene algo que me interesa y por lo cual se le pagó —fue honesta.

—Faltaba la mitad del pago.

—Iba contra entrega.

No respondí.

—Hay otro asunto.

—¿Qué otro asunto?

—Quiero que trabaje para mí.

—¿Qué le hace pensar que trabajaré para usted?

—Que aún cree que fui yo quien ordenó la muerte de la mujer que la amaba. Una útil suma entre curiosidad y venganza.

No iba a rebatirle.

—Princess, le propongo algo. Soy una mujer de Dios, no miento, ni yo ni Audra nos vamos a mover de Madrid…

—Lo sé…

—Déjeme terminar.

—Termine.

—Entonces usted tiene dos opciones. La primera, matarnos aquí y ahora, con el riesgo de que la atrapen antes de que logre salir del monasterio —Audra Viani volvió a cambiar de posición sus piernas.

—¿Y la segunda opción? —no quería que la pelota estuviera solo en el lado de la cancha de Elena Mistral.

—Usted se puede ir por donde entró, volver tranquila y sin ser molestada a su hotel. Y a la una de la mañana revisar su vida en la red. Su nombre estará limpio, la borraremos de los archivos de la Interpol, el FBI y la Polizei alemana. Tendrá de regreso sus cuentas, su dinero y podrá dejar de usar la identidad de Natalia Naudón, le doy mi palabra.

—Si no la cumple…

—Usted sabe que cumpliré —afirmó su mentón en la palma de su mano izquierda—. Solo le pido una cosa a cambio —era buena provocando.

—La escucho.

—Mañana a las once de la mañana lo sabrá, la espero en el Museo del Prado, frente a *Las meninas*.

MARTES 13 DE AGOSTO

27

«¿Sabe cuál es el nombre real de este cuadro?», me preguntó Elena Mistral, sin dejar de observar la enorme pintura que teníamos enfrente y que llenaba por completo una de las paredes de la sala 12 del Museo del Prado.

—Pensé que se llamaba *Las meninas* —le contesté, sin dejar de contemplar la obra de Velázquez.

—Así la han llamado desde mediados del siglo XIX, pero antes tenía otro nombre —volteó hacia mí. Hoy llevaba unos anteojos ópticos de marco delgado sobre su nariz y mi cara se reflejaba en ellos —: *La familia de Felipe iv*. Sostienen —regresó a la pintura— que mientras Diego de Velázquez retrataba en una de las salas del Alcázar de Madrid al rey Felipe y a su esposa Mariana de Austria, la hija de ambos, la infanta Margarita, irrumpió en el estudio junto a sus damas de compañía. La infanta tenía calor y María Sarmiento, la menina que aparece a la izquierda —apuntó al cuadro—, le acercó un jarro con agua fresca. En el otro extremo, un grupo de personajes contemplaban absortos la reacción de los reyes. Son aquellos que aparecen reflejados en el espejo que cuelga del fondo del salón.

—No soy experta en arte.

—Yo tampoco, pero esta pintura me fascinaba de niña. ¿Qué edad tiene usted, Valiant?

—Treinta y uno…

—Es joven.

—¿Usted?

—Ayer cumplí setenta y dos...

—Feliz cumpleaños —respondí en automático.

—Gracias.

—Representa menos.

—Lo sé —marcó—: el ejercicio. Lo importante es que a mi edad he

visto muchas más cosas que usted y uno se cansa de ver tantas cosas —enfatizaba la palabra «cosa» cada vez que la repetía—, por eso vuelve a los lugares predilectos de la infancia. Este cuadro, este lugar, una España muy distinta —otra vez fue al cuadro de Velázquez—. ¿Nota que hay algunas figuras más iluminadas que el resto? —me indicó.

—Lo noto.

—Van en este orden —apuntó—: el autorretrato del artista, el propio Velázquez —asentí—. La menina Sarmiento, la infanta Margarita, la menina Isabel de Velasco y el hombre de la puerta del fondo, que se sabe era un sirviente de la reina, llamado José Nieto. Todos ellos están dispuestos en el mismo orden que las estrellas de la constelación Corona Borealis. Dígame, Princess, ¿de todos estos personajes, cuál es el que más resalta con su brillo?

—La infanta Margarita.

—Exacto, ¿y sabe cómo se llama la estrella más brillante de la constelación Corona Borealis? —negué con la mirada—. Su nombre es Margarita Coronae, exactamente igual que la protagonista de *Las meninas*.

—¿Casualidad? —le seguí el juego.

—No existen las casualidades, usted ha de saberlo —volvió a mirarme y yo a verme en el cristal de sus lentes—. Quiero que observe el siguiente detalle. Existe otro perfil astrológico en *Las meninas*. Si se cierra un círculo imaginario alrededor de los personajes de Corona Borealis y se expanden de él dos trazos que unan las cabezas de los dos individuos que aparecen al fondo —consentí— por un lado, y por otro a los dos enanos y al perro, surge el símbolo astrológico de Capricornio.

—¿Velázquez o alguno de los retratados era de ese signo?

—La reina Mariana de Austria. En 1656, fecha de elaboración de esta obra, toda la corte estaba pendiente de que la reina tuviera un hijo varón sobre el cual descansar la continuidad dinástica. Antes de nacer Margarita, la soberana había sufrido dos abortos y en 1655 concibió a una niña epiléptica que murió a poco tiempo de nacer. Un año después perdió un segundo bebé que nació muerto.

Dejé que ella siguiera hablando.

—Si lee debajo de la pintura, en el borde del marco inferior, se puede ver la fecha y hora en que Velázquez acabó *Las meninas*: 23 de diciembre de 1656 a las cinco de la tarde, exactamente la fecha del cumpleaños veintidós de la reina Mariana, cuando ella estaba lista para intentar un nuevo embarazo. Entonces, el dibujo del signo zodiacal de la reina era el mejor talismán que el pintor podía ofrecerle para que consumara sus planes. Un amuleto de fertilidad para superar esa lucha de vida y muerte representada por la menina con la jarra de

agua —Mistral apuntó— y el caballero de la puerta. Cinco años después, Mariana de Austria alumbraría al esperado heredero, Carlos II.

—El hechizado —conocía esa historia—, que marcó el fin de esa dinastía.

—Sabe de lo que hablo.

—Sé algo de historia, no de arte.

—Ya veo. ¿Me permite una última cosa acerca de *Las meninas*?

—Estamos en su casa, la escucho.

—Diego de Velázquez, el genio absoluto de los artistas del Siglo de Oro español —describió—. Durante su vida se le consideró un hombre inculto, superficial y que solo vivía para los encargos pictóricos del rey. Todo eso cambió el día de su muerte, cuando un grupo de cortesanos ingresó a sus estancias en el Alcázar de Madrid, para hacer un inventario de sus bienes. Lo que encontraron los dejó mudos: una abundante biblioteca de temas astrológicos y astronómicos. Obras en latín, italiano y español sobre matemáticas, filosofía y mitología, así como un arsenal de anteojos de larga vista que debieron proporcionarle horas de contemplación del cosmos. Una vida secreta para no molestar al Santo Oficio. Velázquez —volvió a apuntar la pintura— fue un hombre de ciencia y esto que estamos viendo es el atlas cosmológico que nos regaló. En fin —respiró profundo—, imagino que si está aquí conmigo, escuchándome, es porque revisó sus cuentas y descubrió que todo está tal cual se lo prometí anoche.

—Lo hice…

—Veo además que está volviendo a ser Princess. Así —me miró fijo a la cara—, sin cejas, en lugar de aquellas delineadas que usaba ayer, se ve más…

—¿Perturbadora?

—Iba a decir más usted.

—No me conoció como era antes.

Arrugó el ceño, su forma de decirme que venía espiándome desde mucho antes de lo de Casempere, Meztli y el meteorito de Berlín.

—¿Quién es Iván Gorky? —le pregunté.

—Un criminal de baja estafa —otra vez arrugó su ceño. Por mi parte, no recordaba la última ocasión en que alguien hubiese usado la expresión «baja estafa»—. Alguien útil para culpar de estupro y ataque con violencia. Ruso, escapó de Moscú hace años y estaba en Berlín en el momento y el instante adecuado...

—Hace un año que vivía en Berlín —precisé, soy mejor que ella usando Google y además tengo a Egon.

—Utilitario.

La monja era buena. Anoche ingresé a mis redes a eso de las dos. En efecto, había recuperado mi vida y mis inversiones. Ya no estaba

entre las más buscadas y la Polizei de Berlín sorpresivamente dio un vuelco en el caso de Kenya Biyik. La autopsia al cadáver reveló restos de semen y sangre de un tal Iván Gorky, delincuente y yonqui moscovita que ahora era buscado en toda Europa por ultraje y asesinato. Para cerciorarme de que no fuera una broma, hablé de inmediato con Egon y le pedí que ingresara a mis cuentas. Un cuarto de hora después me devolvió un mensaje en que me preguntaba si acaso había hecho un pacto con el diablo.

—La escucho —volví con Elena Mistral—. Imagino que no seguiremos hablando de *Las meninas*.

—Necesitamos lo que usted robó.

—No lo llevo conmigo.

—¿Cómo sé que no se lo vendió a alguien más?

—¿Cree que no se los entregué para negociar con un tercero?

—La verdad, estoy bastante segura de que no nos entregó el verdadero meteorito porque no cumplimos con pagarle la totalidad de lo prometido. Y porque no confiaba en Casempere y necesitaba saber quién era el misterioso comprador antes de hacer el intercambio…

Cogí mi teléfono, busqué en los archivos de fotos y le mostré una de las imágenes que había tomado de SK-87124 antes de salir de Berlín.

—No lo llevo conmigo, pero está seguro…

Elena Mistral agrandó la foto.

—En una caja de la Deutsche Bahn —reconoció el fondo de la imagen, acomodándose los anteojos—. Funcional y protegido. La felicito —me miró a los ojos—. Pero necesito más que una foto…

—Primero Meztli y Casempere, después el meteorito

—Usted no entiende… —me regresó el iPhone chino.

—En el entreacto tiene la piedra que le entregué a Casempere —pretendí ser mordaz.

—La réplica —la monja estiró su cuello—. Sorprendió a todos con esa estrategia. Permítame preguntarle —asentí—, ¿cómo dio mayor peso a la obsidiana?

—No lo hice yo.

—No me ha respondido.

—El artesano que contraté fundió un trozo de riel de ferrocarril con la obsidiana.

—Una réplica casi exacta —la agustina exhaló mirando otra vez *Las meninas*.

—Casi exacta —devolví, sabiendo bien a qué se refería.

—¿Por qué el engaño?

—Porque Casampere fue estúpida desde que me contactó. La paga era buena, pero el trabajo extraño. No regateó ni negoció. Era evidente que me estaba jodiendo. Necesitaba un seguro para joderla

yo de vuelta.

—Quizás debí ir con usted desde el primer momento, nos hubiésemos evitado —volteó hacia la puerta de la sala—
errores.

Fui otra vez al teléfono y revisé las fotos del meteorito hasta dar con la requerida.

—Usted no quiere el SK-87124 —le acerqué la pantalla del clon chino—, quiere esto.

Elena Mistral se quedó congelada ante el acercamiento a las marcas que formaban una doble fila en uno de los extremos del meteorito.

—¿Lo sabía? —tras los lentes, sus ojos parecían estar a punto de salirse de sus cuencas.

—También hay un registro en video, mueva el dedo hacia la izquierda.

No lo hizo. Arqueó sus cejas, sonrió y me preguntó:

—¿Sabe qué son estas marcas?

—¿Cómo puedo saberlo?

—Quizás deba reformular la pregunta, ¿qué piensa usted que son estas marcas?

—No son naturales. Están ordenadas siguiendo una recta y con una progresión lógica, agrupadas a modo de palabras… Las grafías se repiten… No hay que ser genio para concluir que se trata de un lenguaje, similar a la escritura cuneiforme de Mesopotamia o a los jeroglíficos de Egipto.

—¿Reconoce los símbolos?

—No soy lingüista y carezco de los conocimientos de esa disciplina…

—No necesita ser lingüista —suspiró la monja— para deducir que no corresponde a ningún registro ideográfico conocido en este mundo.

—Este mundo —la miré, reiterando con ambas palabras la certeza de que las marcas estaban en un meteorito, algo que había caído del cielo.

—Esto, mi estimada, es el lenguaje de Dios —dijo tocando la pantalla del teléfono.

—Proyecto Metatrón —respondí con seguridad. Aproveché su evidente confusión para tomar de vuelta mi teléfono y, sin que Mistral se percatara, presioné el ícono de *Coolmuster Transfer Mobile*. La agustina estaba a solo metro y medio de mí y debía de llevar un teléfono encima, lo que me daba una buena oportunidad para probar el software chino de clonaje.

—¿Cómo sabe de Metatrón? —acompañó la pregunta con una mueca.

—Pro Deo deja demasiadas ventanas abiertas en sus transacciones.

Todas las platas que su asistente Audra Viani —la identifiqué— desvió para pagar a Casempere y Meztli estaban justificadas como parte de algo denominado proyecto Metatrón. Metatrón es el arcángel, descrito en libros apócrifos de la Biblia, que supuestamente es el encargado de ser la voz de Dios… O el lenguaje de Dios, en sus exactas palabras.

—¿Por qué no me sorprende? —volvió a mirar *Las meninas* y luego al techo del museo—. La búsqueda del idioma divino es algo que ha obsesionado a la Iglesia católica desde siempre. El proyecto Metatrón existe como tal desde 1947 y se trata de un rastreo multidisciplinario, en diversas partes del planeta, de cualquier registro que tenga que ver con lenguas desconocidas de origen misterioso. Pro Deo es quien ha organizado y financiado este esfuerzo, del cual soy directora desde hace dos años, centrando mi pesquisa en Borsippa, Irak.

—Las ruinas de la torre de Babel. Si uno cree en la torre de Babel, por supuesto.

—¿Usted cree?

—Creo que la torre de Babel fue un zigurat mesopotámico.

—En la Biblia hay más verdad que mito…

—Me crie en un grupo religioso evangélico de ultraderecha, crecí leyendo la Biblia a diario. Jamás he visto una zarza ardiendo.

—Hay muchos tipos de zarzas ardiendo.

Decidí llevar la conversación de nuevo a su carril básico, me estaba aburriendo de tantas vueltas retóricas. En eso los católicos son peores que los protestantes.

—Entonces quiere el SK-87124 y sus marcas para su colección de lenguajes de Dios.

—Sabemos que a finales del siglo XV en América del Sur impactó un meteorito negro, que fue venerado por los nativos como sagrado. En algún momento del siglo XVII esta piedra cayó en manos de los jesuitas apostados en Chile…

—¡No puedo creerlo!

—¿Qué es lo que no puede creer?

—Nada, solo pensaba en voz alta —lo dije en automático, otra vez ese país se cruzaba en mi camino, me excusé rápido—. La escucho, continúe.

—Los jesuitas rompieron la piedra y la usaron para labrar con ella un cáliz. Tras la expulsión de la Compañía en 1767, la copa, conocida como Grial de Haimbhausen, por el nombre de su constructor, pasó por muchas manos hasta terminar finalmente en el museo de la Catedral Metropolitana de Santiago de Chile, donde permaneció hasta 1982, cuando desapareció…

—¿Desapareció?

—Un robo en agosto de ese año. Tras esa fecha nadie sabe qué fue del cáliz.

—Entonces el meteorito… —moví mi peón sobre el tablero, que ahora estaba a favor de Elena Mistral.

—La historia oficial —la monja resaltó ambas palabras— sostiene que la piedra de la cual se supone labraron el cáliz, es un meteorito identificado como VEAS-01. Esta roca estuvo por décadas en una plaza del sector sur de Santiago de Chile. Pro Deo la mantuvo allí porque era un lugar seguro, hasta que comenzó a llamar demasiado la atención…

—¿De quién?

—De la competencia, Princess. Usted los conoce bien… La Hermandad ha mantenido por medio siglo la mentira de los ovnis como una manera de controlar la fe de occidente, ¿no cree que un meteorito supuestamente divino era muy útil para su agenda?

—Nunca me lo informaron.

—Porque nunca la necesitaron en esa área —aseveró—. Usando pantallas universitarias y acuerdos políticos y económicos, conseguimos trasladar a VEAS-01 hasta el observatorio de Castell Gandolfo para investigarlo. Los primeros datos nos fueron dando luces de que quizás la roca de Santiago no era la piedra original…

—Carecía de las marcas.

—Exactamente —acompañó la afirmación con otra sonrisa—, así que empezamos a rastrear otros meteoritos recuperados en la región. De esa manera llegamos a SK-87124, que usted robó…

—¿Por qué no simplemente pedir la piedra a la Universidad de Humboldt?

—Porque la Universidad de Humboldt depende de una logia masónica vinculada tanto a la iglesia protestante alemana como a la influyente comunidad judía de Berlín. No iban a colaborar con nosotros, no después de… —miró al techo de El Prado y luego recalcó —. No después de la Segunda Guerra Mundial.

—Entonces SK-87124 es apenas un trozo del meteorito original…

—Pero tiene las marcas requeridas para compararlas con las del cáliz.

—Acaba de decirme que el cáliz desapareció, que fue robado. ¿Va a confesarme ahora que Pro Deo lo robó?

—No —bajó la vista—. Ojalá lo hubiésemos hecho, nos habría ahorrado mucho —suspiró—. Princess —se dirigió a mí sin mirarme —, existen registros muy precisos de las marcas del meteorito en los diarios del escultor de la obra, Karl Von Haimbhausen.

—Que imagino tampoco tienen.

Elena torció una sonrisa cínica y luego completó su oración:

—Están en un museo particular en Múnich. Y es ahí donde usted entra.

—Mis honorarios son altos.

—No hay problema con el costo.

—¿Y qué le hace pensar que aceptaré trabajar para usted?

—Vino voluntariamente a esta cita.

—La voluntad no existe, es una manera bonita de definir lo obligatorio desde la más personal de las subjetividades.

La hermana superiora apretó los hombros y luego dijo:

—Le puedo dar a Casempere y a Meztli.

—Eso ya lo sé —resoplé—. Tanto como usted sabe que puedo dar con ellas sin su ayuda.

—No si yo —sacó su teléfono celular y me mostró la pantalla de Telegram, donde tenía un mensaje redactado y listo para mandar a un receptor indicado con el escudo del Vaticano— envío este mensaje. Agentes especiales de la Guardia Suiza del Vaticano saben dónde están y en cosa de media hora las encontrarían y eliminarían. Y creo que no obtener su venganza la frustraría mucho.

Le contesté con la mirada.

—Además —siguió ella—, existe otra razón por la cual creo se interesará en ayudarnos.

La miré fijo y sin pestañear. Ella volteó hacia *Las meninas*. Acercó el teléfono a su rostro y buscó entre las aplicaciones. La vi presionar un ícono en la parte inferior de la segunda ventana de navegación.

—Tengo cinco minutos de invisibilidad antes de que se aparezca uno de mis guardaespaldas —se quitó los anteojos y los colgó del borde del cuello de su traje.

—La escucho… —dije, esperando que Coolmuster hubiese terminado su trabajo. Si el móvil de la monja seguía invisible, el clonaje debía de haberse cortado.

—Pro Deo es parte de un pacto llamado Novis Order que incluye a la Hermandad y a grupos vinculados con el Islam y el Judaísmo —Elena Mistral fue hablando rápido y sin pausas—, con el propósito de mantener el patriarcado como figura teológica esencial del mundo monoteísta, en especial del monoteísmo occidental. Hace diez meses convertí al proyecto Metatrón en una fachada para encontrar pruebas, a través del lenguaje de Dios, de que la base religiosa en la que se sustenta nuestra cultura no tiene un carácter masculino, sino femenino. Lo que entendemos por Dios, por santa trinidad es un matriarcado…

No iba a disimular mi risa.

—¿Qué le causa gracia?

—La religión ya es un absurdo, intentar probar que Dios es mujer es…

—No solo Dios…

—¿Jesús también?

—No hay pruebas arqueológicas ni históricas de la existencia real

de Jesús de Nazareth, tal vez porque Jesús no fue hombre…

—Jesucrista —me burlé—. En el nombre de la madre, la hija y la espíritu santa… ¿Esto es en serio?

—Los dogmas de fe son un constructo cultural. Y los constructos culturales cambian el lenguaje y el lenguaje concreta realidades…

—El uso oportuno del contexto contemporáneo para levantar un culto obsoleto. O, en palabras simples —recalqué—, colgarse de la cuarta ola feminista para refundar una religión patriarcal.

—Creo que nos estamos entendiendo —también sonrió.

—Entonces —seguí su ritmo—, para probar que Dios es una construcción femenina necesita un meteorito con hipotéticas inscripciones…

—Entre otros objetos.

Entre otros objetos, pensé, recordando en un golpe fotográfico lo sucedido en México hace siete años.

—Supongo que si acepto su propuesta —bajé un tono el volumen de mi voz—, debo creerle y procurar no hacer demasiadas preguntas —Mistral ni siquiera asintió—. Y desde esta perspectiva, la de «entre otros objetos» —marqué con mis dedos las comillas de la frase—, SK-87124 es una prueba necesaria para su guerra personal.

—No solo el meteorito, también el grial de Haimbhausen. Por eso lo entregaron…

—¿Entregaron? —interrumpí a propósito—. Hasta hace unos minutos había sido un robo.

—Le estaba contando la historia oficial —era verdad. Hizo un alto a propósito—. Lo cierto es que en 1982 la dictadura de Pinochet se lo pasó a la inteligencia británica a cambio de favores políticos de la administración de Margaret Thatcher. Creemos que el cáliz está en poder de la logia Royal Alpha, a quienes usted bien conoce —moví mis ojos hacia ella—. No soy la primera que ha buscado este equilibrio. Muchas compañeras, religiosas y laicas, han muerto en esta cruzada.

—¿Y si las marcas del meteorito y del grial de Haimbhausen no dicen —la palabra era inexacta, pero útil— lo que usted quiere que digan? —Elena Mistral miró nuevamente al cuadro de Velázquez—. ¡Por supuesto! —exclamé—, inteligente lo suyo —me respondí a mí misma—. ¡Le da las bases para escribir su propio lenguaje de Dios y revelar con este un nuevo nombre secreto!

—La necesito, Princess —me miró con una expresión tan triste como fría.

—¿Por qué y para qué? Y ahora quiero una razón más concreta que un supuesto Dios matriarcal y mensajes del cosmos —exageré—. Quiero su verdadera razón…

—Amo a mi iglesia —podía creer en eso—, y no soporto ver cómo

se destruye por las faltas de quienes la rigen desde hace dos mil años, faltas que afectan y atentan contra los más inocentes. El Vaticano se ha convertido en la fachada más grande del mundo para criminales en serie. El sacerdocio hoy no existe más que para abusar de niños y mujeres alrededor del planeta, hablo incluso de tráfico de personas para conseguir respaldo político y económico.

—Las misioneras de la caridad de Calcuta —fui directa—, la maldita Sor Teresa, que ojalá arda en el infierno aunque el infierno no exista.

—Estoy hablando de una red de protección organizada —Mistral contestó sin contestar—, la mayor de todas y que no se va a acabar a menos que…

—Usted provoque un golpe de Estado —completé su idea—, reemplazado al Papa por una Papisa. Si me permite… —hizo un ademán—, para que eso ocurra no debería gastar sus recursos en buscar objetos sagrados, como este grial y el meteorito: la iglesia vaticana y patriarcal se está desmoronando sola…

—Sí —aceptó—, pero ese desmoronamiento aleja a los fieles. Mi misión —usó esa expresión con idealismo— es recuperar a la Iglesia, darle una nueva razón no solo para confiar, sino para creer y reconstruir la fe. Reemplazar la cruz masculina por un cáliz femenino.

—Le creo —era cierto—, pero también pienso que está loca.

Elena Mistral guardó silencio por un momento. Luego se puso de pie y caminó hasta casi tocar la enorme pintura de Velázquez.

—Hay otra razón por la cual creo que usted debiera aceptar trabajar conmigo —me habló dándome la espalda.

—¿Debiera? —le regresé—. Lo dice muy segura…

—Lo estoy —levantó su mano derecha y comenzó a dibujar líneas imaginarias alrededor de la infanta Margarita—. Tengo algo que sé le importa aún más que atrapar a Casempere y a Meztli…

—¿De qué está hablando? —me irritaba la manera en que esta mujer me estaba manipulando.

—Una respuesta, Princess —apuntó a la nariz de la reina Mariana de Austria—. La respuesta a la pregunta más importante de su vida. Ese nombre que lleva demasiados años buscando.

VICTORIA,
CHILE

MIÉRCOLES 8 DE MAYO, 1889

28

Diario de Gustave Verniory
Encargué una cama de campo formada por dos travesaños de madera unidos por largueros y recubierta de una faja de gruesa tela de buque, sobre la cual acomodé mi delgado colchón. He comprado sábanas y frazadas, pero mis medios no me han permitido adquirir ni almohadón ni almohada; provisoriamente los reemplazo con un sobretodo enrollado. Como todo en la vida, es relativo y considero mi habitación de lo más confortable.

La rutina diaria es idéntica todos los días. Comemos en el Hotel Alemán. A las siete de la mañana voy a tomar mi café con leche, pan con mantequilla y queso. A las once es el almuerzo. El menú a precio fijo es muy abundante: sopa, cuatro platos, huevos y café. Se puede empezar por el primer plato y terminar por el último; hay «Gargantúas» que hacen este *tour de forcé,* pero yo prefiero una selección. En la tarde, a las seis y media, la cena: sopa, cinco platos, postre y café. También disponen de abundante bebida, vino o cerveza; pagado aparte, naturalmente. Faltan absolutamente las legumbres. Los colonos recientemente instalados se ocupan en desbrozar y aún no las cultivan. Aunque la papa sea originaria de la Araucanía, aquí rinde poco. De tamaño mediano, se paga hasta cinco centavos por cada una. Tampoco se come pescado. No hay comunicación con el mar y el pescado de río es poco apreciado.

Una ventaja de Victoria es que no hay que gastar en vestuario. El lavado está fuera de precio, se suprime toda ropa blanca. Me he hecho cargo de mi servicio.

Mi trabajo se divide en labores de oficina y en terreno. Para esto es indispensable tener un caballo. Con el objeto de adquirir uno, el

gobierno me otorgó un crédito de cincuenta pesos. El señor de la Mahotiere, mi jefe directo en Victoria, me ha cedido un animal por cien pesos, de los cuales la mitad es a cuenta mía. Sospecho que él descuenta una buena utilidad, lo que cuadraría bien con su reputación de avaro. No puedo discutirle el precio, primero para no envenenar mis relaciones ya poco amigables con él y, segundo, porque me es imposible pagar de inmediato la parte que me corresponde. Por lo demás, el animal es excelente.

Goujon, dibujante de profesión, no abandona el escritorio. Es un francés muy pretencioso que no le agrada a nadie. Pero al señor de la Mahotiere le cae en gracia. Estoy, entonces, solo para ocuparme del trabajo de campo: nivelaciones, estancado de los terraplenes y de las excavaciones, implantación de los puentes y acueductos; supervisión general de los trabajos de la empresa, mensuras y cálculos mensuales.

Tengo derecho a un mozo por cuenta del gobierno. Thomas Haywood, el ingeniero inglés que tan amablemente me ayudó en mi llegada a Victoria, ha dejado el país, de modo que yo heredé a Manuel, que es verdaderamente una perla entre los domésticos. La mantención de su caballo, como la del mío, corre a cargo de la comisión.

Los militares y colonos me han puesto al día respecto de la curiosa historia de esta localidad. Fue fundada como un fuerte militar el 28 de marzo de 1881 por órdenes del coronel Gregorio Urrutia, del llamado Ejército de Pacificación de la Araucanía, que por lo que he visto no tiene nada de pacífico. Las órdenes las cumplió un tal Arthur Blackwood, un oficial inglés radicado en Chile desde la guerra de 1879 y que había pedido
su traslado definitivo a las fuerzas armadas chilenas. Blackwood y su lugarteniente, el capitán Bernardo Muñoz Vargas, escogieron una colina que se elevaba al sur del río Traiguén para levantar la empalizada. Desde esa altura se lograba un amplio dominio del valle. La meseta era conocida entre los indígenas locales como *Wangülen dumiñ*, que en el idioma mapuche significa «estrella oscura». Los araucanos sostienen que hace muchos años cayó en la loma un astro negro que se enterró hasta las profundidades, razón por la cual creen que el sitio está maldito. No soy supersticioso, pero algo extraño ocurre alrededor de esa colina. El fuerte original fue atacado varias veces por las fuerzas del cacique Mariluán, que era el señor de estas tierras. En 1882, el indio y sus soldados resultaron capturados y colgados desde la torre más alta de la fortaleza como un modo de amedrentar a los salvajes. Mas lo que ocurrió después fue desconcertante. Arthur Blackwood, el inglés fundador de Victoria,
se quitó la vida colgándose él mismo junto a Mariluán, motivo por el cual se decidió desarmar la empalizada y reconstruirla un poco más

hacia el este. Una mapuche que trabaja en el Hotel Alemán me ha relatado que el cerro Wangülen dumiñ es hueco por debajo y que si uno excava un poco encuentra túneles que conducen hasta el mismo infierno. La verdad es que los victorienses evitan la loma como si estuviera viva o resultara intrínsecamente malvada. No sé si me habré contagiado de las supercherías, pero cada vez que miro en esa dirección y veo aquella altura pelada, con restos del fuerte original, siento escalofríos. Me han contado que el ejército planea construir allí la futura cárcel de Victoria.

Hoy se recibió una noticia inesperada en Victoria. Un comité gubernamental a cargo del propio presidente Balmaceda ha decidido cambiar el nombre del pueblo a Estación Salisbury. Dictamen en homenaje al Primer Ministro inglés, Sir Robert Gascoyne-Cecil —tercer marqués de Salisbury, conocido como lord Salisbury—, por la ayuda prestada al país cuando él era ministro de Relaciones Exteriores de la corona británica durante la guerra de 1879, que enfrentó a Chile con el Perú y Bolivia. Curiosamente, el nombre original de la ciudad también le fue dado por ese conflicto, en recuerdo por las victorias del ejército chileno durante el también llamado «conflicto de las salitreras». Se dice que el documento de cambio de nombre ya fue firmado, pero acá en el pueblo no hay deseos de acatar el mandato, ya que se sienten cómodos y acostumbrados al nombre de Victoria.

En resumen, mi instalación está casi completa y la vida que llevo me agrada enormemente. Empero hay una sombra que oscurece el cuadro. La tesorería de Collipulli no recibe todavía las instrucciones necesarias para el pago de mis sueldos, a pesar de los reclamos que he dirigido a la Dirección General de Santiago mediante mis amigos Luis Altamirano y Carlos García de la Huerta. Estoy acribillado de deudas. Ya he pedido dinero a mis compatriotas y me he visto obligado a pedir prestado al señor de la Mahotiere. Felizmente, los comerciantes y el dueño del hotel me dan crédito.

Hay otro asunto que me preocupa. Desde hace ya casi tres meses no he sabido nada de Leonora Latorre, ni menos de su amigo, el padre Agustín Ugarte. Tras las eternas conversaciones que mantuvimos en Santiago y la respuesta que le di a sus peticiones, no me han hecho llegar lo prometido y ya estamos próximos a comenzar las obras del primer puente. Al menos sé en quiénes puedo confiar y cuánto me costará esa confianza.

A propósito de Leonora Latorre. Tal como ella me refirió, pregunté a los mapuches locales por Lautaro. La mayoría desconocía la historia, pero don Lincoyán Huenchullán, que trabaja de interprete para el señor de la Mahotiere, había escuchado de él. Me relató que Lautaro fue el caudillo del pueblo araucano que comenzó la resistencia contra los conquistadores españoles durante el siglo XVI, lucha que se tradujo

en una guerra que ya lleva más de trescientos años. Lo que diferenció a Lautaro de sus iguales fue el método usado en su campaña. Capturado siendo muy niño por los castellanos establecidos en la zona de Concepción, se convirtió en mozo y ayudante de los conquistadores. Durante cinco años aprendió el idioma, el uso de armas de fuego, de ropas de protección, esgrima y montar a caballo. Se ganó la confianza de sus captores y así supo de sus fortalezas y debilidades, una verdadera labor de inteligencia. De esta manera, cuando logró escapar se reunió con su pueblo a quien enseñó todo lo aprendido, convirtiéndolos en un ejército organizado y con la estrategia necesaria para repeler a los usurpadores. He entendido entonces por qué la logia de los padres de la Independencia usó ese nombre. La orden que tenían era la misma que Lautaro usó y enseñó: infiltrarse en los gobiernos locales, aprender de ellos y aguardar para dar el golpe. Imagino que la actual sociedad secreta, que mantiene aquella identidad, protege esa herencia a través de la inteligencia militar. No me extrañaría.

Hace dos semanas volví a escribir a la señora Latorre. Aún no he tenido respuesta y estoy poniéndome nervioso. Ella me pone nervioso.

MÚNICH, ALEMANIA

MIÉRCOLES 14 DE AGOSTO, PRESENTE

29

Audra Viani parece tenerme miedo. Se le nota en cada gesto, en el modo en que evita mirarme a los ojos y sobre todo de hablarme, con un tono pausado y exageradamente respetuoso, como un niño enfrentando al profesor que se adueña de sus pesadillas. Quizás no le gustan las personas sin cejas, hay una fobia para ello, es un tipo de la falacrofobia. Se disgustó cuando Mistral decidió enviarla conmigo a Múnich y, si he de ser sincera, a mí tampoco me agrada tenerla de compañera. Es como si me hubiesen puesto a una niñera. Audra teme que la mate, sabe que podría hacerlo, lo tiene claro. No pegó un solo ojo durante el viaje en avión y busca cualquier excusa para hablarme del trabajo. Es de lo único que habla. Mejor. No me interesa intimar con ella ni saber las razones de por qué se hizo monja. Menos otra charla inútil acerca de supuestos mensajes astrológicos presentes en una pintura clásica del siglo de oro español.

Por supuesto, me resultaba significativo entender todo respecto de lo que veníamos a buscar a Múnich. De acuerdo a lo que Audra Viani me iba contando, mientras yo conducía en dirección a los suburbios del sur de la ciudad alemana, Karl von Haimbhausen fue un sacerdote jesuita nacido en la región en mayo de 1692, siendo el segundo hijo de los condes de
Haimbhausen, parientes directos de la casa real de Austria. Karl von Haimbhausen hablaba varios idiomas, era matemático y físico teórico; poseía además una gran habilidad y talento para trabajar con metales.

—Ingresó a la Compañía de Jesús en 1711 —la monja italiana hablaba como si estuviese leyendo una enciclopedia—, y entre sus logros específicos se cuentan los cálculos para determinar la posición del cometa Halley, cuando este fue observado en 1759. Respecto de su

labor metalúrgica, esta se centró en acuñar metales y forjar espadas y lanzas. Su notoria habilidad como armero le dio fama en la Europa del siglo XVIII. A los treinta y dos años, tras concluir su educación en Roma, fue enviado como misionero a Chile.

Al escucharla pensaba que, de no ir tras el volante, habría aprovechado para cotejar sus datos con información en internet. Con el tiempo en contra, nada de indagar en sitios rebuscados. Egon me ha convencido de que con Google y Wikipedia basta, ahí está todo. Antes de Egon ni siquiera entraba a Google y Wikipedia.

—Tras establecerse en Santiago de Chile en 1724 —continuó la agustina y abogada de treinta y siete años y nariz aguileña—, Haimbhausen se convirtió en uno de los catedráticos más eminentes del Colegio Máximo de San Miguel, una institución jesuita creada en 1594. Allí dictó la cátedra de Teología y pasó a convertirse en el administrador de los negocios de la misión en el Reino de Chile —Chile, siempre Chile, rezongué sin que ella me escuchara—. Responsabilidad suya fue instaurar que todas las plantaciones y haciendas jesuitas pudiesen autofinanciarse tanto en su construcción como en su ampliación y consolidación. En 1740 lo nombraron representante de la Orden Provincial ante Europa y como tal llevó a Chile un grupo de cuarenta hermanos, casi todos alemanes, quienes se establecieron en la hacienda de Calera de Tango. Los llamados cuarenta de Haimbhausen conformaron la primera fase del Chile industrial del siglo XVIII. Entre los alemanes que fueron con él, iban fundidores, plateros, ebanistas, arquitectos, tejedores, boticarios, fabricantes de molinos y campanas, relojeros, constructores de órganos, especialistas en agricultura, músicos y geógrafos. En 1734 Haimbhausen pidió al gobernador de Chile la autorización para fabricar hierro…

—Imagino que se la dieron —interrumpí a propósito, odiaba permanecer tanto rato en silencio.

—En un principio no —acotó Viani—, pero luego, tras años de un largo y fatigoso proceso judicial, accedieron a aprobar su fundición de hierro. Ayudó en el proceso que Haimbhausen
mantenía el título nobiliario de conde, a pesar de haber abrazado el sacerdocio. Hacia 1760, los jesuitas no solo poseían en Chile las mejores técnicas para trabajar el metal, sino que emprendieron otras avanzadas en fabricación de acero. Por otro lado, el padre Haimbhausen, en conjunto con sus arquitectos, confeccionaron los planos de la futura Catedral de Santiago. Tanto el altar como la cripta eran copias de templos de la región de Múnich; en tanto la cripta mortuoria, bajo el ala derecha de la nave central, era similar a la que los propios jesuitas habían construido en la iglesia de Calera de Tango en 1754…

—Lugar donde comenzó a trabajar el meteorito —reaccioné, mientras nos aproximábamos a Starnberg, un suburbio al sur de Múnich.

—¡Deténgase aquí! —exclamó por primera vez haciendo que su voz se sintiera con presencia y carácter, casi enérgica.

—¿Segura que es acá? —le pregunté sin mirarla.

—Es la información que manejo. Y Waze lo corrobora —levantó su teléfono, donde la aplicación marcaba con una flecha roja nuestra destino.

Encendí nuevamente el motor del *citycar* Mercedes Smart y roté el volante para dirigirme a la barroca mansión que teníamos delante.

—Entonces Haimbhausen hizo su grial a partir de la piedra que robé… —volví a la conversación.

—Es la información que manejamos y que entiendo le entregó la hermana Mistral.

—Y que ahora requerimos confirmar en los diarios del mismo Haimbhausen. ¿En qué lugar de este palacio —volteé hacia la casona — se supone que están?

Viani me alcanzó su teléfono, donde había un registro visual de la casa museo.

—Se llama «sala de los manuscritos» —me explicó—, está en el ala sur del segundo piso, hacia allá —apuntó al edificio—. Son estanterías y atriles con los registros que el propio Conde Haimbhausen dejó de su paso por Chile. Necesitamos esto —cambió la foto y me enseñó un cuaderno de campo, con tapas de cuero y cuatro números marcados en la portada—, que está fechado con el año de inicio de la fabricación del cáliz: 1748.

—¿Estás segura de que es este?

—Bastante…

—¿Aunque no se les ha permitido revisarlo y ninguna de ustedes haya tenido el diario en sus manos?

—Las relaciones entre el Vaticano y la Iglesia Luterana alemana no son las mejores…

—Es decir, vamos a ciegas…

—No lo diría así.

—Yo sí, pero Mistral me pagó para robar el diario, no para garantizar que fuera el auténtico. Ese es problema de Pro Deo, hermana Viani —era primera vez que la llamaba así.

Otra vez encendí el motor y llevé al vehículo hasta un lugar desocupado, entre una *van* de turismo y un taxi con matrícula de Frankfurt. Al ser un *citycar* para dos personas no tuve problemas para acomodarme. En general, detesto los autos, excepto los de este tipo, que de auto solo tienen la marca y las cuatro ruedas, el resto no es muy diferente de una motocicleta.

—Como puede apreciar, el padre Haimbhausen era un apasionado por la arquitectura. Edificó hermosos palacios tanto en el corazón de Múnich, como aquí en Starnberg.

—Una mansión prototípica de residencia señorial bávara —completé la idea de mi compañera, mientras revisaba el entorno—, rodeado de bosques, jardines y fuentes; con una capilla en una colina, quizás un zoológico y una casa especialmente diseñada para las aves, sin olvidar un campo para los ejercicios ecuestres. Todo muy rococó en sus terminaciones.

—Exacto. ¿Nos bajamos? —me miró.

—No —la detuve—. Ya observé y escuché todo lo que necesitaba —pulsé el interruptor del motor y, girando el manubrio a la izquierda, retrocedí el auto, sacándolo de los estacionamientos.

—¿No vamos a entrar?

—No me sirve de nada entrar —contesté con los ojos puestos en el espejo retrovisor y en la cámara posterior proyectada en el monitor del tablero—. Solo ingresaré allí —di una rápida vista a la casona—, cuando vaya a robar. Y no será ahora.

—¿Dónde vamos?

—De regreso a Múnich. Estoy cansada y tengo hambre. Además mañana tenemos que levantarnos temprano. Es probable que pasemos buena parte del día en el municipio de Múnich y quizás debamos hacer lo propio en las oficinas del ayuntamiento de Starnberg…

—¿Qué necesita de ahí?

—Planos, Viani… Planos de este palacio. ¿O cree que voy a tocar a la puerta y pedir permiso?

La monja me miró con cara de no saber qué decir. Al menos parecía haberse olvidado del miedo que yo le causaba.

—Una cosa más, llame a Mistral cuando lleguemos al hotel. Necesitamos de sus influencias para que nadie nos haga preguntas innecesarias cuando nos presentemos mañana en el municipio de Múnich a pedir planos estructurales de casonas patrimoniales. Que invente algo, imagino que Pro Deo tiene un departamento de arquitectura.

VIERNES 16 DE AGOSTO

30

Sé exactamente cómo comenzó el día para Audra Viani. Hace noventa y seis minutos se despertó en la cama de su habitación,
en el quinto piso del *Bayerischer Hof*. Estuvo unos minutos viendo algún programa matinal en la televisión local, luego encendió su laptop Mac Air de trece pulgadas y contestó uno o dos de los cuatro mails muy importantes que le llegaron durante la noche. Tomó su teléfono y le envió un WhatsApp a Mistral, informándole que anoche volvimos tarde tras pasar todo el día revisando planos en los municipios de Starnberg y Múnich. Agregó que la fachada de especialistas en restauración de arte del siglo XVIII fue perfecta. A las ocho con veinticinco se levantó, dio el agua caliente de la ducha y estuvo bajo la regadera por al menos quince minutos. Tras secarse, escogió la ropa de civil para hoy; se tomó el cabello y, siete minutos para las nueve, bajó al comedor por el desayuno, donde habíamos quedado de juntarnos para organizar las actividades del día. Se sirvió una taza de café cortado con una nube de leche descremada, huevos sin aceite, pan integral tostado, un yogurt con cereales y jugo de naranja recién exprimido. A las nueve con un minuto empezó a mirar hacia la puerta del salón, esperando mi aparición. Quince minutos después se sintió incómoda, sabía que yo siempre llegaba a la hora. Tomó su teléfono y me envió un mensaje que no respondí. Otra vez sintió un malestar en el estómago. Sin terminar el desayuno, y tras esperar otro rato, decidió levantarse y caminar rápido hacia el *lobby* del hotel donde preguntó por mí. Uno de los encargados, quizás el muchacho de origen francés que estaba en la mañana, debió teclear rápido en el computador y tras verla a los ojos le informó que hice el *check out* a las cinco de la mañana, tras lo cual me había conseguido un taxi. Por supuesto no tuvo cómo informarle hacia dónde pedí que me llevara el vehículo. Cuatro minutos después, absolutamente

desolada y tratando de entender todo lo que había sucedido tomó asiento en uno de los sofás del vestíbulo del Bayerischer Hof, en que, tras otro rato de pensamientos confusos, habría optado por la vía rápida: tomar nuevamente su teléfono y en lugar de enviarme un mensaje, llamarme.

Miré el paisaje montañoso, que pasaba a más de trescientos kilómetros por hora al otro lado de la ventana del vagón del tren y esperé para responderle a la monja asistente de Elena Mistral.

—¿Dónde está? —me preguntó, sin saludar.

—En uno de los dos vagones de primera clase de un ICE Sprinter de alta velocidad hacia Berlín. A unos ciento cincuenta kilómetros de Múnich, pronto a llegar a Núremberg…

—Teníamos un trato…

—Con usted no.

—Iba a conseguirnos el diario de Haimbhausen.

—Lo conseguí, lo traigo conmigo. De hecho lo estoy viendo en este mismo instante —era cierto. Mientras hablaba con Audra a través de los audífonos inalámbricos del teléfono, abrí mi bolso y dejé asomar la punta de las tapas de cuero del diario del conde y jesuita experto en metales, que hizo su carrera en Chile durante la segunda mitad del 1700.

—¿Pero, cómo…?

—Aún no lo reviso… Fue un trabajo fácil, ayer le aseguré que lo sería.

—¿Cuándo lo robó?

—Anoche, después de dejarla en el hotel. No iba a perder tiempo… Subí a mi habitación y cambié mi ropa por un incómodo mono negro de neopreno. Luego regresé por el auto y volví a Starnberg. ¿Recuerda que le dije que la mejor manera de ingresar al museo de los Haimbhausen era por las ventanas del costado superior izquierdo?

—Lo recuerdo —el tono de voz de mi interlocutora se hizo más pausado.

—Tardé quince minutos en entrar, cortar las cámaras y conseguir el diario. La cerradura de la vitrina era simple, ni siquiera usé pinzas. Media hora después, estaba de regreso en Múnich. Los guardias ni siquiera se dieron por enterados. A propósito, dejé las llaves del auto en el *lobby* a su nombre, para que regrese el vehículo donde lo rentamos.

—¿Cuándo decidió cambiar los planes?

—Este siempre fue mi plan, no iba a decírselo.

—Necesitamos el diario.

—Y lo tendrá, junto con el meteorito. Voy a Berlín por él.

—Le cancelamos todas sus deudas, Princess. Y lo de Haimbhausen se lo pagamos por adelantado.

—Mistral debe haberle informado que no solo estoy por dinero con ustedes…

—Casempere y Meztli —más que dos palabras fueron dos suspiros.

—Exacto. Tiene mi número, Audra. Hable con Mistral y cuéntele lo que hice. Infórmele que tengo los diarios del jesuita y que no ha de preocuparse por ello. Que se comunique con sus amigos de la Guardia Suiza y me hagan llegar la ubicación exacta de Casempere y Meztli. En tanto termine con ellas, les entregaré lo que tanto necesitan. ¿Estamos?

—Estamos… —repitió resignada.

Bajé el teléfono y corté la llamada. Luego busqué el cargador y lo conecté en uno de los enchufes disponibles bajo el asiento. A lo lejos, en el borde de mi horizonte, las alturas de Alemania comenzaban a bajar a medida que nos adentrábamos hacia los valles, bosques y lagos del noreste, de Sajonia y Brandenburgo. Nuevamente hacia Berlín, la pobre pero *sexy*.

Levanté la mano y le pedí al auxiliar del carro una botella de agua sin gas, luego abrí por completo mi bolso, saqué el diario de Haimbhausen y lo puse sobre la mesa plegable. Con cuidado, para no dañar las hojas, fui moviéndolas con la yema de mis dedos de la mano derecha. En el asiento de enfrente, un hombre de unos cincuenta años no paraba de mirarme. No supe ni me importó si su atención estaba en el antiguo libro que había dispuesto sobre la mesa o simplemente no podía dejar de ver la cicatriz que me atravesaba el rostro.

—Su agua —interrumpió mi atención el auxiliar del vagón, poniendo una botella plástica de *Schin* sin gas y un vaso de vidrio.

—No quiero nada más —le contesté al notar que seguía de pie a mi lado. Lo miré con amabilidad, otra actitud aprendida del manual de buenas costumbres de Kenya Biyik, cuyo fantasma se me ha aparecido desde que abordé el tren en München Hbf, donde tres adolescentes muy gritonas, todas con poleras de Depeche Mode, abordaron conmigo. Aunque ellas de inmediato pasaron al coche comedor del cual no han regresado. No pienso ir a ese vagón, tampoco quiero volver a escuchar a Depeche Mode en mi vida. Necesito terminar pronto con ese par de pendientes llamados Casampere y Meztli. Luego reiniciarme y tomar decisiones, partiendo y terminando en si continúo viviendo en Berlín.

Sacudí mi cabeza para regresar al aquí y ahora. Yo sentada en uno de los asientos de primera clase de un tren de alta velocidad ICE Sprinter de la DB, viajando a casi trescientos kilómetros por hora hacia la capital de Alemania, mientras revisaba con cuidado el diario de trabajo de un noble de Múnich del siglo XVIII que se dedicó a la metalurgia en el Chile de la colonia hispana.

La caligrafía de Haimbhausen era impecable, llena de deta-

lles en su escritura y de esquemas en cada borde de la página. Instrucciones para fundir cerraduras, forjar espadas y lanzas. Descripción de su viaje, de entrevistas con los gobernadores españoles y mapas de diversas haciendas. Búsqueda de metales preciosos en el sur del mundo. Fui leyendo rápido, memorizando todo lo que podía.

Haimbhausen escribía acerca de piedras caídas del cielo y recogidas por la Compañía de Jesús en la Patagonia chilena y argentina desde mediados del siglo XV. En ellas, mensajes divinos que el alemán pensaba eran las claves del idioma de Dios, revelaciones divinas sobre los misterios celestiales y un camino para llevar a la humanidad a un estado que la pusiera en comunión directa con el creador. En el diario se describía cómo sus hermanos encontraron la más grande de las piedras negras y cómo para protegerla adquirieron las tierras de alrededor al lugar en que había caído, creando la hacienda La Ollería, que llegaría a ser una casa de formación jesuita hacia la llegada de Haimbhausen a Chile casi un siglo después. Apuntaba el conde y religioso a unos tales Joseph Arnalt y Pedro Weingarten, también alemanes, como primeros custodios de la roca. Notas acerca de un edicto papal que nombraba a los jesuitas como custodios de los cielos, dándole prioridad a la búsqueda del mensaje de los meteoritos.

Haimbhausen se hacía múltiples preguntas acerca de cómo ordenar los símbolos de las piedras para darles un sentido, buscaba cuáles eran vocales y cuáles consonantes. ¿Quién había realmente hecho las marcas en SK-87124, Haimbhausen o de verdad venían del cielo?

Di vuelta la página. El resto del diario estaba en blanco. La última plana manuscrita era una lista de preguntas sin respuestas. Además las fechas al borde de las páginas no coincidían. Con cuidado abrí el libro lo máximo que pude y llevé la yema de uno de mis dedos al punto donde se juntaban las hojas en mitad del lomo. Estaba áspero, cortante. Decidí obviar la antigüedad del documento y extender por completo el volumen. Algunas páginas se desprendieron, era un riesgo, pero yo estaba en lo correcto. Al menos cuarenta o quizás más hojas del original habían sido arrancadas. Todo lo que Mistral y Pro Deo necesitaban para su proyecto Metatrón no estaba. Alguien se había adelantado.

Cerré el diario y me quedé viendo el paisaje. Tomé el vaso de agua y bebí un trago. Volví a mirar el diario, sus tapas de cuero. Tenía que encontrar respuestas en algún lado. Debía de haberlas, alguien tenía que saber qué había sido de esas páginas extraviadas. Tal vez no el dato preciso, pero sí alguna luz. Chile, pensé, solo había una persona en ese país inmundo que podía conseguirme respuestas. Extendí mi mano y tomé el teléfono. Como en una perfecta sincronía, la pantalla del móvil se iluminó con la llamada de un número desconocido que

llegaba a través de una línea segura. Elena Mistral.

—Aló —contesté.

—Princess.

—Imagino que Viani ya la puso al día.

—Lo hizo… La llamo para confirmar que tiene el diario.

Le respondí mandándole una foto.

—Cumplió con su parte…

—Usted sabía que lo haría.

—¿Lo ha revisado?

—No —mentí—. Nunca reviso lo que me encargan. Es su problema y su tema. Yo le voy a entregar el diario y el meteorito, tal cual acordamos, cuando usted me entregue el paradero exacto de Casempere y Meztli.

—Acerca de eso… —siguió—. Ya hablé con Inteligencia Vaticana en Berlín. Les di su número, espero que no le moleste.

—No me molesta, ¿usó una línea segura?

—Siempre —se detuvo para tomar aire—. Ellos le enviarán los datos del paradero y ubicación de Casempere y Meztli. Les pedí que no interfirieran, que la dejaran sola…

—¿Y la limpieza posterior?

—Cuando termine me envía un mensaje, yo me encargo.

—He de confesar que Pro Deo funciona mejor que la Hermandad.

—¿Le cabe duda?, somos mujeres las que mandamos aquí —lo decía en serio—. Entonces, ¿cuándo y cómo me entrega el diario y el meteorito?

—Yo veré eso, estaré en contacto.

—Eso espero.

—Lo sé.

—¿Qué es lo que sabe?

—Que estará esperándome.

Y, sin despedirse, cortó la llamada. Mantuve un rato el teléfono en mi mano, congelada. El tipo del frente definitivamente me estaba viendo la cicatriz. Me era indiferente. Yo sabía perfectamente lo que ahora debía de hacer. Abrí la agenda de contactos y busqué el número de Egon.

—Valiant —me respondió de inmediato.

—¿Te desperté?

—Aún no llego a casa, noche intensa, voy en el U-Bahn…

—Necesito que me hagas un trabajo.

—¿Dónde estás? ¿En España?

—No, en un ICE, camino a Berlín. Salí de Múnich…

—¿Qué hacías en Múnich?

—Da lo mismo.

—¿Puedes entrar a un computador para copiar archivos de texto?

—¿Qué tipo de archivos de texto?

—Word o Final Draft, nada muy sofisticado.

—Eso puede hacerlo mi sobrino. ¿Qué tienes para darme para encontrar los archivos?

—Las direcciones electrónicas del dueño del computador.

—Suficiente.

—Te enviaré un mensaje por Telegram con los correos electrónicos del usuario y los parámetros de búsqueda. Si no hay nada, no te preocupes.

—Princess Valiant apuntando a ciegas.

—Digamos que tengo un presentimiento.

—Tú no crees en presentimientos.

—Solo quiero que hagas el trabajo. Evita darme consejos.

—Como tú digas. Envíame lo que tienes… ¿Me traes el dron de regreso, verdad?

—Sí…

—Espera —me detuvo antes de que cortara—. Han estado tratando de ubicarte.

—¿Quiénes?

—Medicina legal de la Polizei, es por el cuerpo de Kenya. Eres el único contacto…

—Kenya quería que la cremaran, ¿puedes encargarte? —lo interrumpí.

—Sí —dudó—, supongo… —su tono delató que el trámite resultaba molesto para él.

—Te enviaré dinero para que todo se haga rápido —no me despedí.

Corté la llamada, abrí la ventana de Telegram y escribí. «Karl von Haimbhausen en Chile», «Casa de Formación de La Ollería», «Cáliz de Calera de Tango», «VEAS-01», «SK-87124», «Grial Jesuita de Calera de Tango», luego le envié a Egon las cuatro direcciones que Elías Miele usa en sus diversas casillas de correo electrónico. Agregué que la que más ocupaba era la de Gmail. Después apagué el móvil, saqué mis libretas, mis lápices y gasté el resto del viaje anotando y dibujando todo lo ocurrido en mis últimos tres días. La primera caricatura fue de Audra Viani, con cabeza de cisne, sentada en el asiento de acompañante de un *citycar* que se desplazaba hacia los suburbios de Múnich.

BERLÍN,
ALEMANIA

SÁBADO 17 DE AGOSTO

31

Ivonne Casempere abrió los ojos a las siete con cinco de la mañana, quince minutos antes de que la alarma programada en el teléfono, que había dejado en el velador de la derecha, comenzara a rechinar. Por el calor de la noche mantenía las ventanas y cortinas corridas y, a través de ellas, podían verse los techos y fachadas de los edificios residenciales, todos continuos y todos idénticos, sobre los cuales, coronando el horizonte, se alzaba la aguja de trescientos sesenta metros de alto de la Fernsehturn.

—¿Sabe por qué la Fernsehturn es tan alta? —le hablé después de que ella tomara su teléfono para desconectar la alarma.

Casempere saltó de susto y se sentó rápido sobre la cama, apoyando su espalda rígida contra el respaldo de madera. Nerviosa la vi mover los dedos sobre el celular que continuaba en su mano.

—No hay señal —le dije—. Su teléfono está muerto. Casi todo en este departamento está muerto. «Casi» —subrayé.

La vi mover su otra mano hacia la almohada de la izquierda.

—Imagino que busca esto —seguí hablando mientras le enseñaba la Beretta BU9 de 9 milímetros, la misma que había usado en la plaza de Türrschmidtstraße y que acostumbraba a dejar junto a ella cada noche.

—Toda la Polizei te está buscando —me dijo.

—Algunas cosas han cambiado en los últimos días, quizás debiera informarse mejor.

Casempere se quedó en silencio, luego me miró fijo.

—El nuevo aspecto le queda bien, especialmente la cicatriz —estaba tratando de ganar tiempo. Mi silencio la desesperaba—. ¡¿Qué es lo que quiere, Princess?! —explotó—. Yo podría…

—Que me conteste —la interrumpí—. Si sabe por qué la Fernsehturn es tan alta.

—No soy de Berlín, ni siquiera soy alemana.

—La construyeron en 1969 —fui narrando— y por años fue la torre más elevada de Europa, también la más futurista en su diseño. La idea de la RDA era que al verla desde el otro lado del muro, los habitantes y visitantes del Berlín occidental pensaran que el sector oriental estaba mucho más avanzado, literalmente en el futuro. Que mientras los occidentales aún reconstruían la ciudad tras el fin de la guerra, en el lado soviético, Berlín se transformaba en la metrópolis del porvenir, la urbe más adelantada del planeta. Futurismo socialista, amo esa arquitectura.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—Se ve perfecta desde la ventana de su habitación, señora Casempere.

—Podemos hacer un trato, Princess.

—Soy yo la que propone el trato. ¿Dónde está Meztli?

—No lo sé… —titubeó.

—Usted la financia, ha de saber dónde está. Entiendo que le tenga miedo. Es mala, pero yo soy aún más.

—Está bien —estaba nerviosa y quería sacarle provecho a todo el tiempo que yo le ponía por delante—. Renta un departamento en Lichtenberg…

—En el 12 de John-Sieg-Straße… La estuve esperando de madrugada antes de venir por usted. No llegó.

—Va bastante a un club… —titubeó nerviosa.

—GMF en Alexanderplatz, estuve ahí antes de ir a su departamento. Hace dos días que no la ven. ¿Cuándo fue la última vez que habló con ella?

—Si me regresa la señal, podría llamarla.

—¿Cuándo fue la última vez que habló con ella? —repetí.

—Hace dos días, creo…

—¿Cree o está segura?

—Hace dos días.

—¿De qué hablaron?

Tenía los ojos vidriosos.

—Nos ordenaron continuar en Berlín hasta nuevo aviso.

—¿Qué respondió ella?

—Que cada día le gustaba más está ciudad y…

—¿Y qué?

—Quería saber cuándo nos iban a dar luz verde para ir por usted…

—Meztli no está en Berlín.

—Es imposible que no esté…

—¿Por qué es imposible? Porque no tiene dinero, porque se supone

son custodiadas y vigiladas por los agentes del Vaticano…

—Yo… —tartamudeó.

—Meztli es tan buena como yo, si quiso escapar de Berlín lo logró. Conseguir dinero es fácil. Y los agentes del Vaticano... Bueno, digamos que Pro Deo contrató a otra funcionaria externa.

—Se suponía que…

—Se suponían muchas cosas, señora Casempere. Pero cometieron un error, asesinaron a Kenya.

—Cumplíamos órdenes, usted…

—¡La orden no era matarla! —levanté la voz con rabia—. Mucho menos de la manera como la asesinaron. Meztli es una perra brava y debió contenerla mejor, Casempere.

—¡Espere! —estaba nerviosa—. Puedo pagarle, darle más respuestas.

—Yo encuentro mis respuestas.

—¿Cuánto dinero le ofrecieron?

—No me ofrecieron dinero. Mi pago son Meztli y usted—. Casampere comenzó a temblar—. Ustedes mataron a la mujer que me amaba y a su gato.

—Meztli…

—Meztli era su problema —me puse de pie, levanté mi bota derecha y saqué del interior la punta de la bayoneta.

—¡Princess! —empezó a lloriquear.

—Lo siento. Agradezca que no es Meztli. Para ella tengo preparado algo más lento. Usted solo proporcionó el dinero, con usted seré rápida y sin dolor.

—¡Puedo darle a Meztli! —comenzó a chillar.

—Casempere —negué con la cabeza—, ambas sabemos que eso no es cierto…

—Por favor —comenzó a sollozar.

—Usted me estudió, le dieron todos los antecedentes acerca de mi persona, sabe que no saca nada con pedir perdón.

—¡Pro Deo nos está usando! —levantó la voz.

—¿Y quién no usa a quién…?

—¡¿Le hablaron de Metatrón…?! —exclamó nerviosa, tratando de parar lo inevitable.

—Me hablaron de todo.

—¡Todo es mentira, todo es mentira! —comenzó a chillar.

La miré a los ojos, me moví rápido hacia el lado derecho de la cama y luego salté sobre ella.

Casempere trató de cruzar los brazos, intentó emitir un grito, pero no pudo. Junto a mi brinco tracé una curva con la punta de la bayoneta, usando la fuerza de mi movimiento para cargar el filo de la hoja que cortó limpia y rápido la carne sobre la garganta de Ivonne

Casempere. La herida se abrió de inmediato, dejando saltar un chorro de sangre sobre las sábanas blancas. La mujer que había ordenado la muerte de Kenya, trató de estirar su brazo derecho pero no pudo. Un estertor traducido en borbotones rojo oscuro la desplomó hacia un costado. Los ojos salidos y sin vida.

Fue tal como se lo había anunciado, rápido y sin dolor.

Acudí al baño del pequeño departamento. Abrí uno de los grifos del lavamanos y limpié la punta del espadín de la bayoneta, que volví a guardar en mi bota. Regresé a la habitación y me despedí de Casempere. Luego crucé la sala, abrí la puerta y me asomé al pasillo del edificio, donde me esperaban tres agentes civiles de la Guardia Suiza.

—Es toda suya —les dije—. Dejen todo limpio y ordenado.

Ninguno de los tres me respondió. Ingresaron al departamento y cerraron por dentro.

El edificio donde vivía Casempere quedaba en el 266 de Schewedter Straße a pocos metros del café Impala, en la esquina con Schönhauser Alle. Caminé hacia las mesas que un tipo flaco y con aspecto de pakistaní estaba arreglando afuera. Necesitaba una botella de agua y fruta, también sentarme unos minutos. Mientras avanzaba hacia el Impala, otra vez me fijé en la punta de aguja de la Fernsehturn que asomaba sobre los techos. Existe un raro efecto que se produce al amanecer y al atardecer. Los rayos de sol marcan una cruz luminosa sobre la estructura esférica de la torre. Cuando fue inaugurada, en el oeste decían que Dios estaba bendiciendo el rascacielos. No lo decían de verdad, era una burla contra el ateísmo socialista. Una broma mala que nunca nadie tomó demasiado en serio. Miré al cielo sobre Berlín, había llegado la hora de despedirme de la ciudad, que ya no me parecía tan sexy.

LUNES 19 DE AGOSTO

32

«¡¿Cómo que te largas de Berlín?!», exclamó Egon, apartando su atención de las aspas del Black Hornet, del que no se había despegado después de que se lo devolví. Pensé que lo trataba con el cariño de un padre a un hijo, o del dueño de un perro a su cachorro. O quizás así simplemente era el vínculo entre una persona promedio y un objeto por el cual había pagado mucho dinero.

Su mirada cambió completamente cuando le comuniqué mis planes. Sin ánimos de soportar su sobrerreacción emocional, evité mencionar el asunto de Casempere. Menos que la decisión la tomé después de matarla, mientras miraba fijo a la torre de la Fernsehturn y meditaba en la historia de la estructura más elevada de la ciudad; a la larga, lo que más extrañaré de la capital de Alemania.

—Lo que te acabo de decir —insistí—: por algo ando con eso — apunté al bolso militar grande que había dejado detrás del mesón de novedades de *Mighty Orbot,* si acaso «novedades» era una palabra adecuada para definir a una tienda que se dedicaba al tecno vintage.

—No te estoy preguntando cómo te vas de Berlín —torció una mueca—, sino la razón de por qué te vas.

—Ya no tengo motivos para permanecer acá.

—¿Quién tiene motivos para permanecer en Berlín? Aquí solo se vive y se pasa bien.

—Para mí no es significativo «pasarla bien».

No me respondió, su mirada estaba quebrada, húmeda. Si caía en el lugar común de ponerse a llorar y decirme que me iba a extrañar, juro que lo golpeaba en la nariz.

—¿Supongo que lo de la peluca —jugó con su escaso cabello y luego indicó mi cabeza— tiene que ver con tu decisión?

—No es una peluca, son extensiones.

—Extensiones —inquirió—. Voy a tratar de ser más preciso,

entonces. ¿Volver a tu cabello largo tiene que ver con lo de irte de Berlín?

Me miré en un espejo que había detrás de Egon. El pelo liso y rojo en las puntas no se me veía natural, pero era una buena manera de esperar a que el verdadero creciera. Aunque lo intenté, no pude a acostumbrarme a ser casi calva.

—Adquirir extensiones de cabello natural solo fue un trámite, esta ciudad está llena de lugares donde conseguirlo.

—No te pregunté eso…

—No te comprendo, entonces.

—Ese pelo —volvió a apuntar, mientras plegaba los rotores del dron—, a pesar de que es falso, te regresa a tu aspecto original, como imagino te gustas —eso era cierto—. Por su parte, tu atuendo… —me apuntó de pies a cabeza—, también recuperaste tu *look*: camiseta blanca con la bandera inglesa, sexy falda de tela escocesa, medias de encaje, las botas altas y encima de todo, chaqueta de cuero roja con tachas de metal; una convencional fantasía onanista para fanático heteronormativo de animé japonés. Muy *bondage kawaii* lo tuyo, qué quieres que te diga —enfatizó adrede su amaneramiento.

—No tengo idea ni me importa lo que es *bondage kawaii* —no era verdad.

—Entiendes perfectamente a lo que me refiero —eso era cierto.

—*Blythe.*

—Animé, *Blythe,* sadomaso —enumeró—. Lo importante es que no ya hay más Igraine Zessin, ni Natalia Naudón, ni los mil alias que has usado. ¡Y, por favor no me aclares que no son mil! —me advirtió—. Ahora eres nuevamente y para siempre Princess Valiant, tal como te hacías llamar en público y en privado antes de tu etapa Berlín.

—No existe lo de «para siempre».

—Solo falta que recuperes tu bolso deportivo.

—Encontré uno parecido, pero color verde.

—De eso hablo —se corrió con un dedo de su mano derecha el rouge de sus labios, como si estuviese muy enrabiado—. Volviste a ser la de antes, así que nada mejor que salir de esta ciudad adoptiva, que te ha resultado desde siempre tan falsa como los nombres que usaste en estas calles.

«Pura mala poesía», pensé. Él seguía hablando, dándose el lujo de disertar sobre mi vida. Libertad que opté por darle, de otro modo hace rato lo hubiese frenado.

—Eres muy David Bowie.

—¿Qué tengo de David Bowie?

—Escucha *Low, Heroes* y *Lodger,* en ese orden y vas a comprender a qué me refiero; además Bowie era de los tuyos y sé que eso sí lo entiendes.

Tenía razón, eso sí lo entendí.

—Debo celebrar que optaras por no volver a delinearte las cejas. Así —Egon indicó mis ojos con la uña de su índice, pintada de rojo sangre—, depilada, te ves mejor. Te queda ese *look* pálido de muerta viva sin vellos en la cara, muy Murnau, muy *Nosferatu*…

—Las cejas van a volver a crecer.

—Que no lo hagan, en serio —tragó aire—. En fin —continuó, tras dejar su pequeño helicóptero espía dentro de un cajón— así soy cuando me sorprenden, hablo sin parar…

—¿Te sorprendió que decidiera irme de Berlín?

—No —bajó la mirada—. Más que sorpresa me da pena. Esta ciudad es más entretenida contigo y no digas que soy cursi —no se lo dije. De hecho, no le dije nada—. *Whatever* —Egon cambió de tema y de tono de voz— ¿Me pasas esa caja que tienes ahí al lado?

—¿Esta? —levanté el empaque de un viejo microcomputador Sinclair Spectrum.

—Esa misma.

Se la alcancé. Egon la revisó por encima y por abajo, luego le pegó un adhesivo blanco debajo de la marca y escribió una cifra usando un lápiz de tinta azul.

—Necesito conseguir más Sinclair —comentó—, son los preferidos de los coleccionistas…

Volteé hacia las repisas que había detrás de las vitrinas que daban a la calle, apuntando justo a la esquina entre Libauer con Wühlischstraße.

—¿No vas a abrir? —le pregunté, mirando la hora.

—Es mediodía y esto es Friedrichashain. Un par de días en Madrid y ya te olvidaste de Berlín.

En una de las vitrinas había cuatro cajas con viejos *Transformers* de los ochenta. La más grande de ellas tenía en su interior un transbordador espacial que se convertía en un pájaro prehistórico. Era una edición japonesa. Hay algo en los *Transformers* que me gusta. No los juguetes, ni las películas, ni la antigua serie animada, sino ese lema que usaban: «Más de lo que tus ojos ven». Cuando me entrenaron en Jueces me decían algo parecido, debía lograr ser más de lo que otros podían ver. Me concentré en la caja de ese juguete y traté de recordar; ir más allá de mis trece años, saber de dónde vengo en realidad; superar la versión que me dio mi madre, la versión que yo misma me construí. Sé quién es mi padre biológico; lo conozco, he tratado con él. Y ese caballero escocés es la única certeza que tengo de mi origen; el resto son solo cielos nublados, informaciones cruzadas y mentiras cómodas. Necesito ir más allá de Princess Valiant.

—Bueno —Egon se rascó el cuello—, es tu decisión —subrayó—. Pero creo que te vas a arrepentir y vas a volver.

—Nunca me arrepiento.

—Y dices que los promedio hablamos con campos comunes.

—No te entiendo.

—No hay nada que entender, Princess. ¿Cuándo te largas?

—Cuando sepa dónde debo ir…

—Creo que prefiero no preguntar más al respecto. Tras ver cómo solucionaste tus enredos policiales, me queda claro que tienes amigos muy poderosos.

—No tengo amigos, cobro favores.

—Bueno, imagino que eso significa que seguiremos en contacto.

—Es la idea…

Se rio. El comentario lo hice a propósito. Sabía que se iba a reír.

—Pasado mañana me entregan el ánfora con las cenizas de Kenya, ¿qué hago con ellas?

—Por ahora guárdalas…

—No va a ser el único muerto en este sitio —era verdad—. Berghain comenzó a recuperar la paz —me contó.

—Berghain nunca ha tenido paz.

—Digo que está volviendo a ser lo que era —marcó la última palabra—, ya sin vigilantes ni policías. Sven no te odia, aunque cree que sin Kenya nada volverá a ser como antes—bajó la mirada.

—Qué bueno que lo tenga claro —dije mientras caminaba hacia los anaqueles posteriores de la tienda para dirigirme a la cocina. Medio minuto después regresé a la conversación con un vaso de agua. Egon estaba poniéndole precio a un Powerbook 140 de Apple y escribiendo en un adhesivo que ni la batería ni el lector de discos funcionaban—. ¿Te preocupaste de Alicia Campania?

—¿La estudiante de cine? Sí —reaccionó—. Imagino que ha de estar muy agradecida con ese dinero que milagrosamente apareció en su cuenta. Usé al Filmmuseum para justificarlo, una beca que dan a través de Sony. Averigüé que estuvo interna una noche por jaquecas y dolores musculares en la Charité, así que no fue necesario pagar extra, ya sabes, hospital universitario.

Fui a mi bolso. Lo abrí y saqué del interior una mochila también militar que le acerqué a Egon.

—¿Qué es esto?

—Dinero en efectivo —respondí abriendo el interior de la mochila y enseñándole los fajos de euros que estaban cuidadosamente ordenados dentro.

—¡¿Cuánto hay acá?! —exclamó.

—No lo he contado. La última vez había cuatrocientos cincuenta mil, ahora quizás hay quinientos mil o un poco más.

—*Zum merde*…

—Necesito que me hagas otro favor.

—Sí, claro —respondió en automático, sin dejar de mirar el dinero, deduje que pensando en cuántos cambios podría hacer en *Mighty Orbot* con esa cantidad. Mas su concentración fue rota por dos muchachos, de unos quince años ambos, que llamaron a la puerta de la tienda.

—*Wann öffnen sie?* —preguntó uno de ellos, el más bajo y con más granos en la cara, que llevaba una polera negra sin mangas, con personajes de Marvel pintados en el pecho.

—*Es isnt geschlossen… Komm zurück in zwei stunden…* —les respondió Egon acercándose a la puerta para despachar rápido a sus posibles clientes— Ya —volteó hacia mí—, ¿cuál sería el favor que necesitas?

—Voy a dejarte esta mochila. Cuenta el total de dinero que hay. Deposítame el setenta por ciento en mi cuenta, ya tienes mi número…

—¿La de Zessin o la de Princess?

—Están unificadas.

—¿Y el otro treinta?

—Es tuyo. Haz lo que quieras, compra Bitcoin, Monero. Úsalo como efectivo.

—¿Me estás hablando en serio?

—Yo no miento, Egon —lo miré fijo—. De esa manera te puedo seguir usando.

—¿Y cómo…? —dudó, regresando a la mochila para otra vez revisar los euros—. ¿Cómo sabes que no te voy a engañar? Podría decirte que hay menos dinero del que…

—No lo harás —lo interrumpí—. Me tienes miedo. También quiero que guardes esto, con tu vida y sin hacer copias —metí mi mano derecha a un bolsillo de mi chaqueta y saqué una tarjeta de datos donde había grabado el demo de *Hemorrhage*.

—¿Qué es? —extendió sus dedos para tomarlo.

—Solo promete que no vas a hacer copias…

—Lo prometo —respondió en automático.

—Buen título —comentó después de leer el garabato escrito encima de la tarjeta—. ¿Disco, canciones originales? Esto podría valer dinero en un par de años…

—Es solo un chiste. Cuídalo y no lo difundas a menos que… —preferí no terminar la frase.

—¿A menos que qué?

—Que nada.

Volvió a mirar las dos caras de *Hemorrhage* y repitió mi definición de que era un chiste. Se mordió los labios y se quedó callado. Ambos teníamos claro que con el miedo que Egon me tenía, no iba a traicionarme. Jamás lo había hecho y no lo iba a hacer. Sabía perfectamente lo que yo podría hacerle si me fallaba. Con esa certeza me había ganado el derecho a usar sus servicios de por vida, o al

menos por una buena parte de su vida.

—Necesito que revises el teléfono de Elena Mistral… —rompí el silencio.

—¿Lo clonaste?

—Si, Coolmuster es todo lo que el chino te prometió.

—¿Necesitas algo en particular del teléfono de la monja?

—Busca «tilma de la Virgen de Guadalupe», todo lo que encuentres… En correos antiguos, incluso borrados…

—No existe borrado en web.archives, querida —sabe que odio que me llame querida.

—Hazlo.

—Me contaste que…

—Tengo un presentimiento —lo interrumpí.

—Raro escucharte hablar así, tú eres de absolutos, no de presentimientos.

—Soy de hechos concretos —lo corregí, luego cambié de tema—. ¿Lograste encontrar algo en el computador de Elías Miele?

—Sí, espera —respondió apresurado, mientras se dirigía al escritorio que tenía instalado en el desordenado fondo de su tienda. Aproveché que no tenía su atención para dar un trago a mi vaso con agua—. Imprimí lo que obtuve —me habló, enseñándome un pequeño fajo de papeles—. No es mucho, pero algo es algo, quizás debieras llamarlo, si es que lo ubicas.

—¿Qué quieres decir con «si es que lo ubicas»?

—Tu amigo… —aleteó Egon, mientras me entregaba las hojas—. Tardé mucho en entrar a sus archivos y hallar lo que me pediste, no porque usara cortafuegos brasileños o rusos, sino por todo lo contrario —lo miré para que me diera más datos—. O busca desaparecer del mundo o es un ermitaño. No usa teléfonos inteligentes, su señal aparece y desaparece como si viviera en las montañas y prácticamente ha borrado su firma digital. Volvió a vivir en 1984.

—Miele es así, deben haberle roto el corazón de nuevo —contesté sin pensar, mientras leía en diagonal lo que habíamos conseguido de sus archivos.

—¿Ya encontraste algo?

—Gustave —respondí.

—¿Qué Gustave?

—Verniory.

Seguí hablando, aunque en realidad estaba leyendo en voz alta:

—Gustave Verniory.

BRUSELAS, BÉLGICA

JUEVES 22 DE AGOSTO

33

Veinticinco o veintisiete años, vestido azul entallado hasta un poco más arriba de las rodillas, cabello recortado en melena con flequillo y muy bien teñido de rubio platinado, con brillo opaco en las puntas. Se acercó al sillón donde yo esperaba desde hacía diecisiete minutos y medio y, con una amorosa sonrisa dibujada en el rostro, me indicó que su jefe estaba próximo a salir de la reunión.

—*Monsieur Decerf's excuse pour son retard*.

—*Ne vous inquietez pas, j' ai le temps* —le respondí, descargando otra vez el manual de amabilidad que Kenya tanto se esforzó en que aprendiera.

—¿Desea algo, un vaso de agua, café? —insistió la joven asistente, que tenía unos pómulos muy marcados y con pecas bajo los ojos, los que sabía destacar con un delineador azul oscuro que llamó mi atención y mi gusto desde que entré a la oficina de Design et Architecture Decerf & Associés. Tanto que quizás le pregunte dónde puedo comprar uno igual cuando acabe la entrevista, si es que acaso hay entrevista.

—Un vaso de agua —le contesté, mientras miraba hacia el exterior del despacho. Ocupaba el ala sur completa del piso veinticuatro de la torre Rogier, la cuarta más alta de Bruselas, misma que durante sus primeros seis años de existencia fue conocida como edificio Dexia, hasta que en 2007, sus nuevos propietarios decidieran hacer el cambio de nombre.

La masiva estación de ferrocarriles Bruxelles-Nord se alcanzaba por completo desde mi ángulo de visión, llenado toda la manzana continua al rascacielos. La estructura, a medio camino entre industrial y Bauhaus, remataba en una altísima torre de reloj que se alzaba como

un obelisco trunco por encima de los andenes. Una anomalía arquitectónica, las vías aparecían descubiertas desprovistas del techo hangar tan típico de las grandes terminales europeas. Me gustan los trenes y las estaciones de este lado del planeta. Son la muestra perfecta del ideal de progreso que convirtió a Europa en la cuna de la revolución industrial a mediados del siglo XIX. A ambos costados de Bruxelles-Nord se alargaban dos de los pulmones verdes más llamativos de la capital belga, el Boulevar Roi Albert II por el poniente y el parque del Jardín Botánico hacia el este.

Un convoy formado por dos TGV Thalys ingresaba a uno de los seis andenes principales de la estación. Mientras lo observaba tomé mi teléfono y busqué en la lista de contactos de Telegram a Elena Mistral. Abrí la ventana de diálogo y leí a la rápida los cinco mensajes suyos que me habían llegado desde el domingo, prácticamente uno por día. Todos insistían en lo mismo. Opté por responderle, justamente a propósito de trenes y estaciones.

«Primer subterráneo de Atocha, casillero para equipaje E-98. Es de los grandes. En el interior, una mochila Nike color rojo. Dentro está lo que pactamos: SK-87124 y el diario de Haimbhausen. Encontrará algo interesante en los diarios, ya conversaremos».

Conté hasta cinco, sin fijarme si Mistral estaba activa y mandé la segunda parte del mensaje.

«La llave del box E-98 está dentro de un sobre a su nombre y el de Audra Viani en la recepción del hotel Only You Atocha, en el número 13 del Paseo Infanta Isabel».

Presioné el botón de enviar el mensaje.

—Su vaso de agua —me dijo la asistente de ojos marcados con delineador perfecto.

«Conozco el hotel», fue la escueta respuesta de Elena Mistral.

«Espero el resto de la paga durante la tarde», escribí antes de guardar el teléfono.

—*Mademoiselle* Naudón —me interrumpió la voz de un hombre relativamente joven, de alrededor de cuarenta años, vestido de traje sin corbata y calvo por decisión y no por genética—, *mes excuses*.

—Su pasante me explicó lo de su retraso.

—Benoit Decerf Verniory, a su servicio. Si le parece, pasemos a mi oficina.

—Lo sigo —me puse de pie, llevando el vaso de agua conmigo.

La asistente de los ojos bien delineados siguió cada uno de mis movimientos, como si adivinara que algo no funcionaba del todo en mí. La cicatriz quizás. O las extensiones de pelo demasiado falsas y demasiado rojas. O mi aspecto de muñeca gótica a medio camino entre dibujo de mangaka japonés y autor de *bande dessinée* franco belga. Tal vez todas las alternativas.

—Un café —pidió Decerf antes de cerrar la puerta del privado—. ¿Usted no?

—Yo estoy bien —le respondí, mientras con una rápida mirada examinaba el lugar, anotando los detalles en mi memoria. La oficina se empinaba hacia el suroriente de la ciudad y apuntaba hacia los rascacielos del centro bursátil de Bruselas. El escritorio era sobrio y aparte de un monitor de pantalla plana y curva, destacaban sobre la mesa papeles, libros, revistas de diseño y una maqueta a escala de un barco de ruedas de paletas con cinco mástiles e igual número de chimeneas. A un costado del escritorio se extendía un tablero de dibujo y en las paredes colgaban fotos de puentes antiguos, imágenes en blanco y negro de obras de ingeniería en fierro, instantáneas viejas de una familia frente a las pirámides de Egipto y tres páginas enmarcadas de historietas de *Tintín*.

—Hergé originales —apunté a estos últimos.

—Sí. En realidad no soy fanático, fueron regalos de un amigo que es galerista. Por favor asiento, *madame* Naudón.

—Natalia —lo hice entrar en confianza.

—Entonces usted es corresponsal de la revista *Paréntesis* en Europa y Asia.

—No sé si la palabra adecuada sea corresponsal —traté de ser empática—. Aprovecho mi estadía en el continente para enviar colaboraciones.

—Veo —respiró él—. ¿Es de Santiago?

—No, de Viña del Mar —tal como decía mi falsa credencial—. Bonito barco —apunté al modelo a escala sobre la mesa, como una excusa para cambiar la conversación.

—Esa sí es mi pasión, construir modelos a escala. Este es el *Great Eastern,* el mayor buque del siglo XIX. Fue construido en 1854 y es considerado por muchos como el primer transatlántico moderno… Sé que no es a lo que vino, pero suelo entusiasmarme con el tema.

—No, está bien —hice un ademán—, todo sirve para poner en contexto la conversación, usted entiende. Además, es una plática acerca de una obra de ingeniería, tiene sentido.

La asistente golpeó a la puerta y entró trayendo una bandeja con un pequeña taza de café.

—Gracias, Lullier —le dijo Benoit, mientras la joven se retiraba sin dejar de mirarme. Traté de ponerla nerviosa regresándole la mirada, pero ni siquiera se inmutó—. Entonces, Natalia —continuó hablando —, de acuerdo a su llamada de ayer, debo entender que el motivo de esta cita es porque está escribiendo acerca de mi antepasado, Gustave Verniory.

—Se cumplen ciento veinte años de la despedida de su tatarabuelo de Chile —comencé a exponer— y mi editor me encargó perfilarlo

desde Europa, mientras en Chile hacen un recorrido por su legado ingenieril en la zona de la Araucanía, que usted tengo entendido visitó en 2010…

—Así fue —afirmó mi anfitrión—, pasé aquel verano en el sur, aprovechando de conocer los lugares donde vivió y trabajó mi tatarabuelo. Sus obras —subrayó.

—La idea es precisamente acompañar la nota con un reportaje fotográfico a los puentes de Verniory —continué mintiendo.

—Los puentes de Verniory —suspiró el tataranieto—. Esos puentes —apuntó a las fotografías en las paredes.

—Esos puentes —repetí—. ¿Puedo?

—Adelante.

Me puse de pie y caminé hasta las fotos en blanco y negro, ordenadas por tamaño en la pared contraria al ventanal. En todo momento vigilada por los ojos de Benoit Decerf Verniory, que cada tanto cambiaban su concentración de mis movimientos al largo de mi falda escocesa.

—Quino, El Salto, Quillén o Quíllem, Temuco —leí en voz alta los nombres que identificaban a los viaductos ferroviarios construidos en el sur de Chile, por el antepasado de mi anfitrión, durante la última década del siglo XIX. Recordaban mucho a la estructura de la torre Eiffel pero en posición horizontal.

—Los cuatro puentes mayores de Gustave —comentó, sin dejar de observarme.

—La razón por la cual usted estudió arquitectura, imagino.

—Imagina mal, soy diseñador industrial —dato que por supuesto yo manejaba desde antes de concertar la entrevista.

Pasé a otra de las fotos: un anciano Verniory posando junto a dos parejas jóvenes. El viejo aparecía sentado en una silla de ruedas con las tres pirámides de Gizah en Egipto, de fondo.

—Su tatarabuelo.

—Con mis abuelos. Esa foto creo es de 1948…

—1947 —lo corregí, leyendo la bajada.

—Dos años antes de su muerte —dio un zorbo a su café—. Entonces —prosiguió—, ¿qué quiere saber de Gustave que no esté en sus diarios? Imagino que ya leyó el libro.

—*Diez años en Araucanía* —era cierto que lo había leído, la edición francesa descargada en mi teléfono. En el vuelo de Berlín a Madrid la primera parte, y en el avión de Madrid a Bruselas la segunda—. Y ese es precisamente el punto que me interesa. Lo que no sale en sus memorias —subrayé—. He googleado bastante a su antepasado —lo miré a los ojos—. Las obsesiones de Gustave Verniory con las construcciones, los puentes propiamente tales, los metales, las rocas, los meteoritos… —marqué a propósito, buscando una luz verde.

Benoit Decerf Verniory torció una mueca.

—¿Dije algo? —curvé una sonrisa coqueta.

—¿Quién es usted? —preguntó en serio.

—Una periodista que hace su trabajo, ¿por qué le produce risa? —seguí coqueteando.

Y el tataranieto de Gustave Verniory me dio el pase que estaba buscando.

—Como le conté por teléfono —habíamos hablado ayer por la mañana—, para la familia soy algo así como el guardián del tesoro histórico de mi bisabuelo.

—Por eso lo busqué.

—En todos estos años he respondido a historiadores, estudiosos y a periodistas como usted, *madame* Naudón, acerca de la obra de mi tatarabuelo, sus puentes y sus aventuras en el *far west* chileno, pero jamás me habían buscado por el dato más curioso en la vida de mi antepasado…

—Aún no lo entiendo.

—No soy tonto, Natalia. Por algo usó esa palabra con tanto énfasis. Usted quiere llegar ahí.

No le respondí.

—Si me apresura —continuó—, el capítulo más sabroso en la vida de Gustave —tomó aire, sobreactuando—. Amo leer *thrillers* de misterio, Ken Follet, Bane Barrow, y no sabe cuánto tiempo llevo esperando para sacar a flote estos datos…

—¿Qué datos? —me acerqué al escritorio.

—Meteoritos, *madame* Naudón… Mi tatarabuelo decía haber escondido meteoritos con mensajes de Dios.

34

Proteínas. Usé una servilleta de papel para tomar el trozo de carne entre los dedos de mi mano derecha y lo metí a mi boca. Una primera mordida, usando las muelas para triturar. El filete estaba perfecto. Lo prepararon tal como me gusta, quemado por fuera, con la grasa crocante en los bordes, como galleta de aceite. Y por dentro crudo, cocción a la inglesa más extrema, rojo y sangrante, exigencia de un vampiro. Soy un vampiro. Todos lo somos, pero no lo admitimos. Mastiqué. Necesitaba tanto comer. Necesitaba carne y sangre. Me hace sentir viva, despierta. Di un trago al agua de mi botella y mezclé todo antes de tragar. El agua con la sangre y las fibras de la carne, la gelatina dura de la grasa. Otro mordisco. Podría comer todos los días

lo mismo, si no fuera por las náuseas y el asco que se repiten cada vez que depredo. Soy una anomalía, lo sé. Me hago cargo de ello. Lo he hecho desde que soy niña.

Nadie a mi alrededor, a lo más un guardia que paseaba buscando una manera de justificar su sueldo en estos meses en que poco ocurría en el parque Heysel. Ni siquiera la presencia de turistas extranjeros. Ya poca gente viene al Atomium. El interés es nulo, un fantasma hexagonal de otros tiempos, de un futuro retro que ya no fue, donde todo iba a ser atómico, desde las cocinas para calentar agua, hasta los autos y las motocicletas. Quizás en una realidad paralela sucedió de esa manera. Un mundo reverso y atómico, donde mi vida es distinta, no hay cicatriz, ni extensiones de pelo falsas, ni lista negra y, en cambio, soy una aburrida dueña de casa con hijos, esposo, perros y gatos. De lo único que me quedaría de esa suma es con el gato. El mundo es un lugar mejor gracias a los gatos.

Desgarré otro trozo de carne y mientras lo masticaba me dediqué a observar los detalles de la construcción que tenía frente a mis ojos. Una estructura de ciento dos metros de alto que representaba un átomo de hierro ampliado más de ciento sesenta millones de veces, compuesto de nueve esferas de acero de dieciocho metros cada una, enlazadas por brazos de seis lados que reproducían las órbitas de los electrones. Descubrí el Atomium por casualidad. Era pequeña, debía de tener seis o siete años y en casa de madre encontré una vieja enciclopedia que traía el edificio en la portada. Obsesiones infantiles, algún día lo iba a conocer.

Cogí mi teléfono y eché a correr la grabación de la entrevista con el tataranieto de Gustave Verniory. Imaginé que Elena Mistral debía de estar al tanto de esta parte de la historia y aunque adivinaba la razón por la cual no me la había dicho, inferí que detalles de la misma le eran desconocidos. El presentimiento de haber sido manipulada para venir a Bruselas y obtener esta parte del rompecabezas era cada vez más fuerte. Y aunque a cada minuto reconocía la astucia de Mistral, a cada minuto también unía líneas paralelas para estar siempre por delante de ella; con ventaja, llevando yo el peso de la historia.

«¿Me llamaste?», apareció en la pantalla de mi teléfono una ventana de diálogo con Egon.

«Sí», escribí rápido, con un solo dedo. «Devuélveme la llamada a través de un canal seguro».

Dejé el teléfono junto al recipiente plástico con la mitad del filete, que iba a conservar para la tarde. Me gusta comer carne fría, sin recalentar, me hace sentir cazadora. Soy una cazadora...

El Atomium fue levantado como edificio símbolo para la Feria Mundial de 1958. El evento se celebró en el parque Heysel; una

explanada al norte del centro de Bruselas, donde se ubica el estadio de fútbol del mismo nombre y donde ya se había realizado una Feria Mundial en 1935. A veces, como en este momento, tengo el presentimiento de que cuando se construya la primera nave interestelar terrestre, tendrá la forma de esta torre. O quizás debieran sacarla del parque, llevarla a órbita tal como está e instalarle los propulsores necesarios para viajar al espacio. Motores de curvatura espacial, como los que usan las naves de *Star Trek,* que siempre me ha gustado más que *Star Wars*, porque *Star Trek* es posible y laica, mientras que *Star Wars* carece de lógica, es solo emoción y todo se reduce a una obvia tragedia familiar. A Kenya le gustaba más *Star Wars.* Ella era muy *Star Wars.*

—Estoy —fue la primera palabra pronunciada por Egon al regresarme el llamado. Egon también prefiere *Star Trek*—. Es raro hablar por teléfono.

—¿Qué tiene de raro?

—Nunca lo hago, solo mensajes de audio y texto. Hablar me parece de otra época, retrofuturo.

—Estoy en un retrofuturo —miré al Atomium.

—No te entiendo.

—Da lo mismo, no es relevante.

—¿Cómo te fue con el bisnieto de Verniory?

—Tataranieto.

—¿Cómo te fue con el tataranieto de Verniory? —repitió cada palabra adrede.

—Benoit Decerf quería hablar del tema. Me permitió copiar y escanear material no publicado en los diarios del ingeniero. Cartas con menciones a meteoritos y a la masonería. Aún no termino de revisar, pero hay mucho dato nuevo.

—Material para *best seller*.

—O para sacarle ventaja a Mistral y sus monjas agustinas.

—Meztli…

—Meztli puede esperar.

—Si tú lo dices —se quedó en silencio un instante—. ¿Qué necesitas ahora?

—La ciudad y dirección exacta donde está reunido el Club esta semana.

—¿Qué Club?

—Bilderberg… ¿Existe otro club en nuestro universo?

VICTORIA,
CHILE

JUEVES 30 DE OCTUBRE, 1890

35

Gustave Verniory se quedó quieto en la puerta del Hotel Alemán, mirando hacia la plaza de Armas de la ciudad. En el centro de la explanada habían instalado un cepo al cual estaban fijados, por los antebrazos y el cuello, dos indios mapuches muy jóvenes. El de la izquierda no debía tener más de quince años; el otro a lo más diecisiete. Eran las diez de la mañana y la ciudad parecía desierta, culpa de la ilustre visita que a esas horas copaba la atención de la zona. Verniory miró a los mapuches. Uno de ellos le regresó la mirada con una expresión en la que el odio ganaba con bastante ventaja al miedo y a la pena. Era el más joven de los dos; apenas un niño, pensó el ingeniero.

—Aquí estaba, amigo Gustave —lo interrumpió la voz del señor Niedmann, propietario del hotel.

—Salí a tomar aire.

—Pensé que iba camino al puente Quino.

—Decidí no ir, no es lo mío… la política.

—Lo entiendo, Verniory —Niedmann se allegó a un costado del belga y también observó a los detenidos.

—Los hermanos Paillamilla…

—Son unos críos.

—Solo por fuera, mi amigo. Los encontraron robando donde don Celestino Pérez. Como no pudieron tomar más animales, mataron al ganado a escopetazos. Indios salvajes.

—¿Qué van a hacer con ellos?

—Por ahora castigo público, después imagino que los enviarán a Angol o a Temuco.

—La escalada —pensó en voz alta el ingeniero.

—¿Qué escalada?

—Lo que ocurre en el resto del mundo, señor Niedmann. Los hombres blancos nos creemos dueños de todo. Tomamos tierras y aplastamos a sus legítimos dueños, creyendo que es nuestro derecho como representantes de la cultura cristiana. A veces me pregunto qué pasará el día en que los oprimidos se levanten contra nosotros haciéndonos pagar por tantos atropellos cometidos en nombre del progreso y la civilización. Todo se da vuelta, estimado, y nunca hay que olvidar que por muchas casas y calles que construyamos —apuntó hacia el centro de la ciudad—, esta tierra es de ellos y siempre lo será.

—Con todo respeto, señor Verniory, pero esos dos son delincuentes, se hizo justicia con ellos. Los descubrieron robando.

—Sí, pero ¿quién robó a quién primero? —Gustave miró a Niedmann, que se mantuvo en silencio—. ¿Sabe? —cambió su tono el ingeniero—, no me haga caso. Ayer recibí carta de mi madre desde Bruselas y me cuenta que está enferma y la nostalgia me pone así. Hablo tonterías…

—Conozco una buena manera de terminar con las tonterías. Venga conmigo.

Niedmann tomó a Verniory del brazo y lo llevó al interior del hotel, ubicándolo en un mesa junto a la chimenea. Le indicó que esperara y regresó con dos tazas con café hirviendo, pan frito y una botella de aguardiente.

—Malicia para calentar el alma y el corazón, ingeniero —le ofreció, mientras llenaba los tazones con alcohol sobre el café—. A su salud…

—A su salud —respondió Verniory.

—¿Y cómo lo ha tratado Lautaro?

—No tan bien como Victoria. O debería decir, Estación Salisbury, como la llaman ahora.

—No aún. Y, si me pregunta, jamás se llamará así, aunque la ley diga lo contrario. Esto es Victoria y punto, no estamos acá para rendir pleitesía a gobernantes extranjeros.

—Menos si es inglés…

—¡Mucho menos si es inglés! —marcó Niedmann.

—Dicen que mañana Balmaceda oficializará el cambio de nombre acá al frente, en la plaza.

—Y que lo haga. Estación Salisbury… Véase nombre más raro. En fin, Gustave, me han contado que no ocupa las instalaciones del Hotel Alemán de Lautaro.

—Su homólogo es apenas una casucha, señor Niedmann. Cuando me establecí en el pueblo no quedaban habitaciones. El contingente de la North & South American y los hombres de don Guillermo Fonk lo tenían copado, así que debí arrendar una casa cerca de la plaza, en

una de las calles laterales. Pequeña, pero con suficiente espacio para mis pocas cosas y las de doña Peta.

—Su salvadora.

—Qué sería de este belga sin esa vieja… ¡Todavía no hablaría en chileno, de seguro!

—¡Salud por Lautaro, entonces!

—Y por lo que venga.

Niedmann se quedó en silencio un instante.

—Perdone que se lo diga, mi atrevimiento.

—Adelante.

—Debió estar en la inauguración del puente Quino, ahí de pie, junto al presidente. Fui a ver la obra del viaducto hace un par de días. Magnífico, señor Verniory, ha de sentirse orgulloso de su coloso.

—Yo solo monto fierros de estribo a estribo y sigo órdenes, amigo mío; el gestor del puente es don Guillermo Fonk y es él quien ha de estar en estos momentos junto a Balmaceda, enseñándole el puente.

—No sea humilde, ingeniero, usted sabe que no es así, que usted es mucho más que un montador de acero.

—Puede ser, pero soy un extranjero y prefiero evitar las luces altas; que mi trabajo sea eso, un trabajo. Para las glorias y festejos gubernamentales están el señor Fonk, los de la North & South American Construction y mis compatriotas de Schneider et Cie. Mi concentración está en construir las vías y elevarlas sobre barrancos, no en celebrar inauguraciones. Ese es el fin de las autoridades, del presidente… ¿Balmaceda se quedará acá?

—Sí. Esta tarde debo dejar todo el hotel preparado. Por eso no hay huéspedes y puse ese letrero de cupo lleno sobre la puerta.

—Salvo yo.

—Usted es de la casa, señor Verniory.

Gustave hizo un ademán y apretó con cariño los hombros del viejo alemán.

—Un honor recibir al presidente, me imagino —le preguntó tras un instante de silencio.

—Balmaceda no es de mi gusto, creo que está hundiendo este país, pero es el presidente y quién es uno para oponerse.

—Exactamente, señor Niedmann —Verniory levantó la taza—, quién es uno para oponerse.

El hotelero alemán bebió de su café cargado de aguardiente.

—¿Cuándo comenzará con el puente de Quillén?

—Los terraplenes sobre los cuales irán los estribos de piedra estarán listos para diciembre. En el entreacto los fierros de la estructura se montarán acá en Victoria.

—El progreso es de fierro.

—¿Alguna vez lo dudó? —respondió Verniory mirando hacia las

ventanas que daban a la calle y pensando en los dos jóvenes mapuches allá afuera atados al cebo. Imaginó que los iban a sacar de la plaza antes de que Balmaceda hiciera su entrada a la ciudad. Oficializar el cambio de nombre del pueblo frente a dos indios detenidos no se iba a ver bien en la prensa.

—¿Supo que compraron la colina *Wangülen dumiñ*? —siguió hablando Niedmann mientras rellenaba con aguardiente ambas tazas de café.

—¿Que no estaba maldita? Pensé que todos le tenían miedo.

—¡Todos le tienen miedo o al menos respeto! Por eso la compró un extranjero. Inglés —marcó la nacionalidad—, un tal Berkoff, Ezequiel Berkoff.

—Curioso nombre, como de historia de terror.

—No sé de esas cosas.

—Están bastante de moda en el viejo continente, especialmente entre las damas de la alta sociedad.

—La gente ya no encuentra en qué perder el tiempo.

—Es entretención, amigo Niedmann. Y quién sabe, tal vez ese Berkoff sea un científico loco que viene a revivir monstruos mapuches. ¿No dicen que de esos hay bajo la colina?

—Dicen tantas cosas, ingeniero…

Mas el señor Niedmann no alcanzó a terminar su frase. El ruido de la puerta al abrirse y de las campanas que había sobre el marco de la misma hizo que ambos hombres miraran en esa dirección.

—No hay vacantes, estamos llenos —marcó con su vozarrón germano el dueño del Hotel Alemán.

—No es eso lo que me informaron en el gobierno —respondió la voz de una mujer.

Gustave Verniory se puso de pie.

—Perdón, no sabía que… —tartamudeó Niedmann.

—Por supuesto, no tenía cómo saberlo. Menos que vengo con la delegación presidencial, lo que significa que sí tengo habitación.

La mujer ingresó al salón del hotel, se quitó el sombrero de ala ancha que lucía sobre su cabeza y limpió con sus manos enguantadas el polvo que se había adherido sobre el entallado traje negro que llevaba puesto.

—Gustave, espero que no se haya olvidado de mí —pronunció Leonora Latorre.

—Cómo podría olvidarla —respondió Verniory, mientras Niedmann pensaba que pocas veces había visto en Victoria a una dama tan bella como esa mujer que tenía enfrente.

El número 262 estaba indicado en un óvalo, en el extremo delantero del tambor de la locomotora que realizaba maniobras de cambio de vías, frente a los andenes de la estación, una vieja estructura que pronto se iba a venir abajo por la podredumbre de sus maderas. Gustave Verniory miró la máquina, cuyas bielas principales propulsaban entre humos y vapores las cuatro grandes ruedas de tracción, que resbalaban sobre los rieles todavía húmedos por la helada de la mañana, una de las últimas de la temporada. La primavera ya estaba encima, aunque eso en la región era más un decir que una realidad. El belga permaneció con los ojos en la locomotora, que se alejó hacia el norte hasta perderse en la primera curva.

En un extremo del patio ferroviario un grupo de empleados reemplazaban el cartel que identificaba a Victoria por el nuevo nombre del pueblo: Salisbury. Leonora Latorre miró a los obreros y esperó callada. El ingeniero tomó la palabra.

—Quedan solo tres puentes grandes a mi cargo —dijo él.

—Lo tengo claro, pero las cosas en Santiago se han complicado y eso ha provocado un cambio de planes.

—¿Complicaciones gubernamentales?

—Más de las que usted se imagina. Temo que don José Manuel no resista más embates de sus enemigos. Los chilenos somos conservadores, grandes animales de pasto; evitamos los cambios y el presidente se ha empeñado en molestar a gente demasiado poderosa.

—Cuando me despedí de usted en Santiago, me explicó que nuestro asunto era más relevante que el gobierno de turno.

—Y lo es —sentenció la dama—. Pero también hay que ser realistas con las tardanzas provocadas por agentes externos —suspiró —. Mas tiene razón, amigo Verniory, hemos de concentrarnos en lo importante y lo más importante que tenemos por delante es la realidad de tres puentes para concretar nuestro trabajo.

—Con la piedra aún en Santiago...

—Ugarte se ocupará personalmente de su traslado. Él y otros hermanos de la hacienda de Pirque la transportarán por mar y ferrocarril hasta Collipulli.

—Cuando nos conocimos me confesó que no confiaba del todo en los jesuitas.

—Porque no se puede confiar en esas víboras con sotana. La Compañía tiene su agenda…

—Y su logia otra…

—Y usted otra —le guiñó un ojo—. Todos tenemos agenda propia…

Verniory la miró fijo.

—Lo sé, lo sé —Latorre arrugó el ceño—. Dinero para su familia, el motor que mueve el mundo —botó una bocanada de aire, que se convirtió en un aro de vapor en dirección a las vías—. ¿Sus hombres de confianza aún esperan, Verniory?

—La promesa de un pago extra hace milagros. Han aprovechado de aprender lo necesario para realizar el trabajo lo más rápido posible.

Leonora Latorre caminó hasta el borde del andén.

—Este atraso le ha dado poder al ingeniero Fonk y a la North & South American Construction; será complicado con ellos tan encima.

—Nunca la imaginé tan pesimista, señora Latorre.

—Si usted supiera lo que yo sé, también lo sería. Pero no se engañe, ingeniero, no soy pesimista. Me defino más bien como una persona realista —aunque había usado esa palabra antes, la manera cómo había pronunciado cada una de las tres sílabas denotaba un peso tan sincero como apesadumbrado.

Verniory también giró hacia las vías. Desde el norte la 262 regresó hacia la estación. Ahora expulsando vapor blanco por el pistón que separaba las pequeñas ruedas bojes del frente.

—También soy realista —habló el belga—. Será complejo con los gringos y el ingeniero chileno metiendo las narices, pero yo tengo cartas a favor, en especial una con nombre propio —se detuvo a propósito, antes de pronunciar con acento francés las últimas tres palabras de su línea de diálogo—: Schneider et Cie.

Leonora Latorre dio un par de pasos en dirección a los obreros que cambiaban el nombre del pueblo en el cartel de la estación.

—Salisbury —dijo en voz alta—. ¿Sabe quién es Salisbury? —preguntó, dándole la espalda a Verniory.

—Habría que ser de otro mundo para no saberlo —respondió el constructor de puentes—. Robert Talbot Gascoyne-Cecil, lord Salisbury, primer ministro inglés, quizás el hombre más poderoso del mundo.

—No quizás, amigo mío —marcó el punto—. Lord Salisbury es el hombre más poderoso del mundo —subrayó—. ¿Le han contado la razón del cambio de nombre del pueblo?

—Homenaje de Balmaceda al nombramiento de Salisbury como primer ministro inglés, para agradecer las gestiones que realizó a favor de Chile durante la guerra del 79, cuando era ministro de Relaciones Exteriores de la corona…

—Gestiones… —interrumpió Latorre—, fueron más que gestiones, señor Verniory. La historia miente. Nos dicen que la guerra del 79 enfrentó a Chile contra la alianza del Perú y Bolivia. Pero yo estuve ahí, yo viví la guerra y sé más que todos acerca del verdadero motivo que nos enfrascó contra nuestros hermanos. Motivos bastante más

siniestros que el control de los yacimientos de guano y salitre. Fue una guerra de pactos, claro, eso es cierto; del Perú y Bolivia por un lado, y de Chile con Inglaterra por el otro. Teníamos al imperio con nosotros desde que invadimos Antofagasta; la guerra estaba ganada. El resto fue un trámite. Por supuesto, nuestros libros de historia jamás lo escribirán de ese modo, ¿para qué? —una pregunta sin respuesta—. La versión oficial es más tranquila y confortante —repitió con sorna—, redactada por los guardianes del secreto, los empleados del imperio…

—¿Empleados del imperio?

—Un conocido suyo, de ambos —lo miró y luego identificó—: Alberto Edmunds MacFaill.

—El dueño y editor de *El Correo*…

—Edmunds es bastante más que un periodista, Gustave. Él y su familia, los Edmunds, son quienes escriben y manipulan la historia local.

Gustave pensó que a pesar de las previas justificaciones de Leonora, la mujer estaba de pie ante una visión bastante negra del porvenir, idea que por un instante lo hizo desistir del compromiso y el pacto que había firmado a su llegada a Santiago con aquella misteriosa dama de ojos verdes que le había salvado la vida en París.

—Nos vendimos al imperio —fue alargando Latorre— y ahora tenemos que pagar ese precio. La historia de Chile y su futuro estarán marcados por el alma patria entregada a los poderosos. Este pueblo se llamará Salisbury a partir de esta tarde, cuando don José Manuel haga oficial el cambio de nombre, una propuesta orquestada en las páginas editoriales de *El Correo,* por el propio Alberto Edmunds. Pobre e ingenuo Balmaceda, Salisbury es el enemigo y debemos prepararnos para su reino.

—¿De qué está hablando? —Verniory pensó que su protectora se estaba volviendo loca o algo peor.

—Lo que está escuchando. ¿Recuerda nuestra conversación en la Catedral de Santiago, frente al cáliz, con el padre Ugarte? —el ingeniero asintió—. Pues se acordará de que hablamos de adversarios, de evitar que el secreto del Grial de Haimbhausen y la piedra negra cayeran en manos del oponente…

—Me acuerdo. También que no supieron decirme qué quería ese enemigo del cáliz y el meteorito.

—Lo que se busca de un símbolo: poseerlo.

—Bastante ambiguo para un primer ministro.

—Salisbury es bastante más que un primer ministro. Es un Príncipe de Sangre…

—¿Qué es un Príncipe de Sangre?

—Así se hacen llamar los doce miembros de la Mesa Redonda de Kensington Palace —pronunció Leonora Latorre en un perfecto inglés

sin acento.

—¿Masones?

—Mucho más que masones, señor Verniory. La logia Royal Alpha, los dueños del mundo, los grandes arquitectos —subrayó Leonora Latorre, mientras al fondo de la escena, el tan agudo como profundo silbato de la 262 anunciaba que la locomotora comenzaba a moverse a toda velocidad.

—¿La Royal Alpha opera en Chile?

Leonora Latorre respondió con una carcajada.

—¿De qué se ríe?

—Alberto Edmunds MacFaill, cuando lo conoció en lo de Francisco Robinson usted le preguntó sobre su origen. Sume, amigo mío, ¿de dónde viene la familia, por qué fundaron un diario, cómo financian el periódico? Nos enfrentamos a una legión, Gustave. Y en días como este tengo claro que la guerra no la vamos a ganar.

—¿Entonces?

—Demorarla, amigo mío, esa es la tarea de los hombres y mujeres libres. Demorar la guerra todo lo que sea posible.

El ingeniero belga se quedó en silencio, pensando que cualquier comentario que pudiera hacer se escucharía fuera de lugar, ingenuo quizás; tonto, lo más probable.

—Ya es la hora —volvió a hablar Leonora Latorre, revisando su reloj de bolsillo mientras el enorme artilugio a vapor pasaba trepidando junto a ellos—. Van por Balmaceda. Comienzan las celebraciones, señor Verniory —sonrió por primera vez la espía chilena, mientras el belga se preguntaba a qué celebraciones se refería la dama.

EDIMBURGO, ESCOCIA

LUNES 26 DE AGOSTO, PRESENTE

37

El Club es una suma de obviedades. Obviedades que empiezan y terminan en la elección de sus lugares de reunión. Con una historia y relato épico surgido a partir de la industria europea de puentes y ferrocarriles; resultaba evidente que eligieran los últimos dos pisos del hotel Balmoral para juntarse. No por la clásica arquitectura victoriana del edificio, o por la torre similar a un castillo con almenaras que emerge por encima del techo; o por la crónica de la construcción, inaugurada en 1902 con el nombre de North British Hotel. Menos aún por la cercanía con la gótica aguja del monumento a Sir Walter Scott, pocos metros hacia el suroeste, en los jardines de Princess Street. Tampoco por ser el edificio más grande en el plano de la ciudad, inmediatamente bajo la gran roca del castillo que domina todo el horizonte sur. Infiero, además, que poco les importa el dato de que en una de las habitaciones, J.K. Rowling terminó el último libro de la saga de *Harry Potter*,
información que por supuesto no es gratuita al saberse que la autora forma parte de una de las ramas femeninas del Bilderberg. Pero ninguna de las anteriores era razón suficiente para que el Club escogiera el Balmoral como su sede para el cónclave de Edimburgo, más cuando es él quien está a cargo de encontrar el sitio, organizar su alquiler y coordinar todo lo referente a la seguridad y el traslado de los miembros desde América, Asía, Oceanía y el resto de Europa. El Balmoral fue elegido por una sola gran razón: el edificio victoriano de diez pisos se alza por encima de los grandes hangares subterráneos de la estación Waverly, la terminal ferroviaria más grande e importante no solo de Edimburgo, sino de todo el norte de las islas Británicas. El punto nodal al que llegan todas las líneas desde Inglaterra, Gales y

Escocia. Previo a la arremetida del avión a reacción y a los vuelos de bajo costo, el espacio de encuentro más importante del Imperio británico. Doce andenes, la mitad de ellos subterráneos, que atraviesan la metrópolis a través de un cañón excavado a los pies del peñón del castillo y de la ciudad alta.

Llevo tres días en Edimburgo. Tiempo suficiente para dominar una ciudad que no conocía, descubrir su vida después de medianoche, aprender el movimiento de sus calles y robar una motocicleta afuera de un club nocturno. Logré, Egon mediante, limpiar los papeles de la máquina y reinscribirla a mi nombre con una nueva matrícula y, por supuesto, concertar una reunión con el hombre que desde hace siete años está a cargo de la coordinación y organización de cada cita de los Bilderberg, así como del tráfico de las finanzas en cada punto móvil de la organización. Decir que es uno de los sujetos más poderosos del planeta sería redundante, más ante el dato de que él siempre ha tenido poder, desde antes incluso de formar parte de los Bilderberg.

Esperé que la luz diera verde, di el paso a un tranvía y aceleré la Ducati XDiavel S por Princess Street hasta Hannover, desde donde accedí a la cercana plaza St. Andrew, cerca de la cual dejé estacionada la motocicleta, justo a la entrada del pasaje Rose. Opté por llevar el casco conmigo y caminé rápido en dirección a St. Andrew para regresar a través de esa avenida a Princess Street y de ahí cruzar hacia la entrada al centro comercial bajo el cual se emplazaba la estación Waverly. Miré la hora, aún quedaban un par de minutos para la cita. Recorrí rápido las tiendas, mirando las vitrinas a ver si encontraba algo que me gustara. Estaba en Escocia y necesitaba faldas cortas con motivos escoceses, el más común de los lugares comunes de mi vestimenta. No encontré nada. Todo era feo. No entiendo por qué tengo esa costumbre de caminar por los centros comerciales mirando ropa si sé que ahí no encontraré nada de mi gusto. Todo es en serie, todo está hecho según el promedio, sin considerar que cada cuerpo es diferente. No tengo claro cuántos días permaneceré en Edimburgo, pero en tanto vislumbre un plan más o menos claro, buscaré en la red alguna costurera o modista, compraré tela y le pediré que me haga diez faldas idénticas.

Volví a mirar la hora. Dos minutos de retraso. Perfecto para ir por él. Me amarré tirante la correa de mi bota izquierda y luego avancé zigzagueando entre la gente apelotonada en los ingresos a los andenes y boleterías de la estación. Así logré abrirme paso hasta el barroco vestíbulo del Balmoral. Como era de imaginar, no había muchos huéspedes en la recepción y sí mucho contingente de seguridad, agentes encubiertos que se hacían pasar por mujeres y hombres de negocios, parejas de luna de miel o turistas con acento de Texas. Fachadas que funcionaban en ojos no entrenados, incapaces de

reconocer la forma de armas, de cualquier tipo o tamaño, ocultas bajo la ropa, calzoncillos, sujetadores y sobre todo en el calce alto de botines o zapatillas deportivas. Como las Adidas con suela de aire que lucía un tipo con indumentaria de trote, quien no me quitó la mirada desde que me vio aparecer por la puerta del corredor que enlazaba el hotel con la terminal ferroviaria.

Sin hacerle caso a ninguno de los sabuesos, treinta en total repartidos por la amplia estancia decorada con formas y estilos victorianos, marché hacia la recepción y puse mis codos sobre el mesón torciendo la mejor de mis sonrisas, esa que Kenya me decía era capaz de abrir cualquier puerta. Detalle innecesario, le respondía yo, aseverando que no necesitaba una sonrisa para abrir una puerta.

—Buenos días —saludé al recepcionista más tímido de todos. Un pelirrojo que parecía imagen emblemática de Escocia. Si uno buscara en una vieja enciclopedia la palabra «escocés» aparecería este tipo dibujado o fotografiado. Se llamaba Angus. Si además usara una oveja de montura, el retrato estaría completo. El colorín sudaba mucho y tenía un ligero temblor en la mano izquierda.

—Buenos días —me contestó con ese molesto tono escocés que es una mezcla entre inglés con acento del sur de América.

El recepcionista pelirrojo me miró de la cabeza a los pies e imagino que, al igual que toda la gente con la que me he cruzado en los últimos diez días de mi vida, debió de haberse preguntado cómo me hice la cicatriz que cruzaba mi cara.

—No hay disponibilidad de habitaciones —me informó de inmediato, arrugando sus mejillas rojizas—. Estamos repletos hasta el sábado.

—No necesito una habitación —le corregí—. Tengo una cita con — y repetí con cuidado el nombre y el apellido de quien era la persona más importante en el edificio desde que el Club Bilderberg había tomado posesión de él.

Ocho minutos y medio después fui escoltada por una mujer muy delgada y muy alta, que vestía el uniforme del personal del hotel, hasta los ascensores que comunicaban directo con los pisos superiores del edificio. La mujer no se despegó de mí y fue ella la que presionó el botón del piso ocho.

Club Bilderberg, pensé. Desde su fundación en 1954, solo se han reunido en tres ocasiones en el hotel de Leiden, Holanda, que da el nombre oficial al grupo. De hecho, tras las resoluciones y actividades de los últimos seis años, les quedaría mucho mejor el nombre de Club Balmoral.

—Por acá —me indicó hacia la *suite* principal del piso ocho, que había sido adecuada y modificada hasta convertirse en una recepción copada de escritorios con asistentes muy jóvenes, computadores,

terminales de red, archivos, personal de seguridad y cámaras de registro y reconocimiento facial. Lo siento por los fanáticos de las conspiraciones, pero el Club Bilderberg se asemeja más una oficina de aduanas que al supuesto lugar desde donde se controla el mundo. Por supuesto, también tenían dispuesta una invisible red de rayos láser que escaneaba a todo quien cruzara el umbral. Menos mal que no estaba en mis planes tener hijos. Con la cantidad de radiación desplegada, de quedar embarazada, cuestión tan improbable como el regreso de los dinosaurios, tendría un mutante genoactivo que de seguro no sería alguien tan atractivo como los miembros de los *X-Men*.

—Hable con él —la mujer muy delgada me indicó a un joven que apenas debía de tener veinte años.

—Buenas —saludé al chico del corte de pelo y barba perfectos. Él dejó resbalar sus anteojos hasta el borde de la nariz y levantó la mirada para verme directo a los ojos.

—Princess —me identificó.

—Sí —fui cortante.

—Su padre le pide disculpas, pero no se encuentra. Me pidió que lo buscara a las dos de la tarde en este sitio —deslizó sobre la superficie de la mesa un papel doblado en cuatro—. Insistió en que fuera puntual.

—Lo seré —respondí mientras desplegaba el papel.

Padre, eres aún más obvio que el Club que regentas.

38

Emplazado a quince kilómetros del centro de Edimburgo, el puente ferroviario sobre el fiordo de Forth atraviesa de sur a norte el brazo de mar del mismo nombre, la principal vía de navegación militar septentrional del Reino Unido. Durante más de un siglo fue conocido simplemente como «puente de Forth», pero desde la construcción de los dos viaductos para carretera, que se asientan hacia el poniente, se le agregó el descriptivo de ferroviario para diferenciarlo. La obra de acero es una de las cuatro postales más reconocidas de Escocia y en 2015 la UNESCO la nombró patrimonio de la humanidad. Pero no fue para contemplarla que mi padre me citó a las dos de la tarde en el mirador del muelle de Hawes, una pequeña península convertida en embarcadero para botes turísticos, pocos metros al oeste del viaducto, que atravesaba a cincuenta metros por encima del paisaje, como un viejo dinosaurio de hierro, vigas, ladrillos, jorobas, cuello y cola. Un sitio ideal para pasar horas mirando la entrada del mar y las plácidas

formas urbanas de Queensferry en la costa de enfrente.

—Existe un acuario en esa dirección —le respondí cuando él me preguntó por la cicatriz de mi mejilla y qué había sido de mi cabello cobrizo, acaso la única herencia de sus genes, provenientes de todos los rincones de las islas británicas.

—No lo conozco —me contestó, mientras se levantaba de la banca de piedra donde llevábamos diez minutos sentados. Caminó hasta el borde del muelle y se detuvo a observar con detención lo que realmente había venido a ver.

—Cinco mil millones de dólares cruzando bajo el puente de Forth —comentó en voz alta, dándome la espalda.

—¿Y cuántos de esos financiados por tu Club? —le respondí, mientras me acercaba para acompañarlo a mirar eso que avanzaba lentamente bajo la plataforma del puente, usando la ruta de navegación oficial de la corona inglesa.

El portaaviones HMS *Prince of Wales,* R-09 según la designación de la Marina Real. Botado hacía menos de dos horas en los cercanos astilleros de Rosyth, diez kilómetros al oeste, por el mismo fiordo de Forth. Junto a su nave hermana, el HMS *Queen Elizabeth,* los buques de guerra más grandes construidos por el Reino Unido desde el fin de la Segunda Guerra Mundial.

—Poco más de la mitad —me respondió sin dejar de contemplar la nave de casi trescientos metros de largo que se desplazaba calma, acompañada por remolcadores y pequeñas embarcaciones de turismo que minutos atrás habían salido desde el mismo muelle donde nos encontrábamos. Le pregunté a padre si quería tomar un bote para acercarnos. Me respondió que no era necesario, que ya había estado cerca, dentro incluso. Ahora solo quería verlo navegar.

Por los fierros del viaducto de Forth, un convoy de la Network Rail que se dirigía hacia el norte bajó la velocidad. Supuse que para dar a los pasajeros la oportunidad de mirar con detención al leviatán de dos torres y cubierta de vuelo con rampa de despegue que pasaba bajo las vigas.

—Desplaza sesenta y cinco mil toneladas de peso —siguió hablando padre—, a una velocidad máxima de veinticinco nudos, bastante rápido para un buque de propulsión convencional…

—Sus características técnicas no son lo más importante —le respondí con sarcasmo, mientras a quinientos metros de nuestra posición las sirenas de la nueva nave insignia de su majestad anunciaban su salida del fiordo para ingresar hacia el Mar del Norte.

—En la cubierta de vuelo —enseñó el hombre de setenta y seis años que me acompañaba y que aún conservaba manchones rojos en el poco cabello que le quedaba alrededor de la nuca— hay doce de los treinta y seis F-35 de la dotación del barco —describió, mientras yo

atendía a las formas azul oscuro similares a dardos que se ordenaban en la plataforma del *Prince of Wales*.

—También hay helicópteros…

—AW-101 Merlin de AgustaWestland, pero no importan. Los F-35 sí…

—Lockheed —respondí. Conocía la historia.

—Por supuesto sabes de lo que hablo… El escándalo del F-22 y el F-23 hace años —tragó una bocanada de aire. Luego prosiguió—: Algo bueno que salió de tu aventura con la Hermandad es que tus exjefes perdieron influencia dentro de la industria armamentista de los Estados Unidos. Nuevos presidentes en Boeing y Lockheed, menos…

—Religiosos —lo interrumpí.

—Cristianos, si somos exactos…

—Perfectos para tu Club.

—Yo usaría la palabra «conveniente» —precisó, mientras volteaba hacia mí. Luego apoyó contra la barrera del muelle su cuerpo de un metro noventa de estatura, aún en forma a pesar de las casi ocho décadas de edad—. Entonces no me vas a hablar de la cicatriz.

—No voy a hablar de la cicatriz.

—Ni de quién te la hizo.

—Nadie me la hizo.

—Te la hiciste tú, entonces.

—No es tema, padre.

—¿Las cejas? —aleteó.

—¿Qué cejas?

Armitage Kingstone Valiant, el hombre que me dio la vida, mi único pariente sanguíneo vivo hasta donde sé, el hombre que conoce el secreto de mi origen, quien me entregó a la Hermandad para que me convirtieran en un arma que algún día él pudiese utilizar. Nunca he trabajado con él o para él. Cuando me quiso traer de regreso a Inglaterra le respondí que prefería no vincularme con la familia. Respetó mi decisión. Comentó que Martha Baltimore había hecho un buen trabajo y no volvió a molestar. Armitage Kingstone Valiant tiene muchos defectos, pero también una gran virtud: es un hombre de respeto.

—Sentí lo de Martha… Tu madre adoptiva fue una buena mujer…

—No usaría ese adjetivo calificativo tan común con ella. Martha, madre —subrayé— hizo un buen trabajo conmigo, o con Deborah —recalqué. Padre sabía que así me llamaban en Jueces y en La Hermandad—, que es otro asunto.

—Muy válido asunto… ¿Sabes? —tomó aire—, nunca me gustó el nombre Deborah —me miró.

—A mí tampoco, era por esas fijaciones bíblicas de madre…

—Lo sé, solo digo que nunca me gustó ese nombre. No tiene que

ver contigo… Como sea, lamento lo de Martha.

—Me lo acabas de decir, no tienes para qué repetirlo.

—Al menos te vengaste… Tus hermanos…

—Padre, eso fue hace siete años.

—No hemos hablado en siete años.

—Antes no habíamos hablado en diez años.

Armitage Kingstone Valiant hizo una mueca, torció una sonrisa y me invitó a seguirlo.

—Un café —sugirió, indicando hacia The Hawes Inn, un hotel y restaurante turístico emplazado al frente del muelle. En el estacionamiento de la posada había aparcado mi motocicleta, junto al Mercedes-Maybach S-600 Guard blanco plata en el que padre se movía por el mundo. Su conductora y guardaespaldas, una rubia nacida en Suiza, de casi dos metros de alto, que parecía la versión siglo veintiuno de Ursula Andress en *Dr. No,* estaba de pie junto al sedán sin despegarnos la mirada.

—No —le respondí—. Volvamos a la banca donde esperamos el paso de tu portaaviones.

—No es mío.

—Un tercio lo es, al menos de la organización que representas —le contesté, mientras el HMS *Prince of Wales* se alejaba hacia el este del viaducto de ménsulas anaranjadas, en dirección a North Berwick, donde el Forth se reuniría finalmente con el mar abierto.

—Un tercio —repitió él, adelantándose a la banca de piedra.

Otro tren cruzó una de las vías del puente, esta vez en dirección a Edimburgo.

—«Inverness» —comentó padre, mirando la hora en su Rolex de esfera de oro, el mismo reloj que tenía la última vez que lo había visto.

—Por la hora.

—Expreso Inverness-Aberdeen de la Network Rail —especificó mientras el automotor propulsado por motores diésel eléctricos chirreaba bajo la segunda torre del viaducto—. Entonces —dijo, cambiando de tema— quieres que te ayude a entrar a la Royal Alpha…

—A la Mesa Redonda de la Royal Alpha.

—¿Y qué te hace pensar que tengo acceso a la Mesa Redonda de la logia Royal Alpha?

—Cuidas del Club Bilderberg…

—No es tan sencillo.

—No te estoy preguntando si es sencillo, te estoy pidiendo que me des algo para poder entrar. La dirección exacta de la sede secreta de la Mesa Redonda, la clave de la puerta, los datos de un o una guardia que sea fácil de seducir…

—Necesito saber qué buscas en la Royal Alpha…

—No puedo.

—Si puedes, no quieres que es distinto… —desvió la mirada en dirección a su platinada guardaespaldas.

—¿Estás diciéndome entonces que sí puedes ayudarme?

—No, Princess, estoy diciéndote que necesito saber qué necesitas de la Royal Alpha para ver si existe una manera de ayudarte.

—¿Puedes entonces?

—Podría —volteó hacia un bote turístico que regresaba al muelle. *Maid of the Forth* estaba escrito a lo largo del casco de la embarcación —. Cuéntame más.

—Sigo un caso —fui revelándole datos, teniendo claro que era muy probable que él ya estuviera enterado de todo—. Me contrató una organización del Vaticano que busca reliquias religiosas —fue elusiva a propósito.

—Pro Deo —respondió, detenido en la gente que bajaba del bote.

—Un caso relacionado con un cáliz perdido en Chile, en 1982.

—El Grial de Haimbhausen —regresó conmigo—. El meteoro recientemente robado del Museo de Historia Natural de Berlín. ¿Fuiste tú? —no le respondí, no era necesario—. ¿Por eso estabas en Bruselas? —siguió—: Buscando a los herederos del constructor de puentes — miró a propósito las poderosas vigas de acero pintado de rojo, que sostenían la doble vía férrea a cincuenta metros por sobre nuestras cabezas. Padre siempre había sido certero a la hora de seguir las instrucciones de un guión.

—Necesito encontrar el resto del meteorito y el Grial de Haimbhausen.

—¿Y cómo se supone que puedo ayudarte? —siguió jugando.

—Pistas de donde encontrarlo, algo que de seguro sabes.

—Podría saberlo.

—Negociemos...

—¿Qué te hace pensar que mi información tiene un precio, hija?

Odio que me llame hija. Lo sabe, por eso lo hizo.

—No hablo de un precio, al menos no monetario.

—¿No monetario? —preguntó sin mirarme y con un tono que no revelaba la mínima emoción. Un lugar común de los trucos. Ni siquiera es viejo, es malo.

—Sí, no monetario —marqué sin rodeos—, tengo algo que a ti o a tu Club quizás pueda interesarles para su colección.

Padre siguió viéndome fijo y yo aproveché su atención para sacar mi teléfono del bolso que colgaba de mi hombro izquierdo. A un costado del Mercedes-Maybach S-600 Guard blanco plata, la chofer guardaespaldas parecida a Ursula Andress hizo un leve movimiento, pensando que podía estar tomando un arma.

Otro tren corrió lanzando chispas rumbo al norte, por una de las plataformas del puente. No era un expreso, sino un convoy de cercanías que operaba en el área dominada por Edimburgo y sus localidades aledañas.

Busqué una foto y la desplegué en la pantalla principal del celular. Luego se lo alcancé.

—Mira por ti mismo, hay otras ocho imágenes, córrelas... Intenté ser lo más detallista posible, pero nunca he sido buena fotógrafa.

Padre empezó a revisar las instantáneas.

—Una gladius —comentó Armitage Kingstone Valiant, reconociendo la espada retratada en la pantalla del celular.

—No completamente. Nota el pomo del arma —apunté a que se fijara en las marcas bien espaciadas para acomodar los cinco dedos del portador.

—Cinquedra.

—Una gladius ligeramente más larga, con mango de cinquedra. Acero veneciano del siglo III —fui describiendo, segura de que él ya tenía conocimiento de lo que estaba revisando—. La usaron en las campañas más occidentales de la Legión VI Victrix, hacia el siglo VI, en Britania… Un poco más al sur —miré en dirección a los estacionamientos, donde mi motocicleta y el auto de padre seguían aguardando—. Supongo que ya leíste la inscripción marcada en la hoja de la espada, traté de enfocar de cerca para que se distinguiera bien.

—*Ex calce liberatus* —pronunció en voz alta, subrayando cada una de las tres palabras en latín con acento italiano.

—«Liberada de la piedra». La espada paternal del Lucius Artorius Castus, prefecto de la Legión VI Victrix en Britania, quien llegó a ser *dux* de estas islas… —describí.

—Más conocido como Rey Arturo —interrumpió mi progenitor.

—Y su espada Excálibur, como la conoce la mayoría de la gente de acuerdo a la infinita variación del mito. Supongo que sabías que era parte del tesoro de la Santa Clara —le recordé.

—La Cuarta Carabela —pensó en voz alta—. Entonces es verdad que tú y ese escritor de *best sellers* la encontraron…

—Claro que es verdad, pensé que tú y tu Club lo sabían…

Me evadió con una pregunta:

—¿Por qué tienes la espada?

—La usé para matar a mi hermano… —estiré el suspenso—. Y me la quedé de recuerdo…

—Excálibur es…

—Para mí es solo una espada… La pregunta es si la quieres.

Padre me devolvió el teléfono. Levantó la mirada para ver hacia el puente y comentó:

—El Grial de Haimbhausen no está en la sede central de la logia Royal Alpha en Londres, de eso estoy bastante seguro. Ignoro donde pueda estar, pero conozco a alguien que tal vez sí lo sepa.

—¿Quién?

—Francisco Watterly McKay, exsecretario de prensa de Augusto Pinochet…

—¿El dictador?

—Si, Augusto Pinochet. Creo que vas a tener que viajar a Chile, querida.

—Elena Mistral —pronuncié, mirando hacia el mar.

—Por supuesto —mi progenitor torció una sonrisa—, quién otra iba a estar detrás.

—La conoces, ¿verdad?

—Monja agustina, quizás la más importante de todas en el Vaticano, una de las directoras de Pro Deo, obsesionada desde hace años con encontrar el leguaje de Dios en la Tierra. ¿Aún pretende demostrar que Dios, además de existir, es hembra?

No le respondí.

—Evidentemente te está pagando no solo con dinero. Cuéntame Princess, qué más te prometió la monja.

Decidí responderle con la verdad.

—Información, padre —ataqué—. Acerca de algo que te he preguntado toda mi vida y tú te has negado a responderme. Elena Mistral dice saber quién es y dónde está mi madre. Mi verdadera madre.

39

El Mercedes blanco metálico bajó por Palmerston Place en dirección a la esquina con Lansdowne Cres. Tras doblar a la izquierda, sin marcar sus intermitentes, avanzó despacio por la intersección de las calles Lansdowne con Grosvenor Cres.

—Detente acá y espera mi llamado para recogerme —le ordenó Armitage a Ingrid, su chofer y guardaespaldas, una rubia de ojos azules y pecas solo en la mejilla derecha, nacida hacía veintinueve años en Ginebra, aunque había pasado toda su vida en Frankfurt, donde tras cursar una temporada en una escuela militar, prefirió optar por el más lucrativo camino de la seguridad privada. Su aspecto de modelo de alta costura, más su habilidad con todo tipo de armas y combate cuerpo a cuerpo la convirtieron en uno de los nombres más requeridos entre los empresarios más poderosos de Europa. Pero por

sobre esas cualidades, Armitage y el Club Bilderberg habían decidido pagar sus altos honorarios por el talento natural que Ingrid ostentaba tras el volante, sobre todo cuando se trataba de vehículos caros y muy potentes, fabricados en Europa. Porque ese era el sello de la mujer. Conducía solo autos de marcas tradicionales del viejo continente, despreciando cualquier «motor con ruedas», como ella los llamaba, que pudiese venir de los Estados Unidos y sobre todo de Asia. Los Mercedes-May-
bach estaban entre sus preferidos, aunque su verdadero amor eran los Bentley, como el que Armitage utilizaba hasta hace cinco meses, un Mulsane Speed que fue devuelto a Bentley cuando el trato comercial con Mercedes fue más conveniente para el Club. Ingrid llevaba con Armitage poco más de año y medio, y de todos sus jefes, era el que menos trabajo le había dado. También era el único que no había intentado acostarse con ella. Por eso le agradaba, incluso había llegado a tenerle legítimo cariño. Ingrid tenía claro, que más allá de sus evidentes grises, su jefe era un hombre decente, quizás demasiado para el cargo que ostentaba.

El director de seguridad del Club Bilderberg bajó de su vehículo, se acomodó el abrigo y caminó a tranco seguro por Lansdowne Cres en dirección a la inmensa mole que se alzaba pocos metros adelante. Terminada en 1917, tras casi treinta años de construcción —aunque sus últimas modificaciones estructurales databan de 1970—, la Catedral de St. Mary estaba consagrada a la comunión anglicana. No obstante era administrada, en conjunto con los templos católicos de la ciudad, por el arzobispado de Edimburgo. La iglesia no solo era la de mayor tamaño de la ciudad y de Escocia entera, sino uno de los cuatro edificios religiosos más grandes de las islas Británicas.

Nueve y treinta de la noche y el poco tráfico en ese sector de la ciudad hizo que el padre de Princess Valiant cruzara Palmerston Place sin detenerse a mirar en dirección al tránsito. Paró su tranco bajo el pórtico de la catedral y observó hacia lo alto de las dos torres que flanqueaban el ingreso al templo, dos agujas góticas de que se elevaban hasta los setenta metros, terminando ambas en sendos conos de cruces gemelas. Altas, pero menores en comparación con el capitel que emergía del cruce del transepto con la nave central y que ascendía por encima de la línea urbana de la ciudad hasta los noventa y dos metros y constituía aún la construcción más elevada de Edimburgo.

—Señor Valiant —le habló la voz calmada de una mujer, interrumpiendo la observación de las góticas formas de la catedral, en la que Armitage parecía ensimismado.

—Hermana Viani —saludó reconociendo a quien lo esperaba de pie, como una escultura vestida de gris, bajo la torre norte del pórtico —. Gusto en conocerla en persona —insistió Armitage—,

extendiéndole la mano—. El contacto real siempre superará a las llamadas de video, WhatsApp, Telegram o lo que vayan a inventar.

Aunque Audra Viani no compartía la opinión, asintió a cada palabra del recién llegado.

—¿Su asistente? —le preguntó enseguida a Armitage, quien pensó que era una divertida palabra para referirse a Ingrid.

—Le pedí que me esperara en el auto.

—Si acaso su hija… —titubeó Audra.

—Mi hija no vendrá —mintió Armitage. No porque Princess estuviera cerca, sino porque de verdad no tenía idea dónde y qué estaba haciendo ella en ese momento—. ¿Mistral?

—Por acá —habló Audra, invitándolo a seguirla por los jardines del ala norte del templo. La ruta accedía a un pasillo de piedra que continuaba las formas de la nave central y el transepto en dirección a los edificios de la Old coates house, una pequeña mansión de cuatro pisos adherida a la estructura posterior de la catedral.

—Buena idea escoger la catedral —comentó Armitage mientras iba tras la monja agustina vestida de civil.

—¿Lo dice porque un templo católico hubiese sido demasiado obvio? —el padre de Princess asintió—. Las diferencias entre Roma y Westminster son solo cosméticas, obedecemos al mismo patrón.

—Pro Deo —pronunció con acento arrastrado y a propósito, el hombre de Bilderberg.

—Si usted lo dice…

—En todo caso, mi comentario acerca de la iglesia, no era por su consagración, sino por una cuestión de admiración arquitectónica. Es un edificio magnífico.

—Muy hermoso —respondió en automático la religiosa, mientras se adelantaba hacia el caserón de piedra, levantado en un estilo que imitaba las mansiones campestres tradicionales del Reino Unido.

Cuando Armitage volteó hacia la hermana, vio que ella había desaparecido hacia el interior de la casona y en su lugar, esperando bajo el umbral de la puerta, lo miraba fijo una mujer de cabellos canos, solo un poco menor que él y que vestía exactamente igual a la más joven.

—Elena —pronunció Armitage—. ¿Cuántos años?

—Veinticinco —respondió ella.

—Veintisiete —corrigió él—. Es bueno volver a verla.

—Lo mismo digo, señor Valiant.

—Bueno, usted dirá dónde conversamos. Imagino que hay salas a su disposición dentro de la Old coates house —levantó el mentón apuntando a la casona.

—Salones con buena privacidad, por supuesto que los hay —la monja arrugó el ceño—. Pero es una noche agradable, lo que es

bastante decir en Edimburgo. ¿Le parece que caminemos por los jardines?

—Si le resulta seguro.

—Estamos seguros, ¿no es así, señor Valiant?

Armitage respondió con una sonrisa cómplice mientras escoltaba a la religiosa a través de los senderos que zigzagueaban alrededor de los prados y árboles, finamente recortados, que decoraban el ala norponiente de la catedral. El laberinto verde se extendía hasta un pequeño cementerio en la esquina de Palmerstone con Chester Street.

—Me gustan las tumbas —comentó Elena Mistral.

—Lo recuerdo —sonrió Armitage.

—Entiendo que ya se reunió con su hija…

—Con mi hija —repitió Valiant, pensando lo directa y rápida que era la religiosa—. Sí, me reuní con ella, tal como se lo anticipé en la llamada de anoche.

—Imagino que ella le ofreció algo de valor.

—Una espada.

—Excálibur.

—Ella la acompañará a Chile. Me aseguré de ello.

—No se trata de que me acompañe, ella debe venir conmigo.

—Le está pagando bien, no hay motivo para pensar que no irá. Además le hizo una gran promesa —Armitage tomó aire—. Debo admitir que admiro su coraje.

—No es coraje.

—Lo tengo claro. Hablamos de Princess, con ella hay que ser muy cuidadosos a la hora de motivarla. Por nada del mundo mi hija debe sentirse obligada…

—Habla como si la hubiese criado.

—Me aseguré de estar muy encima de su crianza, aunque ella no se diera cuenta.

—Se dio cuenta.

—Por supuesto que se dio cuenta.

Armitage se quedó en silencio, observando cómo la anciana religiosa se apoyaba en la cruz de piedra de la tumba de alguien apellidado Stirling, que había fallecido en mayo de 1925.

—Entonces debemos encontrar al secretario…

—Federico Watterly McKay —pronunció Armitage—. Él sabe qué fue del Grial de Haimbhausen.

—¿Y usted sabe si Watterly…?

—¿Aún vive? —la interrumpió el padre de Princess.

—No era eso lo que quería preguntarle.

—¿Si sé dónde encontrarlo…?

Elena lo miró fijo.

—Podría averiguarlo. Con mis datos y lo que usted pueda

conseguir por su lado será fácil.

—La familia Edmunds…

—Es una posibilidad —Armitage prefería no entrar en ese tema. O en esa familia. Tras la interrupción, que Mistral supo entender, regresó al asunto central de la plática—: Watterly McKay ha cuidado de permanecer fuera de la atención tras la caída de Pinochet…

—¿La caída? —interrumpió Elena.

—Usted sabe que nos gusta usar esa palabra para referirnos a los movimientos políticos que solemos…

—Pagar…

—Guiar.

Elena Mistral sonrió por primera vez durante toda aquella conversación.

—Como le decía —continuó el padre de Princess—. Watterly McKay se ha cuidado de permanecer invisible tras el fin de la dictadura chilena… —acentuó los suspensivos—. Pero claro, descuidó el flanco más vulnerable de todos.

—La familia…

—Esposa, hija, nietos —fue específico Armitage—, que como todo el mundo en este planeta usan tarjeta de crédito y teléfonos celulares… Princess le puede ayudar en eso —se mordió a propósito el labio inferior, enseñando una dentadura amarillenta y espaciada—. Además, hay un detalle en su personalidad del que usted y sus superiores pueden sacar ventaja.

—¿Y cuál sería ese detalle de la personalidad del señor Watterly?

—Es un… ¿Cómo dicen los hispanos y latinos…? —sobreactuó—. Un piadoso católico que busca desesperado el perdón.

El padre de Princess volteó hacia la izquierda y miró en dirección a la base del capitel de la catedral. Y durante un segundo creyó ver que una de las gárgolas de piedra que protegían el templo se movía. Su imaginación, pensó; aunque él no tenía tanta imaginación.

40

«¿Estuvo todo el tiempo allá arriba?», me preguntó Elena Mistral, tras despedir a padre, en la verja de hierro junto a la torre sur de la catedral.

—Más arriba —indiqué hacia el capitel—. Me apoyé en las gárgolas.

—Su padre se dio cuenta.

—Por supuesto que se dio cuenta. Es padre —le respondí, mientras

de reojo observaba cómo la silueta sombría de mi progenitor cruzaba la calle hacia el punto de unión entre Lansdowne con Grosvenor. A unos ciento cincuenta metros en dirección oriente de mi punto de vista, las luces traseras del Mercedes conducido por Ingrid se encendieron. Bajé los ojos. En los jardines, junto a la nave central del templo, la hermana Mistral me estaba mirando. Tenía buenos ojos. A pesar de lo oscuro de la noche sin luna y de mi vestimenta negra, había logrado enfocarme y no perderme. Lo hizo durante toda la charla con padre, mientras transitaban de ida y vuelta por los jardines de la catedral, de la Old coates house y del cementerio.

Descendí con cuidado hasta el techo de la mansión arzobispal y usé su estructura más baja y con suficientes puntos de apoyo para saltar hasta el prado que rodeaba el conjunto arquitectónico.

—Como una superhéroe —comentó Mistral al tenerme finalmente parada de pie a su lado—. O una supervillana.

—O como Batman…

—Batman es un héroe.

—Depende de cómo se le vea. Para quienes lo defienden es un héroe, pero si lo piensa bien, desde un análisis de personalidad, es básicamente un individuo con mucho dinero y recursos, que usa ese dinero y esos recursos para suplir un trauma de infancia. Y lo hace saliendo por las noches, vestido de demonio…

—Como usted ahora —apuntó a mi indumentaria.

—Detesto los monos de neopreno, pero son baratos y funcionales.

—Puede cambiarse allá adentro —apuntó a la Old coates house del templo—, si lo precisa.

—Estoy bien así.

—Imagino que escuchó todo —prosiguió la religiosa, regresándome el iPhone chino que había llevado oculto en un bolsillo, durante toda su cita con padre.

—Casi todo —le contesté, revisando en el teléfono que el registro de audio hubiese quedado guardado—. Se alejaron bastante —miré hacia el cementerio— y los audífonos inalámbricos no tienen tanto alcance. Aunque por el lenguaje no verbal fue fácil inferir algunos temas desde allá arriba —apunté a la base del capitel con mi mentón.

—Además sabía de lo que íbamos a hablar.

—Tenía información, no es lo mismo. De ambas partes —subrayé.

—No pensé que le fuera a decir lo que hablamos de su madre —me miró fijo, como ya era habitual en ella, sin pestañear.

—Hasta donde entiendo no hemos hablado de ella. Usted me ofreció información cuando esto termine, que es distinto.

Elena Mistral arrugó la boca hacia su mejilla derecha.

—Su padre no va a perdonarla.

—El perdón de mi padre es mi asunto.

Volvió a hacer una mueca con su mejilla derecha y luego continuó.

—Sí, es su asunto —resopló—. Acerca de lo que conversó usted con su padre —se lo había informado antes de que Armitage se reuniera con ella—, estoy de acuerdo que nuestros esfuerzos deben ir más allá del cáliz.

—Dejar lo del Grial de Haimbhausen y concentrarnos en el meteorito —repliqué, pensando que quizás habría sido conveniente adjuntar lo de Verniory también. Más si padre estaba enterado de mi viaje a Bruselas. Por ahora preferí mantenerlo como secreto.

—Lo tengo claro —marcó ella, sin responder.

—¿VEAS-101 o SK-87124? El primero lo tienen sus superiores; el otro imagino que está en una habitación allá dentro— indiqué hacia la Old coates house. Desde una de las ventanas iluminadas del tercer piso de la casona, nos observaba la silueta espigada de Audra Viani.

—Estaba, lo mandé hace unas horas a Roma —subrayó Mistral, mirando también en dirección a su asistente—. El señor Watterly y nuestro viaje a Chile deberán esperar algunos días.

—Chile siempre puede esperar —marqué.

—Entonces, Princess, ¿le parece partir a Italia mañana a primera hora?

—Preferiría después del mediodía —la detuve—. A las diez tengo cita con la modista que usted me recomendó. He de agregar que me pareció una mujer agradable, al menos por teléfono.

—Lo es.

Otra vez miré en dirección a la ventana desde donde nos vigilaba Audra Viani. Era tan obvio que había escuchado toda mi plática con su superiora, tanto como que voluntariamente me estaba dejando caer en una trampa armada por este par de monjas y mi padre. Querían algo de mí y lo iba a averiguar. Porque yo quería algo de ellas y lo iba a cobrar. Mistral y Viani lo sabían. Muy en el fondo me agradaba la manera de moverse de las agustinas; era Pro Deo lo que me preocupaba.

CASTEL GANDOLFO, ITALIA

MIÉRCOLES 28 DE AGOSTO

41

Similar al espolón de un antiguo buque de guerra, el torreón del Observatorio Vaticano se alzaba con sus cúpulas gemelas por encima del contrafuerte del castillo Gandolfo, erigido en 1626; más de tres siglos después, en 1945, el alcázar fue convertido en la residencia oficial de verano de los pontífices. Hacia el sur, la villa que daba nombre al palacio; por el noreste las tranquilas aguas del lago Albano; entre ambos una carretera serpenteante que superaba las continuas colinas que marcaban la geografía del pueblo, el espejo de agua y la construcción más famosa de la región.

A pocos días del fin del verano septentrional agradecí a los marcianos que el Papa se encontrara de gira por Estados Unidos. No me hacía gracia tropezarme con guardias imperiales cada dos metros, aunque continuara bajo la protección de Elena Mistral, si es que acaso estaba siendo protegida por la poderosa agustina, ama y señora del proyecto Metatrón de Pro Deo.

Castel Gandolfo era bastante más que la residencia estival de los señores del Vaticano. Estratégicamente situado a veinte kilómetros del centro de Roma y conectado con redes de autopistas y una línea de tren de alta velocidad, la localidad se ubicaba bajo un cono de silencio producido por un pequeño reactor nuclear enterrado a ochocientos metros bajo el castillo, con el objeto de burlar cualquier aparato electrónico que quisiera penetrar el área, convirtiendo al castillo en la fortaleza perfecta para resguardar al Vaticano y a sus tesoros en caso de un posible ataque. Sobre todo a sus tesoros. Por algo Pro Deo lo administraba. La famosa biblioteca de la Catedral de San Pedro era una broma comparada a lo que ocultaban los túneles y bóvedas subterráneas que se extendían bajo mis pies y que, de acuerdo a

Mistral, eran el gran legado de la Iglesia católica a la civilización humana; también lo único que podía destruir realmente al poder romano, por mucho que la Hermandad hubiese gastado años tratando de acabar con la fe mariana en Latinoamérica. Pero claro, pocos anduvieron más extraviados en sus fines que mis exjefes de Washington. Tras los incidentes de la Cuarta Carabela de Colón y el proyecto Andinia, la Hermandad quedó desbaratada; más ante el inoperante actual Hermano Anciano, sentado en la oficina oval de la Casa Blanca. Mistral no es tan optimista como yo respecto de sus antiguos adversarios, pero está conmigo en la idea de lo extraviado del camino de los autonombrados «guardianes de la fe» de Washington D.C.

—Pensé que la central del Observatorio Vaticano estaba en Arizona —comenté, al ver los sofisticados aparatos de estudio y las terminales de computadores que me rodeaban, la mayoría operados por hombres y mujeres tan jóvenes como silenciosos.

—Lo del Observatorio Steward de la Universidad de Arizona es solo un grupo de estudios de esta institución… —me respondió Audra Viani, siguiendo con su mirada cada lugar que yo observaba.

—Una cubierta.

—No lo llamaría de esa manera, pero sí. En Arizona se realiza la investigación oficial, acá la profunda. En este sitio están nuestros tesoros.

—Como el proyecto Metatrón —un sacerdote de obvios rasgos del sur de África bajó sus anteojos y me quedó viendo al escuchar el nombre que acababa de mencionar.

—Entre otras iniciativas —completó Viani.

—Lucifer… —el sacerdote volvió a mirarme.

—*Large Binocular Telescope Near-infrared Utility with Camera and Integral Field Unit for Extragalactic Research* —me respondió desde mi espalda y en inglés, la voz de un hombre que no me era familiar y que, en una primera impresión, calculé que se trataba de un individuo de edad mediana, posiblemente estadounidense por su tono de habla —. «Telescopio infrarojo de largo alcance con cámara binocular y unidad de campo integral para la búsqueda extraterrestre». En sus siglas en inglés, Lucifer…

Giré para mirar a mi interlocutor.

—Un acrónimo bastante oportunista, ya que obvia las palabras *Binocular Telescope Near-infrared* para darle el gusto a páginas web sensacionalistas, cultores de la conspiración y escritores de libros de aeropuerto… —le respondí.

—Como su exsocio —contraatacó el hombre que ahora tenía delante y que bajo el delantal blanco llevaba hábitos de la Compañía de Jesús.

—Nunca fue mi socio.

El sacerdote sonrió.

—Padre y doctor Guy Consolmagno —se presentó—, un gusto conocerla finalmente en persona, señora Valiant —me causó gracia que me llamara señora. Hombres mayores de cuarenta años enfrentados a la época del lenguaje inclusivo y a lo políticamente incorrecto de decir señorita—. Acá hemos estado al tanto de sus hazañas desde hace un buen tiempo…

—Padre, doctor, señor —recalqué, devolviéndole el pase—, ¿cómo puedo llamarlo?

—Como usted desee, Guy si le parece —entendió mi recado, punto para él.

—Prefiero «padre».

Me extendió su mano derecha, que no tenía la firmeza que su porte proyectaba; quizás era surdo o ambidiestro. Guy Consolmagno estaba alrededor de los cincuenta años, era alto y fornido, lo que delataba una complexión atlética especialmente notoria en los hombros, amplios, producto de años de natación tal vez a nivel de competición. Barba perfectamente rasurada y cabello abundante hacia la nuca, con pocas canas. Ojos cafés casi negros y nariz firme. No confío en los curas, creo que la mayoría son unos criminales con doble vida, me da asco su vida de mentiras, sin embargo eso no resta que lo encontrara atractivo. En otras circunstancias habría buscado la manera de llevármelo a la cama.

Consolmagno era de origen italiano pero se había criado, educado y formado en California, de ahí su acento.

—En algo tiene mucha razón, Princess —prosiguió el jesuita, mientras Elena Mistral se acercaba hasta ubicarse a la derecha del cura—. Lo de lucifer ha sido básicamente publicidad sensacionalista. El telescopio ni siquiera está en las instalaciones del Observatorio Vaticano en Steward, sino al lado, en el edificio del LBT, el *Large Binocular Telescope*, de la Universidad de Arizona, en el monte Graham. La verdad es que somos vecinos de lucifer.

—Una forma de decirlo. Lo cierto es que usted y su gente han ocupado el telescopio para buscar algo allá arriba…

—A veces hemos cruzado la calle para buscar más que simplemente un «algo allá arriba» —a propósito, repitió mi idea.

—Princess —cortó la conversación Elena Mistral—, veo que ya conociste al padre Consolmagno, director científico de Metatrón, mi mano derecha…

—Pensé que su mano derecha era Audra —miré a la otra religiosa, que permanecía silente a mi lado.

—Es conveniente tener dos manos derechas. Una para el trabajo de campo —miró a la monja y abogada italiana—. El padre Consolmagno

se encarga de… —no encontró la palabra.

—…del salón de clases —respondió el religioso.

Me recordó a Elías Miele, no me gusta acordarme de él.

—El padre Consolmagno recibió ayer por la tarde el meteoro SK-87124 y ya tiene algunas conclusiones.

—¡Qué rápido! —traté de ser sarcástica. No puedo ser sarcástica.

—No nos adelantemos —respondió nervioso el presbítero, viéndome de reojo—, es un análisis preliminar, pero arroja bastantes luces sobre lo que ya habíamos estudiado —se desvió hacia Elena Mistral.

—¿Luces? —apunté a ambos, marcando la palabra como manera de indicar cuánto odio que usen metáforas, más si son malas metáforas.

—Venga con nosotros —me respondió la monja agustina.

Caminé detrás de Audra, la última en una absurda fila india que cruzó el laboratorio principal del observatorio de Castel Gandolfo antes de adentrarse en las profundidades del castillo.

El astrónomo jesuita corrió una puerta traslúcida en cuyo interior se abría una habitación blanca muy brillante con una mesa al centro, sobre la cual estaba dispuesto mi ya familiar SK-87124. Una pareja: hombre y mujer, ambos vestidos con sendos delantales, lo examinaban con pinzas y pequeñas brochas.

—Dimitri, Eloísa —los identificó Consolmagno—, nos permiten un momento.

La pareja dejó sus instrumentos y salió del cuarto, saludando con respeto a Mistral. Eloísa le sonrió a Audra y me dedicó una mirada tan fría como penetrante antes de cruzar la puerta, como si yo le hubiese hecho algo malo. Apenas desaparecieron por el pasillo, Consolmagno cerró con traba electrónica. Luego marcó seis números en un teclado de seguridad y giró hacia nosotros.

—Así es mejor —dijo—, ahora nadie nos podrá oír. Tenemos una brecha de cinco minutos.

—Será suficiente —agregó la superiora, entretanto yo pensaba que quizás no era mala idea aprovechar ese lapso para clonar los teléfonos de los presentes. Opción que deseché en un par de segundos—. ¿Entonces, Guy? —El cura la miró, luego clavó sus ojos en mí.

—SK-87124 —comenzó a disertar—, S y K por Sudamerika —marcó la «k»—, 87 por el año de su donación a Berlín y 124 por el número de la pieza dado en el museo —nos miró a las tres—. Efectivamente el meteoro que Pro Deo buscaba —aseguró—, pero no el que Metatrón necesita —recordé lo que Mistral me había informado mientras conversábamos frente a *Las meninas* en el Museo del Prado.

Me gustó lo grave de su tono de voz afirmativo.

—¿No corresponde al del cáliz, entonces? —preguntó confusa

Audra.

—No —Guy Consolmagno siguió siendo categórico—. SK-87124 es básicamente un trozo del meteoro originalmente conocido como VEAS-101…

—El que estaba en una plaza infantil en Santiago de Chile hasta 1997 —manifesté, demostrando que había hecho mis deberes.

—Exactamente. Y que ahora está en nuestro poder, en una sala dos niveles más abajo. Su índice de hierro y de reacción a los rayos X son idénticos, además el porte y la forma del fragmento coincide con los de una rotura presente en la piedra más grande.

El astrónomo de la Compañía de Jesús se acercó a un monitor táctil que había en una pared y presionó la pantalla. En ella apareció una animación 3D que mostraba un esquema de VEAS-101 y la posición, en la roca principal, del fragmento conocido como SK-87124.

—¿Qué tan acertada es esta conclusión, padre? —volvió a abrir la boca Audra.

—99,9% de ser correcta.

—Guy —Elena Mistral miró su reloj—, quedan dos minutos.

—Ok, ok —tartamudeó nervioso el religioso—, SK-87124 al igual que el trozo madre —apuntó al monitor, donde aún continuaba la animación—, tienen alrededor de doce millones de años, contando desde la fecha aproximada de su impacto en la Tierra. El meteorito del cual Haimbhausen labró el cáliz es mucho más reciente…

—¿Está seguro? —otra vez preguntó la italiana que asistía a la señora de Pro Deo. Me sorprendió estar más informada que ella al respecto.

—Lo estamos —fue Mistral la que respondió, dirigiéndome una mirada partícipe mientras hablaba.

—El meteorito negro que buscamos se estrelló en nuestro mundo a finales del siglo XV… —explicó Consolmagno.

—¿Cómo sabemos eso? —Audra miró a Mistral, realmente estaba sorprendida.

—Por la verdadera razón de la muerte de Haimbhausen —el único hombre presente completó la idea.

Solo atiné a torcer una sonrisa.

—Envenenamiento radiactivo —concluí en voz alta.

—Por exposición a metales de origen desconocido —añadió el padre Consolmagno—. Además, hemos de considerar en la ecuación —siguió el jesuita, en un tono muy didáctico— que para conseguir moldear un meteorito, con los instrumentos disponibles en el siglo XVII hasta darle la forma del cáliz en cuestión, se necesita de una piedra bastante más joven, aún afectada por el calor del roce contra la atmósfera y el impacto.

—Aún radioactiva —sumó Audra.

—¿Qué otra cosa no nos ha contado? —volteé hacia Elena Mistral —. Algo de la posibilidad de que el meteorito fuera el errado ya me lo había adelantado en nuestra plática frente a *Las meninas* —la traicioné. Viani me miró, luego a su jefa—, pero evidentemente hay más secretos. Usted está hecha de secretos —recordé lo que había leído en las cartas y diarios de Gustave Verniory y aunque la oportunidad para revelar esa jugada era precisa, opté por seguir guardando la información en mi casillero del gimnasio conspirativo.

—Guy… —la jefa de Metatrón ni siquiera acusó mi deslealtad.

—El meteorito que buscamos jamás salió de Sudamérica —aseguró el astrónomo y presbítero.

—¿Y las inscripciones, el alfabeto marcado como jeroglífico en SK-87124? —me acerqué a la roca del espacio.

—Obra de Haimbhausen, es probable —otra vez el presbítero indicó la pantalla.

—Habla con seguridad.

—La seguridad que me da el carbono 14, Princess. La escritura en SK-87124 fue copiada durante la segunda mitad del siglo XVII. Usaron un cincel de acero toledano…

—¿Copiada?

—De una fuente original —respondió Elena.

—Las páginas perdidas del diario de Haimbhausen —deduje en voz alta, Mistral me contestó arrugando sus mejillas—. ¿Usted lo sabía, verdad?

—Tenía mis sospechas.

—No soy buena con los potenciales —me acerqué a la anciana—. Ahora va a confesar que tiene las páginas que le faltan al diario.

—No las tengo —era firme, suficiente para resultar creíble, eso me gustaba en ella.

—¿A qué vinimos, entonces? —seguí acercándome—. Usted ya sabía todo esto, lo que el astrocura acaba de contarnos —solo Consolmagno sonrió con mi calificativo—, podría habérnoslo dicho a través de una llamada. Perdimos dos días, ya estaríamos en Chile y quizás ya tendríamos el tal Watterly…

—Es probable.

—Sin potenciales… —di otro paso, Audra se acercó al cura, quizás pensando que el religioso de anchas espaldas podría ayudarle si yo me volvía loca.

—Me gusta ver en directo el trabajo de mi gente. Además vinimos por él —apuntó a Guy.

—Éramos usted, yo y con suerte su monja asistente.

—Monja asistente —escuché murmurar a Audra.

—Además no me gustan los curas —miré a Consolmagno—. Y no

lo digo por usted —el astrónomo arqueó sus cejas.

—Cambié de parecer y soy yo la que pago —siguió la señora de Pro Deo—. Hay un meteorito perdido y un cáliz hecho de esa piedra del cielo. Tenemos el tiempo en contra y debemos ir a la segura. Necesito al padre Guy con nosotros.

—Cinco minutos —marcó el jesuita, justo cuando dos guardias aparecieron al otro lado del cristal protector con sus armas cruzadas al frente.

Consolmagno se acercó a la puerta y marcó la clave del teclado para quitar los seguros. Estos saltaron de inmediato y abrieron la entrada traslúcida.

—Todo está bien —pronunció el cura en italiano, mientras los guardias no me quitaban la mirada de encima, en las restas yo era la única persona extraña en el lugar.

—Necesitaba hablar en privado con mi gente —se acercó Elena Mistral.

—Sí, señora— asintieron ellos, antes de regresar por donde habían venido.

—Puntuales —comenté.

—No por nada este imperio ha sobrevivido dos mil años.

—Permanecido —la corregí—, que no es lo mismo que sobrevivir.

—Así mismo —Mistral cambió de tema, volviendo a mi pregunta inicial—, requeríamos venir a Italia por razones prácticas.

—¿Razones prácticas?

—Tengo mi avión acá —sonrió la monja. Insisto, la anciana me caía cada vez mejor. Sabía nadar perfecto en mi piscina. Y no era una cualquiera, como los otros dos que nos acompañaban en la habitación subterránea. Los miré y luego volví a ver el meteorito. Kenya había muerto por un robo innecesario. Elena Mistral sería de las mías y conocería la verdad de mi madre, pero seguía manchada con la sangre de la mujer que me amó.

—¿Pasa algo? —me preguntó, al notar mi mirada perdida en SK-87124.

—Sí —no le iba a mentir—, usted sabe perfectamente lo que pasa.

LAUTARO,
CHILE

MIÉRCOLES 10 DE DICIEMBRE, 1890

42

«Es una hermosa estructura, me recuerda la torre de Eiffel, pero puesta sobre la horizontal», comentó el hombre, sacando a Gustave Verniory de su concentración en los planos extendidos sobre la mesa de trabajo, dispuesta en mitad de la improvisada sala que la North & South American había instalado en los primeros pisos del Hotel Alemán. El belga levantó la mirada y se encontró con el flemático personaje. Vestía entero de negro, con demasiada elegancia para el lugar y la situación; guantes de cuero, el bigote cuidadosamente recortado y un sombrero redondo que cubría su evidente calvicie. Afuera, la temperatura ya ascendía de los veinticinco grados así que no era raro que gruesas gotas de sudor bajaran de la frente del recién aparecido. Le faltaba cabello pero carecía de canas, Verniory calculó que a pesar de verse mayor no debía de pasar de los treinta y cinco años, quizás menos.

—Tengo entendido que usted trabajó en la torre —siguió el extraño, cambiando su pésimo francés a un inglés tan flemático como su aspecto—. Espero que no le moleste que le hable en inglés —siguió —, supuse que está familiarizado con mi lengua madre —apuntó a los cuadernos e informes que con el logo de la North & South American estaban repartidos por toda la habitación.

—Lo hablo —respondió Verniory—, pero no tan bien como me gustaría. Le rogaría que fuera lento en sus palabras.

—Seré lento en mis palabras.

—Perdón —Verniory se giró por completo hacia el visitante inesperado—, no nos hemos presentado.

—Oh, qué torpeza —exageró, estirando su mano derecha sin quitarse los guantes—, mi nombre es Logan Stirling, trabajo para la

embajada inglesa. Gusto en conocerlo, ingeniero. Hemos seguido sus aventuras desde hace... —lo miró a los ojos y recalcó— desde hace algún tiempo.

Gustave Verniory respondió el saludo. Logan Stirling tenía un apretón fuerte y seguro, de un hombre que había estado no solo en trabajos de escritorio: una ligera cicatriz en la frente revelaba un pasado tal vez vinculado al ejército o a la marina real.

—Es bueno que el trabajo de uno sea de interés… —el belga continuó el juego.

—No solo su trabajo —continuó Stirling exagerando la lentitud de sus palabras—. ¿Me permite? —se acercó a los planos.

—Adelante —Gustave se alejó de los esquemas, para que el representante de la embajada británica pudiera ver mejor.

—Imagino que sabe que la mayoría de la tecnología ferroviaria chilena la aporta mi gobierno.

—Estoy informado.

—Hace años que mantenemos una mutua colaboración. A Londres le importa en demasía lo que sucede acá —se detuvo y luego, levantando la mirada—: en todo Chile, del norte al sur.

—Algo he oído. De la colaboración en la guerra del 79.

—Por supuesto, la guerra. Chile no hubiese ganado el conflicto a no ser por Inglaterra. Veo que está bien informado.

—Conozco gente, que conoce gente…

—Gente que imagino le ha hablado de otras guerras. Una que no necesariamente tiene que ver con batallas, armas y barcos blindados.

Gustave no respondió.

Logan Stirling arqueó su pesado cuerpo sobre la mesa para revisar con más atención los planos. Se quitó los guantes de su mano derecha y pasó el dedo índice por encima de las líneas que Verniory había trazado con lápiz.

—Quillén —leyó lo escrito arriba de los esquemas—, pensé que era Quíllem —miró al belga.

—Se puede decir de ambas maneras —lo ilustró Gustave—, significa «campo de frutillas» en mapudungun. Mas como la lengua araucana no tiene registro escrito hay palabras que se pronuncian y escriben de distinta forma, tal es el caso de Quillén o Quíllem —se allegó a los planos—. El puente cruzará el pequeño valle formado por el río de ese nombre, al norte de Lautaro.

—532 metros de un extremo a otro…

—Para ser exacto, 532 de un estribo de piedra al otro, los terraplenes de cada punta —explicitó Verniory, mostrándole las estructuras de soporte en el papel.

—¿Y los pilares?

—27 metros el más alto —lo indicó en los planos.

—Un viaducto hermoso, sin duda. ¿Para cuándo ha de entregarlo?

—Es el tercero de la línea, viniendo desde Victoria. El plan es inaugurarlo durante el segundo semestre de 1892…

—Eso si no hay atrasos —arrastró la palabra «atrasos».

—Con permiso —dijo Verniory, arrebatándole a Stirling los planos para enrollarlos y dejarlos junto al resto de la papelería importante de la compañía.

—Imagino que no vino a hablarme de puentes.

—Hay muchos tipos de puentes, señor Verniory. Usted hace viaductos de fierro, yo quizás venga a proponerle puentes morales, de esos que unen diversos mundos. Política, usted entiende.

—Lo entiendo, de otra manera no le hubiesen permitido pasar. Pedí que no me molestaran a menos que se tratara de una urgencia.

—Ya le dije, mi embajada es influyente.

—Dios salve a la reina, señor Stirling —contó hasta diez—; entonces lo escucho—. Gustave caminó hacia un extremo de la habitación y se sentó en la silla del escritorio correspondiente a Francisco Álvarez Riveros, el segundo ingeniero de las obras—, por favor, asiento —le ofreció a Logan Stirling.

El inglés tomó un piso de madera y lo acercó a Verniory.

—Nos preocupa su futuro —le dijo.

—¿A quiénes? —devolvió el belga, mirando la fotografía de la esposa de Álvarez, que su colega había puesto en un marco sobre su mesa de trabajo. Era una mujer joven y muy bonita.

—Represento a gente importante, ya le dije…

—La embajada inglesa.

—Represento a mucho más que la embajada inglesa…

—¿Por qué les preocupa mi futuro?

—Sabemos que desde su llegada a Chile se ha reunido con gente no del todo conveniente para su porvenir.

—¿Quién es usted, señor Stirling? —Verniory intentó parecer amenazante, pero no le resultó.

—Alguien que representa los intereses de un muy buen jefe —la calma del inglés era insufrible.

—¿Qué tan buen jefe?

—Imagino que usted ha oído hablar de lord Salisbury.

Gustave Verniory se quedó en silencio. Recordó cada una de las palabras de la última conversación que había tenido con Leonora Latorre, que entonces le había parecido exagerada e incluso paranoide, pero ahora todo eso había cambiado. Leonora tal vez tenía más razón de lo que ella misma había pensado. El ingeniero tenía enfrente a un embajador no solo del país más poderoso del mundo, sino del hombre que gobernaba ese país.

—¿Y qué puede querer lord Salisbury conmigo? —trató de ocultar

el evidente temor con un tono firme. La seguridad de que cada una de sus palabras iba a llegar a oídos del primer ministro de Inglaterra no era una broma. Pensó en hacer un comentario acerca de si se encontraba ahí por el cambio de nombre de Victoria a Estación Salisbury, pero prefirió solo escuchar y oír lo que tenían que proponerle.

—Por ahora solo saludarle y comunicarle su interés en sus avances.

—Puede verlos usted mismo, tengo los planos de todos los puentes, de la línea central y los futuros ramales —Verniory se cuestionó de dónde había sacado la valentía para tratar de jugar retóricamente con el embajador de Salisbury.

—Señor Verniory, hemos seguido sus pasos desde que salió de Francia, se lo dije cuando comenzamos esta plática —exhaló—. Sabemos por qué aceptó esta empresa y cuál es la verdadera razón por la cual lo enviaron acá…

—Vine a construir puentes —eludió—, vías férreas, ¿qué otra razón puede existir para traer a un ingeniero en fierros desde Francia? —trató de distraer, pero era complicado con los nervios subiendo por su garganta y espalda.

—Señor Verniory, ¿cree en serio que le han contado toda la verdad? —cada intervención del inglés era a propósito enmarcada en potenciales, subrayando las palabras expuestas con la idea de sonar más como una amenaza concreta que como una mera advertencia—. Realmente estamos preocupados por usted. La gente con la que ha estado relacionándose puede traerle problemas a futuro.

—¿Qué es lo que quiere? —repitió la pregunta.

—Por ahora nada, solo dejarle en claro que hay gente dispuesta a ayudarle. El precio se verá más adelante. Pero le aconsejo no demorar tanto, puede que… —Stirling marcó el suspenso de la frase levantando los hombros y poniéndose de pie.

—¿Puede qué…? —Gustave levantó el tono de su temblorosa voz.

—Seguramente ya ha escuchado esta expresión antes. La han usado bastante acá en Chile, sobre todo durante este año. Es como un rumor en voz alta: «La marea está cambiando…».

—Lo he escuchado.

—Por supuesto que lo ha escuchado. ¿Pero sabe?, creo que debemos ser más exactos. No hay una marea de cambios, lo que se aproxima es una bomba. Una bomba enterrada bajo todos nosotros y que muy pronto va a explotar.

—¿Qué tan pronto?

—¿Cuánto me dijo que le quedaba para terminar el puente Quillén? —Stirling indicó hacia el mueble donde Verniory había dejado el plano enrollado.

—Poco más de un año.

—Oh, mi amigo… me temo que falta mucho menos. Quizás ese puente no pase del par de estribos de piedra que ya se están construyendo —exhaló lento—. Una lástima, me gustaría ver ese viaducto acabado. Los planos —volvió a indicar en dirección al estante— adelantaban un diseño hermoso.

—Esa bomba —el belga bajó el tono de su voz—. ¿Cuándo?

—Uno o dos meses… No tiene tanto tiempo, señor Verniory… Espero esta vez escoja la compañía correcta —le sonrió—. Con su permiso, me esperan en el batallón.

—¡Señor Stirling! —lo detuvo Verniory, justo cuando el representante del primer ministro inglés se disponía a abrir la puerta de la habitación.

—¿Si…?

—Si necesitara ubicarlo, cómo…

—Oh, no se preocupe por ello, señor Verniory. El modo de ubicarnos está en todas partes. Usted solo pregunte y tendrá respuestas. Solamente no tarde demasiado, no queremos que se haga tarde. En este país la noche suele ser muy oscura, usted entiende.

Gustave no respondió.

—Hasta luego, ha sido un gusto —Logan Stirling volvió a abrir la puerta y salió dejándola entreabierta.

Gustave se quedó pasmado meditando en la reciente visita y en la amenaza que había quedado flotando en el ambiente. Caminó hacia la ventana. Desde los sucios vidrios del primer piso del Hotel Alemán podía verse la pequeña plaza de Lautaro y enmarcando el fondo los grandes edificios del molino Voigt y la cervecería Ellwauger. Ignacio Fuenzalida, uno de los pocos abogados de la localidad, pasó por fuera de la casa y saludó a Verniory haciéndole un gesto para indicarle que en la noche pasaba a compartir una cerveza con él. Dos jinetes vestidos con el uniforme del ejército pacificador galopaban por la calle principal, mientras en la esquina un indio trataba de vender sus nalcas y piñones, amontonados en canastos de paja montados arriba de una carreta arrastrada por dos bueyes flacos. El sol caía fuerte sobre la plaza y aún no era mediodía. Bien les habían advertido que sería un verano caluroso y no convenía presionar a los obreros que levantaban las vías. La insolación y la fiebre amenazaban con ser la gran demora en las obras durante los meses entrantes. Ahora el belga tenía la seguridad de que no sería la única adversidad. En las últimas semanas eran recurrentes los rumores de que el gobierno de Balmaceda iba a caer y con él todos sus colaboradores y cercanos, fueran chilenos o extranjeros. Gustave no tenía dudas, aquella era la bomba a punto de estallar que había figurado el inglés. Y de seguro la corona británica estaba detrás de lo inminente. Pensó en Victoria, su reciente ciudad adoptiva, ahora llamada Estación Salisbury y curvó una mueca a

modo de sonrisa. Si era cierto que un nombre podía condenar un lugar, ese pueblo había sido marcado. Y no de manera superficial, sino por un mal intrínseco que iba a incubar bajo su subsuelo para aflorar de la manera más inesperada y aterradora de todas. Stirling había recalcado aquello de que en Chile la noche solía ser más oscura que en otros lados y Verniory sabía que no era metáfora. Volvió a pensar en la última conversación con Leonora Latorre; si todo lo que ella le había dicho acerca de lord Salisbury era cierto, la oscuridad nocturna sería más cerrada que nunca. También pensó en meteoritos y copas poderosas hechas con obsidiana de otros mundos, en estribos, terraplenes y fierros, acero falso para ocultar acero sobrenatural. El corazón le latía inquieto, como las válvulas y bielas de la más vieja de las locomotoras. La guerra, le había advertido Leonora, la guerra se venía.

—Perdón, ingeniero —lo interrumpió una voz desde la puerta. El regreso a la realidad se sintió con un puñetazo en la boca del estómago de Verniory.

—¡Doña Peta, que me asustó! —exclamó el belga.

—Disculpe, pasaba a dejarle su almuerzo —la anciana, que lo había acompañado desde Victoria, levantó las dos viandas que llevaba amarradas con un cordel metálico.

—Gracias, déjelas encima del escritorio del señor Álvarez. Él no viene hoy.

—Que no se le enfríe, hace mal para el estómago y usted es de tripa delicada —habló la mujer mientras hacía espacio para las ollas.

—No se preocupe —Gustave trató de ser cariñoso—, me voy a comer todo —le mintió, mientras doña Peta salía del cuarto improvisado de oficina. En un rato más tiraría todo en el pozo del patio del hotel. A lo más le daría la carne de la cazuela a uno de los tres perros del propietario. Hambre no tenía. Ni ahora ni en el resto de lo que quedaba de ese miércoles. A lo más se tomaría una taza de agua caliente con aguardiente, cuando las náuseas pasaran y la mente se sintiera más despejada. Más francesa y menos inglesa, como decía su madre con un extraño tipo de sabiduría que ahora tenía más sentido que nunca.

ROMA,
ITALIA

JUEVES 29 DE AGOSTO, PRESENTE

43

El Mitsubishi Dignity, sedán, negro reluciente y tan blindado como un tanque ruso, siguió a la escolta de tres motoristas por el paso bajo nivel de avenida Palmiro Togliatti para luego tomar por el acceso lateral a la autopista Vía Casilini, ruta que nos llevó a la base militar Francesco Baracca. Desde la década de 1970, el edificio militar ocupaba las instalaciones del antiguo aeropuerto Roma-Centocelle, que fue la principal terminal de la capital de Italia hasta la inauguración del mayor (y más distante) Fiumicino/Leonardo da Vinci en 1956.

Terminé de escribir lo hecho durante la tarde, añadiendo un koala vestido de astronauta después del punto aparte. Redacté rápido y en forma de punteo; apenas una página. Ya tendría oportunidad para narrar con más detalle. Después guardé el cuaderno en mi bolso, me acomodé en el asiento del auto y miré en dirección a la ciudad. Al poniente el sol bajaba contra las cúpulas y torres de la antigua ciudad imperial, mientras las primeras estrellas comenzaban a aparecer sobre el cielo despejado y aún caluroso. El verano había sido duro en Italia y resabios de los cuarenta grados del día se hacían sentir sobre la metrópolis que alguna vez rigió el mundo. Una gota de sudor bajó por mi frente y siguió la línea de mi cicatriz hasta la comisura de mis labios. Odio la transpiración. Es la razón por la que detesto el verano y el calor y por la cual jamás viviría en una ciudad como Roma. El verano en Berlín es menos molesto, más digno y elegante. Cerré los ojos y aguardé, faltaba poco para llegar al lugar donde Elena Mistral nos estaba esperando. A mi izquierda, Audra Viani no dejaba de revisar su teléfono. Estudiosa hasta lo insoportable, usaba Google Earth para verificar datos e información referente a Chile.

—¿Nunca ha ido? —le pregunté, sacándola de su concentración. Prefiero el silencio pero hay ocasiones en que es mejor hablar. No detestaba a Viani, pero su personalidad no me resultaba relevante—. A Chile —especifiqué.

—Hace años, cuando estudiaba en la Sapienza, hice un semestre de intercambio en la Universidad Católica de Santiago. No conocí mucho del país, salvo la capital y sus playas…

—Ahora tampoco conocerá más, al menos según su jefa. Entiendo que usted se quedará en Santiago con el padre astrónomo.

—No le gusta que viniera —levantó la vista del móvil.

—Creo que usted y el cura solo van a demorar las cosas. Además se mueve a la defensiva cuando estoy cerca, eso me perturba. ¿Cree que voy a matarla?

—Ahora no me muevo de ninguna manera —no me contestó la pregunta.

—Porque ahora sabe que va protegida —miré al conductor y a la doble escolta que corría fuera del auto, montados ambos sobre un par de motos BMW.

—Su manera de hablar —volvió a mirar el celular mientras se dirigía a mi—. De pensar en voz alta —buena observación—. A veces creo que usted no es real.

—Que no actúe como el promedio, no significa que no sea real.

Viani levantó la cejas, luego me preguntó:

—¿Qué escribía? En el cuaderno —apuntó a mi bolso.

—Mi diario de vida —no le iba a dar más detalles.

—Pensé que ya nadie llevaba diarios de vida.

A través del espejo retrovisor, el conductor del Mitsubishi Dignity nos vigilaba atento a cada palabra de la conversación. Pensé en cambiar a alemán pero hubiese dado lo mismo, de seguro además de chofer era agente en terreno y —como todos los personajes que me habían rodeado los últimos dos días de mi vida— estaba capacitado para entender al menos cuatro de las seis lenguas más comunes de Europa. Inferí además que ante la palabra muerte estaría dispuesto a saltar encima mío para proteger a Audra, mientras mantenía el control del auto con sus piernas. De las dos personas que transportaba yo era la única que no tenía relación alguna con quienes le pagaban su salario, que debía tener varios ceros a la derecha.

—¿Usted es lesbiana? —confieso que el inesperado cuestionario de Viani me estaba descolocando.

—¿Qué clase de pregunta es esa? —siempre contesto con una pregunta cuando me desordenan mi continuidad.

—Curiosidad incómoda, como lo de su diario de vida —otra vez apuntó a mi bolso—. Usted me ha incomodado con cada diálogo que hemos tenido desde que la hermana Mistral nos presentó, yo ahora

hago lo mismo —una movida casi inteligente de su parte—. Está en libertad de contestarme, si no…

—Claro que le contesto. Considero de mala educación de la gente promedio eso de no responder directo a lo que se les pregunta. O evadir con otro tema.

—O con otra pregunta —de pronto la hermana Viani sabía jugar en mi terreno—. Promedio, curiosa adjetivación —torció una sonrisa.

—Sí, promedio.

—Considera usted, entonces, que las personas que no somos de su condición mental somos promedio.

—Absolutamente. Ustedes son la regla, el promedio; nosotros la excepción. Le aclaro eso sí, Audra —la nombré—, que ser excéntrico es efectivamente una condición, pero no una condición mental…

—Conductual…

—Más bien química…

—Y alimenticia.

—No comparto esa teoría.

—Sin embargo sigue una dieta.

—La sigo para evitar intoxicarme.

—Una intoxicación que además es conductual.

—Relacional e intelectual.

—Discúlpeme —su excusa no era en serio. En los diez días que llevábamos de conocernos jamás se había manifestado tan cercana o interesada y ahora de la nada me había convertido en su tema favorito. Hasta ayer me tenía miedo, ahora se atrevía a enfrentarme y no era precisamente por la ventaja de ir con un conductor guardaespaldas. Algo le molestaba y podía adivinar cuál era la razón. O más bien quién.

—Sobre su primera pregunta —regresé—, acerca de si soy lesbiana, mi respuesta es no.

—Lo infería.

—¿Por qué?

—Por la manera como se refiere a Kenya Biyik, la mujer que la amaba.

—Eso es cierto, ella me amaba.

—¿Y usted no?

—Soy excéntrica, poco funcional para poder enamorarme, al menos desde la visión romántica, en la que no creo. Además estamos hablando de sexualidad, no de amor.

—Entonces es bisexual.

—Para mí el sexo es una necesidad, como comer o ir al baño. Prefiero darlo a recibir —el hombre que iba tras el volante me clavó otra vez su mirada. Era tan básico como una mesa—. Desde esa perspectiva me da —recalqué— lo mismo si soy lesbiana o bisexual. Si

quiero tener sexo lo tengo con quien tenga enfrente.

—¿Animales?

—No. Necesito conexión racional, algo que hasta ahora no he encontrado ni en animales ni en plantas.

—¿Solo hombres y mujeres, entonces?

—O cosas. O máquinas. O yo misma… —Audra Viani se quedó en silencio. Ahora me tocaba a mí.

—¿Este interrogatorio tiene que ver con el padre Consolmagno?

—Por qué lo dice —respiró hondo y tragó saliva; efectivamente tenía que ver con él. La piel del cuello se le cubrió de pintas rojas en una inmediata reacción nerviosa.

—Por la manera como se acercaba a él, como si buscara su protección —no la miré mientras le hablaba—. Ayer, cuando bajamos a los subterráneos del Castel Gandolfo, noté la atención que puso en la manera como miré al cura cuando usted misma nos presentó.

Audra Viani permaneció en silencio, yo aproveché para rematar:

—Consolmagno me parece un hombre atractivo.

—Su tipo —reaccionó.

—No tengo un tipo. Pero si vamos a hablar en esos campos, usted también puede ser mi tipo, Audra, en las circunstancias adecuadas.

Otra vez el conductor nos miró de reojo y otra vez mi compañera se puso nerviosa con mis palabras. Las ronchas del cuello ahora subían por sus mejillas y se perdían hacia su cuero cabelludo.

—Circunstancias adecuadas… —repitió incómoda.

—Mismas que pueden hacer que Guy Consolmagno también lo sea. O la propia Elena Mistral o el caballero que acá conduce este Mitsubishi —el chofer dejó de mirarme—. El sexo es la única cancha donde acepto lo relativo y lo inesperado. Es lo que lo hace…

—Divertido —no me dejó terminar.

—El sexo no es divertido —le aclaré de golpe—, nunca lo ha sido. Iba a decir necesario.

—Como respirar… —copió mi idea.

—O defecar —lo dije a propósito—. ¿Y usted Audra, desde cuándo se acuesta con el padre Consolmagno?

—Yo… —se tropezó nerviosa. Supuse que a esas alturas estaba enronchada entera— yo… —vaciló—. Tengo votos.

—Como el 99 % de los que caminan por la ciudad del Vaticano y eso, históricamente, no significa que no se acuesten con nadie. Ambas sabemos que hasta el Papa tiene sus queridas y queridos…

—Eso es blasfemia.

—¿En serio?

Audra Viani no fue capaz de contestar.

—No me acuesto con nadie —pronunció luego.

—Lo creo —era cierto. Viani no era virgen, pero hacía mucho

tiempo que no se acostaba con alguien. Ese era el problema entre ella y Guy Consolmagno. Su interés en el cura era genuino y se expresaba en celos. Y no hay nada peor para distraer la atención de una persona inteligente que los celos, sobre todo cuando se tienen más de treinta y cinco años. Los celos encima de esa frontera etaria suelen ser tan incontrolables como tontos. Delatan puntos vulnerables. Y no es que Audra Viani me hubiese expuesto el punto donde, en caso de cambiar el ritmo de las cosas, podría pegarle; es que ni siquiera se dio cuenta de ello. Otro motivo para pensar que era una mala idea de Mistral haberlos traído. Pero la monja vieja era una zorra, ella de seguro sabía perfectamente lo que estaba pasando. Todo lo había planeado con un propósito. El problema es que esta vez la reina no estaba sola en su territorio, una princesa había ingresado en sus dominios.

Ya era totalmente de noche cuando el sedán que nos transportaba tomó una secundaria a Vía Casilina para rodear el parque levantado alrededor del viejo aeropuerto Centocelle y desde ahí acceder a las instalaciones de la base Francesco Baracca. Tres F-35B, de despegue y aterrizaje vertical, estaban posados en la cabecera de la pista del emplazamiento dependiente de la *Aeronautica Militare*, junto a unos seis helicópteros de un modelo que no fui capaz de identificar, dos de los cuales eran cargados en un enorme transporte turbohélice con cola en forma de «T». Maniobras nocturnas pensé, recordando aquella vez, hace poco más de ocho años, en que abordamos un carguero de origen ruso en el aeropuerto de Barajas, en Madrid. Solo esperaba que en esta ocasión viajáramos mucho más cómodo que entonces.

Mientras el sedán se estacionaba di una nueva mirada a los alrededores. La loza y la pista era reducida, solo para aviones de despegue corto tal cual el transporte de cola en «T» o naves de prestaciones verticales como las antes mencionadas. No había lugar para uno de los famosos Catedral que supuestamente disponía Pro Deo, según lo que decían de ellos Egon y los cultores de conspiraciones y tecno *thrillers*.

El auto se detuvo junto a unas camionetas, todas con el logo del Ministerio de Defensa de Italia, institución que administraba los edificios que teníamos por delante. Agarré mi bolso y bajé por mi lado del Mitsubishi, justo cuando Guy Consolmagno se asomó bajo una de las puertas que llevaban al interior de la construcción militar. A propósito, y para incomodar a Audra, me adelanté hacia él. La agustina con estudios de derecho y treinta y siete años de edad ni siquiera me miró. Sucede con las mujeres de esa edad, suelen ver a la juventud como una amenaza. Tontas. Si supieran que entre más viejas más atractivas y poderosas nos volvemos.

—Justo a tiempo —se acercó el cura astrónomo, mirando de rejo a Audra que arrastraba una maleta con ruedas.

—No veo el avión —comenté—. Pensé que Pro Deo iba a disponer de una de sus famosas catedrales volantes.

—Son demasiado grandes y llamativas para operar desde el centro de Roma —Consolmagno no eludió mi comentario—. Sus bases están en Suiza, en la frontera alpina. Nosotros vamos a volar en algo más rápido, quizás un poco incómodo, pero la velocidad suplirá esa falta.

—¿Qué tan rápido?

—Muy rápido —respondió ahora Audra Viani, adelantándose y poniéndose al frente del padre Consolmagno.

—Sígame —me invitó el cura.

—Sigámosla a ella —lo corregí, mientras la monja brazo derecho de Elena Mistral entraba al edificio de la defensa italiana.

44

Aquella cosa, en forma de cono ahusado, estaba metida dentro del silo; cubriendo unos treinta de los cincuenta metros de profundidad de la instalación, alguna vez usada para montar misiles intercontinentales en la época en que el mundo estaba dividido en dos. Un par de alas delta muy rudimentarias se asomaban en la parte superior, pintada de blanco y con el escudo del Vaticano encima de lo que parecía ser el dorso. Pocas estructuras verticales y nada que estuviera ahí para provocar roce atmosférico.

—No parece sorprendida —me habló el padre Consolmagno, mientras Audra Viani caminaba alrededor del puente circular que seguía todo el diámetro de la estructura.

—¿Qué es lo que tendría que sorprenderme? —lo miré—. Trabajo en este mundo prácticamente desde que tengo conciencia. He visto cosas muy extrañas, máquinas que el ciudadano promedio ni siquiera imagina que existen. Que el Vaticano tenga cohetes de pasajeros no me parece tan de otro mundo, literalmente —recalqué.

—En realidad no es un cohete.

—Parece uno. Si toma a una persona al azar de Roma y la trae acá dirá que es un cohete. O una nave espacial —levanté los hombros. *BFR SpaceX* estaba escrito sobre una de las aletas del cono superior—. Elon Musk —pronuncié en voz alta.

Tras bajar del auto, el padre Guy Consolmagno nos condujo al interior del edificio principal de la base Francesco Baracca. A las diez con quince de la noche había poco personal militar en el lugar, reemplazado por hombres y mujeres con traje e identificación del Ministerio de Defensa además de funcionarios de Pro Deo y agentes

civiles de la Guardia Suiza; como el conductor del Mitsubishi Dignity, que nos acompañó a lo largo de todo el trayecto por un laberinto de pasillos que se adentraban hacia los pisos inferiores de las instalaciones y de ahí a las bóvedas subterráneas, que se extendían por el subsuelo del antiguo aeropuerto, bajo la loza del mismo. La cubierta para el verdadero propósito del lugar y del por qué había sido una instalación clave de la OTAN durante la guerra fría. A pesar de ubicarse cerca del centro de Roma, la geografía de Francesco Baracca lo había convertido en un punto de lanzamiento estratégico de misiles intercontinentales contra blancos en la extinta Unión Soviética y otros países del Pacto de Varsovia.

Ocho silos, montados en plataformas dobles, se hundían bajo el concreto del alguna vez primer aeropuerto comercial de la capital italiana. Cada uno de esos diamantes habían sido diseñados para soportar misiles de la clase Atlas primero y Titan después. Nunca pasaron de los Titan. Cuando la OTAN se estandarizó al Minuteman y sus sucesores, la base ya se había transformado en oficinas ejecutivas, aunque aún era usada para maniobras secretas por los socios estratégicos del pacto del Atlántico Norte, como el Vaticano y sus servicios de inteligencia. Siempre de noche, siempre a oscuras, tal cual había sido desde que se intercambió el primer secreto político en la historia de la humanidad.

Consolmagno nos encaminó hasta los silos. Siete de los cuales estaban desocupados. El número ocho era la excepción. Allí Pro Deo había guardado una de las joyas de su corona. Quizás no la más relevante pero sí la más costosa.

—Esta es una de las ideas más radicales de Elon Musk —fue describiendo el sacerdote y astrónomo—, el Big Falcon Rocket —apuntó a la sigla *BFR SpaceX*—, envía carga y pasajeros de uno al otro lado del mundo a través de saltos atmosféricos a más de 25 mil kilómetros por hora.

—La idea no fue de Musk.

—Por supuesto que no, pero la puso en práctica. Ya en la década de 1970 los estadounidenses propusieron la fabricación de aviones espaciales para realizar vuelos orbitales. Pero no salieron del papel y de un par de maquetas. La NASA se quedó sin presupuesto, que es algo que le sobra a Musk.

—25 mil kilómetros por hora…

—Ha llegado a los 27 mil —hizo un gesto con la mano—. No es muy cómodo pero permite llegar rápido y sin llamar demasiado la atención. Si despegamos como tenemos planeado, a las 23:30 —miró su reloj—, por la diferencia horaria con Chile…

—Menos cuatro horas —lo interrumpí.

—Exacto, que es lo que tarda el salto; estaríamos llegando justo a

las 23:30 horas de Santiago, como si el tiempo no pasara para nosotros —luego explicó—: aterriza como un avión convencional, solo la proa, el cono superior con las alas, donde van los pasajeros y el piloto —mostró.

—¿Y para regresar?

—En Latinoamérica no tenemos las instalaciones necesarias para lanzarlo de vuelta. Un avión de transporte traerá al vehículo de regreso a Roma.

—¿Solo lleva eso? —nos interrumpió la voz de Elena Mistral, apuntando con su mirada a mi bolso. Otra vez llevaba anteojos, con un marco distinto a los que usó aquella vez en el Museo del Prado

—No necesito más, tampoco es que vayamos a estar un mes en Chile.

—Pensé que quizás necesitaba más ropa.

—Tengo la ropa que necesito.

Mistral me pidió acompañarla y la seguí. Me llevó de regreso al túnel que separaba los silos intercontinentales del edificio principal de la base militar. Aproveché la caminata para tomarme una pastilla de Neurobionta. Siempre trago una extra antes de volar.

—Le estaban mostrando nuestro Thunderbird.

—¿Thunderbird?

—El nombre de una vieja serie de televisión que veía cuando niña. Marionetas inglesas, un equipo de rescate que usaba naves aéreas similares a la que nos facilitó el señor Musk.

—¿Facilitó?

—Digamos que le cobramos un par de favores y a él le conviene que usemos sus inventos. Es una manera de probarlos hasta que se conviertan en estándar de la industria.

—Si es que se convierten en estándar.

—Lo harán. La organización de su padre también tienen uno. Así comienza, primeros grupos de elite, luego el resto del mundo…

—No me pidió que viniera con usted para hablar de aviones. Su cura ya me explicó todo lo necesario…

—Incluido lo incómodo del viaje.

—He estado en lugares y situaciones bastante más incómodas.

—Ya lo creo —respiró hondo—. ¿El viaje hasta acá estuvo bien?

—Salvo por una extraña conversación con Audra Viani, diría que sí fue un buen viaje.

—¿Conversación extraña?

—Viani necesita sexo…

—Me sorprende su comentario.

—La necesidad de sexo es un hecho concreto —acentué—. Biológico sí le parece. Su amiga necesita sexo.

—No voy a discutirle eso —sonrió—. Mi juicio es a la forma en

que lo planteó, tan poco empática.

—No soy empática.

—¿Ni siquiera por solidaridad de género?

—No existe la solidaridad de género.

—¿No cree en la sororidad? —Mistral se quitó los lentes y los limpió con la manga de su brazo izquierdo.

—Ni en la fraternidad.

—Hubiese jurado que era una ferviente feminista —volvió a ponerse los anteojos.

—No puedo ser feminista…

—Pues se comporta y se mueve como una.

—Me muevo como lo que soy, un sujeto libre. Y desde esa libertad no creo en causas colectivas, menos en las que convierten a personas supuestamente inteligentes en un grupo de campesinos con antorchas persiguiendo al monstruo de Frankenstein.

—Porque, por supuesto, quién es el monstruo —respiró—. Interesante analogía.

—No es una analogía. El mundo no es blanco y negro, está lleno de grises y amarillos. No se puede estar tanto rato en el lado correcto sin convertirse en lo que uno más odia.

Elena Mistral se quedó quieta y optó por cambiar el tema de la conversación, teníamos asuntos más relevantes que tratar.

—Leí y escuché lo que me envió de Gustave Verniory. ¿Usted también cree que el Grial de Haimbhausen y el verdadero meteorito…?

—La piedra negra, así la llama Verniory en sus escritos —recalqué.

—Que ambos objetos pueden estar en alguno de los puentes que este ingeniero belga construyó en el sur de Chile.

—Ignoro si el Grial, pero el meteorito es posible que esté allí.

—Verniory no lo confirma.

—Pero usa indirectas y deja mucha información entredicha y en potencial. Su especialidad era el trabajo en acero, en metales duros —insistí con entusiasmo—, esa fue la razón de que lo fueran a buscar a París. Escribe en varias de sus cartas acerca de una misión secreta, habla de sus socios, de enemigos, y todo lo relaciona con el meteorito y el cáliz.

—Le concedo que la aritmética es decidora —acordó.

—Además falta material en sus memorias. Su tataranieto me habló de al menos tres diarios extraviados y mucha correspondencia.

—Los puentes de Verniory —murmuró Mistral.

—Es una pista —acoté yo—. Y más concreta que todo lo que refirió su amigo Consolmagno ayer en su laboratorio.

—Por ahora… A propósito de pistas —la monja me miró a los ojos, luego buscó su teléfono. Presionó algo en la superficie negra del

aparato y me lo acercó—, esto le va a interesar.

Tomé el celular y revisé lo que la señora quería que viera.

—Las obtuvo un dron espía nuestro hace pocas horas, durante un vuelo de baja altura.

La fotografía mostraba a Meztli descendiendo de un taxi.

—Hay más, corra la imágenes —me indicó.

Lo hice, eran siete fotos. Flor «Meztli» Canché bajaba de un taxi color blanco con rayas rosadas y luego se reunía con un muchacho joven en la banca de un parque. Le tomaba la mano y le daba un regalo, que parecía ser un disco de vinilo o un libro grande. Abrí la foto para reconocer el lugar, aunque los colores del taxi ya me habían dado la pista.

—Ciudad de México —dije, devolviéndole el teléfono.

—Hace dos días que Flor Canché volvió al DF. A través del Yunque puedo lograr que no salga de la ciudad.

—No me interesa que salga, quiero otra cosa —me acerqué a la monja.

—¿Qué cosa?

—El nombre del muchacho que la acompaña. Meztli le tomó la mano con cariño, es su punto vulnerable, su lado débil. Por ahí voy a cazar a esa hija de puta.

—¿Cazar?

—Si, cazar —acentué—. ¿Algún problema?

—Cazar —insistió Mistral.

—Meztli y yo somos depredadoras —le expliqué—. Hace mucho tiempo que dejamos de ser simples personas.

—Meztli sí, pero el joven que la acompaña... —Mistral apuntó la foto en su teléfono.

—Dije que lo iba a usar de carnada, no que lo fuera a matar.

—Es solo un niño —la agustina bajó el tono de su voz.

—Kenya también era solo una niña.

La monja me miró directo a los ojos y luego pronunció:

—El nombre del muchacho es Emiliano Arismendi.

TEMUCO,
CHILE

MARTES 17 DE MARZO, 1891

45

El sabor y el olor de la sangre. Gustave recordaba muy bien lo que se sentía al recibir un puñetazo en la boca del estómago. La última vez que lo habían golpeado en esa parte del cuerpo, había sido hace poco más de dos años en una húmeda callejuela de París. Pero ahora era diferente. No estaba en Francia, no estaba en la calle y ninguna mujer vestida de negro iba a caer del cielo para salvarlo. Solo sentía la humedad fétida de aquella caballeriza del Ejército Pacificador de la Araucanía improvisada como calabozo, donde ya llevaba tres días dentro.

Cerró los ojos y, aunque trató, no pudo evitar llorar. Recordó los gritos de la noche del viernes pasado, los llantos de doña Peta, los hombres que entraron, los insultos, las cuerdas y el primer golpe que lo dejó aturdido. Cuando reaccionó ya no estaba en Lautaro, sino en aquella pocilga a la afueras de Temuco. Luego más golpes. Su país adoptivo estaba en medio de una revolución. Y aunque no pretendía ser parte, así eran las reglas de la política. Gustave Verniory pensó en su madre, en su familia, en sus trabajadores que quedaron en Lautaro; en la demora en las vías y los puentes; en que el progreso se había ido al carajo junto con las noticias funestas llegadas de Santiago.

El ingeniero se limpió las lágrimas y junto a los dolores que aquejaban todo su cuerpo, se levantó para mirar por la ventana. Calculó que debían de ser las nueve de la mañana. Estaba nublado y llovía. Restaban diez días para el fin del verano, pero desde mediados de febrero que el otoño se había adelantado. Y tal como escuchó de una machi de Lautaro, esta temporada iba a ser muy lluviosa.

El ruido de la llave abriendo el candado lo asustó. Luego el de la traba al correrse y el quejido final de las bisagras al mover la pesada

puerta. Tan nervioso como rápido, dejó de mirar hacia afuera y buscó el rincón donde se había refugiado desde la última paliza. Era más fuerte de lo que parecía o de lo que él mismo creía. Si venían más golpes los iba a aguantar.

—Ingeniero Verniory —habló la voz de un hombre que Gustave conocía y con quien había tratado desde su llegada a la Araucanía.

—Capitán Trizano —respondió incorporándose sin separar su espalda del muro del calabozo.

—Pero mire cómo lo han tratado —continuó el militar.

Hernán Trizano era capitán del ejército pacificador y famoso en toda la región por sus despiadadas acciones contra el bandidaje y los indios. Y aunque sus métodos habían demostrado ser eficaces, su crueldad con el pueblo mapuche lo habían convertido en una figura controvertida. Verniory lo consideraba un verdugo. Sabía de las historias que se contaban de Trizano antes de su llegada a la Araucanía, previo a la guerra de 1879 incluso, como mercenario y matón a contrato en Grecia y Turquía. Un ser todavía más despreciable. A pesar de ello el capitán jamás se había mostrado hostil con el ingeniero. Su incondicionalidad a todo lo que tuviese que ver con Europa le jugaba a favor al belga. Trizano detestaba ser chileno, quería ser francés y ese patetismo se le notaba.

—Lo hacía en Angol —le respondió Verniory, ya más recompuesto.

—Cabalgué hasta Temuco apenas me informaron de su injusta detención, ingeniero. Estos indios son una vergüenza para mi ejército —«mi ejército», pensó Gustave mientras seguía escuchándolo—. Actúan sin preguntar. Creen que por trabajar para Balmaceda uno es Balmacedista. Ordené que le prepararan algo de comer y le trajeran ropa limpia.

—Gracias.

—No tiene qué agradecerme. Yo me encargaré personalmente de estos indios tarados. Salvajes ignorantes que no diferencian entre un chileno revoltoso y un ingeniero europeo.

Verniory alzó su mano derecha haciendo un gesto de que no era necesaria tanta adulación, que las cosas ya estaban bien.

Trizano se apartó de la puerta, para dejar pasar a una mujer de edad avanzada y evidentes rasgos indígenas, que traía una bandeja con comida y bebida caliente.

—Déjala ahí india asquerosa y sal rápido antes que te agarre a patadas —le ordenó el militar. Verniory fue más amable y le hizo un gesto que se tradujo en un gracias mudo.

Apenas la anciana salió de la celda, el belga se sentó sobre sus rodillas, junto a la bandeja y comenzó a dar cucharadas al guiso hirviente que le habían dejado. Carne de res, cebolla, caldo con mucha sal y café cortado con agua ardiente.

—¿Reponedor? —volvió a hablar Trizano.

—Mucho—, murmuró Verniory con la boca llena.

—La cocina de estas indias no ha de ser como la que usted estaba acostumbrado en sus tierras, pero por cómo han sido sus últimos días, imagino que se siente devorando un banquete.

—Hace dos años que estas son mis tierras.

—No era mi intención importunarlo, ingeniero.

—Está bien, capitán —Gustave se estaba hartando de los exagerados métodos del militar.

—Debieron haberle advertido que no era sano abanderarse con una causa política —Trizano caminó hasta el fondo de la habitación.

—Solo trabajé para Balmaceda, nunca tomé su bandera. Ni siquiera me enteré de su proyecto de gobierno.

—Señor Verniory, no estoy hablando de Balmaceda.

Con la boca llena con un pedazo de carne, Gustave Verniory alzó la mirada, justo cuando tres golpes cortos se escucharon en la puerta.

—Adelante —pronunció Trizano.

Las bisagras de la pesada entrada volvieron a gemir y alguien a quien Gustave Verniory había conocido hacía pocos meses ingresó a la caballeriza. Elegante y vestido de negro, igual que aquella vez. Sombrero sobre la cabeza y guantes en las manos.

—Creo que ya se conocen —dijo el capitán del Ejército Pacificador de la Araucanía.

—Oh, claro que ya nos conocemos —habló ahora en español Logan Stirling—, pero por favor continúe comiendo, señor Verniory, no se preocupe por mí.

Pero el apetito y el hambre se habían esfumado de Gustave Verniory desde que Logan Stirling cruzó el umbral de la puerta. Igual que cuando lo había conocido en Lautaro y fue incapaz de comer el almuerzo que le llevó la señora Peta.

—Se lo advertí señor Verniory, había una bomba bajo la mesa y no faltaba nada para la explosión.

—Veo que usted aprendió a hablar bien español, señor Stirling —atinó a responder el belga, que a esas alturas ya sabía que no tenía nada que perder.

—Señor Verniory… —dejó en potencial el inglés.

—¿Qué quiere de mí? —siguió enfrentándolo el constructor de puentes.

—De usted nada, amigo mío, al menos no directamente —tildó la palabra—. Digamos que tirar la carnada para que venga el pez grande, señor Verniory —Gustave movió la cabeza, sin comprender las palabras del enviado de Salisbury—. A propósito de peces grandes —siguió el británico—, hay alguien muy interesado en reencontrarse con usted.

—¿Quién?

—Su antiguo jefe, Maurice Koechlin. Y ya sabe lo que dicen, solo hay una cosa peor que un marido celoso. Un marido celoso y con ganas de vengarse… —torció una cínica sonrisa.

—¡¿Koechlin está en Chile?! —exclamó Gustave.

—Acabo de decírselo… ¿Capitán? —Stirling se volteó hacia Trizano.

Verniory también miró al uniformado. El capitán metió su mano derecha al bolsillo trasero de sus pantalones de campaña y sacó una capucha de cuero.

—¡Aguarde! —exclamó el belga.

—La bomba ya explotó, amigo mío —habló Stirling—, y usted estaba en el centro de la detonación. Ahora nos ayudará a soplar las cenizas… Y ver qué nuevo mundo revelamos bajo estas.

—¿Qué es lo que busca? —el belga agitó sus brazos desesperado

—Pregunta equivocada, ingeniero. No es qué, sino quién —el responsable de las obras ferroviarias de la región quedó petrificado.

—Victoria Valiant —sumó Stirling—, usted la conoce muy bien.

—No conozco a nadie con ese nombre —respondió angustiado y temblando el ingeniero.

—Por supuesto que no con ese nombre. Usted ha tratado con Victoria Valiant bajo su otra identidad: Leonora Latorre.

Fue lo último que vio y escuchó Gustave Verniory antes de que cubrieran su cabeza con la capucha. Luego un golpe y todo a negro. Lo que quedada del guiso de la mapuche chorreó sobre el barro y el excremento hediondo del calabozo, junto al café con aguardiente del que apenas había alcanzado a dar un trago.

II
MADRE PATRIA

Say that you'll never never never need it
One headline why believe it?
Everybody wants to rule the world
All for freedom and for pleasure
Nothing ever lasts forever
Everybody wants to rule the world

TEARS FOR FEARS

SANTIAGO
DE CHILE

JUEVES 15 DE JULIO 1982

46

Marcelo Gutiérrez, suboficial del ejército encargado de conducir uno de los Mercedes Benz 280E del Ministerio del Interior, calculó que si continuaba lloviendo como venía haciéndolo desde las siete y treinta de la mañana, para el mediodía declararían temporal sobre Santiago. Con todo lo que ello arrastraba, desde suspensión de clases y salidas tempranas del trabajo hasta esperas imposibles en la movilización colectiva. Pensó en sus hijos, sabía que Ana tenía turno hoy en la tarde. Si la lluvia no paraba tendría que pedir permiso para ir por los niños al colegio. A Marcelo Gutiérrez no le gustaba pedir permiso.

El vehículo ingresó a Plaza de Armas por calle Monjitas y siguió por un costado de los edificios de la Municipalidad de Santiago y de Correos de Chile hasta detenerse justo en la esquina con Puente, donde un cabo de Carabineros, cubierto con una capa de agua, los estaba esperando.

—Aquí está bien —ordenó desde el asiento trasero Francisco Watterly McKay, el hombre enviado por la Moneda a solucionar el problema.

—¿Va a ir solo, secretario? —le preguntó el suboficial Gutiérrez mientras paraba el motor del sedán gris perla de fabricación alemana.

—Son curas, no me va a pasar nada. Además estamos cubiertos —apuntó a la esquina poniente, donde estaba detenido un Chevrolet Opala con los colores blanco y negro de la policía uniformada.

—Dos pacos.

—Tres —Watterly apuntó al de la capa de lluvia—. Y el poder de nuestro Dios, amigo mío —comentó, mientras el chofer le alcanzaba desde el asiento delantero un enorme paraguas negro.

—Al menos no se va a mojar.

Francisco Watterly McKay abrió la puerta trasera del Mercedes y se asomó a la lluvia. Además del agua había viento. Gutiérrez tenía razón, pensó el secretario de Pinochet, las probabilidades de otro temporal en la Región Metropolitana eran altas. Desplegó el paraguas y caminó hacia la puerta de la catedral, que a pesar de ser pasadas las nueve de la mañana, permanecía cerrada hasta que el Arzobispado ordenara lo contrario.

Un cura joven estaba de pie junto a la entrada. Si bien estaba protegido por los arcos del pórtico del templo, igual estilaba por la lluvia. Watterly notó que el religioso llevaba un desproporcionado manojo de llaves colgando de su mano derecha.

—Señor secretario —saludó el presbítero, al verlo llegar al templo.

—Padre, siento que se mojara.

—Solo es agua —contestó el sacerdote mientras introducía una de las llaves en la puerta lateral derecha de la iglesia.

El religioso condujo al secretario de Gobierno a través del pasillo principal del mayor edificio religioso de la capital. Los pasos del cura y del secretario de prensa de la presidencia resonaron por lo alto y ancho de las bóvedas del templo iniciado en 1775 por el obispo Manuel de Alday, quien encomendó a Joaquín Toesca que se encargara de darle forma. Trabajo que solo en la fachada, tardó más de veinte años, por los cuidadosos detalles neoclásicos que el arquitecto quiso dar a la que sería su obra maestra. Recién en 1840 el Papa Gregorio XVI dio carácter de Catedral Metropolitana al coloso, con lo cual se aprobó la construcción de la Capilla del Sagrario al costado derecho y la inmediata expansión de la nave central hacia el poniente, acabando las obras en 1873, setenta años después de que fueran comenzadas.

Francisco Watterly no recordaba la última vez que había venido a la catedral por gusto propio. No en misión oficial, sino para observar sus detalles. Deleitarse con el arte que colgaba y se sostenía desde el techo, las columnas y los arcos de la construcción. Un amigo antropólogo le contó que el templo había sido dispuesto exactamente en el sitio donde en épocas precolombinas había un santuario solar venerado por los pueblos originarios del valle del Mapocho: mapuches, picunches e incluso avanzadas incas. El mismo conocido le reveló investigaciones iniciadas en 1975 acerca del verdadero origen de Santiago. La ciudad sería mucho más antigua que el caserío fundado por Pedro de Valdivia en febrero de 1541. Nacida al menos tres siglos antes, como capital de las regiones australes del antiguo imperio incaico. Por supuesto, todo esto aún estaba en carácter teórico, pero de corroborarse iba a obligar a reescribir los libros de historia. Francisco Watterly McKay torció una sonrisa al recordar a su entusiasta amigo antropólogo. Estaba en lo correcto, más temprano

que tarde habría que volver a escribir los libros de historia.

—Por acá —apuntó el religioso hacia el corredor izquierdo, un pasillo junto a la nave central que se mostraba vigilado por seis altares, el primero de ellos dedicado al apóstol Santiago, patrón de la ciudad, acompañado a pocos metros por una imagen del Arcángel Miguel, cuyos ojos blancos y fijos parecían juzgar a todo aquel que cruzara frente a su mirada. Por supuesto, Watterly tenía claro que Miguel no era un juez sino un guerrero, el campeón de las huestes celestiales que derrotó a Satanás cuando este se atrevió a rebelarse contra Dios. «Rebelarse contra Dios», pensó el secretario con la vista fija en el arcángel, al cual también llamaban «la espada del Señor».

Hacia el transepto del templo viraron al patio techado que conectaba la catedral con el Museo de Arte Religioso, una pequeña instalación de tres salas, creada en 1972 para exhibir las principales obras artísticas relacionadas con el catolicismo chileno.

—Adelante —indicó el cura a Watterly McKay—, desde aquí usted continúa solo.

—Gracias —se despidió el secretario, mientras el joven religioso cerraba la puerta del museo por fuera.

El arzobispo Ángelo Sodano permanecía de pie junto a la vitrina que había sido violada durante la noche. La mirada concentrada en el perfecto corte redondo sobre el vidrio.

—Usaron un lápiz punta de diamante —habló al sentir los pasos de Watterly a su espalda—. Uno cualquiera, ordinario —acentuó—, de esos que se compran en la ferretería de la esquina.

—Se hizo bien —observó el secretario de Augusto Pinochet.

—Por eso lo hice llamar, para que viera que cumplimos con las instrucciones. Personalmente desconecté la alarma…

—¿Qué va a decirle a su gente?

—Una falla eléctrica, entraron por la parte de atrás, estaban dateados. Se llevaron solo el cáliz porque no tuvieron tiempo de tomar más objetos.

—Es mentiroso, arzobispo.

—Mentir es fácil cuando se tiene un buen guionista.

—Gracias.

—¿Qué haremos con la policía y la prensa?

—Diga a su gente —Watterly otra vez recalcó lo de su «gente»— que se mantendrá esto en secreto por unos días. Luego, cuando se le indique desde La Moneda, usted llamará a Carabineros. Ellos ya están informados. La prensa debe saber que solo fue un delito menor, para no alterar a la población, usted entiende. Se trató de una profanación a la catedral por elementos extremistas de izquierda. Rompieron vitrinas y se llevaron algunos objetos de mediana valía histórica.

—Espero que todo valga la pena —suspiró el líder eclesiástico—, y

que el Grial de Haimbhausen —no eran muchos los que lo llamaban así— esté finalmente en las mejores manos.

—Lo está, arzobispo, lo está. Mucho mejor que con sus propietarios originales.

Ángelo Sodano se quedó en silencio por un instante, luego cambió de tema:

—¿Está lloviendo muy fuerte?

—Mucho, quizás estalle una tormenta esta tarde.

—¿Y usted, ahora…?

—Informaré a mi general. Desde temprano espera mis novedades.

—Dele mis saludos.

—De su parte. Con su permiso, señor obispo —hizo una venia.

—Vaya con Dios.

Francisco Watterly McKay sujetó su paraguas y regresó por donde había venido. Quizás el fin de semana traería a su hija a conocer la catedral. Ignacia coleccionaba santitos de porcelana, tal vez el arzobispo Sodano pudiese regalarle uno consagrado.

47

Cada vez que el secretario Francisco Watterly McKay cruzaba el Patio de los Cañones pensaba en lo distinta que lucía La Moneda tras la reconstrucción. Los cohetes y cañonazos prácticamente habían echado abajo el interior del Palacio e incluso alguna vez se pensó que jamás iba a ser restaurado a cabalidad. A veces Watterly recordaba cuando visitaba el edificio antes de 1973; como dirigente juvenil de la derecha conservadora primero, como periodista y asesor político después. No hacía mucho tiempo pero parecían siglos. Entonces La Moneda le parecía sagrada, un edificio consagrado al poder y a la dignidad de la nación, la misma que inicialmente había sido degradada por el marxismo y luego por los brutos uniformados que no encontraron mejor solución que disparar primero. Ahora el palacio estaba nuevamente en pie. Watterly también meditaba en aquel hombre que visitaba cada mañana. Ese militar que soñaba con convertirse en emperador, puesto ahí gracias a la astucia del almirante Merino, verdadera cabeza del gobierno invisible. A veces Watterly sonreía mientras recorría el palacio. El secretario era un hombre de derecha, lo había sido desde joven, y públicamente desde que su nombre empezó a notarse en las dirigencias estudiantiles del Liceo de Aplicación y en la Universidad de Chile. La cruzada siempre fue la misma. Impedir que el Partido Comunista y las ideas marxistas y

socialistas llegaran al gobierno. Pasantías en Estados Unidos e Inglaterra lo pusieron en contacto con la gente que lo ayudó en una guerra personal que inició en 1971 contra Salvador Allende, hasta conseguir sacarlo de La Moneda. No de la manera como a él le hubiese gustado, pero el resultado era más importante que el camino. Le ofrecieron un ministerio, él prefirió las sombras, siempre las sombras. Humanizar al milico, tirar los hilos, quitarle la capa absurda de villano y el anillo de la masonería. Porque era el nuevo representante de la derecha tradicional y católica, no podía lucir como masón, además lo habían expulsado de la logia. Pero eso era otra historia. El presente era otro y el mediocre soldado estaba ahí para seguir jugando su mejor papel.

Francisco Watterly McKay abrió las puertas del salón azul del Palacio de La Moneda y lo primero que hizo fue excusarse por el atraso.

—La lluvia, la conversación con el arzobispo se alargó. Mil disculpas.

—Por favor, Francisco —habló el general con una amabilidad que no le era propia—, asiento.

Augusto Pinochet no estaba solo en el más grande de los salones de la Casa de Gobierno, el que se usaba para reuniones protocolares, conversaciones amistosas y pactos secretos. Sentado a la derecha del hombre que se había autonombrado Capitán General del Ejército de Chile parecía alguien incluso más poderoso que él. Tal vez el individuo con más influencia de todos los que a esa hora se encontraban en La Moneda. Watterly lo conocía bien. Fue su primer jefe, también su último, antes de aceptar el llamado de la Junta. Alberto Edmunds Westmann, o el «tercer Alberto»; el millonario patriarca del clan Edmunds, propietarios y editores de *El Correo,* el diario más antiguo de Sudamérica, la voz oficial de Chile, del gobierno, de los que estaban sentados en los tronos.

—Francisco —lo saludó con afecto Edmunds Westmann.

—Don Alberto —respondió el secretario, con el respeto que el director exigía a sus cercanos. Una regla implícita para todos quienes habían participado de las reuniones de pauta de cada lunes en *El Correo.*

De pie, mirando los lomos de los libros que Pinochet en persona había ordenado en una pared del salón, respiraba un tercer personaje. John Heath, embajador de Inglaterra en Chile desde marzo de 1980.

—Señor Watterly.

—Embajador.

John Heath tomó un ejemplar de *La Araucana* de Alonso de Ercilla y se acercó al sofá donde estaba acomodado Edmunds.

—Este me interesa, general —miró al mandatario.

—Es suyo, embajador —Pinochet estaba especialmente amable esa mañana—. ¿Más té?

El editor y el embajador negaron.

—Señor Watterly.

—No, gracias…

El secretario se ubicó en un sitial frente a sus interlocutores y tras mirar fijo a cada uno de los concurrentes optó por romper el hielo.

—Todo salió según lo planeado en la catedral. Sus hombres entraron y salieron sin hacer mayor escándalo, señor embajador.

—Son profesionales —respondió Heath.

—¿Sodano? —preguntó Pinochet.

—Culparemos a grupos extremistas de izquierda, sobran los candidatos.

—Mañana sacaremos una breve nota en cada diario de la cadena, citando al monseñor —Edmunds Westmann miró al dictador.

—¿El cáliz ya está en la embajada? —insistió el presidente.

—Aún no —respondió Heath.

—Pero podemos decir que el Grial de Haimbhausen ya está seguro —sumó Watterly McKay, mirando a Edmunds—. ¿Y entonces, qué viene ahora?

—Esperamos órdenes de la Mesa Redonda de Londres —contestó el editor.

—A propósito de órdenes —el general abrió la boca—, he de esperar que tal como fue el pacto…

—General —interrumpió el embajador inglés—, la corona es leal con sus amigos. Lo que hizo por nosotros en las Malvinas será premiado personalmente por la Primer Ministro. Respecto a lo segundo, la señora está complacida por la entrega del Grial de Haimbhausen a la Royal Alpha —oteó hacia Edmunds Westmann—. Ella hablará con la Casa Blanca para que dejen de entrometerse y lo traten como lo que usted es, un gran aliado de occidente contra el avance comunista —los británicos eran expertos en el arte de adular con clase, ya bien lo sabía Francisco Watterly McKay—. Respecto al otro asunto —continuó hablando Heath—, creo que el señor Edmunds es quien debe responder.

—Será presentado a la Mesa Redonda de la Royal Alpha —el dueño y editor de *El Correo* tomó la palabra—, yo seré su padrino, señor presidente. La masonería chilena se arrepentirá de haberlo humillado, usted se sentará con los grandes…

—Se lo agradezco.

—Y le serán entregadas las pertenencias de O'Higgins que tanto desea. Un grial por una espada, la tradición de la Mesa Redonda.

Francisco Watterly McKay solo escuchó. Sabía bien que las palabras de Edmunds solo eran palabras. Pinochet jamás iba a ser más

que una marioneta. Si la Royal Alpha lo aceptaba en sus filas era solo para usarlo y botarlo cuando les dejara de ser útil. Lo que más reconfortaba al secretario es que él iba a estar ahí cuando eso ocurriera; al igual que el almirante Merino, gran ausente de la reunión, gran presente en la invisibilidad de la misma. En un par de horas Watterly llamaría al marino para contarle los pormenores de la reunión. La caída del general acababa de comenzar.

—Me complace saber que su iglesia está con nosotros —habló el embajador, tomando el ejemplar de *La Araucana* mientras se ponía de pie.

—Nuestra iglesia, usted lo dijo bien —agregó Edmunds, imitando al británico.

—Entonces, con su permiso. Fue un gusto estar con usted su excelencia —se despidió el diplomático.

—Siempre es un placer conversar con los amigos —Pinochet era burdo para imitar la flema inglesa, detalle que Heath percibía.

—Lo mismo digo —se despidió el embajador.

—Los llevo a la salida —agregó Watterly.

—No —lo detuvo el mandatario—. Francisco, necesito hablar dos cosas con usted.

Watterly McKay asintió mientras se despedía de los invitados y los conducía a la puerta del salón azul. Tras volver a cerrarla, quedó solo con el dictador.

—Usted dirá, presidente —se acercó.

—Hablé con el almirante esta mañana —Pinochet jamás se refería a Merino por su nombre—. Usted sabe que él estuvo de acuerdo con todo este asunto del grial...

—Eso tengo entendido.

—El almirante ha sugerido —sin visitantes ilustres, el general volvía a ser el pusilánime y temeroso milico de siempre— que debemos estar encima de todo lo que la embajada inglesa decida hacer con el cáliz. Al menos mientras no lo saquen de Chile.

—¿Y usted quiere que…?

—Exactamente, Francisco. Aprovechando sus excelentes relaciones con los británicos y con el diario *El Correo,* quiero que usted… —vaciló, antes de recalcar—. Que usted siga siendo nuestro guardián del grial.

—Voy a necesitar protección…

—Me encargaré de eso.

—Le aconsejo no involucrar a las Fuerzas Armadas.

—No lo haremos… Para estas situaciones tenemos nuestro vínculo con México.

—El Yunque y los Asesinos de Veracruz.

—Usted lo ha dicho, secretario. Lo importante Francisco, es que

tenga claro la importancia de no despegarse del Grial de Haimbhausen. La Mesa Redonda ha de permanecer…

—Donde siempre ha estado, presidente —interrumpió con sequedad el secretario Francisco Watterly McKay, recordando la conversación que había tenido con Merino ayer por la tarde. «El milico es tonto, manipulable», le dijo el almirante. «Ya verá cómo me hará caso y usted continuará cuidando del tesoro». Nuevamente el jefe de la Armada chilena no se había equivocado.

SANTA CRUZ, CHILE

SÁBADO 31 DE AGOSTO, PRESENTE

48

«Tres kilómetros por esta ruta», leyó Elena Mistral en la pantalla de su teléfono, mientras yo continuaba tras el volante de la Dodge Durango GT que habíamos arrendado de madrugada en el aeropuerto de Santiago. Audra y el cura astrónomo iban a permanecer en la capital de Chile, mientras yo y la monja jefe nos encargábamos del trabajo en terreno. Tanto mejor así.

Las palabras de padre eran correctas. Aunque Francisco Watterly McKay parecía haberse borrado del mapa, tenía una hija y nietos, que vivían en una parcela en la zona de Colchagua hacia el sur de Chile, nada que el servicio de inteligencia del Vaticano y sus drones de alta atmósfera no pudiesen localizar. O que Egon fuera capaz de encontrar usando Google y Facebook.

La agustina no despegaba su mirada de la aplicación Waze de su celular. Tras cuatro horas sentada a mi derecha había demostrado ser una excelente navegante, más que nada porque supo mantener silencio durante todo el trayecto.

—«Centro de eventos Casas de Colchagua» —apuntó Mistral en voz alta, cuando pasamos junto a un cartel que indicaba una gran casa patronal llena de colores y sobrecargada de detalles que supuse eran propios del folklore de este país.

—Qué desagradable —le respondí sin apartar mi vista del camino.

—¿Qué es lo desagradable?

—La mezcla de estilos y colores de todo lo que hemos visto, desde que dejamos la autopista principal.

—¿No había estado ya en Chile?

—Solo en ciudades grandes, medianas y bajo tierra.

—Y en la Antártica.

—La Antártica no es chilena.

—Sudamérica es así —indicó otra construcción al borde del camino, donde vendían alimentos—. Colores fuertes y disonantes, es su identidad de origen.

—Lo habla con conocimiento.

—Estudié por años las manifestaciones culturales del mundo rural de este continente.

—Subcontinente —la corregí—. Sudamérica es un subcontinente.

Viñas tan eternas como verdes se extendían a ambos lados de la vía asfaltada y parecían alcanzar hasta el límite del horizonte, trazado en lomas verdes que se arqueaban como jorobas de ballenas. Era mediodía y estaba despejado y caluroso. Mañana iniciaba septiembre, se suponía que Chile estaba en invierno pero un invierno con más de veinte grados a la sombra y sin nubes en el cielo.

—Después de ese puente —Mistral miró al frente del parabrisas—, tome el camino de tierra hacia la derecha.

Las ruedas de la Dodge saltaron sobre la superficie pedregosa del pequeño puente que superaba un curso de agua, indicado en un letrero como estero Guirivilo. Cuatrocientos metros hacia el interior se ordenaban tres parcelas de agrado en una especie de comunidad. La casa blanca, con balcones de madera sobre piedra rústica, rodeada de jardines y cuya terraza principal daba a una meseta desde la cual se dominaba casi todo el valle de Colchagua, pertenecía a la familia de Ignacia Watterly.

Los drones, la vigilancia online de Egon y el sentido común de un auto familiar estacionado en la puerta, delataban que había gente en casa. El rastreo del teléfono de la hija de Francisco Watterly, la certeza de que ella estaba en el interior.

—Estaciónese detrás del Mercedes —indicó.

—Tengo claro dónde estacionarme —le respondí, parándome justo detrás del jeep. Trabé el freno y revisé que mi bayoneta siguiera segura dentro de mi bota izquierda.

—No trae nada más —Mistral indicó al borde de la bayoneta.

—No necesito nada más. Hace seis años decidí no volver a usar un arma de fuego —cogí mi bolso deportivo y lo crucé desde mi hombro derecho. Mientras lo hacía, mi compañera dejó caer un rosario de plata por su cuello, cubriéndose de inmediato la cabeza con el velo típico de su orden religiosa.

—Buen disfraz —le dije, mientras ella lo completaba con sus anteojos de marco grueso.

—Sígame —abrió la puerta de su lado y bajó en dirección al vestíbulo de la casa—, lo haremos a mi modo.

—Si es que resulta a su modo.

Malditos perros. Apenas salí tres pastores alemanes se me vinieron

encima. Eran apenas cachorros, de no más de cuatro o cinco meses, así que no constituían amenaza. El verdadero peligro eran los que comenzaron a ladrar al fondo de la propiedad, dentro de una especie de jaula rodeada por alambres gruesos, acaso los padres de este trío de canes babosos. Prefiero los gatos a los perros. Los perros son hediondos y sucios, siempre están llenos de polvo. El gato en cambio es elegante y distante, excéntrico y limpio, se las arregla solo y hace lo que quiere. No tienen olores y no comen delante de otros animales.

—¡Fuera, asqueroso! —empujé al cachorro que babeaba mi bota derecha.

Elena Mistral torció una sonrisa. Le pregunté qué le causaba gracia, me contestó que era primera vez que me veía actuar como una persona común y corriente. Agregó que se me había corrido el maquillaje.

—Cúbrase la cicatriz, no queremos asustarlos en la primera impresión.

Le respondí con un guiño, mientras tomaba de mi bolso la base color piel para dibujarme con ella una cicatriz de normalidad sobre la lágrima que me marqué en Berlín. «Lágrima de Berlín», a veces pienso como un mal poeta.

Elena Mistral se posicionó tras la puerta de ingreso a la casa de Ignacia Watterly y tocó el timbre, que estaba instalado en una pequeña campanilla en el lado derecho del marco de entrada. Yo me ubiqué algunos metros atrás, aún luchando a puntapiés con los molestos perros que se habían obsesionado conmigo, quizás aún tenía el olor al gato de Kenya. He pensado cada vez menos en ella pero de cuando en vez reaparece como un fantasma cobrando deudas.

La puerta se abrió y una niña de cabellos rizados muy rubios apareció tras esta. De unos ocho años, quizás diez, con una polera de dibujos animados y los ojos grandes y cafés, mejillas coloradas y un diente menos en la mandíbula superior.

—¡¡¡Papá!!! —gritó la niña. Revisé mi teléfono. Por la edad, era Celeste, la hija menor de Ignacia.

Un hombre apareció en la puerta. Estatura mediana, calvo, con barba mal afeitada, panza abultada y pésimamente vestido con camisa de cuadros bajo un chaleco de lana sin mangas. De unos cuarenta y ocho años, el aspecto coincidía con Fernando Ascencio, el esposo de Ignacia. Miré al cielo e imaginé que algún dron de vuelo alto de Pro Deo estaba aleteando arriba; a pesar de estar despejado no se veía nada.

—Buenas tardes —saludó Elena con un acento neutro.

—Buenas tardes… hermana —tartamudeó Fernando Ascencio—. ¿Necesita algo?

—Conversar.

Los ojos grandes, almendrados y azules de Ignacia Watterly me miraban con miedo. Me hicieron recordar cómo me veían los de Audra Viani cuando nos conocimos.

—¿Las niñas? —me preguntó temblando.

—Las niñas están bien —era cierto, las había dejado en la habitación principal, recostadas en la cama grande, con una película de dibujos animados corriendo en una enorme pantalla plana. Una bandeja con jugo y galletas más la petición de que no salieran hasta que termináramos de hablar «con los papás».

Estábamos los cuatro sentados en la sala de la casa. Una acogedora estancia decorada con libros de autoayuda y psicología. Al lado de las repisas, pinturas con escenas campesinas que supuse eran de paisajes rurales cercanos; las montañas, los árboles y los colores de la naturaleza coincidían. En cada rincón de los muebles y repisas, miniaturas de santos católicos hechos de porcelana. Tras la mesa un aparador lleno de copas y cristalería y, a un costado de esta, un tocadiscos en el cual giraba en banda un LP de jazz que hacía rato había acabado de emitir su música.

—Apáguelo, se va a rayar —le indiqué a Fernando.

El esposo de Ignacia Watterly se levantó del sofá donde estaba junto a su pareja, caminó hasta la tornamesa y alzó la aguja. Luego regresó a su lugar y volvió a mirar a Elena Mistral. Al contrario que Ignacia, él estaba más concentrado en mi jefa que en mí. Y tenía razones para estarlo. Mistral se había ubicado en el sillón que los enfrentaba y en tanto saqué a las niñas de la escena había puesto a su lado, estratégicamente encima de la mesa de centro que separaba los sitiales, un pequeño revólver Weihrauch HW calibre 38.

Preferí mantenerme atrás, en posición de cuclillas, bloqueando el pasillo que llevaba tanto al interior de la casa como a la salida. Afuera los cachorros seguían saltando mientras los perros grandes habían dejado de ladrar.

—Necesitamos encontrar a su padre —habló Elena, repitiendo la idea que había recalcado desde que pusimos pie en el interior de la agradable casa campestre.

—Mi padre ya ha dado todas las explicaciones del caso. ¡Dios! —exclamó a punto de llorar—. Han pasado más de treinta años desde que dejó de trabajar para Pinochet…

—Esto no tiene nada que ver con Pinochet, señora Watterly.

Harta de esperar y de las conversaciones vacías, abrí mi bolso. Saqué una de mis libretas, un lápiz de tinta roja y comencé a garabatear en una hoja blanca. Hacía días que no dibujaba y la

situación era propicia. Tracé una panorámica rápida del lugar, con los detalles más importantes y a los tres personajes que tenía enfrente les puse cabezas de animales. A la monja que me pagaba rostro de cisne, a la hija de Watterly y su pareja, de perros. Ella era un poodle.

—¿Qué hace ella? —habló Fernando Ascencio.

—Dibujo —le mostré.

Mistral me regresó una mirada de reprobación. Levanté las manos y colgué el lápiz de mi oreja, como una secretaria antigua. Había alcanzado a terminar el dibujo, aunque sin detalles. Debería anotar todo lo hecho durante el día, antes de que se me olvide.

—Papá nunca tocó a nadie —prosiguió Ignacia.

—Le creo, Ignacia. Créame a mí —y en un delicioso tono de amenaza amable—, esto no tiene que ver con violaciones a los derechos humanos.

—¿Qué es lo que quiere de mi padre?

Elena Mistral guardó silencio.

—Dígale la verdad —rompí yo, desde mi pequeño nido. Fernando Ascencio me miró a los ojos, creo que por primera vez desde que me permitió entrar a su casa.

—Su padre, señora Ignacia —Mistral bajó el volumen de su voz—, estuvo involucrado en un robo a la Iglesia católica en 1982, de una invaluable propiedad la cual se me ha encargado rastrear. Necesitamos su versión de los hechos.

—Y la iglesia manda monjas con armas —Ignacia miró el revólver y por vez primera levantó el habla manifestando carácter — y guardaespaldas que parecen dibujos animados japoneses —me miró.

—Muñeca *blythe* —la corregí. Ella no contestó.

—No sabemos con qué podemos encontrarnos. Usted entiende… Por lo mismo le recomendamos no hablar con nadie de esta visita, siempre hay alguien mirando y escuchando.

—Y no es Dios —pensé yo en voz alta. Ambos dueños de casa me miraron.

—¿Qué fue lo que robó mi padre? —el tono de Ignacia Watterly se hizo más suave.

—No he dicho que su padre robara algo. Sí que quizás sepa lo que ocurrió, de eso necesitamos hablar con él. Le prometo que solo conversaremos con Francisco —Ignacia se quedó en silencio y miró el revólver—. Solo datos, nombres, fechas… —insistió Mistral notando la fijación de la mujer en el arma.

La hija de Watterly continuó callada, mientras Fernando emitió un fuerte rezongo. Mistral también notó el gesto.

—¡¿Qué?! —estiró Ignacia Watterly.

—¡Que otra vez tu padre! —explotó el único hombre presente en la habitación—. ¡Tuvimos que venirnos al campo para escapar de sus

fantasmas!

—¡Querías criar caballos! ¡Y tú sabes que yo perdí más que tú!

—¿Podemos calmarnos? —Mistral trató de lidiar con ellos.

—Ignacia, por favor —la voz del tal Ascencio denotaba desesperación y miedo—, diles dónde está tu padre. No están pidiendo nada más…

Ignacia oteó con rabia al hombre con el cual compartía su vida.

—Aunque les dijera dónde está no podrían ir a verlo.

Curvé mi espalda para escuchar mejor, de un momento a otro la situación había dejado de estar aburrida.

—¿Cómo así? —Elena se escuchó absurdamente comprensiva.

—Que está en un lugar seguro, retirado y con amigos. Gente que lo protege.

—Si me dice el lugar no la molesto más.

—Qué saco con decírselo, no va a poder entrar… —supo mantener el suspenso de su línea—: Nadie puede hacerlo.

—Señora Watterly, créame que conozco gente —miró a propósito el revólver puesto sobre la mesa.

—En un lago en el sur —respondió Ignacia Watterly con la cabeza baja. Su esposo, en un gesto que no supe entender, le puso la palma de su mano derecha en la espalda. Ella bajó los ojos, sollozando. Imaginé que no era primera vez que se veía obligada a traicionar a su padre.

—Hay muchos lagos en el sur —respondió la ama y señora del proyecto Metatrón.

La hija de Francisco Watterly levantó la vista.

—Usted dijo que conocía a gente importante, sabe perfectamente de qué lago estoy hablando.

Elena Mistral asintió en silencio.

—Y yo no sé nada más —volvió a bajar el ceño la madre de las niñas que veían dibujos animados en el dormitorio principal.

—Le creo —otra vez Mistral.

—Ahora es su problema.

—Siempre lo ha sido, señora —la calma de la agustina no solo me desconcertaba, también me complicaba. Era primera vez que estaba junto a una persona en la cual me era imposible dilucidar cuándo decía la verdad y cuándo estaba mintiendo. Alguien que en una extraña manera se parecía mucho a mí—. Gracias por su atención y disculpe por las molestias —tomó el arma que estaba encima de la mesa y me dijo—: Prepara el auto, es todo—. Guardé mi cuaderno, le recordé a la dueña de casa que sus hijas ya debían de haber terminado las galletas y me adelanté a salir de la casa. Elena Mistral apareció en la puerta cuando ya tenía el motor en marcha.

Apareció un restaurante con el nombre de Date un Gusto a un costado del camino.

—Entonces en la carretera giro hacia el sur —revisé el Waze en la pantalla del celular de Mistral.

—Sí —miró ella también su dispositivo móvil—. Será un viaje largo —suspiró.

—¿Cuán largo?

Elena Mistral revisó la información de la aplicación.

—Doce horas, según esto —giró hacia mí, para luego dejar por un instante sus labores de navegante y concentrarse en las casas pareadas e idénticas del pequeño pueblo en medio del campo.

—Este es un país largo —comentó.

—Este es un país insoportable.

—Cada uno lo ve como quiere.

—Lago Ranco —repetí lo que habíamos conversado desde que dejamos la casa de los Watterly—, ¿usted lo sabía, verdad?

—Era una de las posibilidades que tenía cotejadas. La más probable de hecho, pero necesitaba asegurarme, por eso opté por pasar donde Ignacia.

—«Pasar donde Ignacia» —repetí con majadería; la monja me provocaba hacerlo.

—El Ranco —siguió ella, como si no me hubiese escuchado—, tiene varias islas en su superficie. Una de las más grandes es propiedad de la familia Edmunds, que es dueña de prácticamente toda la zona que rodea al lago….

—Los dueños de *El Correo*…

—El clan de los Edmunds es prácticamente dueño de Chile.

—Lo dice como si quisiera asustarme.

—Me dan miedo.

—He tratado con peores.

—No estaría tan segura…

La miré, ella también. Las siguientes dos líneas de diálogo fueron en silencio.

—Entonces los Edmunds son los embajadores de la logia Royal Alpha en Chile.

—Son la Mesa Redonda de la Royal Alpha en Chile —subrayó—. Alberto Edmunds Westmann, llamado «el tercer Alberto»…

—¿El tercer Alberto?

—El orden de la dinastía, el primogénito lleva el mismo nombre que su padre. El primer Alberto fue Alberto Edmunds MacFaill, nacido como Albert Edmunds MacFaill en Edimburgo en 1849. Diez años

después se mudó a Chile castellanizando su nombre por Alberto. En 1877 adquirió el diario *El Mercurio de Valparaíso,* refundándolo como *El Correo,* iniciando una tradición que continuó su hijo Alberto Edmunds Tocornal y luego su nieto, el actual y tercer Alberto…

—Edmunds Westmann —completé.

—Exacto, el actual patriarca de la familia. Alberto Edmunds Westmann es un Príncipe de Sangre de la Royal Alpha, prácticamente un rey. Fue jefe de Francisco Watterly McKay en *El Correo,* lo formó e inició en la masonería. Fue él quien guió la carrera política del padre de la mujer que acabamos de ver. Primero en el gobierno de Eduardo Frei, luego como parte de la oposición a Salvador Allende y finalmente como su enlace directo con Pinochet, aunque Watterly siempre fue más cercano al almirante Merino que al dictador.

—Todos eran dictadores.

—Sí, pero Pinochet fue el perro útil que Edmunds puso en el poder…

—¿Puso?

—Con ayuda de Inglaterra y sobre todo de Estados Unidos. A través de la conexión directa que Edmunds Westmann tenía con la CIA y con Kissinger. ¿Ha escuchado la leyenda de Mocha Dick?

Otra vez Elías Miele.

—Conocí bien a un escritor que siguió esa historia. El origen de «la leyenda de la ballena blanca del pacífico». Un mito de los pueblos indígenas chilenos…

—Mapuches lafkenches —me corrigió Mistral.

—Un mito mapuche lafkenche —tomé su corrección—, que llegó a oídos de Herman Melville hacia la década de 1850, a través del reportaje de un tal Jeremiah Reynolds y que el escritor utilizó para dar forma a su libro *Moby Dick*.

—Es un buen resumen, inexacto pero útil —fue en ese instante que noté por el retrovisor que nos estaban siguiendo, también que reconocí el auto que venía detrás. Preferí no decirle nada a Mistral y dejarla que siguiera hablándome de ballenas—. Saqué la historia a colación para continuar en lo de Edmunds Westmann y su influencia mundial…

—¿Mundial?

—Sí, mundial, de mundo —subrayó—. Cuando Henry Kissinger publicó sus memorias durante la década de 1990, reveló, entre otros temas, cómo había ayudado al golpe de Estado en Chile para derrocar al gobierno de Allende. No solo nombra a Francisco Watterly McKay, también saca a la luz las cartas que le enviaba Alberto Edmunds a Richard Nixon pidiendo incluso una intervención armada en este país…

Miré por el espejo a la camioneta que aún teníamos en la cola.

—En esas misivas —continuó Elena Mistral—, Edmunds Westmann destacaba que a Chile y a Estados Unidos los unía no solo una larga y estrecha amistad, sino una tradición marítima hermanada por la presencia de la ballena blanca.

—Edmunds Westmann me suena a alguien letrado.

—Mucho, en este asunto la familiaridad con la historia va más allá de la mera formación intelectual. Para las fechas de este intercambio epistolar, entre 1970 y 1972, el origen chileno de la ballena Blanca más famosa de la literatura era casi desconocido, salvo para quienes estaban familiarizados con la historia ballenera local. Tal era el caso de la familia Edmunds, que entre 1949 y 1970 fue dueña de una de las flotas cazadoras de cetáceos más grandes de Chile. El clan participó activamente en campañas publicitarias para que el pueblo chileno consumiera carne de ballena, de la misma manera como el gobierno de Perón hizo del consumo de carne de res una necesidad patriótica en Argentina.

—Nunca he comido carne de ballena —era cierto.

—Yo sí, de niña, en Vizcaya. Es similar a la de res pero mucho más grasosa. Y más sabrosa.

—Entonces, este señor Edmunds Westmann tiene a Watterly encerrado en una fortaleza en el lago Ranco, en el sur de Chile —decidí concluir esta larga conversación.

—Más bien lo están protegiendo…

—¿De nosotros?

—Los Edmunds tienen secretos y Watterly ha de ser el guardián de esos secretos. Un final de vida a todo lujo a cambio de nunca salir de un castillo en la mitad de un lago. Parece de personaje de *Game of Thrones*.

—No soporto *Game of Thrones* —era cierto, Kenya amaba la serie —, todo es tan absurdo…

—¿No cree en dragones?

—No existen los dragones.

—¿Y las princesas?

—No es un buen chiste.

—Nunca lo fue.

—Lo único que me gusta de *Game of Thrones* es Tyrion —resoplé —, el enano es de los míos —Elena Mistral se río—. Y de los suyos — siguió riéndose—. No me gusta cambiar de tema de manera repentina, pero nos están siguiendo…

—¡¿Quién?! —por primera vez sentí a la agustina inquieta.

—Mire por el retrovisor, de seguro reconocerá el auto.

Hizo un gesto hacia mí arqueando sus cejas y luego apuntó al frente.

—Deténgase ahí.

Me orillé junto a las instalaciones de una empresa de insumos agrícolas, tranqué el freno de mano y detuve la Dodge. El auto que venía tras nosotros hizo lo mismo.

—La sigo —le dije a Elena Mistral, apenas la vi bajar del auto.

Mantuve una distancia de tres o cuatro metros de la monja, que se acercó segura hacia el punto del conductor del jeep Mercedes Benz que venía tras nosotros desde que salimos de la casa de Ignacia Watterly.

—Pensé que no me había visto —le habló el esposo de Ignacia a la hermana Mistral.

—Señor Ascencio —se dirigió a él la agustina—. Le advertí que lo mejor era que se mantuvieran dentro de casa, al menos en lo que resta del día.

—Lo sé… —el hombre de los horribles chalecos sin manga avanzó hacia ella. Si el hombre intentaba hacer algo, me iba a resultar fácil reducirlo; aunque lo más probable es que la agustina, a pesar de sus setenta años también pudiera hacerlo. Me gustaría verla pelear, es factible que algún día la vea—. Pero entiéndame usted —siguió el sujeto, que como todo hombre promedio se complicaba en demasía a la hora de defender una idea—. Mi suegro lleva toda una vida arruinándonos la existencia —realmente usó esa palabra— y estoy aburrido, mi familia necesita estar tranquila…

—¿Qué es lo que quiere, Fernando? —Mistral fue directa.

—Hermana, conozco a alguien que sabe cómo entrar al lugar donde está mi suegro.

—¿Tranquilidad familiar? —se burló Mistral.

—Es una manera de decirlo —tartamudeó el esposo de Ignacia Watterly.

—¿Cuánto quiere por la información, señor Ascencio? Yo también quiero tranquilidad.

Me afirmé en la puerta trasera de la Dodge Durango GT y en silencio escuché el resto de la escena. Debí haber bajado mi cuaderno y un lápiz. Ahora Ascencio tendría la cabeza de un cerdo.

SANTIAG
DE CHILE

SÁBADO 28 DE MARZO, 1891

51

La pausada voz de Logan Stirling le informó a Gustave Verniory que ya habían llegado. Con flemática amabilidad, el inglés le acomodó una manta sobre los hombros y luego le quitó la venda que cubría sus ojos, misma que el británico le ató antes de salir. El ingeniero estaba tan perdido que habría jurado que era de madrugada. Por el contrario, la tarde ya caía sobre el lugar. Apretó los ojos hasta hacerlos lagrimear, acostumbrándose lentamente al resplandor del crepúsculo. Calculó que debían de ser cerca de las seis de la tarde. El frío del recién iniciado otoño del '91 era cada vez más intenso. Lo había sentido anoche y antenoche; y todas las noches que sucedieron a aquel día, hacía poco más de una semana, en que el funcionario de la corona fue por él a uno de los establos de la policía militar de Pacificación de la Araucanía. Recordó al capitán Trizano, recordó aquella comida, recordó el sur.

No estaba en el sur.

También recordó a Victoria Valiant. O a Leonora Latorre. O a como demonios se llamara esa mujer que lo había metido en todo este lío.

—¿Qué hora es?

—Las seis menos cinco —respondió Stirling.

El belga estaba dentro de un carruaje tipo calesa. Por supuesto eso lo tenía claro desde que lo subieron. Así mismo, el movimiento y el ruido le habían dibujado la escena completa, mas ahora podía contemplar los detalles interiores del vehículo. Era elegante, con acabado en madera y detalles en metal dorado, también ballestas firmes que lograban una buena amortiguación en el espacio para los pasajeros. Un carro de un eje y dos ruedas, arrastrado por un solo

animal de tiro. Antes le habría resultado imposible identificar el tipo de propulsión de sangre, pero los años en el sur, la necesidad de aprender a cabalgar y a familiarizarse con las bestias, le habían aflorado el instinto y la capacidad de registrar, por el solo acto de empuje, cuántos animales jalaban un vehículo.

—¿Dónde estoy? —preguntó confundido Verniory.

—Al oriente de Santiago, las chacras de Las Condes —habló Stirling, mientras deslizaba el pasador y abría la puerta de la calesa.

Apenas el ingeniero puso sus pies en el suelo, sintió que las piernas se le desarmaban, como si fueran astillas de madera quebrándose. Tantos días obligado a estar recostado le habían pasado la cuenta. La tierra estaba barrosa y húmeda, mojada por la neblina del crepúsculo. Miró alrededor. Pocas casas, la mayoría bajas, de adobe, rurales y pobres. A la derecha las torres blancas de un templo católico rodeado de arboledas y hacia el oeste, siguiendo la posición del sol que se escondía, las formas urbanas de Santiago de Chile, sus humos y sus edificios.

—La Iglesia de Los Domínicos —apuntó Stirling, aún arriba del carruaje—, las torres.

—¿Debo ir hacia allá?

—Ya no hay dónde ir, señor Verniory. Usted escogió bando y ahora ha de esperar la sentencia. Ya le informé que alguien venía por usted. Le aconsejo por su salud aguantar sentado y sin moverse. Si lo hace, quizás tenga suerte...

—¡Espere! —trató de detenerlo Verniory, pero el inglés le ordenó al cochero que lo sacara de allí.

—¡Sooo! —gritó el conductor de la calesa, trazando en el aire un latigazo que asustó al caballo, guiándolo hacia un camino que se perdía hacia la alameda que enmarcaba las torres del templo católico.

Cuatrocientos metros calculó mentalmente Verniory. La iglesia no debía de estar más lejos que eso, pero algo le manifestaba que lo mejor era obedecer las órdenes del británico. ¿Qué había querido decir con aquello de que quizás tuviera suerte? De todas manera no perdía nada con intentar algún movimiento. Notó que lo habían dejado en un cruce de caminos, apartado a idéntica distancia tanto de la Iglesia de Los Dominicos como de la chacra más próxima. Un cerco de alambres a medio caer y un canal de regadío guiado por muros de piedra corría pocos metros a su espalda, cubierto por la sombra de tres grandes sauces. Arriba y encima, hacia la cordillera, que se levantaba como un farellón absoluto tapando el oriente de la capital, comenzaba a brillar Venus. El sol ya había desaparecido en el poniente y el alumbrado público, mitad eléctrico y mitad a gas, dibujaba las rectas y curvas de la ciudad que se expandía bajo la colina.

Las Condes, pensó el ingeniero. Ojalá Altamirano y García de la

Huerta lo hubiesen llevado a recorrer esos páramos, sabría al menos dónde realmente estaba parado. Revisó hacia sus costados; en teoría estaba solo. Lo más parecido a vida humana que se percibía en sus cercanías eran las luces de velas y antorchas prendidas dentro y fuera de las casas de las chacras y en las ventanas más altas de las torres de Los Dominicos. Bostezó. Un hálito de vapor escapó de entre sus labios. La noche iba a ser helada.

El balazo pegó contra una piedra cercana apenas Gustave trató de dar un paso fuera del lugar donde le habían indicado que permaneciera. El eco rebotó en los alrededores y ascendió hacia las rocas y lomas de la precordillera. No estaba solo y, si las palabras que Stirling le había dicho en Temuco eran ciertas, esas personas que lo observaban, trabajaban para alguien con nombre y apellido: Maurice Koechlin.

Asustado, miró hacia todos lados intentando en vano descubrir de dónde había venido el tiro. Sombras protectoras cubrían cada rededor. Nervioso, dio un paso hacia atrás y se sentó en la misma piedra donde pegó el balazo. Tocó con los dedos de su mano derecha el lugar del impacto; todavía estaba caliente. El proyectil había dejado una marca sobre la superficie, levemente distinguible entre la erosión de la roca, idéntica a las que habían sido usadas en los tajamares del canal de regadío que se escuchaba pocos metros atrás.

Un carro apareció hacia el suroriente. Era más grande que la calesa en la que Stirling lo había traído y en lugar de ser remolcado por un solo caballo, lo impulsaba una pareja de yeguas, ambas muy flacas y sudorosas. Dos lámparas de gas iluminaban la ruta colgando por encima del cochero, dándole al vehículo un aspecto fantasmagórico, escapado de la imaginación de algún autor de cuento de espantos.

—*Monsieur* Verniory —pronunció en un horrible francés el conductor, a la par que tiraba los frenos del carro.

El ingeniero respondió mirándolo a los ojos, intentando controlar los latidos de su corazón, acelerado como las válvulas de una de las locomotoras usadas en las vías que él mismo estaba construyendo en la Araucanía. Más aun cuando escuchó correr el pasador de la puerta de la calesa, un raspar de metal contra madera, apenas perceptible, pero que a Gustave evocó de inmediato lo ocurrido aquella noche del 15 de enero de 1889, cuando su vida cambió para siempre. El día en que sintió el llamado de la aventura.

La puerta del carruaje se abrió y del interior de este bajó un individuo alto y muy delgado, con bigote bien recortado y sombrero de copa redonda. Vestía de gris oscuro con un chaquetón largo y se cubría el cuello con una bufanda de lana que hacía juego con el color del saco que le caía de los hombros.

—*Monseieur* Koechlin *envoie ses remerciements* —habló el hombre.

Exactamente las mismas palabras dichas por el matón aquella primera noche en las calles del viejo París. La diferencia es que este individuo no estaba solo. Apenas descendió del carruaje, hizo espacio para que un segundo sujeto apareciera en la escalinata, un caballero ya maduro que Gustave Verniory conocía muy bien. El mismo que durante año y medio había firmado los cheques de su salario. Su exjefe, también el esposo de Emma Rosier, la mujer que él había amado.

—Gustave —saludó Maurice Koechlin, ubicándose de inmediato a la izquierda de su bravucón a contrata, quien aprovechó el instante para encender un cigarrillo—. *Enfin, nous nous rencontrons à nouveau*.

Era cierto, pensó Verniory, todos los círculos finalmente se cierran.

—Emma —siguió—, también le envía sus saludos, señor Verniory. Ella está —dudó a propósito—, muy bien, en casa de unos parientes en Suiza.

Sabiendo los modos y métodos de Koechlin, el ingeniero belga temió lo peor para Emma. El antiguo socio de Eiffel no iba a ser tan bajo como para matarla, pero sí debía de haberse asegurado que la hermosa señora Rosier no volviese a vagar sola por las calles de París. Sintió vergüenza. Él había escapado a Chile, sin asumir las consecuencias de sus actos. Deudas y fantasmas que una mujer había pagado. Quizás, resolvió, su destino era ese, pagar no por su falta contra Koechlin, sino por haber abandonado a la mujer que amaba.

—Imagino que no va a decirme nada —persistió el francés.

—Maurice… —trastabilló el ingeniero.

—Mejor el silencio, Gustave. No estamos acá para conversar, sino para cancelar y usted tiene dos grandes pendientes conmigo. Su traición con Emma —bajó la mirada.—, y la vida de uno de mis mejores empleados —recalcó—. Aunque por supuesto, he sido informado que no fue usted quien asesinó a Belmont.

Belmont, pensó Gustave. Otro nombre para su lista de fantasmas. Ahora aquel gigante parecido a un oso tenía nombre. Era mejor cuando solo era un matón anónimo, un recuerdo sin peso.

—Asier, por favor, terminemos esto pronto —le ordenó Koechlin a su acompañante. El hombre dio un paso adelante y sacó del interior de su saco un estilete largo y brillante, idéntico al que Belmont había usado en su contra hacía dos años.

Pero el tal Asier no pudo dar un paso más. Justo cuando estaba a punto de dejarse caer sobre Gustave, un nuevo disparo resonó contra la quietud de la ruralidad de Las Condes. Antes de que el ingeniero atinara a reaccionar, la nuca del francés reventó en carne y sangre al ser alcanzada por una bala. Los ojos salidos de las órbitas y la lengua desencajada entre los dientes, tras eso el cuerpo del pendenciero cayendo a sus pies. Un segundo balazo y un proyectil atravesando la garganta de Maurice Koechlin, quien se desplomó con el brazo

derecho en alto, en un desesperado intento por parar su destino. La trampa había sido finalmente para el francés, porque lo cierto es que Gustave Verniory no estaba solo.

Nunca lo había estado.

52

«¡¿Lo asesinó?!», exclamó Gustave Verniory mirando al cochero de Koechlin, que desde la parte alta de la calesa observaba la escena con un revólver empuñado en la mano izquierda. Por el extremo del cañón se elevaba un delicado espiral de humo.

—Era eso o lo mataban a usted —pronunció el conductor, tirando el arma hacia los matorrales del otro extremo del camino.

—Era… Era su jefe —tartamudeó el belga.

—No, no lo era —le respondió el hombre, mientras con suaves gestos de las riendas trataba de calmar a las yeguas que tiraban del carro, aún inquietas por los sendos disparos—. A mí me pagaron por protegerlo a usted —le sonrió.

—Hay que reconocer que Andrés tiene una excelente puntería —habló otro personaje que apareció tras la oportuna protección del muro de adobe de una propiedad cercana. Una voz ya conocida para el belga.

—¡Stirling…! —murmuró Verniory, descompuesto.

—Se lo adelanté, ingeniero, quizás podría tener a la suerte de su lado —alargó el funcionario de la embajada británica con su habitual y perturbadora tranquilidad.

Logan Stirling tampoco venía solo. Lo acompañaban cuatro hombres, uno de ellos llevaba una lámpara de gas y los otros palas, picotas y herramientas para cavar. Verniory, ya acostumbrado a la oscuridad, reconoció al que portaba la iluminación, era el cochero de la calesa que lo había traído a Las Condes. Junto a su jefe se acercaron a los cadáveres y con la punta de los pies los movieron. No hubo reacción.

—Más muertos que la muerte —dijo el que llevaba un azadón.

—De un solo tiro —agregó Stirling—. Insisto Andrés —volvió a mirar al cochero, que ya había logrado calmar a los animales—, los adjetivos dados a su habilidad con las armas quedan cortos, como dicen acá.

—Eran blancos cercanos, señor.

—A veces son los más difíciles.

Gustave Verniory tragó aire y se sentó en la piedra donde hacía

menos de cinco minutos lo habían emboscado para matarlo. Le temblaban las piernas, los brazos, el cuello y no era por frío. Sentía que una vena nerviosa se había marcado sobre su cuello en la forma de la pata de un gallo.

Stirling se le acercó y se sentó en el suelo, doblando sus rodillas. Se quitó el sombrero y lo miró.

—¿Ya se siente mejor, ingeniero?

—¿Qué es esto…? —balbuceó el constructor de puentes.

—¿Cómo que qué es esto? Le acabo de salvar la vida.

—Asesinó a un ciudadano francés…

—Mueren ciudadanos franceses todos los días.

—¡¡¡No es cualquier ciudadano francés!!! —gritó Gustave, pero no alcanzó a terminar la frase.

—Los muchachos preguntan cuándo empezamos —los interrumpió el cochero.

—Celso —respondió Stirling, volteándose—, busquen un lugar seguro por acá cerca. Caven profundo, tres o cuatro metros y tiren los cuerpos. Luego los queman y cuando se hayan convertido en cenizas lo cubren con tierra y barro.

—Sí, señor.

—Que tus hombres no hagan más preguntas, se les pagó suficientemente bien como para que trabajen en silencio y luego olviden. Además tienen la tranquilidad de que la policía chilena no hará nada.

Quemar los cuerpos, enterrarlos a más de tres metros bajo tierra, la policía chilena no hará nada, cada una de las frases se repetía como un mantra en la cabeza de Gustave Verniory, quien no pudo aguantar más y volteándose hacia un costado vomitó lo poco y nada que había comido.

—Cenó algo descompuesto, señor Verniory —comentó Stirling.

—Mucho —respondió el belga.

—Relájese, piense que acaba de ponerle punto final a un problema que lo ha acompañado por casi dos años. Que ahora podrá regresar a Europa cuando usted quiera. Por supuesto —acentuó—, lo de cuando usted quiera es relativo.

—Asesinó a Maurice Koechlin —reiteró Verniory.

—Ya le dije, ciudadanos franceses mueren todos los días…

—Koechlin no es cualquier ciudadano francés. Es uno de los hombres más ricos de Francia. Socio de Gustave Eiffel… La torre…

—La torre que detesta todo París y que probablemente sea derrumbada en un par de años. La gente olvida, amigo Gustave, incluso a los millonarios y poderosos.

—Conozco a Eiffel, lo buscará.

—Nadie lo va a buscar porque nadie sabe que Koechlin está en

Chile. Estaba obsesionado con usted y lo trajimos en secreto. Durante todo este tiempo, el difunto —miró al cadáver, que en ese instante era arrastrado por dos de sus hombres—, pagó a un servicio de detectives privados para encontrarlo. Nosotros fuimos ese servicio. Puede creer que el idiota canceló por su propia muerte —escupió—. Como sea, nadie sabe que está en Chile, todos lo creen en Suiza visitando a su bellísima mujer. Si acaso «visita» es una buena palabra para definir lo que él hacía cada vez que iba a ver a la señora Rosier —subrayó, provocando otra nausea en Verniory—. Y usted, como buen ingeniero, sabe que los accidentes ferroviarios son bastante frecuentes en las vías suizas. Piense positivamente amigo mío, en la alegría que su adorada Emma sentirá al enterarse de la inesperada muerte de su… ¿carcelero?, ¿abusador?

Verniory lo miró en silencio.

—En fin, amigo mío —el inglés no paraba de hablar—. Este teatro ha salido más largo de lo esperado y la verdad estoy un poco cansado. Celso —se dirigió a su conductor—, prepara el carruaje. ¿Señor Verniory? —el inglés indicó la puerta de la calesa—. Que nos están esperando…

—¿Dónde vamos?

Pero no fue Logan Stirling quien respondió.

—A mi casa —pronunció una voz que Gustave Verniory había escuchado hacía poco más de un año y medio. Volteó nervioso y vio aparecer, desde el mismo paredón donde se había ocultado el inglés y sus amigos, a un hombre alto, completamente calvo y con el rostro perfectamente afeitado. Como Stirling, vestía de negro, con un pesado saco sobre los hombros y botas de caña alta, relucientes a pesar del barro del sector. Anteojos redondos cubrían sus ojos celestes e intensos—. Me da gusto verlo nuevamente, espero que en esta ocasión tengamos más tiempo para conversar. Aquella primera oportunidad, en casa de don Francisco Robinson no tuvimos tiempo para nosotros. Ya sabe, la vida social y nocturna de Santiago y sus protocolos.

—Usted… —trastabilló Verniory.

—Sí, yo, ingeniero. ¿Acaso esperaba a alguien más? —respondió el recién aparecido, mientras se adelantaba al resto y trepaba antes que nadie al interior carruaje—. Y el señor Stirling tiene razón. No hay que demorar más esto, además hace demasiado frío en estos sectores —miró de manera despectiva en dirección a las chacras cercanas.

—Gustave —habló otra vez Logan Stirling—. Disculpe que no los presentara, pero imaginé que recordaba a nuestro anfitrión, el señor Alberto Edmunds MacFaill, un buen amigo de la corona…

—Lo recordaba —habló lento Verniory, aceptando la invitación a abordar la calesa—. Lo recordaba muy bien —subrayó, poniendo su pie en el escalón de metal que ayudaba a subir al vehículo. Edmunds

tenía razón. Iba a ser una noche helada.

VALDIVIA, CHILE

LUNES 2 DE SEPTIEMBRE, PRESENTE

53

Si me obligaran a vivir en este país, me quedaría en Valdivia. En contadas ocasiones me sucede que siento un lugar como mi casa. Me pasó con Inverness primero y con Berlín después. Ahora me sucede con Valdivia. Esto no es Chile, esto es Valdivia, que es otra cosa. Es igual a Inverness pero sin castillos y es igual a Berlín, pero al lado bonito de Berlín, ese que corre a ambas orillas del Spree hacia lo que alguna vez fue la zona oriental de la ciudad. Mucho verde, mucha agua, mucho invierno. Si uno girara la forma en que vemos el planeta, Valdivia quedaría en el norte a la misma posición que Inverness y Berlín. Ciudades frías, acuáticas, grises, que son mucho más que Escocia, Alemania o Chile. Ciudades que son como pequeños países en sí mismos.

Primer día hábil de septiembre, a dos semanas del inicio de la primavera y, mientras el resto de este país nos recibió con un sol y un calor infame, acá solo era lluvia. Lluvia tras lluvia; fuerte y delicada. A Kenya le hubiese gustado esta ciudad. Por los puentes y las casas de madera, por las plantas y los árboles, por los perros y los gatos callejeros, por las cafeterías y pastelerías cada cincuenta metros, por el olor a leña quemada que sale de las miles de chimeneas que emergen como cuellos de dinosaurios fluviales por encima de los techos de edificios altos y bajos. Un lugar perfecto.

—Disculpe— Mistral detuvo a un muchacho de unos veintitantos, vestido como si acabara de pasar un mes en un campamento hippie—. ¿La Facultad de Ciencias Forestales?

—En esa dirección —apuntó el universitario—. Siga derecho por Los Laureles…

—¿Los Laureles?

—Esta es Los Laureles —interrumpí el diálogo, acercándole mi teléfono con la ventana de Google Maps a la monja. El estudiante me miró.

—Entonces seguimos por acá —Mistral volvió a hablarle al joven.

—Sí, donde terminan los árboles hay una rotonda. Camina hacia su izquierda, por la calle que continúa llamándose Los Laureles, unos cien metros hasta avenida Campus Isla Teja, que vira a la derecha. Va a chocar con otra avenida, que se llama Doctor Eduardo Tallman. El primer edificio es el de Ciencias Forestales.

—Gracias.

—De nada.

El universitario bajó la mirada y apresuró su paso en dirección contraria. Cómo alguien puede vestirse así y salir a la calle, pensé. La ropa que usa la gente de esta ciudad es hasta ahora el primer y único punto en contra a la opción de venirme a vivir a Valdivia.

—Tendremos que seguir mojándonos —me habló Mistral.

—Usted camina bajo un paraguas. Y a mí me gusta mojarme. No le veo el problema.

—Debimos venir en auto.

—Detesto manejar y en esta ciudad tan chica no necesitamos auto. La camioneta está mejor en el estacionamiento del hotel.

—Me gustan las universidades —cambió de tema—, me recuerdan mi juventud. ¿Esta es una hermosa universidad, no cree?

Eso era cierto. La Universidad Austral de Valdivia me tenía tan encantada como el resto del paisaje.

—No la pasé bien en la universidad.

—¿En cuál de las dos donde estudió?

—En ambas —Cornell y Oxford, la vieja monja estaba bien informada.

—Por acá —me apresuré, llevándole dos pasos de ventaja.

—Los Laureles —pronunció ella en voz alta—, linda palabra.

—Es el plural de Laurel o Lauro, una planta tipo arbusto perteneciente a la familia de las lauráceas y que es originario de la zona mediterránea de Europa, aunque se da en otras partes del mundo.

—Su conocimiento en plantas es algo que no me esperaba —sonrió ella, acomodándose los lentes.

—No sé nada de plantas, usé Wikipedia —levanté mi teléfono.

—Imaginé que usted era de las que no usaba Wikipedia.

—¿Por qué no iba a usarla?

—La prejuzgué. Inferí que la consideraba demasiado promedio —recalcó—, inexacta, llena de conocimientos falsos.

—Wikipedia es hoy más precisa que la enciclopedia británica. Un 98 %, sino más, de sus contenidos son fiables y verídicos —corté.

—¿Le pasa algo, Princess?

—¿Por qué habría de pasarme algo?

—La he notado incómoda con el mundo, más que de costumbre.

—Me estoy desangrando, nada que no se solucione con un tampón —le respondí seca, no estaba dispuesta a un diálogo al respecto.

«Facultad de Ciencias Forestales y Recursos Naturales» estaba escrito sobre el vidrio de las amplias puertas que conducían a un edificio tan moderno como feo. Le abrí la puerta a Elena Mistral y dejé que ella hiciera todo el resto. Cerró el paraguas, lo estiló y caminó hasta la recepción, donde una mujer de cabello corto y mal peinado, lentes que no iban con la forma de su cara y piel llena de manchas rosas, tecleaba tras un computador que debía de tener cinco años de descontinuado.

—Buenos días —saludó la monja, preguntando de inmediato por el profesor Gonzalo Bugueño—. Me dijeron que podía encontrarlo acá.

—¿Tiene cita?

—No, un conocido en común me lo recomendó para un jardín con especies autóctonas —inventó rápido la señora.

—Espere un segundo —la mujer cogió el teléfono, marcó un número, saludó, preguntó por Bugueño, luego agregó tres o cuatro monosílabos y terminó con un «Ok». Colgó el auricular y se dirigió a Mistral—. No se encuentra en la oficina, pero me dicen que está en el jardín botánico de la universidad. ¿Sabe cómo llegar?

—No.

La mujer se levantó de su escritorio y nos dio un par de indicaciones bastante claras de hacia dónde debíamos dirigirnos. Nuevamente nos mojaríamos.

El jardín botánico estaba detrás del edificio de Ciencias Forestales y se podía ingresar a través de un sendero. Y he de reconocer que el lugar era más bello que el más bello de los parques de Berlín. Una planicie de prados verdes, ligeramente elevada y completamente rodeada por especies autóctonas. Harto verde, pero también azul, púrpura, amarillo, naranjo y gris, repartido entre helechos, árboles y arbustos que construían un muro natural que apartaba a la universidad de la curva formada por el río Calle-Calle, en un meandro hacia el norte llamado Cau Cau.

Bugueño estaba arrodillado arreglando la tierra ante unos arbustos azulados, bajo los cuales surgían brotes de flores rojas alargadas y cilíndricas. Era un hombre de baja estatura y de abundante cabello rizado; lucía barba, cejas gruesas, piel oscura y mal cuidada. Más que delgado, flaco. Vestía pantalones de mezclilla y un suéter de lana bajo un delantal blanco, encima del cual se protegía con una parca para agua tan negra como vieja.

—¿Profesor Bugueño? —lo saludó Mistral.

—Sí… —se levantó él.

—Lindas flores —comentó la monja, acercándose al arbusto.

—En realidad no es una flor, sino un musgo en su fase reproductiva esporofítica…

—¿Las flores son esporas?

—Por decirlo de algún modo… Estas flores, como usted las llamó, se desprenderán del musgo y originarán nuevas plantitas del orden de las gametófitas.

—La naturaleza es hermosa.

—Ni que lo diga. Disculpe —la miró—. ¿Usted es? —me miró—: ¿Ustedes son?

—Mi nombre es Elena Mistral —lo saludó—, y ella es mi asistente.

—¿Profesora?

—No, en realidad no. Alguna vez hice clases, pero ya no —sonrió, alargando un diálogo inútil—. En realidad estoy acá para hacerle una oferta…

—Dígame —nos miró a ambas.

—Fernando Ascencio nos dio su nombre.

Tres segundos después de escuchar ese nombre, un ligero temblor bajó por la espalda de Gonzalo Bugueño. No pudo disimularlo, menos esa primera gota de sudor nervioso que, a pesar de la lluvia, le bajó de la frente hacia el borde de la nariz.

54

«Me informaron que usted no comía delante de otras personas», comentó Mistral, mientras la mujer que atendía el pequeño restaurante me ofrecía algo más.

—¿Mayonesa, pan, cebolla picada? Para darle sabor a su crudo…

—Nada, estoy bien. Solo un vaso de agua.

Mezclé la carne molida con el tenedor, salpiqué encima un par de gotas de jugo de limón y me la metí a la boca.

—A veces hago excepciones —le respondí a la monja. Ella no paraba de revolver su café—. Cuando estoy en hemorragia necesito proteínas y mi necesidad está por encima de comer delante de otros…

—Le molesta si le pregunto algo.

—Cómo podría molestarme si no sé lo que quiere preguntarme.

—Sobre lo de su hemorragia —usó mi palabra, mientras continuaba revolviendo su café.

—¿Qué pasa con eso?

—Imaginaba que en Jueces, donde la entrenaron…

—¿Qué me habían extirpado las trompas, el útero? —la corté—. Señora, hasta donde sé, soy una mujer completa.

—¿Fértil? —no paraba de revolver su café.

—¿En serio me pregunta eso? —me contestó en silencio, su interés era genuino. Le respondí con dos palabras—. Depo Provera —iba a entender—. Y ya debe estar bueno su café.

—Lo está —paró de agitar la cuchara y tragó un sorbo. Me metí otro pedazo de carne cruda a la boca y esta vez la mastiqué largo, por más de treinta segundos antes de tragarla. Solo la carne cruda supera a un bistec sangrante cocido a la inglesa—. Ha de sentirse como en Berlín —Mistral siguió hablando, mientras con el mentón me indicaba el nombre del local donde estábamos sentadas: Kuntsmann.

—Valdivia se parece más a Inverness que a Berlín —le respondí, cortando con más limón el filete molido y crudo.

El profesor Gonzalo Bugueño llevaba cinco minutos en el baño. Era la tercera vez que iba desde que nos citó en este lugar. Dijo que era seguro y conocía a los dueños. De lo primero no doy fe, de lo segundo al menos saludó con cariño a la señora detrás de la caja y a las dos mujeres responsables de las mesas. Pidió una Coca-Cola y un sándwich de carne con queso al que no le ha dado una sola mordida desde que nos sentamos.

—Tiene problemas urinarios —hablé para cambiar de tema.

—Solo está nervioso.

—Le concedo que tenía razón, el sujeto aceptó la oferta sin negociar.

—Era una buena oferta —la agustina más poderosa del mundo tomó otro trago de café—. Los acreedores y las deudas lo están matando, tiene una hija enferma. Lo que le ofrecí le permitirá estar tranquilo un par de años.

Alargó su brazo derecho y tomó mi cuaderno, que estaba a un lado de mi plato. La hubiese parado pero no alcancé. Tuvo el gesto de no hojear y solo mirar el último de los dibujos.

—Gonzalo Bugueño con cabeza de oveja.

—De cordero —precisé.

Me devolvió el cuaderno, justo cuando nuestro anfitrión regresó del baño a su lugar. Se sentó y bebió lo que quedaba de su Coca-Cola. Mistral sacó su teléfono y lo puso sobre la mesa. Tenía abierto Google Earth sobre el lago Ranco.

—Dice usted que la isla donde está la propiedad de los Edmunds se llama Illeifa…

—No lo digo yo, se llama así.

—No aparece en Google Earth ni en Google Maps.

—Ni en ningún otro mapa —dio una primera mascada a su sándwich—. Pruebe con otro buscador si no me cree —hablaba con

conocimiento—. No está catalogada, pero la isla está ahí. Aquí —agarró el teléfono de Mistral y puso su dedo encima de un islote pequeño y alargado ubicado al frente de la isla Huapi, la más grande del archipiélago del Ranco—. Intente acercarse.

Mistral lo hizo.

Mientras los escuchaba, mi teléfono vibró con un mensaje de entrada. Era Egon. Tarde pero aún a tiempo.

—No solo no está identificada —siguió el profesor de botánica—, los mapas se pixelean cuando uno trata de aproximarse. No se aprecia nada de la propiedad, ni de la mansión, ni del generador eléctrico o la planta de agua potable. Menos del helipuerto o el embarcadero, solo los bosques y jardines.

—Sus jardines.

Revisé el mensaje de Egon. Le escribí de vuelta: «Necesito formatear un celular de tarjeta de pago como rastreador».

—Me pagan por cuidar la flora nativa, no son míos —contestó Bugueño—. Lo que trato de decirle es que hay trece islas en el lago Ranco, puede recorrerlas con su dedo —le devolvió el móvil a Mistral —, todas tienen nombre menos la isla Illeifa. Bueno —subrayó—, al menos en el mundo de Internet, por que los locales bien saben cuál es la isla y la conocen por sus dos nombres.

—¿Dos nombres? —le pregunté yo.

—La gente de Futrono y los pueblos cercanos al Ranco no la conocen por Illeifa, para ellos es la isla de los Edmunds —dio otra mascada, que remojó con Coca-Cola antes de tragarla.

—¿Entonces usted ha visto a Francisco Watterly en la isla?

—El señor de la foto —le mostramos una en mi teléfono—. Como le decía… los empleados de la casa lo conocen como el caballero de los gatos, porque pasa todo el día encerrado con los gatos de don Alberto, en la biblioteca. Un sujeto muy amable y bueno para conversar. En todo caso —se atragantó—, no es al único caballero que he visto en la isla.

—¿No? —la monja estaba siguiendo la corriente.

—Llevo tres años trabajando para los Edmunds. Ellos en persona fueron a la Austral —la universidad—, buscando a un experto en flora nativa. En todo este tiempo he visto a personas muy importantes. No sé, David Rockefeller, por ejemplo —pronunció con apabullante seguridad—, suele venir a pasar los veranos, con el propio don Alberto. También empresarios europeos. Pero don Francisco es quien más ha permanecido ahí.

—El asunto es que usted viaja los miércoles a la isla —hablé.

—Sí, pasado mañana —dio otra mordida a su sándwich—. Entonces necesitan que le lleve algo, un mensaje a don Francisco.

—A mí —le contesté mirándolo a los ojos.

—¡¡¡Espere… Espere!!! —se alarmó el ingeniero forestal, dejando de comer su sándwich. Imaginé que iba a ir al baño a vomitar ahí mismo. Aproveché de meter el tenedor en el último trozo de mi carne cruda, para terminar de comer—. Nunca hablamos de llevar a alguien a la isla de los Edmunds.

—Se le pagó muy bien y por adelantado —le recordó Mistral. Era cierto, la transacción se realizó a los quince minutos de iniciada la reunión—. El servicio que le cancelé era por llevar algo, ese algo podía ser un encargo o una persona…

—Sí, pero… —tartamudeó Bugueño.

—Escuche bien —cogí la palabra—. Usted no tendrá que hacer nada, solo llevarme oculta en su auto hasta el lugar donde se embarcan a la isla, desde ahí todo lo haré yo. No debe de preocuparse, ni siquiera mencionaré su nombre, es parte del trato, recuerde…

—Nada de mi nombre —repitió él, con la voz temblorosa.

—Promesa —agregué tras terminar de masticar y tragar la última porción de carne.

—¿Y si me niego? —preguntó por preguntar.

—Hablo con mi banco, para que retire los fondos de su cuenta de inmediato. Además —la monja fue pausando su tono—, a la familia Edmunds no le gustaría saber que sus secretos son fácilmente comprables…

Le mostré mi teléfono, poniendo mi dedo sobre la aplicación de notas de voz que estaba activada. La larva de un pez de río era menos transparente que la piel de Gonzalo Bugueño.

—No quiero más problemas —dijo, agitando la cabeza.

—No tendrá más problemas —le contestó la monja.

—Entonces —volví a arrebatar la palabra—, ¿el miércoles a qué hora?

El profesor de botánica de la Universidad Austral aspiró profundo, se mordió los labios y moviendo las manos con nervios, confirmó:

—A las siete de la mañana tengo que estar en el aeródromo Pichoy.

—¿Eso es?

—A cuarenta minutos de acá.

—¿Dónde me recoge?

—¿En qué hotel está?

—Puerta del Sol —respondió Mistral.

—En la isla Teja, lo conozco —luego regresó a mi atención—. Paso por usted a las seis.

—Lo estaré esperando el miércoles a las seis —lo miré fijo.

Bugueño movió con el tenedor la mitad sin tocar de su sándwich de carne y queso. Luego dio un trago final a su bebida, jugando con los hielos dentro de su boca, nervioso e incómodo, más por nuestro

silencio que por la situación.

—¿Algo más? —le preguntó a Mistral.

—No…

—Espere —lo detuve—, dos cosas.

—Dígame.

—Qué tipo de avión es el que usan para volar a la isla.

—No volamos en avión.

—¿Nave espacial? —le saqué una sonrisa a Mistral.

—Un helicóptero.

—¿Qué tipo de helicóptero?

—¿Importa eso? —me devolvió, dejando aflorar un poco de su escaso carácter.

—Por supuesto que importa —le aclaré—. Usted me dejará en los estacionamientos del aeródromo. Yo debo encontrar la aeronave y saber cómo la abordo. Dónde y de qué tamaño es la bodega de carga, ese tipo de datos necesito.

—Es un helicóptero grande, gris y blanco…

—¿No conoce el modelo?

—No —guardó silencio, como si dudara de sus palabras—. Espere, sí —se detuvo—, hay algo.

—Lo escucho.

—Creo que es un Airbus…

—¿Cree? —lo cuestionó Mistral.

—No… Este… —trastabilló—, estoy seguro que es un Airbus, eso dice en los asientos. Reconocí el nombre y el logo.

—¿Reconoció?

—Sí, es el mismo de los aviones que vuelan entre Santiago y Valdivia.

Mistral me miró.

—Con eso me sirve —manifesté.

—¿Qué era lo otro, me dijo que tenía dos cosas más que decirme?

—Sí —no lo miré—. Tiendas en Valdivia. Una donde pueda adquirir un celular de pago con tarjeta y otra de deportes náuticos —Mistral me miró—, de riesgo —acentué.

55

Hubiese preferido habitación individual, pero cuando llegamos al hotel, solo les quedaba disponible la *suite* presidencial que tenía dos camas. El resto del Puerta del Sol estaba completo por un evento de arquitectos o ingenieros y Mistral no quiso buscar otro hotel. Al menos

la monja no roncaba y sabía mantener silencio, cuando no estaba detrás de la pantalla de su celular.

Salí del bañó y me la encontré tirada en la cama, otra vez pendiente de su teléfono. Me sequé el cabello con una toalla, me senté al borde de la cama, tragué dos tabletas de Neurobionta y una capsula de vitamina D y prendí el televisor. Eran las diez de la noche y no había nada bueno que ver, salvo noticias chilenas.

—¿Puede bajar el volumen? —me pidió Mistral. Le respondí apagando el aparato—. No era la idea. Solo le pedí bajar el volumen.

—No me interesaba lo que estaban emitiendo —giré hacia ella—. ¿Conversa con Viani?

—Leo —alzó la mirada por el borde del marco de sus anteojos—, el teléfono es más cómodo que andar con libros. Sobre usted —giró la pantalla hacia mí. La tenía abierta en un libro electrónico—. O sobre Maiden Bravery, que es casi lo mismo.

—¿*Logia*? —ella asintió—. Eso no es más una fantasía de Elías Miele sobre lo que realmente ocurrió —expliqué.

—«Soy perra porque me gusta, sería puta si cobrara» —leyó la agustina en voz alta—. ¿Eso es invento de Miele?

—No, eso de verdad lo dije. Una frase que robé a una profesora de Oxford, que se la robó a una escritora francesa, Amélie Nothomb —la monja respondió que la conocía y la había leído—. Elías como el promedio básico que siempre fue, encontró que era una genialidad y lo usó en su novela.

—La manera como Miele la escribe y describe… Podría decirse que se enamoró de usted.

—Elías se quiere demasiado a sí mismo como para enamorarse de alguien. Tuvimos sexo porque yo quise tener sexo con él.

—No dejó que él la tocara.

—He aprendido a superar esa fobia, ayuda a disfrutar.

—Es cierto que esto —nuevamente levantó su móvil— es un texto de ficción, mas no puede negar que hay mucha verdad respecto de su persona —me miró fijo—, como su particular forma de vestir —atacó con bastante gratuidad.

—¿Qué tiene mi forma de vestir? —no se la iba a dejar pasar.

—Siempre la misma ropa, siempre el mismo estilo; insistiendo en encarnar un lugar común de fantasía masculina promedio —usó a propósito la palabra—, la eterna lolita de Nabokov tan cosificada…

—No solo masculina —torcí su movimiento—. Y Nabokov no tiene nada que ver. Además la cosificación ha sido la principal arma estratégica de poder femenino desde que Lilith no quiso follar debajo de Adán. Que algunas y algunos no sepan utilizar esa ventaja no es mi problema.

—Lilith no terminó bien.

—Dependiendo de la mitología.

—Le reconozco que en el mundo en que nos movemos, vestirse como usted lo hace —me atravesó con sus ojos—, seducir y objetualizarse es efectivamente una acción de poder.

—No me objetualizo, soy un sujeto, no un objeto. Y como el sujeto que soy, me visto como quiero.

—Conté cuatro cambios idénticos en el clóset —apuntó hacia el armario.

—Y tengo otros diez conjuntos exactamente iguales —indiqué—. De esa manera no pienso demasiado en qué me voy a poner cada mañana y al mismo tiempo me hace única e irrepetible, más allá del campo común de que todos somos únicos e irrepetibles —resoplé—. Las personas se perturban de que siempre me vea igual, día tras día, como si el tiempo y el espacio no pasaran por mí. Me gusta causar esa impresión, es como no envejecer —me rasqué el cuello—. ¿Sabe de dónde lo aprendí? —hizo un gesto de negación, levantando los hombros—. De los dibujos animados —vi hacia el televisor apagado trayendo en el gesto un breve recuerdo de infancia—. En las caricaturas los personajes jamás se cambian de ropa y de ese modo viven en paz. Si a los *cartoons* les funciona, a mí también.

—¿Animé japonés?

—*Blythe* —la corregí—. ¿Las conoce? —Mistral negó—. Fueron unas muñecas creadas en Estados Unidos en los setenta como una respuesta de la juguetera Kenner para competir contra Barbie de Mattel, pero en un estilo radicalmente distinto. Ojos grandes y luminosos, delineados de negro —fui describiendo—. Piel de plástico blanco casi traslúcido, ropa de colores fuertes: rojo y negro con mucha tacha de metal. Cabello brillante, tintura azul, azabache, rosa y carmesí sangre. Resultaron un desastre, un fracaso comercial de proporciones, ¿no adivina la razón?

—No.

—A las niñas y a los niños les daban miedo. Decían que las *blythe* parecían estar vivas y mirarlos con sus enormes ojos de vidrio. Los años las transformaron en un objeto de colección de cada vez más valor, especialmente entre la comunidad LGBTI+.

—Un objeto de colección —repitió con majadería.

—Un sujeto de colección —devolví con un golpe rápido. Mistral se quedó callada, silencio que aproveché a mi ventaja— Su fijación con el sexo y los temas de género me perturba…

—¿Porque soy monja? —me arrebató el diálogo—. ¿Cree acaso que soy virgen?

—No creo que la Virgen María haya parido virgen y voy a creer que una mujer de setenta años como usted jamás haya tenido sexo —Elena sonrió y tuve claro que iba a salir rápido de esa— ¿O acaso todo

este discurso moral tiene que ver con su loca empresa de probar que Dios es mujer?

—Probar que Dios es mujer no es el tema, Princess —idea que me dejó entrever en nuestra reunión en el Museo del Prado—, la Iglesia católica ya tiene una diosa, la Virgen María. Girar la perspectiva patriarcal de la fe es el asunto.

—Repito aquello que le dije en Madrid, cambiar el credo. «En el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo» por «en el nombre de la madre, la hija y la espíritu santa».

—Un mal chiste, pero cierto —miró al techo.

—Un golpe de Estado en el Vaticano, la forma más desconcertante e inesperada en la actual ideología de género —subrayé cada una de las últimas palabras—. Otra pieza más en la inútil batalla del feminismo —provoqué.

—¿Inútil batalla? —cogió la posta.

—Quizás consiga su papisa, quizás tengamos presidentas en Estados Unidos, Rusia, China, en la Federación Galáctica —ese mal chiste sí le gustó—, pero mientras no haya una mujer, o un gay o un trans, sentado en la directiva de alguno de los cinco bancos más poderosos del mundo, la balanza no se va a inclinar. Ese es el verdadero poder, no el político.

—¿Qué le hace pensar que eso no pasará?

—Mientras el feminismo siga enfrentando al mundo en los mismos códigos binarios de lo heteronormativo, solo es patriarcado con otro nombre. Por supuesto, independiente de la realidad concreta de que los hombres nos siguen matando, acá no es el tema —fui categórica—. Un chiste machista políticamente correcto que reduce todo a la pelea entre la vagina y el pene. Usted quiere cambiarle el sexo a Dios pero la idea de base seguirá siendo la de siempre, no obstante en los próximos años logre imponer a una «Jesucrista» colgando de una cruz, por cierto una exquisita imagen BDSM. ¿Ha hojeado historietas de Serpieri?

—No.

—Un dibujante italiano muy bueno. Debería consultarlo, sacaría buenas ideas.

—Su crítica hacia el feminismo es…

—No es crítica —la interrumpí—, solo digo que es una ideología, movimiento, *whatever*… que sigue viendo el panorama desde los buenos y malos, izquierdas y derechas, blancos y negros, machos y hembras —enumeré—, obviando los grises, los amarillos y el hecho no menor de que las mujeres somos anárquicas desde lo biológico…

—¿De dónde saco eso?

—¿No lo somos acaso? Usted es católica, solo piense en Santa Teresa. Una simple palabra: orgasmo. No necesito explicarme.

Me levanté de la cama y caminé hacia la ventana de la habitación. Afuera ya no llovía, pero un viento fuerte sacudía los sauces y álamos que rodeaban el edificio principal del hotel. Pensé en que debería tomar mis cuadernos y escribir todo lo ocurrido en el día. La reciente conversación era además buen material.

Pero Mistral quería seguir hablando.

—¿Qué hacía exactamente dentro de la Hermandad? —me preguntó tras un par de minutos de común silencio.

—Cobraba por espiar. Primero a Bane Barrow y luego a Elías Miele, en todo ese absurdo plan de la Cuarta Carabela de Colón.

—El Hermano Anciano la contactó.

—Hermano Anciano se infiltró muy dentro de la Hermandad, así conoció a madre…

—A Martha Baltimore, la mujer que la educó —interrumpió Mistral—, no su verdadera madre.

—Hasta ahora lo más cercano que he tenido a una —fui taxativa.

—Es una manera de decir —se excusó—. Entonces el Hermano Anciano conoció a Martha Baltimore, que era la directora del programa Jueces, los asesinos de la Hermandad.

—Los que hacíamos trabajos especiales…

—Como usted o sus hermanos… Gideon —le respondí con la mirada. La monja prosiguió—: Infiero así que Martha fue quien la recomendó con el Hermano Anciano para todo el asunto de los hemoware y el falso nuevo evangelio difundido a través de novelas comerciales. Lo que inició con la Cuarta Carabela, la muerte de Bane Barrow y terminó en este libro —levantó el teléfono.

—En *Logia* —respondí.

—Hace siete años.

—Casi ocho.

—*Logia* no fue el éxito que la Hermandad esperaba…

—Miele nunca tuvo el talento de Barrow.

—El hemoware…

—Los hemoware siempre fueron un fiasco, la CIA lo sabía, Pro Deo lo sabe —le devolví la mirada—. Además la editorial dejó a Elías solo, no le pusieron la maquinaria de marketing que tenían a disposición de Bane.

—Usted es un buen personaje.

—Si usted lo dice.

—¿Y cuándo comenzó a trabajar de doble agente, como infiltrada de la NSA dentro de la hermandad?

—Jamás trabajé para la NSA.

—Lo hizo para Joshua Kincaid.

—Nunca trabajé para Kincaid. Que él creyera que lo hacía es otro cuento.

—¿Y para quién trabajaba, entonces?

—Usted misma la acaba de nombrar hace veinte líneas de diálogo.

—Martha Baltimore.

—Ella siempre pensó que el proyecto de la Cuarta Carabela era una insensatez más de la administración Leverance de la Hermandad.

—El reverendo Caleb Leverance Jackson, el maldito —bostezó la monja.

—Leverance estaba hace tiempo en la mira del FBI y la NSA por denuncias de pedofilia y pederastia, pero tenía una buena red de protección proyectada desde el Pentágono…

—Y por su propia hija —no quería recordar a Ginebra, hija de puta.

—Por lo mismo —proseguí—, para hacerlo caer, lo mejor era participar de su proyecto. Kincaid solo fue un peón utilitario, que con madre supimos usar, para ese y otros favores.

—Como su supuesta muerte en Santiago de Chile.

—Entre otros favores —repetí.

—Su fidelidad a la Hermandad…

—Nunca tuve fidelidad con la Hermandad —corté su línea—, lo que hice lo hice por madre.

—Y ahora está con la competencia.

—Usted sabe mejor que nadie por qué estoy con Pro Deo.

—Curioso.

—¿Qué es lo curioso?

—Se involucró en la operación de la Cuarta Carabela para hacer caer a un pederasta y ahora está conmigo para derribar a la mayor red de abuso del mundo. Si no la conociera, diría que en el fondo Princess Valiant es una idealista, que quiere más a la humanidad de lo que parece —monja cursi.

—Estoy con usted por la cabeza de Meztli Canché y por la identidad de mi verdadera madre.

—¿En serio?

Le respondí con otra pregunta.

—¿La tilma de Guadalupe la tiene escondida en Castel Gandolfo?

La monja ni siquiera lo negó.

—¿Cómo lo supo?

—Como usted, tengo amigos que tienen amigos que saben buscar cosas.

—Por supuesto, el señor Egon Meissner.

—El resto fue sumar piezas, como armar un Lego —describí—: Metatrón, la operación que usted dirige dentro de Pro Deo se dedica a buscar supuestas pruebas arqueológicas o sobrenaturales…

—Prefiero milagrosas —apuntó ella.

—Sobrenaturales —repetí a propósito—, que sirvan para probarle

a los fieles la existencia de Dios, o de la Diosa —la miré—. Es lo mismo que lo de la Cuarta Carabela de la Hermandad pero con un propósito distinto —ella no pudo disimular una sonrisa cómplice—. Códigos en la torre de Babel, manuscritos perdidos del Mar Muerto, el culto a María Magdalena, todo ha venido de ustedes. Ahora lo del Grial de Haimbhausen. En esa lista la tilma de la Virgen de Guadalupe me parece un objeto de poder muy útil para su nueva teología feminista. Estuve hace seis años cuando la robaron en Ciudad de México, vi cuando mi hermano la destruyó en las profundidades de Andinia, supe de la mentira organizada por el arzobispado mexicano. ¿Fue usted verdad?

—Sí y no.

—¿Usted no encargó robarla, pero la compró después?

—Su hermano, Gideon, nos hizo una buena oferta. Le entregamos una réplica y una cifra con muchos ceros.

—Réplica que fue la que destruyó en Andinia —ella asintió—. Mientras la verdadera tilma de Guadalupe sigue sana y salva en el Vaticano.

—Algo así —respiró ella.

—Algo así —repetí yo.

No hubo más preguntas, evidentemente tampoco más respuestas. Regresé a la cama y me metí bajo las sábanas. Deseché la idea de escribir y dibujar. Ella siguió leyendo. Yo traté de dormir.

MIÉRCOLES 4 DE SEPTIEMBRE

56

El profesor de botánica de la Universidad Austral estaba en lo correcto, el helicóptero era un Airbus. Un H-160 con forma de delfín y rotor trasero carenado. Tampoco es que fuera demasiado complicado identificarlo. De las tres naves de alas rotatorias estacionadas la mañana del miércoles en el aeródromo de Pichoy, era el único suficientemente grande y lujoso como para adecuarse a las necesidades de un millonario dueño de un imperio periodístico. Los otros dos eran un biplaza con los colores de la policía uniformada de Chile, mismo modelo del que esperaba a su lado y que estaba pintado con el logo de una empresa de turismo que usaba la silueta de un ciervo como imagen de marca.

«Airbus H-160» busqué rápido en mi teléfono. Ayer estuve bajando la información disponible de todos los modelos de aeronaves con rotores fabricadas por Airbus en los últimos diez años y, el H-160, era uno de los que más se repetía en la categoría de vehículos de alta gama. Helicóptero mediano de transporte con prestaciones civiles y militares. Puede llevar hasta doce pasajeros, además de 150 kilos extras de carga en una bodega detrás de la cabina de pasajeros. Dos pilotos, un techo de vuelo en 6 mil metros, autonomía de 800 kilómetros sin necesidad de reabastecerse de combustible y velocidad máxima de 325 kilómetros por hora, todo eso si confiábamos en la información de Wikipedia.

Me levanté del asiento trasero del Hyundai Accent de Gonzalo Bugueño para estudiar mis próximos movimientos. El dueño del auto se había reunido con otras cinco personas, dos de ellas mujeres. «Aparte de los pilotos es probable que viajemos con una enfermera y alguien del personal de cocina. Rara vez somos más de seis personas», me había adelantado. El grupo aguardaba a un costado del helicóptero mientras la nave terminaba de ser abastecida de combustible,

protegidos bajo paraguas de la delicada lluvia que caía a esas horas; delgada y mojadora, igual que en el norte de Escocia, parecida a la de Berlín en primavera. Definitivamente a Kenya le hubiese gustado vivir acá.

Miré hacia la cola de la máquina voladora. Junto al portalón de carga, que seguía cerrado, un operario vestido con un mono azul dejó un carro con dos cajas y tres maletas grandes encima, incluida la que había viajado conmigo en el asiento trasero del auto de Bugueño. De ser más baja y flaca me habría metido en ese bolso. Soy laxa pero no al nivel de una estrella de número de magia. Revisé mi bolso, llevaba todo lo necesario, incluidos tapones para los oídos, ante la eventualidad bastante probable de tener que viajar en la ensordecedora bodega de carga del helicóptero. Otra vez levanté la vista. Estaban quitando las mangueras de carga de combustible y Bugueño se acercó para abrir la puerta de pasajeros del fuselaje. Lo vi hacer gestos amables para que sus compañeras abordaran la nave, también miró hacia el auto. Lo tengo claro, bajar el seguro de la puerta antes de salir. No me he olvidado. No me olvido de los detalles.

El operario del aeropuerto se acercó a la parte posterior del H-160 y golpeó fuerte tres veces la cubierta de la popa. La carlinga de carga se abrió en dos mandíbulas. Tomó la primera caja y empezó a cargar la nave. Era ahora o nunca.

Salí del auto y bajé los seguros de las puertas antes de cerrarlas. Por un instante pensé que Bugueño podría haberme traicionado dejando la alarma activada, pero no lo hizo. ¿Por dinero o por miedo? Dada la manera cómo se comportó conmigo durante el trayecto al aeródromo me inclino por lo último. Agachada, corrí bajo la lluvia hasta el hombre que abarrotaba el helicóptero. En sigilo y silencio, como una sombra transparente, tomando las rectas y curvas necesarias para eludir la atención del operario, de quienes estuvieran en la torre de control y de los espejos retrovisores de la propia máquina voladora. Un dosel traslúcido de furtividad.

Las dos turbinas de Airbus H-160 comenzaron a silbar mientras se encendían para inflamar el aire requerido para mover el rotor de cinco palas, montado sobre la joroba del fuselaje. Un segundo silbido, más grave y el antitorsión carenado de la cola inició su giro dentro del ventilador donde estaba instalado. Usé la cubierta del sonido para caer como un depredador sobre el operario. Hundí mis dos pulgares en su cuello hasta hacerlo perder la conciencia y el equilibrio. Rápido y en ese orden. Lo habitual. Lo acomodé en el suelo, junto al carro. Terminé de cargar las cajas y las maletas y me trepé rápido dentro. Antes de hacerlo golpeé dos veces una de las hojas del portalón de carga. En tanto me recostaba sobre las maletas, bastante más cómodas que las cajas, las mandíbulas posteriores de la nave se cerraron en

completo silencio, salvo el golpe final para igualar la presión con el interior. Usé la linterna de mi teléfono para buscar en mi bolso los tapones para los oídos. Luego conecté el celular a una de las baterías externas y le envié un mensaje de texto a Bugueño: «Al llegar a Illeifa necesito que usted descargue el equipaje del helicóptero. Encuentre la manera de ofrecerse como voluntario. Use el lugar común de ser el único hombre». Su respuesta fue un escueto: «Ok». Apagué el teléfono y cerré los ojos. De acuerdo al ingeniero forestal valdiviano sería un vuelo corto, entre media hora y cuarenta y cinco minutos dependiendo de las condiciones del clima. Con la lluvia y el viento actual la alternativa era la segunda, de eso no había duda.

Pese a la protección de los tapones, el ruido dentro de la bodega del helicóptero era insoportable y se hacía más a medida que la nave transmitía máxima potencia a sus turbinas y motores para conseguir la fuerza necesaria, primero para el despegue, luego para la sustentación y finalmente para el vuelo. Poco a poco fui sintiendo como el Airbus se levantaba, separando primero la cola del suelo y luego el resto de la estructura. Como en un terremoto particular, todo mi espacio chirreaba y temblaba en tanto las ruedas del tren de aterrizaje se replegaban dentro y la aeronave comenzaba a coger las corrientes de aire necesarias para desplazarse. Según Wikipedia, el H-160 era en su categoría no solo el helicóptero más veloz en servicio, también el más seguro y silencioso. Lo del silencio era discutible, las otras dos categorías esperaba que fueran cumplidas, al menos en un buen porcentaje. Doblé mi cuerpo sobre mis rodillas, acurrucándome sobre estas. Hacía frío, mucho, pero sabía cómo aguantarlo. He estado en sitios peores, en condiciones más atroces, situaciones que prefiero no recordar. Apreté mis ojos y usé el temblor de la nave y de mi cuerpo para procurarme calor. Solo cuarenta y cinco minutos me repetí como mantra. Fueron treinta y cinco.

ISLA ILLEIFA,
LAGO RANCO,
CHILE

57

Gonzalo Bugueño cumplió con su parte del trato. No sé ni me importa cómo se las arregló para bajar primero que sus compañeras del helicóptero, pero lo hizo. Al minuto de tomar tierra, apareció tras la compuerta de carga y mientras sacaba las maletas y cajas vigiló que nadie viniera, dándome instrucciones mudas. Cuando todo estuvo despejado me indicó en voz baja que saliera de la nave y corriera rápido hacia el jardín que se extendía a la izquierda del helipuerto.

—Permanezca agachada junto a los arbustos —murmuró—, a unos treinta metros hay un cobertizo, siempre está abierto. Solo lo uso yo y no iré hasta después del desayuno y de recorrer la zona norte. Tiene al menos hora y media para esconderse, antes de que lleguen mis empleados. En estos precisos instantes hay cambio de guardia, aproveche —miró su reloj—, que en diez minutos empieza la vigía del día. Tome —me pasó un papel arrugado—, lo que me pidió en el auto, las claves de wifi del lugar. Hay más redes pero solo nos permiten usar estas tres, apresúrese. Y tenga cuidado con los perros.

Perros, repetí para mí, cómo odio a los perros.

Guardé las claves en un bolsillo de mi chaqueta y seguí sus instrucciones. Fue la última vez que hablamos y la última vez que lo vi. Imagino que disfrutó del dinero pagado, saldó sus deudas y supo cómo hacer durar e invertir el resto, aunque lo dudo. Estoy segura que lo primero que hizo fue cambiar su auto.

El cobertizo del que hablaba el profesor de botánica era una construcción de madera, con amplias ventanas, que estaba apegado a un muro de piedras que configuraba una meseta artificial entre el primer nivel del jardín y el segundo, más elevado y que conducía a

otra meseta artificial, haciendo del paisajismo de la zona una suerte de gran escalinata hacia la mansión de los Edmunds, palacete que cubría todo el horizonte inmediato. Tal como Bugueño adelantó, estaba abierto. Dentro había un catre con un pequeño colchón de una plaza, radios viejas, muchas revistas de jardinería, linternas, herramientas y sacos con fertilizantes y otras sustancias necesarias para hacer crecer la flora de la isla.

Aproveché la espera para estirarme y recomponer mis músculos, ligeramente atrofiados por el vuelo desde Valdivia. Seguidamente me quité la ropa y me enfundé dentro del traje de neopreno para surfista, conseguido ayer en una tienda en el subsuelo del centro comercial más fétido en el que había estado en mi vida; otro punto menos para mi fugaz enamoramiento con Valdivia. Buscaba para buceo deportivo, pero el único mono negro —azul oscuro en realidad— disponible era el de surf, en talla unisex para menores de quince años. No tenía pierna larga, pero dejaba espacio para mis botas; podía haber sido peor. Doblé mi falda de tela escocesa, la polera, la chaqueta de cuero, los sujetadores y las medias dentro de mi bolso; me quité las extensiones de pelo rojo y amarré el resto de cabello en un pequeño moño redondo por encima de mi nuca. La regla se me estaba cortando, pero aún me sentía incómoda al desangrarme. En el entreacto, el Airbus H-160 volvió a elevarse y se perdió en dirección norponiente. A las ocho con treinta de la mañana, la fortaleza del lago Ranco despertó. El lugar se llenó de guardias, perros y personal que se movía de un lado a otro. Aunque el aire aún se mantenía húmedo, había dejado de llover, lo que complicaba mis próximos movimientos. Sucede, la lluvia mantiene el agua en movimiento, el frío vuelve resbaloso el prado y el cemento. Miré la hora. En palabras de Gonzalo Bugueño, Watterly pasaba la mayor parte de su tiempo en la biblioteca de la mansión, leyendo, escribiendo y jugando con unos gatos. El botánico no fue claro en sus descripciones y se contradijo en cuál ala era la del salón de lectura o si el ingreso estaba en el primer o segundo piso. Ni siquiera en la *deep web* hay planos o fotografías de la casona y los recursos de los Edmunds y sus asociados son tan amplios que nada en órbita apunta sus cámaras al islote. Agarré mi teléfono y abrí conexión a redes. Había al menos seis señales de wifi. Probé las claves. Por supuesto todas usaban barreras virtuales de seguridad. Egon se anticipó a esa posibilidad y durante la noche me cargó en el teléfono, y por remoto desde Berlín, diez rompehielos, todos con la facultad de distraer los servidores camuflando la IP de los teléfonos con números ya activos, para no aparecer con una nueva identidad de conexión, la cual va saltando cada diez segundos. «Si te rastrean son mejores que el Mossad», me indicó en su mensaje. No le respondí. Hace seis años trabajé con el Mossad en este mismo país y no es difícil

ser mejores que ellos.

«Estoy dentro. Ahora le toca a usted», le escribí a Elena Mistral por un canal seguro de Telegram, encriptando el intercambio de información a través de un protocolo ZRTP.

«Diez minutos», fue su respuesta.

Aproveché la espera para comerme una manzana, un plátano y beber media botella de agua sin gas. Para ese instante ya me era obvio que, con el suelo y los jardines mojados, la manera más segura de ingresar era a través de los árboles y no precisamente por las araucarias, cuyos brazos llenos de púas alcanzaban las terrazas superiores. Un par de álamos y el roble de la derecha eran buenas alternativas, eso más lo que Mistral pudiese corroborar con ayuda de sus ojos en el cielo.

El lapso sin lluvia iba a ser breve y necesitaba usarlo. A veces diez minutos duran una eternidad.

No fue este el caso.

«Estamos arriba de la isla. Tienen los datos de su teléfono, Princess. Corra un encriptador de seguridad para recibir la información».

Lo hice. En esos instantes, a unos treinta mil pies de altura, un dron espía de Pro Deo estaba fotografiando la propiedad de los Edmunds, mientras otro quebraba las contramedidas electrónicas del lugar no solo para conseguir imágenes térmicas del interior de la casa, sino para disparar un *blackout* que me permitiera tener la brecha requerida para violar la mansión.

«¿Cuánto requiere para estudiar los planos?», fue el nuevo mensaje de Elena Mistral.

«Recién descargando. Cinco minutos para memorizar».

Mientras veía las fotos, entró una nueva línea de diálogo.

«Cuando acabe, avíseme para activar la distracción».

«Lo haré».

«Recuerde que usted también estará desconectada».

«Lo recordaré».

La pantalla del clon chino de iPhone empezó a recibir imágenes encriptadas con detalles aéreos de la casa. Había seis entradas. Dos desde donde yo me encontraba y cuatro, incluida la principal, por el costado que no podía ver. Además de una terraza que daba a un bosque de coníferas, la mayoría pinos y abetos, nada de especies autóctonas, solo material de decoración. Más archivos. Termografías del interior. Color rojo y amarillo de la cocina y las calderas, destellos de gente que se movía por los corredores, tres pequeños puntos que supuse eran los gatos que Bugueño había mencionado. Grandes espacios hacia el ala norponiente, que miraba en dirección al lago: salas de estar, comedor y un espacio más grande con dobles paredes o

lo que era lo mismo, estantes por encima de los muros: la biblioteca. Con la ubicación en perspectiva regresé a las fotos iniciales y las estudié, memorizando detalles y formas útiles, trazando mentalmente cada uno de mis movimientos para ingresar a la casa. El mapa mental se me fue armando como un rompecabezas con cada vez menos piezas pendientes. La certeza absoluta es enemiga de los imprevistos y lo que tenía por delante estaría plagado de imprevistos. Volví a estirar mis piernas, torcer mis músculos, doblar mis brazos, apretar mis ojos y alargar mis dedos. Crucé mi bolso de izquierda a derecha y me cerré la chaqueta de cuero.

«Cuando quiera, señora», le escribí a la monja.

A 30 mil pies de altura por sobre la isla Illeifa en el lago Ranco, a unos ocho mil metros, un dron de quince metros de envergadura impulsado por un doble motor de turbohélice abrió la parte inferior de su fuselaje, que en la versión militar del robot era la bodega de armas. No era el caso de esta máquina en forma de insecto, fabricada por General Atomics con el código de MQ-3, una alternativa especialmente diseñada para Pro Deo del Predator, usado desde hace veintidós años por las fuerzas armadas de los países amigos de Estados Unidos. La nave, guiada por inteligencia artificial a distancia, había reemplazado sus bombas de caída libre y misiles de trazo láser por una parrilla de contramedidas electrónicas, capaces de crear un cono de silencio desde su posición hasta la superficie, lo suficientemente potente como para cortar todas las comunicaciones y provocar un pequeño caos en todo lo que estuviera conectado a una red de internet o a un enchufe de corriente. Pro Deo podía mantener al MQ-3 volando en círculos sobre el Ranco por no más de quince minutos. Existían normas, pactos y otros ojos en el cielo que no tardarían en buscar a los insectos metálicos y problemáticos de la inteligencia vaticana.

Primero mi teléfono perdió señal, luego se apagó solo. Conté hasta cinco y me asomé a la puerta. Los guardias cercanos al jardín estaban corriendo hacia el otro extremo de la casa y los perros los seguían. Salí del cobertizo y trepé como una araña por las piedras de la meseta artificial hasta el segundo nivel, desplazándome agachada, casi en cuatro patas por el muro de enredaderas y helechos que corría paralelo a la fila de araucarias que marcaban la ruta a la casa.

Usé el borde de la segunda meseta para gatear hasta la línea de árboles autóctonos, unos alerces que luego se mezclaban con álamos, pinos azules y dos grandes secoyas, cuyas ramas oscuras caían sobre las terrazas del segundo nivel del palacio. La línea exacta de desplazamiento que debía de seguir para entrar en lo de los Edmunds. No había tiempo para pensar demasiado. Corrí con fuerza sobre el altiplano artificial y salté hacia la rama más baja de un alerce, que usé como columpio para impulsarme al tronco y de ahí brincar a los

álamos primero, a los pinos azules después, para dar finalmente con las ramas protectoras y cómplices de una secoya. Las partes complicadas de la aritmética, mi entrenamiento en ballet, teatro y combate cuerpo a cuerpo. No solo ser invisible, ser un gato, un animal en cuatro patas. En sincronía, cuando mi teléfono estaba recuperando la señal y las luces de la casa se encendieron, me dejé caer en la punta de los pies sobre la terraza del segundo piso.

La cerradura era antigua así que solo necesite dos pinzas de pestañas para abrirlas. Una arriba de la otra, dentro del ojo de la cerradura, un tirón fuerte, luego un golpe con la palma de la mano cóncava para provocar un vacío. Otro tirón y el ventanal cedió.

Tal como había deducido se trataba de un dormitorio. Grande pero no demasiado. Me acerqué a la puerta y la abrí despacio. La casa se sentía vacía, aunque ruidos de actividad llegaban desde abajo, la mayoría con golpes metálicos y voces agudas, mayoritariamente de mujeres. Cogí mi teléfono y volví a revisar rápido las imágenes satelitales y térmicas enviadas por los drones de Pro Deo. Para ir a la biblioteca debía de tomar hacia la derecha. Salí con cuidado al corredor y troté en puntillas hasta la escalera. Abajo, hacia el vestíbulo, dos criadas limpiaban antigüedades y detalles en mármol y bronce. Bajar por el acceso oficial estaba prohibido. Un golpe seco resonó desde otra puerta. No estaba sola en el segundo piso. Retrocedí hacia la pared contraria a la escalera. Tras una mesa de arrimo encontré la escotilla de un ascensor de carga. Lo corrí con cuidado. Era manual, antiguo, simple. Salté al interior de la caja y cerré desde adentro, justo cuando una pareja de empleados, hombre y mujer, vestidos idéntico a las criadas del primer piso, salían de un dormitorio. Estoy segura de que no escucharon nada. O si lo hicieron ya era demasiado tarde, porque ya me encontraba en el primer piso, asomándome al comedor. A la derecha los dos salones principales, a la izquierda la biblioteca. Conté hasta tres y me apresuré al ala de lectura. Tras cruzar el umbral cerré por dentro. Como no era difícil de imaginar, Francisco Watterly McKay estaba ahí, leyendo un tomo de una enciclopedia y con un gato pequeño, naranjo y atigrado sobre las rodillas.

—La hija de Armitage Kingstone, supongo —me estaba esperando —. Aunque la imaginaba distinta, su padre me la describió de otra manera —apuntó al mono de neopreno para surfista que llevaba puesto.

—Siento decepcionarlo —lo vi pensándome como muñeca gótica y durante un segundo tuve asco hacia el anciano.

—Lo digo por la cicatriz y las cejas —trató de excusarse.

—No hay cejas y la cicatriz no le importa.

El gato tigre naranjo saltó de las piernas del hombre y

ronroneando vino hasta mí, olfateándome las botas.

—Vine a hablar —le dije.

—No —me respondió firme—. Usted vino a sacarme de este sitio.

—¿De qué habla?

—Rescatarme. No creerá que los Edmunds me tiene acá por ser amigo de la familia. Además su padre me lo prometió.

—¿Qué le prometió?

—Creo que eso ya lo adivinó —curvó su boca salivosa—. Pensé que vendría ayer. En realidad desde el domingo que la estoy esperando.

58

El gato era hembra. Se llamaba Almudena, tenía cinco meses y era la mayor de una camada parida por la gata de la señora encargada de la cocina de la mansión Edmunds. Francisco Watterly McKay me contó que se encariñó desde el primer minuto con ella así que se la regalaron. En ocasiones Watterly jugaba con los otros gatos de la casa, que según sus palabras eran más de quince, aunque la mayoría se la pasaba recorriendo la isla o trepados a los árboles huyendo de los perros. Solo Almudena se acostumbró a estar en el interior, entre los libros; fiel sobre sus hombros, pierna, o echada al lado de donde estuviese sentado.

—Lo de huir es relativo —me contó de los otros gatos—, porque como se han criado junto a los perros, son compañeros. Y cuando perros y gatos crecen de chicos, los que mandan son los gatos —arrugó los ojos—. Si me lo hubiesen contado no lo habría creído, pero acá he visto a los padres, tíos y hermanos de Almudena —la gata, que ahora dormitaba sobre mis piernas, levantó las orejas hacia el anciano —, dejar llorando —realmente usó esa palabra— a un par de mastines, incluso a un rottweiller.

—Los perros son cobardes, los gatos son dueños del mundo —precisé.

—¿Le gustan los gatos a usted?

—Más que las personas.

—Ella la quiere —indicó a la pequeña tigresa—. Primera vez que me abandona —confesó con cierto pesar.

—Los gatos me buscan, desde niña ha sido así —le hice cariño a Almudena entre las orejas, ella clavó sus pequeñas garras en el caucho sintético que cubría mis piernas a modo de improvisado traje de asalto.

—Es probable que usted sea una gata.

—¿Por qué la nombró Almudena?

—Recuerdos de España.

—Odio España —luego reconocí—. Pero Almudena es un buen nombre para una gata tigre anaranjada.

Francisco Watterly McKay curvó sus labios, arrugando sus facciones en una improbable aritmética entre alegría y nostalgia. A pesar de haber visto muchas fotos suyas, pensé en encontrarme con una persona distinta. Más fuerte, más resuelta, más situada en el lugar común de haber sido la persona de confianza de un dictador con la fama de Pinochet. Pero no. El hombre que tenía delante parecía una sombra de eso. Encorvado y pequeño, de ochenta y un años que parecían ciento veinte. Cabello canoso y abundante en la nuca, rostro plagado de bolsas, la boca y los ojos grises, con esa expresión devastada que aflora entre quienes llevan años sintiéndose abandonados. Manchas y ronchas violeta escalaban la piel de su frente y delataban su sangre de ascendencia escocesa. Era lo único europeo de su porte. La espalda curvada y la necesidad de apoyarse en un bastón de mango dorado. La ropa, dos tallas más grande, caía lacia desde sus inexistentes hombros. Sacarlo iba a ser muy complicado.

Hora y media de conversación, interrumpida por una criada que trajo su café de las once y que nunca notó mi presencia, arrodillada bajo la mesa del escritorio. Watterly estaba muy enterado del organigrama del Vaticano, Pro Deo incluido. Por supuesto no mencionó a Elena Mistral, aunque era muy factible que no solo conociera su identidad, sino su historia completa. Hablamos de las opciones para sacarlo de la isla. Le propuse una, él me presentó otra alternativa. La suya era más plausible, también más arriesgada. Aproveché de entregarle todo lo necesario para cuando saliéramos de la fortaleza Edmunds. Era mejor que lo tuviese desde ya, si las cosas avanzaban como debían, era muy probable que no tuviésemos otra oportunidad.

—Me informaron que usted era muy creyente —le comenté.

—Un piadoso católico, ¿esas fueron las palabras exactas, verdad?

—Verdad.

—¿Su padre?

—Sí, él fue —Almudena miró hacia las ventanas de la biblioteca.

—Lo soy —aceptó el viejo—. Quizás hoy parezca anacrónico e incluso avergüence reconocerse como católico, mal que mal, solo en este país —llevó sus ojos al techo— hay más de doscientos curas acusados e investigados por abusos sexuales, incluso algunos que pelearon contra Pinochet. Pero usted sabe de esto, ¿es su cruzada, no? O la de sus aliados —lo miré fijo, sin hablar—. Como le decía, a pesar de todo, me considero católico. Lo fui, lo soy y lo seré, con porfía —

marcó—. Hace años, cuando no era una carga —se tocó las piernas—, era de misa diaria, ¿sabe? De ahí lo de piadoso —se rio.

—Católico y hermano de la logia Royal Alpha —acoté.

—¿Muy extraño?

—Contradictorio —respondí.

—No lo es.

—Alguna vez lo fue —jugué.

—Durante el siglo XVIII.

—Hay cosas que no cambian en trescientos años —entregué la posta.

—Otras sí —su sonrisa era muerta, con dientes postizos y amarillos —. La Royal Alpha surgió al amparo de la Iglesia anglicana de Inglaterra y del catolicismo Escocés. En el último siglo se llenó de protestantes —era obvio que no le gustaban los protestantes— y la Mesa Redonda, ¿imagino que ha oído hablar de la Mesa Redonda de la logia Alpha?

—La reunión de los hermanos mayores, los Príncipes de Sangre.

—Los mismos —otra vez tosió—. Pues sepa usted que los Príncipes de Sangre de la Mesa Redonda, son en su mayoría piadosos cristianos —lo dijo con sorna.

—Me gusta esa expresión —era cierto.

—La culpa de los piadosos —Watterly parecía pensar en voz alta —. Chile está lleno de esos. Una vez, hace años —empezó a contarme —, definí a un coronel del ejército como un piadoso católico, exactamente las palabras usadas por su padre —lo repitió a propósito —. Fue cuando recibí denuncias de que la unidad a su cargo estaba violando sistemáticamente los derechos humanos. Por supuesto —recordó—, me equivoqué.

—Manuel Contreras —le respondí.

—Está informada.

—Tengo la costumbre de buscar todo lo referente a mis encargos cuando acepto un trabajo.

—Creo que es primera vez que se refieren a mí como un encargo —tosió nuevamente—. ¿Me permite seguir contándole del piadoso Contreras?

—¿Es necesario?

—Mucho, para que entienda lo que se nos viene.

—Lo escucho.

Watterly McKay se levantó y, afirmando su lado derecho en el bastón de pomo dorado, caminó hacia el ventanal que daba al lago.

—Aún no llueve —comentó—, pero esta noche habrá tormenta.

Almudena saltó de mi regazo y corrió moviendo su cuerpecito peludo pero de pelo corto hasta su dueño, paseándose entremedio de sus piernas y ronroneando fuerte. El ronroneo de los gatos sana. Estoy

segura que el hombre que tengo en frente sigue vivo gracias a esa pequeña tigresa.

—En 1974, Pinochet creó la DINA —comenzó—, la Dirección de Inteligencia Nacional y le dio el mando de esta a un teniente coronel de ingenieros, Manuel Contreras —asentí—. Creo que fue el 76 cuando empezaron los rumores —Watterly regresó a su sitial. Se tardó en acomodarse, su cuerpo endeble parecía quebrarse a cada movimiento—. Estos apuntaban a que Contreras estaba cometiendo crímenes horrendos contra prisioneros políticos, especialmente contra mujeres —me miró—, usando personal femenino para estos fines…

—Y animales.

—Ha leído —se detuvo—. Como le estaba contando, empecé a recibir estos informes, a los que no hice caso. Conocía a Contreras. Mi mujer era amiga de su esposa y a mí me parecía un personaje intachable —acentuó—, compartíamos misa diaria con las familias, mismo confesor, qué sé yo —resopló—. Tardé en aceptar las denuncias, pero a medida que estas no paraban, decidí hablar con Pinochet. El general se hizo el desentendido y me ordenó no hacer nada…

—Usted no obedeció.

—Investigué por mi cuenta. Contreras había convertido a la DINA y a la CNI después, en una especie de secta con agenda propia, que en el caso de crímenes contra mujeres tenía un carácter ritual… Aún me persigue lo que vi en esa investigación primera —lo miré, era mi forma de preguntarle qué había visto—. Un container con los cuerpos de seis mujeres embarazadas colgando de unos ganchos de carnicería. A las seis les había sido extirpado el niño que llevaban dentro —recordé a Kenya, cuando la encontré en el departamento—. Quise denunciar a Contreras pero no pude.

—Le ordenaron no hacerlo.

—Hay juramentos que son más grandes que la ética de las personas.

—La Royal Alpha.

—Espero entienda que estamos en una guerra invisible, más allá de diferencias políticas o religiosas. Esto no tiene que ver con los planes de Pro Deo para poner una papisa con el objeto de frenar una sucesión de crímenes sexuales amparados por el Vaticano. Esa es solo un arista de algo más grande…

—Me están pagando por encontrar un meteorito y un cáliz.

—Símbolos para la batalla final, querida —agitó sus brazos.

—Padre me dijo que usted sabe dónde está el Grial de Haimbhausen

—Su padre quizás tenga razón —evadió, bajando la vista.

—Usted lo cuidó…

—Lo hice, en efecto —recordó—. En julio de 1982, después de que el arzobispado lo entregara a los ingleses, yo resguardé su... —dudó antes de sumar la última palabra— traslado.

—¿A Inglaterra?

—A la Mesa Redonda —esclareció.

—Entonces está en Inglaterra —concluí apresurada—, padre me dijo que…

—Querida —me interrumpió Watterly—, ¿qué le hace pensar que la Mesa Redonda de la Royal Alpha está en Inglaterra?

—¡¿Está en Chile?! —exclamé.

—Todo a su debido tiempo.

—Usted sabe…

—Por supuesto que lo sé, yo lo dejé en la Mesa Redonda —volvió a toser—. Insisto, Princess, usted me ayuda a salir de aquí y liberarme de los Edmunds y yo le doy lo que busca…

—Usted habla de una guerra…

—Una guerra que para mí hace rato terminó —la última tos fue más fuerte, obligándolo a doblarse sobre su pecho. No solo era molesta, también dolorosa.

—¿Cuánto le queda? —miré sus arrugas.

—Años, meses, días. Solo Dios sabe eso.

—¿Cáncer?

—Algo así.

—Odio los potenciales.

—Algo así —lo repitió a propósito—. Sobre lo que conversábamos antes —siguió hablando—, lo de Contreras, la DINA y la CNI. Entendió a qué iba, ¿verdad?

—Eso creo.

—Contreras jamás trabajó para Pinochet. La DINA y la CNI no formaban parte de la maquinaria del gobierno militar…

—Dictadura militar —ratifiqué.

—Usted dígale como quiera, usted no es chilena.

—Dictadura militar.

—La DINA y la CNI, la gente de Contreras nunca fue fiel a Pinochet —siguió—, eran otros los que estaban tras su funcionamiento y pago. Con la llegada de la democracia, la organización no desapareció, simplemente se fue con sus verdaderos patrones.

—Contreras estuvo preso.

—¿Sí? —arqueó sus cejas y nuevamente tosió— ¿En serio?

Watterly tomó a Almudena y la levantó hasta chocar su nariz con la de la pequeña felina. De pronto la gata pataleó inquieta, se soltó de su amo y se escondió bajo un sillón, con la cola erizada.

—¡No estamos solos! —exclamé, sintiendo también los pasos que venían desde el salón ubicado al otro lado de la biblioteca. Cinco

personas conté.

—No, no lo estamos. Llegó la hora, Princess. Solo recuerde lo que hemos conversado —me miró—. Usted vino acá a tenderme un puente. Para eso estamos, para construir puentes. Sé que me entiende.

—Verniory… —susurré.

—Sí, es buena, su padre ha de estar orgulloso —dijo Francisco Watterly a la par que avanzaba hasta la puerta de la biblioteca. Volteó hacia mí y me regaló un ademán, luego regresó al portal de la sala. Levantó los pasadores y abrió ambas hojas.

—Adelante, capitana —saludó con amabilidad, haciendo pasar a los recién llegados.

59

La capitana era una mujer grande, de cabello corto y canoso; espaldas anchas y masculinas. Debía de andar por los setenta años aunque se veía más joven. La expresión de su rostro, las arrugas y el pelo blanco eran el único indicio de su edad. Vestía un traje de dos piezas, con corbata amarrada al cuello de su blusa. Usaba botas de tacón alto y traía amarrado a su mano derecha un pastor alemán grande y rabioso, cuya presencia fue lo que alertó y asustó a Almudena, que trepó rápido a buscar refugio en lo más alto de una de las estanterías de la biblioteca. La mujer ingresó a la habitación acompañada de cuatro hombres. Dos de los cuales eran solo un poco menores que ella y el resto bastante más jóvenes, por la treintena o los cuarenta. Todos llevaban armas automáticas y rifles de asalto.

Levanté los brazos y me quedé petrificada. Si abrían fuego no había más historia que contar. Sabía que no lo iban a hacer. No si las cosas seguían el ritmo que me había adelantado el anciano que supuestamente vine a rescatar.

—Gracias, señor Watterly —habló la mujer identificada como capitana, que se acercó a mí y me miró de cabeza a pies. Era bastante más alta que yo. Ayudada por las botas, superaba el metro ochenta por un par de centímetros—. ¿Qué tenemos acá? —me miró.

—A mí —le respondí sin titubear.

—¿La enviada de los curas? —miró a Watterly.

—No trabajo para los curas —le aclaré.

—Es la agente en terreno de Pro Deo —explicó el exsecretario de prensa de Augusto Pinochet.

—Y se suponía que venía por usted.

—Ese era su plan —siguió hablando Francisco.

—¿Sola? —la mujer volvió a mirarme.

—Trabajo sola.

—Eso me han dicho.

—¿Le han hablado de mí?

—Mucho. De las dos oportunidades anteriores en que estuvo en Chile. Movió mucha tierra, Princess —seguía escrutándome con detención—. Su vida en Berlín, el crimen del que se le culpó hace poco más de un mes… Su propia novia —caminó hacia el centro de la habitación—. Cuánto lo siento.

—Ya pasó.

—Y ahora trabaja para el Vaticano. Me habían hablado de usted, que era de una sola línea… Yo la veo bastante contradictoria.

—Todas tenemos nuestra agenda.

Los cuatro hombres de la capitana se habían situado alrededor mío, formando una equis imaginaria conmigo al centro, apuntando sus armas a mis piernas. No pretendía moverme, mucho menos tratar de sacar la bayoneta de mi bota. Ellos permanecían quietos, tampoco iban a hacer nada a menos que la mujer que los mandaba se los ordenara.

—Su bolso, por favor —me ordenó la capitana.

Me quité el bolso y se lo arrojé. Ella lo agarró en el aire. Lo abrió y revisó.

—Ropa de muñeca —sacó mi falda y las medias, volvió a arrugarla dentro—, batería para teléfono —fue describiendo—, un móvil muy nuevo…

—Es chino —le indiqué.

—Me gusta —siguió escarbando—. ¿Qué más tenemos? Cables, lápices y cuadernos. ¿Nada de armas? —levantó la vista.

—No uso armas.

—Oh, claro. Me han contado que los entrenados por Jueces no necesitan armas porque son armas. Y usted, Princess, ¿es un arma táctica o de destrucción masiva?

—Depende de la situación.

—Me gusta cómo piensa. Hace años hubiese sido una buena unidad a mi servicio. Ahora… —sopló—. Ahora la vida nos puso en situaciones distintas. Imagino que tiene claro que no va a salir de la isla —volvió a soplar—. También que tendremos una larga conversación. Hace años que no tengo una de esas largas conversaciones con alguien como usted —sentí sus ojos reptando por mi cuerpo.

—¿Como yo? —la provoqué.

La capitana se acercó hasta quedar a centímetros de mí. Acercó los dedos de su mano derecha y acarició mi barbilla levantándome la cara. Tenía un aliento repugnante, suma de malos cigarrillos, alcohol e

infección en las encías.

—Muy bonita —habló mirando a sus hombres. Dos de ellos sonrieron. Los otros, los más jóvenes, temblaban—. ¿Les parece bonita? —interrogó a sus subalternos, mientras hacía bajar su dedo índice derecho por mi cuello hasta el borde de del mono de surfista, tomando la cremallera como si fuera a bajarla.

Los soldados asintieron al unísono, babosos, repugnantes.

—¿Saben cómo se llama esta dama? —los hombres negaron moviendo sus cabezas— Princess Valiant —pronunció la capitana—, que en castellano significa princesita valiente.

—Princesa valiente —aclaré.

—Princesa, princesita, es lo mismo.

—No es lo mismo —la desafié.

El perro de la capitana olfateaba hacia donde estaba escondida Almudena, que se había enrollado sobre los tomos de una enciclopedia que llenaba por completo la estantería más grande de la biblioteca. Los ojos grandes y espantados de la gata resaltaban en la negrura de ese refugio, su propia cueva.

—¿Qué va a hacer con Watterly? —le pregunté a la capitana.

—Por su seguridad lo sacaremos de la isla —se apartó de mi lado y caminó hacia su perro.

—¿Usted en persona?

—No, yo tengo una cita con usted. Convoqué a la persona perfecta para encargarse del señor Watterly… Creo que usted la conoce.

Alguien más avanzó por el salón continuo en dirección a la biblioteca. Reconocí esa manera de caminar, de poner el peso de sus piernas contra el piso, de caminar como si estuviera volando, marcando el paso sobre su lado izquierdo. Maldita.

—Nos volvemos a encontrar Valiant —habló Meztli, mientras entraba caminando en dirección a Watterly.

La miré sin hablar.

—¡¿Qué, güerita?! —me imprecó con los ojos atravesándome la garganta— ¿Pensabas que estaba en Ciudad de México, como te informó tu pinche monja…?

No le contesté.

—Una lástima no poder divertirme contigo como lo hice con tu chava Kenya, pero estás en buenas manos con la capitana. Las chilenas conocen trucos que las mexicanas ni siquiera soñamos —gesticuló.

No le contesté.

—¿Tiene todo listo, señor Watterly? —la Asesina de Veracruz miró al anciano. El viejo me observó, luego a la mexicana y asintió—. Perfecto.

—El helicóptero llega en diez minutos —informó la capitana.

Meztli tomó mi bolso y hurgueteó dentro, sacando mi ropa y

tirándola sobre un sofá.

—Yo me quedo con todo esto —levantó mi falda y mi sujetador—. Para mi colección de fetiches.

—Llévese lo que quiera —le respondió la capitana.

La asesina se adelantó hacia el estante y agarró a Almudena del cuello. La gata quedó en una pieza y rígida, en la posición de los cachorros cuando son trasladados por sus madres.

—Mira, güerita, otro gato. No es tan lindo como el de tu novia —dijo.

—Suéltala —le ordené.

—Oh, es gata, que linda coincidencia —movió al animal hacia las fauces del perro de la capitana—. Tranquila —me miró—, a esta no le voy a hacer nada—. Le pasó Almudena a Watterly, quien la acunó sobre sus brazos.

—Lleven a la princesa al catre —mandó la capitana a sus hombres, marcando la palabra «catre» en su frase. Uno de los subalternos me conminó con la punta de su arma a que caminara—. Y no le hagan nada hasta que yo baje. Solo quítenle la ropa y no intenten tocarla… es mía.

—Espere —habló Meztli—. En su bota izquierda, Valiant siempre lleva un estoque.

—Una bayoneta —precisé, mientras yo misma sacaba el arma y se la entregaba a mis captores.

SANTIAGO
DE CHILE

DOMINGO 29 DE MARZO, 1891

60

Una dama joven y morena entró en silencio al dormitorio.

—Me informaron que le gustaba el café negro —habló la mujer—. Traje pan, huevos fritos y cerdo. ¿Está bien?

—Sí, gracias —respondió el ingeniero.

La empleada con la bandeja esperó a que Verniory se sentara para acomodar la comida sobre las piernas del invitado.

—Provecho —le deseó.

—Gracias… El día —el belga apuntó hacia la ventana—. No hará tanto frío como ayer, parece.

—No lo crea, el sol es muy engañador en marzo.

—Engañador —reiteró Gustave, mientras sentía su lengua quemarse con el primer sorbo de café. Luego los eventos de la noche anterior: *Monsieur* Koechlin muerto y los cadáveres enterrados cerca del templo de Los Dominicos. La aparición del señor Edmunds. Ahora la casona ubicada en el centro de Santiago, a pasos de la Plaza de Armas. No más capuchas, no más golpes, una cama limpia y cómoda. En otras circunstancias, la noche previa podría haber sido la mejor de su vida.

—Señor Bernori —habló la mujer.

—Verniory —la corrigió él, mientras untaba el pan recién amasado en el huevo y el tocino.

—El patrón y el señor Stirling lo esperan en la biblioteca cuando usted termine.

—¿Qué hora es?

—Las ocho y media…

—Dígale que a las nueve estaré con ellos. Por favor, que me faciliten agua caliente para lavarme.

—Sí, señor. Y cuando necesite algo, solo llámeme. Mi nombre es Guacolda.

—Gracias, Guacolda —pronunció el belga, mientras la criada abandonaba el dormitorio.

Gustave Verniory acabó el café, dio un par de mascadas al pan y dejó la mitad del huevo con tocino. Luego se levantó y comenzó a ordenar su ropa sobre las colchas; estaba sucia y rota. No se había cambiado en más de una semana, costumbre que él detestaba, aunque el sur le había obligado a hacerla propia. Pensó en Leonora Latorre. O en Victoria Valiant, como la había identificado el dueño de *El Correo*; nombre que tenía mucho sentido con su personalidad. Hacía meses que no sabía de ella y frente a los actuales eventos que se desarrollaban ante sí pensaba que tal vez no volvería a verla. La extrañaba. También pensó en el padre Ugarte. A él la tierra se lo había tragado desde hacía mucho antes.

Tocaron tres veces a la puerta del cuarto.

—Adelante.

Dos hombres ingresaron. Ambos vestidos con un uniforme similar al de la criada, pero en masculino. Uno de ellos tenía claros rasgos mapuches, el otro, el más joven, era negro.

—El agua, señor —pronunció el mapuche, alzando una jarra de loza blanca de cuyo orificio en la tapa se elevaba una espiral de vapor.

—Por favor, en el lavatorio —apuntó a la mesa del *toilette*.

El hombre llenó la fuente enlozada con el agua caliente.

—En la cajonera hay toallas y jabón —le indicó, mientras acomodaba la jarra con el resto del agua en el piso.

El otro empleado tendió sobre la cama varios cambios de vestimenta. Pantalones, camisas blancas, chalecos y sacos, tres juegos de corbatas. Un par de suspensores y un conjunto de cinturones.

—El señor le envía ropa nueva —le dijo—. ¿Su vestimenta sucia?

Verniory le indicó las prendas arrugadas sobre una silla.

—¿El señor va a querer lavarlas y arreglarlas?

—No —respondió Verniory—, están viejas e imposibles. Tírelas o regálelas —luego se acercó a la cama y revisó el pantalón y la camisa. Eran de su talla, tal vez un poco más grandes.

61

Alberto Edmunds MacFaill y Logan Stirling estaban sentados en el estudio del dueño de casa. El primero fumaba un habano, mientras revisaba el ejemplar de su periódico correspondiente al día en curso.

Gustave Verniory golpeó la puerta y sin esperar que le indicaran que entrara, ingresó a la biblioteca. Una sala hexagonal en la cual cinco de sus seis paredes estaban repletas de libros; por la que miraba a la calle entraba el sol de la mañana, filtrado por una cortina delgada con detalles blancos sobre el lino semitransparente.

—Buenos días, ingeniero —saludó el dueño y editor de *El Correo*.

—Buenos días, señor Edmunds —miró a Stirling—. Logan —el inglés le regresó el saludo.

—Me informaron que me estaban esperando, disculpe mi retraso.

—No hay nada que disculpar —Edmunds era muy flemático—. Además solo fueron un par de minutos. ¿Durmió bien?

—Sí —Gustave fue escueto—, muy bien.

—Y nueva ropa —lo miró Edmunds, quien aprovechó de ofrecer a su invitado que tomara asiento. El belga se acomodó en un sofá que enfrentaba al del dueño de casa—. Veo que le quedó en talla.

—Sí, gracias.

—¿Un habano, una copa de coñac…?

—No, nada, estoy bien —levantó su palma derecha.

Edmunds respiró hondo, luego volvió a abrir el ejemplar de *El Correo* y comenzó a leer en voz alta:

—En el norte cayeron las provincias de Tacna, Arica, Tarapacá, Antofagasta y Atacama. Las tropas del gobierno se retiraron hacia diferentes direcciones. La zona del salitre está en manos del Congreso, como un territorio incondicional y sin pretensiones balmacedistas —levantó la mirada hacia su invitado—. Se habla de la pronta conformación de una junta de gobierno.

—¿Y quienes la formarían? —preguntó Stirling, mientras Verniory permanecía atento a la interacción de los dos hombres.

—El capitán Jorge Montt Álvarez, por el lado de la Armada —prosiguió el dueño del periódico—. El vicepresidente del senado, don Waldo Silva y el presidente de la cámara de diputados, don Ramón Barros Luco. Todos actuarían como poder ejecutivo en reemplazo del presidente.

—Gente de nuestra confianza —agregó el inglés.

—Nuestra gente —fue enfático Edmunds—. ¿Y usted, señor Verniory, no tiene nada que comentar respecto de la pronta caída de su amigo Balmaceda?

—El presidente Balmaceda no es amigo mío —respondió Gustave —. Hablé con él no más de tres veces. Solo acepté el trabajo que me ofreció.

—No es eso de lo que se habla en el Congreso. Se dice que usted fue traído a Chile por personal de confianza de Balmaceda, que usted —insistió— representa la obsesión del presidente por un progreso de rieles y locomotoras. Eso, quizás, no le sea conveniente cuando se

levante el nuevo gobierno. Los simpatizantes de Balmaceda serán declarados enemigos del Estado y Chile no es como Europa con los enemigos del Estado. Mas no se preocupe, siempre hay maneras de arreglar las relaciones equivocadas, amigo mío. Usted es belga, no sabía en qué se estaba metiendo y ahora está conmigo, es mi amigo e invitado. Y esta invitación puede extenderse a ser mi protegido. ¿En serio no quiere un habano?

—En serio —Gustave estaba intranquilo.

Alberto Edmunds McFaill miró a Logan Stirling y luego volteó otra vez hacia el constructor de puentes. El británico se levantó y se sirvió un vaso de coñac.

—Señor Verniory. ¿Usted tiene claro que está acá por nuestro interés en Leonora Latorre y en el jesuita Agustín Ugarte? —el ingeniero permaneció en silencio—. ¿Me permite hacerle una pregunta…?

—Está en su casa —Verniory tragó saliva para disimular los nervios.

—¿Qué sabe usted de la logia Royal Alpha?

—Lo que la mayoría sabe de ella —los miró, tratando de sonar seguro en sus palabras—, usted entiende, no soy experto. Entiendo que es la logia masónica más importante de todas las que surgieron a partir de la Gran Logia de Londres durante la primera mitad del siglo XVIII…

—¿Y por qué es la más importante?

—Sus miembros —Verniory titubeó—. Se dice que su cámara principal la integran los varones de la casa real británica, el primer ministro…

—¿Lord Salisbury?

—Eso tengo entendido.

—¿Y la reina Victoria?

—Desconozco si mujeres…

—Está bien, está bien —lo detuvo Edmunds—. Y respóndame, Verniory, ¿ha escuchado de la logia Royal Alpha operando fuera de Inglaterra?

—No sería raro —evadió Gustave—, el Imperio británico se ha extendido por gran parte del globo.

—No es eso lo que le pregunté.

—Rumores.

—Sea honesto con sus anfitriones —el editor de *El Correo* terminó con sus indirectas—. ¿Qué fue lo que le dijo la señora Latorre?

Verniory observó a Edmunds, luego a Stirling.

—No me responda —siguió hablando el dueño de *El Correo*—. Yo lo haré por usted. Corríjame —le clavó la mirada—. La señora Latorre le habló de lord Salisbury, de conspiraciones políticas y de mi persona

como gran maestro de la Royal Alpha acá en Chile, miembro de algo llamado la Mesa Redonda… ¿Me equivoco?

Gustave no contestó.

—Su silencio es la mejor de las respuestas. Entiendo que esté confundido, los últimos días no han sido fáciles para usted, pero eso ya terminó, se lo prometo —la seducción en las palabras de Edmunds era aterradora—. ¿Sabe exactamente dónde se encuentra, señor Verniory?

—No entiendo su pregunta —tartamudeó el belga—. ¿En su casa?

—Exactamente dónde —subrayó Edmunds—, geografía básica.

—En Santiago…

—Por favor, venga, mire por la ventana —el dueño de *El Correo* se acercó a la única pared sin libros de la habitación y corrió la cortina. Tres pisos más abajo, la ciudad se sentía tranquila, como cada domingo, con algunas familias caminando hacia las iglesias cercanas —. Insisto —le ofreció el ventanal.

Gustave Verniory se acercó y miró hacia el exterior.

—El centro de Santiago —giró hacia Edmunds.

—La esquina de las calles Bandera con Agustinas, para ser exactos. Usted, amigo mío, está en la Mesa Redonda de Santiago de Chile. Todo lo que le dijo Latorre es cierto. Soy miembro de la logia Royal Alpha, maestro iniciado en altos saberes y Príncipe de Sangre regente de esta Mesa Redonda, la del sur del mundo. Una nueva pregunta, señor Verniory, ¿imagino que conoce la leyenda del rey Arturo?

—Mi padre solía contarla…

—Entonces ha escuchado del Santo Grial —el belga confirmó moviendo su cabeza—. Pues le diré algo más, porque sé que usted me entiende. La revelación del grial parte de la traición de una mujer…

—La reina Guinevere.

—Gustave, ya no estamos hablando de mitos —le guiñó el ojo derecho—. Imagino que Leonora Latorre le contó de sus hazañas en el norte —recalcó la palabra «hazañas»—. De su labor de espía durante la guerra del 79, de cómo sedujo al general Buendía y que gracias a esas artes las defensas peruanas del norte cayeron. Lo que pasó después en Lima, cuando las damas y esposas de la alta sociedad peruana se organizaron para cazarla, responsabilizándola de la derrota del país. Estuvo muerta por varios años…

—¿Muerta?

—Es un decir, ingeniero. El gobierno de Chile la dio por muerta. Mejor así a reconocer que una mujer fue la principal arma en la guerra. ¿No se pregunta qué hizo ella en sus años desparecida?

—¿Cómo puedo saberlo?

—Huyó a Inglaterra. Operó como agente secreto para cierto grupo al interior del gobierno chileno que buscaba cortar relaciones con el

Reino Unido… —Verniory recordó lo de la Logia Lautaro que Leonora le había contado—. La señora Latorre supo usar sus encantos para averiguar cosas que… —titubeó— no debía saber.

—Aún no entiendo qué tengo que ver yo en esto —trató de defenderse Gustave.

—Nada, amigo mío, usted solo es la carnada para atraer a la presa.

Gustave se apartó de Edmunds, quien siguió mirando hacia fuera.

—Mientras permaneció en Inglaterra —continuó hablando Edmunds—, Leonora Latorre se inventó un alias, una nueva identidad, creo que usted ya lo sabe.

—Victoria Valiant —murmuró Verniory.

Alberto Edmunds McFaill giró hacia su invitado:

—Exactamente —el editor torció una mueca—, ¿curioso, no? Victoria Valiente.

ISLA ILLEIFA,
LAGO RANCO,
CHILE

JUEVES 5 DE SEPTIEMBRE, PRESENTE

62

La capitana supo divertirse conmigo. Tampoco es que me hiciera algo que nunca antes hubiese experimentado. Es más, cuando comenzó a trabajarme pensé que iba a ser peor. He aprendido a aguantar el dolor y las humillaciones de todo tipo, para eso fui criada, crecida y preparada. Sé cómo cambiar mi concentración, sé cómo irme, sé memorizar con cada centímetro de mi piel, sé guardarme para cuando toque mi turno. Y entre la electricidad, sus manos y juguetes, solo había una cosa en mi cabeza: Meztli. Eso era lo relevante, eso era lo que debía tener como línea de mis próximos días, apenas saliera de este sitio, porque iba a salir. Daba lo mismo cuándo, lo relevante es que escaparía, sola o con ayuda.

Se cansó de mi silencio, se cansó de que ni siquiera la mirara o me quejara, se cansó de no haber entrenado mejor a sus perros, que huyeron de la habitación despavoridos al no obedecer a su ama. Se cansó también de que yo estuviera desangrándome. Repitió que le daba asco y que no era capaz de ir más adentro por culpa del olor de la sangre inmunda de mi útero.

Agotada, se largó a dormir poco antes de la medianoche, dejándome desnuda y amarrada en el catre. Ordenándole al guardia que por nada del mundo me tocara. No solo porque era suya, sino porque tenía claro que si uno de esos simios intentaba violarme yo usaría ese intento para matarlo y escapar de ahí. La capitana podía ser cualquier cosa menos tonta. Y sus esbirros le tenían miedo y eso es mejor que obediencia.

Escuché el primer balazo cerca de las seis de la mañana. El cuarto no tenía ventanas ni nada que me permitiera ubicarme en el espacio y

el tiempo, pero los cálculos mentales y las deducciones lógicas me funcionan. Además todo el rato que había pasado, tirada en el catre, experimentando los tratos de la capitana, lo aguanté evadiendo, yéndome lejos, dentro de mis recuerdos y mi cabeza. La Hermandad me enseñó a hacerlo, viajes mentales de cuarenta minutos y el dolor de las heridas desaparece, no hay mejor anestesia que esa.

Ráfagas y tiros de un arma automática, gritos y ladridos. Lo que ocurría afuera se escuchaba como una pequeña guerra. Más disparos, al menos cinco unidades por cada lado. Una explosión pequeña, causada por una carga explosiva de mano, hizo temblar todo el lugar desprendiendo material desde el techo y las paredes. Otra explosión, en esta ocasión más lejos. Traté de moverme pero no pude. Odiaba no saber a ciencia cierta qué estaba ocurriendo, odiaba no ser partícipe de los acontecimientos, odiaba ser parte de una operación de rescate (si es que era eso lo que sucedía). Odiaba todo eso, mucho más que estar amarrada y desnuda en un catre de tortura. Traté de moverme pero no pude. La capitana sabía inmovilizar por las piernas y las muñecas.

La puerta del cuarto se abrió. Un tiro seco se escuchó afuera. Algo pesado cayó haciendo mucho ruido. Uno de los soldados de Edmunds entró al cuarto gritando con una subametralladora sujeta a la altura de la cintura. Levanté la cabeza lo más que pude. El hombre gritó y disparó una ráfaga hacia el pasillo, luego giró hacia mí y me apuntó el cañón de su arma. Vociferó algo que no entendí. Estaba tan nervioso que a pesar de la corta distancia no me hubiese dado en la cabeza, a lo más en un hombro o un brazo. Pero el proyectil que resonó en el lugar no fue suyo. Antes de que el infame lograra presionar su gatillo, una bala le atravesó el cuello, estrellándolo con la fuerza del impulso contra la pared contraria a donde me tenían prisionera.

Volteé como pude hacia la entrada. Bajo el marco de la puerta me observaba Audra Viani. No vestía como una monja. Llevaba un mono de guerra de material compuesto, casco con mirilla de visión nocturna y un fusil de asalto M4A1 agarrado con firmeza.

—¿Por qué no me sorprende? —fue lo primero que salió de mi boca.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó.

—Me encuentro como me ve.

Sacó un cuchillo de asalto que llevaba al cinto y cortó las amarras de mis muñecas. Me pasó el arma para que yo terminara el resto del trabajo. Salió del cuarto y volvió a entrar cuando yo ya estaba de pie y desamarrada, estirándome para poder volver a moverme.

—No sé dónde dejaron sus cosas, pero encontré esto —me alcanzó una parca de hombre enorme y maloliente, gruesa y con plumas.

—Está fétida —exclamé.

—Es eso o se pasea desnuda…

Le devolví su cuchillo, mientras me metía dentro del saco.

—Está herida —comentó con pudor, apuntando las marcas en mis muslos, brazos, vientre y pechos.

—A la capitana le gusta jugar.

—Puede moverse, dolor…

—No hay dolor.

Más disparos y gritos desde otros sectores de la casa.

—Traje a unos amigos —me gustaba su tono de figura de acción.

—Elena Mistral no iba a viajar a Chile acompañada solo de una loca, un jesuita astrónomo y una monja ejecutiva —sumé en voz alta.

Audra Viani sonrió. A través de los ventanales de la casa entraba el sol de la mañana. No estaba nublado, eso era buena señal, aunque hacía un frío seco y pesado.

—Ahora me va a confesar que estuvo en el *Esercito*.

—Royal Navy.

—Pensé que era Italiana.

—Crecí en Italia, pero me eduqué en Inglaterra. En los caminos del señor, la abogacía y la instrucción militar.

La religiosa, abogado y comando especial me detuvo en la entrada a la biblioteca y en lugar de continuar hacia el exterior, donde se escuchaban más gritos y disparos, me indicó que subiéramos al segundo piso del palacio.

—La salida es hacia allá —repliqué.

—No vamos a la salida, Princess. De aquí no saldremos sin llevarnos a Oriana Vázquez…

—¿A quién?

—Su torturadora —hablaba sin dejar de estar atenta a la mirilla de su arma, que descargaba un haz de luz rojo y puntiagudo hacia el frente—. La mujer que usted conoció como «capitana».

Al llegar al nivel superior, al corredor que conducía a las habitaciones, apareció la segunda sorpresa de la madrugada. De pie en mitad del pasillo, vestido con el mismo traje de asalto de la agustina y con un arma idéntica en sus brazos, nos esperaba el padre Guy Consolmagno.

—No me diga —comenté en voz alta—, además de astronomía y teología, ¿*Navy Seals*?

—Guardia Suiza del Vaticano —fue específico.

—Por supuesto, los brazos armados de Elena Mistral.

—¡¿Vázquez?! —nos detuvo Viani.

Audra era la que estaba al mando. Recordé nuestro viaje a Múnich. Si la hubiese querido reducir me hubiese dado mucho trabajo, más incluso que Consolmagno. Además de buena unidad de infantería y diplomática religiosa, había demostrado ser una excelente actriz. Y ese

detalle era el más peligroso de todos.

—Fue más rápida, huyo apenas entré a la habitación —respondió el jesuita—. Saltó por la ventana y se perdió hacia el bosque. Va a ser imposible encontrarla, además no tenemos tiempo —se detuvo y volteó nuevamente hacia mí—. Sus cosas están en el dormitorio de Vázquez, el último a la izquierda. Está despejado.

Corrí hacia la puerta indicada. Petra y Consolmagno vinieron tras mío. Empujé con mi costado izquierdo lo que quedaba de la entrada, pulverizada por disparos venidos desde el interior.

La cama estaba desordenada, la ventana rota y a un costado el cadáver ensangrentado del pastor alemán de la capitana. O de Oriana Vázquez como se llamaba. Efectivamente mi bolso estaba allí dentro. Lo revisé, en su interior solo cuadernos y lápices. Si Meztli se había quedado con mi ropa, imaginé que mi reciente verdugo con los teléfonos y dispositivos electrónicos. A un lado del bolso, la capitana había abandonado el traje de neopreno que usé para entrar a la casa y que sus hombres me habían quitado. También ambas botas de charol negro con tachas. Pude imaginar toda clase de fetichismos en la cabeza de la mujer. Como fuera, el mono de surfista era más cómodo y tenía mejor olor que la parca que me había conseguido Consolmagno.

Audra entró cuando me estaba metiendo dentro del uniforme de deportes náuticos. Fue directo hasta el cuerpo del perro y lo movió con los pies.

—Buena puntería —le comentó a Consolmagno.

—Era eso o el animal me caía encima —le respondió el cura. Viani se asomó a la ventana quebrada.

—Son al menos siete metros, la vieja está en forma.

—¿Cuántos años tiene? —pregunté.

—60 —respondió él.

—59 —corrigió ella.

Más disparos y gritos se escucharon desde el otro extremo de la casa.

—Hay que apresurarse, Princess, los muchachos tienen ventaja, pero los guardias de Edmunds conocen mejor el lugar.

—¿Cuánta gente vino con usted? —le pregunté a la monja.

—Mi unidad. Tres mujeres, tres hombres y nosotros dos…

Ordené mi cabello en un moño y nuevamente revisé mi bolso.

—¿Falta algo? —me preguntó Viani.

—Todo, pero da lo mismo —una verdad a medias, luego corrí el cierre y crucé en diagonal la correa desde mi hombro izquierdo.

Quien fuera la que se llevó mi teléfono estaba perdida, pensé. Si lo prometido por Egon era cierto, a estas alturas el contenido del móvil ya estaba respaldado en código encriptado dentro de *web.archives*, mientras el sistema operativo era reiniciado a cero, dejando el aparato

en su configuración más básica. En todo caso, no era el clon chino de iPhone lo que me preocupaba.

—Creo que esto también es suyo —me indicó Audra, rescatando mi bayoneta desde bajo la cama. Me la arrojó. La alcancé en el aire, la agarré firme por el pomo y la blandí con dos movimientos rápidos. Luego caminé hacia la puerta del dormitorio.

—Espere… ¿dónde va? —Consolmagno intentó pararme.

—A buscar a alguien.

63

Acuné a Almudena dentro de la funda acolchada de un cojín que robé de uno de los dormitorios de la casa Edmunds. Entre el miedo y el frío, la gata estaba inquieta, pero mi mano supo tranquilizarla. Comenzó a lamer mis dedos hasta que finalmente cerró los ojos. Quité mi palma y rasqué su pequeña cabeza, entre las orejas, hasta conseguir que se durmiera. No lo hizo. Al menos no de manera profunda. Se sentía fuera de su ambiente y, a pesar de que ya estaba más calmada, movía las orejas alerta al menor sonido.

—Así que este era su «alguien» —me habló Audra Viani sentada un poco más adelante.

—Esta —le respondí.

—Gata.

—Se llama Almudena, era de Watterly.

—¿Era?

—Ahora es mía.

El Zódiac zarpó del embarcadero de la isla Illeifa y aceleró a través del canal que corría entre la ínsula de los Edmunds y la isla Huapi, la más grande del archipiélago al centro del lago Ranco. El piloto del bote prendió los faros apenas dejamos las islas para tomar la ruta hacia el cercano pueblo de Futrono. Eran las siete y media de la mañana y el sol iluminaba anunciando un día despejado pero frío.

Un solo hombre del escuadrón de Viani y Consolmagno había sido alcanzado en el intercambio de disparos. De acuerdo a su versión de los hechos, el responsable del tiro no había sido del destacamento personal de la capitana Vázquez, sino uno de los guardias de la mansión Edmunds.

—La mayoría son exoficiales de las fuerzas armadas chilenas —aclaró Guy Consolmagno mientras ayudaba a limpiar la herida de su compañero. Nada grave, apenas un roce superficial.

Audra Viani se allegó hasta la popa del bote y se sentó a mi lado.

—¿Puedo? —me indicó a Almudena.

—Adelante.

Usando los dedos de su mano derecha, acarició en círculos el cuello de la gata, que levantó la cabeza para disfrutar del cariño. Ronroneaba.

—Guardia suiza destinada a Pro Deo —habló, mientras tocaba a Almudena.

—Curas y monjas con armas automáticas.

—Por el estilo —asintió ella—. Y debería hablar con más respeto de quienes le salvaron la vida.

—No me salvaron la vida.

—La rescatamos.

—Eso es distinto a salvar mi vida.

—Algunas horas más y quizás… —lo dejó en potencial a propósito.

—La capitana pretendía divertirse al menos un par de días conmigo, ese par de días me hubiese dado una chance de escape.

—Quizás no.

—Quizás sí —devolví—. El tiempo me habría ayudado a descubrir su punto débil.

—Perdió a Watterly, Princess —Audra fue directa.

—Lo perdí —no iba a justificarme.

—Creo que la presencia de Meztli la hizo perder su guardia. Fue una jugada que no anticipamos.

—Y veo que anticiparon todo —miré al contingente militar.

—Drones —respondió Consolmagno, explicando cómo había sido que organizaron el rescate—. Nunca las hemos abandonado, ni a usted ni a la hermana Mistral.

—¿Y sus comandos? —dos de los curas con armadura de kevlar me miraron—. ¿Los trajo escondidos en el cohete?

—Llegaron un día después que nosotros, en un vuelo comercial.

—E imagino, que después, en otro vuelo comercial —recalqué, tratando de ser sarcástica—, llegaron a Valdivia.

—Vuelo privado.

—Vuelo privado —repetí. Luego guardé silencio, mientras el Zódiac comenzaba a superara las olas de la costa. Almudena levantó la cabeza del acolchado donde permanecía acunada y olfateó el aire, emitiendo un maullido mudo.

Las luces de Futrono ya estaban cerca.

—En la isla había civiles —miré hacia atrás, en dirección al archipiélago del Ranco—. Le prometí a Bugueño…

—Bugueño y el resto de los empleados de Edmunds están a salvo —respondió Consolmagno—. Salvo un buen susto, creo que ni siquiera se enteraron de lo que pasó. Hoy les inventarán una mentira. No es primera vez que la fortaleza de los Edmunds es asaltada.

Le creí.

—La capitana —miré a Audra.

—Oriana Vázquez —me respondió la monja. El padre Guy se levantó y regresó a la proa del Zódiac dejándonos solas—. Una mujer de su tipo, Valiant.

—¿Qué quiere decir con que es una mujer de mi tipo?

—De su tipo de adversaria. ¿Cómo las llama usted? —me vio a los ojos—. Mujeres que matan mujeres. Como Meztli, quizás peor. No exagero cuando le digo que tuvo suerte de conocerla de vieja.

—¿Quién es ella?

—Oriana Vázquez —volvió a identificarla—, capitana retirada del ejército de Chile. Entre 1990 y el 2003 se levantaron cinco procesos por violación de derechos humanos en su contra, de todos salió victoriosa, no se encontraron pruebas. Y no es que no las hubiera. La mujer tiene aliados poderosos, conoce secretos de quienes tienen demasiados secretos —Audra volteó hacia las islas, cada vez más chicas en el horizonte lacustre.

—Todos tenemos aliados poderosos.

—Esa es una gran verdad —confieso que Viani me caía mejor a cada segundo—. Imagino que ha escuchado hablar de Manuel Contreras.

—El chacal de la DINA y la CNI chilena durante la dictadura de Pinochet. Su historia es conocida, Watterly me la estuvo actualizando antes de la emboscada —la embarcación comenzó a rodear la costa en dirección al embarcadero.

—Contreras sentía una especial predilección por torturar y abusar de mujeres jóvenes. Mandó a apresar para su propia satisfacción a estudiantes secundarias y universitarias a las que inculpaba de supuestas simpatías con el Partido Comunista o noviazgos con dirigentes de izquierda que él mismo inventaba. Le gustaba ver qué hacían con ellas otras mujeres, por lo mismo buscó agentes femeninas con especial inclinación a abusar de sus congéneres, usando desde artefactos de torturas a animales…

—Perros —tomé una de las patitas de Almudena.

—No solo perros, Princess —suspiró—. Oriana Vázquez, la capitana —subrayó Audra—, fue reclutada en 1975 por el propio Contreras. Estudiante de enfermería, hija de un suboficial de ejército y madre muerta durante el parto. Su padre la educó desde niña con rigor militar. Un historial de abusos infantiles jamás comprobado. Bisexual con inclinación por prácticas sadomasoquistas…

—No la culpo ni la juzgo por eso…

—Yo tampoco. Solo agrego datos.

—Datos que suman prejuicios morales, hermana.

—¿Puedo seguir?

—Siga.

—Durante su época universitaria fue detenida un par de veces por violencia contra opositores políticos. Fue miembro de Patria y Libertad, una organización paramilitar de extrema derecha que se levantó a inicios de los setenta contra el gobierno socialista de Salvador Allende. Pasado el golpe militar trabajó para servicios de seguridad como informante dentro de la Universidad de Chile…

—¿Informante?

—Estudiantes contratados por los uniformados para denunciar a compañeros vinculados a la izquierda…

La conversación fue interrumpida por el piloto del Zódiac que anunció que nos preparáramos para el desembarco. La nave apagó sus motores y se dejó deslizar hasta el muelle, emplazado en una pequeña marina para ferris y lanchones de pesca, que se extendía algunos metros sobre la superficie del agua.

Dos camionetas Chevrolet Suburban azul oscuro aguardaban estacionadas al final del desembarcadero. Los choferes, ambos vestidos de negro, fumaban apoyados en el morro de sus vehículos.

—¿Los conductores también son de Pro Deo? —le pregunté a Audra.

—No, pero son buenos y no hacen preguntas. El padre Consolmagno tiene excelentes contactos en todo el mundo.

Quise responderle «me lo imagino», para gatillar sus celos, pero me arrepentí. En ocasiones puedo ser empática, sobre todo con personas que comienzan a ganarse mi atención.

—La sigo —le dije a Audra, caminando con ella hacia la segunda Suburban, que abordamos junto a Consolmagno, quien fue al lado del conductor. El resto del equipo se apersonó en el segundo vehículo. Almudena se erizó al abordar la camioneta e intentó escapar asustada por el ruido del motor. La tranquilicé apretándola contra mi pecho. La Suburban aceleró por el camino de tierra que llevaba a Futrono y desde ahí empalmó con la carretera que unía el lago Ranco con Valdivia, una ruta sinuosa que atravesaba campos tan eternos como verdes, donde pastaban animales de ganado ovino y bóvido. El sur de Chile parecía postal de lugares comunes, como una versión del norte europeo pero más artificial, más de acuarela y con montañas nevadas en lugar de castillos en ruinas.

—Todo esto le pertenece a los Edmunds —comentó Viani, mientras corríamos de vuelta a Valdivia—. Hasta donde alcanza su vista por ambos lados del camino.

—Los Edmunds son dueños de Chile.

—Este país es gobernado por siete familias. Los Edmunds son los más poderosos, sin ser los más ricos. Controlan la opinión y la información…

—Y a la Iglesia católica.

Audra Viani bajó la ventana de su lado de la Suburban. Tomó un cigarrillo y lo prendió.

—No fumo —se excusó mientras aspiraba—. Quiero decir ya no fumo, pero siempre llevo una cajetilla para momentos de estrés. ¿Quiere uno?

—No me gusta y no puedo…

—¿Le molesta?

—Aunque me molestara, no puedo hacer nada al respecto —volteé hacia el otro lado del camino. El mundo de los Edmunds se extendía literalmente hasta el fin del mundo—. ¿Me decía? —volví a hablarle, mientras la gata se anudaba en la funda del cojín para otra vez quedarse dormida—. Que Oriana Vázquez llamó la atención de Manuel Contreras cuando después del golpe se dedicó a denunciar compañeros universitarios de izquierda…

—Y a inventar mentiras de la gente que odiaba, especialmente mujeres. Con el tiempo pidió autorización para ver los procedimientos. Tenía diecinueve años cuando Contreras le ofreció ingresar a la DINA y veintidós cuando se le otorgó el rango militar de teniente, claro que con la limitante de solo llegar a capitán. Vázquez fue de las mejores alumnas de Contreras, una sicópata sádica…

—Insisto, no puedo juzgarla por sus gustos…

—La juzgaría si supiera que entre 1976 y 1988, primero en la DINA y luego en la CNI, Oriana Vázque, torturó, violó y asesinó a más de trescientas mujeres.

Me quedé en silencio.

—Meztli estudió con ella —agregó la monja, acariciando la espalda de Almudena, esta vez sin pedirme permiso. La gata levantó su pata delantera izquierda como si quisiera retenerla, pero luego se enrolló en sí misma para seguir durmiendo. A través del retrovisor vi que la otra Suburban corría a unos quinientos metros detrás de nosotros, sin intención de adelantarnos. «Guardaespaldas», pensé—. Tendrá que comprar alimento para gata y una jaula de transporte —por un segundo Audra intentó cambiar de tema, pero no tardó en regresar a lo importante—. Así como usted —me miró—. Meztli fue criada…

—Crecida y preparada —la corregí.

—Así como usted fue crecida y preparada —recalcó—, en Jueces para convertirse en brazo armado de la Hermandad; ella lo fue en los Asesinos de Veracruz, que es…

—La escuela de mercenarios de el Yunque.

—A inicios de este siglo, Vázquez estuvo radicada en México, donde participó como instructora para los Asesinos de Veracruz. Es sabido que el Yunque siempre mantuvo buenas relaciones con la ultraderecha chilena… Desde personal de la DINA y la CNI, hasta

dobles agentes del pinochetismo, se entrenaron con ellos.

—¿Dobles agentes?

—Una política bastante común durante la dictadura de Pinochet. Unidades paramilitares fieles al gobierno haciéndose pasar por extremistas de izquierda para legitimar al régimen. Autoatentados, desde volar torres del servicio eléctrico hasta intentar matar al propio Pinochet en 1986. En abril de 1991, ya en democracia, el propio Manuel Contreras organizó el asesinato de un senador de derecha con la idea de darle un mártir a la coalición, para poder jugar al empate político con Allende… Bueno, también tenía rencillas personales con ese parlamentario, lo consideraba un traidor y jamás le perdonó que fuera homosexual...

—Entonces —la interrumpí—, la capitana Oriana Vázquez fue la preparadora de Meztli.

—Sé que suena raro, pero…

—No suena raro. Es así… —respiré—. Vázquez entonces trajo a Meztli a Chile —Audra no respondió—. ¿Y ustedes sabían y no dijeron nada?

LOS ÁNGELES, CHILE

VIERNES 6 DE SEPTIEMBRE

64

Once con siete minutos de la mañana y un brillante sol de invierno caía sobre la Panamericana proyectando espejismos hacia la curva del horizonte. Si mantenía la velocidad de la Dodge Durango fija en 120, lograría estar en Santiago antes de las cinco de la tarde. Rebasé a una fila de camiones con estanques inflamables y nuevamente intenté llamar a Egon. Eran las cuatro de la tarde en Berlín; ya debía de estar repuesto si es que anoche, como cada jueves, había ido a bailar. La señal en la ruta era pésima así que recién en el quinto intento logré enlazar con audio y video de Telegram el otro lado del planeta.

Egon apareció en la pantalla vestido y maquillado como Marianne.

—¿Este es tu número nuevo? —me respondió al verme.

—Uno de los tres nuevos —le contesté en modo manos libres.

Miró la pantalla y anotó algo.

—Me despertaste —dijo luego.

—No es mi problema.

—Lo imagino —lo vi tomar un cigarrillo y encenderlo—. Anoche Berghain estuvo de…

—No me interesa Berghain —le corté.

Almudena subió sobre mis piernas y maulló

—¿Eso fue un gato?

—Una gata.

—¿Dónde estás? El enlace va y viene, se queda pegado…

—En la carretera…

—Con un gato.

—Una gata, acabo de decírtelo.

—Da lo mismo.

—Se llama Almudena y la recogí en la isla Illeifa.

—Princess Valiant y su afición por las pobres criaturas.

—Almudena no es una pobre criatura.

—No me refería a la gata.

—¿Y Valdivia, la monja?

—Le entregué una pista que me confirmó Watterly sobre los puentes de Verniory. Mistral y su gente irán a Salisbury por el Grial de Haimbhausen y la piedra negra…

—¿Salisbury?

—Estación Salisbury, un pueblo en el sur de Chile, donde Gustave Verniory construyó sus puentes.

—¿Y tú?

—Yo tengo asuntos en Santiago.

—¿Mistral te dejó ir así como si nada?

—No iba a detenerme…

La conexión se fue al pasar bajo un arco de cobro de peaje. Egon quedó en imagen pegada por tres minutos, mientras Almudena brincaba hacia el asiento trasero para enrollarse y dormir. Revisé el indicador de combustible. El estanque estaba a menos de la mitad.

—Volviste —habló Egon, regresando a la pantalla.

—Nunca me fui.

—Entonces deduzco que todo salió como lo planeaste.

—Como lo planeamos —lo corregí, reconociendo—: tu plan era bueno.

—Funcionó…

—Casi.

—¿Cómo casi?

—La mejor manera de sacar a Watterly de la isla era que la propia guardia de los Edmunds lo hiciera. El viejo aceptó a regañadientes pero entendió que no había otra forma. No estaba en edad para seguirme a saltos por el techo de una fortaleza atestada de perros bravos y hambrientos… Ni menos para la eventualidad de tener que cruzar un lago a nado.

—¿Y qué es entonces lo que salió mal?

—No dije que algo saliera mal…

Levantó sus cejas inexistentes.

—Meztli —marqué.

—¡¿Meztli allá?! —sus ojos de sorpresa destacaban mucho tras el delineador negro y corrido.

—Te dije que tenía asuntos en Santiago.

—Las vueltas de tu vida —suspiró.

—Los Edmunds trabajan con la entrenadora de Meztli, una extorturadora de la dictadura chilena. Tuve que dejarme apresar por ella.

—Trabajó contigo y en ti, imagino —pronunció con un tono

lascivo.

—Eres indecente…

—Que sea gay, liberal y antipatriarcal no significa que no tenga fantasías sexuales…

—Eres un degenerado.

—No —me detuvo—. Si fuera degenerado llevaría una doble vida y mi vida es demasiado pública —volteó hacia un monitor ubicado a su derecha—. Estoy descargando el respaldo de tu otro teléfono para pasarlo al que usas ahora, ¿compraste un iPhone X?

—Dos iPhone X y un Samsung S-9.

—Tanto mejor, si requieres de un *burner phone* usa el Samsung —asentí—. No vas a tener las prestaciones del clon chino, pero lograrás sobrevivir. Compraste tarjetas, imagino…

—Muchas.

—No las utilices más de media hora, esta gente tiene buenos equipos.

—Ok.

—¿Cómo te liberaste? —regresó a la conversación inicial.

—De quién…

—De la torturadora, la pinochetista… —aleteó exagerando.

—No lo hice. Tenías razón en eso también. Viani era más de lo que aparentaba. Mistral la envió con Consolmagno como plan B.

—Guardaespaldas.

—Siempre lo supiste —se lo concedí. Egon me lo advirtió desde que acepté el trabajo—, una monja abogada y un cura astrónomo era demasiada buena fachada. Además lo que había de ellos en la red era tan de lugar común, tan bien redactado, que evidenciaba un gran secreto.

—¿Guardia Suiza?

—Agentes especiales de la Guardia Suiza destinados a Pro Deo, los mejores —detallé—. Y son realmente buenos, sobre todo ella.

—Audra Viani, quién lo diría —rezongó—. ¿Meztli?

—Ella fue quien se llevó a Watterly.

—Y con Watterly a nuestro teléfono de rastreo —precisó Egon, con una enorme sonrisa marcada en la cara—. Insisto Princess, me debes una gigante por este plan.

—¿Los tienes?

—Los tengo —sus ojos se movieron hacia la derecha—. Están en la zona oriente de Santiago… —dejó en suspenso—. En un lugar grande y alto. La dirección exacta te la envío por mensaje encriptado.

—¿No se han movido?

—Al menos el teléfono señuelo y tu clon chino de iPhone siguen ahí.

—¿Qué quieres decir con un lugar alto?

—Están a... —miró nuevamente el otro monitor—, 240 metros del suelo. En una torre, algo así.

—Hay un solo sitio en Santiago de más de 200 metros de altura; pensé que Meztli sería más inteligente.

—Quizás lo es.

Le contesté con una pregunta:

—¿El dron?

—Enviado el martes en la tarde, vía servicio ultra rápido, hotel W de Las Condes en Santiago de Chile, a tu nombre. Lo mismo que el *baton taser* que me pediste, aunque ese lo compré directo en una tienda de armas de Santiago. Te va a gustar el modelo…

—¿La habitación?

—Reservada y con las características que me indicaste. Ignoro si autorizarán mascotas.

—Se les está pagando bien.

—Todo es dinero.

—No, Egon, no todo —noté que su ojo izquierdo estaba muy rojo pero no le dije nada.

Un alerta de autorizar descarga apareció en mi pantalla.

—Tengo que cortar, el teléfono se va a reiniciar.

—Lo sé, yo lo estoy controlando. Necesito tu clave y el número de serie para proseguir. Y de los otros dos también.

Le dicté lo pedido y corté. El móvil se apagó y luego volvió a encenderse, esta vez sin una manzana en medio de la pantalla. Almudena trepó hasta mi cuello y me dio un cabezazo cariñoso. Los gatos son las mejores personas del mundo.

SANTIAGO
DE CHILE

VIERNES 24 DE ABRIL, 1891

65

El ingeniero no podía quejarse. A pesar de saberse prisionero, lo habían tratado como un príncipe. Ropa limpia, comida caliente cuatro veces al día, licor y largas conversaciones con Logan Stirling acerca del estado de las cosas en Europa. Por supuesto, le estaba prohibido bajar al primer nivel y mucho menos salir a la calle. Mas Verniory sabía que la paciencia de Alberto Edmunds McFaill se iba a acabar, que no aguantaría un mes más teniéndolo ahí retenido, esperando que los supuestos aliados del belga hicieran algo para rescatarlo y de esa manera apropiarse de un objeto que hipotéticamente tenía el poder de convertirlo en el Príncipe de Sangre más poderoso de la Royal Alpha. No había que mover tanta tierra para revelar que ese era el propósito final del dueño y editor de *El Correo,* quedarse con el trono que por herencia y estatus del mundo antiguo ostentaba lord Salisbury y trasladarlo al nuevo mundo, convirtiendo a Chile en la cabeza de un nuevo imperio con él tirando los hilos. En absoluto Edmunds podía seguir aguardando lo que fuera necesario: uno, dos, tres meses; quizás un año. Tenía tanta paciencia como certidumbre de que sus adversarios flaquearían antes que él. Además el país estaba en guerra y los intereses concretos de la familia Edmunds eran demasiado grandes como para cuidar el mínimo error.

Sin embargo, tanto el dueño de *El Correo* como Stirling desconocían que Gustave Verniory no estaba solo. En las sombras, fuera de la atención de los grandes señores, la espía de la guerra del 79 había infiltrado a alguien de su confianza en la casona. Tan insignificante que nadie se percató de su presencia a pesar de tenerla ahí, frente a ellos, todos los días. Guacolda, la criada de Edmunds McFaill llevaba años manteniéndose en sigilo para Leonora Latorre,

pasándole información, describiendo a los participantes de cada reunión secreta que mantenía su patrón, adelantándole rumores de naturaleza económica, política y social. Ahora el dato era un poco más grande. Medía casi un metro setenta y tenía la forma de un ingeniero en ferrocarriles nacido en Bélgica en octubre de 1865. Con cuidado, Guacolda se había revelado con Verniory hacía recién dos semanas. Desde entonces, cada domingo por la tarde, cuando llegaba de su salida semanal, le daba al joven constructor de puentes las instrucciones de todo cuanto debía de hablar o hacer, para gastar tiempo y mantener su importancia.

—¿Cuándo me va a sacar de acá?

—La señora dice que espera por la distracción requerida.

Y la distracción llegó durante la madrugada del viernes 24 de abril.

Verniory despertó asustado. Balazos y gritos venían desde la calle. Se levantó a mirar. El cielo estaba nublado y se distinguía muy poco. Sombras en las esquinas, siluetas fugaces que se perdían en el cruce de las calles del centro. Trancos pesados, botas y fusiles. La revolución, la guerra civil que enfrentaba a congresistas con balmacedistas había llegado finalmente a Santiago.

Con el corazón en la garganta, Gustave volteó hacia la puerta del cuarto apenas sintió que los pasadores de esta eran corridos. La batalla no solo había alcanzado a la ciudad capital, sino también su propia alcoba.

—¡Guacolda! —exclamó al ver a la joven morena parada bajo el dintel con una palmatoria en la mano. La luz de la vela iluminaba desde abajo los duros rasgos faciales de la muchacha, también revelaba que no estaba sola. Dos hombres jóvenes permanecían de pie, uno a cada lado de la empleada de Edmunds.

—Prepárese ingeniero, nos vamos —habló uno de los sujetos, en tanto le arrojaba un cambio de ropa.

Los compañeros de Guacolda eran altos y fornidos, de cabello recortado y rostro cuidadosamente afeitado. Vestían con harapos pero no eran campesinos ni vagos. Sus modos, movimientos y habla denotaban educación.

—¡¡¡Apúrese, amigo!!! —insistió el más bajo del dúo. Al verlos con más detención, Verniory tuvo la certeza de que los conocía de otro sitio.

Revisó las prendas que habían arrojado sobre la cama. Era el uniforme de uno de los criados de la casona; tal vez de alguno de los que cada mañana le traían el agua caliente requerida para el baño diario, o quien entraba con la bandeja para el desayuno; quizás del que rasuraba su barba cada cuatro días; incluso podía no pertenecer a ninguno de ellos.

—¿Quiere vestirse rápido? —insistió Guacolda, en voz baja.

Más gritos y balazos resonaban desde la calle.

—¿Es la distracción de la que me habló? —respondió Gustave, calzándose los pantalones sobre los calzoncillos largos que usaba para dormir.

—¡Usted solo apúrese!

Guacolda apagó la vela de la palmatoria y, en completa oscuridad, guió a Verniory y a los hombres por el pasillo del tercer piso hasta la escalera de servicio ubicada al final del corredor, en la estructura posterior de la mansión, sector que era usado solo por los empleados de la casa.

—Jamás imaginé que entraría en este lugar —comentó uno de los hombres.

—La casa santiaguina de los Edmunds —ironizó Verniory.

—La casa del enemigo —respondió el otro.

—¡Callados! —insistió Guacolda cuando llegaron al descanso que separaba el segundo nivel del entrepiso—. Hay guardias en los salones junto al vestíbulo —apuntó.

—¿Stirling? —preguntó Gustave.

—El inglés fue convocado de emergencia por sus jefes —respondió uno de los acompañantes de Guacolda.

—Pensé que Edmunds era su jefe.

—Stirling es el enlace entre Edmunds y la embajada inglesa. Después de lo que sucedió ayer…

—¿Qué ocurrió ayer?

—Ya habrá tiempo para las noticias, señor.

Una pareja de vigilantes estaba apostada al final de la galería de ingreso principal del primer piso, con carabinas cruzadas sobre su cuerpo y la mirada atenta hacia la puerta que encaminaba al vestíbulo.

—¿Cómo vamos a salir? —preguntó Verniory.

—Ingeniero, imagino que usted tiene claro que nosotros no llamamos a la puerta principal cuando entramos… —ironizó uno de los hombres.

—¿Quiénes son ustedes?

—Hombres de Dios.

—Por supuesto —sonrió Gustave, al ver los colgantes con el símbolo de la Compañía de Jesús, que ambos lucían bajo sus camisas —, Templarios. Entonces el belga se acordó de dónde le eran familiares. Los curas amigos de Carlos García de la Huerta y Luis Altamirano. Se los habían presentado cuando recién había llegado a Santiago, en la recepción en casa de don Francisco Robinson. No recordaba sus nombres, aunque uno de ellos tal vez se llamara Joaquín.

—Guacolda —pronunció el más alto de los dos—, cuando usted quiera.

La mujer asintió.

—Ya sabe dóde la estaremos esperando —enunció el más bajo—. Vaya con Dios.

—Gracias, padre —respondió la mujer y luego en silencio regresó hacia el tercer nivel de la casona.

El más bajo de los jesuitas proyectó su palma derecha, seña inequívoca de que aguardaran y mantuvieran el más absoluto de los silencios. Su compañero usó su brazo izquierdo para indicar que no despegaran sus ojos del frente.

Momentos después, Guacolda reapareció hacia la galería de la entrada. En esta ocasión portaba la palmatoria encendida en su mano derecha. La muchacha bajó rápido por la escalera principal y levantando la voz a su tono más chillón y escandaloso comenzó a alertar a los guardias acerca de que había ruidos en los pisos superiores, que se escuchaban pasos y gente corriendo. Uno de los vigilantes le ordenó a su camarada acompañar a la mujer, que él podía encargarse solo del vestíbulo.

—¡Maldición —exclamó suave el belga—, se quedó uno!

—Esa era la idea, señor—explicó el más alto de los jesuitas—. Ya le dije. No vamos a salir por la entrada principal. Observe…

El ahora único guardia quitó el seguro de su arma y la blandió como un sable. Desde afuera se escucharon nuevos gritos y tiros. Con cuidado el vigía abrió la puerta interior y se asomó hacia la calle.

—En caso de que alguien se acerque a la casa, bajo el pórtico de ingreso está en mejor posición para disparar —explicó el cura más bajo—. Eso deja el pasillo libre para nosotros.

—¿Acaso escaparemos por la sala? —indicó Verniory.

—No amigo mío, lo de «libre» es para hacer ruido sin la amenaza de ser descubiertos.

Los jesuitas se adelantaron hasta la plataforma del entrepiso y golpearon fuerte la pared de la escalera, hasta hacerla ceder.

—El túnel de la basura —mostró el religioso más alto—, imagino que no tiene problemas en brincar cuatro metros. ¡Usted primero, señor!

—Rápido, sea valiente. Lo ha sido hasta ahora. No es momento de flaquear —insistió el otro.

No había alternativa. El belga se sujetó del borde de la escotilla que daba al basurero y se impulsó hacia dentro. Su estómago le ascendió hasta la boca de la garganta producto del vértigo de la caída. No eran cuatro metros, eran al menos seis, pero eso no era lo peor. Verduras podridas, frutas reventadas, bolsas con orina, excremento y carne descompuesta formaban un colchón al final del ducto, que,

aunque amortiguaron el golpe, lo impregnaron de olores nauseabundos que le provocaron vómitos apenas logró ponerse de pie. Un dolor en la rodilla izquierda fue el otro efecto colateral. Le molestaba y le iba a provocar un cojeo de algunos días, pero era un costo menor a haber escapado de su acogedora prisión. Miró el sitio donde se hallaba, un estrecho callejón que daba a calle Bandera.

Los jesuitas no tardaron en caer en el basurero. Se levantaron como si nada, sin dar muestras de asco o de haberse lastimado. Verniory los miró, campantes y dispuestos, y pensó que quizás era cierto aquello de que eran el ejército de Dios en la Tierra.

—Vomitó como un niño de pecho, señor Verniory —se burló el más alto—. Imaginé que la frontera araucana lo había curtido más duro.

—He visto cosas feas en el sur, muy feas —subrayó el belga—, pero ninguna tan hedionda.

—Le creo —siguió el alto, presentándose enseguida—: Padre Joaquín Almagro, para servirle, ingeniero.

—Lo recuerdo —replicó el belga, orgulloso de que su memoria no le hubiese fallado respecto del nombre. El cura mujeriego, según Luis Altamirano, detalle que por supuesto prefirió obviar—. Nos conocimos en la casa de don Francisco Robinson hace dos años.

—Donde ni siquiera cruzamos palabras —refutó el otro cura, pasando luego a lo suyo—: padre José Miguel Bórquez— estrechó la mano derecha de Verniory—. Espero que ese par de bandidos de Altamirano y García de la Huerta no pervirtieran su alma —siguió—. Pero ahora no hay tiempo para amistad ni cotorreos, ¿les parece que salgamos rápido de acá? Edmunds está fuera de Santiago, pero apenas se entere de que su ilustre prisionero dejó su fortaleza va a soltar a sus sabuesos. Además Guacolda no va a poder cubrirnos más esta noche.

—Y está amaneciendo —apuntó Almagro hacia el fondo del callejón, donde podían verse los tonos amoratados del sol que ya despuntaba tras la cordillera—. La luz del día va a espantar a los revolucionarios y, sin revolucionarios, no hay tapadera.

—¿Dónde vamos ahora? —preguntó Verniory.

—Lo importante no es dónde, sino con quién…

Gustave Verniory los miró.

—Con un amigo —contestó el padre Bórquez—, creo que usted ya lo conoce.

«¿Realmente estamos bajo el edificio del Congreso?», preguntó Gustave Verniory, con la vista absorta en los arcos del túnel. La enorme gruta conectaba con una serie de galerías subterráneas que se extendían en tres direcciones a través de pasadizos similares en forma y tamaño.

—Realmente, aunque sea un decir.

—¿Cómo puede ser un decir estar bajo un lugar?

—Sucede que el actual congreso de Chile ocupa los terrenos del templo de la compañía, alguna vez la iglesia más grande de Santiago, destruida en un incendio el 8 de diciembre del 63. La orden vendió los terrenos al Estado a cambio de que no tocaran los cimientos del antiguo edificio. Como puede observar cumplieron su parte del trato.

—Si supieran que me tienen acá abajo, podrían romper el trato.

—Mi amigo, hay tratos que no pueden romperse.

—¿A cuántos metros bajo tierra estamos?

—No demasiados, esta galería corre a once metros, a medida que avancemos bajaremos otros diez, hasta los túneles principales. La pendiente no es inmediata, así que ni siquiera se dará cuenta. Venga, sígame, es mejor no entretenernos más, tenemos mucho que caminar.

Ugarte levantó la lámpara de carburo e invitó al ingeniero a ir tras él siguiendo las rectas y ángulos de un sistema de pasadizos que atravesaban todo el centro de la capital.

Los padres Almagro y Bórquez lo habían llevado a pasos del congreso. En uno de los recodos alrededor del edificio los esperaba el presbítero Ugarte. Verniory se sorprendió al verlo, ya que lo hacía en el sur. Eso le había adelantado Latorre durante su última conversación, en los patios de la estación ferroviaria de Salisbury. Ugarte le indicó que ya habría tiempo de ponerse al día, que tenían demasiados ojos y oídos encima. Se despidió de los dos curas y les encargó ir por Guacolda. Antes de separarse, Bórquez le entregó a su superior un revólver Lefaucheaux 1854 de 12 milímetros.

—Le pertenece a usted, padre, y ahora puede necesitarlo más que nosotros.

—¿Estás seguro, José Miguel?

—Seguro, además Joaquín lleva el suyo —el padre Almagro enseñó la culata de una Smith & Wesson bastante más nueva que el venerable Lefaucheaux.

Apenas los jesuitas desaparecieron en dirección a la Alameda, Agustín Ugarte cogió del brazo al belga y lo guió hasta los patios de la catedral.

—Un sacerdote armado —comentó Verniory a dos pasos tras su guía.

—En estos días, el señor no envía rayos y columnas de fuego para ayudar a sus siervos.

—Sabe usarla, me imagino.

—La usé dos años en el norte, amigo mío.

—¿Estuvo en la guerra?

—Capellán militar en Antofagasta. También navegué en la Covadonga al mando de Condell.

El ingeniero movió la cabeza, anunciando que no tenía idea de qué estaba hablando.

—¿Pero la usó? —insistió luego—. Quiero decir, sabe disparar. ¿Ha matado a un hombre?

—Los caminos del señor son misteriosos, Eclesiastés 11: 5.

A través de un callejón que bordeaba la nave central del templo y comunicaba a la catedral con la calle, Ugarte y Verniory accedieron a un cobertizo con llave de tres cerraduras. El hombre de la Compañía de Jesús abrió los goznes e invitó al belga a bajar a través de una escalinata de fierro, que seguía un estrecho túnel que conducía a las catacumbas de la catedral. Abajo tomó una lámpara de gas de carburo y tras encenderla le dio la bienvenida a lo que él mismo llamó el secreto mejor guardado de Santiago.

—Los túneles jesuitas. La mayoría cree que son solo un mito, pero es una red muy útil que atraviesa en forma de cruz el centro de la ciudad; hacia el cerro Santa Lucía y los terrenos de la Universidad Católica por el noreste y hasta el colegio San Ignacio y más allá por el sur poniente, que es hacia donde nos encaminamos.

—Esto es como las catacumbas de París —comentó Verniory, asombrado.

—Mejor que las catacumbas de París, ingeniero. Y yo he estado en París.

Tras pasar bajo el actual congreso, antigua Iglesia de la Compañía, Ugarte lo encauzó hacia la más grande de las galerías, que se abría en arcadas de cinco metros de ancho por tres de alto en dirección a la Alameda, siguiendo la tangente de un enorme cauce de aguas lluvia que canalizaba el antiguo brazo sur del río Mapocho.

—Esto es…

—¿Impresionante? —lo cortó el presbítero.

—Acá podrían esconderse ejércitos enteros en caso de guerra.

—O un presidente de venir un golpe de Estado.

—¿Balmaceda?

—Es una posibilidad —evadió el cura, mientras indicaba que había que seguir por un corredor secundario, que se hundía a través de una serie de escalinatas y desde ahí convergía en una limpia recta en dirección poniente. No era tan grande como el túnel principal, pero mantenía lo colosal de la obra.

—¿Queda mucho?

—¿Ya está cansado?

—Agotado y nervioso…

—Debemos superar la entrada al colegio San Ignacio y luego continuar dos kilómetros en dirección sur… Una hora aproximadamente, tal vez un poco más.

Verniory puso sus dedos en los muros de la gruta para sentir el frío y la humedad de las rocas.

—Si en Santiago construyen un ferrocarril subterráneo como el de Londres —continuó hablando—, esta red será un problema.

—Sabremos tomar medidas cuando eso suceda.

Gustave apoyó completa su palma derecha en las piedras que formaban las paredes del túnel, sostenidas por columnas curvas unidas al centro, como las vértebras de un gigantesco monstruo subterráneo.

—Leviatán —dijo.

—¿Perdón?

—Que es como estar dentro del leviatán, la bestia bíblica.

—Los mapuche tienen una leyenda. Dos serpientes gigantes, del tamaño de montañas: Caicai y Tenten —marcó el jesuita—. La primera es macho, habita en las aguas, odia a la humanidad y trata de destruirla con maremotos. Tenten por su parte es hembra y generosa, vive en las profundidades de la tierra y ama a la humanidad, a la que protege levantando montañas para evitar las crecidas del mar. Cada vez que ambas serpientes luchan ocurren cataclismos y terremotos, es una linda explicación mítica para un país tan sísmico como este, que además es largo y angosto como una culebra. Me gusta creer que estamos dentro de Tenten, la que nos protege —volteó hacia el belga y sonrió—, en su espinazo.

—¿Desde cuándo existe esto? —siguió cuestionando el belga—. El tipo de construcción es inusual, suma de épocas y tendencias. Por supuesto está el estilo de la arquitectura colonial americana, como los arcos clásicos y románicos —apuntó—, pero las piedras del piso, de los bordes, son distintas, más… más…

—Más antiguas, mucho más antiguas —explicó el presbítero—. Los detalles más recientes son obra de la compañía. Se hicieron cuando encontramos las galerías, para reforzarlas cuando las usamos por primera vez.

—¿Usarlas por primera vez?

—En 1767.

—La expulsión de los jesuitas.

—Sabe de historia, eso habla bien de usted —tragó una bocanada de aire—. Habíamos hecho el hallazgo algunos años antes y, cuando comenzaron los rumores de la persecución en nuestra contra, iniciamos las obras de reparación, para reforzar los muros y el techo; de ahí la suma estilística en que usted ha reparado. Estos túneles fueron muy útiles para escapar y esconder nuestra riqueza y nuestros

objetos de valor.

—Menos el Grial de Haimbhausen.

—Si el cáliz hubiese estado en Santiago y no en Calera de Tango no tendríamos los problemas que tenemos hoy —Ugarte tenía la virtud de extirpar humor hasta de los temas más inesperados.

—Acaba de decir que encontraron esta red, ¿quién la construyó, entonces?

—El Imperio inca —Ugarte fue seguro en sus palabras. Gustave respondió con silencio—: Santiago de Chile no fue una ciudad fundada en febrero de 1541, como apuntan los libros de historia. Pedro de Valdivia, el español que arribó al valle del Mapocho en diciembre de 1540, encontró acá los restos de una gran ciudad incaica llamada Mapuchuco, la capital austral del pueblo del sol, un vasto centro ceremonial que trazaba rectas desde la cordillera a los cerros que rodean la actual urbe, con un gran altar donde hoy se alza precisamente la Catedral Metropolitana. En sus días de esplendor quizás fue más grande que el Cuzco —Ugarte era entusiasta—. Santiago del Nuevo Extremo fue levantada sobre las ruinas de esa primera metrópolis, que fue enterrada por los conquistadores, los años, el barro, los terremotos y la erosión. Hoy lo único que queda son estos pasadizos, que los jesuitas hemos sabido resguardar y utilizar.

—Una ciudad perdida.

—Quizás la verdadera ciudad perdida de los Andes —contextualizó Ugarte—. Una de las leyendas más difundidas en el viejo Imperio inca hacía referencia a ciudades ocultas, llenas de oro y saberes. Les daban varios nombres, El Dorado es el más famoso de ellos. Los conquistadores le decían La Ciudad de los Césares. Me gusta pensar que esta es La Ciudad de los Césares. Jamás perdida, emplazada bajo tierra. Una continuidad secreta de túneles, corredores y pucarás subterráneos…

—¿Pucarás?

—Templos y atalayas incas. Acá abajo hay varios de ellos…

—Otra vez un mito, como el de las serpientes.

—Esta tierra está repleta de mitos y dioses, amigo mío.

Tras avanzar poco más de un kilómetro por una vía secundaria, que zigzagueaba en la vertical a través de escalinatas y pendientes, Verniory y Ugarte arribaron a una bóveda pentagonal que parecía marcar el final de la ruta. El lugar estaba limpio y con inscripciones en las paredes que delataban su naturaleza como propiedad de la Compañía de Jesús. Estantes con libros y papeles, recipientes y cofres, además de tres féretros de piedra a nivel del piso.

—¿Quiénes están enterrados aquí? —preguntó el ingeniero, sentándose sobre uno de los sepulcros de piedra.

—Si se lo dijera, tendría que matarlo.

Ugarte acercó la lámpara a una canaleta de brea que seguía la forma de las cinco paredes de la bóveda y la encendió. El golpe de luz obligó tanto al cura como el ingeniero a lagrimear.

—*Iesus Hominum Salvator* —comentó Verniory al ver ya todo iluminado, con la mirada fija en el cristograma pintado en lo alto de la bóveda.

—*Iesus Hierusalem Salvator,* Jesús Salvador de Jerusalén —corrigió Agustín Ugarte—. Aquí termina nuestro camino, bajo la protección de los Socorristas.

—¿Protección de los Socorristas?

—Veinte metros hacia la superficie, la Orden del Perpetuo Socorro construirá su templo, aseguran que será el más bello de todo Santiago, casi una réplica de la Catedral de Chartres…

—Por supuesto sin tocar los cimientos —rezongó agotado Gustave.

—Como puede notar, esta es una de nuestras bóvedas más preciadas.

—No solo de ustedes —el belga indicó otra vez hacia el techo, donde junto al cristograma se apreciaba una Cruz de Malta, en cuyo centro destacaba la pirámide con el ojo que todo lo ve.

—La logia Lautarina también ha hecho uso de este lugar, en un trato conveniente para ambas partes.

—Masones y jesuitas. Quién lo diría —respiró el ingeniero.

—Señor Verniory, hace ya dos años que le aclaré que en la logia Lautarina no todos somos masones —los detuvo una voz femenina, proveniente desde la puerta de acceso a la catacumba.

Leonora Latorre apareció bajo el umbral, como siempre vestida de negro, pero ahora con una capucha cubriendo su cabeza. Al quitársela reveló que había recortado su cabello negro casi al ras. También que a pesar de su evidente belleza, su rostro se veía demacrado, marcado, dañado quizás.

—¡Leonora! —exclamó Gustave.

—También me alegra verlo, amigo mío —respondió la mujer.

67

«Ayer hundimos al Blanco», habló Leonora Latorre, «nuestra primera gran victoria en la guerra y quizás el hito», recalcó, «que cambie nuestra suerte en el conflicto».

—¿El Blanco es un barco? —preguntó confundido Gustave, mientras estiraba sus piernas, aún temblorosas por la larga caminata. Si lo habían sacado a las cinco de la mañana de la casa de los

Edmunds, debían de ser ya las diez, si acaso no el mediodía. Su reloj y pertenencias ya las daba por perdidas, aunque supiera perfectamente dónde estaban; en el cajón del velador derecho de la habitación en la que había permanecido encerrado el último mes.

—Más que un barco —respondió con entusiasmo el padre Ugarte, mientras sacudía el polvo de uno de los libros desparramados entre los estantes de la bóveda—. El Blanco Encalada es uno de los dos mayores blindados de la escuadra nacional. Junto a su gemelo, el Cochrane, fueron las naves que garantizaron nuestra ventaja en el mar durante la guerra de 1879—. Ambas capturaron al Huáscar del almirante Grau en octubre de ese año—. Verniory levantó los hombros—. Pero desde su punto de vista foráneo —el jesuita bajó su efusión—, en efecto es un barco. Recuerde que le dé un libro con la historia de ese conflicto — ofreció luego.

—El Blanco también era la insignia de los opositores a Balmaceda, el emblema de las fuerzas congresistas —continuó Latorre, mientras el ingeniero belga concluía que lo del buque debía de ser el incidente de cambio al que se habían referido Almagro y Bórquez durante su rescate—. Ayer, día 22 por la madrugada, el blindado recaló cerca de Caldera. Fue nuestra oportunidad. Dos torpederas de las fuerzas navales leales al presidente aprovecharon la protección de la costa para acercarse a la nave. De acuerdo a los informes recibidos poco antes de medianoche, nuestros buques llegaron a 150 metros del acorazado, distancia propicia para lanzar un proyectil autopropulsado…

—¡¿Usaron un torpedo autopropulsado?! —exclamó sorprendido Verniory.

—Eso dicen los escritos. ¿Por qué esa expresión, Gustave?

—Verá, Leonora. No sabré mucho de sus guerras, pero entiendo bastante de ingeniería —arrugó el ceño— y de ciencias navales bélicas —miró hacia Ugarte, que continuaba limpiando los lomos de los libros —, nunca antes supe de otro buque hundido por ese tipo de proyectiles. Quizás sea primera vez que ocurre.

—Quizás —aspiró Leonora—. La técnica ocupada no es algo que me importe en demasía. Lo relevante es que el bando congresista perdió once oficiales y ciento setenta y un soldados y civiles que estaban a bordo del Blanco. Si sumamos el costo del blindado, el peso moral y material para nuestros enemigos es muy alto.

—La venganza puede ser aún más —replicó Gustave.

Leonora Latorre se lo quedó viendo fijo por un instante y luego dijo:

—Ahora lo importante es sacarlo de Santiago. Debe llegar rápido de vuelta a Collipulli y terminar el trabajo. El padre Ugarte irá con usted…

—Los Edmunds y su gente… —dudó Verniory.

—Yo me encargaré de los Edmunds. Además estarán ocupados con lo del Blanco…

—Con el contraataque —el belga trató de escucharse realista—. Movernos al sur no será fácil —Verniory miró a Ugarte—. Los Edmunds controlan prácticamente todas las rutas, los vapores que viajan a Talcahuano son de su propiedad, mi rostro ha de estar en todos los puertos y periódicos locales.

—Viajaremos por tierra —habló el sacerdote—. Será más lento y demoroso, pero nos permitirá refugiarnos en las diversas casas que dispone la compañía de aquí a la Araucanía. Tendremos más seguridad que si lo hacemos por mar.

—Además usted ya es un hábil jinete —Leonora miró al ingeniero.

—¿Cuántos días durará el viaje?

—Dos semanas, tal vez un poco más —Ugarte contestó con seguridad, mientras Gustave solo pensaba en el dolor de una entrepierna ante más de cinco días arriba de un caballo.

—Llegando a Collipulli habrá más líos —continuó dudando Verniory—. La North and South American tiene los contratos y son independientes, pero algunas de sus empresas asociadas, como Albarracín y Urrutia son manejadas por cercanos a Edmunds, propiedad del general Gregorio Urrutia y su hermano, el comandante Fidel Urrutia, reconocidos antibalmacedistas…

—De eso me encargo yo —volvió a asegurar Leonora.

—Parece que se va a encargar de todo —reaccionó Gustave con un nada disimulado dejo irónico—. Su cabello —el joven constructor de puentes optó por cambiar de tema, indicando con un ademán hacia la cabeza de la mujer que alguna vez le había salvado la vida—, el corte es…

—Para recordarme la guerra de 1879 —se explicó Leonora—. Me lo recorté así, incluso más corto, cuando escapé de Lima a Londres…

—Edmunds algo me contó —se detuvo con propósito—, Victoria Valiant —dijo luego.

Leonora rió.

—A veces podemos escoger un nuevo nombre y Victoria Valiente me pareció apropiado. Mi cabeza tenía un precio, había agentes peruanos por toda Europa, también mercenarios dispuestos a cobrar la recompensa. La logia Lautarina —miró su prendedor—, me sacó de América, pero tras el Atlántico debí valerme por voluntad propia.

—Llamó la atención de la Royal Alpha…

—Por supuesto que la llamé —se exaltó—. Ellos provocaron la guerra del 79, Salisbury en persona —silbó—, para proteger sus bolsillos e inversiones. Aproveché mi estadía en el Reino Unido para mover mis piezas hacia lo que más les molestaba.

—¿Economía?

—No —agitó su cabeza—, la Royal Alpha y sus Príncipes de Sangre, desde lord Salisbury a Alberto Edmunds McFaill tienen otro miedo, uno más grande que el perder su riqueza o influencia. Un monstruo invisible —fue armando su relato como si fuera un cuento de espanto— con el poder de cambiar la balanza del mundo entero… Un protagonista que está más allá de los tentáculos de la Royal Alpha, porque jamás lo tomaron en cuenta; no está en sus estatutos y preceptos: se mueve por fuera, en absoluta invisibilidad y libertad. Y esa invisibilidad y libertad les aterra.

—¿Qué puede aterrar a los dueños del mundo?

—Los verdaderos dueños y dueñas del mundo —respondió Leonora Latorre, mirando a Ugarte—. Se viene un nuevo siglo, Gustave, uno en que todo lo que conocemos se desmoronará. No caerán las naciones ni los poderes, ni siquiera los ejércitos. Lo que se vendrá abajo será el viejo mundo, los imperios antiguos y de esas cenizas se levantarán los verdaderos dueños y dueñas del mundo —acentuó—, gente como usted, como yo… Sujetos pensantes, sujetos con nuevas ideas. Y eso es lo que aterra a los Edmunds de este planeta, las nuevas ideas —subrayó—. Victoria Valiant no fue solo un alias, fue y es una declaración de principios. De lucha en pos de la más valiente de las victorias, la que conquistará el futuro.

—Sucedió en la Revolución francesa —dudó Verniory—. El pueblo se levantó contra la nobleza y de ese levantamiento surgió la burguesía que volvió a aplastar al pueblo. La libertad y la fraternidad duraron una semana, la igualdad apenas unas horas…

—¿Me escuchó, Gustave? —la mujer lo miró con reproche, pero también con cariño y complicidad—. Yo no he hablado del pueblo, hablo de ideas, nuevas ideas —insistió—. Cambios radicales…

—¿Como un futuro femenino? ¿Mujeres presidentes, mujeres a cargo de buques de guerra, mujeres tomando decisiones? —ironizó incrédulo Verniory.

—Todo eso y mucho más.

—Eso es imposible.

—No lo es —Leonora clavó sus intensos ojos verdes en Verniory—. En Londres conocí a una mujer, una anciana norteamericana llamada Elizabeth Cady Stanton. En la década del 40 fue parte del movimiento antiesclavista norteamericano. Viajó a Inglaterra a participar del congreso abolicionista, pero le prohibieron la entrada solo por ser mujer. Ella no se rindió…

—¿Qué hizo?

—Publicó un ensayo llamado *Declaración de sentimientos*, en el que llamaba a las mujeres a levantarse por el derecho a voto, pero también a los hombres que quisieran aliarse a la nueva marea de los cambios.

¿Me preguntó cuál es mi guerra, señor Verniory? —el ingeniero afirmó con la cabeza—. Pues mi guerra es una batalla intelectual de lo nuevo contra lo viejo; de la naturaleza contra el conservadurismo. Todo lo que representa la Royal Alpha. Ellos nos temen, vieron cómo nos encadenamos, cómo lanzamos bombas hechizas desde la invisibilidad del anonimato a su sede en Kensington Garden. Los hicimos tambalear, les pegamos en los cimientos…

—Me asusta…

—Si lo asusto a usted, que pesa nada —Gustave arqueó sus cejas ante el comentario—, imagine lo que provocan estas nuevas nociones en los dueños del mundo. Le aseguro que lord Salisbury está aterrado….

—He de entender entonces —Gustave buscó una sensatez inexistente en su siguiente línea—, que el Grial de Haimbhausen es un arma en esta guerra personal.

—Un arma y un símbolo —avaló la agente—. El Grial de Haimbhausen y, sobre todo, la piedra negra que vino del cielo y de la cual fue tallado el cáliz, son objetos de poder deseados por el viejo orden. Representan un enlace esotérico con lo divino, algo que confirma su poder sobre las masas…

—La representación material del viejo mundo… —concluyó el belga.

—No podría haberlo dicho mejor —asintió Leonora, con una complaciente sonrisa tallada en su boca rojo sangre—. Ocultar la roca y la copa no solo es un golpe para los afanes de Edmunds, es también un puñetazo para sus más fervientes aliados —la espía de ojos verdes y cabello negro tragó una bocanada de aire y luego enunció—: la institución más grande y conservadora de todas.

Gustave miró a Ugarte.

—Sí, ingeniero —manifestó el cura, acercándose a Verniory—, la Iglesia católica.

—¡Pero usted es cura!

—No es un secreto que las diferencias entre la compañía y el Vaticano han sido grandes a lo largo de los siglos. El papado nos ha perseguido y exterminado desde que existimos… —recorrió la cripta con la mirada—. Desde que nos hacíamos llamar de otra manera.

Gustave atisbó en dirección al cielo raso de la bóveda. La Cruz de Malta con el ojo que todo lo ve parecía devolverles la mirada.

—Y ahora tienen un mejor socio.

—Nuevas concepciones que pueden salvar la fe católica y cristiana de su extinción a través de la reinvención del dogma.

—Con una copa y un meteorito —Gustave levantó sus cejas, como si contara un chiste.

—Un cáliz con inscripciones misteriosas, presentes además en la

piedra del cielo de la que fue labrado. Un lenguaje —marcó el jesuita.

—Un lenguaje del cielo —murmuró Verniory, concluyendo la idea del sacerdote.

—O lo que es lo mismo, el lenguaje de Dios.

Por un instante, Verniory pensó que estaba encerrado con un par de locos aún más peligrosos que Edmunds y Stirling. Fabricar un nuevo concepto teológico a partir de la política y la ciencia, parecía un delirio, sin embargo había algo en las palabras de Leonora, un idealismo tan entrañable como convincente, que lo hacía confiar. El ingeniero venía del viejo mundo, comprendía la verdad que nadaba bajo esa incipiente rebelión de nuevas concepciones contra el tonelaje arcaico de lo establecido por los viejos imperios. La espía chilena de ojos verdes había repetido con insistencia la que para él era la más importante de las palabras, esa que lo había movilizado a tomar todas las decisiones de su vida, buenas y malas: cambio. La exigencia de cambiar lo impuesto, sacar de arriba a los que llevaban demasiado tiempo tirando los hilos.

—Lo que necesitamos resolver ahora es en cuál puente vamos a esconder la piedra y el Grial de Haimbhausen. Solo nos quedan tres alternativas —Leonora quebró el silencio.

—No —marcó el belga, con decisión—, hay una cuarta opción. Incluso más segura. Igual que estas bóvedas —miró hacia la puerta del túnel—, a la vista de todos sin que nadie lo vea.

—¿A qué se refiere? —preguntó la mujer.

—Al más grande de todos los puentes, Leonora. Al primero de todos.

SANTIAGO DE CHILE

SÁBADO 7 DE SEPTIEMBRE, PRESENTE

68

Como una avispa invisible y silenciosa, el dron de Egon voló en espiral ascendente alrededor de la espigada forma de la torre Gran Santiago. Once de la noche de un septiembre cálido y el parque que corría paralelo al casi seco cauce del río Mapocho estaba poblado de adolescentes fumando marihuana y tomando cerveza; parejas montándose en los lugares más oscuros y una mujer de treinta años vestida como muñeca *Blythe*, sentada sobre sus rodillas mirando al rascacielos más alto de la ciudad, mientras operaba un robot con forma de helicóptero de juguete, que rastreaba los pocos niveles habitados del edificio pegado al centro comercial más desproporcionado de la capital de Chile.

—Ese aspecto —le comentó a Egon, mirándolo fijo a través de la pantalla que mantenía en un segundo teléfono.

—El aspecto de estar despierto a las tres de la mañana.

—Nunca te acuestas antes de las seis.

—Mis noches de sábado a domingo no están pauteadas para pasarlas en casa. Son noches de Marianne…

—No vas los sábados a Berghain.

—Eso no significa que no tenga vida social los sábados, querida.

—No te importa tanto, si te importara de verdad no estarías conectado a esta hora.

—A veces eres tan bruja.

—Siempre lo he sido.

—Lo cierto es que tuve un mal día —reaccionó—. Durante la tarde fui a ofrecerme de voluntario a unas acciones de arte en Hermannplatz. Me topé con las amigas de Kenya, que organizaban el evento.

—Y básicamente te echaron a la calle —lo corté.

—Terf, hijas de puta —bramó—. Hembristas con fobia a los trans, como si solo valiera tener ovarios para salir a pelear a la calle por los derechos de todos. Pero qué pueden saber del mundo real ese grupo de burguesas clasistas de universidad privada…

—Egon, tu eres *crossdresser* —fui categórica—, no trans.

—Soy gay *freak,* querida; me trasvisto en una diva, Marianne. Las definiciones me importan un huevo…

—Que el mismo huevo te importen las amigas de Kenya, entonces —saqué algo de empatía—. Eran, son y serán unas niñas ricas con juguete conceptual nuevo.

—Odio a las Terf más que a los machos falócratas y heteropatriarcales —Egon tenía los ojos húmedos, estaba dolido de verdad.

—No las odies… no existen…

—¿Cómo aguantabas a Kenya?

—Kenya me aguantaba a mí —repetí una frase que ella solía decirme mucho—. A propósito, ¿recogiste el ánfora?

—En mi sótano. No me gusta tener una muerta en mi sótano.

—No es una muerta, son cenizas.

—Es lo mismo.

—No, no es lo mismo —y fui rápido hacia otro tema—. ¿Tienes enlace?

—Sí…

—¿Audio, video?

—Colgado a tu teléfono… —lo vi que revisaba las pantallas y monitores que tenía enfrente—. Sigue subiendo al dron, la señal de celular está más arriba… Piso 46, a 240 metros —fue indicándome.

Miré el altímetro del dron. Estaba a 150 metros del suelo.

—Santiago es una ciudad muy rara —comentó—. La torre se parece a un edificio de Hong Kong…

—Al Two International Finance Center, ambos tienen forma de mazorca —miré al edificio—, aunque el rascacielos que tengo enfrente es cien metros y treinta pisos más bajo. Mismo arquitecto…

—Cesar Pelli… El edificio de Batman…

—¿Qué tiene que ver Batman?

—En *The Dark Knight,* Christian Bale usa la torre de Hong Kong, hermana de la chilena, para saltar a otro rascacielos.

Moví el dedo sobre la aplicación clonada y crackeada de Instagram y deslicé en una espiral más acentuada al Black Hornet hasta el piso 46. Enfoqué la cámara, había algo de luz en la cara sur de la torre.

—Ahí hay alguien… —habló Egon con tres segundos de retraso—. La señal proviene de ese nivel, pero hacia el otro lado. Si Watterly sigue con el celular, lo encontraste.

—Y a Meztli…

La frase quedó incompleta. De golpe el rastreo se fue a cero, la pantalla a estática y el audio a ruido blanco.

—¡Mierda! —exclamó Egon, desde el noreste de Alemania.

Levanté la vista. A pesar de la oscuridad de la noche, las luces que iluminaban los pisos superiores de la Torre Gran Santiago dejaban ver con detalle cada una de las caras del rascacielos. Un punto negro y pequeño caía desde el cielo, entre chispas.

—Me debes un dron —atinó a pronunciar Egon.

—¡¡¡Cállate!!! —le respondí, apagando los dos celulares. Metí los aparatos a mi bolso, lo crucé sobre mis hombros, me puse de pie y atravesé rápido la avenida que separaba el parque del de la torre más alta de la ciudad.

Tres autos, dos que avanzaban de oeste a este y uno en sentido contrario, frenaron en seco cuando pase delante de ellos. Mientras corría fui recordando los planos del lugar, que había memorizado con detalle durante la tarde; los puntos de acceso más inmediatos, la ruta hacia las escaleras y ascensores. Meztli tenía dos ventajas: me había descubierto y estaba en altura.

Salté sobre el capó de un taxi detenido junto a la torre y, antes de que el conductor reaccionara, ya había cruzado hacia el canal que descargaba sus aguas sobre el Mapocho, para ingresar al centro comercial a través de la salida a los estacionamientos subterráneos. Brinqué sobre la valla levadiza e ingresé al segundo subterráneo del edificio. Faltaba una hora para la medianoche y aún había funciones de cine en los niveles intermedios, los accesos no estaban cerrados. Mientras corría abrí mi bolso y saqué el *baton taser*. Extendí el bastón y prendí la carga. De aparecer guardias, un rebote de vólteos me iba a dar más tiempo que pensar en elaboradas maneras de combate cuerpo a cuerpo, que solo me retrasarían de lo importante. Me detuve en el pasillo central del primer nivel de estacionamientos y miré hacia los extremos, tratando de recordar cuál de las cinco puertas metálicas conducía a las escaleras de emergencia de la torre mayor. «La cuarta de la derecha hacia la izquierda», indicó con precisión mi memoria inmediata.

El primero de los cuatro vigilantes que interceptaron mi ruta apareció cuando estaba a punto de abrir la puerta.

—¡¿Qué está haciendo?! —gritó justo cuando la chapa saltó.

Levanté los brazos y chillé que no hacía nada. Al sentir que estaba encima giré rápido y lo golpeé con el bastón en uno de sus hombros. El choque eléctrico fue inmediato. Saltó hacia atrás y se desplomó temblando frente al morro de un automóvil.

Los otros dos guardias, ambas mujeres, aparecieron en el pozo de escalas, en los niveles de los pisos veinte y treinta y cinco de la torre.

Ambas quedaron tiradas, saltando entre chispas eléctricas. Una de ellas me demoró un instante, ya que debí moverla para evitar que cayera de espaldas por la escalera.

Me paré frente a la puerta del nivel cuarenta y seis de la torre. Tomé la manilla y la bajé. Como imaginé no estaba clausurada. Guardé el bastón de descargas en mi bolso y saqué de mi bota izquierda la bayoneta. Volví a bajar la manilla de la puerta y la sostuve entreabierta. Crucé el espadín sobre mi cuerpo, manteniéndolo rígido y en recta con mi brazo derecho para dejarme caer como una lanza si así era necesario. Enseguida empujé la puerta con el lado izquierdo de mi cuerpo.

El piso estaba completamente oscuro. Una planta abierta y libre, no terminada y con la estructura eléctrica y el concreto a la vista. Recordé la observación de Egon sobre lo inusual de que el edificio más grande de Santiago de Chile estuviera completamente vacío y le concedí su comentario. Lo cierto es que el rascacielos pertenecía a uno de los hombres más ricos y poderosos del país. Y en esa cancha nadaban también las influencias y los tentáculos de la familia Edmunds. No era necesario ser demasiado inteligente para sumar las cifras, una aritmética simple para elucubrar cómo es que Meztli y sus contratistas habían conseguido ese lugar para esconder a un viejo que se estaba muriendo de cáncer o de algo peor.

Recordé el registro de audio y video del dron de Egon. Antes de ser derribado, el pequeño helicóptero había captado un destello en dirección a mi actual derecha. Apreté el puño de la bayoneta y usé las columnas y muros para moverme furtivamente hacia donde rememoraba haber visto la luz.

Francisco Watterly McKay permanecía solo. Recostado sobre un sofá y tapado por un plumón de cubrecamas. Al costado izquierdo una mesa con comida, algunos libros y botellas con agua; y apoyado contra ella su bastón de mango dorado. Una lámpara de pie conectada a un cable alargador atravesaba la planta completa hasta una de las paredes y, bajo esta, una estufa eléctrica apagada.

—La esperaba ayer —comentó el viejo al verme aparecer, mismas palabras que pronunció cuando días atrás lo encontré en la biblioteca de la fortaleza de isla Illeifa.

—¿Meztli? —le pregunté en voz baja.

—¿Quién?

—La mexicana…

Federico Watterly McKay levantó su bastón e indicó con él hacia los ventanales que daban a la cara sur poniente de la torre. Afilé mi mirada. Una de las ventanas estaba abierta. Sin guardar mi arma corrí hacia la pared vidriada. Dos cuerdas estaban amarradas al soporte estructural del nivel y caían hacia el techo del centro comercial, ciento

veinte metros más abajo. De Meztli, nada. No quería enfrentarme o Watterly no era tan valioso. Esa era una posibilidad. La otra —volteé hacia el viejo—, es que el plan fuera precisamente que yo rescatara a Watterly. ¿Por qué hacerlo? ¿Alguien me quería en Santiago y no en el sur, lejos de Mistral? Usé la hoja de la bayoneta para cortar las dos cuerdas y regresé con el anciano.

—Me dijo que se llamaba Flor —fue lo primero que habló.

—Su nombre verdadero es Flor Canché, usa el alias de Meztli para operar —le respondí, mientras guardaba la bayoneta en mi bota.

—¿Un nombre azteca?

—Mexica —precisé—, significa luna negra.

—Una asesina de Veracruz, el Yunque…

—Imagino que usted sabe de ellos —admití—, debió conocerlos cuando trabajó para la dictadura de Pinochet…

—La dictadura nunca fue de Pinochet —marcó el anciano.

—El teléfono, por favor…

Francisco Watterly buscó algo bajo la colcha que lo cubría y me pasó el aparato de pago que yo había comprado en Valdivia antes de ir por él al lago Ranco.

Lo revisé, luego lo apagué y lo tiré al suelo, destruyéndolo a pisotones con mi bota derecha.

—Listo, ahora vámonos.

—No creerá que puedo bajar por las escaleras.

—No se preocupe, usaremos el ascensor —le respondí, mientras tomaba el báculo de descargas de mi bolso y lo ayudaba a pararse, sosteniéndose con su bastón de manilla dorada.

69

«El té es para el señor», le indiqué al botones del hotel. Watterly estaba sentado en la cama, jugando con Almudena, que había reconocido su olor apenas ingresó conmigo al cuarto.

—¿Usted no va a querer nada? —me ofreció el hombre, vestido con el uniforme del personal de servicio del W.

—Nada.

—Disculpe —se detuvo, antes de salir—. ¿Le informaron del problema de tener un animal?

—No es un animal, es una gata —se quedó callado—. Y ya está solucionado —no era del todo cierto, tampoco era su asunto.

Acompañé al botones a la puerta y cerré por dentro. Fui hasta el pequeño *freezer* del cuarto y saqué una botella de agua sin gas. Miré

cómo Almudena amasaba la chaqueta de Watterly y me dirigí al ventanal. A veintidós pisos del suelo, la vista del poniente de Santiago era hermosa, la ciudad resultaba más acogedora de lo que estaba dispuesta a reconocer. Y allá, en primer plano, la espigada torre del rascacielos de donde había sacado al anciano que ahora estaba sentado en el borde de mi cama. No tuvimos problemas con los guardias cuando escapamos. Nos camuflamos entre las personas que salían del cine. Imagino que parecíamos un abuelo y su nieta, imagino cualquier posibilidad al respecto.

—¿Qué problemas dio Almudena? —preguntó Francisco, revolviendo su taza de té.

—No tiene dónde orinar y defecar, se hace por todo el cuarto.

—Debería comprarle un arenero…

—Lo olvidé, no es tan importante.

—El personal de aseo seguirá reclamando.

—Que lo sigan haciendo, les estoy pagando bien y si se necesita cambiar el piso, que lo hagan y luego me entreguen el recibo —me senté en el sofá, que daba a la cama y le pregunté—: ¿Entonces Meztli no le dijo nada más?

—No —y repitió lo que ya me había dicho—. He de reconocer que fue amable conmigo.

—¿Ni siquiera sospechó que haberlo traído con ella era el plan de escape?

—Si acaso lo sospechó, no lo dijo.

El viejo dio un sorbo a su té y rascó la panza de la gatita, que en confianza se giró para que él pudiese hacerle cariño. Ronroneaba fuerte, más que el gato de Kenya.

—Me alegra que la capitana no le hiciera daño —me miró.

—Me lo hizo —constaté—. Sobreviví. Los agentes de la Guardia Suiza de Pro Deo llegaron a tiempo.

—Nunca me dijo que venía con Guardia Suiza.

—No lo sabía, Mistral no me lo dijo.

—Mistral jamás dice todo —paró de acariciar a la gata, que brincó hasta una de las almohadas, acurrucándose en ella—. Me alegra que aparecieran, entonces.

—De todas maneras tenía un plan de escape.

—Lo imagino… —vaciló— A pesar de que la aparición de la mexicana en la biblioteca la descolocó. Lo noté, soy perspicaz —observó—. ¿Quién es ella?

—Usted ya lo sabe, pertenece a los Asesinos de Veracruz.

—Le estoy preguntando quién es ella para usted —tomó otro poco de té—, porque resulta evidente que ella le importa, le afecta —insistió—. Y se lo comento no solo por lo que ocurrió allá en la isla, sino por la manera en que fue por ella hace un rato cuando le indiqué

que se había marchado.

—Mató a la mujer que me amaba —marqué—. La razón por la cual acepté trabajar para Elena Mistral es para cazarla —fui honesta.

—Mujeres que matan mujeres, vaya que han hecho bien el trabajo… —suspiró.

—¿Quiénes?

—Todos, Princess, desde la Royal Alpha al Vaticano; desde la masonería a la Iglesia evangélica. Desde quienes rigen el mundo occidental hasta el sujeto que me acaba de traer este té —levantó la taza y miró en dirección a la puerta.

—Explíquese —doblé mis rodillas, para relajar mis piernas.

—Es el juego que estamos jugando. Del que yo he sido parte todo este tiempo; la mayor de las guerras, querida. El cáncer —me miró—, o lo que sea que tengo dentro, me está devorando y ya no tengo nada que perder —tosió—. ¿Recuerda que le prometí que si me sacaba de la isla la iba a ayudar?

—Nunca dijo la palabra promesa.

—No es necesario haberla dicho. Tampoco importante —me clavó sus ojos moribundos—. Y para ayudarla he de empezar contándole todo.

—¿Todo? —dudé.

—Al menos todo lo que yo sé —arrugó sus pómulos—, que infiero no es todo respecto del asunto en el que estamos involucrados —subrayó las últimas dos palabras.

—Lo escucho.

—Creo que ya sabe la primera parte de esta historia. La encontró en Bruselas, los puentes… —fue armando el suspenso de su relato.

—Gustave Verniory —lo ayudé.

—El ingeniero Verniory arribó a Chile en 1889, contratado por el gobierno de Balmaceda para extender las vías férreas desde el extremo sur del viaducto del Malleco —acentuó destacando—, hasta el río Toltén. Un constructor de puentes. Lo cierto es que quien lo trajo fue una mujer llamada Leonora Latorre, espía del gobierno. Balmacedista y con una larga carrera durante la guerra del Pacífico…

—¿Qué guerra del Pacífico? La única guerra del Pacífico que conozco es la del 41 entre Estados Unidos y Japón.

—Quizás usted la conozca como guerra de 1879.

—La guerra del guano, del salitre.

—La misma. Latorre era miembro de una sociedad secreta chilena con la que usted está bastante familiarizada.

—La logia Lautarina…

—Que como su amigo Elías Miele debió contarle, o quizás leyó en su libro —fue sarcástico—, tras su supuesta disolución en 1823, continuó operando en secreto tanto en Chile como Argentina, bajo el

propósito de construir la nación patagónica de Andinia, el ansiado sueño continental del libertador José de San Martín. Pero eso usted también ya lo sabe, tanto como que este grupo aceptó mujeres en su organigrama, el caso de doña Javiera Carrera…

—Elías la llamaba «la Madre de la Patria».

—Nombre muy apropiado por cierto —tomó aire—. La logia no solo protegió a Leonora después de la guerra, sino que creyó en su plan, sobre todo los religiosos que eran parte del grupo, en su mayoría jesuitas —tosió, se limpió la boca con un pañuelo y prosiguió—: Finalizado el conflicto contra el Perú, Leonora Latorre se exilió en Inglaterra. Su cabeza tenía precio entre los militares peruanos, así que escapó para salvar su vida —me gustaba el tono de Watterly, como si narrara un cuento—. En Londres comenzó a participar de distintos movimientos sociales y revolucionarios, antimonárquicos, pero sobre todo en las iniciales manifestaciones feministas, la llamada primera ola. Esto la puso en la mira de la Royal Alpha, de quienes se convirtió en una reconocida adversaria. Lord Salisbury, el primer ministro de la reina Victoria…

—Y responsable de Jack el Destripador, un asesino de mujeres —repliqué. Watterly pestañeó rápido.

—Eso fue algunos años después —reaccionó—. El asunto es que Salisbury puso precio a su cabeza. No fue a la única persona que persiguieron, pero sí de las pocas que consiguieron eludir a los tentáculos de la Royal Alpha.

—Ya —marqué—, ¿y cómo se relaciona esto con el Grial de Haimbhausen y el meteorito de Verniory?

Watterly sonrió.

—Latorre descubrió que Salisbury y la Mesa Redonda de la Royal Alpha tenían un propósito. Dominar occidente, no por guerras o crisis económicas, sino a través del control de la población —se detuvo y me miró a los ojos—. Y no precisamente usando guerras, plagas o enfermedades…

—¿Qué, entonces?

—Control de la natalidad. ¿De qué manera, se preguntará? —apreté los hombros, no iba a interrumpirlo—. Manejando las creencias, la moral, la cultura cristiana occidental. Poseyendo objetos de poder sacro se crea una realidad falsa, realidad que usa la culpa a su favor y no hay mayor culpa en nuestra sociedad que la gatillada por el sexo, ya lo sabe bien la Iglesia católica.

—Aún no lo entiendo…

—El sexo y la culpa acaban con las nuevas ideas, esas que asustan a los poderosos. Y no hay freno más efectivo contra lo novedoso y peligroso que enfrentar lo femenino contra lo masculino, es el choque más antiguo de todos. No fue difícil para Salisbury y su sociedad

secreta conseguirlo, las instrucciones estaban en la Biblia, solo procuraron hacer más fuerte el patriarcado imperante. Tanto que los incipientes movimientos sociales antiimperialistas de fines del siglo XIX abrazaron de manera simbólica el feminismo. Así, más temprano que tarde se provocaría un distanciamiento definitivo entre hombres y mujeres, tan irreconciliable que lograría bajar las tasas de natalidad en el mundo entero. Provocando una guerra sexual se quebraba la reproducción humana, aritmética simple —en realidad no tanto—. Hacia 1891, quizás un absurdo, pero Salisbury jamás pensó en lo inmediato, su plan era a largo plazo, un siglo o más hacia delante.

—Ahora…

—Y ya ve cómo están las cosas, solo es cosa de prender el televisor y revisar las redes sociales. Ocho de las diez guerras más importantes que han sacudido occidente desde entrado el siglo XX han golpeado la relación mujer-hombre, haciendo de esta el espejo más concreto del abuso de los poderosos; desde discriminación y leyes que atentan contra la paridad, hasta crímenes y violencia sexual. El patriarcado ha resultado en los últimos 200 años más devastador que en la Edad Media y sin necesidad…

—De quemar brujas —completé.

—Aunque también son responsables de quemar brujas otras mujeres, que por poder o rivalidad política se infiltraron en la iglesia para abogar por el exterminio de sus adversarias. Usted, sus jefes y yo sabemos que los reales autores del *Malleus Maleficarum,* del *Martillo de las Brujas* —tradujo—, no fueron ni Bernardo Rategno, ni Martín del Río, ni Jean Bodin, sino un grupo de damas de sociedad, amantes de ese trío de curas infames.

—Mujeres que matan mujeres —pensé en voz alta.

—La noción de género resultó más efectiva que la hoguera —insistió en su idea—, para hombres y mujeres, el ganado lejos de las esferas de poder… ricos y pobres bien separados.

—John Money —pronuncié.

—Usted lo ha dicho, Princess. Fue parte de una cuidada construcción intelectual auspiciada por la Royal Alpha para alimentar sus planes —indicó su rostro y luego el mío—. ¿A quién cree que servía John Money? Sus teorías no fueron elucubradas en discusiones, sino en laboratorios farmacéuticos y médicos tras la Segunda Guerra Mundial, como parte del control de la población —recordé lo de lord Salisbury—. Money y su gente buscaban gestionar problemas de intersexualidad en niños que estaban naciendo sin una definición clara. La Royal Alpha financió experimentos biotecnológicos para controlar la morfología de miles de recién nacidos y así surgió la moderna idea de género. De lo femenino y lo masculino como base, pero considerando lo identitario en el canon: transexualidad,

homosexualidad, bisexualidad, pansexualidad entre otras treinta y un variaciones identificadas por Money.

Recordé mis discusiones con Kenya. Me hubiese gustado que estuviera presente en esta conversación con Watterly.

—Interesante —busqué sonar pedante—, pero ¿cómo entra usted y Edmunds en esta historia? prometió contarme todo.

El anciano sonrió y al hacerlo, hilos de saliva colgaron de sus dientes postizos, amarillos y muertos. Sentí asco, pero evité demostrarlo.

—A mediados de la década de 1880 —reanudó a su relato—, lord Salisbury necesitaba aliados y el más fuerte de sus aliados era el Vaticano,a quienes podía controlar usando dos armas, la economía…

—Y los objetos sagrados —completé su idea—, eso ya lo sé.

—Alberto Edmunds McFaill —siguió—, el bisabuelo de mi carcelero, le relató a Salisbury acerca del Grial de Haimbhausen y la historia de la piedra negra del cielo de la cual había sido labrado y que, supuestamente… —me miró.

—Contenía registros del lenguaje de Dios —torcí una mueca.

—Salisbury informó al papa León XIII acerca de la existencia de estas piezas sacras y prometió entregarlo a cambio de su ayuda en el plan que acabo de resumirle minutos atrás…

—El Grial de Haimbhausen estuvo hasta 1982 en la Catedral de Santiago, esto no tiene sentido —reaccioné.

—También el meteorito y sus replicas falsas, como el SK-87124 que usted conoce bien de Berlín o el VEAS-101, que nos encargamos de repartir por el mundo para confundir.

—Esto no tiene sentido —moví la cabeza, demasiadas piezas dispersas en el Lego imaginario.

—Lo tiene si considera el factor externo más relevante en la ecuación.

—Alberto Edmunds McFaill —pronuncié.

—La familia Edmunds, si hemos de ser exactos —respiró—. Sucede que la logia Royal Alpha de Kensington Palace se convirtió en una mera fachada tras la muerte de lord Salisbury. En este nuevo escenario, desde inicios del siglo XX, el gobierno de las sombras más poderoso del mundo comenzó a ser regido desde Chile. Acá se estableció la verdadera Mesa Redonda —tosió—. Su padre lo sabe —me miró—, ¿por qué cree que hizo lo posible para que viniera a Chile?

—Vine porque me pagaron.

—¿En serio? ¿Por qué entonces Meztli, a quien Pro Deo le iba a entregar para su venganza personal, está en el país? —era tan obvio que el viejo estaba al tanto de todo—. Usted sabe de lo que estoy hablando. Usted —me apuntó con su huesudo índice derecho— Princess Valiant, es demasiado inteligente para no verlo —no era

cierto, me estaba manipulando—. Su inteligencia es célebre.

Pero yo también era buena manipulando.

—Elena Mistral y su proyecto Metatrón de Pro Deo son una fachada para intentar dar un golpe de Estado matriarcal contra el papado, usando reliquias sagradas que sirvan para hacer público un Dios femenino. Eso le dijeron, ¿me equivoco? —no era necesario responderle—. El problema es que Mistral y su personal creen que su agenda no es conocida por sus adversarios. Pro Deo tiene ojos y oídos en todas partes y el Vaticano quiere esos objetos… Los ha querido desde finales del siglo XIX. *Novis Order*, amiga mía, esa es la clave. La Royal Alpha y el Vaticano están usando a Mistral del mismo modo como esa monja lunática la está usando a usted.

Me puse de pie y caminé hasta la cama. Francisco Watterly McKay me siguió con la mirada mientras yo iba a acariciar la cabeza de Almudena. El exsecretario de Pinochet me había conducido a un callejón sin salida, su poder para entrometerse verbalmente era fuerte y efectivo. Puse mi mano entre las orejas de la gata y rasqué. Almudena estiró su pata derecha y extendió sus garras.

—En 1970 —comenzó a hablar el viejo—, yo era un idealista de derecha, católico y también masón, que estaba dispuesto a dar su vida para derrocar al recién electo presidente Salvador Allende y su régimen marxista. Tenía contactos con el gobierno de Estados Unidos, había trabajado de informante para la CIA durante la presidencia de Frei… —aspiró—. Los Edmunds me llamaron para trabajar con ellos. Primero bajo la fachada de editor internacional de *El Correo,* después como organizador del golpe… —sostuvo el suspenso—. Alberto Edmunds Westmann.

—El tercer Edmunds…

—Él mismo —aseguró—. Utilizó a la Royal Alpha para pedir a los sectores conservadores del Vaticano ayuda contra el avance izquierdista en Chile. Sumó además al partido conservador inglés y a la administración de Nixon. Con ellos de aliados, el almirante Merino, el General Leigh y yo planeamos todo, incluso poner a un títere mediocre como Augusto a la cabeza. El milico era tonto, ingenuo y manipulable, pero sobre todo ambicioso. Un ladrón con poder, la mejor rata utilitaria para nuestros propósitos. Pero también peligroso. Edmunds lo tentó con dejarlo entrar a la Royal Alpha y él, por su propia cuenta, se dedicó a estudiar los preceptos de lord Salisbury, que por supuesto entendió mal.

—¿Qué tan mal?

—Augusto Pinochet era un bruto. No comprendía lo que leía y eso lo transformó en un sicópata. Solo a modo de ejemplo —fue describiendo—, quizás el número de muertos, desaparecidos y torturados que arrastra su régimen sea mínimo si se le compara con

Rusia, Corea del Norte o Cuba, pero en crueldad los supera ampliamente… —tomó aire, temblando—. Matamos —lo dijo en plural y con la mirada quebrada— más niños inocentes que los Nazis, algunos solo por dibujar caricaturas en un cuaderno —exhaló—. Pinochet deliraba con paranoias marxistas y ordenó a la DINA y a su director…

—Manuel Contreras.

—El mismo —volvió a toser—. Pinochet le ordenó a Contreras poner especial énfasis en exterminar mujeres que manifestaran ideas feministas, incluso más que socialistas o comunistas. Y la DINA primero y la CNI después, que eran un antro de violadores, hicieron bien su trabajo. Quise detener la carnicería pero no se me permitió involucrarme —el anciano decía la verdad, sus gestos no mentían—, Edmunds
me ordenó mantener distancia y yo no era quién como para oponerme a los mandatos de un Príncipe de Sangre de la Royal Alpha.

—Hace un rato me confesó que ya no tenía nada que perder.

—Sí, pero no puedo hacerlo solo. Por eso la he manipulado, Princess…

—Para que yo sea su venganza.

—Y usted sabe de venganzas —otra vez carraspeó, escupiendo sangre en su pañuelo.

—Usted ya está muerto.

—Hace años —luego enumeró—: Culpa, cáncer, lo que sea.

—¿Usted escondió el Grial de Haimbhausen y el meteorito perdido?

—No, pero lo custodié…

—Verniory construyó tres puentes prácticamente idénticos: el Quino, el Salto y el Quillén —sostuve con seguridad—. Mistral ahora mismo busca en todos ellos; más temprano que tarde va a encontrar lo que busca —lo desafié.

—No —marcó el viejo—, no lo encontrará. Rastrea en los puentes equivocados.

—¡¡¡Hable!!! —levanté la voz.

—¿Qué es un puente? —preguntó respondiéndose a sí mismo con un horrible poema—. La unión de dos mundos —marcó el dos con los dedos de su mano derecha—. Vaya por el primer puente, el original, amiga mía —me atravesó con la mirada—. Original de «origen» —sonrió con complicidad—. Y cuando descubra el Grial de Haimbhausen, si es que lo hace, siga el camino de la historia de Chile.

—¿Qué quiere decir? —la curva de los labios de Watterly volvió a babear, como un patético villano de serie animada.

—Ya entenderá, Princess, ya entenderá —tosió—. Ahora yo que usted descansaría. Mañana tiene un largo viaje. Espero no le moleste

compartir cama con un anciano.

—Y con una gata —le respondí, mientras le abría las almohadillas de las patas a Almudena y sentía cómo su ronroneo vibraba cuando mis dedos presionaban las pequeñas garras con cariño.

ESTACIÓN SALISBURY, CHILE

LUNES 9 DE SEPTIEMBRE

70

«En este sitio, el presidente José Manuel Balmaceda ordenó el cambio de nombre de la ciudad de Fuerte Victoria a Estación Salisbury, en reconocimiento a la ayuda entregada por el primer ministro inglés lord Robert Gascoyne-Cecil, marqués de Salisbury, a las tropas chilenas durante la Guerra del Pacífico. 26 octubre 1890», estaba escrito en un pequeño monolito en el centro de una plazoleta que servía de rotonda para tres avenidas que se intersectaban frente al viejo edificio de ferrocarriles que compartía nombre con el pueblo.

—Es macabro el sentido de humor del destino —suspiró Elena Mistral—. Encontrarnos en esta ciudad, llamada como el hombre que lo inició todo.

—Eso si usted cree en la versión que me relató Watterly.

—¿Por qué no habría de creerle? Watterly es un moribundo, ya no tiene nada que perder.

—O que ganar.

La monja miró hacia la estación. Bajo el arco del vestíbulo se alcanzaban a ver los andenes, donde maniobraba una locomotora que arrastraba un tren de carga.

—Watterly ha traicionado a todos con los que ha trabajado —seguí hablando—, desde Pinochet a la masonería, la Iglesia católica y la propia Royal Alpha. Le gusta jugar y es hábil haciéndolo. Puede estar muriéndose, pero seguimos siendo peones en el ajedrez que creó en su cabeza, no hay que desestimar nada. Lo que me dijo puede ser verdad, o parte de la inmensa mentira donde estamos metidas. Usted, yo, Pro Deo, todos…

—A pesar de sus palabras, Princess —marcó mi nombre—, usted confía en él —le contesté con la mirada—. Es decir, dejó a su gata con

el viejo —pensó que era un buen chiste.

—Almudena es más de Watterly que mía. Él la crió y le dio el nombre.

—¿Le han dicho que se escucha tierna, como una niña pequeña, cuando habla de su gata?

—No.

Me miró fijo, podría decir que, incluso, con cariño. Si acaso ella pudiera sentir algo parecido al cariño.

—No he olvidado los pendientes que usted tiene conmigo —le recordé.

—Deudas que serán saldadas cuando esto termine.

—Si es que esto termina.

—Todo finaliza, Princess. Todo —acentuó. Seguido caminó hasta el borde de la plaza y miró hacia el norte, siguiendo la bisectriz de una calle llamada Pisagua.

—Victoria —comentó.

—¿Qué sucede con Victoria?

—Este pueblo se llamaba Victoria antes de que le cambiaran el nombre a Estación Salisbury. Estaba pensando que Victoria era un mucho mejor nombre.

Pensaba lo mismo pero no se lo dije.

Tras la eterna conversación del sábado por la noche, hice caso a Francisco Watterly y aproveché el domingo para dormir y recuperar fuerzas. Ni siquiera lo sentí roncar si es que roncaba. Almudena se acomodó entre los dos y no se movió. A las seis de la tarde tomé mis cosas y encendí el motor de la Dodge Durango. Una hora después estaba saliendo de Santiago de vuelta al sur. Dejé dicho en el hotel que cuidaran al viejo y cargaran a mi tarjeta cualquier imprevisto. En las restas, Francisco Watterly iba a disfrutar la habitación más que yo..

Le dejé uno de los *burner phones* que había comprado en Valdivia. Egon se encargó de triangularlo y colgarse a él. Mientras no lo apagara íbamos a saber todo lo que el exsecretario de Pinochet hiciera en Santiago. Por supuesto, no iba a ser tan sencillo tenerlo controlado. Su agenda incluía desquitarse de aliados y enemigos. Me estaba usando para ello, al menos yo lo tenía claro, lo que no me daba tanta ventaja como quisiera.

Solo me detuve en una parada de camioneros, a la altura de una ciudad llamada Chillán, a conseguir que alguien me hiciera un filete a la inglesa. No estuvo mal. Aproveché de comer en el borde de la autopista, tomé mis vitaminas y bebí mucha agua, también dormí cuarenta minutos. A las seis y media de la mañana estaba entrando en la Araucanía, rodeada de quemas e incendios provocados por hombres, noventa minutos más tarde arribé a Salisbury.

Llamé a Mistral poco antes de ingresar a la avenida principal del

pueblo. Me indicó que la buscara en el Royal, un hotel en el centro, que estacionara el auto en la Plaza de Armas y caminara hacia el sur, unos cincuenta metros por una avenida llamada Confederación Suiza.

Septiembre era frío en Salisbury, más incluso que Valdivia o el mismo lago Ranco. La localidad se me apareció como un lugar anclado en un punto indefinido en la primera mitad del siglo XX, donde el paso del tiempo se había frenado dejando al pueblo como postal neutra de un mundo que ya no era, que quizás jamás había sido. Las calles eran espejo de un lugar imaginario, distinto a cualquier otro del orbe, ajeno al aquí y ahora. Una sensación que se acrecentaba en el olor del plano urbano. El aroma de las ciudades lo dice todo y Salisbury tenía un olor a nada, ni siquiera a muerte.

El hotel Royal era un viejo edificio emplazado junto a la todavía más vieja construcción dependiente de un banco. Abrí la puerta y caminé hasta la recepción, donde una mujer de unos cuarenta años estaba sentada tras un computador apagado, mirando un programa de variedades en un televisor que colgaba de la pared perpendicular a su escritorio. Pregunté por «la hermana Elena Mistral». Ella me miró de pies a cabeza, imagino que le llamó la atención mi cicatriz o mi atuendo.

—En el comedor, por el pasillo a su derecha. Está desayunando—, me indicó.

La monja era la única persona en el pequeño salón de té del hotel. Encima de su mesa había un plato con fruta, una taza con café negro y tostadas, mantequilla y mermeladas. Me preguntó si quería algo, le respondí que nada. Luego me informó que Consolmagno y Viani habían salido de madrugada a trabajar en el puente Quino, el primero de la línea de tres viaductos que Gustave Verniory había levantado entre Salisbury a Temuco. Le revelé que no iban a encontrar nada, luego la invité a caminar, no quería continuar la conversación dentro del Royal. Mistral tenía deseos de ver trenes así que nos dirigimos a la estación.

—El padre Consolmagno piensa que Verniory fundió el meteorito original y usó su acero en alguno de los puentes.

—El padre Consolmagno se equivoca. Verniory y una mujer llamada Leonora Latorre —Mistral volteó rápido hacia mí al escuchar ese nombre, como si hubiese recordado algo—, escondieron el meteorito en uno de los puentes. No iban a destruirlo, no era ese el propósito.

—Y en 1982 Watterly tomó el Grial de Haimbhausen y lo trasladó a este mismo lugar —se apresuró la agustina.

—Los ingleses lo robaron de la catedral, se lo entregaron a Edmunds, quien le ordenó a Watterly que lo escondiera —armé la secuencia de los hechos—, alejándolo de aliados y adversarios, pero

manteniéndolo siempre bajo la custodia de la Royal Alpha. Watterly sabía dónde Verniory y Latorre habían dejado el meteorito, el resto sumas y restas. Obra y piedra de origen volvieron a estar juntos, como no lo habían estado desde 1767.

—Desde la expulsión de los jesuitas —explicó la monja.

—En el entreacto y para distraer, repartieron los meteoritos VEAS-101 y SK-87124 por el resto del mundo, desde una plaza en el mismo Santiago hasta el Museo de Historia Natural de Berlín —estiré el cuello para relajarme—. Les funcionó, Pro Deo y otros buscadores perdieron su tiempo rastreando lugares equivocados —acentué.

—¿Lugares equivocados? —Mistral entendió mi indirecta.

—Viani y Consolmagno buscan en el puente errado.

—Lo dice con seguridad —me observó fijo.

—La seguridad de saber exactamente en cuál de los puentes escondieron el cáliz y el meteorito —Mistral me interrogó con la mirada, sin necesidad de abrir la boca—. En el primero de todos —acoté—. El único suficientemente grande como para tener espacio para establecer y ocultar la Mesa Redonda de la Royal Alpha, una cámara ritual.

—¡Un momento! —exclamó la religiosa—. Hay un solo viaducto en la zona con ese tamaño. Pero no lo construyó Verniory.

—No, pero lo utilizó.

Mistral miró otra vez hacia el edificio de la estación.

—Será complicado, es una atracción turística —dijo.

—Hasta ahora nada ha sido fácil. Usted quiere una roca con supuestos mensajes divinos para chantajear al Vaticano y un cáliz para justificar su locura —miré al cielo—. Yo ahora le estoy diciendo dónde está.

Al otro lado de la estación, en los andenes de la línea longitudinal sur de ferrocarriles chilenos, la locomotora diesel que realizaba maniobras con un convoy de carga piteó fuerte anunciando su partida rumbo al norte. Medité en lo mucho que me gustaba andar en tren y en lo inusual de que Chile, siendo un país tan largo y estrecho, solo mantuviera servicio ferroviario de carga. Egon lo había investigado cuando le pregunté por la posibilidad de ir en tren de Santiago a Valdivia. «En Chile no hay trenes», fue su respuesta.

PUENTE QUINO,
ESTACIÓN SALISBURY,
CHILE

71

«No son incendios, son quemas», precisó Elena Mistral, apuntando a través del cristal del parabrisas delantero de la SUV, en dirección a las columnas de humo que se observaban a ambos lados del camino y que se elevaban ligeramente ladeadas hacia el norte por la brisa de septiembre, hasta confundirse con las nubes bajas en un efecto óptico similar a un hongo.

—En el hotel —siguió hablando— decían que como el invierno fue seco, con muy pocas lluvias, las quemas habían crecido tanto que hacia la primavera y el verano no sería raro que nevara cenizas sobre Salisbury. El año pasado sucedió, hubo días en que las casas y edificios amanecían con sus techos cubiertos por un polvo gris oscuro y hediondo.

—Crisis…

—Las comunidades mapuche quieren autonomía —repitió un discurso que de seguro había leído en algún periódico local—. La vienen pidiendo desde hace años y como no hay respuesta…

—Respuesta hay —la interrumpí—. Viajé escuchando pod-cast de política local, nada de prensa oficial. Imposible hacerlo cuando el monopolio periodístico en Chile es de la red regional de *El Correo* —acentué—. Salisbury es un antro de fascismo tercermundista, está repleto de pinochetistas y simpatizantes de la ultraderecha —Mistral asintió—. Apoyan el uso de fuerza militar de choque con tanques y helicópteros artillados para perseguir grupos armados con palos y cuchillos…

—Llevan más que armas y cuchillos, Princess —me interrumpió en un insoportable tono de consenso.

—Si usted lo dice; fusiles automáticos e incluso guerrilla infiltrada procedente de algún imaginario gobierno de izquierda centroamericano —traté de ser sarcástica—. Estamos rodeados de tontos ingenuos que creen en noticias difundidas por grupos de WhatsApp acerca de combatientes venezolanos, cubanos o colombianos, ocultos en los bosques y cerros de la región; post verdad y esas definiciones cómodas. Viven en Narnia —a la agustina le gustó lo de Narnia—. El tema es lo desigual de la lucha y la historia nos ha enseñado lo que ocurre en este tipo de conflictos desiguales —repetí a propósito—. En los ochenta los rusos metieron helicópteros de ataque *Hind* en Afganistán para pelear con hombres a caballo. Ganaron los hombres a caballo.

—Las comunidades mapuche amenazan con quemar toda la región, de cordillera a costa; para marcar un límite con el mundo del hombre blanco, del huinca…

—Que lo hagan —no la dejé terminar.

—Hace unos años murió una pareja de ancianos quemada durante una acción vandálica.

—Una pareja de hacendados, porque ancianos no eran. También mataron por la espalda a un mapuche de veinte años que conducía un tractor —marqué—. Terrible, pero a la larga un daño colateral menor si se le compara con tres siglos de privilegios del hombre blanco hacia una minoría considerada inferior.

—Para algunos eso es terrorismo.

—Desde cierto punto de vista.

—Todo es desde cierto punto de vista, Princess.

Salimos de Salisbury rumbo al sur, tomando una ruta que los locales llamaban «camino viejo a Púa», una estación de ferrocarril distante, a doce kilómetros del centro del pueblo antes conocido como Victoria. El camino era una vía rural de tierra, pésimamente mantenida, que se adentraba en dirección a los dos primeros puentes de Verniory, el Quino y El Salto.

—Tal vez lo consigan —comentó Mistral, pegada al parabrisas.

—¿Qué cosa?

—Dividir la región con incendios.

—Por supuesto que lo conseguirán, de aquí a siete años, sino antes —pensé en voz alta—. Y no solo marcar una frontera, sino un grado de independencia en el parlamento chileno. La región será nombrada con su original *Wallmapu* y los pocos pueblos y ciudades que tienen nombres blancos, como Estación Salisbury, recuperarán su nombre original.

—¿Victoria?

—No, Mariluán…

—Su certeza y conocimientos me asombran.

—Analizo, vislumbro, sumo, resto contenidos y saco conclusiones. Y no me equivoco —bajé la velocidad para adelantar con cuidado una carreta arrastrada por dos bueyes y guiada por una pareja mapuche—. La lucha de ellos —indiqué a la carreta— es desigual; la comunidad internacional está de su parte. No puedes controlar a un pueblo originario con armas, aunque estos tengan ametralladoras. Son comunidades organizadas, pobres y minoritarias, contra un ejército regular financiado por todos los que viven en estas tierras. La imagen para un país que le importa mucho su imagen, como es el caso de Chile, no es buena. Además estamos de pie en un siglo en que las guerras han sido reemplazadas por causas de minorías: feminismo, indigenismo, ambientalismo, todo es parte del mismo juego. Usted ya lo sabe.

—No tanto como usted, parece.

—Leí los diarios de Gustave Verniory, no solo el material que le compartí, también lo que fue publicado en forma de libro —ella asintió, mostrándome en la pantalla de su teléfono la portada de la edición *ebook* de *Diez años en la Araucanía 1889-1899*—. El belga, ya en 1881 anticipaba lo que iba a ocurrir en esta región —marqué el punto—, cuando en dos o tres generaciones los descendientes de los pueblos originarios abrieran los ojos. Y ya conoce el dicho, señora, los durmientes siempre despiertan.

—A veces los que despiertan no son los buenos —reaccionó—. Enemigos que observan desde las esquinas, aguardando…

—La teoría de la nueva guerra Santa, la paranoia de los dueños del mundo.

—Ojalá fuera solo paranoia, Valiant. El islam no para de crecer, mientras el cristianismo se apaga. Las causas liberales molestan a los conservadores, a los dueños del mundo —fingió un bostezo— y los conservadores van tras dogmas fundamentalistas para proteger sus intereses, aunque no sean de su propia cultura. No es descabellado pensar que las ideologías liberales acaben destruyendo nuestro lado de la civilización.

—Usted pretende destronar al patriarcado del Vaticano colgándose de una causa liberal, progresista.

—Eso no quita que tenga miedo del futuro.

—La Hermandad tenía la misma idea respecto del futuro, por eso se embarcaron en lo de la Cuarta Carabela…

—Una insensatez.

—Tanto como arriesgar la vida por un meteorito con supuestos mensajes divinos que, hipotéticamente —recalqué todos los calificativos de la frase—, pueden probar que Dios es una Diosa… Diosa —remarqué, levantando mi mano derecha para dibujar comillas en el aire, tal como Kenya me había enseñado.

—Así que Verniory hablaba de la revolución en la Araucanía chilena —la monja regresó al inicio de nuestra plática, observando otra vez en dirección a las columnas de humo.

—Lo vaticinó. En sus escritos es bastante duro con el estado chileno del siglo XIX respecto de su trato con los mapuche. En absoluto su moral europea lo traiciona. Es bastante paternalista e ingenuo, pero subraya la crueldad local hacia los originarios. Torturas, persecución, ultrajes sistemáticos a mujeres, muchas menores —acentué con rabia— e incluso cacerías humanas de parte del llamado Ejército de Pacificación de la Araucanía, terratenientes y colonos venidos de Alemania, Italia y Suiza. Le dedica un par de capítulos a un tal capitán Trizano, un verdugo y sicópata de esos que dan ganas de empalar —juro que usé esa palabra—. Que ahora esta zona esté ardiendo es responsabilidad de los chilenos. Prendieron una mecha y no se preocuparon de pararla.

—¿Acaso había forma de detenerla? —una duda tan tonta como razonable, que merecía una respuesta tan tonta como razonable.

—Los países que han tenido este problema optaron por el exterminio.

—Pensé que era pro causa mapuche.

—No soy pro ninguna causa, soy realista. Los conquistadores españoles primero y el Estado chileno después, no exterminaron a los mapuche cuando tuvieron oportunidad; ahora no les queda más que bajar los hombros y entregar las tierras. No hay otra salida, no la hubo ni en Canadá ni en Sudáfrica ni en Nueva Zelanda. Acá es sin llorar ni medias tintas. Ya le dije, antes de siete años esta región entera volverá a ser mapuche, regida por los términos del llamado *Wallmapu*.

—En serio hizo su tarea, Princess.

—Se lo advertí cuando me contrató en el Museo del Prado. Soy la mejor, y no por lo que hago, sino por lo que concluyo.

Elena Mistral revisó su teléfono y luego me señaló al puente que teníamos enfrente. Pasaba sobre el río Quino. Tras aventajarlo debíamos virar a la derecha, según nuestro actual sentido de marcha, y avanzar poco menos de un kilómetro en dirección hasta el llamado «primer puente de Verniory». El camino era pésimo, aún peor que el de la ruta por la cual habíamos dejado Salisbury, que al menos tenía dos vías. Por lo contrario, este era un sendero para máquinas agrícolas que se adentraba entre los bosques y montes que crecían sobre las escarpadas riveras del borde sur del río, un caudal modesto pero profundo que serpenteaba en meandros rocosos, pequeñas cascadas y rápidos.

Hacia el poniente, uniendo los bordes de dos mesetas que se alzaban veinticinco metros sobre el cauce, el centenario viaducto ferroviario del río Quino. Anclado en dos estribos, cada uno hecho en

albañilería de piedra, el único brazo del puente atravesaba en una estructura de metal los ciento sesenta y dos metros que separaban un extremo de otro, soportando su peso en tres pilares, dos de ellos alejados por el curso del río y el tercero apuntado en la pendiente de la meseta sur. Las tres pilas se alargaban en torres de treinta metros de altura, desde los cuales se tendían refuerzos piramidales del tipo voladizo o *cantilever*, que a le otorgaban a la obra el aspecto de un puente de suspensión, pero rígido.

Dos de los hombres de Pro Deo permanecían en la punta norte, revisando el estribo de ese punto. Las mujeres de la unidad se movían entre los arbustos al fondo del río, manipulando un pequeño dron que sobrevolaba la estructura metálica, mientras Consolmagno, Viani y otro par de «curas comando» hacían lo propio en el estribo que soportaba el terraplén sur, sobre el cual iban montadas las vías ferroviarias.

Las mismas dos Chevy Suburban que me habían sacado del lago Ranco estaban estacionadas a un costado.

Apenas nos sintió llegar, Audra Viani se asomó tras el terraplén sur y caminó hacia nosotros.

—Volvió —dijo al verme.

—Ese siempre fue el plan.

—¿Watterly?

—A salvo.

—¿El gato?

—¿Qué gato?

—La gata.

Mistral pasó junto a su escudera y se adelantó hacia el cura, que además de astrónomo y agente secreto, ahora también resultó ser experto en ingeniería metálica de fines del siglo XIX.

—Con Watterly —le respondí a Viani, mientras de reojo veía como la agustina jefa hablaba con el jesuita.

—¿Le dijo algo?

—Las gatas no hablan.

—Watterly.

—Lo suficiente.

Consolmagno se acercó a nosotras con Mistral pisándole los talones.

—¿Cómo que este no es el puente? —me preguntó con una expresión que sumaba molestia y confusión en su ceño. Viani se cuadró con su compañero.

—No lo es. Ni el Grial de Haimbhausen ni el meteorito están en este sitio. Menos ocultos dentro de los estribos —apunté a ambos terraplenes—, tampoco fundidos con el acero del viaducto —recorrí con mi índice las vértebras de la bestia—. Cierto —consentí al cura

antes de que me respondiera—. Gustave Verniory tenía los conocimientos para hacerlo, pero optó por otra alternativa.

—El puente El Salto o el Quillén, entonces. No están lejos, hacia el sur, y son casi idénticos —Consolmagno con entusiasmo hacia la jefa.

—Gemelos, salvo por el número de torres en los soportes voladizos —miré hacia el anclaje que tenía sobre mí y que parecía la cresta dorsal de Godzilla, según el diseño japonés del lagarto radiactivo. Visualicé al puente de Forth, donde me había reunido con padre. El viaducto del Quino, también ferroviario, era como una especie de versión en mínima escala del coloso de Edimburgo. Mi padre, el puente, los puentes. Armitage Kingstone Valiant no hacía nada por casualidad. Si había escogido ese sitio era para activar algo en mí, no para ver pasar un portaaviones supuestamente financiado por su organización. Padre me estaba diciendo todo sin decirlo.

—¿Entonces? —Consolmagno se escuchaba ansioso.

—Debemos ir hacia el norte —miré a Elena y a Viani—. Gustave Verniory no escondió el meteorito en uno sus puentes. Watterly tampoco ocultó el cáliz en 1982 en uno de estos —volví a mirar el Quino—. Ambos escogieron al más seguro de todos, al más grande y el que dio inicio a la ruta hacia el sur —respiré—. El puente original, el origen, el primero… el viaducto del Malleco.

VIADUCTO DEL MALLECO, COLLIPULLI, CHILE

72

Guy Consolmagno se apoyó en el borde del mirador y contempló durante un buen rato el puente ferroviario que atravesaba el profundo valle en forma de «uve» que teníamos enfrente. Tras nuestro, la autopista que iba de norte a sur superaba el mismo abismo a través de un masivo puente carretero, ligeramente más bajo que su compañero y sostenido en columnas gemelas ordenadas en tándem. En frente, nuestro objetivo, y al fondo el sol de septiembre desapareciendo tras las montañas bajas de la cordillera de Nahuelbuta. A la izquierda las llanuras del *Wallmapu* con sus columnas de humo y sus laderas llameantes, a la derecha la meseta sobre la cual se alzaba la localidad de Collipulli, un pueblo de casas grandes y viejas, torres de un pasado industrial cada vez más distante y un aroma a conflicto aún más acentuado que la cercana Salisbury. Hacía mucho tiempo que el ferrocarril no cruzaba el mastodonte de fierro que emergía ante nuestros ojos, salvo uno que otro esporádico convoy de carga.

—Será complicado —suspiró el jesuita.

—Es enorme —agregó Audra Viani.

—No lo digo por el tamaño, hermana Viani. Es una atracción turística. Mire a su alrededor —en el otro extremo del mirador, había tres vehículos estacionados con gente tomando y tomándose fotos y *selfies*.

—No hay turismo de madrugada —comenté.

—Pero sí movimiento en la ruta —Consolmagno apuntó al puente carretero. Eso era correcto.

—Se parece mucho a la torre Eiffel —volvió a hablar Viani.

—Es por el tipo de estructura en fierro de la época. Mecánico y

todo expuesto. Si se fija, el puente Quino también se parecía a la torre de París, pero en horizontal.

—Los talleres de Eiffel presentaron un diseño para este viaducto —agregó Elena Mistral—, pero perdieron ante la propuesta más económica de Scheneider et Cie., que además tenían el contrato del resto de la vía. Eso alimentó por años el mito de que esta obra había sido una creación de Gustave Eiffel.

—Wikipedia es útil —respondí yo.

—El ingeniero y diseñador, además —continuó la jefa—, fue el chileno Victorino Lastarria —la monja tenía buena memoria, me consta que todo lo que acababa de decir lo leyó mientras nos desplazábamos desde Salisbury a Collipulli.

—El puente tiene 102 metros de alto y 348 metros de largo, sin contar los estribos a modo de terraplén en ambos lados. De las cuatro torres principales, de norte a sur, la primera y la última tienen 44 metros de alto, la segunda 68 y la tercera, que es la más alta, 76. Hacia los bordes, hay dos columnas menores levantadas a inicios del siglo XX para permitir más peso. —el cura se quedó en silencio, mirando a esas pilastras.

—¿Y las estructuras diagonales, entre las torres centrales y la plataforma? —apuntó Viani, como queriendo más clases de ingeniería.

—Refuerzos estructurales —le respondí yo—. Cuando el viaducto fue terminado en 1890 carecía de esas diagonales, pero entrado el siglo XX, con el aumento de tonelaje de las locomotoras y los vagones, fue necesario instalarlos…

—De otra manera el puente se hubiese venido abajo —completó Consolmagno, mirando aún hacia la pilastra más grande.

—Verniory debió esconder el meteorito en uno de los estribos —apuntó Viani a las estructuras de piedra que se levantaban a ambos lados del puente—, necesitamos descargar los planos del puente —tomó el teléfono y empezó a escribir algo.

—¿Qué hace? —le pregunté.

—Busco cortes esquemáticos de la obra.

—Ya lo hice —no era del todo cierto—. No están —había hecho una búsqueda ligera—. Hay croquis longitudinales y transversales de inicios del siglo XX, de cuando se montaron las diagonales de refuerzo, pero nada de la época de construcción, de 1886 a 1890. Además no necesitamos de los planos.

—¿Cómo que no los necesitamos?

—El meteorito está en el interior del estribo norte —fui categórica.

—Lo dice como si lo supiera —Viani giró hacia mí, molesta.

—Lo sé. Observe, el estribo sur es rígido y está anclado en el borde mismo de la montaña —apunté—. Por el contrario el del norte, que da a Collipulli, es hueco. Alguna vez tuvo dos grandes arcos, más por

estética que por práctica. Cuando a inicios del siglo XX se instalaron las pilastras extras y los refuerzos triangulares —mostré—, se cubrieron los arcos con albañilería en piedra para que soportaran a las nuevas locomotoras —recordé—. Pero como todos pueden ver, dejaron abierta la mitad de uno de los arcos como paso bajo nivel —indiqué— para permitir el tráfico de la antigua ruta para carruajes, que aún se usa —cuando lo dije, una camioneta vieja ascendía por el camino pasando bajo el túnel del terraplén norte del gigante—. Verniory y sus aliados estaban contra el tiempo y el puente ya estaba terminado. Hacia la década de 1890 aún existían los arcos originales, por lo que la estructura interna debía de estar hueca, con bóvedas de aire internas para aguantar la presión.

—Lo que dice Princess tiene sentido —acotó Mistral.

—Es lógico, que no es lo mismo —agregó Viani.

—Estoy en lo correcto. Allá arriba —apunté al terraplén— o allá abajo —hice lo propio con ambos lados del túnel—, debe haber una puerta oculta. Dígale a sus hombres —miré a Audra Viani— que peinen el terreno hasta encontrarla.

Caminé hasta Consolmagno para ver qué era lo que tanto observaba. Abajo, junto al lecho del río Malleco, cuatro de sus hombres estaban de pie alrededor de la base de la pilastra más alta del puente. Uno de ellos, una mujer, operaba un dron alrededor de la torre.

—Piensa volarla, ¿verdad? —le pregunté—. Eso también hacían en el puente Quino. Un explosivo menor en el soporte más alto y el resto, la gravedad.

—No hay otro modo —justificó el cura.

—Escándalo para distraer.

—No hay otro modo —repitió la justificación.

—Curioso —comenté—, el mundo tiene más vueltas que una oreja.

—¿Por qué lo dice, Princess?

—¿Qué tan bien conoce la historia de este país?

—Lo suficiente.

—Mañana, dentro de unas horas —miré las primeras estrellas que aparecían en el cielo—, será 11 de septiembre. Imagino que sabe lo que esta fecha significa para este país.

Guy Consolmagno torció una mueca y volvió a mirar hacia sus hombres. Allá abajo, el silencioso insecto de seis rotores, controlado por una de las integrantes de la Guardia Suiza, zumbaba entre los fierros del que alguna vez fuera el puente ferroviario más alto del mundo.

TEMUCO,
CHILE

MIÉRCOLES 11 DE SEPTIEMBRE

73

Dos y media de la mañana y una helada congelante caía sobre la capital de la Araucanía. A pesar del cambio de estación y los recientes días de sol y sequía, las madrugadas seguían siendo duras. De un frío seco y cortante, para valientes, como solían decir los más viejos.

El mayor Casanova abrió la puerta del patio del cuartel y caminó hacia el cobertizo donde estaban protegidas las unidades motorizadas del Grupo Especial Táctico de la Araucanía, GETA de acuerdo al escudo bordado en la espalda del chaquetón que llevaba encima. Mientras avanzaba hacia los vehículos, sacó un cigarrillo y lo encendió. Necesitaba fumar, pero ya no se podía fumar en ninguna parte, ni siquiera estando en servicio. Recordó cuando era niño, su padre y los amigos de su padre, también oficiales de Carabineros de Chile solían llenar todo de humo, desde las oficinas de los cuarteles, hasta las habitaciones de las casas, incluso las salas de clases durante las reuniones de apoderados. Pero ahora las cosas habían cambiado, algunas para peor. Era falso, pensó el mayor Casanova, eso que el futuro traería mejores cosas. El futuro en que él vivía solo acarreaba prohibiciones y un hipócrita sentido de lo políticamente correcto. La dictadura de las minorías, de los indios, las putas, los liberales, maricas, animales y degenerados como solían decir sus subalternos, idea que por cierto él compartía.

El sargento Almeida también fumaba, apoyado en la tanqueta anfibia Mogwag Piranha 6 x 6 que él mismo conducía y que hacía solo un par de días estuvo operando al interior de la zona de Ercilla, persiguiendo a los supuestos culpables del incendio a un camión maderero. Nada había sido probado y ningún posible culpable capturado, como ya era habitual desde que el gobierno decidió

implementar la unidad blindada para perseguir a los terroristas mapuche, una operación que buscaba replicar el éxito de los llamados Comandos Jungla que por años combatieron a la insurgencia en Colombia. Pero Chile no era Colombia y las comunidades originarias de la Araucanía no tenían la organización vertical de una guerrilla sistematizada. Podrían no tener el poder de fuego de sus supuestos símiles, pero lo desordenado de su actuar y el carecer de cabezas visibles hacía imposible su cacería. Casanova era un hombre de formación militar, pero también realista. Dominaba la zona, se había criado toda su vida en Angol antes de partir a su instrucción en Santiago. Sabía que el conflicto con los indios no tenía solución y los huincas, los blancos como él, estaban condenados a perder. La región estaba ardiendo y solo era el comienzo. Las llamas más temprano que tarde alcanzarían Temuco y nadie estaba preparado para ello.

—Está helado —comentó Casanova a Almeida, quien se puso firme apenas lo vio aparecer.

—Mi mayor.

—Descanse, Almeida —y sacó otro cigarrillo.

—¿Fuego? —le ofreció su superior.

—Gracias, mi mayor.

—¿Todo bien con la máquina?

—Recibió unos escopetazos —le mostró las marcas en el morro de la tanqueta—. Nada importante.

—¿Cuándo y dónde tiene su próxima patrulla?

—El jueves, mi mayor, de Lautaro al interior. Esto no para, están quemando toda la región.

—Y no va a parar…

—¿Usted cree, mi mayor?

—Estamos en guerra, Almeida. Una guerra desordenada y sin generales al otro lado. Créame, sé de lo que le hablo. Este tipo de conflictos son los más duraderos. Atrapas una cabeza y salen cuatro. Atrapas esas cuatro y aparecen dieciséis. Una escalada.

—Así es el terrorismo, mi mayor.

—A veces me pregunto si esto es realmente terrorismo.

—¿Por qué lo dice?

—Por nada, Almeida —suspiró el oficial y una voluta de vapor abandonó su boca—. ¡Mierda que hace frío!

Un fuerte portazo hacia la entrada del cuartel hizo que ambos hombres interrumpieran su plática. Un uniformado joven corría hacia ellos, con un teléfono en la mano.

—¡Mi mayor Casanova! —gritaba el cabo Pailahueque.

—¿Qué pasa, Pailahueque, tanto escándalo? —respondió el jefe de la unidad, recordando, mientras veía a su subalterno, esa verdad que la mayoría prefiere obviar: la mayoría de los mapuche de la región son

de derecha, incluso pinochetistas.

—Mayor, mayor —el suboficial estaba muy inquieto—, recibimos una llamada anónima, una denuncia…

—Tranquilo, cabo, hable —gruñó Casanova. Almeida se acercó a la conversación.

—Van a volar el puente Malleco, mayor… Ahora mismo.

Casanova retrocedió hacia atrás y miró la fecha en el calendario de su reloj de pulsera.

—Indios hijos de puta —pronunció en voz baja.

VIADUCTO DEL MALLECO, COLLIPULLI, CHILE

74

Luca Discalzi, uno de los hombres de la unidad de Viani y Consolmagno, fue quien encontró la escotilla. Tal como habíamos supuesto con Mistral, esta se encontraba oculta bajo los durmientes en el borde de terraplén del estribo norte del viaducto, a pocos metros de donde comenzaba la estructura metálica que cruzaba el valle del Malleco. Las cuatro y tres minutos de la mañana y una helada espantosa caía sobre nosotros, como filosas púas de un hielo invisible. Frío que a una centena de metros más abajo, en el abismo del río, se condensaba y arremolinaba en la forma de una neblina densa que subía por los pilares del viaducto. Hacia el sur y el oeste, los resplandores de las pocas quemas que sobrevivían al gélido nocturno. Con el sol, el *Wallmapu* volvería a arder y quizás hasta quemarse por completo.

Usando una púa de hierro, Discalzi y otro de los miembros de la Guardia Suiza rompieron los viejos durmientes, para luego remover la tierra que separaba la superficie del estribo de la pequeña escotilla metálica, similar a la de un submarino. Caminé hasta el borde mismo del terraplén y miré.

—No ha de estar muy profundo —comenté.

—¿Por qué lo dice? —replicó Mistral, agachada ante la trampilla de metal, concentrada en el modo en que Discalzi metía la barra de acero en la cerradura.

—La posición de la escotilla —justifiqué—, está justo por encima del arco del túnel que atraviesa el estribo. No son más de cinco o seis metros —calculé.

—Verniory tenía prisa.

El cura subordinado de Audra Viani cargó con el peso de su cuerpo hacia abajo, haciendo cuña sobre la cerradura hasta conseguir romperla.

—*Aiutami, per favore, pater* —le pidió Discalzi a Consolmagno. El jesuita acudió junto a otro de sus hombres. Entre los tres cruzaron la estaca bajo la barra que había al centro de la portilla y la levantaron. Los años, la erosión, las heladas y el óxido habían sellado los bordes metálicos y se necesitaron de repetidos intentos para alzar la puerta, que quejándose como un cetáceo moribundo se abrió hacia fuera.

—Si viene un tren ahora, vamos a matar a mucha gente —comenté con los ojos dirigidos hacia las vías que se perdían oscuras en dirección al sur.

—¡Qué asco! —exclamó Viani, tapándose las narices tras mirar al interior de la toldilla.

Consolmagno encendió una bengala y la arrojó dentro del túnel. Al llegar abajo se produjo un eco resonador que descubrió un lugar de dimensiones amplias al interior del terraplén de piedra.

—Tiene razón, Princess —apuntó, mientras me acercaba a observar —, no son más de cinco metros y allá abajo hay una cripta bastante grande.

—Es una cavidad estructural —me acerqué—, debió construirse para darle liviandad a las piedras y así evitar que el cruce bajo nivel no colapsara por su propio peso. Fueron inteligentes, aprovecharon esta característica en el diseño para ocultar lo que sea que ocultaron allá abajo.

—Hermana —indicó Consolmagno a Mistral, mostrándole los peldaños de fierro anclados al borde del túnel de acceso.

—¿Eso resistirá? —preguntó la anciana.

—Están bien fijados y, si quienes descienden son livianos, no creo que haya problemas.

—Además, en caso de caída, no son cien metros —agregué, pensando que era un chiste. A nadie le hizo gracia.

Elena Mistral giró hacia Viani y a mí.

—Princess, Audra, vengan conmigo. Usted —miró al cura— quédese arriba con la guardia.

Consolmagno le entregó a Audra un par de bengalas de luz y una linterna que ella montó en la punta de su fusil de asalto.

—Yo voy primero —dijo ella, arrojando una de las antorchas dentro del túnel—, luego viene usted hermana. Princess —me vio a los ojos—, espere a que las dos estemos abajo para descender.

—Usted manda —le guiñé un ojo.

Me froté los brazos contra mi cuerpo. En verdad, maldecía andar vestida como muñeca. El sur de Chile era helado, con un frío seco, y no hay temperatura baja más insoportable que el frío seco. Y sé de lo

que hablo, estuve en la Antártica.

Audra Viani se sujetó firme del borde de la escotilla y comenzó a bajar despacio, pasando con cuidado una pierna tras otra y repitiendo el proceso con los brazos, bien agarrada del metal de la escalinata.

—Es firme, pero aún más hediondo que afuera —gritó—, resistirá. ¡Padre Consolmagno —se dirigió al cura—, antes de que la hermana Mistral baje, arrójeme la estaca de hierro!

El jesuita se asomó a la escotilla y le pidió a Audra Viani que se pusiera a resguardo. Luego arrojó la barra de metal, que al tocar el fondo resonó como la campana de una catedral.

—Señora —le indiqué a Mistral, ayudándole a sujetarse de los bordes.

Esperé a que bajara un par de metros, para ingresar a la cueva.

—Soy liviana —respondí a los reparos de Consolmagno—, cincuenta kilos.

Audra Viani tenía razón. El olor dentro de la cavidad era asqueroso. Mezcla de humedad, frío y años sin aire, además del polvo en suspensión, que realmente era insoportable. Había pensado que mis años en Berlín me tenían acostumbrada al polvo, pero imposible. Jamás me voy a acostumbrar, no quiero hacerlo. Entremedio de las piedras heladas se arrastraban babosas, gusanos y otros bichos repulsivos. De niña, me gustaba leer historias clásicas de miedo, cuentos de fantasmas, vampiros y hombres lobos; en todos esos relatos las guaridas del monstruo eran habitadas por alimañas similares a las que reptaban por las paredes que nos rodeaban.

—Espero que la victoria en su guerra valga la pena por esta asquerosidad —le reclamé a Mistral, que ya estaba a punto de llegar al fondo, donde Viani aguardaba con la linterna apuntando hacia nosotras.

—No quiero desatar una guerra, solo desafiar a los que creen mandar este mundo.

—Pues eso es una guerra.

Viani ayudó a su jefa a acomodarse al fondo. Les pedí que se apartaran y brinqué los dos metros que me separaban del piso.

La bóveda se extendía hacia la izquierda mediante un pequeño portal clausurado con una puerta de madera y cruceros metálicos. La entrada se encontraba al interior de un marco de piedra alzado a unos treinta centímetros del suelo. No demasiado grande, había sido diseñada para obligar a un hombre de estatura mediana a arrodillarse para ingresar.

—Va a tener que ayudarme, Princess —señaló Viani, atravesando la estaca en la rendija de la puerta, trabada con una cadena y un candado—. Espero tenga fuerza.

—Soy laxa, me temo que seré inútil.

—Entre las tres podemos lograrlo —insistió Mistral.

—Ok, hermana, coja la barra por el medio. Yo delante suyo y usted —me miró—, el otro extremo. Confiemos que el óxido haya hecho su trabajo.

Y el óxido había hecho muy bien su labor. Tanto que bastó una sola carga hacia abajo, usando el peso de tres mujeres, para que dos eslabones de la cadena reventaran. El resto fue aún más sencillo. Audra quitó el candado, luego el resto de los grilletes, y usando la misma estaca a modo de palanca, metió la punta en el borde de la puerta y empujó. Crujiendo sus maderas podridas y fierros oxidados, la entrada cedió.

Primero fue lo nauseabundo, luego la humedad y seguido los chillidos de ratas, que veloces se escucharon trepar por las paredes. Viani empujó la hoja enclenque hasta abrirla por completo. En seguida, quitó la linterna de la punta de su arma e iluminó el interior. Pero no alcanzamos a ver nada de lo que allí había.

Un grito y luego ráfagas de ametralladora.

—¡Mierda! —solté mirando hacia atrás.

—¡Princess, quédate con Mistral! —ordenó Audra, a la vez que me pasaba la linterna y seguía rápido hacia la superficie, de donde provenían los alaridos y tiros.

Justo cuando Audra consiguió asomarse al exterior, un viento fuerte arremolinó el polvo en suspensión. Escondí la vista, enceguecida por la oscuridad y el resplandor potente que caía desde arriba.

—¡Suya! —le pasé la linterna a Mistral— ¡Espere aquí!

Brinqué hacia el primer peldaño, escalando aún más rápido que Audra hacia la escotilla, con los ojos cerrados para no quedar ciega por el foco que apuntaba desde la proa de un helicóptero.

—¡¿Qué hace acá?! —bramó Audra al verme emerger de la trampilla.

—¡No iba a quedarme allá abajo!

—¡¡¡Estamos rodeados!!! —gritaba Consolmagno, ordenando un perímetro junto a Audra y tres de los Pro Deo alrededor de la escotilla.

La desventaja numérica era considerable. En el borde de la línea férrea se había estacionado una tanqueta, desde la cual disparaban al menos tres soldados, mismo número que avanzaba desde el sur a trote seguro por sobre la estructura del viaducto. Sin contar al helicóptero que iluminaba y confundía desde el cielo. Me agaché para observar mejor. El panorama se iba a complicar mucho más. Dos carros blindados, idénticos al que cortaba las vías en dirección a Collipulli, se aproximaban por el camino de tierra que cruzaba bajo el arco del estribo norte.

—¡¡¡Fuerzas especiales de Carabineros, la policía uniformada de

Chile!!! —indicó Consolmagno.

—¡Sé quienes son los Carabineros, he tratado con ellos!

—¡Policía con tanques y artillería pesada! —gritó Viani, tirando directo a los pies de un soldado que apareció por el costado derecho del terraplén.

—¡¡¡GETA, Grupo Especial Táctico de la Araucanía —le informé—, un comando ofensivo creado por el gobierno para combatir el supuesto terrorismo mapuche de la zona!!! ¡Los incendios que hemos visto en estos días!

—¡Un gobierno muy bueno para dialogar! —ironizó Viani, que era certera detrás de una subametralladora.

—¡La verdadera forma de la derecha conservadora chilena! ¡Paranoia absurda de infiltraciones de guerrilla, tan marxista como imaginaria entre las comunidades indígenas de la zona! ¡Han de estar felices con nosotros!

—¡¿Por qué lo dice?!

—¡Porque al fin tienen una guerra de verdad!

—¡¿Cómo llegaron hasta acá?! —Viani miró a Consolmagno.

—¡Les avisaron!

—¡Alberto Edmunds... sus tentáculos está infiltrados en las fuerzas armadas! —sostuve.

—¡También pudo ser su amigo Watterly! —devolvió Audra, mientras una bala impactaba a centímetros de mi bota derecha.

—¡No lo fue…!

—¡Usted debería tomar una ametralladora! —me desafió de vuelta.

—¡No uso armas de fuego!

—¡Sea útil, entonces!

—¡Estoy esperando para serlo!

Me arrastré hasta el borde para analizar mejor el escenario. Como era obvio, desde la proximidad del puente carretero los eventos que sucedían hacia el poniente habían llamado la atención. Brillos, explosiones y luces de un helicóptero policial sobrevolando los terraplenes de la mayor atracción turística de la zona; no era algo frecuente. Una fila de autos, camiones y buses interurbanos se habían detenido en la plataforma del viaducto continuo y bajo la luz del mirador y de los propios vehículos podían distinguirse las siluetas de un centenar de curiosos, acomodándose hacia la baranda oeste para mirar lo que ocurría. Mejor que una película, mucho mejor.

Repté al borde del estribo y enfoqué hacia el abismo. Más tropas tácticas subían colgadas de las piedras de la meseta artificial. Pese a la bruma, más pesada con el avance de la madrugada, las sombras y las cuerdas delataban su presencia. Conté al menos ocho comandos. No era la única novedad.

—¡Vienen más por la izquierda, están ascendiendo! ¡Son ocho!

—¡Guy…! —pronunció Viani.

Consolmagno acercó su intercomunicador y pronunció el nombre de una mujer llamada Creszencia.

—¡*Fallo adesso*! —ordenó.

La voz de Creszencia le pidió que repitiera el mandato.

—¡¡¡*Fallo adesso*!!! —volvió a decir el jesuita. Luego agarró su fusil de asalto y apuntó al helicóptero que regresaba contra nosotros. Una ráfaga corta y el faro que colgaba del frente de la nave voló en pedazos. De un segundo a otro la madrugada volvió a quedar a oscuras, salvo por los ojos brillantes de las linternas de mano y por un resplandor violeta que empezaba a distinguirse hacia el oriente, por encima de las cumbres más elevadas de la cordillera de los Andes.

El destello fue ligero e inmediato, como una chispa reflejada en la bruma que cubría el lecho del río. Luego subió veloz por la torre más alta del viaducto, haciéndola tambalear como la pierna quebrada de una jirafa hecha de fierros centenarios. Después el sonido, un trueno ensordecedor que ascendió desde la profundidad del valle hasta lo más alto de la plataforma del puente.

75

Fueron ocho explosiones coordinadas. Las cuatro primeras cargas estallaron a cinco metros de la base de la torre más alta del puente; las otras en el ángulo donde se encontraban los refuerzos triangulares que unían la plataforma con el pilar. A cinco metros de donde yo me encontraban, las uniones de los fierros con estribo norte reventaron por el cambio de peso y la presión ejercida, después vino un crujido y una sacudida de la estructura entera. Entre la niebla contemplé cómo la pierna más elevada del puente ferroviario se quebraba por el centro, una fractura directa en la rodilla, doblándose una mitad hacia el poniente y la otra al oriente. El coloso se desplomó y se llevó con él la mitad entera del viaducto en un ruido atronador, como si el mundo se estuviera partiendo. Polvo, tierra, neblina, agua y acero acarrearon en la caída rocas; comandos de la policía uniformada y la tranquilidad de la noche araucana.

Todo lo que nos rodeaba reaccionó al caos. Clamor colectivo desde el puente carretero, repleto de testigos; un par de choques en ambos extremos de la plataforma e incluso un camión dio vueltas su acoplado al ser alcanzado por la onda de choque de las explosiones. El helicóptero de la policía, ciego y sacudido por un puñetazo de aire caliente, se precipitó contra el abismo del río Malleco, desapareciendo

entre la neblina y el polvo que se extendía a los pies del lugar donde antes se había levantado la colosal estructura metálica.

Atontados por el ruido y la confusión provocada por la desesperada acción de Consolmagno, nos costó volver a la acción. Ambas facciones estaban tiradas sobre el terraplén, tratando de juntar las piezas de lo recién sucedido. Vi que Viani se levantó, mientras buscaba su arma, perdida por el rebote de la voladura. Poco a poco la oscuridad de la noche comenzaba a aclararse, colgada de un sol que ya despuntaba hacia oriente. Noté una sombra que caminaba hacia Viani, con una pistola firme sujeta en su mano. La monja no podía verla desde donde estaba ubicada. Tensé mis músculos, apreté mis piernas y caderas y enfoqué mis ojos para lograr distinguir hasta el menor movimiento. Me arrodillé un segundo para flectar mis extremidades y de esa manera usarlas como un resorte para brincar hacia el atacante de la monja. Aproveché el arco de mi vuelo para sacar la bayoneta de mi bota izquierda y caí como un ave de presa sobre quien estaba a punto de dispararle a Audra. La hoja de la bayoneta le atravesó el pecho al uniformado, quien cayó tendido a los pies de la secretaria de Elena Mistral.

—No me dé las gracias —le dije quitando el estoque del cuerpo del policía.

—¡¡¡Lo mató!!! —me gritó la agustina sin agradecerme.

—O era él o era usted… Además yo no soy monja ni cura. En este grupo tengo permiso para matar…

Podría haberle dicho algo más, pero esta vez yo fui la sorprendida.

—¡¡¡Princess!!! —gritó Audra.

Un brazo pesado rodó desde mi espalda al lado izquierdo de mi cara, golpeándome tan fuerte que salí despedida hacia la derecha del terraplén. Tuve que usar mi arma para aferrarme y así evitar resbalar hacia el abismo. Mientras me reponía, vi de reojo que, en la meseta sobre la cual se emplazaba el pueblo, habían aparecido linternas y siluetas. Volví a mi delantera. Una figura negra y enmascarada, gruesa y lenta como una criatura antediluviana, caminaba hacia mí. Llevaba un arma automática de asalto cruzada en la espalda, un cinturón con un puñal corvo y una pistola corta. Apretado en el puño enguantado de su mano derecha, movía una porra de madera con incrustaciones de metal. Si me hubiese dado con esa, no estaría aquí para contarlo. Me limpié la sangre del labio y me puse de pie, cruzando la bayoneta en la defensiva. Estaba en desventaja. Delante el enmascarado que movía su barra de golpe hacia mí, detrás una caída de más de cincuenta metros.

—Volvemos a encontrarnos, Valiant —reconocí la voz.

—Vázquez —respondí en voz baja.

La capitana usó su mano izquierda para quitarse la capucha y el

antifaz de combate. Volvió a verme con esa mirada desquiciada suya. Recordé el catre, su voz, su boca, su lengua, sus manos, sus uñas, sus instrumentos; el dolor, la humillación, el asco.

—Tenía otros planes para nuestro reencuentro —hostigó Oriana Vázquez—. Rompiste mi corazón y el de mis perros. Ellos tenían muchas ganas de conocerte.

Sacó su lengua e hizo un gesto obsceno con ella, chupando el borde superior de su porra.

—Pero bueno, tan malo no puede ser esto. Pedí quedarme con tu cadáver —me informó, mientras levantaba su brazo y de un rápido movimiento trazaba una curva en contra mío.

Me tiré de espaldas para que la barra de metal y madera no me alcanzara. La capitana era vieja, pero también más pesada, y estaba en una posición de ventaja. Yo solo podía eludirla, si intentaba otro movimiento me despeñaba.

Dos veces más intentó volarme la quijada con un golpe de su bastón y, en ambas ocasiones, a pesar de mi pésima posición, logré eludir su ataque de dinosaurio encorvado. Vieja infame, sabía cómo adelantarse a cada empeño mío. Daba un paso al frente, mismo que yo replicaba hacia atrás. Los tacos de mis botas soltaban piedras que rodaban por el borde al abismo.

Anciana y dominada por sus odios y fantasmas, Oriana Vázquez, la bestia que asesinó, ultrajó y humilló a cientos de mujeres durante la dictadura de Pinochet, no podía eludir al más evidente e implacable de todos. Ya no tenía treinta años, ni siquiera cuarenta o cincuenta. Y a pesar de su entrenamiento y la forma en que se mantenía a pesar de su edad, el cansancio le ganaba la carrera. Ese era mi juego. Ella tenía claro que debía reducirme lo más rápido posible. La claridad lívida del amanecer me descubrió el temblor de sus labios. La incapacidad de hablar y pelear al mismo tiempo y las copiosas gotas de sudor que le caían de la frente, revelaban mi punto a favor. Ya no era más que un dragón decrepito.

Un movimiento mal dado y la pierna izquierda me traicionó como si tuviera vida propia. Tampoco me estaba volviendo más joven y me vi obligada a usar mi brazo derecho, el de la bayoneta, para evitar caerme y rodar hacia mi verdugo. Error que ella aprovechó para levantar la porra y dejarla caer con fuerza contra mi hombro. Antes de que las esferas de acero de la punta del arma dieran contra mi piel, conseguí alzar la bayoneta y evadir el golpe, solo para que ella girara a su derecha e intentara un nuevo embiste para el cual, dada mi posición, no estaba preparada.

Justo cuando buscaba la mejor manera de aguantar el golpe, un disparo me sacó del ensimismamiento. Oriana Vázquez se agachó de dolor, soltando su porra por un segundo. El tiro le había dado en el

estómago. Aunque el blindaje de kevlar de su uniforme de combate, idéntico al del resto de las unidades tácticas, evitó que el proyectil le perforara las vísceras, la fuerza del golpe y el dolor del impacto la derribaron en dirección opuesta a la mía.

Por segunda vez Audra Viani me había salvado la vida.

Aproveché para tensar mis piernas y recuperar mi guardia impulsándome hacia arriba. Giré la bayoneta y busqué a Oriana.

—¡Yo me encargo de ella! —me interrumpió Viani—. ¡Usted vaya por la hermana Mistral. Saquen lo que sea que haya ahí dentro. Con Guy y el resto de la unidad aseguraremos el perímetro alrededor de la escotilla! —la miré—. ¡Hágalo! —me ordenó.

Empuñé la bayoneta y, eludiendo el fuego cruzado, brinqué dentro de la trampilla. Bajé saltando de dos en dos las escalinatas. El interior del pozo también había sido alcanzado por los efectos del derrumbe del viaducto. Incluso los últimos dos peldaños de metal se habían desprendido de una de sus uniones y colgaban hacia el suelo.

La luz en la cámara principal me indicaba que, al menos, Elena Mistral continuaba viva. Di un rebote al fondo e ingresé a la cámara interna. La monja estaba sentada en una esquina, con la linterna de Viani en el suelo y la bengala de luz al medio, iluminando la pequeña bodega completamente vacía.

—Nada —dijo Elena Mistral al verme entrar—, acá no hay nada — me reflejé en sus anteojos polvorientos.

76

No era cierto que no hubiese nada en la bóveda. La cripta estaba vacía, pero en la pared del fondo destacaba un sobre relieve marcado con fuego encima del metal del muro. Levanté la linterna y me acerqué a mirar los detalles. Aunque la pintura estuviera descascarada, lo allí grabado no solo era reconocible, sino indiscutible en su finalidad. Un triángulo formado por tres cruces: una cruz solar en el vértice superior, por encima de dos cruces de Malta en los ángulos inferiores, ambas en perfecta línea recta. La cara de una piramide marcada por un trío de cruces, dos de las cuales parecían proteger a la única distinta, la circular. ¿La mesa redonda?

—Cruces templarias —volteé hacia Mistral.

—Cruces de Malta —respondió la monja, decepcionada.

—Formando un triángulo con una cruz solar al centro.

—Una cruz celta, baratijas —escupió de vuelta.

—Es una señal —acentué—. Acá no hay nada, eso es cierto —la miré y luego volteé hacia la figura—, pero esto es un mapa, una indicación. La Mesa Redonda de la Royal Alpha, ¿que no la ve?

Elena Mistral se puso de pie.

—Solo una trampa.

—No… —suspendí—, Watterly dijo… —pero no alcancé a terminar cuando escuché un ruido rápido seguido de un quejido lento. Mistral, de pie, en la entrada de bóveda y detrás suyo Oriana Vázquez con el brazo recto contra la espalda de la directora del proyecto Metatrón.

Una gota de sangre resbaló por la comisura de los labios de la monja. La punta de lo que fuera que tenía atravesada a Mistral resplandeció hacia mí. Una mancha oscura comenzó a mojar el vientre de la agustina, por sobre la entrepierna.

—Yo… —balbuceó destruida por dentro.

Las piernas viejas le temblaban. Elena Mistral solo se mantenía de pie porque la capitana la tenía sujeta. Vázquez asomó su cabeza tras los hombros de la superiora y, curvando su boca amarillenta, me ordenó:

—La bayoneta.

Obedecí. Tiré mi arma al suelo y la pateé hacia ella.

—Prin… cess… —tartamudeó Elena moribunda.

Vázquez movió el brazo y sacó del interior de la religiosa su cuchillo corvo grande, terminado en una pronunciada curva en forma de garra. Elena Mistral no estaba muerta, pero la hoja le había perforado el estómago y las vísceras, rompiendo arterias, hígado y quizás los pulmones. No le quedaba mucho y aún me debía una promesa.

Liberada del cuchillo y la fuerza del brazo de Vázquez, Elena Mistral se desplomó. Corrí hacia ella.

—Yo… —trató de hablar.

—Una trampa —pronunció Vázquez—. Pensamos que una monja tan llena de secretos iba a ser más astuta y no limitarse a seguir pista tras pista. ¿Conoces el cuento de Hansel y Gretel, Princess? —no le respondí—. Dejamos las piedrecitas en el camino, solo para terminar con la rebelión y volver al orden de las cosas, como siempre debió ser —miró a Mistral—. A propósito hermana, fue bueno volver a verla. Extrañaba nuestras largas conversaciones, aunque ahora ni siquiera tuviésemos tiempo para saludarnos —miré a la agustina—. Por supuesto, Valiant, creo que Elena Mistral no te ha contado la historia completa, creo que te gustaría saber que…

El balazo fue amplificado por la forma y la composición de la cripta, rebotando en nuestros oídos hasta dejarnos sordas por un instante. Cuando volví a mirar hacia la puerta vi a la capitana con la cara abierta por un agujero que le había explotado la mitad izquierda a la altura del ojo. La verdugo que alguna vez trabajó para la DINA y la CNI de Pinochet cayó rígida sobre su vientre.

Audra Viani surgió al fondo de la trampilla, con una pistola apretada en su mano derecha.

Mi atención seguía con Elena Mistral.

—Usted no se va a ir antes de cumplir su promesa…

—Prin… cess… —la vieja me agarró la mano, tratando de hablar.

—Mistral no va a decirle nada —interrumpió Viani—. Ella no tiene idea quién es su madre, nunca lo supo. Inventó todo para traerla a Chile y que la ayudara en su absurda cruzada. Su propio plan para destruir a la iglesia por dentro… Una iglesia que ya está acabada.

—¿De qué habla?

Elena Mistral apretó sus dedos en los míos.

—La mujer que tiene en sus brazos es tan criminal como la que acabo de matar. Le mintió y nos mintió. Usó a Metatrón para poder manejar a Pro Deo a su antojo. Mi iglesia está muerta, pero sigue siendo mi iglesia y aún creo en ella. Nos condujo a esta trampa. Una mártir… No hay una Diosa, pero sí una mártir.

Miré a Mistral.

—Ella ordenó matar a Kenya… Elena Mistral coordinó a través de Oriana para que Meztli y Casampere asesinaran a tu novia.

Sentí mi brazo temblar con rabia. Miré a ambas religiosas. La joven y la anciana.

La vieja lloraba mientras no paraba de desangrarse.

Audra Viani metió su mano al interior de su armadura de kevlar y sacó su teléfono. Movió su dedo índice derecho sobre la cubierta del aparato que dejó en altavoz el registro de una llamada.

—Miércoles 7 de agosto, desde Bagdad —identificó—, hace poco más de un mes. No tengo que recordarle lo que sucedió esa misma noche en Berlín.

Audra Viani presionó *play* en la grabación de voz.

«Ordénele que proceda», se escuchaba la voz pausada de Elena Mistral. «Sí, esta misma noche, cuanto antes mejor. Hay que golpear a Princess Valiant donde más le duela. Primero ustedes la dañan, luego yo la quebraré». «Meztli es buena y le gusta trabajar con quienes le dan libertad a sus vicios, usted entiende», respondía Vázquez a lo que la agustina continuaba: «Tengo muy claro que estoy desatando una fuerza de la naturaleza, me hago cargo de ello, soy la única responsable. Ella vendrá conmigo, he sabido dejar un rastro para que me encuentre. No, no me matará porque no podrá negarse a la oferta que le haré». «No, no es un trato económico. A ella le interesan otro tipo de intercambios. Hay algo que Princess Valiant quiere y que solo yo puedo darle. Una respuesta». «Viani no sabe nada, mejor así».

Audra apagó el teléfono y lo guardó bajo su armadura.

Mistral me apretó la mano, aferrándose a la vida.

—Guy consiguió una brecha… La policía está confundida esperando refuerzos, aproveche de escabullirse antes de que amanezca por completo. Si necesita…

—Sé donde encontrarla —le contesté.

ESTACIÓN SALISBURY, CHILE

JUEVES 12 DE SEPTIEMBRE

77

Dos enormes helicópteros militares, seguidos de uno más pequeño de la policía uniformada, tronaron a baja altura por encima del centro de Salisbury, en inmediata coreografía con Audra Viani, que apareció en la puerta del hotel Royal. La monja miró al cielo y luego, tras ubicarme en la vereda de enfrente, cruzó la calle. Vestía de civil, con un atuendo que nunca había visto en ella, pero que evidentemente la acomodaba. Pantalones de mezclilla sueltos, zapatillas deportivas y un suéter negro de cuello alto. Creo que por primera vez desde que la conocía se había soltado el cabello. Lucía una melena bien recortada y con flequillo sobre los ojos, que la hacían verse bastante más joven que sus treinta y siete años y muy distinta a la estricta religiosa que había conocido en Madrid, hacía ya casi dos meses. Yo ni siquiera me había lavado. El rostro lastimado y arañado, manchas de tierra, las medias rotas a la altura de la rodilla de la pierna izquierda, la falda empolvada y trazas de barro en la chaqueta de cuero. Mi camiseta blanca no era blanca y líneas también de barro atravesaban en diversas direcciones sobre la bandera de Inglaterra estampada en mi pecho. En el actual estado de las cosas no llamaba tanto la atención, no era la única que parecía un muerto en vida. Recogí mi cabello para verme más ordenada y cubrí mi mirada con anteojos de sol. Identidad secreta para una identidad secreta.

Mientras contemplaba cómo Viani se acercaba, extendí hacia ella el ejemplar del diario local que había comprado apenas puse un pie en el pueblo.

—Batalla del Malleco —leyó Viani, en voz alta, la portada del periódico—. *Las Noticias de Malleco* —identificó.

Le regalé el ejemplar y la invité a seguirme en dirección a la Plaza

de Armas.

—Preferí el periodismo local a lo que informaran los diarios de Santiago, que ni siquiera han podido llegar al sur —le dije.

—Revisé internet a primera hora. Creen que se ha declarado una guerra.

—El gobierno de derecha que rige este país ha de estar celebrando, les regalamos un nuevo 11 de septiembre… Y los fascistas de esta zona, descorchan champaña envalentonados ante una justificación absoluta para continuar financiando sus Fuerzas Especiales.

—¿Qué dice el periódico? —levantó el ejemplar de *Las Noticias de Malleco.*

—Lo mismo que la radio e internet. Guerrilla centroamericana de izquierda buscando la reivindicación territorial de los mapuche —resoplé—. También dar una señal política contra la derecha, de ahí que escogieran una fecha tan simbólica…

—No escogimos nada, fue casual.

—¿En serio?

Viani prefirió quedarse callada.

Esperamos el cambio de semáforo. La Plaza de Armas de Salisbury estaba repleta de gente leyendo diarios, revisando teléfonos y muchos policías uniformados. La mayoría pidiendo identificación a personas que se vieran sospechosas, en general con vestimentas pobres y piel muy oscura. Este país puede ser muchas cosas, pero sobre todo es clasista de una forma tan humillante como impresentable.

—Las cinco de la tarde —Audra miró la hora en su teléfono—, llegué a pensar que no había logrado salir de Collipulli.

—Salir no fue lo complicado. Digamos que andar vestida así facilitó las cosas —me miró—. Esperé un rato dentro de la cripta del puente y cuando me asomé al exterior me arrastré hasta el extremo del terraplén con más matorrales y salté hacia ellos… Las ramas me arañaron y rasguñaron lo suficiente como para justificar mi posterior aparición llorando y pidiendo ayuda a la policía. Inventé que era turista, hablé más inglés que español. Me llevaron a un cuartel para curarme las heridas. La cantidad de gente desesperada cubrió mi escape. A las siete y media de la mañana estaba de regreso en la camioneta, que seguía aparcada donde mismo, con un par de infracciones que la oficina de renta en Santiago se encargará de pagar.

—Siete horas…

—Ustedes alcanzaron a salir antes. La policía y el ejército bloquearon el puente carretero y la autopista principal. Desviaron el tráfico por rutas secundarias. Llegué a Salisbury desde la costa. El camino era malo, la fila de vehículos eterna y mucho control, tanques y patrullas cada tanto, velocidad media de 30 kilómetros por hora —la miré—, pudo ser peor.

—¿Mistral? —fue directa.

—Murió poco después que usted se largara.

—¿Poco?

—Y sin dolor…

—Se le va a pagar todo lo que se le debe. Tengo sus datos bancarios, no tiene de qué preocuparse.

—No me preocupo.

Caminamos en silencio hasta una banca ubicada muy cerca de donde había estacionado la Dodge Durango.

—¿Necesita darse una ducha, descansar algo?

—No se preocupe, el viaje a Santiago será igual de largo y quiero llegar lo antes posible…

—Necesito su teléfono —me detuvo.

—¿Qué quiere de mi teléfono?

—Solo pásemelo.

Le obedecí. De los dos celulares que seguía llevando conmigo a modo de *burner phones*, escogí el iPhone. Ella buscó su aparato y lo acercó al mío. Vi que tocó la pantalla mientras me hacía un gesto de que esperara un instante. En la esquina norponiente de la Plaza de Armas, un uniformado de la policía junto a tres del ejército, detuvieron una camioneta que llevaba gente en la plataforma de carga. Una mujer lloraba y gritaba, clamaba que los dejaran salir, que no querían continuar en la zona de guerra. Los tres helicópteros de hace un rato volvieron a rugir sobre el espacio aéreo de la ciudad. Se mantuvieron suspendidos unos segundos y luego se dirigieron hacia el hospital de Salisbury. En el horizonte, más allá de los límites urbanos ya no había columnas de humo. Hasta los verdaderos independistas del *Wallmapu* se espantaron de lo que habíamos hecho ayer. Un nuevo 11 de septiembre para una nación marcada por el 11 de septiembre.

—Listo —Viani me regresó el teléfono.

Miré la última aplicación que flotaba en la pantalla de inicio, el ícono era el del escudo del Vaticano. La presioné. Se desplegó una credencial, similar a un pasaporte, con un número, mi foto y mi nombre.

—¿Un salvoconducto?

—Algo así. Le otorgará inmunidad diplomática durante un mes, para que pueda moverse por donde quiera y cómo quiera. Es más funcional que la mentira de la turista con documentos perdidos y le permite, entre otras cosas, subir a cabina ejecutiva de un avión de línea comercial con un gato y un sable, sin que nadie pregunte.

—Bayoneta y gata, precisé —luego guardé el teléfono—. ¿Hay una última cosa?

—Estamos tras Meztli, apenas sepamos de su paradero se lo vamos a comunicar. Es mi compromiso, mi promesa —sub-

rayó.

Los militares de la esquina obligaron a la familia que iba atrás de la camioneta a bajar, mientras el suboficial policiaco registraba el vehículo.

—Paranoia para un país paranoico —pensé en voz alta.

—Seguramente usted se pregunta… —Viani sin mirarme.

—No le he hecho ninguna pregunta. Además en el viaducto ya me dio sus razones.

—Mistral se estaba volviendo cada vez más peligrosa —siguió ella —. Pro Deo sabía de mi relación con ella, como maestra y discípula. Cuando existe confianza no es problema infiltrarse. Entré a Metatrón para espiarla, mantenerla controlada, seguir sus movimientos.

—Traicionarla.

—Para no traicionar a la iglesia.

—¿Qué iglesia? Ese nido de pederastas, pedófilos y abusadores de niños y mujeres. Mistral puede haber perdido el rumbo, mandado a asesinar a Kenya, pero al menos tenía una agenda clara.

—Yo también la tengo.

—Créame, ya no me interesa. Se comprometió a pagarme lo que me debe y a entregarme a Meztli. Soy paciente… pero nada más.

—La iglesia debe perdurar.

—Su iglesia ya es una ruina. Mire este continente, mire el nuevo mundo. Hasta mis exjefes de la Hermandad han sido más efectivos que el Vaticano. Brasil y Argentina han sido tomados por el evangelismo, Chile también. Incluso México ha dejado el culto a la Guadalupe para arrodillarse a los pentecostales…

—Somos Europa…

—Sean lo que sean. Usted y Consolmagno pueden justificarse cuanto quieran, no son mi tema. Pero han de hacerse cargo de lo que hicieron y tarde o temprano pagar esos costos.

—¿A qué se refiere?

—Alguien llamó a la policía uniformada chilena avisándole lo que íbamos a hacer. Su cura amante llenó el puente de explosivos, solo hay que sumar dos más dos.

—¿Guy no…?

—¿No es su amante? —ella miró hacia la camioneta, en silencio—. Le repito, no me tome por tonta. Sé que alguien llamó a la policía y no fue ni Oriana Vázquez ni el misterioso señor Edmunds —marqué el punto—. En otra época de mi vida, me habría cobrado. Ahora no. Ahora tengo asuntos más importantes.

Me levanté y sin despedirme caminé hacia la camioneta. Abordé el vehículo. Volví a ponerme los lentes de sol y presioné el encendido del motor. Audra me veía fijo, no era necesario bucear demasiado para adivinar en qué pensaba. Quité el freno de mano y aceleré en reversa.

El *bluetooth* del sistema de audio se enlazó con uno de mis teléfono y empezó a correr Spotify. Al entrar en primera marcha empezó a sonar «Head over heels» de Tears For Fears. Egon ama esa canción, Egon de seguro hizo la lista que estaba escuchando.

SANTIAGO DE CHILE

VIERNES 13 SEPTIEMBRE

78

Apenas abrí la puerta de la habitación, Almudena corrió hasta mis pies maullando y con la cola parada. La levanté con cariño y la acerqué a mi cuello. El animal se frotó contra mi piel y empezó a ronronear a medida que amasaba con sus patitas a la altura de mis hombros. Necesitaba la cama al menos dos días seguidos y una ducha con agua caliente.

—Oye, que acaso el viejo no te ha alimentado —le dije a la gata, cuando la sentí lamer y mordisquear mi oreja izquierda.

Francisco Watterly McKay no estaba en la habitación. La cama ordenada, los platos de agua y comida de Almudena vacíos y, a pesar de que habían dispuesto un arenero, descubrí trazas de orina y fecas en los rincones y sobre la cama.

—Watterly —llamé al baño, que estaba con la puerta cerrada.

Me acerqué despacio al pomo de la puerta, la moví con sigilo y empujé hacia el interior. La luz se encendió en automático, corriendo al mismo tiempo el extractor de aire instalado justo encima del inodoro.

—¡Viejo de mierda, te dije que no te movieras de la habitación! —pensé en voz alta.

Almudena trotó al interior del baño. Me miró, maulló y luego saltó al lavamanos; acercó su cabeza a la boca de la llave y empezó a lamer la humedad, esperando saciar algo de su sed. Le abrí el paso de agua, la gata bufó asustada y corrió a esconderse entre los almohadones de la cama.

Fui por mi teléfono y me conecté al rastreador remoto que había instalado Egon. El iPhone de Francisco Watterly seguía en el hotel. Calma, respiré. Traté de bajar la ansiedad, la más insoportable de la

actitudes. El inicio es el más importante de los tiempos, así que recogí los platos de Almudena; llené uno de agua fresca y el otro con croquetas. Las ganas con las que la gata se dejó caer en el agua y en la comida me llevó a la conclusión de que al menos pasaba de dos días sola. También que el personal del hotel no se había dado la molestia de entrar al cuarto tras dejar el arenero que ella odiaba. Agarré mi teléfono y marqué el número de Watterly. Nada. El aparato seguía estando en el edificio, él no. Me apoyé en el borde del ventanal y miré hacia la ciudad. Los rebotes de lo de Malleco habían llegado a la capital de Chile. El cielo metropolitano aparecía plagado de helicópteros y drones de vigilancia, como la versión de bajo presupuesto de una película de ciencia ficción de futuro distópico. Insistí en el llamado y otra vez nada. Nueve y veinte de la noche, había pasado más de veinticuatro horas en la carretera, pegada en controles policiales, detrás de lentos convoyes militares, retrasada por desvíos a través de caminos secundarios, lejos de la presteza de la autopista, habitando un país aterrorizado con sus servicios de seguridad buscando responsables entre comunidades indígenas y falsos infiltrados de un todavía más falso marxismo. El delirio panorámico era fascinante. En la radio, columnistas de derecha hablaban del comunismo internacional, ¿qué clase de comunismo? El comunismo está en el mundo más extinto que los dinosaurios. El planeta es completamente capitalista y de derecha. Los malos ganaron y ya me di por vencida. Intenté por tercera vez contactar al exsecretario de Pinochet, aunque interrumpí la llamada antes de que está enlazara. Regresé al baño, di el agua y me mojé la cara.

—Cuida las cosas —le dije a Almudena y salí de la habitación.

Abordé el ascensor y corrí a la recepción.

—¡Señorita, regresó! —me saludó el mismo recepcionista del que me despedí al irme al sur, con la misma y estúpida sonrisa con la que me juró hacer caso a la lista de peticiones que le dejé, incluido mi viejo huésped y la gata.

—¿Watterly? —le pregunté. No iba a gastar tiempo, discutiendo necedades con alguien menos importante que una mesa de centro.

—Dejó esto para usted, señaló que lo iba a necesitar —me alcanzó un sobre tipo estafeta, con mi nombre garabateado en rojo encima. Dentro había un teléfono celular. Viejo zorro, pensé.

—¿Dónde está Watterly? —insistí mientras guardaba el móvil dentro de mi bolso.

—Pensé que estaba enterada —no, imbécil, cómo iba a estarlo—. El señor Watterly se sintió mal ayer por la mañana…

—¿Qué tan mal? —corté su diálogo.

—Descompensación cardiaca, le costaba respirar. Nos informó que…

—Que tiene cáncer —lo interrumpí, antes de que siguiera estirando una plática que solo debía ser funcional.

—Sí, lo siento —no era cierto.

—¿Quién se lo llevó? —lo miré a los ojos.

—Nadie, pidió un taxi. Dijo que prefería irse solo a la clínica.

—¿Qué clínica? —Qué, quién, cuándo y otro qué, no iba a alargar más con preguntas sin fondo.

—Espere… —estaba nervioso, no me importaban sus nervios—, lo averiguo… corroboro… —tartamudeó—, de inmediato, deme un segundo.

El funcionario empezó a buscar algo en el computador, luego tomó el teléfono e hizo una llamada.

—Señora Marcela, acá de recepción. El señor Watterly —agregó el número de mi habitación y me nombró—. Sí, ayer… ¿A qué clínica se trasladó?

Escuché que al otro lado de la línea decían «Clínica Santa María».

79

El salvoconducto que Viani descargó en mi teléfono me facilitó bastante las cosas en una ciudad presa del miedo; con los medios y las redes sociales aterradas, alertando acerca de la posibilidad de que las próximas acciones terroristas sucedieran en estas calles atestadas por casi ocho millones de personas. Varios *podcast*, que dejé corriendo, se apresuraban con blancos potenciales, como la torre Gran Santiago, precisamente de donde había rescatado a Watterly hacía menos de una semana: o el Palacio de La Moneda, o el Aeropuerto Internacional. Policías y militares detenían autos cada doscientos metros, controlaban identidades, preguntaban de dónde y hacia dónde uno se dirigía. Mostrar mi pasaporte y la aplicación del Vaticano conseguía un automático «siga adelante». Lo mismo en la clínica, ubicada en un vasto edificio que en realidad eran dos, una construcción antigua con ese estilo y olor a nada de los años sesenta y otra más grande y moderna que parecía devorarse a la original y que se extendía dos cuadras en dirección al cerro San Cristóbal, mediante un puente de vidrio. Las instalaciones se levantaban a un costado del río Mapocho, detalle que otorgaba al entorno un aspecto ligeramente parecido a esos barrios antiguos de Berlín a un costado del Spree, hacia Mitte, pero menos sofisticado, como una fotocopia con tinta baja.

Miré el cerro y recordé mi primera vez en Santiago. La neurótica esposa de quien se hacía llamar Hermano Anciano, el torpe de Andrés

Leguizamón y el exmilitar español que trató en vano de llevarme a la cama e incluso de forzarme. Sino estuviese muerto, imagino que aún se estaría quejando de la patada que le di en las bolas con unas botas muy parecidas a las que ahora llevo puestas, mastodonte asqueroso. Bajo el santuario de la virgen, allá arriba, nos reencontramos con Elías y la hija de Leverance, que estaba tan loca como la mujer del Hermano Anciano. El asqueroso exmilitar español mató a Leguizamón, ese gordo ambicioso que quería reemplazar a Elías en lo de *La Cuarta Carabela,* pero cuya ansiedad le jugaba tan en contra que lo convirtió en un daño colateral para la Hermandad. Recordé que la vista desde allá arriba era hermosa. Es lo mejor que tiene Santiago, la vista desde lo alto, imagino que es herencia de estar rodeada de montañas elevadas. Es una ciudad de contemplación, que no es lo mismo que una ciudad contemplativa.

En la clínica me acerqué a un tótem de consulta y anoté los datos de Francisco Watterly McKay. Había guardado su número de identidad en mi teléfono y eso ayudó. Torre B, habitación 612, me indicó el robot de autoconsulta. Una mujer demasiado amable me explicó que lo de torre B hacía referencia al edificio nuevo de la clínica, el que daba hacia avenida Bellavista. Que buscara en el sexto piso el ala de hotelería hospitalaria.

—Buenas noches —trató de detenerme un auxiliar al que no le hice caso.

Avancé rápido por un pasillo lleno de cuartos identificados con el número seis. El 612 era el último del extremo norponiente y en la puerta, además del número, estaba apuntado el nombre de Francisco Javier Watterly McKay. Toqué dos veces y como no obtuve respuesta, entré.

La habitación estaba vacía, la cama hecha y un excesivo olor a detergente y cloro emanaba de cada centímetro. Watterly también había sido tragado por la clínica.

—Disculpe —el auxiliar que había intentado detenerme al ingreso del corredor de hotelería hospitalaria, reapareció en la puerta del 612 —, el horario de visitas terminó hace media hora, incluso para los…

—¿Watterly? —le devolví sin ponerle atención.

—¡¿Qué?! —me regresó, con unos ojos cafés muy grandes, casi reventados, cubiertos por unos anteojos muy grandes que le daban un aspecto de mapache a su cara, más ancha que alargada. De dibujarlo, pensé, lo haría con rostro de mapache o panda rojo.

—El paciente que estaba aquí —me escuché rabiosa—. Francisco Watterly McKay, ¿dónde está?

El auxiliar giró hacia la puerta y agarró una bitácora que estaba colgando de esta. La revisó girando las hojas, agarradas por una pequeña mandíbula de metal.

—Fue dado de alta hace… —dudó—, tres horas.

—¿Cómo que fue dado de alta?

—Sabemos del estado del señor Watterly, pero lo de ayer fue solo una descompensación menor. No había diferencia entre que descansara acá o en…

—¿Quién, cómo, dónde se fue? —le corté.

—No lo sé, estaba fuera de mi turno, pero según los protocolos de la clínica debió ser un familiar o alguien autorizado por la familia. Imagino que a su casa.

—Necesito saber quién lo vino a buscar. Watterly era mi responsabilidad.

—¿Y usted quién es?

—Trabajo con él.

El auxiliar se quedó quieto un instante. En silencio. Sin saber a qué y cómo atinar. Imagino que el tono de mi voz y mi actitud no verbal lo convencieron.

—Esa información debe haber sido registrada en el computador de recepción —apuntó hacia la puerta, como si pudiese ver a través de ella—. ¿Me espera acá o me acompaña?

—Lo espero.

El hombre con cara de mapache salió de la habitación. Yo caminé hacia la ventana y miré hacia la calle. El cerro y la virgen, donde todo, de alguna manera, había comenzado hacía ya más de siete años, parecía venírseme encima. Quizás debería regresar al hotel, agarrar mis cosas, a Almudena y escapar rápido de este país. Regresar a Berlín o a Madrid y aguardar allá a que Viani y Pro Deo encuentren a Meztli. No sé qué sigo haciendo en Chile, perdiendo mi tiempo, intentando quizás responder preguntas que no me interesan, tratando de jugar un juego que es terreno de otros ,preocupados de quiénes gobiernan el mundo. Yo ahora solo necesito vengar a Kenya; saber quién es mi madre ya lo he perdido. Mistral hija de puta.

A través del reflejo en el ventanal vi que la puerta de la habitación volvía a abrirse. Giré rápido y caminé hacia la entrada para recibir al auxiliar. Pero no fue él quien entró al cuarto.

—Buenas noches, imagino que busca a Francisco. Nuestro amigo está bien, recuperándose, si es que puede recuperarse en su estado … Créame que es un gusto conocerla finalmente en persona —me saludó con amabilidad el hombre de casi noventa años que respondía al nombre de Alberto Edmunds Westmann.

Los ochenta y siete años del llamado «tercer Alberto» se notaban en el ligero temblor que hacía saltar cada tres segundos su ojo derecho, tapado por el grueso cristal de los anteojos que resbalaban de su nariz ancha y aguileña. El resto de su porte, desde la leve inclinación de su espalda a las arrugas y bolsas de sus ojos no delataban más de setenta. A no ser por la biografía suya que había hojeado en Wikipedia, luego de que hablé con padre en Edimburgo, no tendría idea de la verdadera edad del exeditor pero eterno dueño de *El Correo,* el diario más importante de Chile y, según varias páginas, el más influyente y antiguo de Sudamérica, cabeza de una red de medios impresos publicados en todo el subcontinente, salvo Venezuela y Bolivia. *El Correo* no era un periódico, era un imperio y Edmunds Westmann quien se sentaba en ese trono absoluto.

Tras su amable saludo me informó que a Watterly lo había pasado a buscar su familia.

—Ignacia y su marido, usted ya los conoció —lo miré sin abrir la boca—. Hacía años que no veía a Ignacia. Los años no pasan por esa chiquilla. ¿Sabe que fue novia de mi hijo menor, Mateo? Estuvieron a punto de comprometerse, casi fuimos familia con Francisco. Hubiese sido conveniente para todos, las familias con tradición deben perpetuarse a través de cruces mutuos, no hay otra receta… Pero en fin —suspiró—, a veces la vida quiere otras cosas y los jóvenes son impulsivos sobre todo en asuntos del amor. ¿Usted se ha enamorado, Princess?

—Eso no le importa.

—Claro que no me importa, disculpe mi impertinencia. Vicios de años de periodismo… En fin, ¿le han dicho que se parece mucho a su padre? Su mirada, la forma en que se le arruga la frente por sobre las cejas, es idéntica. ¿Cómo está el buen Armitage?

—No lo he visto —le mentí.

Caminó hasta la cama emplazada al centro de la pieza y se sentó encima. Aunque era alto para su edad, los pies le quedaron colgando. Me fijé en las ronchas rosas de sus mejillas, que asomaban por encima del borde de su barba blanca y continuaban hacia el nacimiento del cabello, también cano, que solo le cubría la nuca, dejando calva la frente. Las cejas caídas y en expresión triste, apenas disimulada por su ruda mirada, vestigio final de su herencia escocesa. Curvó su boca hacia la derecha, tenía una dentadura blanca y pareja, muy distinta a la de su socio.

Alberto Edmunds quebró el silencio para informarme que no nos iban a molestar y que esperaba que fuera una corta pero amable conversación, sutil manera de indicarme que no intentara nada, que afuera estaba lleno de guardias y guardaespaldas, y que de seguro había una cámara escondida en alguna juntura del cuarto. Quizás debí

averiguar a quién pertenecía la clínica.

Tampoco aparté mis ojos de él. Retrocedí con calma hasta apoyarme en el marco de la ventana. Era triple cristal, aunque quisiera no podía escapar. No pretendía hacerlo, pero fue un gesto mecánico analizar la posibilidad.

—Hace tiempo que quería tratar con usted en persona, desde que me contaron de sus aventuras en la Antártica. Disfruté mucho leyendo la versión de las mismas en el libro de su amigo Elías Miele. ¿Imagino que aprovechando que está en Chile se ha juntado con él?

—Imagina mal —idea inicial: todas mis respuestas hacia él serían cortas, no más de tres o cuatro palabras.

—Qué extrañas son a veces nuestras relaciones personales, ¿no cree? —se llevó la mano derecha a la boca y rascó el lado izquierdo de su bigote, como si quisiera sacarse algo atrapado entre sus vellos. Maldito. Sabía cómo manipularme solo para molestar. Ahora no iba a poder dejar de mirar ese lado de su cara tratando de encontrar ese algo invisible que trató de escarbar—. Si fuera mi padre —siguió hablando—. O mi abuelo —respiró—, él habría venido a verla para cobrar los daños a mi propiedad en el lago Ranco. Y no solo hablo de daños materiales, por supuesto. La mitad de mis empleados renunciaron del susto.

—Yo no hice nada.

—Eso es verdad. La cuenta se la pasaré a Pro Deo… Ellos siempre pagan sus deudas.

—Igual que usted.

—Me alegra que escuchara eso. No soy el villano que muchos han pintado… Solo me preocupa mantener las cosas en orden.

—Un orden conveniente para usted.

—No solo para mí. Para muchos… —suspendió—, amantes del orden.

—Los Rockefeller, los Rothchild —fui sarcástica en campos comunes.

—El plan Kalergi —regresó él mi jugada.

—La gran Europa y todo eso —entoné—: *Everybody wants the rule the world* —levanté los brazos, rompiendo mi idea inicial de las respuestas breves—. Una canción pop del grupo de pop favorito de un amigo.

Alberto Edmunds Westmann arrugó el ceño y miró al techo de la habitación.

—Lo de la gran Europa no es ficción —habló como si estuviera pensando—, por supuesto lo llamamos de otra manera.

—Novis Order.

—Todo orden político y económico requiere de un previo orden religioso. Y frenar a los adversarios antes de que estos crezcan

demasiado.

—Según Mistral, Novis Order partía incorporando a esos enemigos… Las tres principales religiones monoteístas aliadas por un fin mayor. Catolicismo, judaísmo y, el adversario común de ambas, el islam.

—Oh, pero quién le dijo que el islam era nuestro enemigo. Hay otro… más vulgar.

—La Hermandad.

—Los evangélicos, para qué irnos con sutilezas. Ellos ya se quedaron con el Nuevo Mundo. En Estados Unidos, Brasil y Chile son mayoría. Que se queden con este, nosotros recuperamos el viejo mundo —recordé la conversación de despedida con Vianni.

—Gobernándolo desde el nuevo…

—Que el trono secreto de la Royal Alpha esté en Chile no significa nada, es más seguro de hecho. Pero el tiempo de los Edmunds se acaba, no me queda mucho y, a las nuevas generaciones —me miró—, no le interesan este tipo de responsabilidades. Tengo cuatro hijos, mas la dinastía de los Edmunds se termina conmigo. No es una buena época para la prensa escrita, para los medios de comunicación en general.

—Lo es para internet…

—Princess, usted como yo sabe que internet es solo un juego, para darle voz a los anónimos y así controlar la información mediante la desinformación. No hay mejor manera de regir al mundo que hacer creer a los estúpidos que su opinión es importante. El nuevo orden mundial comenzó cuando pasamos el poder de los medios y la política a las redes sociales. Y las leyes de los tribunales a la justicia popular de Twitter; hoy la condena social electrónica es más importante que el dictamen de un juez. Estamos parados en la gran conspiración —se burló—, la era de los imbéciles y literales, la esclavitud en línea. Ni Orwell ni Eco lo vaticinaron tan bien —rezongó—. Como sea, ¡qué número dieron en Malleco! —agitó la cabeza.

—Usted envió a su asesina.

—Me otorga demasiado crédito. Ya le dije, somos muchos los que trabajamos para ser garantes del orden.

—Ataques terroristas, torturadores, violación a los derechos humanos, golpes de Estado… ¿Ese es su orden?

—El fin justifica todos los caminos. Algo que su padre o quienes la entrenaron han de haberle inculcado, aunque ahora se mantenga en una posición más… más rebelde. La Royal Alpha y sus aliados no pretendemos destruir el mundo, jamás ha sido nuestro propósito, solo retrasar los cambios para que estos lleguen cuando la humanidad esté más preparada. En el papel, aparecemos como conservadores y es bueno que eso siga creyéndose de nosotros, lo cierto es que somos más

progresistas y liberales que quienes usan esas definiciones como bandera. Solo que, ¿cómo decirlo? vamos cinco, seis, quizás diez años más adelantados. La naturaleza es progresista, la evolución es un movimiento hacia delante, negarse a eso es ser obtuso. Quienes creen que el feminismo, la ideología de género, el matrimonio homosexual, la ley de aborto, las revoluciones sociales y laboristas son contranatura están equivocados. Lo contranatura es lo conservador, porque trata de parar el avance de la misma biología. Pero los cambios no pueden ir rápido, deben frenarse con pensamientos conservadores. Eso hacemos nosotros, administramos estos frenos para liberarlos cuando la civilización esté lista, de otra manera nos iríamos al despeñadero.

—¿Frenos?

—Capitalismo, liberalismo, marxismo, socialismo..., los nombres son tantos. Stalin, Hitler, Mussolini, Franco, Pinochet, Castro, Allende, Bolsonaro, Trump, Maduro, Guaidó… Nosotros les pagamos el sueldo a todos ellos, los pusimos ahí. La gran fiesta es una sola. Su padre ha de haberle contado, Martha Baltimore también… Desde la Revolución francesa en adelante, un gobierno invisible para ir parando la velocidad de las cosas. ¡El comunismo murió en 1989 con la caída del muro!, dicen —tomó aire—. Tanto usted como yo, Princess, sabemos que solo descansa por un rato. De aquí a diez años lo liberaremos nuevamente y con más fuerza que antes… —se mordió los labios—. El capitalismo nunca derrotará al marxismo y viceversa porque son lo mismo. Obedecen al mismo patrón.

—Perversión…

—Dependiendo de dónde se mire. Observe los eventos recientes —se levantó de la cama y dio un paso hacia el ventanal, apuntando con la mano derecha en dirección a las luces de un helicóptero de patrulla —. Acabamos, sus asociados y los míos —me miró fijo—, de darle a este país un nuevo 11 de septiembre, fecha que acá es sinónimo de miedo. Muy útil para instaurar una agenda más relevante que las ideologías de minorías, que estaban siendo preocupantemente tomadas en cuenta por el actual gobierno. No se extinguirán, pero tendrán tiempo para madurar, crecer y, cuando recuperen su lugar entre las prioridades, lo harán desde lo sensato, que es lo realmente victorioso, lejos de la neurosis colectiva. El terrorismo y las guerras siempre son útiles para estos propósitos. Cuando la gente comienza a preocuparse en demasía por intereses como el indigenismo, la protección del medio ambiente o el machismo abusador, lo que se mal entiende como políticamente correcto, hay que invadir un país del tercer mundo…

—O resucitar al comunismo…

—Entendió bien, mi joven amiga. La receta siempre ha sido la misma y existen muchos tipos de invasiones. Físicas y morales. El

puente ferroviario del Malleco será reconstruido y me encargaré personalmente que se levante exactamente igual a cómo era, como recuerdo y símbolo… Puentes, ya sabe, unión de dos extremos apartados.

—En el puente no había nada.

—Por supuesto que no había nada. El grial —marcó—, los griales siempre han sido metáforas. El del rey Arturo en el norte y el de Haimbhausen en el sur.

—Lo que no quiere decir que no exista.

—Lo que no quiere decir tantas cosas —respiró—. En fin, siento lo de Elena Mistral.

—Yo no siento ni lo de ella —lo interrumpí—, ni lo de Oriana Vázquez.

—La capitana Vázquez era solo un buen soldado. Sabía bien que tarde o temprano la iban a cazar. Estaba vieja, no sabía hacer nada más que jugar con sus perros. No es una gran pérdida. Elena en cambio… —vaciló—. A pesar de estar equivocada en sus propósitos, siempre fue una gran mujer… —tomó aire—. Brillante, de las más brillantes tanto para Pro Deo como para Novis Order. Su proyecto Metatrón ha resultado clave para la recuperación europea de la Iglesia católica. Reliquias sagradas, pruebas físicas y arqueológicas de la existencia de Dios. Ocho de diez católicos se emocionan con ello. Y ocho de diez es una buena proporción para levantar una institución caída.

—Un antro de abusadores patriarcales…

—Precio que ha de pagarse. Y el haber protegido por décadas a estos abusadores de niños no saldrá barato —marcó la palabra—. Elena estaba en el camino correcto, un matriarcado es efectivamente la vía para renovar al Vaticano y reconquistar Europa. Una papisa. ¿Sabe como ella llamaba a su plan?

—No.

—Madre Patria —guardó silencio por un momento—. Los informes de sus amigos —continuó—, Consolmagno y Viani.

—No son mis amigos.

—Lo que sean. Sus informes a Pro Deo eran exhaustivos en los planes de Mistral. Madre Patria. ¿Sabía que no es primera vez que la Royal Alpha y sus aliados se enfrentaron a una mujer fuerte con un plan llamado así?

—No lo sabía.

—Mi abuelo… —otra vez su tono de suspenso— tuvo una gran adversaria hace más de cien años…

—Leonora Latorre.

—La espía chilena más famosa de la guerra de 1879. Ella hablaba de Madre Patria como símbolo de las nuevas ideas que iban a

despertar al nuevo mundo —miró al techo, aprovechando para descansar su exposición—. Cuando Leonora Latorre estuvo en Londres, tras la guerra de 1879, dio muchos dolores de cabeza a la tradicional Royal Alpha. En fin —suspiró—, ya se hace tarde y para un viejo de mi edad, la noche no es buena compañía. Perdone mi intromisión, pero ¿cuáles son sus planes para los próximos días? Espero —me sonrió—, que esta amable conversación haya servido para dejarle en claro que preferiríamos, y hablo en plural, que al menos por un tiempo no interfiera con nuestro control del orden.

—Esa es una amenaza.

—No, Princess, yo no amenazaría a la hija de un hombre que aprecio.

—No volverá a verme, tengo otros pendientes. Ya estuve en una guerra con la Hermandad, no me interesa ser parte de lo que están armando en Pro Deo, Novis Order o Madre Patria, como quieran llamarle. Me cansé, renuncio señor Edmunds, ganaron los malos.

—Me dijeron que a usted no le gustaba que ganaran los malos.

—«Gustaba», pasado, pretérito imperfecto…

—Mejor así, además como ya le dije al inicio de nuestra plática, yo —dejó el monosílabo zumbando en el cuarto de hospital—, nosotros, no somos los reales villanos —dejó de mirar al ventanal y caminó hacia la puerta—. ¿Vuelve a Berlín, entonces?

—No lo he decidido.

Alberto Edmunds Westmann, el príncipe de la Royal Alpha, el rey de Santiago de Chile hizo un ademán y agarró el pomo de la puerta. La lentitud del movimiento de su brazo delató su edad y, por un instante, lo vi en el espejo de mi realidad como lo que era, el fin de una era.

—Hasta luego, Princess… Y siento lo de su madre —pronunció antes de salir, golpeándome directo a la cara con el más inesperado de los misiles. Salté del borde de la cama y corrí a la puerta. Había sido cerrada por fuera. Golpeé fuerte, grité, lancé patadas tratando de abrir pero fue inútil. ¿Cómo sabía lo de mi madre, lo del trato con Mistral?

Tras un rato más de forcejeo, el auxiliar que me había llevado al cuarto, abrió la puerta.

—Disculpe, alguien debió... —dijo.

—Apártese —lo empujé y salí al pasillo. No había nadie, salvo una enfermera que paseaba a una anciana—. ¿Dónde se fue?

—¿Dónde se fue quién?

SÁBADO 14 DE SEPTIEMBRE

81

A las cuatro con cinco minutos de la tarde, el altavoz de la sala de embarque del aeropuerto de Santiago anunció el segundo llamado para el vuelo 401 de *Air France* con destino final Frankfurt y escala en París. Dejé de escribir y dibujar, tenía la mano derecha muy cansada, cerré los cuadernos y los devolví al bolso junto a los tres lápices que había usado, dos de tinta azul y uno verde. Me estiré sobre el asiento en el llevaba seis horas de aguante y miré hacia los ventanales del salón. Al final de la manga de abordaje estaba conectado el Boeing 777 con los colores de la aerolínea francesa. No escogí el vuelo porque fuera el más barato, el más inmediato o me gustara su servicio. Simplemente amo el video de instrucciones de emergencia de *Air France*, tiene una coreografía perfecta, de esas que dan ganas de imitar porque todo funciona en un mundo ideal: los pasos, la vestimenta, los escenarios, los colores, todo al servicio de la información necesaria para dar la idea de que uno puede sobrevivir a un accidente aéreo, cuando por estadísticas se sabe que es casi imposible salir vivo de un avionazo. Eso a pesar del mito que sostiene que volar sigue siendo la manera más segura de viajar, cuando en realidad lo es desplazarse en tren.

Metí la mano a la mochila de transporte para gatos y acaricié la nariz de Almudena, que iba inusualmente tranquila, echada en su reducido espacio. Como parte de las ventajas de ir en primera y con el salvoconducto que me facilitó Viani, me entregaron en el *counter* un pin para la espalda de la gata, similar a los usados para controlar las pulgas, que adormece al animal durante viajes largos.

—¿Café? —me ofreció un auxiliar, con el logo de *Air France* en el bolsillo de su camisa.

—No— le respondí, tomando otro trago de la botella con agua sin gas que el mismo auxiliar me había traído media hora antes.

Sentí la vibración de uno de mis teléfono. Busqué en mi bolso. El móvil se sacudía con la entrada de una llamada codificada por Telegram.

—¿Ya vienes? —me habló Egon, sin saludar.

—Abordo en diez minutos.

—Acá ya empezó a hacer un frío...

—Ya comienza el otoño, Berlín es una ciudad de otoños e inviernos.

—He rastreado a Meztli, aún nada, pero tus amigos de Pro Deo me permitieron acceder a sus drones de altitud. La mexicana sabe mantenerse invisible.

—No tanto como yo.

—¿Traes a Almudena?

—El viejo no se la llevó, imagino que fue su regalo. Los gatos se regalan.

—Entonces te la vas a quedar.

—Se porta bien y eso me gusta —miré a la gata, volví a meter mis dedos por los respiraderos de la mochila. Ella olfateó y luego comenzó a pasar su lengua áspera por el dorso y las uñas—, además es cariñosa.

—Creo que es primera vez que te escucho decir esa palabra.

—No es primera vez que la uso.

—No —sopló—, me imagino que no lo es. De todas maneras, siento que estoy hablando con una nueva Princess.

—No te comprendo.

—Lo que me decías anoche, que preferías dejar que los malos ganaran.

—A nadie le importan los malos —le devolví.

—Antes te importaban —bufó—. Tal vez tengas razón y haya que quedarse solo lo bueno, como *Hemorrhage.*

—¿Lo escuchaste?

—Lo he estado escuchando y me gusta mucho. *Hemorrhage* es realmente un buen disco.

—El disco de una muerta y una asesina…

—Jamás te había oído así, castigándote.

—Solo estoy cansada —no era cierto—. ¿Para qué me llamaste? No para hablar de *Hemorrhage,* supongo —repliqué algo molesta, sintiéndome juzgada por Egon.

—Para qué o por qué…

—¿Por qué me llamaste?

—Porque no te creí cuando me dijiste que volvías, como tampoco te creo que te de lo mismo que ganen los malos.

Nos quedamos en silencio. Ambos. Santiago y Berlín. Corté la llamada y guardé el teléfono. Algunos pasajeros, los más impacientes, ya se habían puesto de pie para dirigirse a la puerta de la manga de

embarque, haciendo caso omiso al privilegio de poder abordar el avión cuando quisiéramos. Tomé uno de mis cuadernos y comencé a hojearlo. Caricaturas de todos los personajes que había conocido en los últimos cuarenta días de mi vida. Esquemas de lugares y el relato a modo de punteo de todo lo sucedido, nombres de personas, historia y geografía. Planos a la rápida para memorizar y al final, poco antes de las últimas páginas, una copia a la rápida del relieve marcado en la pared de fondo de la bóveda del exviaducto del Malleco. Las dos cruces de Malta bajo la cruz solar. «Y cuando descubra el Grial de Haimbhausen, si es que lo hace, siga el camino de la historia de Chile», recordé lo último que me dijo Francisco Watterly.

—¡Viejo hijo de puta! —pensé en voz alta.

LUNES 16 DE SEPTIEMBRE

82

A las nueve y media de la mañana ingresé al campus Lo Contador de la Universidad Católica de Chile. Una casona con reminiscencias de la época de la colonia hispana en el país, que se abría a un patio alrededor del cual se levantaban edificios que poco y nada tenían en común con la vieja estructura que recibía a estudiantes y visitantes. Vestida como me visto todos los días no llamaba la atención, pasaba como una alumna más; como alguien promedio en un sitio lleno de promedios que no lucían como promedios. Revisé el plano del lugar, disponible en el vestíbulo, y ubiqué las distintas escuelas del campus. El mapa no era del todo claro, igual de inútil que el descargable por Google Maps. Opté por acercarme a un guardia y preguntar dónde estaba la escuela de diseño.

—Cruzando el patio, el edificio a la derecha detrás de esa galería —apuntó—. Un cubo grande y alto, el más grande de todos, no se va a perder.

No me perdí.

Recorrí los pasillos de la escuela, las entradas a las salas y talleres, y opté por esperar en una cafetería, instalada en un subterráneo junto a la biblioteca.

«¿Estás seguro que estudia acá?», le escribí a Egon, sabiendo que a esa hora estaba conectado y esperando mis mensajes.

«La chica vive en redes sociales. Subió hace quince minutos una foto a Instagram y se geolocalizó. Además revisé su horario. Va a estar ahí hasta las cinco de la tarde. Después del mediodía tiene un electivo de narración gráfica».

«Espero que coopere».

«Es nuestra vía más directa. Tu novio borró todas sus cuentas de redes sociales y utiliza un celular del año dos mil sin localización, que además no responde a números desconocidos. Ni siquiera contesta sus

correos electrónicos».

«No es mi novio. Nunca lo fue».

Fui al mesón de la cafetería y compré un agua sin gas. Aproveché para tirar a la basura el chip del *burner phone* que había usado las últimas dos horas. Las cosas estaban calmas. La paranoia del estado de sitio de cinco días atrás había bajado un poco, pero los ojos de Edmunds, el príncipe moribundo, estaban en todas partes y aún recordaba su amenaza sin ser amenaza.

Conecté un chip nuevo y seguí bebiendo agua, con la mirada fija en la entrada a la cafetería y de ahí al pasillo que conducía a quien buscaba.

«La chica se está moviendo», apareció en la pantalla de diálogo de Telegram. «Va hacia ti, no te muevas».

No me moví. Veinte segundos después de que Egon pusiera punto final a su última frase, Elisa Miele apareció en la puerta junto a dos mujeres. La última vez que la vi tenía trece años, ahora pasaba de los veinte y lucía la misma mirada caída de su padre. La única vez que tratamos no fue de la mejor manera. Solo esperaba que supiera comportarse.

—¿Elisa? —me acerqué.

—Sí —giró hacia mí.

—Yo… Yo te… —tartamudeó al reconocerme, con los ojos tan abiertos que parecía iban a salírsele de las cuencas.

—¿Podemos hablar unos segundos? —la tomé del brazo y la aparté de sus amigas, que miraban la situación más complicadas que confundidas.

—Tu me secuestraste hace años —se soltó de mi brazo.

—En realidad te estaba salvando la vida. Deberías leer los libros de tu padre.

—Los leí, solo por eso no grité —punto para mí, amaba el «deber ser» tanto como Elías.

—Necesito encontrar a tu padre. Llevo tres días tras él y parece que se lo tragó la tierra.

—Efectivamente, se lo tragó la tierra —respondió ella.

VIADUCTO DEL MALLECO, COLLIPULLI, CHILE

MIÉRCOLES 13 DE MAYO 1891

83

La lámpara de gas parpadeó tres veces seguidas. La dresina, o carro de propulsión humana, debía de estar a un kilómetro y medio de la escotilla, unos cinco minutos del punto de encuentro. El tiempo de llegada no dependía de la fuerza de los brazos de los padres Almagro y Bórquez, ni del peso del cargamento, sino de la pendiente en la que caía la vía férrea desde los talleres de la estación de Collipulli hasta el terraplén previo al estribo norte del viaducto.

—Ya vienen —comentó el ingeniero.

—¡Frío de mierda, me estoy congelando! —exclamó el padre Ugarte, mientras levantaba la linterna de carburo y se preparaba para responder el saludo. Hasta ahora todo estaba saliendo según lo previsto.

—Es el sur, uno se acostumbra a estas heladas —contestó Verniory, arropándose dentro de la pesada manta que había conseguido en el pueblo, idéntica a la que llevaba su socio jesuita—, ¿no es así muchachos? —le preguntó a la cuadrilla de cinco obreros que estaban con ellos.

—Así no más es, patrón.

Aliro Carillanca, el más viejo y grande de los hombres, conocía a Gustave desde la época en que Estación Salisbury se llamaba Victoria. Encontrarse en Collipulli fue providencial, no solo porque el sujeto era reservado y trabajaba sin hacer preguntas, sino porque estaba tan bien conectado al interior de la cuadrillas que podía conseguir a los más fuertes y baratos, esos que cobraban mitad en dinero duro y mitad en jarras de vino y buena comida. Y los jesuitas contaban con ambos pagos. Además, Aliro tenía en especial estima al belga, luego de que el ingeniero lo librara de pasar una semana en la cárcel tras un incidente

de peleas y cuchillos.

—Yo prefiero el clima de Santiago —exclamó el cura.

—Santiago es para los maricas —respondió uno de los fulanos de Carillanca—, y para los curitas, con su perdón padrecito.

—Te perdono —respondió Ugarte, frotando sus brazos bajo la manta, idéntica a la que llevaba el constructor de puentes.

—Bueno, Aliro —se volteó Gustave, hacia su improvisado capataz —. Tenemos dos horas para iniciar y terminar esto. Que tus hombres procedan.

—Como usted mande, amito.

A Verniory le causaba risa que lo trataran de «amito». Le recordaba historias de marineros que había oído de niño, en especial de balleneros de Estados Unidos que salían de Nantucket y Nueva Bedford para recorrer el mundo. Ellos se trataban de amitos, como una forma de respeto y distancia, pero también de inclinación hasta cierto sentido religiosa. Imaginó que ellos eran una especie de balleneros a punto de violar y abrir al más grande de los monstruos marinos, un cetáceo de fierro y acero que superaba el valle más profundo de la Araucanía.

Con ayuda de sus peones, Aliro arrancó los pernos de los rieles, para luego apartarlos hacia un costado y así desbloquear los durmientes de madera instalados sobre las piedras del estribo. De ese modo dejó libre la escotilla de acceso a la cámara de aire del viaducto.

—Le dije que la puerta no era muy grande. Dos por dos —mostró Verniory, mientras alejaba al cura de los trabajadores para mantener lo privado de la conversación.

—Espero quepa allí dentro —habló Ugarte—. La piedra es pesada pero no de gran volumen. Además lo importante es la seguridad del lugar y según usted no hay mejor sitio que este.

—Teníamos dos alternativas, padre. O construíamos una cámara similar en los terraplenes del puente El Salto o Quillén o utilizábamos esta. Tenemos el tiempo en contra, no disponemos de dos años.

—Si usted lo dice.

—La bóveda existe para dar aire y alivianar el peso del estribo hacia los arcos de más abajo. La escotilla está clausurada y tapada por las vías, nadie salvo nosotros sabrá que aquí está su tesoro…

—¿Y ellos? —miró a la cuadrilla, que ahora desplegaba la pequeña grúa montada en una dresina de arrastre.

—Ellos no harán preguntas y olvidarán todo después del pago —miró cómo conectaban las varas hidráulicas de metal y madera—. Solo viven para el trabajo, el dinero, el alcohol y las mujeres. De igual manera odian al Ejército Pacificador. No les importa nada más, ni siquiera tienen idea de lo que está pasando en el gobierno —Gustave trató de ser categórico. También tenía sus dudas pero en las actuales

circunstancias y a la velocidad en que habían cambiado los eventos, lo mejor era mantener a Ugarte tranquilo.

Golpeó con cariño el hombro del jesuita y se apartó hacia la escotilla, que estaba cerrada con un grueso candado.

—¡Aliro! —llamó—. ¿Me ayudas? Acerca el gancho de la grúa.

—Esto es mejor —le respondió el hombre, alzando una estaca de fierro con la punta curva—. Y déjeme a mí solo no más patrón, que tengo más ñeque que usted.

El macizo contratado del belga clavó la punta de la estaca en el arco de cierre del candado, presionando con su cuerpo en sentido contrario, hasta reventarlo.

—Se lo advertí —le indicó a Verniory, mientras quitaba los restos del metal y levantaba, entre chirridos, la pesada puerta metálica que conducía a la cámara de aire.

—Venga —llamó a Ugarte—, deme luz —el sacerdote se agachó en el borde de la escotilla y colgó la linterna de carburo hacia el centro del túnel—. Son pocos metros hasta el fondo —siguió el belga—. A un costado hay otra puerta, que conecta con una cripta usada para guardar herramientas durante la construcción del viaducto. Ahí esconderemos la piedra y el cáliz.

Aliro Carillanca, que había escuchado toda la conversación, se apartó hacia sus hombres para que no pensaran que estaba metiendo sus oídos donde no lo invitaban.

—Que Dios nos ayude —respiró el presbítero.

—Dios no tiene nada que ver con esto, padre.

El jesuita le regresó una sonrisa, mientras ambos veían llegar, como el ojo luminoso de un cíclope, a la dresina en la que los padres Almagro y Bórquez acarreaban el tesoro de la Compañía de Jesús.

—Ahí viene la zorra —comentó Aliro, acercándose a recibir la carreta.

—¿Zorra? —preguntó Ugarte.

—Zorra de rieles, así llaman a las dresina, los carros de propulsión humana —explicó—, como el de la grúa —indicó al que estaba sobre los rieles, al otro lado de la trampilla.

—Todos los días se aprende algo.

—Todas las noches —Verniory fregándose los brazos.

La dresina era una plataforma de madera, sobre cuatro ruedas, que lograba propulsión mediante el movimiento de una bomba manual accionada por dos hombres a modo de balanza, la cual presionaba un dínamo hidráulico que accionaba las ruedas en una sola dirección. No eran lentas, pero sí cansadoras para quienes las conducían. Y a pesar de su excelente estado físico, Almagro y Bórquez llegaron destruidos al lugar de la cita.

—¡Frena! ¡¡¡Frena!!! —le gritó desesperado Bórquez a su

compañero. Almagro se agachó rápido y, usando ambos brazos levantó la palanca que trababa con un cerrojo mecánico las ruedas delanteras del carro, que frenaron entre chispas sobre los rieles.

—¡¡¡A la mierda, padrecitos!!! —exclamó el más gordo de la cuadrilla de Aliro—. ¡Casi me cortan la cabeza!

El instante de relajo duró poco. Los jesuitas saltaron de la zorra de rieles y jadearon profundo.

—Esa piedra pesa el infierno —apuntó Almagro al objeto en forma de cono, que estaba cubierto por sacos de género atados en la parte superior.

—Es la piedra de Dios —respondió Ugarte, mientras le pasaba una cantimplora con agua para que se refrescara—. ¿Y el Grial de Haimbhausen? —preguntó enseguida.

—En la caja —respondió el padre Bórquez; apuntaba con la vista hacia el cofre de madera sujeto en la parte posterior de la dresina.

Verniory se acercó a la caja y puso su mano encima.

—Aliro, prepara la grúa. Lo primero que vamos a bajar será el saco —ordenó el ingeniero.

—Como ordene patrón —obedeció Carillanca, luego volteó hacia su cuadrilla—, ya escucharon animales… ¡Ustedes dos! Empujen la zorra de la grúa… ¡Tú! Engancha el garfio de la cuerda en la carga. El resto, movamos esta cosa.

Tras asegurar a la piedra al brazo del montacarga, el pelotón de Aliro levantó manualmente el peso muerto para ponerlo en vertical sobre el ojo de la escotilla y así lograr un mejor ángulo de descarga. A pesar de que la grúa manual era capaz de alzar y mover bultos de hasta dos toneladas, no fue simple encontrar equilibrio ante lo masivo de la piedra, cuyo tamaño no se condecía con el peso.

—¿Qué lleva en el saco, padrecito? —bramó el capataz, sujetando la palanca de los engranajes del brazo mecánico—. ¿Los huevos de Satanás?

—Algo parecido —sonrió el jesuita, mientras la cuadrilla oscilaba el brazo de la grúa sobre el túnel que se hundía hacia las profundidades huecas del estribo norte del viaducto del Malleco.

—¡¡¡Con cuidado, animales, que esto vale oro!!! —bramó Aliro, insultando a la camarilla que estaba a su servicio.

Pero las risas provocadas por el comentario del capataz no duraron demasiado. Una voz inesperada quebró el humor y el suspenso de la operación de Verniory y Ugarte.

—Habría sido más eficiente, aunque más lento, fundir el meteoro y mezclar su acero negro con el de alguno de sus puentes —manifestó con lentitud y calma la voz de Alberto Edmunds McFaill.

Gustave desvió la mirada hacia la voz. Vestido con su tradicional traje negro y sin una luz que lo acompañara, el dueño y editor de *El*

Correo caminaba hacia ellos por las vías en dirección a Collipulli.

Ugarte volteó presto y apuntó al aparecido con su viejo Lefaucheaux 1854.

—Padre, por favor, baje eso —pidió con desconcertante amabilidad Edmunds, mientras Aliro detenía la operación de sus hombres, inquietos ante la repentina aparición—. Padre Ugarte —siguió hablando el primer Alberto—, ingeniero Verniory, créanme que es un gusto volver a verlos.

Por supuesto Edmunds no estaba solo y apenas pronunció la última palabra, las sombras que lo rodeaban cobraron vida.

84

Logan Stirling surgió a la derecha de Edmunds, con una carabina Winchester cruzada delante. También vestido de negro y con un sombrero de ala ancha sobre la cabeza. Corrió el pasador de su arma y quitó el seguro.

—Yo que usted, padre —habló—, bajaría ese revolver.

La advertencia fue acompañada por la aparición de otros tres hombres, con iguales armas. Verniory reconoció al cochero que había asesinado a Koechlin cuando lo habían emboscado en Las Condes.

Almagro y Bórquez desenfundaron sus Smith & Wesson y giraron hacia Ugarte y el ingeniero.

—La iglesia es más importante que los ideales —habló el más alto de los jesuitas, mientras junto a su compañero retrocedían hasta ubicarse a la derecha del dueño de *El Correo*.

—No me sorprende —Ugarte pateó su arma en dirección a sus ahora exaliados.

—Que sus hombres —Edmunds se dirigió a Verniory— dejen la carga sobre la dresina, por favor.

Verniory miró a Aliro. Ambos se quedaron quietos, atentos a otro ruido que se escuchó desde el borde del viaducto. Luces parpadeantes vinieron desde abajo, mientras un batallón de diez uniformados del Ejército de Pacificación trepaban hasta el estribo. Tras ellos apareció el capitán Trizano, a quien el belga recordaba muy bien. Los soldados alzaron sus rifles y apuntaron a los trabajadores. Estaban rodeados.

—¡La puta que nos parió! —exclamó uno de los hombres de Carillanca.

—¡Este no es asunto de putas! —le devolvió Trizano.

—Tranquilo, Aliro. Haz lo que los señores nos piden…

El hombrón le indicó a su personal que regresaran la carga a la

zorra de rieles de los jesuitas. Mientras lo hacían, Verniory aprovechó de acercarse a Edmunds, con los brazos en alto.

—Señor Edmunds —habló, con la mirada fija en la punta del fusil de Stirling, que seguía todos sus movimientos—. Ellos no tienen nada que ver en esto —volteó hacia Aliro y su cuadrilla—, están acá por un pago. Le pido que los deje ir… Su asunto es con nosotros, no con ellos.

—Veo que tiene sensibilidad hacia los más humildes, señor Verniory —habló Edmunds—. Eso puede terminar siendo muy peligroso. Su inclinación social tarde o temprano lo enfrentará con patrones y gobernantes, debiera ser más discreto —marcó una mueca siniestra—. El capitán Trizano acá presente me contó que suele defender a sus amigos indios. Noble por supuesto, estar de parte con los más débiles; pero peligroso.

—Insisto, se lo pido como un favor —la voz del belga comenzó a temblar.

—Y yo para demostrar que, a pesar de todo, no hay rencor entre nosotros, le concederé ese favor —miró a Trizano—. Capitán…

El superior de los uniformados, movió su carabina en dirección a los obreros.

—¡Rápido, fuera de aquí, bestias! —les gritó.

Aliro aleteó sus brazos para enfilar a sus hombres e indicarles que se apresuraran en dirección al pueblo.

—Gracias —les dijo Verniory cuando pasaron a su lado, pero ninguno de los trabajadores, ni siquiera Aliro Carillanca le respondió. Inclinaron la cabeza y se apuraron en escapar de la situación que no les pertenecía, ni tampoco entendían.

—Tranquilos —les gritó Edmunds—. Se les va a pagar todo lo hecho, sino es gracias al señor Verniory, lo haré yo.

Se oyó un murmullo inentendible desde el grupo de hombres que pronto fueron uno con la noche, perdiéndose hacia la oscuridad que devoraba todo, en dirección a la pequeña aldea que se alzaba sobre la meseta norte del gran valle del río Malleco.

—¿Qué va a hacer con nosotros ahora que tiene la piedra y el grial? —se adelantó Ugarte—. ¿Matarnos?

—No, mi buen padre, nosotros no hemos venido a matar a nadie. Sino a buscar lo que se nos prometió.

—No entiendo —Ugarte miró a Verniory.

—Hicimos un trato.

—¡¡¡Con ese par de traidores!!! —bramó Ugarte, apuntando a los padres Joaquín Almagro y José Miguel Bórquez.

—Ellos solo cumplieron con su deber, pero no —alargó Edmunds —, el trato no fue ni con ellos ni con el arzobispado, si acaso eso es lo que se pregunta. Usted sabe que las personas a las que represento tienen mucho interés tanto en la piedra negra como en el cáliz. Interés

que comparto, por lo útil que resultan símbolos de tal poder a nuestros planes futuros —continuó Edmunds—. La unión de la corona inglesa con el gobierno chileno debe afianzarse no con palabras sino con objetos —volteó hacia los sendos bultos acomodados encima de la dresina y agregó—: La vida de algunos por este par de supercherías tan valiosas para otros —Edmunds hablaba como si recitara el libreto de una obra de teatro.

—¿Nuestras vidas? —preguntó Verniory.

—No, Gustave —contestó otra voz, una que había permanecido oculta en las penumbras durante toda la reunión—. La vida de un presidente —declaró Leonora Latorre, entrando al plano hasta detenerse a un lado de Alberto Edmunds McFaill, por delante de Stirling, Almagro y Bórquez—. Todos tenemos un precio, usted sabe de eso. París casi le cobra caro —añadió la agente y espía chilena, con una expresión fría marcada en su mirada casi transparente.

III
LAS ÚLTIMAS PRINCESAS

Pressure pushing down on me
Pressing down on you no man ask for
Under pressure that brings a building down…
It's the terror of knowing
What the world is about
Watching some good friends
Screaming 'Let me out'
Pray tomorrow gets me higher
Pressure on people people on streets

QUEEN + DAVID BOWIE

BAHÍA AZUL,
LOS VILOS,
CHILE

MARTES 17 DE SEPTIEMBRE, PRESENTE

85

Almudena corrió por la sala de la casa tratando de alcanzar un saltamontes. El bicho escapó de sus garras y brincó hasta el borde más alto del ventanal, desde el cual se apreciaba la pequeña bahía que daba nombre al lugar donde nos encontrábamos. La gata gruñó y bufó para luego pararse en dos patas y empujar su cuerpo contra el vidrio que nos separaba de la brisa marina.

—Si la dejo salir a la terraza podría perderse —apuntó Elías Miele, sin dejar de revisar el ejemplar de *El Correo* que traje conmigo desde Santiago.

—O caerse por el despeñadero que es peor —torcí mi cara—. Habla bien de ti —lo miré—, que te preocupes por Almudena y que no te enojes con que ande dando vueltas por todas partes.

—Me gustan los gatos y tu amiga es simpática.

—No es mi amiga. Uno es dueño o amo de los animales, no amigo. Es ilógica una amistad entre dos especies tan diametralmente distintas.

—Además la casa no es mía —agregó y volvió al diario.

Tomé a Almudena de la panza y la llevé a la cocina.

Elisa fue literal cuando me contó que a su padre se lo había tragado la tierra. Casi sin señal de telefonía y apartado de la casa más próxima por al menos medio kilómetro de costa. El lugar era el refugio ideal para que Elías se encerrara a escribir las dos novelas infantiles que debía a su editorial. Estaba bien, se veían bien. Más flaco, con la barba tan descuidada como abundante y coquetas canas serpenteándole en el poco cabello que le quedaba. Seguía vistiendo como hace años –jeans, zapatillas, camisas y chalecos– y mirándome

de la misma forma que cuando nos conocimos en la biblioteca de UCLA, una mezcla entre miedo y deseo, nuestro juego finalmente, el mismo que tanta gente juega.

Se asustó al verme, más cuando le conté que Elisa me había mandado. Del espasmo inicial pasó a los nervios y la torpeza. Preferí obviar cualquier comentario a las mentiras que había creado alrededor mío en la versión literaria que, bajo la identidad de Maiden Bravery, construyó para sus últimos dos libros.

—Así que fueron ustedes —vino a la cocina con el diario en la mano, mostrándome el titular que refería a las últimas pesquisas referentes al caso, ya conocido en casi toda Latinoamérica, como «La batalla de Malleco».

—En rigor los aliados del dueño de ese diario…

—Alberto Edmunds Westmann.

—El mismo, y un grupo de elite de la Guardia Suiza del Vaticano que trabaja para Pro Deo, ¿imagino que sabes lo que es Pro Deo…?

—La CIA del papa.

—Más parecido a la SS del papa…

Elías sonrió, luego se acercó a donde yo estaba con la gata.

—Escuché todos los extras del pasado 11 de septiembre. Le quitaron prensa a las conmemoraciones de los otros 11 de septiembre, el del 73 y el del 2001. También al de 1541.

—¿Qué pasó el 11 de septiembre de 1541?

—Michimalonko, un jefe picunche asaltó y quemó la recién fundada ciudad de Santiago. Es nuestro primer 11 de septiembre.

—Cabalístico lo de Chile.

—Demasiado —respiró y luego volvió a *El Correo*—. La derecha paranoica habla de otra expresión más del odio violentista de la izquierda —continuó—, y del marxismo internacional. El Partido Comunista culpa a la derecha fascista y golpista amante de las armas y así, la forma de Chile —levanté los hombros, indicándole que la política chilena me importaba un huevo—. El gobierno tiene a la Araucanía en estado de sitio, buscando grupos infiltrados de hipotéticas guerrillas centroamericanas…

—No van a encontrar nada.

—Lo que no es bueno para la causa mapuche.

—No, no lo es, pero si son inteligentes, sabrán usarla a su favor cuando todo esto pare, porque va a parar. No en una semana o en un mes, pero tal vez en un año.

Elías miró por los ventanales de la cocina hacia el mar, después arrugó el periódico y lo tiró en un basurero abarrotado de sobrantes de frutas y verduras. Fue por una botella de vino y una copa.

—No te ofrezco, porque no bebes —dijo y regresó a la sala, acomodándose en el sofá del cual prácticamente no se había levantado

desde que aparecí a perturbar su calma.

Llené un vaso de agua, agarré un plátano y seguí al escritor. Almudena permaneció en la cocina masticando sus croquetas.

—Pensé que no comías delante de la gente.

—Algunas cosas cambian.

—Eso veo —indicó hacia mi cicatriz y mis cejas invisibles.

—Era necesario, todos los ojos de Berlín estaban encima mío. También me corté el pelo, casi rapado… Estas son extensiones —tiré de las mechas— y usé lentes de contacto de distinto color, además de cejas delineadas con lápiz —me arrugué entera.

—Nada tan permanente como rajarse la cara…

—La cicatriz me va a recordar siempre lo ocurrido. Kenya…

—Tu novia.

—Sí, mi novia —recalqué—. A Kenya le gustaba marcarse cicatrices, en la espalda, el vientre, los muslos. En el cuello tenía una grande que parecía la cabeza de un elefante. Decía que los tatuajes eran para los miedosos, los que siguen modas. Las heridas son más valiosas y te hacen autónomo e independiente. En eso estaba de acuerdo con ella.

—¿Solo en eso?

—Y otras cosas.

—La independencia de las cicatrices, voy a anotar eso —se burló, aunque algo en su tono revelaba que lo decía en serio—, para usarlo de título cuando me aburra de los *best sellers* comerciales y escriba una novela artística para ganar algún premio prestigioso.

—Tú tienes un tatuaje, ese espiral que baja por tu cuello —indicó.

—No es tema.

Elías sacudió de una palmada el polvo sobre una de las mangas del sofá, luego dio un trago a su copa de vino y dijo:

—Trabajé para Edmunds antes de los libros…

—Lo sé —lo detuve—, conozco tu historia, te investigué cuando te escogimos para lo de la Cuarta Carabela —le recordé, mientras quitaba la cáscara del plátano.

—En *El Correo* los rumores de los vínculos de los Edmunds con logias masónicas, organizaciones como el Club Bilderberg, eran bastante comunes. Igual que todo lo referente a su implicancia en el golpe militar del 73 y la colaboración con la dictadura.

—¿Te sentías orgulloso de trabajar ahí?

—Tú trabajaste para la Hermandad.

—Era espía encubierta…

Asintió devolviéndome una sonrisa. Tenía los dientes muy limpios y brillantes. De seguro se había hecho una limpieza antes de recluirse en la costa.

—Entonces no encontraron nada en el viaducto del Malleco…

—No, Watterly me entregó información equivocada.

—Ese es el juego de Francisco Watterly, siempre lo ha sido. Es famoso en el periodismo y la política local por ello. Fue secretario de prensa de Pinochet, su brazo derecho, prácticamente lo inventó, a pesar de estar trabajando a espaldas suya, con Merino. Al término de la dictadura regresó a la arena política como asesor de Aylwin y Frei, los primeros presidentes de la llamada transición democrática. Maneja información, demasiada, por eso sigue vivo…

—Se está muriendo.

—Es un decir, Princess. Watterly es inteligente, más que todos nosotros juntos —podía aceptar eso—. Más que Alberto Edmunds y sus consejeros incluso. Si te hizo ir al sur fue por algo. Provocó que lo rescataras, se hizo valioso para que tú y tus curas comandos —me gustó eso de curas comandos—, realizaran algo que él no podía hacer.

—¿Qué cosa?

—No tengo idea —alzó los hombros.

—Sea lo que sea que haya planeado Watterly… De lo único que estoy segura es que eres la única persona que conozco que puede ayudarme…

—¡¡¡Otra novedad en esta «nueva» —hizo en el aire y con sus manos las comillas—, Princess Valiant!!! La heroína requiere de la ayuda de un hombre para resolver el gran misterio…

—Que seas un hombre es solo un detalle. Sucede —acoté— que no manejo conocimientos de historia de Chile, podría usar Google —respondí—, pero prefiero la fuente directa. Y en esta materia, tú eres la única fuente directa en la que confío. La última vez que vi a Watterly me dijo que si descubría el Grial de Haimbhausen, estudiara un poco de historia de Chile.

—Pero no lo descubriste.

—Ese es el asunto. Francisco Watterly sabía que no lo iba a descubrir y de igual manera me dio ese consejo.

Elías dejó la copa junto a la botella. Se puso de pie y caminó hacia el ventanal para mirar el mar. Almudena vino corriendo desde la cocina y empezó a ronronear paseando entre las piernas del escritor, dándole cabezazos cariñosos para marcarlo como de su propiedad.

—Ven para acá— le dijo a la gata con cariño. Se agachó y la levantó para ponerla sobre sus hombros. Almudena se quedó quieta, ronroneando alrededor del cuello del hombre que me reinventó como personaje de novelas.

—Le gustas —le dije.

—El Grial de Haimbhausen, también conocido como el Cáliz de Calera de Tango o Cáliz de los Jesuitas, como lo llamaba Oreste Plath —dijo Elías.

—¿Quién es Oreste Plath?

—Un escritor que admiro… Así que buscaban el cáliz —murmuró, como si pensara en voz alta, mientras volteaba hacia mi.

—Sí, ¿qué sabes de él?

—Todo.

86

«También lo llamaron el Grial del Sur», Elías juntó palabras en un prólogo innecesario, pero tan suyo. «Tallado por un Dios, expuesto a los hombres, entregado a un imperio».

—Básicamente un objeto religioso labrado a partir de un meteorito, que permaneció en la Catedral de Santiago hasta 1982, cuando misteriosamente desapareció —aterricé su mal poema épico.

—Sí, básicamente —me hizo un ademán—. Algunas escuelas esotéricas chilenas…

—¿Hay escuelas esotéricas chilenas? —me burlé, interceptando su línea.

—Demasiadas —recogió la pelota—. Busca esta frase: «escuelas esotéricas chilenas» —Elías marcó en el aire las comillas— en Facebook y te vas a sorprender. Estas «escuelas esotéricas chilenas» —insistió, volviendo al carril— sostienen que haber entregado el grial fue un precio que Chile tenía que pagar.

—Pagar por qué…

—Por haber perdido el rumbo, la espiritualidad —movió su mano derecha en el aire—, volverse una nación materialista, habernos matados los unos a los otros… Finalmente por ser Chile.

—Curiosa razón para justificar un robo —respondí mientras iba a la cocina por otro vaso de agua.

—Nunca dije robar —me gritó Elías desde la sala—. El Grial de Haimbhausen supuestamente fue entregado. Pensé que la tal Mistral te lo había dicho.

—Me lo dijo. Pero mi idea es cotejar su versión de la historia con la tuya.

—Mi versión no es muy distinta.

Almudena me persiguió hasta la cocina, quería más comida. Los gatos chicos son como agujeros negros. No son crías mamíferas, sino pequeñas estrellas superdensas que al morir toman la forma más tierna posible para poder comer sin parar. Abrí la caja de croquetas y llené su plato, también le cambié el agua. Paró la cola de alegría y me miró con sus ojos negros con borde amarillo.

—De acuerdo a Mistral y a los apuntes del proyecto Metatrón de

Pro Deo, lo del cáliz empieza a mediados del siglo XVII —fui hablando. Afuera del ventanal, en la terraza de la casa del amigo de Elías, se había posado una enorme gaviota blanca.

—En rigor un poco antes. Mira —el tonó del escritor se hizo reflexivo—, la historia del Grial de Haimbhausen no empieza en Chile, sino en el norte de la actual Argentina, en la zona del Chaco en 1570, cuando un grupo de misioneros jesuitas llegaron a evangelizar a los indígenas locales. Ellos encontraron una serie de piedras metálicas esparcidas por la región, y descubrieron además que los indígenas usaban armas arrojadizas hechas con trozos de fierro de alta calidad, de un origen desconocido. Es importante tener en cuenta que entonces los jesuitas tenían el monopolio de la fabricación de acero y fierro en Europa, secretos que habían heredado de los templarios y que ellos no compartían con nadie.

«Los misioneros se reunieron con los caciques y les preguntaron de dónde habían obtenido el material. Ellos los llevaron ante un trozo de roca de unas diez toneladas con forma de mesa, a la que nombraban «el mesón negro». Cuando los curas les preguntaron por el lugar de extracción, los locales les respondieron que la roca había caído del cielo envuelta en fuego. Luego les mostraron el sitio de la caída, un cráter que aún existe cerca de la localidad de Gancedo, al sudoeste de la actual provincia del Chaco. Los caciques también les indicaron que toda la tierra, hasta el horizonte, estaba llena de piedras que caían del cielo».

Dejé que Elías continuara su relato sin opinar ni interrumpirlo. Me senté en el suelo, junto al ventanal. Al hacerlo rocé la ventana. La gaviota escuchó, se asustó y se elevó en dirección a los riscos que encerraban la bahía.

—«Intrigados por el descubrimiento —continuó narrando— la Compañía de Jesús ordenó a sus miembros en Sudamérica poner mucha atención a lo que ellos denominaron «las piedras de Dios». A partir de ese instante, los jesuitas fueron recolectando y coleccionando nuevas rocas metálicas extrañas, básicamente meteoritos, en lugares como Brasil, Paraguay, el resto de Argentina y Chile.

«Hacia 1663 el padre Diego de Torres ordenó la creación de una misión en Mendoza, para lo cual recibieron la donación de la Hacienda de Uco, junto a unas ocho mil cabezas de ganado», hizo un gesto de que ese número era una aproximación; le indiqué que no se preocupara y continuara. «Tales recursos, más las viñas del lugar, consiguieron el financiamiento de expediciones por toda la zona, incluido Chile, para rastrear meteoritos».

«La cruzada se sostenía en dos propósitos fundamentales: por una parte estaba la obsesión metalúrgica de encontrar el acero perfecto y, por otra, la idea del padre Diego de Torres de que «las piedras de

Dios» eran una suerte de lenguaje divino que ellos, como custodios y soldados de Cristo, no solo debían de resguardar sino aprender y traducir, para así lograr el propósito mayor de cualquier cristiano, hablar directamente con el Padre Celestial».

—Como Metatrón —necesité interrumpir.

—Un nombre grandilocuente, pero muy apropiado. Pro Deo y esa monja Mistral sabían perfectamente lo que estaban escudriñando —Almudena salió de la cocina y se acurrucó a mi lado, enrollándose en su cola—. Es a mediados de 1664 —continuó el novelista—, cuando el Vaticano se involucró directamente en el asunto de las piedras. Como era de esperar, el papado exigió informes detallados de cada hallazgo. Así ocurrió cuando el padre Diego de Rosales encontró una gran piedra negra, llena de inscripciones y marcas en su superficie, algunos kilómetros al sureste del centro de la entonces joven ciudad de Santiago de Chile. De inmediato, la compañía adquirió esos terrenos y entregó la roca a dos sacerdotes alemanes, quienes fundaron en la ubicación la chacra de La Ollería, que a posteriori sería una casa de formación jesuita.

«Se dice que el padre Diego de Rosales fabricó un molde de la piedra, con una copia lo más exacta posible de sus inscripciones y lo envió a lingüistas europeos convocados por el papado, quienes fueron incapaces de entender un solo signo. El hecho consolidó la obsesión de la Compañía de Jesús con los meteoritos, motivo por el cual Roma los nombró "guardianes de los cielos". No es casual que hasta el día de hoy, sean ellos quienes controlan el centro astronómico del Vaticano en el palacio de Castel Gandolfo, cerca de Roma», me miró.

—Estuve ahí.

—Por eso te lo digo.

—De acuerdo a la versión oficial, los jesuitas de La Ollería habrían extraído un trozo del meteorito, el cual fue fundido para dar forma a un cáliz negro, recubierto de oro y plata, sobre el cual replicaron los mismos símbolos y signos que estaban presentes en el resto de la piedra. El encargado de labrar tal obra, que en su época fue conocida como la más hermosa e importante pieza de arte colonial de las Américas, fue Karl Von Haimbhausen. Según lo escrito en varios documentos de la época, lo que Haimbhausen marcó en la copa contenía el destino de la humanidad, ya que el autor del código impreso en el meteorito no sería otro que el arcángel Gabriel.

—Que escribe el idioma de Dios —resoplé.

—O de los dioses, para los esotéricos…

—Esas escuelas…

—Desde esta perspectiva, la esotérica —recalcó Elías—. El Grial de Haimbhausen es uno más de los griales que hay en este mundo. Obras sagradas, obras de poder, que han sido revestidas de ropajes cristianos

pero que van más allá de la religión occidental. Los griales son piedras incorruptibles y puras, traídas a la Tierra por ángeles que no tomaron partida en la lucha entre Dios y Lucifer… Grial es *lapis exilis*, o si prefieres *lapis lapus ex caelis*, piedras caídas del cielo.

—Entonces, en esta lectura —acentué— el Grial de Calera de Tango tendría el mismo simbolismo que el otro, el más famoso y reconocido de todos. El de la última cena y del rey Arturo.

—El de *Indiana Jones*… una película —se explicó.

—Sé que es una película.

—Nunca hubo un grial en la última cena y lo del rey Arturo es una metáfora —recapituló Elías—. El verdadero grial del viejo mundo, porque el de Haimbhausen es el del nuevo mundo, es una piedra que cayó desde el espacio y fue cuidada y labrada por los antiguos nórdicos. Ese grial…

—El del hemisferio norte —precisé, para no confundirme.

—El del hemisferio norte —precisó él de vuelta—, estuvo muchos años en poder de los Cátaros. Por esa razón este pueblo fue perseguido por la Iglesia católica durante el siglo XIII. No se trató de una cruzada contra los herejes, sino de una cruzada por el grial. Para los nórdicos es un objeto muy poderoso, una piedra traída a la Tierra con la sabiduría de la Hiperbórea, el conocimiento del antiguo norte, ese punto más allá de las regiones boreales. Tras la desaparición de Hiperbórea, los sobrevivientes llevaron consigo una piedra negra grabada con todo el conocimiento de esa supuesta raza ancestral. En esta lectura, ese grial se iguala a la piedra filosofal de los alquimistas, el tercer ojo de Shiva y al único ojo de los cíclopes…

—Muy ocultismo nazi.

—Todo lleva al ocultismo nazi, Princess.

—¿Y qué dice el esoterismo respecto de las inscripciones en el meteorito y el Grial de Haimbhausen?

—Lo anverso. Que es la sabiduría de los sobrevivientes de la Atlántida. Atlantes e hiperbóreos eran titanes hermanos. Su herencia impresa en piedras negras es la sabiduría del futuro —marcó el punto final, arqueando sus cejas.

—¿Es todo?

—No —vaciló un par de segundos—. Hacia el año 2005, un grupo de físicos de la Universidad de Chile comenzó a difundir la hipótesis de que el Grial de Haimbhausen habría sido tallado usando un fragmento de un meteorito llamado VEAS-101, precisamente la roca encontrada en la Ollería en 1664 por el padre Diego de Rosales y que, durante el siglo XX, fue trasladado al sector de San Joaquín en Santiago, hasta una plaza del sector donde estuvo por más de cien años exhibido en carácter de «atracción infantil».

«Hacia la primera década del siglo XXI se descubrió que la piedra

era en realidad un meteorito y fue llevada a diversos lugares de estudio tanto en Chile como en el extranjero».

—VEAS-101 está en Castel Gandolfo, lo vi. Guy Consolmagno comparó este meteorito con el que robé desde Berlín y no coincidían. Son dos piedras distintas.

—Necesito más vino —dio un sorbo largo a su copa—. Los análisis de la Universidad de Chile —Elías retomó su relato— sostenían que en uno de los lados de VEAS-101 destacaba una incisión de veintidós centímetros, perfectamente cortada, que revelaba que a la roca espacial le fue sacado un trozo. El carbono 14 concluyó que esto ocurrió hacia el siglo XVII, época en que los únicos con el conocimiento y las técnicas necesarias para realizar tal operación eran los jesuitas. Además, como ya te he mencionado, para esos años los metalúrgicos de la Compañía de Jesús ya habían aprendido a extraer el fierro de los meteoritos encontrados en Sudamérica con el cual incluso estaban fundiendo espadas. Dado el tamaño y el peso del Grial de Haimbhausen no era gratuito pensar que esta obra fue labrada a partir de ese trozo de VEAS-101, pero como el copón desapareció en 1982, comprobar la veracidad de esta hipótesis es imposible.

—Al menos, lo de la pérdida en 1982, coincide en todas las versiones del relato.

—Eso es cierto —bebió un poco más—. Hay bastante consenso en que el robo del Grial de Haimbhausen no fue un descuido del personal de la Ccatedral, sino un acto premeditado. De ahí la hipótesis de que el cáliz fue entregado…

—¿A quién?

—Al Imperio británico y de ahí al Imperio romano, quienes siempre habían deseado el control de este objeto.

—El Vaticano —entendí su metáfora—. Pues ahora sabes que no fue así —Almudena se puso alerta ante otra gaviota que se posó en la terraza—. Todo esto, las interpretaciones de esta historia —reclamé, mirando a Elías—, son tan raras.

—Nada es raro si uno mira fuera de la caja. Piensa. Hablamos de 1982. ¿Qué hecho involucró a Gran Bretaña con esta parte del mundo ese año?

—La guerra de las Malvinas.

—Donde Chile mantuvo una indirecta participación apoyando a los ingleses. De acuerdo a la versión oficial para evitar una guerra con Argentina —suspiró—. Tras la victoria en la guerra, Margaret Tatcher agradeció la ayuda de Chile permitiendo la venta de armas y barcos al gobierno de Pinochet —jadeó—. Pinochet, por su parte, aprovechó de pedir la intervención británica ante Estados Unidos frente a las acusaciones de violaciones a los Derechos Humanos que se le venía encima y, que a la larga, iban a propiciar su caída. John Heath, el

embajador inglés en Chile, se reunió en secreto con Pinochet y, a cambio de la ayuda de Tatcher, cobró un favor extra…

—El Grial de Haimbhausen.

—Quienes hemos investigado esta historia hemos llegado a la misma conclusión. El servicio diplomático inglés simplemente fue a la Catedral de Santiago y lo tomó. Ahí, en el templo, estaba Ángelo Sodano quien lo habría entregado en persona. Regaló al guardián del alma de este país, la herencia de los atlantes y la Ciudad de los Césares, como dicen los esotéricos —miró al techo en forma de «A» de la casa—. Luego la embajada de Inglaterra lo facilitó al servicio de inteligencia británico, que siempre ha mantenido buenas relaciones con sus pares del Vaticano, saldando una larga deuda…

—¿Qué deuda?

—La traición de Pio XII.

—El papa de Hitler…

—El traidor del Führer. En 1944, Pio XII traicionó a Alemania entregando información secreta a los ingleses a cambio de dos cosas: que al terminar la guerra Inglaterra liderara una batalla contra los comunistas… —exageró el suspenso— y un cáliz muy especial que se encontraba en Chile.

—Pero eso al final no es lo que sucedió.

—No —respiró Elías—, tu versión de los hechos cambia radicalmente el hipotético final de mi historia, ya que al parecer ahora el Grial de Haimbhausen nunca salió de Chile…

—No, al parecer —lo corregí—. Francisco Watterly me confirmó que él mismo lo escondió, junto al verdadero meteorito del cual fue labrado.

—Jodió a la corona inglesa.

—Por orden de la verdadera corona inglesa. La Royal Alpha —lo miré—. En 1982, Alberto Edmunds ya era el Príncipe de Sangre de la Mesa Redonda, representaba al verdadero gobierno en las sombras de la vieja Britania, no era necesario llevarse la copa a Europa, ni menos entregarla a la iglesia…

—El tema —Elías volvió a beber—. Es que cualquiera sea la versión definitiva de esta historia, el cáliz y el meteorito siguen perdidos.

—Perdidos… —repetí, pensando en voz alta.

—¿Qué sucede? —Elías me conoce, de eso no hay duda.

—Hay algo que aún no te he contado —moví mi última ficha.

—Te escucho —su mirada estaba sobre mí.

—¿Recuerdas la batalla de Malleco? La cámara secreta en el viaducto…

—Sí, según me adelantaste, estaba vacía.

—Lo de «vacía», es más bien relativo.

Elías acabó su quinta copa y se acercó a la mesa de centro de la sala, donde yo había abierto uno de mis cuadernos de notas. Se arrodilló para ver mejor lo que estaba trazado con tinta azul en la hoja blanca de papel.

—¿Esto estaba en la cámara?

—En la pared del fondo, grabado en el metal. La pintura estaba descascarada, pero la forma se distinguía bien —describí.

Elías acercó su mano derecha y la puso encima del dibujo, como si fuera a leerlo con la yema de sus dedos. Si tenía ese superpoder, era reciente. Cuando trabajé con él era una persona bastante normal.

—¿Sabes lo que es? —le pregunté.

—Creo que sí —la voz se le enredaba, estaba un poco borracho—. ¿Qué ves tú? —me devolvió.

—Dos cruces de Malta formando un triángulo con una cruz solar en el ángulo superior —contesté.

—Es la Mesa Redonda —me miró—, pero también un mapa. Creo que encontraste —volvió a mirarme, esta vez con una enorme sonrisa en la cara—, la ubicación del Grial de Haimbhausen. El dibujo indica exactamente dónde está. ¿Sabes qué significa la cruz solar, más allá de ser además la llamada «cruz celta»? —negué con la cabeza—. Es el símbolo de Montserrat.

—¿La virgen negra o las sierras de Barcelona? —le devolví.

—Todo eso y algo más… El nombre secreto de Santiago de Chile.

—¿Nombre secreto de Santiago de Chile?

Elías se levantó y regresó a su sitial. Dejó su copa en el suelo y comenzó a explicar con ese tono pedagógico tan suyo.

—Existe una creencia antigua de que algunas ciudades tienen

nombres secretos conocidos solo por un grupo de iniciados —trastabilló, cada vez más borracho—. Una identidad no revelable al mundo profano. Este nombre era resguardado por las cofradías y revelado a generaciones siguientes por un maestro en su lecho de muerte. Esto porque se sostiene que la mantención del misterio garantizaba que las ciudades no sufrieran calamidades o fueran destruidas. La idea del nombre secreto fue tomada de los etruscos, previo a la era cristiana, y de ahí pasó a los griegos y romanos…

«Conocer el nombre secreto de una ciudad equivalía además a poseer una suerte de «ábrete sésamo», capaz de abrir puertas secretas a los tesoros ocultos bajo las urbes. Entendiendo tesoro no solo como riqueza natural, sino también como un valor intelectual y de poder. Gobernar y pisotear a los comunes y corrientes… A los promedio, como dirías tú».

—Eso no fue correcto.

—Pero lo entendiste —era cierto—. Roma, por ejemplo —suspiró —. Se dice que su nombre secreto era y siempre ha sido Valencia, por «ciudad valiente». Aunque en los primeros años de la cristiandad se le llamo también Cefalia…

—Por cabeza —Elías asintió—. Cabeza del imperio.

—Y porque allí residía la cabeza de San Pedro, el primer papa. Por su parte, el nombre secreto de Londres sería Roma, como base de un cuadrado mágico o anagrama. ¿Puedo? —apuntó a mi cuaderno. Se lo pasé—. Un lápiz también—, le alcancé mi pluma.

Escribió algo rápido en una hoja en blanco y me devolvió tanto el lápiz como el cuaderno.

R O M A
O L I M
M I L O
A M O R

Estaba garabateado en mitad de la hoja, formando algo que quería ser un cuadrado perfecto. No le funcionó, la motricidad fina no era lo de Elías, menos cuando estaba en alcohol.

—Se espejean, cada dos palabras hacen reverso —comenté.

—Exacto, una nueva Roma consagrada al amor y a Venus y Marte. La Roma de más allá del mar, la ciudad del amor.

—No hay lugar más apartado del amor que Londres —comenté con sorna.

—Los Beatles opinaban lo contrario.

—Odio a los Beatles.

—Nadie puede odiar a los Beatles.

—Yo odio a los Beatles…

—Jerusalén —supo interrumpirme, evitando que tomara el curso de otro río—, es un caso relativamente famoso de ciudad con nombre secreto, a la cual se le adjudican al menos tres identidades ocultas. El primero es Ir-David, ciudad de David, pero también se le llamó Ilia, por ser la supuesta capital hermana de Troya, que era llamada Ilion, de ahí lo de *La Iliada* de Homero —vio hacia el ventanal, con la atención puesta un segundo en un ave negra y grande, con el cuello y la cabeza roja, que aleteó por sobre la terraza—. La suma de esas dos nomenclaturas habría dado el tercer nombre, Ariel, que además es la identidad de un arcángel, según textos apócrifos.

—Interesante —arrastré, aburrida de la clase y con la atención puesta en el ave, un gallinazo, también conocido como buitre chileno o jote—. ¿Entonces, Montserrat sería el nombre secreto de Santiago? —apuré.

—Aguarda —el escritor no hizo caso a mi prisa verbal. Se levantó y, al hacerlo, pateó la copa que estaba en el suelo—. ¡Cresta! —exclamó al ver el poco de vino desparramado.

—Yo me encargo —lo detuve. Él se dirigió al pasillo que llevaba a los dormitorios, mientras yo iba a la cocina por un rollo de papel secante. Almudena corrió tras de mí, por supuesto, pendiente de que le fuera a dar más comida. Cuando volví a secar el vino derramado y recoger la copa, Elías apareció con una laptop que dejó abierta en la mesa de centro, junto a mi cuaderno.

—Santiago fue fundado por Pedro de Valdivia el 14 de febrero de 1541, sobre las ruinas de Mapuchuco, la capital austral del Imperio inca —asentí mientras lo oía—. Mas lo cierto es que Valdivia y los suyos arribaron al valle del Mapocho y tomaron posesión de este el 13 de diciembre de 1540, para el día de Santa Lucía, de ahí que se le diera ese nombre al cerro isla ubicado entre los entonces dos brazos del río y que la ciudad se consagrara a la patrona de la luz…

—¿El nombre de Santiago no debería ser Santa Lucía, entonces?

—Debería —musitó Elías, mientras se arrodillaba junto al computador para teclear algo—. Pedro de Valdivia tenía una compañera, Inés de Suárez, una mujer que viajó con él desde España y que se convirtió en su más feroz lugarteniente. Famosa en la cultura popular chilena por haber decapitado a los caciques y lonkos que atacaron Santiago durante sus primeros años de existencia. Pero Inés de Suárez era bastante más que solo una mujer de armas. La señora era una iniciada en ciencias paganas y religiosas, educada en la adoración a antiguas vírgenes negras, como la de Montserrat. Se ignora este dato, pero la gran razón por la cual ella vino a América no fue siguiendo a su primer esposo, Juan de Málaga, sino para escapar de la Inquisición, que había iniciado un proceso en contra suyo por brujería. La iglesia descubrió sus estudios y, tras saberla estéril,

concluyeron que practicaba hechicería demoniaca.

—Básicos.

—Infames —agregó Elías—. Inés de Suárez —continuó—, fundó el primer santuario católico en Santiago, que por añadidura fue el primero de Chile —recalcó—, precisamente dedicado a la Virgen de Montserrat.

—Y así, finalmente llegamos a Montserrat y su cruz solar —comenté con burla.

—La clave es el lugar donde se levantó el santuario —movió el cursor sobre la pantalla del computador—. Apu Wechuraba —me indicó, mostrándome fotografías de un cerro de altura mediana, con muy poca vegetación, amarillento en las imágenes y con un par de antenas en la parte alta—, un cerro isla al norte de del río Mapocho, que en épocas pretéritas fue usado por incas y picunches como centro astronómico y espiritual, un sitio sagrado —hizo incapié—. Actualmente reducido a un peñón lleno de basurales cerca del Cementerio Metropolitano, al cual todos los capitalinos conocen como Cerro Blanco —pensé en decir que debería llamarse Cerro Amarillo, pero preferí guardar silencio—. Inés de Suárez se enteró de la significancia del lugar y del dato puntual que allí eran preparadas las machis… brujas, curanderas, sabias —me miró.

—Mujeres con poder —repliqué.

—Mucho poder, aunque también hubo machis hombres, en su mayoría homosexuales —subrayó Elías—. Inés de Suárez es la verdadera conquistadora de Chile. No solo fue la compañera de Pedro de Valdivia y la verdugo del cacique Quilicanta, a quien decapitó con sus propias manos, además se convirtió en la legitima esposa de don Rodrigo de Quiroga y López de Ulloa, segundo gobernador de Chile, unión que le permitió mantener su esfera de influencia durante décadas en la joven nación. En 1545 doña Inés mando a construir a los pies del Apu Wechuraba, el Cerro Blanco —sobreexplicó—, una capilla de veneración a la Virgen de Montserrat, entregándole la ciudad a la Patrona Negra y renombrando a Santiago con esa identidad… —respiró—. El templo aún existe. Es decir, hay uno nuevo en el sitio, que es conocido como Iglesia de la Viñita —me mostró una foto de la pequeña capilla, pintada de un azul brillante—, en la esquina de avenida Recoleta con Santos Dumont —reemplazó la imagen por un plano de Google Maps, poniendo el dedo sobre la dirección indicada—. En el interior aún se conserva una imagen de madera de la Virgen Negra que data de 1574, una de las reliquias católicas más antiguas de Santiago. O de Montserrat del Nuevo Extremo.

—Por lo tanto —saqué mi cuaderno y mostré el dibujo—. Esta cruz de Montserrat señala ese templo.

—No —me arrebató el cuaderno—. Esto que dibujaste nos está diciendo otra cosa. Cierto, el conjunto en su totalidad representa una Mesa Redonda, la de la Royal Alpha —aprobé—. Y que su forma sea la de una cruz solar, que está en un lugar llamado Montserrat…

—Santiago —seguí con fervor.

—En el vértice superior de un triángulo o cara de pirámide —volvió al relieve de Malleco—, es decir un sitio elevado.

—¿El Cerro Blanco?

—No —fue categórico—. Existe otro detalle —Elías puso su dedo índice sobre las dos cruces de Malta—. Los templarios.

—Ubicados bajo la mesa, a los pies del triángulo, como sosteniéndolo —interpreté.

—O cuidándolo —me ayudó él.

—Una Mesa Redonda ubicada en lo alto y custodiada por dos caballeros templarios.

—Exactamente. Y yo conozco ese lugar —me sonrió con complicidad—. No es precisamente un cerro.

SANTIAGO DE CHILE

JUEVES 19 DE SEPTIEMBRE

88

El taxi se detuvo en la Alameda, a un costado de la que según Elías, era la Biblioteca Nacional. Era imposible continuar. La principal avenida de Santiago estaba bloqueada para el tránsito de vehículos y el férreo control policial afectaba incluso a peatones que caminaban por el sector. Elías me había convencido de que esperáramos un día para ir a la Mesa Redonda y su argumento tenía sentido. Ayer fue 18 de septiembre, fiesta nacional en este país, la ciudad iba a estar conmocionada. Hoy, 19 de septiembre, se conmemoraban las llamadas Glorias del Ejército y la mayoría de los santiaguinos se volcaban hacia un lugar llamado Parque O'Higgins para ver el desfile de las escuelas matrices y de las cuatro ramas de las Fuerzas Armadas. La lógica de Elías era acertada, salvo por un detalle: hacía ocho días un atentado terrorista voló en pedazos un puente en el sur, el gobierno no sabía a quién culpar y el territorio entero estaba en estado de sitio. Temor acrecentado en celebraciones patrias ante un posible nuevo ataque, esta vez contra el poder central. Por supuesto, políticos, militares y policías ignoraban las reales circunstancias de lo ocurrido.

—Blackhawks —apuntó Elías hacia el cielo, indicando dos enormes helicópteros negros que sobrevolaban hacia el centro—. La Fuerza Aérea está a cargo del patrullaje, eso es nuevo.

—¿Cómo sabes que es la Fuerza Aérea?

—Porque solo la Fuerza Aérea opera con Blackhawks acá en Chile… Estoy golpeado —siguió hablando—, no tenía idea de que se había suspendido la parada militar…

—¿Parada militar?

—El desfile —me explicó—. Es la primera vez desde 1973 que no se realiza. Y en ambas ocasiones por culpa de un 11 de septiembre.

—Las calles prácticamente están desiertas —observé—. El gobierno supo traspasar el miedo y usarlo a su favor para controlar las masas. Suspender actividades con grandes aglomeraciones, obligar a la gente a no salir…

—También para mantener a las fuerzas armadas alertas en caso de emergencia —Elías siguió mirando a los grandes y ruidosos helicópteros negros que llevaban estanques y armas colgando de alas embrionarias a ambos lados del fuselaje.

—Una emergencia imaginaria.

El escritor me guió en dirección oeste. Eran las cinco de la tarde. Hacía mucho calor y la capital sin transeúntes se sentía pesada; los edificios parecían sudar, la moral urbana también.

—Este año los fonderos sí se van a quejar —comentó Elías.

—¿Qué son los fonderos?

—Otra tradición chilena. Fiestas populares al aire libre, en parques. Se improvisan lugares de juerga, de comida y bailes, en unas construcciones ligeras con techo de paja a las que se denominan ramadas o fondas —explicó—. Cada año los fonderos se quejan de que no recuperaron la inversión: de que llovió, de que fueron pocos días, de lo que se te ocurra —no se me iba a ocurrir nada—. Ahora, tendrán una razón de verdad para llorar.

—En este país todos lloran mucho.

Me miró y sonrió, luego dijo:

—Se parece a Ciudad de México después de que robaron la tilma de Guadalupe. ¿Te acuerdas?

—No —fui categórica—. Estaba interna en una clínica, mi hermano me había atravesado el estómago con una espada… —a propósito levanté mi camiseta para enseñarle la cicatriz que atravesaba mi bajo vientre.

No dijo nada, ni siquiera me miró. Imagino que sigue haciendo eso cuando siente vergüenza.

Aceleramos el paso apresurándonos hacia la esquina de Agustinas con Bandera. Allí, en el cruce de calles, justo en la intersección con un paseo peatonal, Elías frenó obligándome a mirar hacia lo alto.

—Bandera número 172, esquina con Agustinas. La Mesa Redonda de Montserrat, la Mesa Redonda de Santiago de Chile —me mostró.

Sobre los primeros pisos que ocupaban las oficinas de un banco se elevaba un edificio de trece pisos, construido de acuerdo a las líneas estilísticas del art decó de comienzos del siglo XX. Resaltaban en él una imponente fachada tipo fortaleza que, al encontrar sus dos caras en la interacción de las calles, se levantaba en una torre cilíndrica que emergía por sobre la estructura principal a modo de atalaya circular. El baluarte remataba en una llamativa cúpula de observación vigilada por dos estatuas de piedra, ambas vestían como caballeros medievales

y se protegían con escudos triangulares con la cruz de Malta marcada en relieve sobre sus defensas.

—Los caballeros templarios —murmuré en voz baja.

—Dos templarios por delante de una cúpula con base circular o redonda. Desde arriba forman un triángulo. Uno de los templarios contempla calle Bandera —apuntó al paseo peatonal—, el otro hacia Agustinas; ángulos opuestos de vigilancia.

—Agustinas —repetí. No pude evitar sonreír.

—¿Mistral era agustina?

—Eso decía ella.

—A inicios del siglo XX este fue el edificio más alto de Santiago de Chile, el guardián de la capital del sur del mundo…

Elías continuó orientándome. Me llevó hasta la esquina nororiente desde donde me invitó a mirar mejor la Mesa Redonda de Santiago.

—Le dicen el edificio de los ángeles, porque la gente piensa que los templarios de la cúpula son ángeles, pero su nombre real es Sud América. Fue levantado para la Compañía de Seguros de ese nombre en 1929, con la idea de replicar en esta ciudad los grandes rascacielos que en esa época se estaban construyendo en Nueva York.

—Es muy Nueva York —reconocí.

—El Sud América fue obra de Alberto Siegel y Alberto Siegel Gerken, padre e hijo, ambos arquitectos…

—Y déjame adivinar, ¿masones?

—No es muy difícil concluirlo. La mayoría de los intelectuales de la época lo eran —resopló—. Quiero que mires a tu alrededor —lo hice—. ¿Notas una línea arquitectónica común entre los edificios más antiguos que nos rodean? Olvídate de las dos torres de cristal —me indicó dos grandes rascacielos tan modernos como impersonales, que ensombrecían la calle Bandera, unidos por un extraño puente de vidrio que parecía sacado de una escena descartada de *Blade Runner*.

—Sí —su observación del entorno era correcta.

—Los Siegel, padre e hijo, sobre todo el padre, son los forjadores del aspecto urbano del centro de Santiago durante las primeras tres décadas del siglo XX. De alguna manera, todas las líneas de la ciudad confluyen en esta esquina, en la cúpula de los templarios —y reiteró —, que hasta 1940 fue el ángulo más alto de la ciudad.

—No solo las líneas —volteé hacia atrás, al edificio que tenía a mis espaldas, perteneciente a una tienda comercial—. Hay leones que miran a los templarios —le enseñé a Elías. En efecto, sobre el friso del pórtico del edificio de la tienda, por encima de los ventanales del cuarto nivel, una ante terraza custodiaba al Sud América con dos gárgolas en forma de leones.

—Leones con la boca abierta que observan hacia los caballeros. Mucho que leer en el detalle. Se defienden de los templarios, de lo que

hay ahí dentro —continuó hablando el escritor—. Bandera 201 —identificó—, también fue obra de los Siegel y su idea de arquitectura monumental para el centro de la metrópolis. Este edificio —apuntó al logo de la tienda de retail—, es bastante posterior al Sud América, así que padre e hijo sabían muy bien por qué poner esos leones con la boca abierta en el friso. ¿Sabes la razón por la cual algunos mausoleos antiguos usan leones en actitud de ataque, observando tumbas vecinas? —me encogí de hombros—. Vigilan sepulcros de gente que supuestamente hizo pacto con el diablo…

—¿Dices que estos leones guardan al edificio de la Royal Alpha por qué ahí se realizó un pacto con el diablo?

—No he dicho nada, Princess, solo te cuento una historia. Además aún ni siquiera tenemos claro que este —apuntó al Sud América—, sea efectivamente propiedad de la Royal Alpha. Digamos que es solo una suposición esotérica de mi parte —me hizo ver nuevamente hacia la mole con cúpula—. Fíjate bien en las estatuas de los templarios, ¿qué hacen los caballeros?

—El primero mira hacia esta calle —indiqué Bandera— y el otro hacia esa —indiqué Agustinas—, tal como me lo mostraste hace un rato.

—Observa con más detención —guió mis ojos con su dedo índice derecho.

Arrodilladas a los pies de las figuras de piedra, había otras dos figuras antropomórficas que parecían clamar la ayuda de los caballeros.

—Los templarios abrazan niños indefensos, que están a sus pies…

—¿Y eso por qué? —le pregunté.

—Alegoría. Por una parte los templarios eran protectores de los caminos y los huérfanos desamparados; quien realizó la obra sabía lo que estaba esculpiendo. Y por otra parte, se dice que representan la idea de protección de una empresa dedicada a la administración de seguros. Este edificio, que hoy casi nadie ve, y que está tapado por esos monstruos —apuntó a los rascacielos de cristal unidos por el puente—, ¡fue desde su construcción un punto de encuentro y maravilla! Se cuenta que los santiaguinos acudían en masa a esta misma esquina para contemplar la mole que se levantaba bajo los andamios y admirar su majestuosidad.

—Muy interesante —sé que me escuché cabreada, pero es que ya había tenido bastante con las clases de historia. Aprovechando lo vacío de gente del centro y que Bandera era un paseo peatonal, abandoné a Elías y crucé en diagonal hacia el edificio de la Mesa Redonda.

—¿Qué haces?

—Busco la manera de entrar. No pienso quedarme un minuto más

escuchando tus charlas de arquitectura simbólica. No lo digo a mal, solo que sabes que la paciencia no es lo mío. Entre los detalles de este edificio y lo de Montserrat ya aprendí lo necesario. ¿Me sigues?

La entrada principal al edificio estaba por el número 172 de Bandera, a la izquierda del ingreso a un banco y a la derecha de un centro médico. El vestíbulo se armaba tomando como base una enorme apertura labrada en piedra que se alzaba desde el primer piso al nivel intermedio, entre este y la segunda cota. Un doble friso delineaba un falso ventanal sobre el marco de la puerta, extendiéndolo hacia arriba desde un entablamiento hasta un frontón triangular, que asomaba hacia fuera en un efecto de templo greco romano, como el Partenón de Atenas. El frontón, que además lucía el llameante emblema de la actual institución bancaria propietaria, se extendía en una terraza para desagüe que continuaba la fachada hacia Agustinas.

—Debe estar cerrado —Elías y sus temores expresados como deseos.

—No, no lo está —le respondí, empujando las puertas externas, ambas más nuevas, decoradas con seis ruedas de arco dorado sobre madera y metal lacado de negro. Tras el vestíbulo, las hojas acristaladas con marco café oscuro y bordes de bronce, muy *art decó*, muy sacadas del estilo imperante en el viejo Chicago o el Manhattan de la primera *King Kong*.

Las luces de la recepción estaban prendidas, aunque no había nadie dentro.

—Esto no me gusta —otra vez Elías.

—¿Princess Valiant? —nos sorprendió una voz. Un hombre calvo, vestido de traje elegante apareció desde las doradas escalinatas ubicadas al fondo hacia la derecha. Avanzó hacia el cubículo de la recepción y se ubicó dentro, apoyando sus codos en el mesón. Era viejo, de unos setenta años o más y encorvado, con la mirada celeste y amable.

Me acerqué.

—La están esperando —sonrió el anciano—. Es decir, los están esperando —miró a Elías, que se mantenía a mi espalda—. El primer ascensor —apuntó hacia los elevadores.

Por sobre la caja del ascensor, el numerador apuntaba que alguien venía bajando desde el piso diez. Miré hacia el cartel señalético y leí en voz alta:

—«Piso 10, División tecnología y operaciones: subgerencia de operaciones medios de pago». Interesante.

Elías no hizo comentario, estaba inquieto, asustado. Una campanilla anunció que el ascensor arribó al nivel de la calle. Elías me miró, yo solo veía al frente.

Las puertas se abrieron. Había una sola persona dentro.

—Llevo varios días esperándola, veo que se tomó el tiempo y que supo hacerme caso. Estudió historia de Chile —dijo Francisco Watterly McKay, mirando a Elías, mientras cargaba su cuerpo sobre el bastón de mango dorado.

89

El pasillo circular de la planta diez del Edificio Sud América rodeaba la parte baja de la cúpula de observación, el nivel de las estatuas de los templarios. Y desde sus amplia terraza se lograba una vista absoluta del centro de la ciudad, apenas interrumpida por los pocos edificios más altos que se emplazaban cerca. El cielo a las cinco con cuarenta de la tarde se volvía anaranjado y tedioso, y hacia la costa, en los cerros que conformaban el horizonte, se elevaban tres columnas de humo.

—Incendios —comentó Elías.

—No —lo corregí—, quemas. En la Araucanía las vi. Estaban por montones. Han de ser simpatizantes de la causa mapuche del *Wallmapu* que llegaron a Santiago a reclamar por el estado de sitio tras lo de Malleco.

—Princess, tiene razón —agregó Watterly, mientras nos dirigía en el recorrido.

—Trajeron la guerra a la región Metropolitana. La paranoia del gobierno no anda tan extraviada —comentó Elías, deteniéndose a mirar hacia el oriente, marcando con su mano una recta imaginaria en dirección al pequeño cerro que emergía a un par de kilómetros.

—El cerro Santa Lucía —me indicó.

—Exacto, señor Miele —se acercó Watterly—, una línea perfecta, desde el centro de esta torre hasta la cima del viejo Wangüelen…

—El nombre original del Santa Lucía —me explicó Elías.

—Donde estaba el palacio y observatorio del Inca regente de estas tierras —agregó Watterly—. La idea es que el último rayo de sol del día previo al solsticio de verano, atravesara por los ventanales superiores de la cúpula, más arriba —apuntó al techo— y de ahí al Wangüelen. Ahora gire un poco —le pidió a Elías—, hacia su izquierda en dirección este —el escritor lo hizo—. Trace la recta.

—El cerro El Plomo —apuntó al macizo más alto de la cordillera de los Andes, un coloso pétreo que parecía cubrir todo el oriente de la ciudad, proyectando su forma como una muralla natural sobre Santiago.

—¿Otro cerro especial?

—El más especial de todos. Para una cultura andina como la incaica, El Plomo era el símbolo absoluto del valle del Mapocho. Su protector. El padre que les proporcionaba el sol cada mañana. Allí se instalaron los pucarás, las fortalezas de defensa —explicó Elías— más grandes de la región y, en sus glaciales —apuntó a las cumbres de nieves eternas—, se realizó el mayor sacrificio de sanación e iniciación para estas tierras…

—El Niño del Plomo —definió Watterly.

—Una momia —continuó Miele, en perfecta coordinación con nuestro anfitrión—, de un niño de ocho años, que fue encontrado en 1954 dentro de una cámara de piedra. El pequeño habría muerto congelado en posición fetal, como parte de un rito en honor al dios solar Inti. De todos los objetos de poder de Santiago de Chile, se sostiene que el Niño del Plomo es el más poderoso de todos.

—E imagino que también está en este lugar —miré hacia lo alto de la cúpula.

—No —hizo una mueca Elías—. El Niño del Plomo está guardado seguro en las bodegas del Museo Nacional de Historia Natural.

—¿Sí…? ¿En serio? —fue la provocativa pregunta que dejó en el aire Francisco Watterly y que por supuesto no respondió. Elías lo buscó con la vista para intentar leerlo, pero no pudo—. Ahora, amigo mío —Watterly volvió a acercarse al escritor—, gire otra vez a su izquierda y marque otro vector invisible.

—Apu Wechuraba —pronunció el escritor—, el Cerro Blanco… Montserrat.

—El nombre secreto de Santiago —sumó el guardián de la Mesa Redonda—. Como puede apreciar, este edificio es mucho más que solo mezcla de *art decó* monumental con neoclásico —oteó hacia uno de los templarios gárgolas que desde las alturas vigilaban la esquina de Agustinas con Bandera—. Una torre de Babel, en espiral, como la pintada por Brueghel.

—Alberto Siegel padre, Alberto Siegel hijo… Fieles colaboradores suyos —le devolvió Elías.

—De los más brillantes, señor Miele. Aunque ellos jamás entraron en este templo.

—Lo imagino —lo cortó Elías—, por lo leones de enfrente —apuntó al otro edificio.

—Protegen a la ciudad del diablo —se refirió con sorna, Watterly —. Sucede que los Siegel sirvieron desde Marcoleta, usted entiende.

—Ya no entiendo —los miré.

—Marcoleta 659, la dirección de la gran logia de Chile —me aclaró Elías.

—Los públicos —agregó Watterly.

—Y ustedes lo subterráneos…

Francisco Watterly sonrió con aprobación y luego me preguntó:

—¿Cómo está Almudena?

—Como suelen estar los gatos cuando se les da agua, comida y cariño.

—Cuídela mucho, se encariñó con usted… Ahora vengan por acá.

Hacia la cara posterior del pasillo circular, el hemisferio que apuntaba en dirección opuesta a los templarios, se disponía una puerta de metal que el viejo abrió con ayuda de Elías. El paso comunicaba al cilindro central de la cúpula, que ascendía hacia los niveles superiores a través de una escalera en espiral metálica, adosada a los bordes de la estructura.

—Espero no les moleste que no haya ascensor.

Ni Elías ni yo respondimos. De los tres presentes en el lugar, el único que requería de un bastón para moverse y cuyo cuerpo parecía desarmarse al menor esfuerzo era él. Y llegó apenas a la parte superior del domo, donde había otra puerta, más pequeña y muy parecida a la escotilla encontrada en el estribo norte del ahora exviaducto del Malleco. Watterly metió su mano derecha al bolsillo de su chaqueta y sacó una argolla metálica de la cual colgaba una llave de plata, vieja y pesada, terminada en una llamativa forma de cruz en su extremo. La metió al ojo de la cerradura y la giró hacia la izquierda, cargando ligeramente hacia arriba. Los cerrojos crujieron limpios y luego abrieron el atalaya.

—Bienvenidos al trono de Santiago de Chile… O de Montserrat, como bien concluyó el señor Miele.

Fui la primera en entrar.

El nivel superior del edificio Sud América era un enorme espacio cóncavo circular, completamente blanco y sin ningún detalle, ni figura ni pintura en la superficie; nada que pudiese manchar el blanco marmoleo de la limpia superficie. La luz entraba por unas aperturas superiores que dirigían los rayos de sol desde tres posiciones distintas, aprovechando el movimiento diario del astro, de modo que el interior siempre estuviese iluminado y brillante. De noche, parecía ayudarse con un aro de faros eléctricos que rodeaban la parte alta del domo, un poco más abajo de las aperturas solares. El piso del lugar tenía un diámetro de unos diez metros y en el centro de este, con un radio que era la mitad, cinco metros, una mesa de madera, muy limpia y circular, con tres sillas ordenadas alrededor, equidistantes la una de la otra, en una posición que recordaba la de las cruces grabadas en la cripta del puente Malleco.

—¿Solo tres lugares? —miré a Watterly.

—El Príncipe de Sangre de la ciudad y sus dos acólitos. Hay otros once Príncipes de la Royal Alpha, pero no rigen Montserrat. O regían, las cosas han cambiado mucho en el mundo.

—Edmunds —apunté a la silla más llamativa, Watterly asintió—, usted —apunté a la otra —el siguió asintiendo—, ¿y el tercero?

—Alguna vez la ocupó el almirante Merino… Ha estado vacía por mucho tiempo.

Miré a Elías, quien por supuesto no había hecho caso a ninguna línea de la conversación, absorto en el objeto que ocupaba el centro de la mesa. Una copa labrada en un metal negro con bordes e incrustaciones de plata.

—El Grial de Haimbhausen —habló, cuando se encontró con mi mirada.

—El cáliz de los jesuitas —agregó Watterly—. Usted escribe libros para conspiranoicos, pero no sumemos paranoia a nuestro sentido común. La historia de esta copa es bastante más trivial que los mitos construidos alrededor suyo. La nominación de grial es bonita, pero inexacta.

—¿Y la piedra negra, el meteorito del que se esculpió? —pregunté a Watterly.

—Revise la base de la mesa —apuntó con su bastón de pomo dorado.

Me agaché, Elías lo hizo conmigo. No había un soporte de madera para la tabla circular. Esta se sostenía en un gran peñasco negro, grueso y brillante.

—A la vista de todos, sin que nadie lo vea, como el edificio entero —siguió hablando Watterly. Elías gateó bajo la mesa para tocar el meteorito—. En esta esquina, antes de que se construyera la torre, se emplazaba la gran casona de los Edmunds. Alberto Edmunds McFaill, el bisabuelo del Alberto que usted conoció…

—El primer Alberto, el fundador de *El Correo*.

—El mismo —jadeó—. Usaba la mansión como sede para las primeras reuniones de la Royal Alpha en Chile y para sus cónclaves secretos con la embajada británica. Incluso aquí estuvo encerrado durante un mes el ingeniero belga Gustave Verniory. Se dice que un jesuita y la señora Leonora Latorre lo liberaron. Después de la caída de Balmaceda, el primer Alberto cedió esta esquina a sus socios españoles de la Compañía de Seguros Sud América, con la condición de que le dejaran ocupar los pisos más altos, en una cúpula que él mismo ordenaría diseñar. Por supuesto, no se negaron, cómo podían hacerlo.

Elías se asomó desde bajo la mesa.

—Las inscripciones, el supuesto mensaje de Dios... Son…

—Marcas, roce de la atmosfera quizás… O de fragmentos que se desprendieron y cayeron al mar —sonrió Watterly—. Los jesuitas cazadores de meteoritos vieron en ellas un hipotético lenguaje de Dios y armaron un mito alrededor. Haimbhausen deliró con ello e inventó

una suerte de pictogramas sin sentido, que replicó en la copa y en las páginas perdidas de su diario —mientras lo decía, caminó hacia un armario de mármol blanco, el único otro mueble fuera de la Mesa que había en la cámara. Lo abrió y del interior sacó un sobre de cuero amarrado con un cordel rojo. Con cuidado lo puso sobre la mesa, arrastrándolo hacia mí—. Documentos que el arzobispado nos entregó cuando el primer Alberto recuperó el grial del intento de robo de Verniory, Latorre y los jesuitas en 1891.

Abrí el sobre con cuidado, dentro había al menos cincuenta folios que no quise sacar.

—Haimbhausen inventó todo para justificar las marcas que talló en el borde superior de su obra —miré el cáliz, Elías también lo hizo. La doble fila de ideogramas parecían jeroglíficos—, por cierto intraducibles porque no significaban nada.

—Mistral —murmuré.

—Mistral siempre lo supo y pretendía usarlo a su provecho, darle una traducción arbitraria a las marcas para justificar su idea de dar a Dios una nueva naturaleza femenina: la Madre, la Hija y la Espíritu Santa. Jamás entendí el propósito de Elena, el culto mariano ya es un buen inicio para establecer un gobierno matriarcal en el Vaticano. En fin —sopló el viejo antes de volver a toser.

—Edmunds lo va a matar por mostrarnos esto —me acerqué al viejo.

—¿Matarme? —carcajeó hasta volver a toser—. Mi hermosa niña —odio que me traten así, pero lo dejé hacerlo—, yo ya estoy muerto. No puedes matar a un condenado. La Royal Alpha ya es un mal chiste, un fantasma pretérito. Hoy existen nuevos poderes gobernado el mundo invisible. Más prácticos y concretos, menos iniciáticos e idealistas. Ya no es tiempo de brujos —apuntó al Grial de Haimbhausen—. El imperio de Edmunds se desmorona, ni siquiera hay un príncipe heredero, esto —miró en dirección poniente—, es el crepúsculo de los dioses. Hace años que el único que sube a esta mesa redonda soy yo. Y creo llegó la hora de pasar esa responsabilidad a nuevos propietarios.

—¿Qué quiere decir?

Francisco Watterly McKay torció una mueca que luego se transformó en una babosa sonrisa.

—Que la Mesa Redonda requiere una princesa…

Y puso sobre la mesa la llave, acercándola a mí.

—Espere.

—No —me detuvo—. Este lugar ya no es mi carga. Usted y su amigo, tal vez —miró a Elías, que observaba todo sin comprender qué estaba sucediendo—, sabrán decidir con sabiduría.

Watterly tocó el borde de la silla que alguna vez fue suya,

seguidamente apoyó su cuerpo enfermo en el bastón y se encaminó a la salida.

—Solo dejen bien cerrado cuando salgan, sería una lástima que todo esto se perdiera.

—¿Watterly?

El viejo abrió la puerta hacia adentro y antes de cruzar el umbral, volteó para mirarme y hablarme por última vez.

—Princess —dijo, cargándose sobre el mango brillante de su muleta—, lamento mucho lo de su madre.

VIERNES 20 DE SEPTIEMBRE

90

Estiré mi brazo izquierdo hasta el velador y levanté mi teléfono. Una alerta de mensaje escrito por Telegram aparecía en la pantalla de inicio. Toqué la superficie del móvil para entrar en la aplicación. Al hacerlo estiré las piernas y Almudena, que dormía a los pies de la cama, optó por saltar y buscar refugio arriba de la ropa doblada encima del sofá del cuarto. Era Egon. «Viani me mandó la información del paradero de Meztli. Volvió a CDMX. Tengo la dirección y todos los movimientos de Emiliano Arismendi, su novio. Va adjunto. Que ahora no ganen los malos». Cerré el mensaje y devolví el celular a la mesa de noche. «Que esta vez no ganen los malos», me quedé pensando. Luego me giré y me monté encima del cuerpo desnudo de Elías que aún dormía a mi lado. Ya no roncaba, eso era bueno. Puse mi cabeza junto a su corazón y escuché cómo aumentaban sus latidos al despertar. Bajo mi entrepierna lo sentí levantarse y endurecerse, eso me calentó. Me gusta lo cursi y absurdo que es Elías, con ese romanticismo de quinceañero que cree le funciona tan bien. Las tonterías que me dice cuando está acabando, que soy «exquisita por dentro» o lo de mis «pequeños terremotos», que de seguro aprendió de ese disco antiguo de Tori Amos. Con otra persona salgo escapando y con ataque de risa, con él no. Elías es bueno. No. Elías es gris, porque no existen las personas buenas, todos tenemos matices de gris, hemos cometido actos buenos, otros malos y la mayoría de las veces vergonzosos. El problema es que si bien no existe la gente buena, realmente buena, sí hay gente mala de verdad, por eso jamás el mundo podrá estar en equilibrio, porque los malos son más poderosos. Elías es gris de los buenos y eso hay que valorarlo, aunque a ratos su comportamiento me resulte insufrible.

—¿Otra vez? —me preguntó con ese tono tan de macho básico que ve al sexo y al acto de la penetración como el fin último de las cosas.

Piensa que no me di cuenta que se ayudó con una pastilla de Tadalafil, una de veinte si no me equivoco. Fue un lindo gesto que lo hiciera.

—No… No más. Solo quería despertarte.

—Lo hiciste —otra vez ese tono de quien solo ve placer en un acto que es pura biología. Insisto. De ser otra persona me estaría riendo de él hasta hacerlo llorar, quebrándole todo ese orgullo de macho. Y puedo ser hiriente. Dos verdades bien profundas y de milagro se le vuelve a parar otra vez en su vida.

—Quiero darte algo —le dije. Tiré las sabanas hacia atrás y salté de la cama, sabiéndome vigilada por sus ojos. No era difícil inferir que hacía mucho tiempo no veía a una mujer desnuda, al menos fuera de la pantalla de su computador. Moví la ropa tirada en el suelo y saqué mi bolso, regresé con él a la cama.

—Toma —le pasé dos de mis libretas—. No creo que tengas problema, para entender mi letra, soy bastante clara.

Elías se sentó en la cama y comenzó a hojear uno de los cuadernos.

—¿Qué es?

—Un diario que escribí. Son mis últimos 45 días. Intenté ser lo más detallista posible, desde la noche que robé el meteorito en el Museo de Historia Natural de Berlín y el asesinato de Kenya en adelante. Guarda esto también —le entregué cuatro de las tarjetas de memoria que usaba en los *burner phones*—. Hay audios, respaldos con mi voz explicando detalles, fotos y videos. Egon está descargando mi teléfono anterior, adjuntaré una copia de lo más relevante a tu mail.

—¿Egon? ¿Quién es Egon? —parecía ser lo único que le importaba de la conversación.

—Mi socio en Berlín —nunca antes lo había definido de esa manera—, me ayuda con lo de la red.

—Tu *hacker*.

—Digamos que sabe moverse muy bien en Google.

Miró las tarjetas.

—¿Qué quieres que haga con esto? —levantó el cuaderno que había hojeado.

—Ayudarme a que no ganen los malos.

—¿Cuál de todos los malos? —hojeó los apuntes—. ¿Edmunds, la Royal Alpha, Watterly, Pro Deo, Elena Mistral…?

—Todos.

—¿Incluida tú?

—Incluida yo —guardé silencio por un instante.

—No es cierto, no te queda victimizarte.

—No me victimizo…

—¿Quieres que convierta tu diario de vida en un libro? —volvió a mover las hojas del bloc.

—A eso te dedicas, ¿no? —Elías me respondió con una mirada—

Solo te pido que en esta ocasión Maiden Bravery tenga mejor carácter.

—Tal vez no se trate de Maiden Bravery —arrugó el ceño.

—Si, tal vez —le seguí el baile.

Fui por una toalla y me envolví en ella. Regresé a la cama y besé a Elías en su mejilla izquierda.

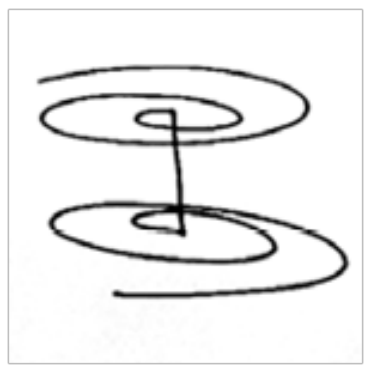
—Esto significa que nos volvemos a ver en siete años.

—Significa que me caes bien —me detuve—. El tatuaje —puse mi mano izquierda sobre mi cuello y seguí con el dedo índice la línea del espiral hasta el límite de la toalla—. Fue a los catorce años, la idea era dibujarme un agujero de gusano, un puente Einstein-Rosen…

—Se lo que es un agujero de gusano.

—Uno de esos —continué tocando el dibujo—, estilizado de acuerdo a un diseño propio—. Me aparté de Elías y fui hasta mi bolso por un lápiz de tinta azul. Brinqué de regreso a la cama y le arrebaté uno de los cuadernos. Escogí una hoja limpia y dibujé a la rápida.

—Originalmente era algo así —le mostré.



—Solo me tatué el primer espiral —me desnudé entera para que viera mejor—. Nunca dejé que lo terminaran.

—¿No te gustó?

—No —alargué—, no fue eso —volví a enrollarme en la toalla—. A esa edad tenía poca tolerancia al dolor. Cuando aprendí a controlarlo y a controlarme —subrayé— ya no tuve ganas de acabarlo. Solo es un trabajo incompleto —recalqué—, no significa nada.

—Nada —repitió él, mirando el garabato.

Me mordí los labios, dejé las sábanas y caminé lento hacia el baño. Almudena maulló, pero no le hice caso.

—¿Dónde vas? —me preguntó Elías.

—A la ducha —por un segundo pensé en invitarlo.

—No aquí —aclaró, mientras la gata se le encaramaba—, ¿dónde vas? —enfatizó el tono.

—A México.

—¿Entonces esto —levantó mi cuaderno y una de las tarjetas. Almudena trató de arañarlo— no ha terminado?

—Ya te enviaré el final.

CIUDAD DE MÉXICO

MARTES 24 DE SEPTIEMBRE

91

Desperté temprano y pasé lista a lo que debía de hacer durante el día. Abordé un taxi de techo rosado hasta el centro histórico de la capital azteca y recorrí las carnicerías del Mercado de San Juan. No buscaba precisamente un buen filete, menos algo que se pudiese pagar con tarjetas. Me dieron precisamente lo que necesitaba.

Usé otro taxi de techo rosado para abandonar el corazón de la capital azteca y dirigirme a Chapultepec, donde gasté las horas comiendo plátanos, tomando vitaminas y bebiendo al menos tres botellas de agua sin gas. Me gusta la comida mexicana, pero no andaba de ánimos de tortillas ni de nada que pudiera parecerse.

A las cuatro de la tarde me senté en un prado del parque y repasé la información que Egon me había enviado acerca de Emiliano Arismendi. El muchacho tenía veintiún años, vivía en un piso rentado en la colonia de la Roma, que por supuesto no pagaba él, sino Meztli. Estudiaba segundo año de comunicaciones en la Universidad Nacional de México y trabajaba tres tardes a la semana en la tienda del Museo Nacional de Antropología. Los martes marcaba tarjeta a las 14:30 y salía a las 17:30.

Esperé hasta las 17:20 para ir por él. Crucé el Jardín Botánico hasta avenida Grutas y de ahí me acerqué el Paseo de la Reforma. Mientras caminaba escuchaba las instrucciones que Egon me había remitido por mensajes de voz, con nombres de profesores, cátedras, horarios y todo lo que debía saber del mundo del tal Arismendi. También la ropa que acostumbraba a comprar, sus lugares favoritos, la música de su preferencia, la última película que había ido a ver y cuánto tiempo llevaba saliendo con Flor Canché; toda clase de datos sencillos de bajar y cotejar en alguien que usa mucho tarjetas de crédito y débito. Estaba demasiado endeudado para su edad y llevaba una vida muy pública a través de redes sociales, en especial en ese

espejo para espiar y *stalkear* que es Instagram, el depositario de vidas preferido para quienes gobiernan el mundo y necesitan esclavos.

Frente al ingreso principal del Museo de Antropología, detrás de los puestos de tortas mojadas, aguas frescas y suvenires, un grupo de artistas locales recreaban el rito de los voladores de Papantla, descolgándose de una vara de diez metros ante las miradas y cámaras de turistas, en su mayoría europeos y asiáticos. Les dediqué una mirada rápida y avancé hacia el museo, recordando también mi última vez en el lugar, cuando Elías presentó su penúltina novela en uno de los salones y yo lo interrumpí para avisarle que lo esperaba junto al diorama de la caza del Mamut de Iztapan. Otra vida, otra época, muy distinta de esta. Muy igual a esta.

Entré a la tienda del museo y me dediqué a ver libros, mientras aguardaba a que se desocupara de visitantes. Busqué a Emiliano. No se encontraba en el lugar. Había memorizado bien su cara así que sabía perfectamente a quién estaba buscando. Fui hasta una de las dependientas, me bajé los anteojos de sol hasta media nariz y dije:

—Busco a Emiliano.

—¡¡¡Arismendi!!! —miró ella a su alrededor—, estaba recién aquí. Tal vez ya se fue, como su turno ya acababa.

—No, sus cosas siguen acá —le contestó una compañera.

—Salió a fumar, debe estar en la plaza junto a la cascada —agregó un chico de ojos caídos y dientes muy blancos, casi brillantes.

Salí de la tienda y caminé hacia la plaza interior del museo. Encontré a Emiliano sentado en una banca junto a la pileta central, frente a la escultura en espiral, obra de Íker Lamaurri. Fumaba y revisaba su teléfono, escribiendo algo mientras sonreía.

«Ahora habla con Meztli», me escribió Egon a través de Telegram. «Van a verse hoy en la noche, a las once. Meztli irá a su casa». Le respondí con un mensaje de voz.

—Ok.

«¿Sugey te llevó lo otro al hotel?».

—Anoche, también me quiso vender marihuana.

«Estúpida».

—Mucho.

Sugey es un trans alemán que lleva cinco años viviendo en México. Según Egon era confiable y no hacía muchas preguntas. Nada de eso era cierto, pero al menos me consiguió lo pactado. «Es el país de América donde más raptan personas», me explicó Sugey mientras me entregaba la pequeña bolsa plástica con el polvo, «con la gente adecuada lo consigues rápido y sin palabrería».

Me acerqué al estudiante de comunicación. El dejó el teléfono a un lado y levantó la mirada, manteniendo su cigarrillo apretado entre los labios.

—¿Emiliano Arismendi? —le pregunté.

—Sí —con la mirada clavada en la camiseta de Muse que me había puesto, su banda favorita.

—Hola —me presenté—, Natalia Naudón.

—¿Te conozco? —tiró la cola del cigarro al suelo y lo apretó con su pie.

—No, pero tenemos en común al profesor De la Jara. Él me dijo dónde encontrarte.

—No eres mexicana, ¿tu acento?

—Chilena —mentí.

—¿Qué es lo que necesitas? —a pesar de su tono duro, tenía una expresión inocente en su rostro, casi infantil. El cabello negro muy corto por atrás, la piel morena y los rasgos marcados en un rostro huesudo pero agradable. Ojos alargados y negros, labios anchos y mentón triangular, casi femenino.

—Es largo… —estiré la última palabra—, ¿a qué hora termina tu turno? —le sonreí coqueta, su mirada seguía fija en mi sudadera y no solo en el logo de Muse, asco. Cuarenta minutos después, con una cerveza en su cuerpo, le pregunté si conocía a Flor Canché.

92

Escuché el motor de la motocicleta de Meztli, ese inconfundible tronar de una Kawasaki Z-900, doblar en sentido contrario al tráfico en la esquina de Jalapa con Tlaxcala. Alcé la cabeza y la vi apagar su máquina afuera de Tamales Doña Emi. Optó por evadir la entrada principal y se dirigió a la escalera externa de emergencias del edificio de cuatro pisos que ocupaba la totalidad de la pequeña manzana triangular. Me agazapé por encima de la azotea del apartamento de Emiliano Arismendi y esperé en modo invisible.

Meztli tardó trece minutos en llegar, desde que recibió el mensaje anónimo con imágenes de la casa de su novio. Tres del comedor y la cocina y una cuarta, con una panorámica de Emiliano, tendido de espaldas sobre el piso del dormitorio, totalmente ensangrentado, igual a como encontré a Kenya hacía cuarenta y seis días.

Encogí mi cuerpo por el borde de la terraza integrada al techo del edificio, justo por encima del balcón del apartamento de Emiliano y desde ahí seguí los movimientos de mi enemiga. La asesina de Veracruz trepó hasta la casa que ella y el universitario compartían desde hacía doce meses y entró por el ventanal abierto del mirador. Se tropezó con los libros y botellas que situé estratégicamente en la

entrada. Luego se deslizó despacio, tratando de no hacer ruido, hasta la única habitación al final del pasillo. Siguió revelando sus movimientos al no poder evitar el resto de objetos que repartí por el lugar. Trató de brincar por encima de un hervidor y su cable, al hacerlo me dejó claro cómo se había deslizado apegada a la pared derecha. Un ligero clic me sopló que había desplegado el cañón de la pistola que usaba a modo de manopla en su antebrazo derecho. Otro sonido, más agudo, que además desenvainó ese sable viejo que casi le quebré en nuestro primer enfrentamiento en la plazuela en Berlín. Se movió un poco más y al hacerlo dio con la puerta del dormitorio. Supe exactamente lo que sintió porque instalé en el lugar, por encima del cuerpo de Emiliano, un *burner phone* con la cámara encendida.

Meztli ni siquiera se horrorizó. Menos sintió espanto y horror. Tampoco rabia. Lo que se reflejó en su rostro fue miedo. Miedo por ella, porque tuvo certeza de lo que se le venía encima. Allí parada y mirando el cuerpo de su amante, tirado sobre el piso junto a la cama que alguna vez compartieron, con los brazos abiertos sobre un reguero de sangre oscura y negra. Emociones confusas amplificadas por la penumbra de la noche y el temor ante el próximo movimiento de las sombras.

«Todo se da vuelta», pensé mientras desenvainaba mi bayoneta de la bota. Caminé en puntillas, a lo bailarina de ballet, hasta el borde de la terraza. Respiré y fui contando, escuchando los sonidos de la noche. Meztli debía de estar regresando a la sala del apartamento. Dejó los ventanales abiertos. Tonta. Era buena, pero yo mejor. Apreté la hoja de la bayoneta por su borde romo entre mis dientes, sujetándola firme con mis mandíbulas, luego apoyé las palmas de mis manos en el borde del techo, apreté la laxitud de mis músculos hasta tensarlos como roca. Apenas sentí que estaba lista, firme como una lanza, proyecté el peso de mi cuerpo hacia arriba, impulsándome con mis piernas a la vertical en una posición invertida. Al llegar a la recta absoluta me empujé, rotando sobre mi eje, para entrar al departamento llevando mis piernas por delante. Y mientras lo hacía liberaba mi arma de mi boca tomándola con mi brazo derecho.

Caí sobre Meztli con las rodillas flectadas y puntiagudas. Aunque alcanzó a percatarse de mi entrada, no le di tiempo para reaccionar. El golpe fue directo sobre su pecho, lo que a mi velocidad de entrada no solo la desplomó y la hizo soltar su sable, sino que la dejó tumbada unos segundos, lapso preciso para que yo alcanzara a reponerme y trazar un arco con mi brazo derecho y la bayoneta hacia su espalda.

El alarido que soltó la mexicana fue más por la humillación que por el dolor. El corte no fue tan profundo, pero cercenó la carne de su costado izquierdo. A pesar del daño se volteó hacia mí y me apuntó con la manopla de su brazo derecho. La vista nublada, la humillación,

la imposibilidad de recuperar el equilibrio, el sistema nervioso cortado, la motricidad astillada. Disparó tres tiros, todos lejos de donde yo me encontraba. No podía apuntar, el polo norte magnético de su parada había sido alterado y la adrenalina, en lugar de jugarle a favor, se había convertido en su peor adversaria.

Dominada por la rabia y el miedo, Meztli comenzó a gritar y a disparar compulsivamente. Cada tiro reculaba contra su hombro derecho, aumentado aún más el daño de su izquierda. Esperé al quinto y sexto balazo. Listo, se quedó sin proyectiles. La miembro de los Asesinos de Veracruz buscó su sable para ganar tiempo, pero ya no tenía ni la agilidad ni la ventaja de estar en su terreno. Yo había asaltado su geografía y la había alterado a mi favor. Resbaló en una punta de alfombra y al caer se encontró con la hoja de mi bayoneta clavada en el muslo de su pierna derecha.

Esta vez no hubo grito, tampoco cuando cargué mi arma contra el tendón de Aquiles de su otra pierna. Un roce limpio del acero contra su carne y la mujer que me había arrebatado a Kenya estaba en el suelo, inválida en sus propios errores.

Arrastrándose intentó implorar piedad, pero antes de que hablara le di con la punta de mi bota izquierda en la quijada volándole la mitad de los dientes. La sangre espesa y amontonada le impidió hablar. No quería escucharla, no lo merecía.

Observé cómo reptaba tratando de visualizar un escape tan inexistente como improbable.

—Arrrrg… —balbuceó entre borbotones.

—Emiliano solo está dormido, burundanga —me expliqué—, cuando despierte mañana no va a entender nada.

—Grrr… brrr… —seguía tratando de articular.

—La sangre del piso es de cerdo. La venden muy barata y por litros en los mercados del Zócalo.

Me agaché hasta quedar a un centímetro de la cara de Meztli, sus ojos se dilataron al reflejarse dentro en los míos.

—Va a doler —le prometí—, mucho.

BRUSELAS, BÉLGICA

MARTES 1 DE OCTUBRE

93

La asistente: veinticinco años, ahora con una blusa blanca abierta hasta el segundo botón, bajo un dos piezas negro muy entallado que le llegaba poco más arriba de las rodillas, cabello recortado en melena con flequillo y muy bien teñido de rubio platinado, se acercó al sillón donde yo esperaba y me indicó que debería haber llamado antes.

—*Monsieur Decerf s´ n'assiste pas sans rendez-vous préalable.*

—*Ce ne sera que cinq minutes et il sera heureux de me recevoir* —le respondí imitando su sonrisa. Recordé que su nombre era Lullier.

—Se lo advertí —replicó la mujer, que seguía teniendo unos pómulos muy marcados y con pecas bajo los ojos, los que sabía destacar con un delineador azul oscuro, que llamó mi atención y mi gusto desde que vine por primera vez a la oficina de *Design et Architecture Decerf & Associes*.

No alcanzó a ofrecerme café o agua cuando las puertas del ascensor, ubicadas frente a su escritorio, se abrieron y del interior apareció Benoit Decerf Verniory. Llevaba unos enormes anteojos oscuros sobre los ojos, tal vez para disimular una mala noche de lunes.

Tras saludar a su asistente y tomar unos sobres y el ejemplar del día del *De Standarrd* se percató de mi presencia.

—¡*Mademoiselle* Naudón! —exclamó al descubrirme allí sentada—. Se ve…

—Distinta —imagino que lo dijo por las nuevas extensiones rojas que dejaba caer entre mi cabello. O tal vez porque ahora no disimulaba con base color piel la cicatriz que me atravesaba el rostro.

—No la esperaba, ¿pidió una cita? —miró a Lullier, ella negó con la cabeza.

—Le traje algo —lo miré—, desde Chile —curvé una mueca.

Benoit Decerf Verniory hizo un ademán para que lo acompañara a su privado.

—¿Quiere algo? —me ofreció—. ¿Café, agua, algo más fuerte? —trató de ser seductor, pero no le funcionó.

—Seré breve, señor Decerf.

—Benoit.

—Señor Decerf —insistí. Él hizo un gesto de que le dijera como quisiera, mientras se quitaba los anteojos oscuros.

Llevé mi mano derecha hasta mi bolso y saqué la llave del salón de la Mesa Redonda, deslizándola luego por encima del escritorio, ante la atenta mirada del tataranieto del constructor de puentes. En seguida tomé una hoja de papel y cogí un lápiz. Escribí rápido una dirección, varios datos necesarios y un número de teléfono celular.

—Creo que esto le pertenece —le dije—, o al menos tiene más derecho que yo.

—¿Qué cosa?

—Bandera 172, Santiago de Chile, piso 11. El ascensor llega solo hasta el 10 —leí en el papel—. Se llama edificio Sud América y es sucursal de un banco. Este teléfono es de un amigo, Elías Miele. Le caerá bien y le ayudará en lo que necesite.

—Discúlpeme, pero no entiendo —Benoit levantó la llave.

—Lo que tiene en la mano abre la puerta de un cuarto secreto en la cúpula del edificio. Alguna vez fue la sala de reuniones de la Mesa Redonda de la logia masónica Royal Alpha de Santiago de Chile… Lo que habla su tatarabuelo en las páginas inéditas de los diarios y las cartas que me permitió escanear —Benoit movía la cabeza extrañado.

—Edmunds y el inglés.

—Y Stirling, todos ellos —le confirmé—. Lo del meteorito perdido, la piedra negra. Todo está en ese sitio. Haga usted lo que estime conveniente con él. Ahí también está el cáliz conocido como Grial de Haimbhausen.

—¿Santiago de Chile?

—Sí, Santiago de Chile. ¡Oh, casi lo olvidaba! —no era cierto—. Si me puede hacer un favor —volví a mi bolso y saqué un sobre cerrado, dentro estaban las páginas arrancadas de las memorias del conde y jesuita Karl Von Haimbhausen, dato que por supuesto no iba a darle, porque a Benoit no le interesaba—. ¿Podría mandar esto a través de su oficina? La dirección está anotada en el dorso —le mostré, mientras se la leía en voz alta—: «Museo Palacio Haimbhausen, Starnberg, Munich».

—Sí, claro —asintió Decerf Verniory confundido, tratando de encontrar las instrucciones para el puzzle que acababa de instalar en su vida—. Espere… —tartamudeó mirando fijo la llave todavía apretada entre sus dedos—. ¿Qué quiere que haga con todo esto?

—¿Y yo qué sé? Dónelo a un museo si quiere —silbé—. Le prometí que iba a ser breve.

—¡Natalia! —trató de detenerme.

—Natalia Naudón no existe, es un alias que uso a veces. Mi nombre verdadero —le concedí ese derecho—, es Princess Valiant.

—¿Valiant? —levantó la vista.

—Sí.

—Qué curioso —marcó la palabra, arrugando el ceño.

—¿Qué tiene de curioso?

—Cuando nos vimos, hace mes y medio…

—El jueves 22 de agosto —precisé.

—Sí, supongo, no tengo tan buena memoria. Ese día, después de que revisamos los diarios y cartas de mi tatarabuelo y usted se fue… Bueno —estaba nervioso—, volví a los papeles y encontré algo más —abrió un cajón de su escritorio y tras remover algo, tomó una tarjeta postal—. No es primera vez que escucho ese apellido, sabe, Valiant, valiente, difícil de olvidar —me pasó la postal.

La fotografía estaba gastada y desteñida por los años. Los colores originales se habían diluido en un uniforme azul verdoso, pero el cuadro aún era fácil de distinguir. Una panorámica de un río o fiordo muy ancho que se adentraba entre colinas copadas de árboles tan altos como parecidos. En primer plano un pastor, junto a un perro lanudo y unas ovejas. El hombre vestía a la usanza clásica de la campiña inglesa. En la parte inferior de la postal, bajo los pies del personaje estaba indicado el lugar y una fecha: «Elswick, Inglaterra. 9 de noviembre de 1911».

—Voltéela —insistió Benoit.

Lo hice.

«Aquí vamos a construir el futuro, amigo Verniory. Su amiga V. Valiant».

—¿V. Valiant? —miré al tataranieto del ingeniero de los puentes del sur.

—Victoria Valiant —aclaró el belga—, ese era el nombre que Leonora Latorre, la…

—Sé quien era ella, leí los diarios —contesté en automático, como una muerta en vida. Volví a mirar la imagen y a leer el mensaje.

—Por lo que entiendo —siguió Benoit—, Leonora Latorre cambió su nombre a Victoria Valiant cuando se mudó a Inglaterra, después de 1891. Quizás —me miró—, sea algo suyo, pariente...

Levanté la vista hacia la llave de la Mesa Redonda, que bailaba temblorosa entre los dedos del tataranieto de Verniory.

Mientras contemplaba cómo el tren comenzaba a alejarse, pensé que quizás lo mejor sería ir hacia la puerta de uno de los vagones, entrar al convoy y bajarme en la capital de Francia, para perderme en la estúpidamente llamada ciudad luz. Me apreté el estómago, no de dolor, sino de neurosis, de rabia y de pena. Me dejé caer sentándome en una de las bancas junto a los andenes y vomité. Vomité como hacía tiempo no lo hacía, a la vista de todos los que a esa hora, la una y media pasado el mediodía, se amontonaban en la principal estación ferroviaria de la capital de Bélgica.

Vi a Meztli tirada muerta en una habitación en México; vi a Kenya en mi departamento en Berlín. La primera en el piso, la segunda sobre la cama. Imaginé a Emiliano Arismendi despertando y escuché su grito primario bajo el sol tibio del septiembre mexicano.

Vomité otra vez. Y frente a mí aparecieron los fantasmas de Alberto Edmunds Westmann y Francisco Watterly McKay. Los dos mirándome, los dos con cínicas sonrisas de niños de ochenta años, los dos repitiendo el mismo diálogo. «Lamento lo de su madre». Hijos de perra. En este mundo siempre van a ganar los malos. «Lamento lo de su madre», volví a escuchar, mientras proyectaba en mi cabeza la tarjeta postal de Verniory.

Tercer vómito, las vísceras se me atragantaron hacia la boca del estómago, como si cobraran vida. Un puñetazo y el posterior salto en reversa. La plaza de Salisbury frente a las estación de ferrocarriles de ese pueblo en el sur de Chile. Me vi en ese lugar. Le estaba contando a Elena Mistral acerca de «Verniory y una mujer llamada Leonora Latorre». Ella empalideció al oír el nombre, como si recordara algo. «Leonora Latorre», recalqué con intensión, pero ella se mantuvo muda y firme; inalterable como la piedra que siempre había sido.

Cuarto vómito y en esta ocasión con llanto.

—¿Le pasa algo? ¿Se siente mal? —me preguntó un guardia de la estación.

—Muy mal —acentué, mientras miraba por sobre el hangar descubierto de los andenes, hacia la vecina torre Rogier. De seguro había alguien mirándome desde el piso veinticuatro.

Vino un quinto vómito.

QUILLÉN,
CHILE

LUNES 22 DE FEBRERO 1892

95

Gustave Verniory se secó el sudor con su antebrazo derecho y miró al cielo. Las dos de la tarde y las cuadrillas aún estaban almorzando, protegidas bajo la sombra de alguno de los muchos sauces del bajo. El sol picaba recto y sin piedad, el verano del 92 había sido duro y la cifra de obreros caídos por fiebre e insolación era cada día más elevada. Solo los mapuche parecían soportar las condiciones sin reclamo, lo que acrecentaba el recelo contra ellos entre los peones blancos, descendientes de colonos europeos. Mismo sentir que afloró en los soldados del Ejército Pacificador, que de cuando en vez se aparecía por el sector para ver el avance de las obras, y también para vigilar. Las simpatías del ingeniero con el bando balmacedista durante la guerra civil no pasaron inadvertidas y levantaron suspicacias de todo tipo entre militares, gobernadores y superiores. Pero Verniory había hecho un trato y cumplido con su parte. Ahora solo tenía por delante kilómetros de nuevas vías férreas, selvas que echar abajo y ríos todavía más caudalosos que superar.

El belga buscó su cantimplora, dio un trago de agua y se mojó la frente con un pequeño chorro. Luego avanzó hasta el borde de la meseta que se extendía hasta cauce del estero y se quedó quieto mirando las inconclusas obras del gigantesco viaducto de madera que cruzaba los 532 metros que separaban ambos extremos del Quillén.

—¡¿Ingeniero?! —escuchó gritar desde la parte alta de la meseta a don Gregorio, su jefe de carpintería y, con ventaja, uno de los mejores hombres que le había proporcionado la North and South American desde su llegada a la frontera de la Araucanía, hacía ya casi dos años. Vaya que pasaba rápido el tiempo, meditó.

—¡¿Qué ocurre, don Gregorio?! —le vociferó de vuelta.

—Que lo buscan, don Gustave… —aleteó el hombre, grande y gordo, vestido solo con una camiseta con tirantes sobre su sudoroso y enorme cuerpo.

—¡Ya voy! —le respondió Verniory, mientras continuaba secándose el sudor de la cara.

Gustave Verniory pensó que se trataba de otra visita sorpresa de Álvarez, el supervisor que le puso encima la comisión gubernamental y que solía venir y hacer molestas preguntas acerca de la lentitud de las obras, cuando la respuesta estaba a la vista de todos: sintiéndose a 35 grados a la sombra, el verano más caluroso en el sur de Chile del que se tuviese memoria.

Pero no era Álvarez quien estaba montado en el lomo de un caballo viejo y de aspecto cansado.

—*Bon jour mon ami* —lo saludó desde la grupa del animal Leonora Latorre.

—¡Señora! —respondió Gustave enredado y algo tartamudo—. Pensé…

—Ya hablaremos de lo que pensaba, señor Verniory —le detuvo Leonora, para luego dirigirse al hombrón—. ¿Me ayuda a bajar?

—Por supuesto, mi dama —pronunció él con galantería, sujetando con una mano al caballo, mientras le ofrecía sus hombros a la mujer para que brincara desde el lomo de su montura.

—Si pudiese darle agua —le pidió Leonora, cuando ya se encontraba en el suelo.

—Con gusto —Rioseco miró a Verniory y, tirando de las riendas del caballo, lo llevó hacia las tiendas de trabajo a unos metros más aelante.

Leonora caminó hasta Gustave. Vestía pantalones negros de montura, sueltos pero entallados en las caderas. Una delgada blusa blanca abrochada hasta el cuello, con llamativos vuelos alrededor, y se protegía del sol debajo de un sombrero de grandes alas, que se quitó para sacudirlo del polvo.

—Este calor es insoportable —se quejó.

—Su cabello —comentó el belga—, está más largo.

—Han pasado seis meses, Gustave, el pelo crece —respondió ella arrugando las mejillas, mientras volvía a ponerse el sombrero.

Gustave tuvo ganas de decirle que se veía bien, hermosa incluso, pero prefirió callar. Ella se allegó a él, le tomó de ambas manos y las apretó con fuerza y cariño.

—Es bueno volver a verlo.

—Lo mismo digo —contestó en modo mecánico.

Leonora le soltó las manos y caminó hasta el borde de la meseta para contemplar las obras del portentoso viaducto ferroviario sobre el Quillén.

—Otro puente de Verniory —comentó—. ¿El tercero ya?

—Sí, el tercero —suspiró—, aunque es exagerado hablar de «mi puente».

—Son suyos, amigo mío. Ya verá, la historia los llamará así, los puentes de Verniory.

El ego se manifestó en una mueca vergonzosa en el rostro del constructor.

—Las obras están retrasadas —habló él—. El calor… cada vez hay menos obreros. Además con todo lo que pasó después de la guerra, el Estado atraviesa penurias financieras. Deberemos conformarnos un par de años con ese puente de madera —apuntó—, en espera de los recursos necesarios para que Creusot envíe la estructura metálica definitiva que diseñamos.

—Que diseñó, Gustave. Hable en singular.

—Creo en los trabajos en equipo, señora.

—Lo que habla bien de usted.

—¿Entiende ahora por qué le dije que no usáramos los estribos de mis puentes? —agregó a modo de chiste, por primera vez apropiándose de las obras como suyas.

—Lo entiendo —asintió ella—. ¡Cómo pica este sol! —exclamó.

—Con perdón, soy muy mal educado. ¿Agua? —Verniory ofreció su cantimplora.

—Sí, gracias —respondió ella, bebiendo un trago.

—¿Qué la trae por acá?

—Vine a despedirme, Gustave. Dejo este país, ahora quizás para siempre. Era parte del trato. Ellos cumplieron su parte, yo la mía.

Gustave guardó silencio unos segundos.

—¿Balmaceda?

—Don José Manuel está bien. En París y con una identidad nueva, ese fue el pacto con el diablo —curvó una sonrisa triste—. El Grial de Haimbhausen por la vida de un presidente. Fingir su muerte resultó más simple de lo que pensé…

—Bueno, tenía al editor de *El Correo* y su maquinaria de mentiras.

Leonora le regresó otra sonrisa triste.

—Lo importante es que Balmaceda está a salvo y el país poco a poco recupera su estabilidad… Aunque sea convertido en brazo del Imperio británico.

—Lo han sido desde la guerra del 79. Ganaron los malos…

—No sea tan pesimista, ingeniero.

—Soy realista.

—Yo también, pero tengo esperanzas. Las nuevas ideas solo están en pausa y ya volverán a emerger, con aún más fuerza.

—¿Pronto? —dudó Verniory.

—Diez, cinco, veinte, cuarenta, cincuenta, cien años. Da lo mismo

cuándo, la semilla ya está puesta. Soplan vientos confusos en el mundo, amigo mío. Olor a guerras, cada vez más grandes y globales. Ahí crecerá esta nueva planta, ya verá. Se abrirán las avenidas para los nuevos hombres y las nuevas mujeres.

—Espero estar vivo para verlo.

—Lo estará, ingeniero, lo estará.

Verniory dio un paso adelante y fijó su mirada en el terraplén del extremo norte del puente Quillén.

—Aquella noche, en Malleco —miró a su compañera—. Cuando usted apareció con Edmunds y su gente. Y habló del trato —clavó sus ojos en los de Leonora—. No se refería solo a Balmaceda ¿verdad…?

—Por supuesto que no, usted y Ugarte también me preocupaban, más tras enterarme de la traición de los curas Almagro y Bórquez. No hay mayores ratas que los jesuitas, se odian entre ellos, gustan de los puñales por la espalda… Es su manera de sobrevivir… a sus propios pecados.

—No hablo por nosotros, Leonora, le pregunto por usted. Recuerdo su cabello sucio, su rostro demacrado…

—Digamos que los hombres malos tienen muchas maneras de presionar y hacer hablar a las mujeres, usted entiende. No fue algo nuevo para mí, ya había estado en una guerra —la espía miró al cielo, identificando una solitaria nube allá arriba, muy alto—. Pero para qué revivir malos recuerdos. Vine a decirle adiós y a desearle suerte con sus nuevos puentes.

—¿Dónde se va?

—Regreso a Europa, al mundo viejo. Inglaterra, Francia, España —enlistó en suspenso—. Voy a proteger a don José Manuel y a reencontrarme con unas viejas amigas con las que pretendo molestar un poco a los poderosos.

—Victoria Valiant.

—Sí. Creo que está será uno de mis últimos momentos como Leonora Latorre. La espía de la guerra del 79 debe ser enterrada y reemplazada definitivamente por una nueva mujer.

—Una nueva Victoria.

—Me gusta eso… —los ojos de la mujer brillaron al ser alcanzados un rayo de sol.

—¿Volveré a verla? —tartamudeó otra vez.

—Me mantendré en contacto. Quizás cuando usted vuelva a Bélgica, si es que vuelve. Pero no se preocupe, sabrá de mí.

—De la Victoria más valiente…

—No, solo soy una más en una larga lista. Me conformo con hacer bien las cosas y no traicionarme.

—Gracias, señora, por todo.

—No, Gustave —se acercó con cuidado—, gracias a usted, por

construir puentes —allegó su rostro al del belga y lo besó con afecto en la mejilla. Luego dio un paso hacia atrás y, haciendo un gesto con su dedo índice derecho sobre las cejas, volteó en dirección hacia donde Rioseco se había llevado el caballo.

El ingeniero tuvo el impulso de acompañarla, pero optó por quedarse ahí, viendo cómo la mujer que había conocido en París, aquel martes 15 de enero de 1899, se alejaba de su lado para siempre. Fue la última vez que la vio, aunque mantuvieron contacto hasta muchos años después. En 1949, dos días antes de su muerte en Egipto, Gustave Verniory le pidió a su esposa que lo llevara a ver las pirámides. Mientras observaba las grandes obras de los reyes de antaño le entregó las últimas páginas de sus diarios y las postales recibidas. Fue la primera vez que le habló a alguien de Victoria Valiant, «quizás ya esté muerta», le dijo, «hace diez años que dejó de escribirme».

LONDRES, INGLATERRA

VIERNES 4 DE OCTUBRE, PRESENTE

96

En completo silencio y por largo rato observé cómo padre dormía. Una luz tenue y blanca, casi fantasmagórica, caía sobre su rostro, desde un farol ubicado en el borde del antejardín de la casa del Club, misma que ocupa desde hace dos años y a la cual regresa cada vez que termina una reunión con sus asociados. Ronca cuando se voltea hacia la derecha, cargando el peso de sus pulmones y su nariz en ese hemisferio de su cuerpo. A veces mueve la boca, como si quisiera hablar. Nada lo molesta, nada lo inquieta, Armitage Kingston Valiant reposa como un niño de setenta y seis años y sueña como uno de diez. Doblé mis rodillas sobre el sofá al fondo del cuarto y seguí esperando. Sobre la mesa de noche de la izquierda, un reloj marcaba las cuatro con seis minutos. No tenía prisa.

Padre volvió a girar sobre la cama, ubicando su rostro en el halo de luz proveniente desde el exterior. Sus ojos reaccionaron y comenzaron a moverse dentro de los párpados, hasta interrumpir su letargo. Miró al techo, luego se estiró hacia el velador de la derecha y tomó el vaso de agua que había dejado a medio acabar. Se levantó un poco para beber y al hacerlo notó que el montón de ropa amontonada sobre el diván al fondo de la habitación se acababa de mover.

—¡Mierda! —se asustó, dejando caer el vaso de agua, que se estrelló en mil trocitos de vidrio, al golpear contra el helado piso de madera del segundo piso de la mansión emplazada enfrente del parque Regent, por sobre Ulster Terrace.

—Ten cuidado al bajar, te podrías cortar la planta de los pies —le dije.

—Princess…

—Padre —lo saludé.

Levantó su brazo derecho y tiró de la cadena de una de las dos lámparas para lectura que se curvaban sobre las cabeceras de la cama. Una luz amarilla y poco invasiva alumbró su rostro; yo preferí mantenerme en la oscuridad.

—¿Ingrid?

—Mañana va a despertar con un terrible dolor de cabeza —le aseguré—. No es tan buena, deberías pensar cambiar de guardaespaldas —lo provoqué.

No me respondió.

—¿Qué haces acá? —me miró.

—Sabes bien qué hago acá.

Otra vez se quedó en silencio. Estiré mi cuello a propósito y jugué a relajar mis hombros. Luego pronuncié la verdad que por años me había ocultado.

—Elena Mistral era mi madre.

—¿Cuándo lo supiste?

—Maté a mi madre.

Padre no me respondió.

—Maté a mi madre —repetí.

—¿Qué quieres? —la voz le tembló.

—Creo que lo sabes.

Padre me miró. Me levanté del sofá, caminé hasta la puerta de la habitación y encendí la luz principal del cuarto, que vino desde una vieja araña de cristal de principios del siglo XX, pendiente desde el centro exacto del barroco dormitorio.

La vista fija de Armitage me siguió mientras recogía mi bolso y tomaba del interior un objeto largo y delgado, envuelto en telas y lanas. Lo arrojé con cuidado a los pies de la cama, sobre unos cojines suaves y dorados.

—¿Es…?

—Excálibur, lo prometido.

—¿Qué hiciste con el Grial de Haimbhausen?

—Le entregué todo al heredero de Verniory…

Padre tomó el bulto y ni siquiera lo abrió para revisarlo.

—¿Esto significa?

—Significa que se acabó —lo miré.

—Era un riesgo del que ella se había hecho cargo. Tú no…

—Maté a mi madre —otra vez insistí.

Padre se desplazó hacia el lado izquierdo de la cama, donde no había vidrios y se sentó al borde. Miró a las ventanas cubiertas por cortinas delgadas y comentó.

—Se viene un invierno helado.

—El otoño ya es helado —mi voz luchaba por no quebrarse—. Es irónico, ¿sabes?, la pregunta que más veces me hizo la monja —

preferí llamarla así— fue por qué no me consideraba feminista. Estaba realmente obsesionada con el tema —Padre me oía casi sin respirar—. Se la contesté con evasivas, teorías idiotas. No quise responderle que no puedo hacerlo, que no me atrevo a hacerlo… Tú lo sabes, tengo números rojos, culpas, demasiadas mujeres muertas bajo mi mano… Madre acabó respondiendo sola a su gran duda —temblé.

—Elena Mistral —dijo luego, mirándome a los ojos—. Tu madre. Su verdadero nombre, su nombre secreto —acentuó—, era Franca.

—Franca Valiant —dije sin pensar.

—El apellido de su madre, que a su vez tomó de su madre y así hasta tu tatarabuela.

—Victoria Valiant.

—Nacida como Leonora Latorre en Santiago de Chile, en julio de 1855.

Me oculté en la sombra de una esquina, para no revelar la humedad de mis ojos.

—Cuando naciste, tu madre me pidió que usara el apellido de su estirpe —no me gustó la palabra— para que esta continuara en ti. Por eso adopté el Valiant después de Kingstone y me aseguré de que Martha Baltimore tampoco lo alterara —botó aire—. A pesar de su porfía por nombrarte Deborah…

—¿Madre…? —no fui capaz de verlo de frente.

—Ya era monja y muy importante en Pro Deo cuando se embarazó de ti. Te tuvo a los treinta y ocho años, cuando ya tenía su plan funcionando. No fuiste un accidente, ella te buscó. Te buscamos —cambió a plural—. Te necesitábamos.

Una lágrima bajó por mi mejilla.

—Me entregó a la Hermandad.

—Princess, tu madre no te tuvo, te creó y te inventó. Tal cual tu tatarabuela le enseñó a su hija y así en adelante…

—¿La amabas?

—En nuestro mundo no hay espacio para el amor —eso era cierto.

Mantuvimos un silencio cómplice, quizás el tiempo que más cerca me he sentido de padre en toda la vida. Tal vez el tiempo en que más cerca él se ha sentido de mí.

—Maté a mi madre —repetí por cuarta vez, porque de verdad no sabía qué más decir.

—Y tu madre mandó a matar a tu novia para recuperarte.

Lo miré y por un segundo tuve ganas de rebanarle el cuello para que todo terminara realmente. Era tan fácil. Tres segundos. Uno para sacar la bayoneta de mi bota, otro para saltar y el último para separarle la cabeza del cuerpo. Ingrid abajo seguía inconsciente. El resto era saltar por la ventana y perderme en la oscuridad invernal del centro norte de Londres. Un tren a Gatwick, un avión a Berlín.

—Franca Valiant —pronuncié el nombre de mi madre.

—La tradición de las valientes —habló padre—. Escogió el alias de Elena Mistral por una amiga de tu abuela, una poeta chilena que había conocido en Italia, en la década de 1940.

—La que ganó el Nobel —sonreí yo.

—Fue una buena amiga de la familia.

—Soy chilena —moví la cabeza.

—Media chilena.

—Odio ese país —me limpié otra lágrima, una que esta vez padre sí notó—. Quiero saber más.

—Qué más.

—Todo, padre, cuéntame todo.

BERLÍN,
ALEMANIA

LUNES 7 DE OCTUBRE

97

A pesar de los reclamos de Egon, que hubiese preferido un auto, arrendamos dos bicicletas públicas a la salida de la estación Heerstraße y pedaleamos, bordeando los jardines y bosques del parque de Drachenberg, en dirección a uno de los lugares favoritos de Kenya, la montaña artificial de Teufelsberg. Un montón de escombros y basura convertida en una elevación cubierta por flora tanto nativa como trasplantada, que fuera levantada en la década de 1940 por orden del propio Hitler y que, durante más de treinta años, constituyó el cerro construido más alto del mundo, superando por cinco metros la punta de la Gran Pirámide de Gizah.

—¡Entonces no harás nada con Viani y el cura este… Constantino! —me gritó Egon, dos metros a mi espalda, tratando en vano de sobrepasarme.

—¡Consolmagno! —lo corregí—. Y sí, nada! —traté de sonar categórica.

—¡Te mintieron! —jadeaba.

—No han sido los únicos, ni los primeros que me han mentido —bajé la velocidad y giré hacia atrás, ubicándome a su derecha—. Yo tengo mis demonios, ellos los suyos. Que se hagan cargo de mantenerlos o exorcizarlos. Mi historia con ellos se acabó.

—Todo se da vuelta, Princess…

—Eso dicen los campos comunes —tomé mi botella de agua y di un trago—. Si así ocurre, no pienso recibir restos. Viani recogerá los suyos y los de su cura amante —bebí otra vez.

Pequeñas lagunas y pozos de agua estancada aparecían entre los arces y robles que separaban Drachenberg de nuestra meta. Me levanté sobre los pedales y apuré para llegar antes de que cayera la

tarde. Los días otoñales eran cada vez más cortos y quería estar ahí para los pequeños remolinos.

—Nunca entendí por qué a Kenya le gustaba tanto este sitio —comentó Egon, imitándome y prácticamente pegando su rueda delantera a mi bicicleta.

—Su obsesión con la guerra fría y el tecno pop de los ochenta —le respondí, mientras sentía a Almudena moverse nerviosa en la mochila de transporte. La gata había aguantado dos viajes en avión alrededor del mundo, pasear a diario en el viejo sistema ferroviario urbano de Berlín y ahora se inquietaba con la lentitud de un vehículo a tracción humana.

—Kenya y sus fijaciones.

Doblé hacia la derecha y me adentré al interior del bosque, ascendiendo por los senderos que zigzagueaban hasta la cumbre de la montaña artificial, a la cual solo se podía acceder caminando. Entre el follaje que nos golpeaba, Almudena empezó a maullar lastimeramente.

—Traer a la gata fue una crueldad —insistió con majadería Egon, que pedaleaba erguido sobre los pedales—. Nunca me gusto Teufelsberg. El paisaje es bonito, pero me acuerdo de su origen y me bajan las náuseas… ¡Nazis! —escupió.

Tenía razón. La idea tras el cerro era levantar allí los nuevos laboratorios de la futura Facultad de Ciencias de la Tecnología para la defensa de la Universidad de la Nueva Alemania, casa de estudio que debía de ser el principal orgullo académico de Germania, la súper ciudad en la que se convertiría Berlín tras el hipotético triunfo del III Reich en la Segunda Guerra Mundial, ostentado el rango de capital del mundo. Nada de eso pasó. Ni los nazis ganaron, ni Berlín se convirtió en Germania. Tampoco se levantó la Universidad de la Nueva Alemania, ni mucho menos la Facultad de Ciencias de la Tecnología para la defensa, solo quedó Teufelsberg como una curiosa construcción que por años fue conocida como la pirámide de Hitler, aunque ni de lejos ni de cerca tuviese forma de pirámide. La Guerra Fría y los Estados Unidos hicieron uso de ella en todo el periodo previo a 1990, instalando en la punta radares y artefactos de vigilancia y rastreo de alerta temprana, para peinar el cielo de la RDA, anunciando cualquier movimiento aéreo de las fuerzas del Pacto de Varsovia.

Amarramos las bicicletas a un mismo árbol y continuamos a pie hasta las ruinas de torres, domos y cúpulas que alguna vez vigilaron Berlín y su espacio. *Distant early warning* era el concepto, ahora fósiles metálicos pintados con grafitis retrofuturistas y arte urbano de dudoso gusto, habitadas por cultores de la música electrónica que hacían uso de este porvenir hecho añicos para bailar de atardecer a amanecer, imaginando un cielo sobrepoblado de bombarderos Tupolev y viejos

B-52 de ocho motores.

—Siempre odié el cyberpunk —explotó Egon, a medida que superábamos la reja de seguridad para alcanzar las torres más elevadas, donde siluetas semidesnudas de mujeres y hombres danzaban como androides alcanzados por los últimos rayos de sol del otoño berlinés.

—Kenya leía mucho cyberpunk —le conté—. Sobre todo cómics. Su tema era la Guerra Fría. La amaba. Fue la razón por la que se vino a Berlín —Egon me miraba incrédulo—. Le gustaba imaginarse siendo una espía en los setenta y ochenta, pasando de un lado a otro, mezclándose entre los locales, asumiendo falsas identidades, escuchando Kraftwerk, Tangerine Dream y cualquier cosa producida por Michael Cretu.

—Michael Cretu no es cualquier cosa.

—Soporto a Sandra, *Well be together*…

—Con razón se enamoró de ti.

—Tenía una visión infantil del espionaje.

—Hollywoodense.

—¿No es lo mismo?

Levanté el ceño.

—Los espías de la Guerra Fría eran oficinistas aburridos —siguió Egon—. No seducían a nadie, no iban a clubes de bailes y con suerte pegaron un puñetazo en toda su vida activa. Sus revólveres se oxidaron del poco uso. Berlín era muy aburrido en esos años, a pesar de que Bowie quisiera convencer al mundo de lo contrario —arqueó los hombros y se acercó a una tienda improvisada donde compró una botella de medio litro de Berliner Weisse y un cigarrillo de marihuana.

Aproveché para adelantarme y trepar hasta la estructura principal del oxidado sistema de alerta temprana, subiendo por las encajonadas escaleras que conducían hasta el techo. Bajo los domos y cúpulas que alguna vez fueron usadas para amplificar las ondas de radar, ahora solo había baile y cocinerías populares con recetas veganas y comidas asquerosas, de esas que me dan náuseas de solo imaginar su sabor. Huí de los olores cubriéndolos con agua de mi botella, mientras me las arreglaba para esquivar a las manadas de individuos que circulaban al ritmo de malas canciones de pop británico de la década de los 90.

Tomé posesión de una terraza desde la cual se alcanzaba el horizonte entero de Berlín, desde la aguja de la Ferndsehturn y los edificios altos y cuadrados de Alexanderplatz, hasta las moles de cristal resplandecientes del lado occidental. La columna de la Victoria con su ángel dorado en lo alto y el colchón verde y perfecto de Tiergarten, tras el cual asomaba la cúpula transparente del Reichstag, que brillaba sobre la línea urbana al recibir los rayos del crepúsculo, en el que quizás era uno de los últimos días de sol del año.

—¿Así que este es el sitio? —me preguntó Egon, surgiendo entre la multitud.

—Kenya podía pasarse horas acá —le respondí— mirando la ciudad, justo bajo ese domo —apunté a la estructura a mi espalda, cuyo efecto cóncavo, amplificaba la línea de bajo de la horrorosa canción que bailaban en el nivel inferior.

Dejé la mochila de transporte de Almudena en el suelo. La gata se movió nerviosa y volvió a maullar, más por el ruido que rebotaba por todo Teufelsberg, que por el vértigo que le provocara la altura. Sacó una pata por uno de los respiraderos y empezó a rascar. La calmé metiéndole por los mismos respiradores cuatro croquetas con forma y sabor a pescado. Aproveché de acariciarle la cabeza mientras comía.

Egon se quitó el bolso que llevaba cruzado sobre su polera con pabilos y buscó en su interior el ánfora con las cenizas de Kenya. El recipiente era plateado y relucía en cromo, pese a que las semanas de espera en el sótano de *Mighty Orbot* habían marcado su exterior con una delgada capa de polvo. Depositó el ánfora al lado de la mochila de Almudena y luego estiró los brazos hacia el cielo, como si estuviese elongando.

—Gracias —era primera vez que le daba las gracias por algo y sé que se dio cuenta.

—Te están creciendo —comentó en seguida, mirándome fijo a la cara—. Las cejas —precisó, dando un trago a la botella de cerveza—. No lo había notado hasta hoy. La luz en este sitio quizás. Son como manchas rojas y pequeñas sobre tus ojos. Igual te prefiero a lo…

—No —corté antes de que otra vez mencionara al más famoso de los vampiros alemanes.

—Vale —dio un paso hacia atrás—, comprendo. Voy… voy —tartamudeó— a dejarlas solas —indicó el ánfora—. Estas cosas no me gustan —siguió retrocediendo.

—Espera —lo detuve—, Hemorrhage…

—¿Qué pasa con Hemorrhage?

—Me dijiste que lo escuchaste y que te gustó.

—Mucho.

—Podrías… —dudé al no encontrar una palabra más precisa— difundirlo.

—¿YouTube, Spotify, Instagram, Facebook…? —levantó los brazos, exagerando.

—Por todas partes —exageré yo.

—Hecho —asintió con entusiasmo—. ¿Qué autoría uso? ¿Kenya Biyik, Kenya a secas?

—No —lo detuve—. Ella inventó un nombre para nuestro dúo… —volví a dudar—. *Die letzten Prinzessinnen.*

—Las últimas princesas —repitió, terminado luego de un trago la

cerveza.

—¿Sabías que Kenya era realmente una princesa? —Egon negó—. Por parte de padre —seguí—. En Burundi, un rey en exilio. Ella lo odiaba, pero eso no quita que fuera un rey.

—Una princesa con otra princesa —comentó, mientras encendía con un Zippo su cigarrillo de marihuana—. Eso explica muchas cosas.

—Lo sé —me limpié una lágrima, dándome lo mismo que Egon se diera cuenta. Hizo una mueca, aspiró un poco de la yerba y se mordió los labios. El rouge barato con el que estaba maquillado se corrió sin que se percatara. Hizo un gesto y se alejó para unirse a los desconocidos que bailaban sobre los domos cóncavos de las ruinas de esta máquina del fin del mundo.

Aguardé un segundo, me puse de pie y esperé a que arribaran los pequeños remolinos, esa brisa en espiral sobre espiral que siempre soplaba hacia el oeste de Berlín, cuando el sol se ocultaba en el horizonte y el cielo se volvía verde oscuro encima de la ciudad alegre más triste de Europa.

Sujeté el ánfora con las cenizas de la mujer que me había amado y abrí la tapa. La arrojé hacia el bosque que se extendía abajo, en las laderas de Teufelsberg y luego volteé el recipiente, liberándola. Kenya cayó sobre las corrientes de aire y empezó a girar en ellas como una hélice gris transparente que ondulaba el aire subiendo y bajando entre las espirales del viento del fin del día.

—El mundo va a bailar con las últimas princesas —le hablé a Kenya. Ella me contestó girando alrededor de mi rostro—. Quiero presentarte a alguien, vino conmigo hasta tu lugar preferido de Berlín —, me agaché, abrí la mochila de transporte de Almudena, y tomé a la gata acunándola contra mi pecho. Confiada en mi abrazo, ronroneó como una manera de manipularme para que no fuera a soltarla. La pequeña agitó sus zarpas peludas como si quisiera apresar algo del polvo en que se había convertido Kenya—. Se llama Almudena y la encontré en Chile —le conté—. En realidad me la dieron, un hombre que quizás ya esté muerto. No es tan bonita como Fafner, pero está mejor educada. Es bastante más incondicional que tu gato.

Regresé a Almudena a la mochila de transporte y me senté en el borde de la terraza, dejando mis piernas colgando hacia el borde del cerro, hacia Berlín, hacia las copas de tilos, nogales, hayas y robles. Atisbé al cielo, y mientras arriba comenzaban a brillar las primeras estrellas, fui viendo cómo Kenya desaparecía. Era nuestra última vez, nuestro final. Mi final.

—Quiero contarte algo más —pronuncié entre sollozos y temblores —. Hablarte de una mujer que conocí hace dos meses —balbuceé—. Se llamaba Franca, aunque yo la conocí como Elena. ¿Recuerdas que una vez me preguntaste por mi madre?

F.O.
Santiago de Chile, Berlín, Santiago de Chile.
Septiembre 2016 / Octubre 2018 – Enero 2019

EX LIBRIS

A pesar de ser una obra de ficción, los capítulos 15, 21, 28, 35 y 42 de esta novela contienen extractos parciales y totales de los diarios de Gustave Verniory, reproducidos en el libro *Diez años en la Araucanía 1889-1899* (Universidad de Chile, 1975; Pehuén, 2001). Si el lector quiere profundizar en la historia real tras el llamado Grial de Haimbhausen y el meteorito VEAS-101 recomiendo *La Antártida y otros mitos* de Miguel Serrano (El Esfuerzo, 1948), *Desde la Atlántida, conversaciones con Miguel Serrano* de Rafael Eissmann Videla (Puerto de Palos, 2007), *Argentum* de Ramiro San Honorio (Planeta, 2014), *Magia Austral* de Sergio Fritz Roa (Bajo los Hielos, 2007) y *Dioses Chilenos* (Planeta, 2018) de mi autoría. *Estampas Santiaguinas: Crónicas urbanas de Oreste Plath (1948-1965),* de Oreste Plath y Pati Aguilera (Letra Capital ediciones, 2018), también rescata historias del además conocido como «Cáliz de los Jesuitas». La crónica de lord Salisbury y su relación con Chile durante la Guerra de 1879 y la Pacificación de la Araucanía, la desarrollé en la novela *Salisbury* (Planeta, 2017). Un buen acercamiento al mito de «el nombre secreto de Santiago de Chile» y los túneles de los jesuitas está en las páginas de *El subterráneo de los Jesuitas* de Joaquín Edwards Bello (Zig-Zag, 1966) y *Crónicas de un Santiago oculto* de Criss Salazar (RiL Editores, 2017). Acerca del Club Bilderberg, Pro Deo, el proyecto Metatrón y la logia Royal Alpha, sugiero *Todo lo que te han contado es falso* de Joel Levy (Martínez Roca, 2004), *Nadie vio Matrix* de Walter Graziano (Planeta, 2007), *La verdadera historia del Club Bilderberg* de Daniel Estulin (Planeta, 2005), *From Hell: Companion* de Alan Moore (Planeta, 2013), *La Historia Oculta* de Jean-Pierre Pécau (ECC, 2016) y *Por la senda de Lucifer* de Gabriel López de Rojas (Martínez Roca, 2004). Para entrar en el relato de Leonora Latorre y la revolución de 1891, los cinco tomos de la novela épica *Adiós al séptimo de línea* de Jorge Inostroza (Zig-Zag, 1955), el ensayo *Servicio secreto chileno en la Guerra del Pacífico* de Guillermo Parvex (Ediciones B, 2018) y *Balmaceda, la guerra entre chilenos* de Carlos Tromben (Ediciones B, 2016). El personaje de Princess Valiant apareció por primera vez en *Logia* (Planeta, 2014).

GRACIAS

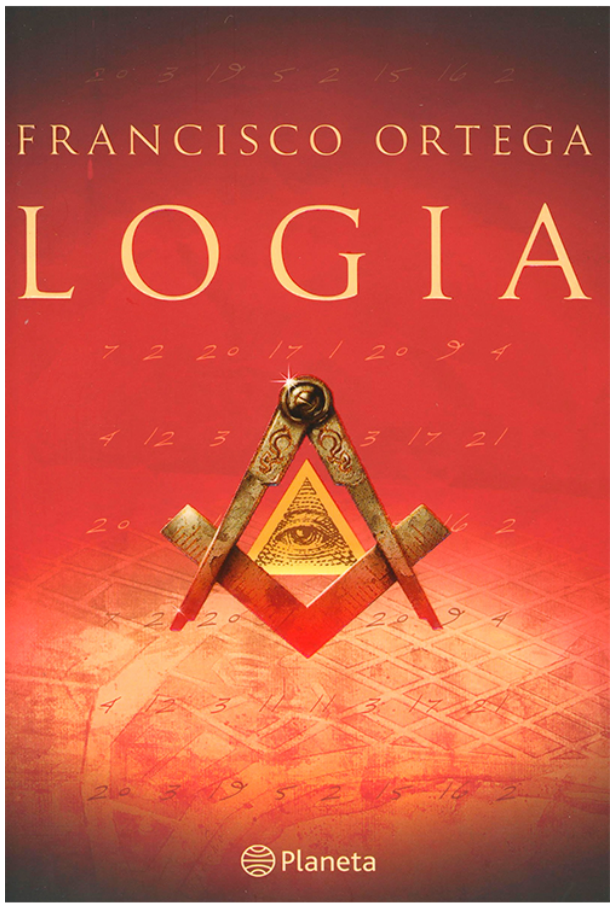
A la familia; entre otras razones por nunca hacer demasiadas preguntas / A la maquinaria certera y cómplice de Editorial Planeta Chile: Josefina y Diego por la edición, sugerencias y dudas; a Karen, Pamela y Yayo por el «marketeo» y las relaciones públicas; a Nacho por el pop; a Ian por el arte; a Eduardo y Elsy por la confianza y el apoyo, a María Rosa, Fran, José Manuel, a todos / A Carlos Eulefi por la portada / A Tamara y Nico de Introfilms, por jamás decir que no / a Lorena Venegas por jugar a ser Princess, también por el tarot y la terapia / A los de siempre por ser los de siempre: Gonzalo, Carmen, Cancino, Rosita, Félix, Gabriel, Baradit, Álvaro, Mike, Carla, Minay, Villalobos, Alberto, Basso, Alaluf, Freund y Emiliano —cameo de Bahía Azul incluido—, Paredes, Echeverría, Silvana, Ibarra, Manuel, Coco, Claudio, Deyse, Nano, Maritza, Daniela, Marcela, Camilo, Kalawski, Matías, Cucucho, los «primos» Carvacho Villarroel, los que quedaron en el tintero / A los del WhatsApp por ser los del WhatsApp / A Rodrigo Stambuck un nuevo amigo y socio, fan de Princess y Leonora, compañero en la aventura Guadalupana y compositor de la música de esta «princesa» / A Daniela A. por Berlín y todo lo demás; y por añadidura a la embajada berlinesa de agosto-septiembre 2017: Alice, Celsa, Seba, Valeria, Sabina y Enga / A Gonzalo y Carmen Luz, por Londres / A mis queridas «asesoras feministas» que leyeron, criticaron, subrayaron, aguantaron miedos y neuras y aconsejaron, con hartos reparos, temores y sugerencias: Coca, Natalia, Loreto y Vale, gracias, sobre todo por quitarse los prejuicios / En la misma línea, por las lecturas, videos, conversaciones, hombro, datos, clases personalizadas, retos, botellas de vino, tutoriales «femibolcheviques» claves para construir a esta princesa y harto más, a Alejandra Oyarzún, profesora particular de teoría de género. Te lo debía desde *Logia,* querida*,* eso ya lo sabías / Y para cerrar, a las lectoras y lectores que desde 2014 venían pidiendo un «disco solista» de Princess Valiant.

@efeortega

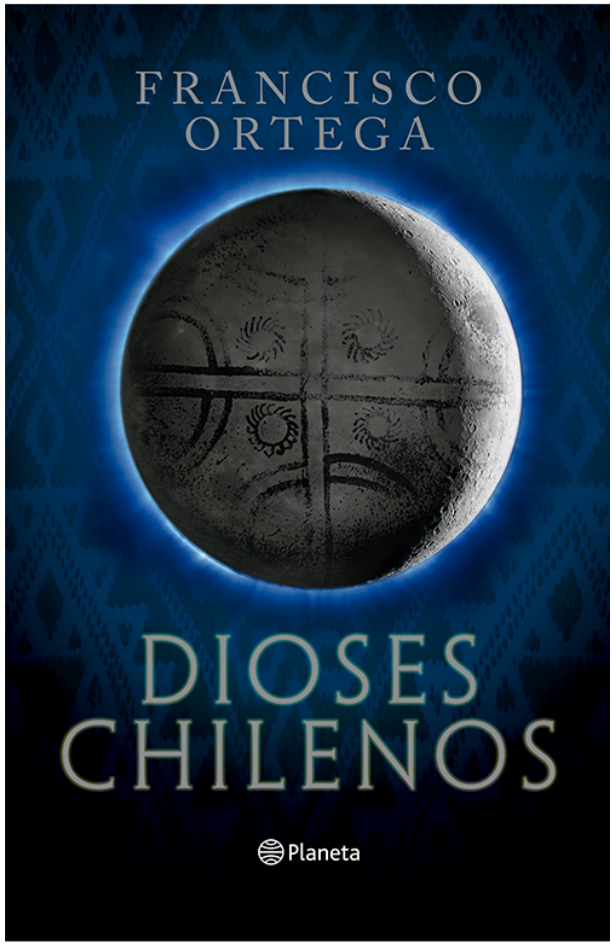
ENCUÉNTRANOS EN...

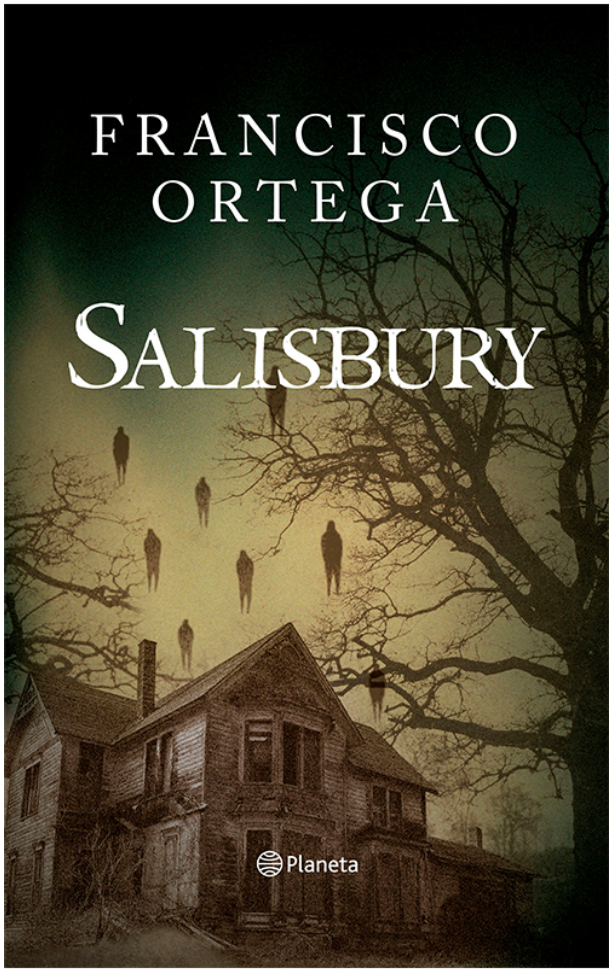
OTROS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

LOGIA



DIOSES CHILENOS




FRANCISCO
ORTEGA
SALISBURY
Planeta